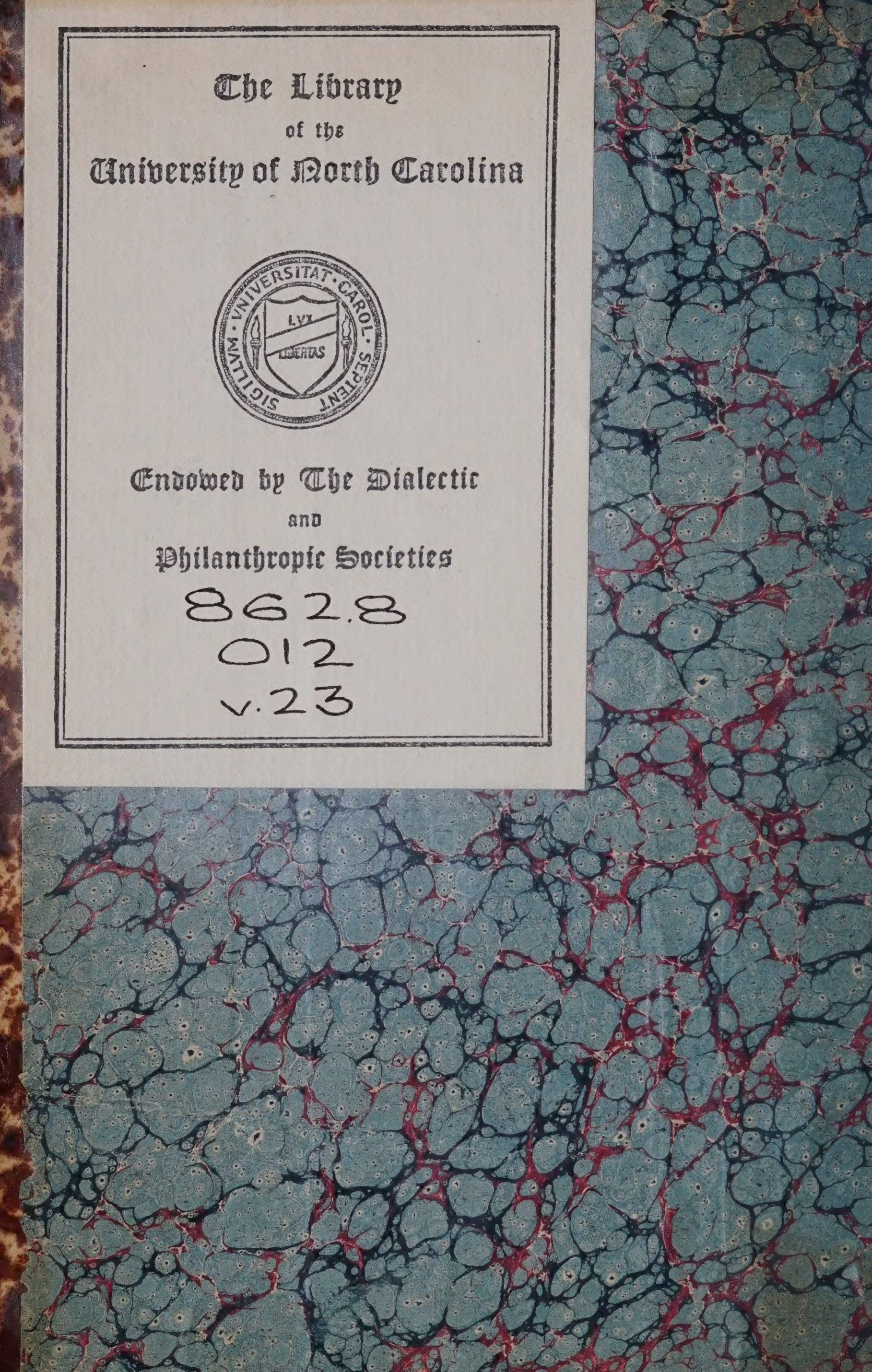
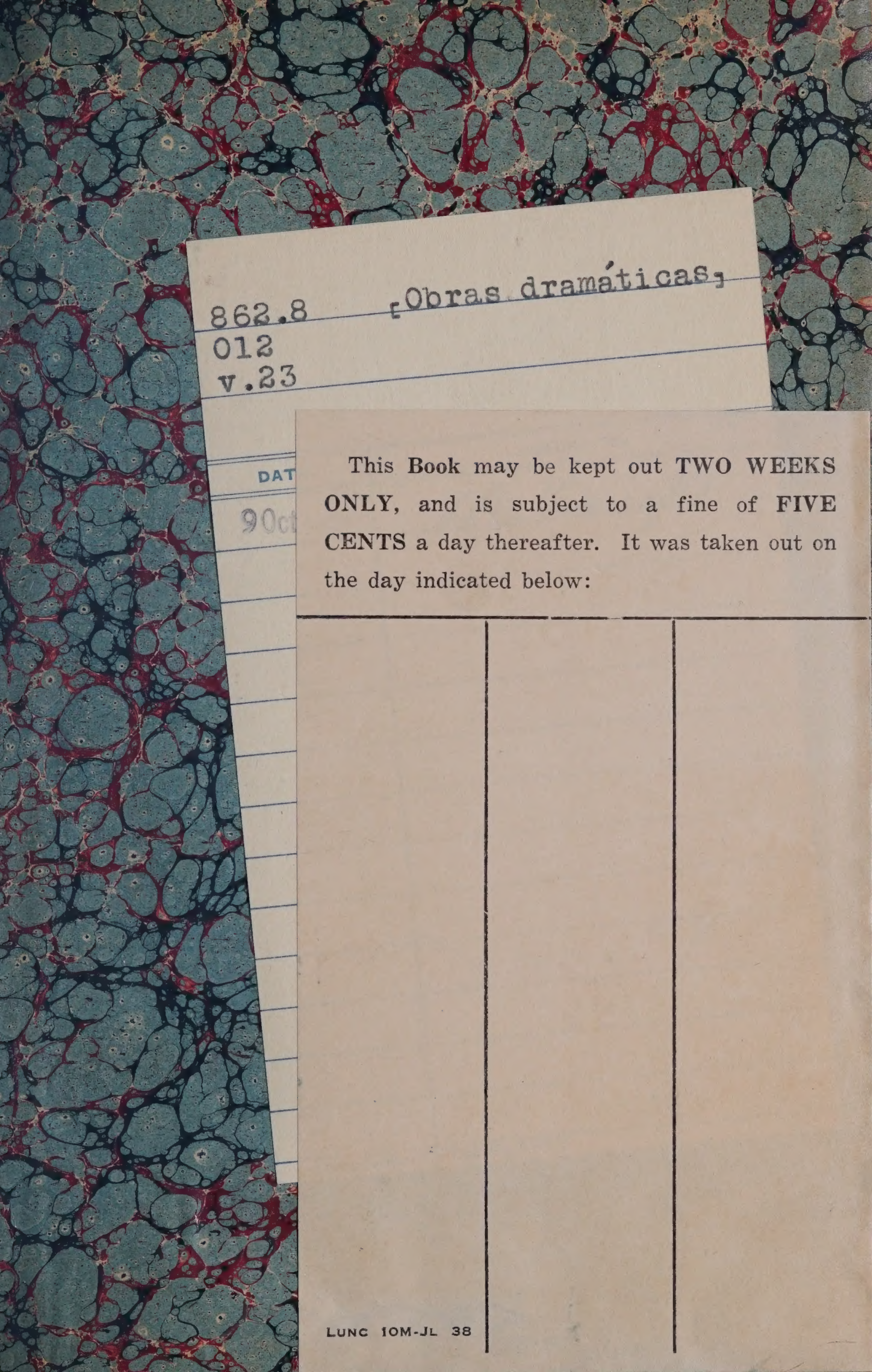



The Library
of the
University of North Carolina
SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT ·
LVX
LIBERTAS
Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies
862.8
O12
v.23



Obras que contiene este tomo.

CÁSTOR Y POLUX.

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MM. BAYARD y LEON LAYA

acomodada á la escena española

por D. Isidoro Gil y D. Luis de Olona.



MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS

CALLE DEL TURCO, NÚMERO 11.

1855.

PERSONAGES.

D. ENRIQUE DE LIZANA *(27 años.)*
GONZALO, *su hermano (20 años.)*
D. GASPAR MENDOZA.
D. CAMILO.
LA BARONESA DE ALVARADO.
EUGENIA, *hija de D. Camilo.*
JACINTA.
CRIADO.

La escena en el primer acto, en la casa de campo de Lizana; el segundo en Madrid en la de D. Camilo.

Acto primero.

Una sala elegante en casa de Enrique; puerta al foro y laterales.—A la izquierda, un velador. A la derecha, un vis-á-vis.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. GASPAR.

GASPAR. *(Que viene por el foro.)* En fin, caro Enrique, héte ya en Madrid, en tu linda casita de campo, á las puertas de la córte... No hay cosa como viajar para apreciar despues el gusto de volver á ver á sus amigos.
ENRIQUE. Tienes razon... no hay nada como el suelo natal... Ni aun en Italia he podido olvidar el hermoso cielo de España... Ahora me parece que he estado un siglo lejos de vosotros... Desde que he venido me encuentro otro...
GASPAR. Yo tambien estoy mejor, ¿no es verdad? ¿No te parece que he engordado?
ENRIQUE. Tú siempre eres y has sido un buen chico.
GASPAR. Sí por cierto, un chico alegre y vivaracho.
ENRIQUE. ¿Y qué haces ahora? Cuando me marché, te ocupabas en formar una coleccion de pedruscos... y tú llamabas á eso estudiar...
GASPAR. La geológia... era geólogo... De entonces acá he variado completamente... al principio me metí á filarmónico y me dediqué á la parte de tenor... pero desafinaba de una manera atroz... Despues tuve gustos hípicos... y

tercié en varias apuestas sobre caballos... hasta que en una corrida salí por encima de las orejas...

Enrique. ¿De quién?

Gaspar. ¡Toma! de mi caballo... ¿de quién habia de ser?... De sus resultas hice conocimiento con un médico á la moda, con un homeópata... aficionéme á la homeopatía, y me dediqué á ella con ardor.

Enrique. ¿Con que eres homeópata?

Gaspar. ¡Furioso!... Pero en el dia me ocupan otras ideas, otros gustos....

Enrique. Has hecho bien, porque si sigues dedicándote á los simples...

Gaspar. Me he lanzado á la diplomacia; á mí me gusta variar... El corazon es el único que continua siempre el mismo. Adoro á todas las mugeres en masa... ellas me lo pagan en detall... y ahora estoy á punto de hacer una calaverada, la última.

Enrique. ¿De veras?

Gaspar. Me caso... Sí, siento la necesidad de ser padre de familia; asi cambiaré.

Enrique. ¿Te casas?

Gaspar. Es decir, adoro á una muchacha, á un ángel que tiene... cinco mil duros de renta y esperanzas, muy buenas esperanzas... un padre rico y repleto... que es muy aficionado á caballos... Estoy esperando que el mejor dia le suceda alguna desgracia. Pero ¿y tú, Enrique mio? en mi último viaje á Francia, tu tia, que vive en Burdeos, me dijo que ibas tambien á hacer la tontería... de casarte.

Enrique. ¿Te dijo eso?

Gaspar. Sí... ¿con alguna italiana quizás? ¡Ay! ¡las italianas! ¡me muero por ellas!... deben ser... ¡Bien es verdad que las francesas! ¿eh?... ¿Con que la que tú amas?...

Enrique. Es lisa y llanamente una española establecida en Burdeos... una amiga de mi tia, la cual uniéndome á ella ha querido curarme de un pesar que yo creia eterno.

Gaspar. Sí, ya tengo noticia de él, ¡pobre amigo! ¡Oh! ¡las mugeres! Es la cosa mas linda del mundo; ¡pero tambien la mas!... ¡Oh!!! ¿Y es bonita tu amada?

Enrique. No lo sé... nos amamos desde lejos, sin conocernos... Pero tú tal vez la hayas visto por allá!... la de Fonseca... Laura Fonseca.

Gaspar. ¿Laura Fonseca? Aguarda... Sí, tu tia me habló

de ella... Pero no llegó á presentarme... Una muger encantadora y de gran talento.

Enrique. ¡Oh! en cuanto á tàlento... estraordinario; hace dos años que mi tia estableció entre nosotros una correspondencia en que está pintada su alma. No puedo ponderarte bastante la gracia de su estilo... Es una seduccion á la cual no se puede resistir... Yo la amaba al principio, de rabia, de ira, como para vengarme; poco á poco fué apoderándose de mi corazon, y en el dia no pienso mas que en ella... la amo...

Gaspar. Sí, de lejos, como á los ángeles.

Enrique. ¡Oh! ¡Si tú leyeses sus cartas!... Mira, nada mas que de pensar en ellas me siento enagenado. Es á tal punto que yendo á ponerme en camino para Burdeos donde ella me espera, he tenido miedo... ¡Recibe uno á veces tan terribles desengaños!

Gaspar. ¡A quién se lo cuentas!... Yo estuve para casarme con una muchacha de quien me enamoré por el retrato... era una miniatura preciosa, unos ojos, una boca... una... en fin, todo... Pero la habian retratado de frente, lo cual disimulaba cierta proeminencia que tenia en la espalda.

Enrique. ¿Era jorobada?

Gaspar. Completamente; una bellísima jorobada... espero que tú no tendrás esa sorpresa... ¿Y de resultas de ese miedo te has venido á Madrid?

Enrique. No solo por eso; me hubiera por fin encaminado directamete á Burdeos, sino hubiera sabido la enfermedad de mi pobre hermano.

Gaspar. ¡Ah! sí, de Gonzalo.,. Ya está fuera de peligro... un muchacho de veinte años que se pasa el dia suspirando. Todos hemos padecido ese achaque; yo le he sufrido tres ó cuatro veces.

Enrique. ¿Amores?

Gaspar. Tú lo dijiste... No te inquietes por eso.

Enrique. ¿Que no me inquiete? ¡Ah! es que tú no sabes cuánto es el cariño que yo profeso á ese hermano. Todo me alarma y me aflige cuando se trata de él!... Me arrepiento de haberle dejado tanto tiempo solo... Era yo un muchacho y él todavia un niño y le prodigaba los mayores cuidados, le mimaba, le consentia porque me parecia que era un depósito que mi madre al morir me habia confiado.

Gaspar. Vuestro cariño es proverbial... ¡Cástor y Polux!...

y eso que rara vez habeis estado juntos... porque últimamente el mismo dia que saliste para Italia llegó él de su viaje á Francia.

ENRIQUE. Cuando supe en Florencia su enfermedad, y que su vida corria peligro tuve un dia terrible! Mi dolor rayaba en remordimiento. Pero me han dicho que continua todavia triste, taciturno...

GASPAR. ¡Toma! ¡si está enamorado! Oyes, puede que sea achaque de familia porque tú eras tambien muy tentado de la risa; el niño mimado del bello sexo. ¡Qué envidia te he tenido en algun tiempo!

ENRIQUE. ¡A mí!

GASPAR. En cuanto te veia una muchacha bonita; ó mejor dicho en cuanto tú veias...

UN CRIADO. *(Anunciando.)* Una jóven desea hablar con el señor.

GASPAR. ¡Eh! y apenas has llegado... Dí, chico; ¿y la de Burdeos?

ENRIQUE. ¡Chist! y no desatines...

CRIADO. Dice que es Jacinta.

ENRIQUE. ¡Jacinta! ¡la linda Jacinta!

GASPAR. ¡Oiga! ¿con que linda, eh?... Me voy...

ENRIQUE. ¡Eh! ¡no, quedate... Que entre. *(Váse el criado.)*

GASPAP. Si es una amiga....

ENRIQUE. Sí, una amiga, de que me envanezco como de una buena accion.

ESCENA II.

DICHOS. JACINTA.

JACINTA. *(Saliendo por el foro.)* Muy bien venido, don Enrique.

ENRIQUE. ¡Jacinta! ¡Cuánto me alegro de verte!

JACINTA. No tanto como yo de ver á usted.

GASPAR. *(Aparte.)* ¡La chica es linda en efecto!

JACINTA. Hasta esta mañana no he sabido la llegada de usted; asi que lo supe le dije á mi marido: «Puede que vaya á incomodarle; pero yo no dejo pasar el dia de mañana sin hacerle una visita.»

GASPAR. *(Aparte.)* ¡Hola! ¡hay marido!

ENRIQUE. ¿Y cómo está el buen Molina?

JACINTA. ¡Oh! es un mozo que jamás está malo y que me hace muy feliz. A usted se lo debo, señor don Enrique; y él tampoco lo ha olvidado.

ENRIQUE. No es estraño, porque por mí tiene una muger...

GASPAR. ¡Preciosa!

JACINTA. *(Volviéndose y haciendo un ligero saludo á Gaspar á quien no habia visto.)* ¡Caballero! *(A Enrique.)* Sí, pero le debe á usted mas; su comercio, su felicidad...

GASPAR. *(Aparte.)* ¡Pobre hombre! Si lo ha de pagar todo...

JACINTA. Pero yo he venido á incomodar á ustedes...

ENRIQUE. No tal, tú siempre llegas á tiempo... ¿Gaspar, no conoces á esta jóven? ¿la bella Jacinta que hace tan lindas flores?...

GASPAR. ¡Ah! sí, ¿calle del Cármen? Gonzalo va muy á menudo á esa casa...

ENRIQUE. Lo creo, como que son amigos nuestros; unos buenos amigos. Molina, el marido de Jacinta, es el que me ha escrito que viniese á ver á mi hermano. Ya sé todo el esmero con que le habeis tratado. Tú has sido su enfermera.

GASPAR. ¡Angelito! no tiene por qué quejarse.

ENRIQUE. Pero dime, tú, que le veias continuamente... ¿á qué atribuyes su melancolía?

JACINTA. ¿Qué quiere usted que yo le diga? no lo sé... los médicos no han conseguido nada. Yo les oí decir por lo bajo que tenia una pasion de ánimo.

GASPAR. Eso es, amores.

JACINTA. ¿Cree usted? Yo tambien me lo sospecho, porque en viendo á un jóven enfermo es lo primero que se ocurre, pero sin embargo...

ENRIQUE. ¿Has tenido otra idea?

JACINTA. ¡Oh! no he sido yo, sino una señora.

GASPAR. ¿Una señora? ¡diablo! la cosa se complica.

ENRIQUE. ¿Quién es esa señora?

JACINTA. No la conozco. No la hemos visto mas que una vez, y aun por lo que á mí hace, ha sido muy de paso, al marcharse.

ENRIQUE. ¿Eso parece cosa de novela?

GASPAR. Pero no en folletin... sino contada por la boca de una muger bonita... lo cual es infinitamente mejor... Vamos á ver, vamos á ver.

JACINTA. Han de saber ustedes que un dia se puso nuestro

jóven muy malo... empezó á delirar y tenia una gran calentura... Mi marido estaba al lado de su cabezera esperándome, porque alternábamos para cuidar del enfermo; cuando sintió que abrian con tiento la puerta del cuarto.

GASPAR. ¿Y era la prójima?

ENRIQUE. ¡Gaspar!

JACINTA. Se detuvo en el umbral... y al acercarse mi marido, le preguntó, con voz trémula y conmovida, por la salud de Gonzalo que no se hallaba en estado de verla... Preguntó si le habíamos escrito á usted que viniera; y habiéndola contestado mi marido que no: «¿Cómo» dijo, «no ven ustedes que está peor por el sentimiento de verse solo, abandonado del hombre á quien mas quiere en el mundo, de su adorado Enrique?» Se despidió despues y montó en una modesta berlina de alquiler en la cual habia venido.

GASPAR. ¡En una berlina tres por ciento! ¡malo!

ENRIQUE. ¿Y qué tal era su porte, su trage?...

JACINTA. ¡Oh! muy modesto... no podia sacarse por el gran cosa; al contrario...

GASPAR. ¡Trage de contrabando!

JACINTA. Yo creo que es alguna señora pobre que se interesa por la familia de ustedes. Don Gonzalo es de la misma opinion. Yo subia la escalera cuando ella se separaba de mi marido; no hizo alto en mí, pero yo la ví perfectamente. Mi marido escribió á usted al otro dia y casi al mismo tiempo empezó á mejorar el enfermo... Cualquiera hubiese dicho que sentia el alivio á medida que usted se acercaba.

ENRIQUE. ¡Pobre hermano! Pero él nada me ha dicho... ¿Qué he de hacer si es una pasion desgraciada?...

GASPAR. Dificilillo es el caso. A menos que no le cures homeopáticamente, con otros amores. *Similia similibus*, lo cual quiere decir; un clavo saca otro.

JACINTA. *(Que se habrá dirigido hácia el foro y mira por una ventana del lado izquierdo.)* Aquí le tienen ustedes... acaba de apearse del caballo.

ENRIQUE. ¿Gonzalo?

JACINTA. Hágame usted el favor de no decirle que yo he contado...

ENRIQUE. No, no.

ESCENA III.

DICHOS. GONZALO.

GASPAR. *(Que habrá ido á la puerta del foro.)* ¡Eh! venga usted acá, caballerito!
GONZALO. ¡Gaspar!... ¡Ah! ¡hermano! ¡Jacinta!
ENRIQUE. Te aguardaba mas temprano.... Estas algo pálido. ¿Cómo te sientes?...
GONZALO. Bien; un poco fatigado no mas.
ENRIQUE. Siéntate.
GONZALO. He tardado algo, porque me encontré por casualidad con don Camilo que iba hácia la Fuente Castellana en su coche, con su hija Eugenia... Ya sabe usted...
GASPAR. ¿Hácia la fuente?... allá voy. ¡Diantre! ¡mi futura!
ENRIQUE. *(Aparte.)* ¡Qué sospecha! si fuese esa jóven. *(Alto.)* Jacinta, hazme el gusto de pasar á mi cuarto, y ver algunos regalos que he traido de Nápoles... quiero saber qué te parecen.
JACINTA. ¡Oh! desde ahora apuesto á que son de muy buen gusto.
GASPAR. ¡Hasta la vista, Enrique! Adios, enfermo. *(Saludando.)* ¡Señora! *(Aparte.)* Pues señor, no me disgustan los vigotes de esta chica... Si no me hallara á punto de casarme... *(Váse Jacinta por la derecha, y Gaspar por el foro.)*

ESCENA IV.

ENRIQUE. GONZALO.

ENRIQUE. ¿Por qué no me has dicho que querias salir á caballo esta mañana? Te hubiera acompañado.
GONZALO. No he sabido hasta ya tarde que don Camilo iba á paseo.
ENRIQUE. ¡Ah! ¡con que es ese don Camilo el del encuentro casual, señor reservado!... Habia salido con su hija... ¿Tiene una hija?...
GONZALO. Sí, una chiquilla que acaba de salir del colegio.
ENRIQUE. ¿Linda?

GONZALO. Maldito, si puedo decírtelo... como todas las muchachas; un airecito candoroso y simplon.

ENRIQUE. *(Aparte.)* No es ella... Sin embargo, él no iria por los buenos ojos del padre.

GONZALO. Siento en el alma haberte hecho esperar.

ENRIQUE. No lo creas, he estado hablando con Gaspar... y... confiándole mis penas, mis sinsabores.

GONZALO. ¿Quién? ¡Tú! tienes penas, disgustos, y no es á mí, á tu hermano, á tu Gonzalo á quien abres tu corazon!

ENRIQUE. No... ¿Acaso me abres tú á mí el tuyo?

GONZALO. ¡Oh! yo...

ENRIQUE. Y hé ahí justamente lo que le decia á Gaspar. Es un desatino imperdonable haberme separado de mi hermano, de mi buen Gonzalo... junto á él, al menos, hubiera dirigido sus primeros pasos en el mundo, participado de sus alegrías, de sus placeres, conservado su confianza...

GONZALO. Mi confianza, Enrique, es tuya, toda tuya.

ENRIQUE. ¡Mia! Y sin embargo me ocultas un secreto que te atormenta, y el cual acibararia menos tu existencia, si te franqueases conmigo; pero nó, prefieres sufrir, y me pones en la precision de adivinar.

GONZALO. ¿El qué?...

ENRIQUE. Que estás enamorado.

GONZALO. ¡Yo! Enrique...

ENRIQUE. Tú, Gonzalo. Mira, solo al oirlo se ha animado tu rostro, y han brillado tus ojos... ¡Anda! ¡pícaro! ¡Ola! ¡te ries!... Sí, sí, te ries... Vamos á ver, ¿y qué? no hay ningun mal en eso; ¿qué tiene de particular que estés enamorado? Yo mismo pensaba hacerte hoy una confianza, y hablarte de mis amores, de mi casamiento.

GONZALO. ¿Vas á casarte?

ENRIQUE. En Burdeos, y dentro de un mes me tienes en Madrid en una casa elegante y ricamente alhajada, con una muger encantadora que será tu hermana. ¡Oh! quiero que ella tenga los mejores carruajes, los mas preciosos brillantes, los mas estimados chales; que las eclipse á todas.

GONZALO. ¡Oh! hermano mio... ¡qué contento estoy! ¿y la quieres mucho?

ENRIQUE. ¡Que si la quiero!... ¡es una pasion ciega como ves; pero ya te lo contaré mas despacio y verás, que en esto de amores podemos muy bien darnos la mano!...

Vamos, ven, hablemos aquí los dos... como dos hermanos, es decir como dos enamorados... A tí te toca... Con que vamos á ver, segun íbamos diciendo tú estás loco, perdido por la hermosa...

GONZALO. ¡Oh! calla.

ENRIQUE. ¿Es persona de suposicion?

GONZALO. ¡Oh!

ENRIQUE. *(Llevándolo al vis-a-vis.)* Apuesto á que es una viuda... los muchachos siempre se inclinan á las de ese estado. *(Se sienta.)*

GONZALO. ¡Ay! ¡hermano mio!

ENRIQUE. Vamos, hombre, ánimo, ya sabemos que la amas... en eso no hay nada malo... ¡Al contrario! ¡El amor es la felicidad, es la vida!

GONZALO. ¡Es á veces la muerte!

ENRIQUE. ¡Qué disparate!

GONZALO. Sí tal.

ENRIQUE. ¡Eh! no... Si se muriese de resultas, dónde estaria yo á estas horas. ¿Y dices que hace mucho tiempo que eso dura?

GONZALO. Dos meses.

ENRIQUE. ¿Dos meses que eres amadó?

GONZALO. ¡Amado!... ¿Estás en tí?

ENRIQUE. ¡Calle! ¿que si estoy en mí? ¡pues no he de estar!... Y á menos que ella no sea de una severidad...

GONZALO. ¡Oh! hermano mio, es la bondad misma.

ENRIQUE. Auto en favor... Si es bondadosa no tendrá valor para verte padecer mucho tiempo... La muger es compasiva por naturaleza... Si no fuera por eso todos los hombres nos moririamos á los veinte años... y el mundo se acabaria dentro de poco... ¡Pobre Gonzalo!... Y ¿dónde has conocido á esa señora, á esa linda é interesante jóven?... ¿porque debe ser linda?

GONZALO. ¡Encantadora! con una gracia, un talento...

ENRIQUE. Por de contado; la muger que uno ama está siempre llena de gracia y talento hasta que se deja de amarla; entonces suele parecernos todo lo contrario... Con que vamos á ver, ¿cómo la has conocido?

GONZALO. No lo sé... La ví por vez primera, á lo lejos, en el Teatro Real, fijándome con sus gemelos al tiempo que yo la miraba con los mios.

ENRIQUE. Lo que vale tener buena figura.

Gonzalo. Á los dos dias de esto, fuí convidado á un baile que daba su tio, don Camilo de Mendoza, un ricacho de provincia que ha venido á establecerse en Madrid.

Enrique. ¿Y tú le conocias?

Gonzalo. No lo sé.

Enrique. Oyes, ¿segun veo tú nada sabes?

Gonzalo. Me convidaban sin duda como aficionado al baile, entre otros varios amigos de la casa.

Enrique. En fin, ¿fué ahí donde tú la conociste?...

Gonzalo. Sí... Cuando me acerqué á saludarla estaba hablando con su tio... El apenas hizo alto en mí y oí que decia á su sobrina... «Quién es este jóven»? Entonces dirigiéndome la palabra como para contestarle... «Adios, Sr. de Lizana,» dijo ella... Sabia cómo me llamaba, querido hermano!... Y en su voz, en su mirada habia cierta cosa que me penetró hasta el alma... Yo estaba inmóvil, trémulo delante de ella... cuando empezó á tocar la orquesta... «Tiene usted la bondad de darme el brazo hasta mi asiento» me dijo entonces con una sonrisa... una sonrisa...

Enrique. ¡Celestial!

Gonzalo. ¡Sí, celestial!

Enrique. ¡Pues!

Gonzalo. Al llegar á su asiento se presentó un jóven á pedirla que bailase con él... «Lo siento infinito, caballero, acabo de comprometerme con el señor.» Y es el caso que yo no la habia pedido nada...

Enrique. ¡Oiga!

Gonzalo. ¡Mi palabra de honor!

Enrique. ¡Prosigue, prosigue... és singular!

Gonzalo. Durante el rigodon, no cesó de hablarme, haciéndome mil preguntas acerca de mis gustos, de mis ocupaciones, de mi familia... Yo no sé lo que respondí... todo se me fué en decir sí y nó; estaba tan turbado!...

Enrique. Eras ya hombre al agua.

Gonzalo. Algunos dias despues fuí convidado á comer en casa del mismo D. Camilo Mendoza que apenas me conocia; pero ella, hermano mio, me hizo sentar á su lado, y á nadie habló sino á mí; otro dia me ofreció su palco en la ópera... y algun tiempo despues un asiento en su carruaje para acompañarla á paseo... Acepté y tuve el gusto de estar toda una tarde á su lado... ¡Oh! el cora-

zon se me queria salir del pecho solo de pensar en ello.

ENRIQUE. ¿Y qué la dijiste esa tarde?

GONZALO. Escuché enagenado aquella voz tan dulce que me hablaba como con temor de mí, de mi familia, pero no me atreví á mas.

ENRIQUE. Hiciste mal; se debe empezar siempre por atreverse, es el modo de no equivocarse.

GONZALO. Un dia estaba resuelto á ello... pero cuando llegué no pude verla, y Gaspar me dijo que iba á casarse... No sé cómo no me quedé muerto en el acto... Pero caí gravemente enfermo.

ENRIQUE. ¡Pobre hermano! Y yo no estaba aquí para aconsejarte... te hubiera dado valor para olvidar á una coqueta que por lo que veo, solo ha querido burlarse de tu sencillo amor y reirse á sus solas de tu desesperacion.

GONZALO. Tal creia yo tambien, porque en la sociedad tiene fama de coqueta... verdad es... Por lo mismo, curado ya de mi enfermedad y de mi amor, juré no volverla á ver nunca.

ENRIQUE. ¡Bien hecho!

GONZALO. Pero hace tres dias recibí una nueva invitacion para casa de su tio.

ENRIQUE. ¿A la cuál no habras ido?...

GONZALO. ¡Sí tal!... y la volví á ver...

ENRIQUE. ¡Pobre insensato! ¡No hay escape! Como todos.

GONZALO. La ví mas hermosa y mas amable que nunca... Sí, hermano mio, y conozco que la adoro cada vez mas.

ENRIQUE. Gonzalo, querido hermano, deja esa novela que á nada bueno te ha de conducir.

GONZALO. No puedo.

ENRIQUE. ¿Qué intentas hacer tan jóven? ¿Casarte?

GONZALO. Ese es todo mi sueño, mi única dicha.

ENRIQUE. Pues bien; yo veré á esa persona, y con mi esperiencia de veinte y siete años, lograré descubrir... ¿Se llama?

GONZALO. La Baronesa de Alvarado...

ENRIQUE. ¡Baronesa!... ¡Ah! ¡miren el novicio!

GONZALO. ¿De verás, la hablarás de mí? ¡Oh! Enrique.

ENRIQUE. ¿Lo dudas?... ¿no soy yo tu amigo, tu mejor amigo? Has olvidado lo que tú hiciste, siendo un niño aun, así que supiste en Inglaterra que yo era desgraciado... que habia sufrido un gran disgusto.

Gonzalo. Cuya causa siempre he ignorado...

Enrique. ¡De lo cual me alegro, y espero que no la sabrás nunca!... ¡Bien! ¿no querias tú entonces venir á hacerte matar por mí?... Ya ves que por mucho que haga, nunca podré pagarte.

Gonzalo. ¡Oh! ¡querido hermano!

ESCENA V.

DICHOS. JACINTA. D. GASPAR.

Jacinta. *(Saliendo de la derecha.)* ¡Dios mio! ¡qué gritos! ¿ha oido usted D. Enrique el alboroto que hay en la puerta de la casa?

Enrique. ¿Qué ha sido?

Gonzalo. ¿Qué sucede?

Jacinta. ¡Qué! ¡Pero Dios mio! ¡qué conmovidos están ustedes!

Enrique. No es nada, nada... dos hermanos que se estaban abrazando, pero..

Gaspar. *(En el foro.)* ¡Por aquí! ¡por aquí!

Gonzalo. Gaspar.

Gaspar. No es mas que una caida de caballo, no hay que asustarse.

Gonzalo. ¿Eugenia tal vez?

Gaspar. No, ha sido su padre, por fortuna.

Gonzalo. ¡Gran Dios! ¡Ah! mi amigo... ¡el tio de la Baronesa!

Gaspar. Ha caido á dos pasos de aquí, encima del verde cesped. Ya creo habértelo dicho... es un buen señor metido á caballista... y la tal aficion le ha de costar caro. Como vuestra casa estaba tan próxima me he tomado la libertad de ofrecérsela... *(Gonzalo se marcha por el foro.)*

Enrique. Has hecho bien... Pero estoy solo, y no sé cómo recibir...

Jacinta. Disponga usted de mí; iba á marcharme despues de haber visto todos esos preciosos regalos... Pero me quedo ya que me necesitan ustedes...

Enrique. Acepto, Jacinta... Prepararás un cuarto, y dí á José que vaya corriendo á Madrid en busca de un médico.

Gaspar. Hételos aquí. *(Vase Jacinta por la derecha.)*

ESCENA VI.

ENRIQUE. D. CAMILO. GASPAR. GONZALO. EUGENIA.

GONZALO. *(En el foro.)* Coja usted mi brazo... y apóyese.
CAMILO. ¡Ay!... no me toquen ustedes por ese lado... ¡Maldito animal!
EUGENIA. Papá.
CAMILO. ¡Ay! no me toques ahí... ¡Caballo estúpido! Pero ¿adónde me traen ustedes?
GASPAR. En casa de D. Enrique de Lizana que está presente.
GONZALO. En casa de mi hermano.
ENRIQUE. Caballero, siento mucho que un suceso tan desagradable...
CAMILO. *(Queriendo saludarle.)* Caballero, yo agradezco... ¡Ay! ni saludar puedo; tengo roto el espinazo.
ENRIQUE. Ruego á V. que se siente.
GONZALO. ¡Aqui, en este sofá!
EUGENIA. Despacito.
GASPAR. Y con mucho tiento, que es lo que importa.
CAMILO. *(Sentándose.)* ¡Sí, con tiento, por Dios! ¡Uf!... ¡ay!...
GASPAR. *(Bajo á Enrique.)* ¡Es un dromedario! Y la chica, ¿qué te parece?
ENRIQUE. Bastante bien.
GASPAR. ¡Sí, no es verdad! es un partido muy estomacal.
EUGENIA. ¿Cómo se siente usted?
CAMILO. Nada bien, hija.... Me siento, roto, molido... por un lado... y por el otro... Yo que soy tan buen ginete... no lo entiendo.
GASPAR. Pues es muy sencillo... Permítame usted... yo venia detras departiendo agradablemente con Eugenia...
EUGENIA. Me venia haciendo reir.
GASPAR. De repente vemos que el caballo de usted vuelve á la derecha, asi... usted entonces se echa á la izquierda, asi; y digo yo para mi capote: Apostamos á que se cae... ¡á que se cae!... ¡Plan! ¡al suelo!
CAMILO. Sí, pero... en fin, yo.... ¡Ay! Veo que me será imposible volver á montar.
EUGENIA. ¡Oh! no tenga usted cuidado, papá, ya he envia-

do yo á Gerónimo en busca de mi prima. Estaba paseandose en su carruaje, y vendrá á recogerle á V. asi que sepa lo sucedido.

CAMILO. Has hecho bien.

GONZALO. ¡Ay! ¡Enrique! ¡querido hermano! *(Bajo á Enrique.)*

ENRIQUE. ¿Qué es eso? qué tienes.... Te has puesto pálido.... ¿Estás malo?...

GASPAR. ¿Quién? ¿Gonzalo?...

EUGENIA. *(Atendiendo tambien.)* ¿Qué tiene usted?

CAMILO. *(Aparte.)* ¡Pues! ¡ahora me dejan solo: gracias!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. No es nada, un vahido... ¿Es ella, no has oido? va á venir.

ENRIQUE. ¡Ah! es verdad. *(El Criado anunciando desde el foro.)*

CRIADO. La Sra. Baronesa de Alvarado.

EUGENIA. ¡Mi prima!

ENRIQUE. *(A Gonzalo que se turba.)* Vamos, firmes! ánimo!

ESCENA VII.

DICHOS. LA BARONESA.

BARONESA. *(Saliendo apresuradamente por el foro.)* ¡Qué es esto, tio? ¿qué ha sucedido? ¡Una caida de caballo! ¿Se ha hecho usted daño?

ENRIQUE. *(Reconociéndola.)* ¡Cielos!

BARONESA. ¿Está usted herido?

CAMILO. No lo sé... pero yo me he roto algo.

BARONESA. ¡Ah! ¡qué susto me ha dado usted! *(Reparando en Gonzalo y Enrique.)* ¡Ah! ¿pero en casa de quién estoy aquí?

ENRIQUE. En la mia, señora.

GASPAR. ¡En la suya! en la de nuestro amigo Lizana, el hermano de Gonzalo... Pero, ¿qué tienes? te vas á poner malo tú tambien.

GONZALO. ¡Hermano mio!

ENRIQUE. No es nada, un vértigo.

GASPAR. ¿Sí? ¡válgate Dios!... Todos tienen vértigos.

BARONESA. *(Muy conmovida.)* Perdone usted, caballero, si

me he tomado la libertad de presentarme asi en su casa: pero este suceso... me hallaba turbada á un punto..

CAMILO. Es mi sobrina y ya comprende usted, los vínculos de la sangre...

ENRIQUE. ¡Cómo, señora!... Aunque siento la desagradable causa que ha traido á usted aquí... me felicito de encontrar esta ocasion para dar á usted las gracias por las bondades que dispensa á mi hermano.

GASPAR. Tiene razon... es su niño mimado.

GONZALO. ¡Caballero! *(Bajo á Enrique.)* Con que la conocias.

ENRIQUE. ¡Oh! muy poco.

EL CRIADO. El médico está esperando en el cuarto del señor.

CAMILO. Un médico... ha tenido usted la bondad... Al menos ese se ocuparará de mí.

ENRIQUE. Permita usted, caballero, que mi hermano le acompañe... Esta señora tendrá la condescendencia de aguardar aquí...

BARON. ¡Cómo!...

CAMILO. Acepto con sumo gusto, amigo: porque si habia de contar con los de mi familia... Déme usted su baston, Gaspar.

GASPAR. Aquí le tiene usted... apóyese usted en él firme!... ¡es sólido!

CAMILO. Vamos á ver qué dice el médico. *(Se apoya y se rompe el baston.)* ¡Bravísimo! El baston sólido se ha partido por medio.

GASPAR. Pues mire usted, es la primera vez que le sucede.

GONZALO. *(Aparte.)* Se queda. *(Bajo á Enrique.)* Te he entendido... Va á hablarla en mi favor... te lo agradezco. *(Acompaña á D. Camilo.)*

GASPAR. *(Bajo á Enrique.)* Hazla un grande elogio de mí, chico... mira que la mano de la primita depende de ella... ¡Dile que soy un santo! *(Volviéndose al marchar.)* ¡Un santito! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VIII.

ENRIQUE. LA BARONESA. *A poco el* CRIADO.

ENRIQUE. *(A la Baronesa que quiere atravesar la escena para seguir á su tio.)* ¡Señora!...

BARONESA. Caballero... dispense usted... pasaba... iba... tengo una inquietud...

ENRIQUE. Pierda usted cuidado, no hay peligro alguno... y una vez que la casualidad me favorece... Usted no saldrá de aquí... está decidido.

BARONESA. ¿Piensa usted forzar mi voluntad?

ENRIQUE. No señora... Pero usted se quedará, necesito hablarla...

BARONESA. Es que... ese tono... no sé si debo escuchar.

ENRIQUE. Usted me escuchará, señora.

BARONESA. ¡Sabe usted que eso raya en tiranía!

ENRIQUE. ¡Tiranía! Bien sabe usted, señora, que nadie puede ejercerla sobre usted, si fuera sufrir la suya, tal vez...

BARONESA. ¡Ese lenguaje!...

ENRIQUE. No hay por qué ofenderse. Yo no la conozco á usted, señora baronesa. En otro tiempo conocí en la sociedad á una jóven que anunciaba las mejores disposiciones para la perfidia... Pero ya no existe, y no iré yo á despertar recuerdos desagradables para todos, especialmente cuando tengo que pedir á usted un favor.

BARONESA. No acierto á comprender...

ENRIQUE. Me va usted á entender, señora. Yo tengo un hermano, un hermano á quien quiero con la ternura mas ciega... su vida es mi vida; su ventura la mia.

BARONESA. Lo sé, caballero.

ENRIQUE. Alterar la paz de su alma, tan jóven, tan cándidida aun... es marchitar en flor su corazon.

BARONESA. Lo creo.

ENRIQUE. Y sin embargo, señora, eso es lo que usted ha hecho.

BARONESA. ¡Caballero!

ENRIQUE. ¿Ha sido por amor hácia él, ó por odio hácia otro? Eso es lo que yo no podré decir, pero en fin, él ama á usted.

BARONESA. ¡Me ama!

ENRIQUE. ¡Cómo un insensato! ¿No es eso, señora, lo que usted ha buscado, cuando encendia en su corazon un amor que ha estado á punto de costarle la vida?

BARONESA. Y dígame usted, ¿qué es lo que yo he hecho para acusarme así?

ENRIQUE. ¿Qué ha hecho usted, señora baronesa?... lo que hizo la jóven de que hablé á usted hace un momento para

volver loco á fuerza de gracia y de bondad á aquel pobre jóven tan vehemente y tan confiado, á quien ambos conocíamos!... ¿Qué ha hecho usted? ¡todo lo que hubiera podido hacer una coqueta!

Baronesa. Voy creyendo que se le ha vuelto á usted el juicio en sus viajes...

Enrique. En su mano de usted está el restituírmelo... Pero tiene usted razon, no sé lo que me dije... ¿Cómo se hubiera conducido una coqueta? Hubiera franqueado su casa á mi hermano; hubiera hecho de manera que la viese sin cesar, que se fuese entregando confiadamente á su amor para rechazarle triste y moribundo... y volverse á apoderar de él cuando ya se creyese curado para siempre... Esto es lo que hubiera hecho una coqueta, pero no usted, señora baronesa; á buen seguro.

Baronesa. *(Muy conmovida.)* Siéntese usted, caballero. *(Tomando asiento al lado del velador.)*

Enrique. *(Continuando en pie.)* Mil gracias... Una coqueta hace concebir esperanzas ilusorias, deja que crean juramentos pérfidos... Hace mas todavía, acoge con una sonrisa halagadora la palabra grave y solemne de enlace, de casamiento, á fin de que la víctima caiga mas seguramente en sus redes... Y cuando todo está preparado, cuando llega el momento de estampar en el papel su firma... cuando el venturoso amante ha divulgado por todas partes la alegría de su triunfo... entonces, sin razon plausible, por cualquier capricho, le desdeña, le desaira sin piedad... sin misericordia!... ¡aun á riesgo de deshonrarle, á riesgo de ponerle las armas en la mano para vengarse!

Baronesa. ¡Ah!

Enrique. ¡Esto es lo que hace una coqueta; pero usted nó, señora baronesa: cómo es posible!

Baronesa. Agradezco mucho el favor, caballero, pero ¿y si yo le dijera á usted que no he pretendido nunca que su hermano de usted me amase? ¿que yo no le amo?

Enrique. Debió usted habérselo dicho.

Baronesa. ¿Antes de que él me hablase de ello?... dispénseme usted, eso hubiera sido conducirme como una coqueta... y hemos convenido en que yo no lo soy.

Enrique. ¿Y si yo llego á decirle que otro hombre?...

Baronesa. Usted no dirá tal cosa.

ENRIQUE. ¡Cómo!...

BARONESA. Si me ama no le creerá á usted; solo verá en usted un hombre ofendido, injusto... no le creerá á usted.

ENRIQUE. Señora, me callaré; pero con una condicion. Pruébeme usted que me engañaba, ayudándome á curarle de su ciega pasion... No le vea usted mas... Por mi parte ya he hecho lo posible para alejarle pidiendo para él una plaza de agregado que hay vacante en la legacion de Turin... Cuento con algun influjo y me la han prometido... me alejo con él, me destierro por segunda vez, por usted, señora.

BARONESA. ¡Ah!

UN CRIADO. *(Saliendo por la izquierda.)* Una persona que viene de Burdeos pide permiso para hablar al señor.

ENRIQUE. ¡Ah! ¡de Burdeos! *(Aparte.)* De Laura. *(Alto.)* Voy. *(Vase el criado.)* Con permiso de usted, señora. *(Se dirige hácia la izquierda.)*

BARONESA. ¿Y es á Turin adonde piensa usted ir con su hermano? Yo hubiera creido...

ENRIQUE. ¿El qué?

BARONESA. Hubiera apostado que usted se iria al punto de donde llega esa persona que acaban de anunciar.

ENRIQUE. ¿Por dónde sabe usted?...

BARONESA. ¿Qué vá usted á casarse allí?

ENRIQUE. ¿Quién ha podido decir?... ¿Gaspar, tal vez?

BARONESA. Sea quien quiera. No le detengo á usted, vaya usted, pronto... quizás le traen á usted la felicidad.

ENRIQUE. Adios, pues, señora, y no se olvide usted de nuestro convenio. *(Aparte al salir.)* ¡Ah! no quiero volverla á ver nunca. *(Despues de haberse marchado Enrique, la Baronesa que le ha seguido con la vista, echa una mirada en torno suyo y lo observa todo con curiosidad.)*

ESCENA IX.

LA BARONESA. GASPAR.

GASPAR. *(A la derecha.)* Bien está, voy á mandar que acerquen el coche.

BARONESA. ¡Ah! Don Gaspar, ¿y mi tio?

GASPAR. No hay el menor cuidado; el médico dice que no es nada, y él se está riendo ya de la aventura.

BARONESA. ¡Riéndose! pues no se quejaba hace poco...

GASPAR. Ahí verá usted; ahora que el médico responde de su salud ya no siente nada... le sucede lo que á tantos en el mundo que no saben si tienen calor ó frio como no consulten al termómetro... En este momento está enredado con un tazon de sopas y un cuarto de gallina... No come, devora... Ya se vé... el ejercicio le habrá abierto el apetito... Su pobre hija es la que me daba lástima... ¡qué atribulada estaba!... ¡me ha hecho saltar las lágrimas!

BARONESA. ¿Con que la quiere usted de veras?... ¿y ella?

GASPAR. Sospecho que no la soy indiferente.

BARONESA. Don Gaspar... ¿desea usted casarse con mi prima?

GASPAR. ¿Qué si lo deseo? con toda mi alma... Y sé que si usted consiente...

BARONESA. No debo ocultarle á usted que tanto á mi tio, como á mí, nos detiene la idea de que usted no se halla en posicion... no tiene usted carrera.

GASPAR. ¡Perdone usted! tengo tres ó cuatro.

BARONESA. Que equivale á no tener ninguna. ¿No me habia usted dicho que contaba usted con un poderoso protector en el Ministerio de Estado?

GASPAR. Con el mismo Ministro... ha dado palabra de colocarme asi que haya una plaza de agregado vacante...

BARONESA. ¿Su palabra, eh?... pues me temo que falte á ella...

GASPAR. ¡Un Ministro!... ¡es imposible!... Seria la primera vez.

BARONESA. Hay una plaza de agregado vacante.

GASPAR. ¿Dónde?

BARONESA. En Turin.

GASPAR. La acoto.

BARONESA. ¡De usted será!

GASPAR. ¿Mañana?

BARONESA. Hoy mismo.

GASPAR. Verdad es que de ese modo los escrúpulos del tio...

BARONESA. Lo primero es conseguir el destino... Pero silencio...

GASPAR. Callaré como un muerto.

BARONESA. Bien, diga usted á mi lacayo que mande arrimar.

GASPAR. A eso iba.

ESCENA X.

DICHOS. JACINTA. *A poco* GONZALO.

JACINTA. *(A la derecha.)* Ya no les hago falta.
BARONESA. ¿Quién es esa jóven?...
GASPAR. No se moleste usted, una amiga íntima de Enrique.
BARONESA. ¡Ah!
JACINTA. *(Saliendo.)* ¡Señora! *(Aparte.)* ¡Calla! ¡es ella!
BARONESA. ¿Usted conoce, segun me han dicho al señor de Lizana?
JACINTA. Es el que me ha colocado.
BARONESA. ¡El, cosa estraña!
GASPAR. ¡Estupenda!
JACINTA. ¿Por qué? A él se lo debo todo y tengo orgullo en confesarlo... He sido criada por su familia, por su tia, y Don Enrique me ha mirado siempre como una hermana.
GASPAR. Bueno, bueno...
BARONESA. Prosiga usted.
JACINTA. Con sumo gusto. Andando el tiempo Don Enrique se trajo á Madrid á un jóven paisano mio y le puso á aprender un oficio. Cierto dia... sabiendo que nos amábamos nos mandó que fuésemos á buscarle á un almacen de flores que se iba á abrir... «Amigos mios» nos dijo, «estais en vuestra casa... Yo voy á casarme con una jóven de quien estoy perdidamente enamorado. Este es mi regalo de boda. Casaos el mismo dia que yo; sed dichosos y que Dios os dé buena suerte!» Pero nosotros hemos sido mas afortunados que él. *(Gonzalo sale por la derecha y se detiene sin ser visto.)*
GASPAR. Entonces, ya no me admira el afecto que usted le profesa.
JACINTA. ¡Oh! por escusarle una pena daria todo lo que le debo.
GASPAR. ¡Hasta el marido!...
JACINTA. ¡Caballero!...
BARONESA. Bien. *(A Gaspar.)* Mande usted que acerquen el coche. *(A Jacinta.)* Muy bien. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA XI.

JACINTA. GONZALO. GASPAR. ENRIQUE.

JACINTA. *(Siguiéndola con la vista.)* Sí, ella es... no hay duda...

GASPAR. *(A Enrique que sale por la izquierda.)* ¡Ah! caro Enrique, nos marchamos.

GONZALO. Enrique, hermano mio, ¿la has hablado?

ENRIQUE. Sí por cierto.

JACINTA. ¡Ah! Don Enrique... Gonzalo, si ustedes supiesen...

GASPAR. ¿El qué?

ENRIQUE. ¡Qué turbacion!

GONZALO. Habla.

JACINTA. Aquella señora que fué de hurtadillas á ver á usted cuando estubo enfermo...

ENRIQUE *y* GONZALO. ¿Qué?

JACINTA. Acabo de verla; está aquí...

ENRIQUE. ¿Aquí?

GASPAR. ¿Aquí?

GONZALO. ¿Aquí? ¡Esplícate! ¿Qué quieres decir?... Aquella muger cuyo porte era tan modesto, tan humilde!

JACINTA. Me engañé de medio á medio.

ENRIQUE. Yo no veo en esta casa quien...

GASPAR. La baronesa.

ENRIQUE. ¡Gaspar!

GONZALO. ¡Calla, lengua viperina!

GASPAR. ¡Estate quieto! *(A Jacinta.)* ¿Es esa señora, no es verdad? ¿la que ha entrado conmigo?

JACINTA. Sí.

GASPAR. ¿La que ha estado hablando con usted?

JACINTA. Sí.

GONZALO. ¡La baronesa!

ENRIQUE. ¡Es imposible!

JACINTA. No me cabe duda, sin embargo, de haber reconocido...

GONZALO. ¡Oh! sí... ella... Debe ser ella la que velaba por mí á escondidas... Debí haberlo adivinado. ¿Concibes mi alegria, hermano? Me ama...

ENRIQUE. No vayas á creer... Jacinta puede haberse engañado.

GASPAR. ¡Tendria chiste el lance!

GONZALO. Gaspar, ni una palabra de esto, te lo pido por favor... Si se llega á saber solo puede ser por tí... y entonces te mato.

GASPAR. ¡Gracias! ¡Vaya! ¡pues me gusta! ¿Y si es por otro?

JACINTA. Yo tal vez he hecho mal en decirlo, señor don Enrique...

ENRIQUE. ¡Anda, vé, y cerciórate bien! y tú, Gaspar... *(Vase Jacinta por la derecha.)*

GASPAR. Yo voy á hacer que arrimen el coche... ¡Ah! oyes, fuera de bromas; si se llega á saber por otro...

ENRIQUE. ¡Bien, bien!

GASPAR. Voy á mandar que arrimen. *(Vase por el foro.)*

ESCENA XII.

ENRIQUE. GONZALO.

GONZALO. Era ella, hermano mio, la que venia á verme cuando yo me estaba muriendo por ella. ¡Ah! ¡me vuelvo loco de alegria!

ENRIQUE. Gonzalo, querido hermano, no creas en esa muger, yo la conozco... no tiene corazon.

GONZALO. ¡Gran Dios!

ENRIQUE. Y la prueba... es que no te ama, ni te ha amado nunca... ella me lo ha dicho, aqui, hace un instante... ya no te volverá á ver.

GONZALO. ¡Oh! eso seria horrible.

ENRIQUE. Es preciso olvidarla... Ven, nos marcharemos juntos, hoy mismo, esta tarde.

GONZALO. ¡Esta tarde!

ENRIQUE. Sí, una carta de Laura me obliga á partir... Alarmada por tu enfermedad... por mi silencio... quiere salir de Burdeos para venir en nuestra busca... ¡Ah! ¡querido hermano! ¡qué alma tan buena y tan noble es la suya!

GONZALO. ¡Oh! ¡tú si que eres feliz!

ENRIQUE. Nos anticiparemos á ella... Partamos, ven, huye de esa muger que no quiere mas que tu desdicha y la mia.

GONZALO. ¡Enrique! yo me entrego á tí... ¡Oh! ¡el dolor me matará!

ESCENA XIII.

DICHOS. D. CAMILO. LA BARONESA. EUGENIA. GASPAR. JACINTA.

CAMILO. *(A la derecha.)* Bueno... bueno... no necesito del brazo de nadie para sostenerme... El médico tiene razon, no me he hecho nada... no me duele nada.

BARONESA. ¡Pero tio!

EUGENIA. ¡Papá!

GASPAR. *(Desde el foro.)* Hermosa baronesa, ya tiene usted el carruaje á la puerta. Si nuestro interesante enfermo tiene la bondad de darme el brazo...

CAMILO. ¡Eh! ¡quítese usted de delante!... Señor Don Enrique, doy á usted las mas espresivas gracias por su hospitalidad... y si alguna vez tengo la suerte de que á usted...

GASPAR. ¿Le tire el caballo?...

CAMILO. Sí... digo, nó... en fin, caballero, mi casa y mi amistad son de usted, como lo son de su hermano... Gonzalo.

ENRIQUE. Agradezco á usted esa oferta de que por ahora no puedo hacer uso porque esta misma tarde nos marchamos de Madrid... mi hermano y yo.

JACINTA. *(Bajo.)* ¡Don Enrique, no me queda duda, es ella!

BARONESA. *(Bajo.)* Gonzalo, necesito ver á usted hoy, esta noche.

GONZALO. ¡Señora!...

BARONESA. Es preciso.

GONZALO. ¡Ah!

ENRIQUE. ¿Eh?

GONZALO. Nada.

EUGENIA. ¿Pero qué es lo que pasa?

GASPAR. Hija, no sé una palabra... estoy en Belen.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Un gabinete elegante. Puerta al fondo. Puertas laterales. A la izquierda en primer término y junto á una chimenea, sobre la cual hay un espejo, un velador con instrumentos de dibujo. A la derecha, un piano.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA. *En seguida* GASPAR.

EUGENIA. *(Delante del espejo.)* Estoy segura que estas flores llamarán á la noche la atencion en el baile. ¡Ah! ya me parece estar en él... Trararí... trara... *(Poniéndose una flor.)* No, no, prefiero la rosa. Trarará. *(Ensayando un paso.)* Trarirú.

GASPAR. *(Saliendo por el foro y cogiéndola por la cintura intenta bailar con ella.)* Trarororó...

EUGENIA ¡Ay! *(Asustada.)* ¡Calle! ¿Es usted?

GASPAR. ¡Adelante! continúe la danza, ¡polkemos! Trara...

EUGENIA. Gracias, gracias. *(Riendo.)* Pues no es mala aprension.

GASPAR. Ríase usted. *(Risa de Eugenia.)* ¡Así, mas! No crea usted que lo siento, al contrario, la risa le sienta á usted tan bien... tan... ¡ay!

EUGENIA. Caballero, yo...

GASPAR. Y ademas cuando usted rie me deja ver cosas tan bonitas... No hay que sonrojarse por eso... Cá! Los bonitos dientes pertenecen á la naturaleza.

EUGENIA. Vaya, hablemos de cosas mas sérias.

GASPAR. Hablemos.

EUGENIA. Estaba probándome esta corona para el baile... ¿No es verdad que el color de rosa me sienta bien?

GASPAR. ¡Divinamente! ¡El color de rosa! ¡oh! Pues si es lo que mas... Y lo mismo el blanco... Y el azul... ¡sin omitir el verde, por supuesto! Y luego con ese talle... ¡Ay! No sabe usted lo que me gustan los talles como ese. Es cosa que... *(Aparte.)* sobre todo desde la miniatura de la otra... de la jorobada...

EUGENIA. ¿Sí?

GASPAR. ¡Oh! Esta noche en el *suaré* ¡qué dicha!

EUGENIA. ¿Baila usted?

GASPAR. ¡A rabiar! Polko, valso...

EUGENIA. ¿En dos tiempos?

GASPAR. ¡Se entiende! ¡Oh! El vals de tres... lo desprecio, lo dejo á los alemanes!

EUGENIA. ¡Já! ¡já! ¡Qué oportuno está usted!

GASPAR ¿De veras? ¡Gracias! Eso me lisonjea y... cada vez me alegro mas de haberla encontrado aquí sola!...

EUGENIA. Yo tambien me alegro de estarlo...

GASPAR. ¿Sí? ¿No es verdad que se halla uno con mas comodidad? ¿Mas á gusto?... En fin, Eugenia... Hace poco he estado en el Ministerio... usted ignora la causa. Eso es muy natural, puesto que no lo sabe. Pero la causa es la siguiente. En el órden de las cosas estaba el que desde luego obtuviese yo de su familia de usted el consentimiento de nuestro amor, y en tal concepto me he conformado á esta costumbre antigua y ridícula... Como sino bastase decirle á usted: Eugenia, ¡yo la amo!... Es cierto que no me ocupo en nada, pero eso le conviene á usted... y á mí tambien. No tengo ningun diploma, ningun nombramiento, ningun título! ¡Ay! ninguno, Eugenia, ni siquiera el de abogado!

EUGENIA. Eso no me importa.

GASPAR. Ni á mí tampoco; pero soy lo que se llama... ¡un jóven lanzado!... ¡Pues! Tengo veinte y cinco años, dos caballos ingleses y... todo lo cual pongo á los pies de usted con mi corazon y mi fortuna, ¿usted acepta?

EUGENIA. *(Riendo.)* ¡Já, já, já, já!

GASPAR. ¡Se rie usted! ¡Bravo! *Magnifique!*... ¡Pero ya se vé! su familia de usted exigia que yo realzase las prendas físicas y personales que me adornan, con alguna posicion que

me diese cierto relieve. Supe que se hallaba vacante un puesto en la diplomacia, y como la he oido decir á usted que le gustaba mucho el viajar...

EUGENIA. ¡Mucho! ¡mucho!

GASPAR. Pues usted viajará, usted viajará. Yo se lo prometo. Para ello he estado en el Ministerio y merced á las relaciones de alta influencia, que su prima de usted ha puesto en juego anticipadamente, espero que muy pronto, dentro de una hora quizá no habrá el menor obstáculo á mis deseos.

EUGENIA. Al contrario.

GASPAR. ¿Eh?

EUGENIA. Por lo menos tengo miedo de que...

GASPAR. ¡Cómo! Esplíquese usted, Eugenia.

EUGENIA. Desde que usted se fué, no hacen mas que hablarme de otra persona...

GASPAR. ¿De otra? ¡Cielos! ¡Esto es como si me cayera encima la torre de Santa Cruz! ¡Otra persona!... ¡Prosiga usted por S. Pedro y S. Pablo!

EUGENIA. ¡Sí, se lo contaré á usted todo y con eso usted me aclarará!...

GASPAR. ¿Yo?

EUGENIA. Esté usted atento. Esta mañana al volver á Madrid, mi prima Leonor nos dejó para ir de negocios, de tiendas... Por señas que me compró estas camelias.

GASPAR. ¡Qué bonitas! Pero continúe usted.

EUGENIA. Volvió al cabo de dos horas... y no sé por qué estaba pensativa, y triste... ¿Por qué?

GASPAR. ¿Eh? ¡Ps! ¿Qué se yo? Como estaba nublado... Tal vez los nervios y la... Adelante, adelante...

EUGENIA. Un momento despues entré en su cuarto y la hallé anegada en llanto... y al lado de mi padre que la decia... «¡Esto es horroroso! ¡Es preciso confesarlo todo!»

GASPAR. Ola.

EUGENIA. «¡No, jamás! ¡Antes morir!» contestaba mi prima.

GASPAR. ¡Cáspita!

EUGENIA. Me presento, me ven, se miran y callan de repente estrechándose las manos.

GASPAR. ¡Oiga!

EUGENIA. Como usted lo oye. ¿Qué dice usted á todo eso?

GASPAR. ¿Yo?... Lo pensaré.

EUGENIA. Sí, sí. Pensemos... *(Pausa.)*

GASPAR. Pués señor: digo...
EUGENIA. ¿Qué?
GASPAR. Digo que no digo nada.
EUGENIA. ¡Toma! Eso mismo me pasa á mí.
GASPAR. Pero todo ello, ¿qué tiene que ver con esa otra persona?...
EUGENIA. ¡Ah! ya. La otra.
GASPAR. Pues... la otra persona. La que causa nuestro temor.
EUGENIA. ¡Continuaré! No tardaron quince minutos sin que me hicieran de ella los mas grandes elogios... ¡Es un escelente jóven! ¡Es un gran partido!... Mi prima sobre todo era la que mas insistia...
GASPAR. ¿Su prima de usted? ¡Oh! La ira me... y ese jóven... ¿quién es? ¿cómo se llama?...
EUGENIA. Don Gonzalo de Lizana.
GASPAR. ¡Gonzalo! ¿Y era su misma prima de usted quien?... ¡Bah! ¡Ya comprendo sus elogios! ¡Ay! Cáspita me habia usted dado un susto....
EUGENIA. ¡Calle! ¿y lo toma usted de ese modo?
GASPAR. ¡Claro está! Si Gonzalo no puede amarla á usted.
EUGENIA. ¿Cómo que nó?
GASPAR. Como que ama á...
EUGENIA. ¿A quien?
GASPAR. No... Es decir... la... Primeramente porque va á partir y no tiene tiempo... y luego porque ella no puede pensar en destinarle para usted... Justo.
EUGENIA. Pero... hable usted claro.
GASPAR. Perdone usted, Eugenia. Es un secreto.
EUGENIA. ¡Ola! Tiene usted secretos para mí.
GASPAR. No tal; pero... su prima de usted...
EUGENIA. ¿Leonor? ¡Ay! Hable usted. Soy tan curiosa.
GASPAR. Séame permitido...
EUGENIA. *(Con resolucion.)* Hable usted ó le doy calabazas...
GASPAR. No, por piedad... Sucumbo. *(Leonor sale por la izquierda sin ser vista.)* Pues... sepa usted que su prima... Pero por Dios no diga usted una palabra. Mire usted que en ello va mi vida.
EUGENIA. ¡Cielos! Con que mi prima...
GASPAR. Es decir, Gonzalo...

ESCENA II.

DICHOS. LEONOR.

Leonor. ¿Y bien? Gonzalo...
Gaspar. (Uf).
Leonor. ¡Qué!
Gaspar. Señora... yo... y ademas la... *(Aparte.)* (Maldita sea mi lengua).
Eugenia. El señor me estaba diciendo que...
Leonor. Sin duda que habia visto á Gonzalo...
Gaspar. Eso: precisamente, la decia eso mismo. ¿Verdad?
Eugenia. ¡No por cierto!
Gaspar. Sí, Eugenita, sí. Que le habia visto con su hermano Enrique y que... ¡Vaya! como que en este momento ya habrán partido para Italia.
Leonor. ¿Partido? ¿Cree usted?...
Gaspar. ¿No he de creerlo? Enrique al pasar en el tilburí con su hermano se despidió de mí y... ¡Que pálida se ha puesto!
Eugenia. ¿Eh? ¿Qué?
Gaspar. Nada. *(Aparte.)* Y Eugenia decia bien; ¡tiene los ojos hinchados de llorar!
Leonor. *(Apoyándose en un mueble.)* ¡Han partido! *(Alto.)* Pero... usted, *(A Gaspar.)* no ha visto aun al ministro? No ha obtenido todavia esa plaza... responda usted, sepamos...

ESCENA III.

DICHOS. D. CAMILO. GONZALO.

Camilo ¡Vaya! Entre usted, amigo mio.
Eugenia. ¡Gonzalo!
Leonor. *(Dando un grito de alegría.)* ¡Ah!
Camilo. ¿Qué diantre hacia usted en la calle?
Gonzalo. Perdone usted, mas...
Gaspar. ¡Bravo! ¡La alegría ha vuelto á su semblante! *(Aparte mirando á Leonor.)*
Camilo. *(A Leonor.)* Figúrate que he encontrado á Don

Gonzalo en la acera de enfrente mirando á nuestra casa.. Cualquiera hubiera dicho que no se atrevia á entrar. *(Aparte á Leonor.)* Creo que tenias razon. Sin duda está enamorado... *(Mirando á Eugenio.)*

GASPAR. El buen Gonzalo! Y yo que le juzgaba ya camino de Italia con su hermano.

LEONOR. ¡Con su hermano!

GONZALO. Sí... Es decir... me está esperando...

CAMILO. ¿Su hermano de usted? Ha rehusado venir á casa... y lo siento: hubiera querido tener el gusto de volverle á dar gracias. *(Bajo.)* Se me ha puesto en la cabeza que miraba á las ventanas del cuarto de Eugenia.

GASPAR. Yo he hecho cuanto he podido por traerlo, pero... ¿quién detiene á un hombre enamorado? ¡Porque Enrique lo está, lo está ciegamente de un ser ideal que él se ha creado, y que sin duda queria ir á buscar á los cantones de la Suiza! ¡Pues! Un corazon tierno, sensible, que lo haga muy feliz...

CAMILO. ¡Bien! Pero D. Gonzalo no tiene nada que ver con eso, debia quedarse entre nosotros. ¿Acaso necesita ir tambien por esos mundos de Dios en busca de corazones?

GONZALO. No, ¡si el que yo deseo me correspondiera, no necesitaria ir á buscarle tan lejos!

GASPAR. *(Aparte á Eugenia.)* ¿Eh? ¿Qué tal? Mire usted, mire usted que ojos la echa.

EUGENIA. ¿A quién?

GASPAR. (Uf) No, no, á nadie. (Vamos, no me puedo reprimir).

CAMILO. *(Bajo á Leonor.)* ¿No te lo dije? Eso es por Eugenia. *(Alto.)* Vaya, amigo mio, ¡tieneusted tanta cortedad!... nos trata usted con tal cumplido á nosotros que tan de veras le apreciamos todos... *(Mirando á Eugenia.)* Sí, todos... ¡Qué diantre! Cuando yo tenia la edad de usted y era buena figura...

GASPAR. Sí, hace dos ó tres años...

EUGENIA. ¡Já, já, já!

GASPAR. ¡Cómo la divierto!

CAMILO. Hé aquí sin ir mas lejos á D. Gaspar: á buen seguro que como tuviera que pedirme alguna cosa... hablaria...

GASPAR. ¡Hasta por los codos! Y apropósito, me alegro que haya usted venido para que oiga la respuesta que esta señora me pedia acerca del empleo que...

Leonor. *(Inquieta por la presencia de Gonzalo.)* D. Gaspar...
Gaspar. ¿Señora? *(Volviendo á D. Camilo.)* Pues sí, del empleo que ella me dijo.
Leonor. *(Aparte.)* Cállese usted.
Camilo. ¿Y bien? esa respuesta...
Leonor. *(Aparte.)* No conteste usted.
Gaspar. *(Aparte.)* ¡Anda! ¡aun continúan los arcanos!
Gonzalo. *(Aparte.)* ¡No se van!
Camilo. Vaya, D. Gaspar... acabe con mil santos...
Gaspar. Señor D. Camilo, permítame usted que... que me ciña tan solo á recordarle que amo á su hija de usted, y... que espero... *(Leonor le hace á D. Camilo seña negativa.)*
Camilo. Caballero... yo soy... Es decir, ella... *(A Leonor)*. ¿Eh? ¿Qué?
Gaspar. *(A Leonor.)* ¿Cómo? *(A Leonor.)* Añadiré que si es preciso para ello lograr ese empleo...
Camilo. ¡Ese... pues...! Ya... *(A Leonor.)* ¿Qué decias tú?
Gaspar. ¿Eh?
Leonor. Yo...
Camilo. (Demonio.) ¡Estoy mareado con tantas señas!
Gaspar. Repito que si ese empleo...
Camilo. ¡Ah! Con efecto un empleo... siempre es un empleo.
Gaspar. Sí; sobre eso no hay cuestion.
Leonor. Justo... Y... en tanto que mi tio vá á hablar... algunos instantes con Eugenia... usted podria irse...
Gaspar. ¿A pasear?...
Leonor. No tal.
Gaspar. Ya caigo. Al Ministerio.
Leonor. Pues.
Gaspar. ¡Comprendo! Comprendo perfectamente y voy.
Gonzalo. *(Aparte.)* Quiere que la dejen sola.
Gaspar. *(Aparte á Eugenia.)* ¡Eugenia, constancia y firmeza!
Eugenia. *(Idem.)* Descuide usted, Gonzalo no me gusta, es muy melancólico y usted en cambio...
Gaspar. ¿Qué?
Eugenia. Me divierte mas que él.
Gaspar. ¡Oh! ¡noble rasgo de amor! ¡Oh! voy á coger mi sombrero. Señoras... Señor Don Camilo...
Camilo. Agur, hasta despues.

GASPAR. Adios, Gonzalo. *(Dándole la mano.) (Aparte.)* ¡La divierto mas! ¡vamos me adora!

CAMILO. ¿Vienes, Eugenia? Pronto volvemos. Con permiso...

EUGENIA. *(Para sí.)* ¡Renunciar á un hombre que polka tan bien!... ¡Oh! ¡nunca! *(Se vá con D. Camilo.)*

ESCENA IV.

LEONOR. GONZALO.

GONZALO. ¡Solo! ¡Solo con ella!

LEONOR. Don Gonzalo, doy á usted gracias por haber accedido, viniendo aqui á la súplica que le hice.

GONZALO. ¡Súplica!... Cuando por verla á usted yo...

LEONOR. Siéntese usted... á mi lado, tengo que hablar á usted de asuntos íntimos y para los cuales ruego á usted me preste toda su atencion.

GONZALO. Señora...

LEONOR. Sin duda es muy delicado lo que tengo que decir á usted, pero el interés merecido que aquí todo el mundo siente hácia usted, lo habrá preparado, asi lo espero, á esta confianza que voy á hacerle.

GONZALO. ¡Una confianza! un secreto entre usted y yo!...

LEONOR. Sí. Hace algun tiempo que tengo el deseo, el proyecto... indiscreto quizá, de casarle á usted. Mi tio tiene una hija encantadora, su belleza, su alma ingénua y bondadosa... todo promete en ella al hombre que sea su esposa una compañera que...

GONZALO. ¡Ah! ¡Señora! Es usted muy cruel.

LEONOR. Gonzalo... No prosiga usted, se lo ruego. El secreto que iba á escaparse de esos lábios no me es desconocido... Al contrario... me ha sido revelado y bien cruelmente.

GONZALO. ¡Cielos! ¡Mi hermano quizá!

LEONOR. Y por mucho pesar que ese secreto me haya causado... por mucho que me haya hecho sufrir... me conmueve, no lo niego; pero... no se enoje usted si al mismo tiempo añado que no puedo inquietarme acerca de él sériamente.

GONZALO. ¡Ah! usted, Leonor, no sabe...

LEONOR. Sé que es usted jóven, apasionado; que se exalta

con facilidad... y que en eso tan solo consiste por fortuna el sufrimiento que le aqueja.

Gonzalo. Pero no sabe usted que este sufrimiento hijo de mi carácter ó de una pasion verdadera, acabará con mi vida!

Leonor. ¡Gonzalo!

Gonzalo. Sí, usted no sabe que mi corazon la adora á usted... que yo no puedo existir sin amarla!

Leonor. ¡Gonzalo! ¡Qué dice usted!

Gonzalo. Es mi alma, Leonor, mi alma la que habla en este momento, la que entrega en sus manos de usted su felicidad ó su desventura eterna, la que le dice á usted que la idolatra, la que le pide una palabra de consuelo... No: menos que eso, Leonor. Calle usted y que su silencio sea una señal de amor para mí. Su silencio siquiera y me contaré por dichoso!

Leonor. Caballero... No me daré por ofendida por lo que acabo de oir y hasta quiero perdonárselo á usted; pero reflexione usted á su vez y con calma el orígen de ese sentimiento que de tal modo le estravia... y créame; usted... usted mismo no hallará en él nada de lo que las grandes pasiones... A estas nos liga siempre un lazo eterno, indisoluble... Lazo que consiste en una feliz alegria ó en un triste infortunio... en haber sido pérfido ó engañado... ¡Pero una pasion ligera!... Un amor que nace... Eso, Gonzalo, acaba fácilmente... usted verá, no lo dude, disiparse muy pronto esos sueños de usted que tanto deploro y... usted aceptará en cambio la amistad que yo le ofrezco. Sí. Aunque no sea mas que por su propia dignidad... acéptela usted, ¡Gonzalo, amigo mio!

Gonzalo. ¡Amigo!

Leonor. ¿Por qué nó? Este es el único sentimiento que puedo ofrecerle... ¡Qué! ¿Lo rehusará usted?...

Gonzalo. Leonor... ¡Leonor! ¿Qué pretende usted de mí?... *(Le coge la mano. La puerta se abre, Enrique aparece en ella.)*

ESCENA V.

DICHOS. ENRIQUE.

Leonor. ¡Ah!

Enrique. *(Saludando.)* Señora... Te esperaba, Gonzalo.

GONZALO. Enrique...

LEONOR. No creiamos tener el honor de verle á usted por aqui, caballero, habiéndose usted negado á una invitacion...

ENRIQUE. Muy galante sin duda... y que agradezco en el alma... Pero... una respuesta, una concesion del Ministro debia apresurar mi partida para Turin... Asi lo esperaba al menos. Sin embargo, el Ministro me ha faltado á su palabra... pero esto no sucede con él sólo. Otras promesas habia tambien, otros compromisos á los cuales no preveia yo que pudiesen faltar, y admire usted mi candor, señora, la promesa que yo habia creido mas sincera, era la de un pobre loco para quien no ha sido su empeño mas que una vana palabra. Mas al recobrar su libertad me ha devuelto la mia y yo por fortuna he hecho un precioso uso de ella presentándome en seguida en su casa de usted. Y á la verdad no sé si es por efecto de mi imprevista llegada, pero... ¿no siente usted, señora, la especie de turbacion que parece haberse apoderado de todos nosotros en este momento?

GONZALO. ¡Cómo! Tu crees...

LEONOR. De ningun modo, caballero.

ENRIQUE. Pues... yo no negaré por mi parte la agitacion que se ha apoderado de mí al volver á ver estos sitios!

GONZALO. ¡Qué! ¿Tú habias venido alguna otra vez aquí?

ENRIQUE. Hace años... Presentado por un amigo... por el hermano de esta señora... Era una noche de baile... y en ella tuvo principio cierta novela... cuyos recuerdos me estremecen.

GONZALO. ¿Por qué?

LEONOR. No comprendo.

ENRIQUE. Nada mas sencillo, señora. Cuando se presentan los mismos síntomas, se temen iguales resultados y... al ver que entre las personas que uno quiere hay alguna cuyo corazon es sensible y exaltado... se tiembla por ese corazon y se vela por él... Porque esas personas no saben, no creen la verdad... y se concibe muy bien. Hay tantos encantos en un mirar angelical, en una voz dulce y pura, que... el corazon á quien seducen no quiere sino respirar y existir en el error que adora.

GONZALO. ¡Hermano mio!

ENRIQUE. ¿No es verdad, Gonzalo? Esta es tu situacion...

ese el estado de tu alma... ¡Oh! dígale usted, señora... usted que es muger y cuyas palabras por lo tanto tendrán sin duda autoridad sobre Gonzalo... Dígale usted que hay naturalezas fatales á las que devora una indomable necesidad de agradar... sin que nuestra leal mirada pueda distinguir al enemigo por entre la doblez que oculta su perfidia.

GONZALO. ¡Enrique!...

ENRIQUE. Dígale usted tambien que es preciso alejarse cuanto antes de esos encantos peligrosos, y salvar un corazon que engañan, y un porvenir que marchitarian.

LEONOR. ¡Caballero!... Yo no puedo asociarme á sus deseos de usted para arrojar en el alma de su hermano secretos deplorables que no comprendo, y que así como sus palabras de usted no quiero comprender tampoco, porque... si otra cosa hiciera... se lo juro, temeria ser injusta y cruel.

ENRIQUE. Pero mi hermano está presente y usted prometió...

LEONOR. A él toca responder á usted antes de que vuelva á verme. *(Se dirige hácia la izquierda.)*

GONZALO. ¡Ah! señora, no crea usted... *(Se dirige hácia ella: Leonor le detiene con una mirada y se vá.)*

ESCENA VI.

GONZALO. ENRIQUE.

GONZALO. *(Yendo hácia la puerta.)* ¡Señora!

ENRIQUE. *(Deteniéndole.)* Quédate.

GONZALO. ¡Oh! suelta. ¡A tí, á tí, solo debo mi desventura!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Sí: mi desventura!... ¡Oh! Bien lo veo: Tú le has hablado esta mañana y... ¡y no ha sido para favorecer mi amor segun me lo habias prometido!

ENRIQUE. Ha sido para protegerte, para defenderte, para echarle en cara...

GONZALO. ¡Bondades que me hacian dichoso! Quién te ha pedido...

ENRIQUE. ¡Gonzalo! ¡Esa muger te engañaba!

GONZALO. Pues bien. A nadie mas que á mí pertenece el condenarla ó absolverla.

ENRIQUE. ¡Oh!... Eso es ya demasiado... sabe, pues...

GONZALO. Sí, que te habia prometido no verme, no amarme...

Pues bien... ya puedes estar contento. Leonor ha cumplido su promesa.

Enrique. ¿Qué quieres decir?

Gonzalo. Que aquí, en este mismo sitio donde tú has estado tan severo, tan injusto con ella, Leonor me repetia hace poco lo que le habias exigido, Leonor me decia que no me amaba, ¡que era preciso que yo renunciase á mi pasion!

Enrique. ¿De verás?

Gonzalo. Y con una lealtad, con una dulzura...

Enrique. ¡Que te ha destrozado el alma!

Gonzalo. ¡Sí! Y además... ademas me ha propuesto... ¡Oh! No quisiera repetirlo.

Enrique. Acaba... Te ha propuesto...

Gonzalo. Casarme...

Enrique. ¿Eh? ¡cómo!...

Gonzalo. Sí; casarme con Eugenia, con su prima.

Enrique. ¡Casarte! ¡Ah! Gonzalo... si ella te ha dicho eso, si ha concebido ese proyecto de buena fé, y no con el fin de irritar mas tu loca pasion...

Gonzalo. ¡Todavía mas acusaciones!

Enrique. Bien. No tengo razon... sí... yo te juro olvidarlo todo, perdonarla...

Gonzalo. ¿De qué? Si te han hablado contra Leonor, si alguien la acusa será algun fátuo que desdeñado por ella quiere vengarse calumniándola... ¿Qué me importan á mí esas acusaciones?

Enrique. ¿Cómo? Podrias creer...

Gonzalo. Yo no creo nada mas, sino en la que amo, Enrique. No intentes pues oponerte á ello, no intentes llevarme contigo.

Enrique. Es necesario.

Gonzalo. No: me quedo en Madrid.

Enrique. ¡Gonzalo!

Gonzalo. Me quedo, mal que te pese á tí que eres hoy causa de mi desesperacion! ¡Ah! Yo me creia ya dichoso cuando has vuelto. Esperaba.

Enrique. Escucha...

Gonzalo. No, no, déjame... no quiero oirte ni una sola palabra. *(Se vá.)*

Enrique. ¡Gonzalo!

ESCENA VII.

ENRIQUE *solo.*

¡Huye de mí! ¡Me acusa! ¡Y es tambien á ella á quién debo este nuevo pesar!... ¡Oh! ¡No me engañó mi presentimiento! al pisar el suelo de esta casa me decia el corazon que aquí me esperaban mas amargos sinsabores... Aquí... ¡donde ahora estoy solo... y tan cerca de ella!... No sé qué esperimento al encontrarme en la estancia donde hace cuatro años... Sí, es la misma. ¡He ahí el piano al cual yo la acompañaba! ¡El velador sobre el que ella trazó aquel retrato mio que me devolvió luego!... ¡Recuerdos fatales! Ayer cuando un imprevisto accidente la presentó á mi vista; despues de las revelaciones de mi hermano, yo me creia mas fuerte, mas sereno... Pero aquí, al escuchar sus últimas palabras, al ver su última mirada cuando se alejaba de mí, y al hallarme entre estos objetos queridos que vuelvo á encontrar casi del mismo modo que los dejé... ¡Pobre hermano mio! Cómo no temblar por el estravío de su amor cuando yo... yo que no la perdonaré nunca...

ESCENA VIII.

ENRIQUE. JACINTA.

JACINTA. *(Saliendo por el foro y como si hablara con alguno.)* Sí: pregunto por la Señora Baronesa.

ENRIQUE. ¡Qué veo! ¡Jacinta!

JACINTA. ¡Don Enrique!

ENRIQUE. ¿Tú en esta casa? Cómo es que...

JACINTA. Nada mas sencillo. Ya lo vé usted vengo á traer unas flores que han ido á encargarme.

ENRIQUE. ¿No sabes? Esta misma es la casa de aquella señora que esta mañana...

JACINTA. ¿De veras? Lo ignoraba completamente. Pero usted...

ENRIQUE. Yo solo he venido por mi hermano y parto... Adios...

JACINTA. Un momento. Iba á verle á usted en cuanto saliera de aquí...

ENRIQUE. ¿Tú?

JACINTA. Y aun habia alquilado para ello un carruaje que me espera á la puerta.

ENRIQUE. ¿Y bien?

JACINTA. Tome usted esta carta... Tenia que entregársela á usted en propia mano y...

ENRIQUE. ¿Una carta? ¿De quién?

JACINTA. Lo ignoro. Pero una señora muy linda que fué á casa á preguntar por usted la escribió allí mismo encargándome que al punto...

ENRIQUE. ¿Una señora?

JACINTA. Que dijo acababa de llegar á Madrid y que demostraba quererle á usted mucho.

ENRIQUE. ¡Cielos! ¡Laura sin duda!...

JACINTA. ¡Ola! ¡parece que usted la conoce! Bien, bien, ahora... con su permiso de usted voy á llevar mis flores á Doña Leonor. Hasta la vista. *(Se vá.)*

ENRIQUE. *(Solo.)* Laura en Madrid en estos momentos!... ¡Oh! *(Lee.)* «Enrique, voy á ver á usted y tiemblo al pensarlo» ¿Qué es esto? «En el instante que vá á des»enlazarse entre nosotros la novela que la mas noble »de las mugeres habia imaginado para curar su corazon »de usted uniéndolo al mio» *(Movimiento de estrañeza.)* »yo misma me pregunto con terror si no habremos usted »y yo soñado una felicidad imposible.» ¡Imposible! «Exis»te en mi vida un fatal secreto que es fuerza respetar. ¿Se »siente usted con valor para ello? Si así fuese; vuele »usted á mi lado; pero si mi amor no le bastase á usted »¡oh! que no volvamos jamás á vernos» *(Deja de leer.)* ¡Dios mio! ¿Qué significa?... ¿Perderé ademas del afecto de un hermano, el cariño que constituia mi feliz esperanza y que debia consolarme de todas mis penas? ¡Oh! volemos al encuentro de Laura, sepamos de una vez.

ESCENA XI.

ENRIQUE. GASPAR: GONZALO.

GONZALO. *(Saliendo por el fondo.)* ¡Ah! Gaspar! ¡Mi querido Gaspar! ¡qué dichoso me haces!

GASPAR. ¡Sí, bien! pero... cáspita! suéltame que me estrangulas!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Tenias razon, hermano mio, esa muger me engañaba!

ENRIQUE. ¿Leonor? ¡Ah! Ya lo ves. Partamos.

GASPAR. ¿Cómo! ¿Eh? ¿Qué diablos decís?

GONZALO. ¡Nos engañaba á todos!... Pregúntale á Gaspar.

GASPAR. ¿A mí? Pero si yo no comprendo una palabra... Es decir... Por último, contaré lo que sé y...

GONZALO. Sí, díle á Enrique...

GASPAR. Pues bien. Así quizás ustedes puedan descifrarme este embrollo. Figúrense ustedes que yo volvia contento, lleno de júbilo á ver á Doña Leonor que ha arreglado mi matrimonio con Eugenia...

ENRIQUE. ¡Eugenia! la muger que te destinaba...

GASPAR. ¿Eh? ¡Caramba! ¿Cómo eso?

GONZALO. ¿Lo ves, Enrique? Tú dices bien, no quiere casarme, me engañaba.

GASPAR. Pero señores, sepa yo...

ENRIQUE. ¡Era un lazo! Como yo me sospeché.

GONZALO. ¡Sí, un fingimiento que tú le habias exigido, un desden que ella no sentia!

ENRIQUE. ¡Oh!

GASPAR. ¡Pido la palabra. Quiero que me digan ustedes si tratan de birlarme mi novia. ¡Cáspita! La otra pase, pero la mia...

GONZALO. ¡Eh! ¡No, cásate con ella en buena hora!

ENRIQUE. ¡Qué perfidia!

GASPAR. ¿Perfidia? La perfidia seria que yo me quedase á la luna de Valencia. Pues hombre esto solo faltaba! Cuando para casarme acabo de obtener la plaza vacante en la legacion de Turin...

ENRIQUE. ¿Tú?

GONZALO. La plaza que tú solicitabas para mí.

GASPAR. ¡Qué oigo! Chico, perdona, yo ignoraba... Pero ya no tiene remedio.

ENRIQUE. ¿Estás nombrado?

GASPAR. Hace media hora.

ENRIQUE. ¡Oh!

GASPAR. Pero no es mia la culpa. Esta mañana en tu casa, ella me dijo que para obtener la mano de su pri-

ma era indispensable que me diesen ese destino, y yo...

ENRIQUE. ¿Te lo dijo Leonor?

GASPAR. ¡Cabal!

ENRIQUE. ¡Pero esto es una traicion infame!

GONZALO. No, no. Es solo que ella no ha querido dejarme partir.

ENRIQUE. Basta, Gonzalo, basta. Mi pecho siente sus antiguos odios, su justa cólera y... debo dar gracias á Dios por ello, sí... mi corazon desmayaba hace algunos instantes pero... pues ya han llegado los agravios á este estremo, pues solo un escándalo puede ya convencerte de tu funesto error y cerrarnos para siempre las puertas de esta casa... ¡oh! yo lo daré. Ven conmigo, Gaspar.

GASPAR. ¡Poco á poco, yo no quiero que me metas en esos ruidos!

GONZALO. Enrique...

ENRIQUE. ¡Oh! Es fuerza que digas á todos la verdad y la dirás.

GASPAR. No señor. Yo no diré nada, soy diplomático; ¿estamos? Y no habrá quien me saque una palabra del cuerpo. *(Dentro D. Camilo.)* Sí; mi sobrina va á salir: que enganchen su carruaje.

ENRIQUE. ¡Don Camilo!

GONZALO. ¿Qué vás á hacer?

GASPAR. Yo me escapo...

ENRIQUE. No, aquí quieto; quietos aquí los tres.

GASPAR. Pero hombre...

ESCENA X.

DICHOS. D. CAMILO. *Despues* LEONOR.

D. CAMILO. *(Saliendo.)* ¡Calle! ¡Don Enrique en esta casa! celebro que al fin...

ENRIQUE. Don Camilo... usted segun creo tiene un sobrino.

D. CAMILO. Sí, hermano de Leonor y que se halla de guarnicion en Barcelona... Don Enrique, celebro mucho...

ENRIQUE. Perdone usted... He conocido á ese sobrino en un dia funesto... Es un hombre de honor y siento que no se halle aquí porque entonces á él solo me habria dirigido para pedirle cuenta.

D. Camilo. Cuenta... ¡cómo! ¿de qué?

Enrique. De una comedia infame que se está representando, en su familia de usted, y á la vista de usted, señor don Camilo.

D. Camilo. Caballero...

Gaspar. (Pues la cosa empieza suavemente que digamos.)

Enrique. Pero una vez que su sobrino no está aquí; delante de usted que es un hombre honrado y que será juez de mis acciones, quiero arrancar la máscara...

Gonzalo. Enrique, que está ahí... *(Leonor aparece por la izquierda.)*

Gaspar. Ya revienta la bomba...

Enrique. Quiero arrancar la máscara, repito.

D. Camilo. ¿A quién, caballero?

Enrique. *(Sin ver á Leonor.)* A una cruel muger que nos ha tomado á mi hermano y á mí un odio mortal... encendido en su corazon con la mas refinada coquetería y los mas pérfidos amaños un amor imposible... Imposible, sí; y haciendo se desbaratase el plan que yo habia formado para separar á Gonzalo de ella, para alejarlo de Madrid.

D. Camilo. ¡Pero! cómo supone usted que...

Enrique. ¡Oh! Gaspar me lo ha dicho.

Gaspar. (¡Huy!) Yo: poco á poco; entendámonos, yo ignoraba la... (Pero por qué me meten en este lio.)

Enrique. No lo dude usted; ademas, esa misma muger ha tenido la audacia de ofrecer á mi hermano para engañarle tambien, la mano de su hija de usted que habia prometido á otro.

D. Camilo. ¿A otro?

Enrique. ¡Sí, Gaspar me lo ha dicho!

Gaspar. ¡Yo! (Maldito seas!) Señores, permítanme ustedes... (¡Este hombre me vá á perder!)

Gonzalo. *(Bajo á Enrique.)* Por piedad; repara que te está escuchando.

Enrique. ¿Qué me importa?

D. Camilo. Caballero... semejantes acusaciones...

Enrique. ¡Necesitan quizás mas fundamentos! Pues bien, si es preciso recordaré un pasado que se levanta entre nosotros como la mejor prueba. Sí: revelaré á mi hermano, delante de usted, delante de todos, que no es él el único á quien ha engañado así; que un pobre jóven, tierno y crédulo como él, se vió víctima del mismo amor, de los

mismos amaños y de las mismas ilusiones! Su sobrina de usted que no era Baronesa todavía...

D. Camilo. Don Enrique!...

Enrique. ¡Aquí, en esta misma estancia fué donde se convirtieron en lágrimas de amargura y desesperacion, las dulces esperanzas que embriagaban el alma de aquel pobre jóven! ¡Sí, aquí... aun me parece estarlo viendo feliz, alegre, rodeado de parientes y amigos; fijos sus ojos en aquella que le habia hecho soñar el mas venturoso porvenir! Y... cuando ella se levantó para firmar en el contrato la felicidad que habia prometido, aun me parece que veo tambien entrar á su padre, hombre virtuoso y de honor... y de pronto ponerse el rostro de aquella muger sombrío, pálido... y esclamar arrojando al suelo la pluma que su amante la presentaba... «Caballero, yo no »le amo á usted. Yo no quiero ser esposa suya!»

Gaspar. ¡Calle!

D. Camilo. Don Enrique... usted ignora aun... *(Leonor le contiene con una mirada.)*

Enrique. No, por vida mia. El enigma tardó muy poco en aclararse... porque al cabo de un mes, esa muger se casaba con un título y un millon.

Gonzalo. ¡Cielos!

Gaspar. (¡Soberbio negocio!)

D. Camilo. Repito que usted ignora...

Enrique. No es eso todo. Era preciso que hubiese sangre para hacer mas duradero aquel recuerdo aciago y... el amante vendido, lleno de vergüenza y dolor, pidió satisfaccion del insulto que habia recibido al hermano de aquella muger.

D. Camilo. ¡A mi sobrino!

Leonor. ¡Ah!

Enrique. Sí, ambos se batieron...

Leonor. Yo no sabia tal suceso, Enrique.

Enrique. Y el amante fué herido.

Leonor. ¡Cielos!

Gaspar. (¡Anda! ¡le sacudieron encima!)

Gonzalo. ¡Señora!... ¡vacila! ¡se desmaya!

D. Camilo. ¡Leonor!

Leonor. No es nada. Nada, querido tio.

D. Camilo. Caballero, á semejante imprudencia es imposible callar y yo romperé el silencio aunque...

GONZALO. ¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE. Yo no la he provocado. Mas cometida ya, me felicito de que ella sea el término de una indigna intriga. Ahora Gonzalo, sígueme... salgamos de aquí.

LEONOR. Caballero...

D. CAMILO. Don Enrique... quédese usted... Es fuerza que á mi vez, yo...

LEONOR. Querido tio, yo se lo ruego, déjenos usted. Ya no salgo, y usted, Gonzalo.

GONZALO. Leonor... ¿usted me llama?...

GASPAR. Señor don Camilo, ruego á usted que no me atribuya....

D. CAMILO. Chito; usted tiene la culpa de todo esto.

GASPAR. ¿Yo? (¿No lo dije? ¡Ahora van á pegar conmigo!)

ENRIQUE. Gonzalo.

LEONOR. *(A Gonzalo.)* Un momento no mas.

GASPAR. Y usted Leonor, me cree tambien?...

LEONOR. Déjeme usted, jamás le perdonaré lo que ha hecho.

GASPAR. (¡Pues señor, esto sí que tiene gracia! ¡Ellos riñen y yo... maldita sea mi boca!) *(Se van Gonzalo y don Camilo.)*

LEONOR. Don Gaspar...

GASPAR. Entiendo. Beso á usted... Si yo pudiera ver á Eugenia. *(Se va.)*

ESCENA XI.

LEONOR. ENRIQUE.

LEONOR. *(A Enrique que se vá.)* No, usted no se irá sin escucharme, caballero.

ENRIQUE. ¡Yo! ¿á qué fin, señora?

LEONOR. ¡Es preciso que usted me escuche; usted no puede dejar así á una muger cuya vida entera acaba de calumniar!... Profundamente conmovida, humillada, acepto su enojo de usted. En buen hora; pero al mismo tiempo no quiero vivir despreciada de nadie.

ENRIQUE. ¡Y qué, señora! ¿Quién me ha obligado á volver á esta casa que yo no debia hacer pisado de nuevo?... ¿dónde sufro tan cruelmente? ¿Para qué, en fin, se trata de detenerme aun? ¡Oh! Harto débil he sido. *(Vá á irse.)*

LEONOR. ¡Enrique, yo se lo ruego á usted por lo que mas

ame usted en el mundo! Quédese usted en nombre de su hermano.

ENRIQUE. ¡De mi hermano! ¡Oh! Esa palabra me presta mas energía. ¡A Dios!

LEONOR. En nombre de Laura...

ENRIQUE. ¡Señora! ¿Qué nombre ha pronunciado usted?

LEONOR. El de una muger á quien usted ama apasionadamente puesto que ha bastado invocarle para hacer que permanezca usted al lado de la que aborrece.

ENRIQUE. ¡Usted la conocia!

LEONOR. Puede usted detenerse aquí, sin recelo; Laura no le espera á usted...

ENRIQUE. ¡Cómo!

LEONOR. Tal vez yo deberia dejar á esa misma persona el cuidado de justificarme.

ENRIQUE. ¡A ella!

LEONOR. ¡Sí; ella le diria á usted cuán injusto, cuán cruel ha sido usted conmigo!

ENRIQUE. ¡Injusto!... señora... no comprendo... pero vamos á ver... Esplíqueme usted aquel fatal suceso, esplíqueme usted lo que hoy mismo... Dígame usted una palabra, una sola...

LEONOR. Lo que yo diré á usted, ahora que hay un abismo entre nosotros, es, que si su hermano de usted se ha engañado acerca de los motivos de esos cuidados, de esa tierna amistad que yo le prodigaba, usted cuyo corazon sensible y delicado conozco bien, debia haber comprendido que ese intéres en que Gonzalo no ha visto mas que amor, tenia sin embargo un principio mas antiguo y mas puro. Solo, sin guia, sin apoyo alguno, yo atraia á Gonzalo como una hermana de usted, Enrique...

ENRIQUE. Pero Gonzalo la amaba á usted y sin embargo...

LEONOR. ¿Podia yo por ventura adivinar su amor? ¿Podia yo en fin amarle... siendo hermano de usted?

ENRIQUE. ¡Usted le amaba por mí! ¡Pero esto es para perder la razon! ¡por mí, señora! ¡Por mí, á quien usted habia aborrecido, engañado, vendido, á quien usted habia condenado á dejar á España para ocultar mi dolor!

LEONOR. ¡Para ocultarlo! ¡Ah! Yo he tenido mas valor que usted. Yo me he quedado para ser desgraciada.

ENRIQUE. ¡Usted! ¡Cómo! Ese esposo, ese anciano que le llevó á usted un nombre ilustre, una fortuna...

LEONOR. ¡Sí; le debo mas que la vida! Era el mejor amigo de mi padre y fué tambien para mí el mejor de los hombres. El supo leer en mi alma que no podia poseer mi amor... y un dia me dijo con acento lleno de nobleza y bondad... «¡Leonor yo no he buscado en tí mas que una »hija; quiéreme como se quiere á un padre!» ¡Y al dejarme sola un instante despues, yo esclamaba de rodillas. «¡Gracias Dios mio! ¡Al menos podré pensar en Enrique »y confesarme á mí propia que le amo!»

ENRIQUE. ¡Cielos! ¡usted me amaba! ¡usted que me rechazó de su lado! ¡usted me amaba!

LEONOR. En tanto que usted escribia á su tia á Burdeos... «¡Nada queda en mi corazon para esa muger: solo la »profeso el mas frio desprecio...!» ¡Ah! Yo he leido esas cartas, Enrique, y guardando mi amor en lo mas profundo de mi pecho, compadecia á aquel de nosotros dos que despreciando á quien fué su ídolo, habia perdido el consuelo de un cariño leal, puro!... Quien eso hacia era sin duda el mas desgraciado.

ENRIQUE. ¡Oh! ¡sí! ¡lo era!

LEONOR. Entonces supe tambien que su tia habia formado respecto de usted ciertos proyectos; que otra muger en fin...

ENRIQUE. Sí: otra, es verdad. Otra que en este instante olvido escuchándola á usted, y cuyo afecto tierno y puro me hacia soñar aun la dicha que en un tiempo creí perdida; y sin embargo... esa muger me aguarda, me ama y yo no vuelo á su lado; y yo le pido á usted una palabra que la justifique de lo pasado. ¡Ah! Dígala usted... Leonor... ¡Qué! ¿usted no vé lo que estoy sufriendo? ¡Sí, á qué he de ocultarlo. Ni el tiempo ni la ausencia han podido sofocar este amor que dó quiera he llevado conmigo! Yo me juzgaba libre de él, pero... cuando á mi vuelta, al verme entre usted y mi hermano, procuraba apagar en el corazon de Gonzalo el fuego que le devoraba, lo sentia encenderse á mi pesar en el mio... Queria huir con él de esta casa que me aterraba y... Sépalo usted, Leonor, en ella hay un encanto irresistible que me aterra mas aun... Y cuando por salvar á Gonzalo, yo la ultrajaba á usted, aquí, hace pocos instantes, con el recuerdo de un pasado cuyo prestigio me fascinaba todavia... ¿No conocia usted en mi voz, en mi emocion, en

mi enojo, que yo me delataba á mi pesar? ¿No leia usted en mi rostro que yo era desgraciado?

Leonor. ¡Sí: porque usted ha sido el mas injusto de los dos!

Enrique. ¿El mas injusto? ¡Luego usted me ama! Sí, sí, usted lo ha dicho y yo lo creo en mis lágrimas mas aun que en las de usted, Leonor... Pues bien... entre nosotros existe un misterio fatal... El misterio de nuestra antigua separacion... Hable usted, dígame usted que no era libre entonces, que la obligaron á usted á...

Leonor. A nada. Yo sola fuí la causa.

Enrique. ¡Oh! una palabra, y la creeré á usted, y me verá usted á sus plantas diciéndole como en los tiempos de nuestra felicidad... ¡Leonor! ¡Yo te amo!

Leonor. *(Con esfuerzo.)* Enrique, déjeme usted.

Enrique. ¡Una palabra, por piedad!

Leonor. Nunca.

Enrique. ¡Usted no era culpable!

Leonor. Sí: Yo sola *(Con mas emocion.)* y mas aun de lo que yo pensaba... porque al separarme hoy de usted voy... voy á arrebatarle á usted la última ilusion que le quedaba, la última esperanza de felicidad que sin saberlo usted... mi amor habia dado al suyo...

Enrique. ¿Qué quiere usted decir?

Leonor. ¡Yo buscaba á fuerza de ternura volver á conquistar un corazon que habia perdido!

Enrique. ¡Usted! ¡cómo!

Leonor. Yo... ¡loca de mí! apelé al misterio y á la amistad de su tia de usted para conseguirlo!

Enrique. ¡Cielos!

Leonor. Lo creí un momento en el amor que sus cartas de usted respiraban, y...

Enrique. ¡Mis cartas! ¡cuáles!

Leonor.... Y esperaba de este modo hacerme dueña de su amor de usted hasta el punto que al descubrirme pudiera usted consentir en no preguntarme nada sobre lo pasado.

Enrique. ¡Por compasion! ¡acabe usted! ese misterio á qué se refiere, esas cartas...

Leonor. *(Sacándolas.)* Trataba de que las leyésemos juntos...

Enrique. ¡Cielos!

Leonor. ¡Pero se las vuelvo porque mi esperanza ha desaparecido!

ENRIQUE. *(Tomándolas vivamente.)* Mis cartas á Laura! ¡Oh! *(Leonor desaparece.)* Sí: ¡no me engaño! ¡Laura! ¡Era ella! ¡Leonor! Y aquellas páginas tan llenas de ternura que venian á consolarme cuando yo la maldecia eran de Leonor tambien! ¡De Leonor á quien yo amaba creyendo vengarme de ella! ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! *(Cae en el sofá abatido.)*

ESCENA XII.

ENRIQUE. GONZALO. *Despues* GASPAR.

GONZALO. ¡Enrique! ¡Enrique!
ENRIQUE. ¡Gonzalo!
GONZALO. Enrique ¡hermano mio! Sí tú supieras... Leonor...
ENRIQUE. ¿Qué? Leonor...
GONZALO. Sí. A quien tu acusabas tan cruelmente...
ENRIQUE. ¡Y bien! acaba.
GONZALO. ¡Déjame respirar de alegría! Su mismo tio... el único que en el mundo era sabedor de ese fatal secreto... su tio acaba de revelármelo todo.
ENRIQUE. ¿Sí? El te ha revelado...
GONZALO. Ese hombre, ese futuro de Leonor que tanto la amaba y á quien ella... rechazó al tiempo de firmar el contrato...
ENRIQUE. Prosigue...
GONZALO. ¡Ella no hizo mas que salvarle!
ENRIQUE. ¿Qué quieres decir?
GONZALO. Ella solo llevó á cabo un noble, un heróico sacrificio... que ha pagado con la dicha de toda su vida: sí, la mañana misma de su boda... Leonor habia sorprendido un secreto terrible. Su fortuna... el honor de su padre estaban gravamente comprometidos!
ENRIQUE. ¡De su padre!
GONZALO. Sí: ¡iba á perderse sin remedio! Y á consecuencia de ello, el hombre á quien ella amaba iba tambien á verse envuelto en aquella ruina, porque el padre de Leonor trataba de ocultarle la verdad de su situacion.
ENRIQUE. ¡Cómo! Semejante lazo...
GONZALO. Pero Leonor sin que lo supieran se decidió á evitarlo; rompió ella misma con su amante y le salvó sin

afrentar á su padre cuya fortuna y honra compró casándose con el baron de Alvarado.

Enrique. ¡Oh! sí: ¡Eso es! Eso debe ser. ¡Todo lo comprendo! ¡Por eso se declaraba aquí mismo culpable ella sola! ¡Por eso ocultaba la verdad respetando la memoria sagrada de su padre! ¡Ah! ¡Tienes razon! Es un ángel á quien no se puede menos de adorar eternamente.

Gaspar. *(Dentro.)* ¡Esto es indigno! ¡Ola! Me alegro de veros. ¡Habeis hecho muy bien en desenmascarar á una coqueta!

Gonzalo. Gaspar, no hables así.

Gaspar. Quiero. Me complazco en repetir en voz alta. ¡Una coqueta! ¡Ahora salimos con que ya no me dán la plaza para Turin! Voto á... ¡Qué demonio! Carga si quieres con mi empleo, pero en cuanto á mi novia... Y esa muger quiere violentar su inclinacion... ¡La inclinacion de la pobre víctima! ¡Quiere que me trate como ella trató á aquel otro!

Enrique. ¡Silencio!

Gaspar. ¡Pues! A aquel otro, á aquel amante engañado...

Enrique. ¡Gaspar!

Gaspar. ¡Dale! ¡Si quiero hablar alto! ¡Estoy hecho un gato montés!

Gonzalo. Leonor no ha engañado á nadie. Mi hermano estaba en un error!

Gaspar. ¡Tu hermano! ¡Hombre tú has perdido el seso! ¡Pues si tu hermano es el amante en cuestion!

Gonzalo. ¡Cielos!

Enrique. ¡Miserable!

Gaspar. ¡Ah! ¡poco á poco!

Gonzalo. Tú, ¡Enrique! ¡Tú! ¡Ah! ¡Ya lo veo todo! ¡Y me lo ocultaste! ¡Y me engañabas!

Enrique. ¡Gonzalo! ¡Hermano mio! ¡escúchame! ¡Yo no te he engañado! Yo confiaba demasiado en mí mismo... y no creia volverla á amar!

Gonzalo. ¡La amas!

Enrique. Pero ambos partiremos al instante lejos de aquí. Sí, Gonzalo. ¡Huyamos los dos de estos sitios! ¡Pronuncia una palabra y te seguiré sin vacilar!

Gaspar. (¡Pues señor! Está visto que todo lo echo á perder.)

ESCENA XIII.

DICHOS. D. CAMILO. LEONOR. EUGENIA.

D. Camilo. *(Dentro.)* Sí, sí. Ya no quiero que se ignore por mas tiempo.
Leonor. ¡Oh! usted no dirá nada!
Gonzalo. ¡Ah!
Enrique. ¡Leonor!
D. Camilo. *(Saliendo.)* ¡Pues ya lo he dicho todo!
Leonor. ¿Qué ha hecho usted?
Gaspar. ¿Eh? ¿qué nuevo embrollo será este? ¿Tendré yo tambien la culpa?
Enrique. *(Postrándose á los pies de Leonor.)* Perdon, ¡señora, su honor de usted y el de su familia será en adelante el mio! ¡el nuestro! Aqui delante de todos la ofendí á usted hace una hora... ¡á usted la mas santa, la mas noble, la mas generosa de las mugeres! Aquí tambien vengo de rodillas á proclamar mi injusticia.
Leonor. Enrique...
Enrique. Y ahora... ¡me dejará usted!...
Leonor. Partir...
Enrique. ¿Me dejará usted partir sin perdonarme?
Leonor. *(Dándole la mano.)* Enrique. Yo le perdono á usted... ¡Adios! *(Se vá á ir Enrique.)*
Gonzalo. No... Quédate.
Leonor. ¡Ah! *(Se adelanta al lado de Enrique.)*
Enrique. No, ¡Gonzalo! Entonces, ¡tú no me querrias!
Gonzalo. *(Abrazándole.)* ¡Ah! ¡Sí, hermano mio! ¡Siempre! *(Enrique abraza á Leonor.)* *(Gonzalo se despide de ellos por señas y se vá.)* *(Cae el telon.)*

FIN DE LA COMEDIA.

EL MÉDICO

Y LA HUÉRFANA.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON ISIDORO GIL

Y

DON L. CASTEJON.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.	ACTORES.
La marquesa de Villablanca.	*Doña Gerónima Llorente.*
El baron de la Brianne, *hijo segundo de la marquesa.*	*Don Luis Fabiani.*
Carolina de la Brianne, *su muger.*	*Doña Catalina Bravo.*
Fernando, *nieto de la marquesa.*	*Don Antonio Alverá.*
Mauricio, *médico.*	*Don José García Luna.*
María.	*Doña Teodora Lamadrid.*
Landougué, *guarda-bosque.*	*Don Ignacio Silvostri.*

La escena pasa en una aldea de Francia á sesenta leguas de París.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el piso bajo de la casa del médico amueblada con sencillez y limpieza. A la derecha del espectador habrá una mesa y una poltrona; á la izquierda otra mesa; una papelera con un armario-botiquin; mas allá la puerta de la cocina, puerta y ventana al foro que figuran dar al campo. En último término de la derecha y hácia el foro una puerta-vidriera que da entrada á un invernáculo. Alacena y aparador al foro.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, *sentada en la mesa de la derecha, figura acabar de escribir una plana.*

Eh! no faltan mas que dos renglones para acabar la plana! Qué bueno es saber escribir, asi... de corrido...! Quién me lo hubiera dicho hace seis semanas, cuando no sabia coger todavía la pluma! Ya se ve! Mi pobre madre bien hubiera querido enseñarme; pero la infeliz no gozó un dia de completa salud desde que yo tuve uso de razon; ademas era preciso que atendiera á buscar trabajo para mantenerla! Oh! pero ahora me he desquitado del tiempo perdido! Bien es verdad que tambien tengo un maestro tan bueno! Pobrecillo! Se pasa las horas enteras mirándome... Toma! algunas veces está tan ensimismado, que tengo que decirle: "Señor Fernando, mirad que han tocado la campana de la Quinta, y la señora marquesa, vuestra abuela, os estará esperando... Si supiese que pasábais el tiempo enseñando á escribir á una pobre muchacha, ama de gobierno del médico del pueblo!" Quién viene? (*Volviéndose y mirando.*) Nadie. El señor Fernando me ha encargado que calle y que no diga á nadie que viene á verme... ni aun al señor Mauricio, mi amo... tiene razon... asi se quedará sorprendido... (*Bajo.*) El mejor dia agarro y cuando es-

té almorzando le leo los periódicos de la cruz á la fecha... No acabará de volver en sí! "Pero qué, María, eres tú la que hace esos garabatos! y sin echar borrones!" (*Se levanta.*) Oh! ahora no me he engañado. Ha entrado alguien... Es la voz de Landougué, el guarda bosque. (*Guarda los papeles en el cajon de la mesa.*)

ESCENA II.

LANDOUGUÉ. MARÍA.

Landougué. Quieto ahí, (*Finge hablar con los perros desde dentro.*) Palomo! Abajo, Leon. Cuidado conmigo! Asi me gusta... angelitos de mi alma...!

María. Son vuestros perros, señor Landougué! Ay Dios mio! qué destrozo van á hacer en el corral.

Landougué. No hay miedo, señora María. Son unos animales muy mirados y respetarán á vuestras gallinas... me lo han prometido... y ademas los he atado por si acaso.

María. Eso es lo mas seguro... Con que segun veo hoy está de caza el señor marques?

Landougué. Sí señora, tras un jabalí que da gusto, mejorando lo presente. Soberbio animal! Ayer no hizo mas que pasar por cerca de mí y desjarretó dos perros.

María. Jesus! (*Asustada.*)

Landougué. (*Aparte.*) (Ya se declaró.) No tengais cuidado, señora María; mi individuo no sufrió el menor detrimento.

María. No, si no era el miedo por vos; era por el marques. Si le hubiese sucedido alguna desgracia!

Landougué. A quién? Al señorito Fernando! Dios nos libre! No hubieran faltado gritos y lágrimas en la Quinta!

María. Es tan bueno, tan amable!

Landougué. Y tan querido por todos los del pais! Como que desde que vino aqui, y eso que apenas tenia quince años, se mostró tan franco y tan llano con todos... jugaba con los mozos, corria tras las mozas... qué sé yo? A propósito, y el señor Mauricio cómo está...? El señor Mauricio el Salvador! Qué buen mote para

médico eh? el Salvador! Y bien lo merece! Qué hombre tan escelente! oh! pero ya puede daros las gracias, señora María, porque sino hubiese sido por vos, estaria en la eternidad.

María. Ah! haceis bien en recordarme eso: tengo que regañaros.

Landougué. A mí, por qué?

María. Por vuestras habladurías. Siempre que veis al médico os poneis á hacer estremos y admiraciones! "Dios mio! (*Imitándole.*) de qué buena habeis escapado, señor Mauricio...! buena fortuna habeis tenido en que la señora María estuviese á vuestro lado, porque sino hubiese sido por ella... como no teneis un solo pariente."

Landougué. Toma! Si habeis hecho una buena accion, por qué no se ha de decir?

María. Y no haceis caso de mis señas, ni os haceis el cargo de lo mucho que le cuesta al pobre señor acordarse de lo que sufrió en su enfermedad!

Landougué. Por cierto que es cosa rara...! de todo se acuerda menos de lo que le pasó mientras estuvo malo... Oh! en cuanto á eso... ni pizca ni media.

María. (*Suspirando.*) Pues mirad, señor Landougué, yo me alegraria mucho de que sucediese siempre lo mismo, porque si se acordase no querria verme... como que he sido la causa de todo.

Landougué. Vos?

María. (*Bajo.*) A nadie se lo he dicho hasta ahora... pero como estais siempre erre que erre con vuestros elogios, quiero preveniros y...

Landougué. Sí, haceis bien... porque el que no sabe... y ya se ve, es tan facil hacer una barbaridad...

María. Pero me prometeis que callareis en adelante si os lo cuento?

Landougué. Como un muerto.

María. (*Señalando á la poltrona.*) Pues sentaos.

Landougué. (*Sentándose.*) Con mucho gusto; eh!

María. Pues señor, hará como seis meses vine á este pueblo desde París, á pie y sin mas recurso que una carta que mi pobre madre me entregó al morir para un sugeto que, segun supe despues de mil preguntas é

indagaciones, paraba en este pueblo. Pregunté en muchas casas inútilmente, entré en esta y hallé en ella al señor Mauricio... estaba sentado... ahí... en ese sillon... —"Qué quereis? me dijo... á quién buscais?"—"A un sugeto para el cual traigo una carta de recomendacion... Al señor de Auvray..." Al oir este nombre se demudó todo y se volvió hácia mí trémulo y pálido... —"Auvray...! quién os ha descubierto ese nombre? quién os le ha dicho? Auvray ha muerto!"—

Landougué. Sería algun pobrecillo á quien despacharia al otro barrio... allá... cuando empezó á ejercer.

María. "Ha muerto...! esclamé yo al oirle. Entonces qué va á ser de mí? Habia fundado todas mis esperanzas en esta carta que traía para él!" Y mis ojos se anegaron en lágrimas al enseñársela. —"Tan jóven y desgraciada! pobre muchacha!" esclamó el señor Mauricio cogiendo la carta. En aquel instante sentí como remordimientos de habérsela dejado coger; quise volver á tomarla, pero apenas hubo fijado la vista en el sobre, dió un grito y cayó á mis pies como herido de un rayo.

Landougué. Jesus! (*Se levanta.*)

María. Figuraos mi dolor.... acudí á sostenerle, di gritos... por fortuna, pasaba cerca de aqui á caballo el señor Fernando, y envió un criado á que buscase otro médico de las cercanías, el cual le volvió á la vida... pero en qué estado! Dios mio! todo un mes se llevó delirando! Por último mejoró, fue recobrando la salud poco á poco... pero nó la memoria. Durante su enfermedad lo habia olvidado todo, mi nombre, el suyo, el daño que le habia causado... tan solo se acordaba de una cosa... de que yo era pobre y no tenia amparo alguno en el mundo.

Landougué. Vaya una historia! Pues lo mas estraño es que ninguno del pueblo conoce á ese hombre ni puede dar razon de dónde ha venido... Mi padre me ha contado que se apareció aqui como caido del cielo y hecho un esccehomo, flaco, descolorido... Supo que no habia médico en el pueblo, se fijó en él, y hace veinte años que es el consuelo de la comarca! Pasa el dia de aldea en aldea, cura á los unos, asiste á los otros... y

nunca quiere un cuarto por las visitas; en fin, es un escelente médico, y el mas servicial de los hombres, á pesar de su carácter áspero y desabrido.

María. Si algun infeliz no tiene que trabajar, no para hasta que le proporciona obra.

Landougué. Y como uno le pida un favor, lo primero que hace es negársele redondamente, pero en seguida se le encuentra hecho sin saber cómo ni cuándo. (*Cruzándose de brazos.*) Pero quién habrá tenido valor para hacer daño á un hombre asi, porque todo eso da á entender que ha pasado muchos disgustos...

María. Bien seguro.

Landougué. No babeis tratado nunca de averiguar... asi, al trasluz...? (*Haciendo seña como de quien lee una carta al trasluz.*)

María. Quitad allá! Será algun secreto.

Landougué. Ya estamos; pero tambien si vuelve á caer esa carta en sus manos por casualidad, puede darle otra vez y...

María. Oh! no hay miedo; la tengo escondida. Por eso es por lo que quiero que no le traigais á la memoria la enfermedad... con que ya lo sabeis...?

Landougué. Primero que decir una palabra me dejaría arrancar la lengua!

María. Callad... he oido ruido... y creo que es la tordilla que ha entrado en el patio... será él...

Landougué. Pues... precisamente cuando yo queria hablaros de una cosa.

María. De qué? De alguna consulta? Vaya, otra vez será. (*Sonriéndose.*)

Landougué. Ay! Qué bonita es! qué alhaja de muger tendria yo en ella!

ESCENA III.

DICHOS. MAURICIO. (*Este desde el foro.*)

Mauricio. Santiago, arropa bien á la tordilla... no vaya á coger una pulmonía.

María. Vírgen Santísima! (*Corre á él.*) Venís hecho un rio!

Mauricio. No es nada, hija mia... un bañito de vapor!

María. (*Le limpia el sudor.*) Hay conciencia para sofocarse de este modo! De dónde venis?

Mauricio. De paseo. (*Desocupa los bolsillos, que trae llenos de estuches y lanceteros.*)

María. De paseo?

Mauricio. Sí: volvia de Epinay (Blas el gordo está fuera de peligro, mañana le purgo), cuando me encontré en el camino con Fernando, el baroncito de Herigny y otros amigos suyos que iban á caza. Ah! (el chico de la Gervasia se presenta muy bien; tiene sarampion) pues como digo, iban de caza metiendo un ruido infernal con sus trompas, perros y látigos. Apenas me vieron empezaron á gritar: "Ah! el doctor! el doctor! va á ser de los nuestros!"

María. (*Gritando.*) Vos, sí, ya baja! y qué hubiera dicho de eso la tordilla?

Mauricio. La tordilla tiene muy mala cabeza, hija mia, y á pesar de sus años no ha sabido resistir á la tentacion. No bien oyó el bullicio y la jarana, empezó á hacer tambien sus corbetas.

Landougué. Y os metisteis en la gresca?

Mauricio. Salimos á escape hasta venir á dar con un foso de veinte pies. La tordilla reflexionó que no estaba aquello á sus alcances, y se detuvo de pronto. Sacudió las orejas como diciendo "*estan verdes,*" y conociendo yo lo mismo la hice volver grupa y me despedí de los muchachos gritando: "Ea! divertirse mucho; si os rompeis algun hueso, ya sabeis dónde vivo." Despues de lo cual emprendió la tordilla su paso galano, y aqui me tienes.

María. Muy bonito! Cansarse asi! esponerse á una recaida cuando acabais de salir de la convalecencia!

Mauricio. Vamos, gruñe, gruñe cuanto quieras. (*A Landougué.*) Ese es privilegio esclusivo de las amas de curas y médicos, y ademas tiene derecho para regañarme. Me ha cuidado con tanto esmero, con tanto cariño durante la enfermedad...

Landougué. Oh! eso es cierto; la pobrecilla se deshacia á llorar cuando la dijeron que os iba á llevar pateta.

Mauricio. Con que tanto te asusté? (*Cogiéndola la mano.*)

Maria. Oh! sí... sobre todo aquel dia en que dijísteis delirando y tomándoos el pulso: "han acudido muy tarde! ya no hay remedio para el enfermo."

Mauricio. Yo dije eso? (*Admirado.*)

Maria. Por fortuna variásteis de parecer al otro dia... y os recetásteis un sin número de bebidas.

Mauricio. Pero por supuesto que no me harian caso?

Maria. Sí tal; os dimos todo lo que pedísteis.

Mauricio. Todo? Ay Dios mio! Y no reventé? Solo de pensarlo me tiemblan las carnes... Bien que... cuántos compañeros mios recetarán por ese estilo...!

Maria. Vuestro amigo el de Chatillon fue quien mandó que os obedeciésemos; y nos dijo que discurriais mejor delirando, que otros en su cabal juicio.

Mauricio. Pues hija mia, mi compañero era un solemne ganso... porque el diablo me lleve si desde la tal enfermedad me ha quedado la cabeza para pensar en nada... hasta la memoria he perdido, y por mas que quiero recordar la causa de aquel...

Maria. (*De pronto.*) No, no os canseis... os prohibo que penseis en eso.

Mauricio. (*Dándole en la mejilla.*) Bien está, señor médico, bien está... oh! ahora no hay miedo... me siento bueno, cómo con un apetito...

Landougué. Otro tanto me sucede á mí... devoro.

Mauricio. Sí, pero tú eres un Eleogábalo, y el mejor dia vas á tener un sentimiento... Estoy esperando que una mañana vengan á llamarme para que yo te dé de almorzar. (*Señala al botiquin.*)

Landougué. De lo de la botella negra... (*Hace un gesto.*) Gracias, señor Mauricio.

María. Eh! Dejaos de eso, ocupaos menos de los otros, y algo mas de vos mismo. Estais en ayunas desde esta mañana... voy á mandar que os hagan una jícara de chocolate.

Mauricio. No, no: quiero almorzar cosa sólida. La cabalgata me ha abierto el apetito. (*Al decir esto ha cogido el brazo de Landougué y le toma el pulso maquinalmente.*)

ESCENA IV.

MAURICIO, LANDOUGUÉ.

Mauricio. Pero oyes...! Si no tienes nada.

Landougué. No por cierto, á Dios gracias.

Mauricio. (*Soltándole y dándole un empujon.*) Y entonces á qué diablos me alargas la mano?

Landougué. Si sois vos el que me la ha cogido.

Mauricio. Bien puede ser...! (*En tono brusco.*) la costumbre...! vamos, qué traías aqui! quieres algo?

Landougué. (*Restregándose la oreja.*) Queria que fueseis padrino de mi primer hijo.

Mauricio. De tu primer hijo! pero hombre, si aun no te has casado...!

Landougué. Pues de eso se trata.

Mauricio. Ah! Con que piensas casarte? Pues señor, cásate... qué quieres que yo te diga?

Landougué. Es que... (*Señala á María, que ha ido á coger una taza á la alacena.*) habeis de saber que la individua con quien yo quiero contraer matrimonio es...

Mauricio. María...? (*Bajo á él.*)

Landougué. La misma.

Mauricio. Oyes, no tienes mal gusto. Pero y á qué vienes á contármelo á mí? ese es asunto vuestro.

Landougué. Toma! Ya lo sé, pero es el caso que yo queria... que... vos os encargárais de hacerla ver las ventajillas... en fin, de hacerla mi elogio... porque no está bien que uno mismo...

Mauricio. Oiga! Y quién me manda á mí meterme en eso? Anda y quítate de delante... no quiero decirla nada. (*A María que viene con la taza.*) Oyes, María... ven acá... di, tienes gana de casarte?

María. Yo, señor Mauricio? nunca he pensado en ello. (*Deja la taza en la mesa.*)

Mauricio. Pues segun parece, Landougué lo ha pensado por tí y por él.

Landougué. Asi, asi. (*Bajo á Mauricio.*)

María. Landougué?

Landougué. Ahora viene bien hablarla de mis cualidades. (*Bajo á Mauricio.*)

Mauricio. Y si te atreves á apechugar con él, aunque es bastante simple y bastante feo...

Landougué. Qué diablos estais diciendo? (*Bajo á él.*)

Mauricio. (*Id.*) Calla, hombre... la estoy convenciendo.

Maria. (*Riéndose.*) Pero qué! hablais de veras? El señor Landougué quiere casarse conmigo?

Mauricio. No, no es cosa de risa, hija mia; las muchachas deben casarse... Landougué es un buen sugeto que nos quiere mucho, y si no tuviese la mala costumbre de empinar demasiado el codo de cuando en cuando... (*Landougué le hace seña.*) Pero es preciso hacerle justicia... no es muy á menudo... Con que vamos... te encuentras con ánimos?

Maria. Yo qué sé? (*Con sencillez.*)

Mauricio. Pues lo sabré yo. Quieres á algun otro?

Maria. (*De pronto.*) Sí por cierto, os quiero á vos con todo mi corazon.

Mauricio. No lo dudo, hija mia; pero ya ves que yo no tengo edad ni facha de novio. Lo que te pregunto es si estás enamorada de algun otro.

Maria. Me parece que no.

Landougué. Hui! qué gusto! (*Embobado.*)

Mauricio. Mira, quítate tú de ahí, (*Bajo.*) porque si vieras qué cara tan estúpida pones cuando quieres hacerte el amable... (*Landougué sigue mirando á Maria embobado.*) Miren qué cuadro! (*Aparte.*) Eh! qué te parece? te gusta? (*Alto á Maria.*)

Maria. Ay! no señor; pero si vos creeis que debo casarme, y que el señor Landougué me conviene... me casaré, porque lo demas que habeis dicho es verdad... el señor Landougué es un buen sugeto.

Landougué. Qué tal, lo oís?

Mauricio. Sí, hombre, sí; pues vaya, no hay mas que hablar.

Maria. Pero ha de ser con la condicion de que no me he de separar de vos; sino no me caso.

Landougué. Como vos querais: eso se reduce á que vengamos todos á vivir aqui... yo, mi abuela y los perros...

Mauricio. Eso es, todas las fieras: me gusta la llaneza.

Landougué. El señor Mauricio se merece eso y mucho mas.

Mauricio. Sí, hijo, sí.

Landougué. Qué gusto! ya no me falta sino el consentimiento de la señora marquesa.

Mauricio. Calla! pues qué es tu madre?

Landougué. No señor, pero como ya sabeis que lleva las cosas con un rigor... dice que es la señora mas noble del pais, y que por lo mismo debe tenerla todo el mundo consideraciones y respeto... Si no la pidiese el consentimiento era capaz de plantarme en la calle. (*Óyese una trompa de caza á lo lejos.*) Ay Dios mio! Han empezado el ojeo, y yo me estoy aqui mano sobre mano.... Arriba, (*Llama á los perros y coge la escopeta.*) Palomo...! toma, Leon...! Ah! señor Mauricio... (*Vuelve.*) si por casualidad os encontrais con el cura, no dejeis de hablarle de la boda.

Mauricio. Eso es; pues hombre, ya no falta mas sino que me case por tí. Anda con mil diablos.

Landougué. Voy á daros ese gusto. Hasta la vista, hermosa María. (*Vase.*)

Mauricio. Si se habrá figurado que no tengo que pensar mas que en su boda. (*Para sí.*) Que hable al cura...! está fresco! Bien que ahora que me acuerdo voy á pasar cerca de su casa, y... (*María mira por el foro.*) Vamos, María, y el almuerzo? Qué estás mirando ahí?

Maria. La carretela de la señora marquesa que viene hácia aqui... ah...! es el señor baron y su esposa,

Mauricio. El diablo cargue con ellos! Qué traerán? Qué suplicio son estas gentes que no tienen que hacer mas que venir á fastidiar á los demas!

Maria. Ya estan aqui.

ESCENA V.

DICHOS. EL BARON, *en trage de campo, y* LA BARONESA *muy elegante.*

Baronesa. Bueno. (*A un lacayo.*) Aguardad ahí con el coche. (*Vase el lacayo.*) Buenos dias, doctor.

Baron. Está visto que tiene uno que venir á buscaros. Ya no vais por la Quinta.

Mauricio. Pues qué, hay algun enfermo?

Baron. No, escepto yo que tengo la salud mas fatal...

Baronesa. Con que segun eso, para que os dejeis ver es necesario que esté uno á la muerte? No os habeis dignado venir á comer siquiera un dia con nosotros.

Baron. Ni á jugar una partida de dominó con mi madre.

Mauricio. Toma! No está alli el cura? que se componga con él.

Baron. Ya sabeis que es muy poco amable, y que quiere ganar siempre.

Mauricio. Otro tanto me pasa á mí.

Baronesa. Sí, (*Sonriéndose.*) tambien sois desabrido en demasía; pero me he propuesto haceros sociable y... Calle! aqui está María...? Buenos dias, muchacha.

Maria Servidora vuestra, señora baronesa.

Baronesa. Sabeis, doctor, que teneis aqui una alhaja... es un tesoro.

Mauricio. Sí, un tesoro... que no quiere que almuerce hoy... Vamos, hija, ya sabes que tengo que salir... anda á decir á Francisca que despache las chuletas.

Maria. Ay Dios mio! Todavía no está puesta la mesa.

Mauricio. Yo me la arreglaré. (*Ap.*) Con eso puede que se vayan.

ESCENA VI.

MAURICIO. EL BARON. LA BARONESA.

Baronesa. Con que vamos, doctor, es necesario que hoy vayais á comer con nosotros á la Quinta; se lo he prometido á mi madre.

Mauricio. A comer! á comer! (*Entre dientes al paso que va y viene al aparador.*) Cuidado que es manía la de estos señores el tomar por asalto á los curas y médicos de los pueblos. Pues señora, sabed que no puedo, y que no iré.

Baronesa. (*Ap.*) Vendrá. (*Alto.*) Hola! (*Viéndole poner la mesa.*) Con que tambien sabeis poneros la mesa?

Mauricio. Otra que tal...? Como si en el ejército tu-

viese uno ayuda de cámara que le sirviese.

Baronesa. Ah! eso es decir que habeis sido militar?

Baron. No, hija, habrá sido ayudante de ejército: nuestros fisicos mas famosos han empezado asi su carrera... dígalo Larrey, Desgenettes y el pobre Auvray, cuyo paradero he tratado de averiguar tantas veces inútilmente.

Mauricio. Auvray! (*Deja caer un plato en la mesa.*) Auvray habeis dicho?

Baron. Sí; le conocisteis?

Mauricio. No, no! Auvray! (*Serenándose.*) creo que no.

Baron. Bien que no puede ser, porque segun he sabido despues, habrá unos veinte años que ha muerto. Qué lástima! Era un hombre de un talento estraordinario, y á quien Napoleon apreciaba mucho. A él debimos la salvacion de toda una brigada en la peste de Jaffa. Mi hermano mayor, el padre de Fernando, se encontró alli, y...

Mauricio. Vuestro hermano! (*Recordando.*) En Egipto?

Baron. Sí... un cabeza desbecha! Figuraos qué tal niño sería, que cuando empezó la revolucion cambió de nombre para ir á batirse bajo las banderas de la república, en vez de emigrar como los demas nobles.

Mauricio. Hizo bien.

Baron. Sí por cierto; no hice yo menos... tambien cambié de nombre.

Mauricio. Para alistaros en el ejército?

Baron. No, hombre... para fugarme... Yo siempre he gozado de una salud tan...

Baronesa. Bien, baron, bien... no se trata ahora... despues, despues.

Mauricio. Fernando! (*Consigo mismo.*) Por eso decia yo siempre que le veía... (*Alto.*) Es prodigioso: cómo se parece á su padre!

Baron. Cómo! (*De pronto.*) Es decir que vos habeis conocido á mi hermano!

Baronesa. Luego habeis estado en Egipto?

Mauricio. No.

Baronesa. Sin embargo, lo que acabais de decir..

Mauricio. Pues bueno. (*En tono desabrido.*) Sí señor, qué tenemos? Supongamos que haya estado en Egip-

to... no es uno dueño de haber estado en Egipto? No puede ir todo el mundo á Egipto?

Baron. Eh! por Dios, no hay que alborotarse.

Mauricio. Pero si tambien estais preguntándome... (*Tira el pan sobre la mesa.*) y dale, y torna. (*Con aspereza.*) Señores mios, yo no tengo el tiempo de sobra... se le debo á mis enfermos... por consiguiente, cuando alguno quiere entretenerme, suelo decirle: Me alegraré que no haya novedad; y... hacedme el favor de marcharos.

Baronesa. Ea, ea: ya se enfada el huron... y eso que hoy estaba tan amable! Vamos, si quereis que hagamos las paces habeis de venir á comer con nosotros.

Mauricio. (*Sigue poniendo la mesa.*) Pero señor, habrá empeño igual.

Baronesa. Necesitamos que nos acompañeis para ayudarnos á echar una reprimenda á Fernando, á vuestro predilecto. Es el único con quien no gruñís.

Mauricio. Porque es el mejor... no viene á fastidiarme con visitas.

Baronesa. Gracias.

Mauricio. No lo digo esto por vos, señora.

Baronesa. Entonces os debe de estar muy agradecido el baron.

Mauricio. Tampoco ha sido por el baron.—Pues sí señora, quiero á vuestro sobrino, porque es un jóven franco y caballeroso: porque tiene (*Señala al corazon.*) esto... Yo no sé si me entendereis, pero tiene esto.

Baron. Toma, si os entiendo! Quereis decir... que tiene... esto. (*Idem.*)

Baronesa. Sí, es un escelente muchacho... pero estoy muy quejosa de él... Queremos casarle con la hija de los de Ablancaiy... cien mil ducados de renta...! la casa mas rica de la provincia. La abuela está deseando que se efectúe la boda, pero mi sobrino parece que no está muy dispuesto á darla ese gusto.

Mauricio. Como que la hija de los Ablancaiy no tiene nada de bonita.

Baron. Y sí mucho de fea.

Baronesa. Sí, es muy fea; pero eso no es una razon

para... no me he casado yo con vos? (*Al baron.*)

Baron. Eh?

Mauricio. Ademas, tal vez habrá en campaña algun otro amorcillo... como que está en la edad...

Baronesa. Amores! ojalá! Con eso me los contaria y pasariamos el rato. Yo no soy huraña. Si me dijese... Tiita... hum? Le contestaria, bueno, hijo mio, diviértete... ni el baron ni la abuela sabrán nada... porque los muchachos...

Baron. Hum...! (*Menea la cabeza.*) Los muchachos...

Baronesa. Oh! Lo que es vos estoy segura de que habreis sido buena pieza allá en vuestros tiempos. Pero Dios os libre que yo descubra algo... (*Al doctor.*) Con que está dicho, hasta las seis.

Mauricio. (*Impaciente.*) Pero señora, os repito por la centésima vez que no puedo, que no salgo de casa mas que para visitar á mis enfermos.

Baronesa. Razon en pro. Ahí teneis uno que se quedará aqui, para obligaros á ir...

Mauricio. (*Se deja caer en una silla.*) Vamos, es cosa de darle á uno un tabardillo.

Baronesa. Con que hasta luego: voy á convidar á los de Ablancaiy... Baron, me llevo la carretela.

Baron. Oyes, y yo, prenda mia?

Baronesa. Ireis á pie.

Baron. Media legua!

Baronesa. El paseo os hará provecho. Vaya, hasta despues, doctor, y cuidado con ser puntual. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL BARON. MAURICIO. *Poco despues* MARÍA.

Mauricio. (*Aparte.*) Bravo! eso es: me deja solo con este emplasto!

Baron. (*Acercándose.*) Si os he de decir verdad, no me pesa que mi muger se haya marchado.

Mauricio. Teneis alguna otra cosa que decirme? (*Llama.*) Maria, y esas chuletas! (*Al baron.*) Me permitireis que almuerce, y asi os escucharé con mas comodidad.

Baron. Ciertamente... Habeis de saber que es cosa grave... mi sobrino me tiene con mucho cuidado.

Maria. (*Sale con el almuerzo.*) El señor Fernando? Ay! qué tiene? está malo?

Mauricio. Y qué te metes tú en eso? (*Se sienta á la mesa.*) te importa algo? Deja ahí el almuerzo y vé á decir á Santiago que disponga la tartana; tengo que salir, entiendes?

Maria. Bien está: (*Ap.*) Pobre señor Fernando! Por eso no habrá venido á darme la leccion. Dios mio! cómo averiguaria yo... (*Se acerca al baron.*)

Mauricio. Vamos, no has oido, María?

Maria. Sí señor, sí... (*Ap.*) Voy á estar en acecho hasta que vea á alguno de la Quinta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MAURICIO, *almorzando.* EL BARON.

Baron. Pues como decia, doctor, no me pesa que mi muger...

Mauricio. Vais á hacerme alguna consulta?

Baron. Oh! sí, porque antes de todo es la salud... y la mia es tan fatal... nadie quiere hacer caso... La marquesa no sueña mas que con su nieto... Y yo paso mis dias sin que ninguno repare en mi estado... estoy seguro de que hace años que padezco alguna enfermedad interna.

Mauricio. Qué es lo que os duele? La cabeza... las piernas... habeis perdido el sueño?

Baron. No: todo eso está tal cual, gracias á Dios! Son ciertas sacudidas internas... un abatimiento... una flojedad...

Mauricio. Habeis almorzado?

Baron. Sí; esta mañana tomé una taza de flor de malvas.

Mauricio. Una taza de flor de malvas!

Baron. Es mi desayuno diario! oh! no pongo el pie fuera de casa sin haberla tomado: con eso paso hasta las seis de la tarde.

Mauricio. (*Levantándose.*) Y podeis teneros en pie! (*Enfadado.*) Rabia da! Eh! (*Le hace sentar y le presenta una chuleta.*) Sentaos aqui y tomad una chuleta.

Baron. Una chuleta! yo!

Mauricio. Tres me comia yo no hace mucho tiempo.

Baron. (*Mirándolas.*) Verdad es que tienen una cara... Doctor, me vais á hacer que cometa algun desacierto? Si supiera yo que atracándome bien se declaraba de una vez la enfermedad...

Mauricio. Yo respondo de las consecuencias. Ea, vamos, comed con mil de á caballo. Me estais dando grima.

Baron. (*Come.*) Pues, señor, á vuestro cargo va. Qué tierna está! Venga pan.

Mauricio. Ahí teneis.

Baron. Sal.

Mauricio. Delante de vos. (*Le echa de beber.*) Ahora un traguito de vino puro.

Baron. Oh! estos médicos...! (*Bebe.*)

Mauricio. Qué tal? Esto es algo mejor que las malvas, eh?

Baron. Hum! (*Bebe otra vez.*) En fin, ya que he empezado... Pues como iba diciendo, señor Mauricio, habeis tenido un gran acierto en la causa de la tristeza de Fernando. (*Bajo.*)

Mauricio. Amores, eh?

Baron. Sí, pero unos amores que le han vuelto la cabeza... una pasion desordenada, capaz de poner en compromiso su ilustre nombre, el honor de su familia. Lo he averiguado todo!

Mauricio. Ba!

Baron. Escepto el nombre de la bella, el cual no he podido indagar...

Mauricio. Entonces no sabeis nada.

Baron. Poco á poco... tengo datos... se trata de hacer un rapto.

Mauricio. Un rapto! Y cómo lo habeis descubierto?

Baron. Vamos por partes: Yo tengo cierta costumbre, y es la siguiente. Despues de comer me arrellano en mi sillon y finjo que duermo; tambien suelo dormir en realidad... pero oigo perfectamente todo cuanto se dice á mi alrededor: es un privilegio esclusivo... una facultad de que me ha dotado la naturaleza. Ahora bien, antes de ayer se pusieron á hablar bajo, cerca de la chimenea, mi sobrino y el tronera de Herigny. Herigny le decia á Fernando: "Chico, eso no

tiene sentido comun. Lo que debe hacerse es robar á la muchacha, irse á pasar con ella un mes en Italia, y asunto concluido."

Mauricio. Y qué?

Baron. Y qué?

Mauricio. Eso puede significar que Herigny era el que queria robar á la muchacha, y que vuestro sobrino se oponia á ello.

Baron. Ta, ta, ta, ta... Ya veo yo, doctor, que vos no entendeis palabra en la materia... yo que he sido bastante loco...

Mauricio. Vos?

Baron. (*Mira hácia atras.*) Cuidado no lo oiga mi muger! Pues sí, he sido bastante loco, mas que bastante.

Mauricio. Quién lo habia de decir? Lo que somos!

Baron. Cuando yo os lo digo, señal de que tengo datos. (*Bajo.*) He sondeado con maña al criado de Fernando y he sabido... que todos los dias va á caza.

Mauricio. Gran descubrimiento!

Baron. Pero es un pretesto de que se vale, porque todo lo mas que está cazando es una hora, y en seguida se va de incógnito á casa de la bella.

Mauricio. De veras? todo es cazar.

ESCENA IX.

DICHOS. FERNANDO *aparece en el foro y se pára al entrar.*

Fernando. Cielos! mi tio y el médico! (*Aparte.*)

Baron. Con que... ya os podeis figurar; escoge la hora en que no está en casa el tutor, padre ó hermano de la muchacha, se introduce furtivamente, se esconde, y la pobre oveja está á pique de caer entre las uñas del lobo. (*Fernando escucha y se va con el mayor sigilo.*)

Mauricio. Pero si no conoceis á la muchacha, cómo...?

Baron. Oh! sigo la pista. Él viene á cazar todos los dias al soto de Morangy... quién es una jóven que ha alquilado hará tres meses la casita que se halla al estremo del parque?

Mauricio. Una señora desconocida. Creo que ha de ser bailarina ó cantatriz... hace quince dias que me llamaron para visitar á una doncella suya que padecia una gastro enteritis.

Baron. Una bailarina... bonita?

Mauricio. Tal cual; rubia.

Baron. Pues claro está: ella es!

Mauricio. Nada de eso; si ha venido aqui á tomar los aires y...

Baron. Ba, ba! Sois muy cándido, doctor; os digo que es ella, hay connivencia, y si yo pudiese sorprenderlos... Vais mucho á Morangy?

Mauricio. Casi todos los dias... (*Se levanta.*) justamente tengo que ir ahora mismo á ver á Gervasio... un caso muy raro, una paralisis del lado izquierdo.

Baron. Ireis en tartana, eh? pues me dejareis un asiento.

Mauricio. Os prevengo que tiene un movimiento detestable, y os va á sentar mal el almuerzo.

Baron. (*Se levanta.*) No importa, quiero desembrollar este enredo... Cáspita! Comprometer el honor de la familia...! me llevareis hasta las tapias del parque.

Mauricio. Os llevaré hasta el infierno si quereis... María? (*Llama.*)

Baron. Una bailarina! No sería malo que...

Mauricio. Que desbancáseis á vuestro sobrino, no es verdad?

Baron. Oh! hombre, si el honor de la familia lo exigiese... Cuidado no lo oiga mi muger. (*Mirando atras.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Habrá viejo fátuo! María? (*Llama.*)

ESCENA X.

DICHOS. MARÍA.

Maria. (*Aparte.*) No viene.

Mauricio. Hiciste lo de la tartana?

Maria. Ya está enganchada, y en la puerta de la huerta.

Mauricio. Dame el sombrero y los guantes.

Maria. Decid, señor Mauricio, (*A media voz al tiempo de dárselos.*) qué es lo que tiene el señor Fernando?

Mauricio. Hum! Curiosilla! Qué tiene? (*Bajo.*) está enamorado.

María. Enamorado?

Mauricio. Hola! eso te da risa porque piensas en Landougué?

María. Yo! oh! ni por soñacion.

Mauricio. Ladina! Ya lo arreglaré yo de modo que se corran pronto las amonestaciones. Vamos, señor baron, que está esperando mi landó... (*Con ironía.*) Ya vereis qué movimiento tan suave...!

Baron. Allá voy, doctor. (*Acaba de beber.*)

Mauricio. Ea, echar á andar.

Baron. Vamos: á Dios, María.

María. Id con Dios, señor baron.

ESCENA XI.

MARÍA. *Poco despues* FERNANDO.

María. No tardeis mucho, señor Mauricio. (*Para sí.*) Vamos, está visto que hoy no viene. (*Sale Fernando por el foro.*)

Fernando. (*Aparte.*) Ya se fueron! Mi tio sospecha algo... Creo que lo mejor que puedo hacer es seguir los consejos de Herigny: no tengo valor para resolverme.

María. Enamorado...! (*En el proscenio.*) Eso no debia impedirle el venir á darme leccion... hace mal en descuidar asi mi educacion. (*Se vuelve y se halla con él.*) Ah! Cómo! estábais aqui, señor Fernando?

Fernando. Llego en este momento, hermosa María.

María. (*Conmovida.*) Cuidado que es raro que yo... no os haya visto... he estado acechando toda la mañana. Vais á poneros muy contento, me he aplicado mucho... ya vereis...

Fernando. Oh! no lo dudo, pero ahora no puedo... tengo la cabeza demasiado ocupada con otro asunto.

María. Oh! sí, ahora son otras cosas las que os ocupan.

Fernando. Qué quieres decir con eso?

María. Ah! ah! (*Con malicia y sencillez á un tiempo.*) Tengo ciertas noticias... Con que estais enamorado, señor Fernando! (*Bajo.*)

Fernando. Enamorado! yo...! Quién te ha dicho...?

Maria. No tengais miedo que se lo cuente á nadie, no os enfadeis; os lo he dicho para que veais que sé vuestras cosillas; si estais enamorado será de alguna persona que os quiera; pero por mucho que os ame nunca será bastante para haceros tan feliz como mereceis.

Fernando. (*Ap.*) Pobre María! no sabe nada. (*Alto.*) Pues, sí, es verdad, estoy enamorado.

Maria. Lo veis!

Fernando. Pero me has de guardar secreto.

Maria. Yo lo creo, una cosa asi... Y decid, es bonita...? Vaya una pregunta! debe ser muy bonita... sois marques...!

Fernando. Sí, es bonita, sin estar envanecida por ello, y esa es la menor de sus cualidades. (*Animándose por grados.*) Figúrate la sencillez misma, un tesoro de bondad y de inocencia, que hace bien por instinto, y sin pensar que haya ningun mérito en ello.

Maria. Qué contenta estaria si os oyese!

Fernando. Cada dia me da alguna nueva prueba de su buen corazon. (*Cambia de tono.*) Sabes, María, que esta mañana estuvo Magdalena en casa á llevarme los pañuelos que la di á bordar, y me ha confesado que los ha bordado otra...

Maria. Cómo? os ha dicho...? (*Baja los ojos.*)

Fernando. Sí, me ha dicho que ha estado postrada muchos dias en cama, y que mientras tú ibas á hacerla compañía por la noche, has acabado la labor que ella habia empezado.

Maria. Estaba en el orden: la pobrecilla se hallaba en cama sin tener que dar de comer á sus hijos... y como yo sabia que corrian prisa los pañuelos, porque queriais regalárselos á vuestra abuelita...

Fernando. (*Conmovido.*) Es verdad, pero he mudado de pensamiento; me ha gustado mucho el dibujo, y me quedo con ellos.

Maria. Tanto mejor; asi la mandareis hacer otros á la pobre muger. Yo me encargo de bordaros despues unos muy bonitos... oh! pero han de ser muy bonitos... ya sabeis... para cuando os caseis...

Fernando. Para cuando me case!

Maria Ay Dios mio! Os he afligido con lo que he dicho?

Fernando. (*Con desconsuelo.*) Ah! Tú no puedes saber lo que por mí pasa. Escucha, la amo... la amo como un frenético, y me volvería loco si tuviese que renunciar á ella. Lo que me aflige es que nadie querrá comprenderme... Ese mundo estúpido... mi familia, mis amigos, todos me criticarán, reprobarán mi eleccion... Ah! no me queda mas que un medio para librarme de este martirio... sí, huiré lejos, me marcharé...!

Maria. Vos, señor Fernando...? (*Temerosa.*) Oh! no digais eso.

Fernando. (*Con calma.*) Y sin embargo, podriamos ser tan dichosos si ella quisiese! Solo de ella pende que...

Maria. Pues bueno. (*De pronto.*) La conozco yo? Iré á buscarla, la diré cuán bueno sois, cuánto os queremos todos...! y ella os querrá tambien. Pero no os marcheis! Dios mio! Qué sería de nosotros? Lo que es yo os aseguro que habia de ser muy desgraciada!

Fernando. (*Alegre.*) Será cierto? Ah! no me engaño. (*Viéndola llorosa.*) Pues bien, María, no quiero ocultártelo por mas tiempo, yo...

Landougué. (*Dentro.*) No señor, eso no puede quedar asi.

Fernando. Quién viene?

Maria. Es Landougué! (*Con disgusto.*) Qué fastidio! (*Aparte.*) Iba á decirme cómo se llama...

ESCENA XII.

DICHOS. LANDOUGUÉ *viene corriendo.*

Landougué. Ah! estais aqui, señor marques! Cuánto me alegro! Iba á buscaros á la Quinta.

Fernando. Pues qué hay? qué me quieres?

Landougué. Lo que hay es que teneis que vengar el honor de vuestra casa ultrajado en mi persona.

Fernando. Cómo?

Landougué. Voy al caso: he ido á buscaros allá bajo, y no os he encontrado por una razon muy sencilla, porque no estabais... pero en cambio me dí de hocicos con vuestros amigos el señor de Holbak, el baron de Herigny y todos los demas, los cuales se me echaron á reir en mis barbas... pero con qué carcajadas...!

María. Y por qué?

Landougué. Eso dije yo ni mas ni menos. El que reía con mas gana era el baron de Herigny... "Ja, ja, ja! Hola! buen Landougué, con que dejas cazar en tus dominios?" — Cómo! respondí: habeis pillado á alguno infraganti? "Sí, sí, yo sé de uno que te roba la caza delante de tus propios ojos."

Fernando. (*Aparte.*) Imprudente!

Landougué. "Sí, eh? pues como yo le coja, contesté, haré que le formen causa." Nunca lo hubiera dicho; apenas oyeron lo de la causa, empezaron á reir mas fuerte que antes, y á cuchichear entre sí, hasta que por fin logré entender que hablaban de la señora María.

María. De mí?

Landougué. Entonces sospeché lo que era...

Fernando. El qué?

Landougué. Que el ladron es el baroncito de Herigny.

María. Si jamas me ha hablado.

Landougué. No importa. Hace ya tiempo que me tienen harto sus vigotillos negros y su cigarro sempiterno...! Pues le aconsejo que no se ande en juegos, porque si llego á encontrarle en un renuncio al lado de mi muger, le dejo tieso como un conejo.

Fernando. Tu muger? (*Estrañándolo.*) Qué muger?

Landougué. Toma! pues qué no sabeis una gran noticia, señor marques? No le habeis dado parte? (*A María.*)

María. No, se me habia olvidado.

Landougué. Va á ser mi muger, señor marques... me caso con ella... Haced la reverencia; (*A María.*) ya nos han dado el consentimiento.

Fernando. Es cierto lo que oigo, María?

María. El señor Mauricio me ha dicho que era preciso que me casara, y que Landougué me convenia. (*Bajo.*)

Pero si os sabe mal, no teneis mas que decírmelo, y no me casaré, señor Fernando... á mí lo mismo me da.

Fernando. Basta. (*Entre sí.*) No hay tiempo que perder. (*Corre á la mesa de la derecha.*)

Landougué. Qué tal? (*A María, bajo.*) Ya sabia yo que no habia de quedar la cosa asi en cuanto se lo dijera.

Fernando. Voy á escribir dos palabras á Herigny. (*Se sienta.*)

Landougué. Eso, eso: decidle que es indecoroso el querer quitarme la novia.

Fernando. (*Aparte.*) Dejádmela arrebatar! (*Escribe.*) y por quién!

Landougué. Que vos no podeis consentir una tropelía como esa... hola! (*A María, bajo.*) Es capaz de batirse con él... oh! yo en su lugar me batiria.

María. Batirse! oh! no.

Landougué. Hum...! No, pues él no se va sin que el marques le diga cuántas son cinco. (*Hablan bajo.*)

Fernando. Estoy decidido. (*Escribe, y lee lo que va escribiendo.*) "Envíame tu berlina de viaje, y tu mejor par de caballos...! Que aguarden á la entrada del bosquecillo que está detras del pueblo. Entretén á Landougué con cualquier pretesto. Te escribiré desde Milan." (*Cierra la carta.*)

Landougué. Eh! Ahora ya no se me da un pito de lo que diga el tal baron.

Fernando. A la casa de campo de Herigny. (*Le entrega la carta.*)

Landougué. Venga.

Fernando. Se la entregarás tú mismo y en propia mano.

Landougué. Oh! podeis quedaros tranquilo! Estoy rabiando por ver qué cara pone.

Fernando. No vuelvas sin la respuesta.

Landougué. De alli no me meneo aunque tenga que esperar hasta el juicio final! (*A María.*) Lo que hace el servir á buenos amos! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

FERNANDO. MARÍA.

Maria. Estais muy agitado!

Fernando. Sí, pero es de alegría... María, ahora mi felicidad, mi vida, todo depende de tí; si es cierto que te interesas por mí...

Maria. Podeis dudarlo!

Fernando. Pues bien: escucha. Tengo que hablarte mucho... espérame dentro de una hora á la orilla del estanque que está cerca del bosque.

Maria. A la orilla del estanque! pero no será para batiros?

Fernando. No, no temas. Irás, no es verdad? Confio en tu amistad... Me va en ello la vida.

Maria. Entonces no faltaré.

Fernando. Sobre todo, silencio.

Maria. Si lo exigís... pero el señor Mauricio me acompañará, y bien puede saberlo.

Fernando. Oh! no. Él menos que nadie: solo he de decirlo á tí sola.

Mauricio. (*Dentro.*) María! María!

Fernando. Él es!

Maria. Ya ha bajado de la tartana.

Fernando. Date prisa: no quiero que me vea. Dentro de una hora, á la orilla del estanque.

Maria. Sí, dentro de una hora. (*Vase.*)

Fernando. Corro á la Quinta: inventaré cualquier aventura para engañar á mi abuela. Cielos! ya está aqui. (*Va á salir, y llega Mauricio.*) Me es imposible salir sin que me vea. (*Corre á la puerta del foro.*) Ah! este invernáculo que tiene abandonado desde su enfermedad! A estas horas nunca se detiene en casa. (*Se esconde.*)

ESCENA XIV.

MAURICIO. MARÍA. FERNANDO, *oculto.*

Mauricio. Digo que tenemos una cabeza de chorlito.

Maria. Pero por qué? (*Aparte.*) Ya se marchó.

Mauricio. Nos hemos olvidado de lo principal: despues que vi á Gervasio, que ya está mucho mejor, y que dejé al baron enfrascado con la narracion de sus aventuras, me pasé por casa del cura para arreglar lo de tu boda... las amonestaciones.

Maria. Mi boda! toma! tiempo hay.

Mauricio. Tiempo hay, tiempo hay... estas chiquillas son todas por el mismo estilo. Pues ya digo, el cura, que es hombre que lo entiende, luego que se hubo enterado de lo que queria, me pidió tus papeles, y como yo no los llevaba me quedé con tanta boca abierta.

Maria. Mis papeles!

Mauricio. Sí, hija mia; para casarse es indispensable tener los papeles corrientes: he prometido enviárselos al instante; con que anda, sácalos, y tráelos aqui.

Maria. Mis papeles...! (*Aparte.*) No habia pensado en ello: estan guardados con aquella fatal carta cuya lectura por poco le cuesta la vida, y si la volviese á ver...

Mauricio. Vamos, despacha: dónde los has puesto?

Maria. (*Turbada.*) Yo! Señor Mauricio... no sé... no me acuerdo...

Mauricio. Buena es esa... oh! puede que me los hayas dado á mí para que te los guarde, y como tengo esta cabeza tan infeliz... voy á ver...

Maria. (*Le detiene.*) No, no vayais; ahora me acuerdo que no trage ninguno.

Mauricio. No tragiste ningun papel? disparate! Si cuando te presentaste por primera vez en esta casa, los traías en la mano... yo estaba sentado ahí.

Maria. (*Aparte.*) Dios mio! ya vuelve á acordarse.

Mauricio. (*Yendo á la papelera.*) Estoy seguro que andarán por algun rincon.

Maria. Eh! pues no! no quiero que los veais. (*Se pone delante de la papelera.*)

Mauricio. Bonito recurso! Ahora sí que apuesto á que estan ahí dentro.

Maria. Prefiero no casarme!

Mauricio. Para que no sepan cuántos años tienes? Con que quieres andar haciendo la coqueta con las gentes

de iglesia? Quita, tontuela! (*La desvia y abre la papelera.*)

Maria. (*Turbada.*) Señor Mauricio! por Dios...! prefiero decíroslo todo. Mirad que entre esos papeles hay una carta.

Mauricio. Para mí? De algun enfermo, eh? Pues si ha estado esperando el pobre diablo! No vuelvas á tener esos descuidos! (*Abre un cajon.*) Ah! hételos aqui. No te lo decia yo? Si estaban en este cajoncillo que tiene secretos. Lo ves? La fé de bautismo... la carta que decias... (*Mira el sobre y da un grito.*) Ah...! esta letra...! es suya... al cabo de veinte años...!

Maria. No la abrais, señor Mauricio, no la leais.

Mauricio. Por qué? quiero saber... (*Trémulo.*) Enriqueta...! Infame! Atreverse á escribirme...!

Maria. (*Aparte.*) Qué dice! (*Alto.*) Pero que teneis?

Mauricio. Te admiras de verme trémulo, convulso; pobre María! ah! es que tú no sabes que bajo este esterior áspero y desabrido se oculta un alma débil y sensible... un alma de niño... que no ha tenido fuerza bastante para resistir el primer choque que sufrió en la vida: (*Se esfuerza y abre la carta.*) oh! pero en esta ocasion sabré tener valor y entereza...

Maria. (*Aparte.*) Qué haría yo, Dios mio!

Mauricio. (*Lee.*) "La que os entregará esta carta es una infeliz huérfana, es mi pobre hija..." (*Colérico.*) Su hija! su hija, tú, desventurada...!

Maria. (*Aterrada.*) Señor Mauricio!

Mauricio. (*Fuera de sí.*) Su hija en mi casa! oh! todos me engañaban vilmente!

Maria. Dios mio!

Mauricio. Vete, vete, no quiero verte.

Maria. (*Juntas las manos.*) Por piedad!

Mauricio. Piedad! Sabes lo que debo á tu madre? (*Cogiéndola del brazo.*) La desdicha, la desesperacion, la amargura de toda mi vida. La amaba como se ama al Señor. Los dos eramos jóvenes, pobres..., y yo queria merecer la mano de tu madre... Un dia la dije: "Enriqueta, voy á separarme de tí, voy á arrostrar todos los peligros hasta procurarme un bien estar: entonces volveré á ofrecértele." Porque esa era mi

ambicion, mi sueño, mi esperanza... tener riquezas para dárselas á ella. En fin, adquirí esas riquezas, y cuando volví gozoso y lleno de júbilo... habia desaparecido... durante mi ausencia... un miserable la habia seducido! oh! entonces, huí de las grandes ciudades, de los hombres... quise pasar por muerto para todos.— Y cuando vivo ignorado y solo por causa de los tuyos, habia de permitirte, á tí, hija de la infamia y del perjurio, que vinieses á emponzoñar mis últimos dias... no... no...!

Maria. Señor Mauricio!

Mauricio. (*Iracundo.*) Vete! Aléjate de aqui.

Maria. (*Con el mayor abatimiento.*) Y dónde quereis que yo vaya?

Mauricio. Donde quieras.

Maria. (*Con dolor.*) Pero dónde?

Mauricio. Con tu madre.

Maria. Infeliz de mí! Ha muerto. (*Cae de rodillas.*) (*Pausa.*)

Mauricio. Ha muerto! ha muerto! (*Con voz ahogada y buscando una silla, en la cual se apoya.*)

Maria. Ah señor!

Mauricio. No te acerques. No me toques! (*La rechaza.*) no tengo nada. (*Procura esforzarse, pero cae de nuevo agoviado y se queda un momento con el rostro oculto entre las manos. Prorumpe en llanto, y continúa con voz llorosa y entrecortada.*) Es decir, que... esa carta... Enriqueta...!

Maria. (*De rodillas todavia y con voz temblorosa.*) Estaba moribunda cuando la escribió. Yo la sostuve para escribirla, y sus lágrimas y las mias bañaban su pálida mano. "Es tu último y único apoyo, me dijo... pero si se niega á leer esta carta, si se irrita con mi recuerdo, entonces ruega á Dios que se compadezca de tí, hija mia; porque quedas sola y sin amparo en el mundo." (*Al paso que Maria dice esto, Mauricio abre maquinalmente la carta, y despues de una corta pausa lee con voz débil.*)

Mauricio. "La que os entregará esta carta es una infeliz huérfana, es mi pobre hija. El cielo ha tomado á su cargo vuestra venganza. Hace diez y ocho años que

fuí inicuamente abandonada por el que debia protegerme." (*Para sí.*) Infame! "Solo Dios sabe lo que yo he sufrido. Me hallo en la hora de la muerte, y ni aun podré descansar en la otra vida porque muero sin saber lo que será de mi pobre María! A vos, á quien tanto he ofendido, Mauricio... á vos es sin embargo á quien me atrevo á dirigirla con mas confianza: conozco vuestro noble corazon, y si llega á encontraros, y os pide amparo, moriré tranquila, porque la hija de Enriqueta se habrá salvado." (*Deja caer la carta sobre la mesa. Maria continúa de rodillas sin hablar. Levántase Mauricio, va á ella, la alza del suelo apartando la cabeza, y en seguida la mira sin poderse contener, la abraza desecho en llanto, y con voz ahogada la dice.*) "María, no te vayas... Serás mi hija."

Maria. Ah! (*Se levanta, y arrojándose en sus brazos da un grito de alegría.*)

Mauricio. Sí, mi hija querida... no ha de decirse que he desatendido la última súplica de la pobre Enriqueta. (*Fernando aparece.*)

Fernando. (*Aparte.*) Hé aqui la suerte que yo la reservaba... Ah! no: nunça, aunque me costase la vida.

Mauricio. Vamos, serénate.

Maria. Sí, sí, (*Contenta.*) ya estoy contenta... ya no me echareis de vuestra casa, no es verdad? Viviré siempre con vos?

Mauricio. Siempre! Sí, hija mia, buscaremos á tu padre; (*Mira los papeles.*) aqui habrá cartas suyas sin duda. Mira, lo ves? (*Lee un sobre.*) "*El Caballero de Faberolles.*" Faberolles! no le conozco: le buscaré... le echaré en cara su vil proceder... ó si no, mira, no le buscaremos, sabe Dios que temería encontrarle. No necesitamos de él para ser dichosos... y mas adelante, cuando estés serena, hablaremos de ella... de tu madre...

Maria. Os contaré sus pesares.

Mauricio. Con que ha sufrido tanto!

Maria. Oh! sí.

Mauricio. Y estaba sola?

Maria. Conmigo.

Mauricio. Y el otro? Ah! por qué no me hallaba yo allí, tal vez la hubiera salvado.

María. Vamos, no lloreis, señor Mauricio.

Mauricio. Bien te lo decia yo, María, este recuerdo... es preciso no hablar ya de ello hasta que estemos mas serenos. Mudemos de conversacion... hablemos de alguna cosa alegre... de tu casamiento... No llores, vamos... no ves que estás despedazando el corazon del pobre Mauricio, que es ya tan viejo... Sonríete, vamos.

María. Sí, sí, señor Mauricio. (*Entre risueña y llorosa.*)

Mauricio. Vamos... asi me gusta; ven á mis brazos, y no pensemos mas que en ser dichosos.

Landougué. (*Dentro.*) Seguidme, seguidme. (*Fernando cierra la puerta.*)

Mauricio. Qué gritos son esos?

María. Es la voz de Landougué.

ESCENA XV.

DICHOS. LANDOUGUÉ, *acompañado de otros guardas y aldeanos.*

Landougué. Oh! Es una picardía! No os separeis de la casa, chicos; habrá mayor infamia! (*Corriendo hácia Mauricio y María.*) Ah! aun estais aqui, señor Mauricio... y vos tambien, señora María? A Dios gracias llego aun á tiempo.

María. Pues qué hay?

Landougué. Miserable...! no, no, antes de todo es preciso que yo mate á alguno.

Mauricio. No mates á nadie, y esplícate.

Landougué. Es una atrocidad. (*Habla alternativamente con Mauricio y con María.*) El baron de Herigny... ya sabeis aquella carta que el señor marques me entregó para él...?

María. Bueno, acabad.

Landougué. Pues señor, se la entregué en propia mano: "voy á darte la respuesta," me contestó. En seguida me vuelve la espalda, y qué hace...? me encierra con llave en el cuarto... Bravo! dije yo al verlo... me ha cogido en la ratonera... este va á jugarme alguna mala

partida... Por consiguiente me abalanzo á la ventana, salto por ella, y echo á correr para venir á estorbarle que me robe mi muger...!

Mauricio. Robarla! á quién? á María?

María. A mí?

Landougué. Pues se entiende. Y qué direis que me encontré á la entrada del bosquecillo cuando venia corriendo? Una berlina con las armas del baron, dos caballos, y un lacayo que se me puso á mirar de reojo... La tenian escondidita detras de los árboles que estan á la orilla del estanque.

María. A la orilla del estanque?

Mauricio. Con que es cierto? Querian arrebatármela! (*Acercándola á sí.*) robármela como á su madre! Pobre María! Es decir que quieren quitarme hasta mi último consuelo... (*A Landougué y á los otros.*) Seguidme: apelaré á los tribunales si es preciso... venid, venid.

Todos. Sí, sí, vamos.

(*Le quieren seguir todos. Durante el final de esta escena habrá salido Fernando del invernáculo con toda precaucion, y al irse los aldeanos se presenta á ellos como si viniera de fuera.*)

ESCENA XVI.

DICHOS. FERNANDO.

Landougué. Ah! el señor marques...!

Fernando. Dónde vais tan precipitadamente?

Mauricio. A castigar á un seductor.

Landougué. A quitar al baron de Herigny las ganas de robar á María.

Fernando. Al baron?

Landougué. Sí señor; tiene escondido un coche á dos pasos de aqui.

Fernando. Lo sé. (*Alterado.*)

Mauricio. Sabiais...?

Fernando. Sí, sabia quien tenia proyectos que hubieran comprometido la tranquilidad y el honor de María. He visto al culpable, le he hablado, y ha renunciado á ellos. Nada teneis que temer ya; os lo juro bajo palabra.

Mauricio. (*Acercándose y dándole la mano.*) Habeis hecho una buena accion, Fernando. Pero qué teneis? estais demudado.

María. Estais malo?

Fernando. No, no, no tengo nada. (*Se esfuerza para presentarse risueño.*) Mi palidez será efecto de la fatiga de la caza. Hasta la vista, Mauricio: á Dios, amigos mios: María, quedad tranquila.

María. Y he de ir todavía al estanque? (*Bajo á él.*)

Fernando. No, ya es inútil... tengo que ausentarme hoy mismo de este pueblo.

María. Hoy mismo?

Fernando. Sí, en el acto.

María. Y cuándo nos volveremos á ver?

Fernando. Nunca.

María. Nunca! oh Dios mio!

(*Quédase aterrada y se apoya en una silla: llévase en seguida la mano á la frente, como herida de un rayo de luz que le hace sospechar lo que siente hácia Fernando. Este se dirige al foro despidiéndose de Mauricio, á quien da la mano. Landougué y los guardas abren paso en señal de respeto y cariño.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de la Quinta de Villablanca. Puertas al foro que dan á un recibimiento; en medio de las puertas una chimenea. Puerta vidriera á la derecha que abre paso á lo interior. A la izquierda la habitacion de Fernando. Retratos de familia. Muebles ricos, pero antiguos. A la izquierda del proscenio un canapé.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON *cerca de la chimenea preparando un vaso de agua con azúcar.* LA MARQUESA *y* LA BARONESA *salen del cuarto de* FERNANDO.

Baron. Qué tal?

Marquesa. No hableis alto. Se ha quedado un poco tranquilo. Habeis mandado que pongan los caballos? que vayan corriendo? (*Se sienta.*) Este Mauricio primero que se mueve... Parece increible que no habiendo mas que un médico en las cercanías y estando enfermo el heredero de los Villablancas no se haya dado prisa á venir á recetarle toda la farmacopea. Pobre Fernando! quién lo habia de pensar. Es ese vaso de agua y azúcar para él?

Baron. No, mamá, para mí... La novedad de hoy me ha puesto á la muerte.

Marquesa. No vayais á caer malo tambien vos...

Baron. Yo resisto todo lo que puedo; pero hace diez años que el mal me está minando por dentro.

ESCENA II.

DICHOS. MARÍA. *Despues* MAURICIO.

Maria. (*Sale corriendo.*) Ya está aqui el señor Mauricio!

He tenido que ir á buscarle hasta la casa nueva. (*Reparando en la Marquesa.*) Ah! perdonad, señora marquesa, si...

Marquesa. Quién es esta jóven?

Baronesa. Una muchacha que tiene el doctor en su casa; es una alhaja! miradla qué conmovida está...!

Maria. No lo estrañeis... el ayuda de cámara del señor Fernando me habia dado unas noticias...

Baron. Sí, un poco de calentura... no hay cuidado.

Marquesa. (*Viendo salir á Mauricio.*) Gracias á Dios!

Mauricio. (*Saliendo.*) Vamos, qué tenemos? qué hay? qué significan esas caras tan compungidas?

Marquesa. Pronto, una silla para el doctor. Sentaos. (*Mauricio se niega.*) Tomareis una copa de Málaga... Baron, cerrad esa ventana; el aire colado es muy malo.

Mauricio. Muchas gracias por tanta atencion, señora marquesa... (*A Maria.*) Hola! tú tambien por aqui?

Maria. Como estaban esperando con tanta impaciencia...!

Mauricio. Siempre tan servicial. Pero vamos, qué ha sido ello? Contádmelo. (*A la marquesa.*)

(*Los tres á un tiempo.*)

Marquesa. Habeis de saber que íbamos á ponernos á comer... Fernando no habia vuelto todavía.

Baronesa. La cosa es muy sencilla... me estaba peinando, cuando mi marido me llamó...

Baron. Hace tiempo que tenia sospechas de que mi sobrino padecia una grave enfermedad...

Mauricio. Si hicierais el favor de hablar uno solo...

Baron. Pues sí señor; es el caso que hacia ya mucho tiempo que...

Marquesa. Dejadme hablar á mí, es mi nieto... Habeis de saber que... Baron, sois insoportable... ni sé lo que iba á decir... ah! ya me acuerdo. Hace quince dias, que cuando íbamos á sentarnos á la mesa entró Fernando pálido y consternado; le pregunté qué tenia, pero el pobre muchacho tartamudeó algunas palabras y cayó casi desmayado en una silla.

Mauricio. Quince dias...!

Maria. Precisamente ese tiempo hace que no le hemos visto nosotros!

Mauricio. Pero entonces tenia una salud á prueba de bomba!

Maria. Nada de eso; no os acordais ya que al verle tan pálido le preguntásteis si estaba malo?

Mauricio. En efecto, esta chicuela tiene una memoria prodigiosa... y aquel desmayo? (*A los otros.*)

Baron. Solo le duró algunos instantes...

Baronesa. Le llevamos á su cuarto.

Marquesa. Del cual no ha vuelto á salir.

Maria. En quince dias!

Mauricio. Y os estais con esa calma? Y no me habeis avisado?

Baron. Si él se ha opuesto.

Mauricio. No importa. Tiene calentura?

Marquesa. No señor, pero está tan decaido...! se ha apoderado de él una melancolía...

Baronesa. Es imposible arrancarle una palabra...!

Mauricio. Sabeis si ha tenido algun disgusto?

Marquesa. Ninguno.

Mauricio. Y aquella idea que se os habia ocurrido? (*Aparte al baron.*) La bailarina...

Baron. (*Idem.*) Si luego supe que hacia ya ocho dias que se habia marchado.

Mauricio. No habeis observado si su tristeza se agrava en algunos momentos?

Baron. Sí, esta mañana misma cuando tocaron en la iglesia para no sé qué bautizo ó matrimonio...

Maria. Es verdad, hoy ha habido boda en el pueblo.

Baronesa. Esa maldita campana tiene un sonido tan desagradable...

Marquesa. Parece un caldero.

Baron. El campaneo le produjo una crisis... corria de una parte á otra...

Baronesa. Y gritaba: "Dios mio! Dios mio! mandad que cesen esas campanas!"

Marquesa. Entonces fue cuando me decidí á pasaros recado!

Mauricio. Pues señor, cuanto habeis dicho me deja poco mas ó menos tan informado como antes.

Marquesa. (*A Mauricio.*) Hombre, yo creo que las aguas de Vichy...!

Baron. O sino los baños rusos.

Baronesa. Nada de eso, lo que él necesita son distracciones. Ir á bailes, teatros! Estoy pronta á sacrificarme si es necesario... y acompañarle á París.

Mauricio. Segun parece, aqui todo el mundo es médico. Pues en ese caso cojo el sombrero y buenos dias.

Todos. Por Dios, doctor. (*Deteniéndole.*)

Maria. Señor Mauricio...!

Mauricio. Pues si me está llevando pateta con lo que oigo: baños, drogas... esas cosas son muy buenas cuando el cuerpo está malo; pero de lo que aqui se trata es de averiguar ante todo la clase de afeccion moral que padece.

Marquesa. Y si no quiere decir nada.

Mauricio. Se adivina... y eso corre por mi cuenta. Un médico que solo sabe dar emético ó ruibarbo es un asno... Verdad es que no faltan algunos en la cofradía, pero sin embargo tambien hay otros cuya visual alcanza mas y saben penetrar hasta el alma! Mauricio se vanagloria de pertenecer á estos últimos! Por lo tanto, señora marquesa, me instalo en vuestra casa por todo el dia.

Marquesa. Ah! No sabeis lo que os lo agradezco.

Mauricio. Y como no debo echar en olvido los otros enfermos... Has hecho muy bien en venir. (*A Maria.*)

Maria. (*Alegre.*) Lo veis? asi podré ayudaros, y si hay que velar al enfermo...

Mauricio. Nada de eso; tú no tienes que hacer aqui... buena andaria mi casa! Eh! ya puedes volverte en seguidita.

Maria. Pero...

Mauricio. Abrirás el segundo cajon de la derecha de mi papelera, y alli hallarás dos consultas y una receta; las estan esperando en Dammartin, entrégaselas á Santiago para que las lleve á la botica... ya saben para quién son... No vayas á equivocarte y hagas una diablura... te has enterado...? (*Maria está distraida.*) Muchacha, en qué estás pensando?

Maria. Entiendo... (*Mirando al cuarto de Fernando.*) entiendo... el cajon... la cómoda... en Dammartin...

Mauricio. Corre.

María. Y me he de ir sin saber... (*Aparte.*) Volveré, y el ama de llaves me informará de cómo está. (*Vase.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos* MARÍA.

Marquesa. (*A Mauricio.*) Con que pasareis el dia con nosotros?

Mauricio. Y tal vez la noche... me gusta estudiar hasta el sueño de mis enfermos! Si la señora baronesa tuviese la bondad de mandar que me dispusiesen mi cuarto...

Baronesa. Con mucho gusto; voy corriendo.

Marquesa. La mejor cama.

Mauricio. Con un colchon me sobra: lo que yo quiero es estar cerca del enfermo sin que él sospeche nada...

Marquesa. (*Asustada.*) Pues qué, creeis que sea cosa de cuidado?

Mauricio. Cuando lo sepa os lo diré. Baron, ved si puede recibirme.

Marquesa. Sin asustarle.

Baronesa. Decidle que el señor Mauricio ha venido casualmente.

Baron. Soy yo tonto?

Mauricio. Ea, daos prisa. (*Vase la baronesa por el foro, y el baron al cuarto de Fernando.*)

ESCENA IV.

MAURICIO. LA MARQUESA.

Marquesa. Ah! doctor! (*Se deja caer llorando en una silla.*)

Mauricio. Calle! á qué vienen ahora esos lloros?

Marquesa. Me he contenido mientras han estado delante, pero... temo que se me desgracie como su padre!

Mauricio. Desechad esos pensamientos.

Marquesa. Ah! no me engaño, no; tiene el mismo carácter! pobre Eugenio! sufria y callaba... todas sus penas las encerraba en sí mismo! Si supieseis! entusiasta por Bonaparte, le siguió á Egipto y volvió á

ofrecerle sus servicios cuando fue elevado á la dignidad de cónsul... Ya adivinábamos entonces todos la ambicion de aquel hombre, por lo que dimos á entender á Eugenio que el honor de su nombre no le permitia seguir por mas tiempo á su servicio. Obedeció sin quejarse, y vino á fijarse aqui, donde vivió triste, solo y taciturno... ocultando bajo la apariencia de una fria resignacion la especie de vergüenza que le devoraba... Yo le vi consumirse poco á poco, y no conocí la verdad hasta que ya no era tiempo. (*Solloza.*)

Mauricio. Hé ahí las consecuencias de los caprichos y rarezas de las familias!

Marquesa. (*Levantándose.*) Pues qué no era deber mio el obrar asi? Queríais que consintiese en que mancillara el nombre de los Villablancas?

Mauricio. No hay que incomodarse! cada uno tiene su modo de pensar... Y ahora no hay un Bonaparte que inflame los cascos de la juventud, con que vuestro nieto no corre ningun riesgo por ese lado.

Marquesa. Repetidle mil veces... que todo lo que dependa de mí... riquezas... sacrificios...

Mauricio. Silencio: él es.

Marquesa. (*Sonriéndose, y saliendo al encuentro de Fernando.*) Acércate, hijo mio; es el señor Mauricio, el médico.

ESCENA V.

DICHOS. FERNANDO, *pálido, que viene apoyado en* EL BARON.

Fernando. El médico! tenia deseos de verle.

Mauricio. (*Jovial.*) Pues se os han cumplido. Qué mudado está! (*Aparte.*) He salido á hacer unas visitas, y como casualmente pasaba por aqui... he subido á ver á vuestro tio. (*Por el baron.*)

Baron. A mí? Ah! sí... este hombre lo entiende (*Ap.*).

Mauricio. Con que con ese motivo he querido aprovechar la ocasion de veros... porque como ya ni cazais, ni se os ve por ningun lado... Vaya, hoy me convido yo mismo á comer... qué os parece?

Fernando. Perfectamente.

Mauricio. Ya veis que no ando con ceremonias... pero os advierto que habeis de estar mas risueño.

Marquesa. Qué amable sois, doctor!

Mauricio. Muchas gracias; (*Bajo.*) pero dejadnos solos.

Marquesa. Ya que el señor Mauricio nos hace ese obsequio... voy á dar algunas órdenes al cocinero...

Baron. Y yo al repostero. Los médicos son amigos de comer bien... tenemos un cierto vinillo de Arbois...

Mauricio. Al cual no le haré yo ascos por cierto.

Marquesa. (*A Fernando.*) Tú te quedas con el médico, no es asi, amigo mio...?

Baron. Por supuesto... hará nuestras veces...

Marquesa. Siéntate aqui... (*Le arregla una almohada en el canapé.*) estarás cansado.

Fernando. No, no señora, estoy bien.

Marquesa. Sí lo estás. Apoya aqui la cabeza, hijo mio. Le encontrareis algo mudado, eh, doctor? Ya no tenemos aquellos colores de otros tiempos...! Pero estoy sin cuidado porque... si se sintiese malo os lo diria al instante... Fernando es un buen hijo y no querria apesadumbrarnos...

Fernando. Pobre señora! (*Aparte.*)

Marquesa. Aqui cerca estamos... (*Bajo.*) me parece que os lo vá á confiar todo.

Mauricio. Ea, dejadnos solos. (*Idem.*)

Fernando. Ah! nunca podré olvidarla! (*Aparte.*)

ESCENA VI.

MAURICIO *y* FERNANDO.

Fernando. Creen que me engañan... (*Con los brazos cruzados.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Pues me gusta! (*Examinándole.*) Si sigue asi con los brazos cruzados no sé cómo me he de gobernar para tomarle el pulso.

Fernando. Y bien, señor Mauricio...?

Mauricio. Qué hay? Qué significa eso? Pardiez que estais amable! asi recibís á los amigos que vienen á veros...? ni siquiera me habeis alargado la mano.

Fernando. Ah, perdonad! (*Se la da.*)
Mauricio. Eso es otra cosa. (*Le coje la mano.—Ap.*) Malo! el cutis está seco y ardiente...! (*Le pulsa.—Alto.*) Yo no soy amigo de cumplimientos, pero me agrada saber que me ven con gusto en todas partes...
Fernando. Y habeis podido dudarlo...! Siento un placer cuando os veo! No ocurre nada de nuevo?
Mauricio. Nada. Ah! sí, acaba de llegar el prefecto, y con ese motivo dicen que van á empezar las obras para construir el nuevo regadío, (*Sigue pulsándole con disimulo.*) es decir que dentro de veinte años estarán acabadas ya.
Fernando. (*Turbado.*) Supongo que en vuestra casa no habrá habido novedad?
Mauricio. Ninguna, gracias á Dios. (*Ap.*) Hola, hola! es una calentura lenta, sus ojos estan denotando un grave padecimiento. (*Le suelta la mano.*)
Fernando. Habeis acabado, doctor? No direis que no os he dejado todo el tiempo que habeis querido para tomarme el pulso...!
Mauricio. Tomaros el pulso? Yo tomaros el pulso! el diablo me lleve si habia pensado en tal cosa. Sin embargo, si quereis... (*Le vuelve á coger la mano.*) que lo haga?
Fernando. Vaya, basta de disimulo! los enfermos, señor Mauricio, tienen los sentidos muy perspicaces. Mi abuela sin duda estará llena de cuidado por mí, y os habrá hecho llamar.
Mauricio. Qué cosas teneis! (*Sonriéndose.*) En efecto, esas buenas señoras se alarman por todo... os han visto triste... un si es ó no enfermo... y no han parado hasta que me han hecho venir para... (*Se sienta á su lado, y le habla al oido.*) encargarme que os sonsaque... y viese si podia averiguar... (*Riendo.*) vamos, es cosa original...!
Fernando. (*Suspirando.*) Ah!
Mauricio. A buena parte iban: yo que aborrezco á los médicos que atormentan á sus enfermos con preguntas. "Tiene usted algun disgusto... alguna pena?" Valiente tontería! Si tiene algo él lo dirá; porque nosotros no somos brujos para adivinar secretos. (*Cam-*

bia de tono.) Han dado en la tema de que os aflige algun grave pesar. (*Le observa.*)

Fernando. Un pesar!

Mauricio. Sí señor, un pesar! pero, como yo le decia hace poco á vuestra abuela, eso no puede ser, ni tiene el menor asomo de probabilidad. Qué os falta? Sois rico, jóven, de una familia distinguida...

Fernando. Ah! bien caro me cuesta! (*Suspira.*)

Mauricio. Asi pues la ambicion no debe atormentaros: qué mas puede affligiros? Alguna pérdida de consideracion en el juego? jamas habeis tenido ese vicio. A no ser que haya en campaña algunos amores?

Fernando. Amores! (*Estremeciéndose.*) No.

Mauricio. (*Aparte.*) Yo digo que sí. (*Alto.*) Pero ya nadie se muere de amores: yo he sido jóven, como todos, y he sufrido tambien en ese punto mil contratiempos. Cuando uno tiene pocos años, solo se ven obstáculos en un asunto del cual es muy facil salir, diciendo: "esa muchacha me gusta, estoy enamorado y me quiero casar con ella; tal vez habrá algunas dificultades, pero espero que vos me ayudareis á vencerlas, pues mi felicidad depende de esta boda."

Fernando. Escuchadme, señor Mauricio. (*Se levanta y le coge de la mano, despues de un momento de silencio.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Me va á decir quién es... lo que vale saber manejarse!

Fernando. (*Pausadamente.*) No quiero negároslo por mas tiempo. Sí... (*Señala al corazon.*) se encierra aquí un amor profundo que nadie conoce... nadie... porque este secreto morirá conmigo y ninguno le descubrirá.

Mauricio. (*Aparte.*) Escepto yo. (*Alto y con tono brusco.*) Y quién os lo pregunta tampoco? Creeis que eso me importa á mí?

Fernando. (*En voz baja.*) No, nunca! Sería un escándalo para toda la familia... Mi pobre abuela se moriria de pesar!

Mauricio. (*Aparte.*) Un escándalo! Qué diablos será? Oh! yo no abandono el campo tan facilmente, y espiaré sus menores acciones.

Fernando. Hablemos de otra cosa.

Mauricio. Con mucho gusto. Pues como iba diciendo, la acequia pasará por vuestro parque, de modo que os vienen á quitar unas treinta fanegas de tierra justitas y cabales, de las que sereis indemnizado tarde, mal y nunca; os voy á trazar el diseño. (*Pasa la punta del baston por el suelo; mientras hace su descripcion, María entreabre las puertas vidrieras, y al verlos cierra otra vez; Fernando no hace caso á Mauricio.*)

Maria. Me he perdido en esos corredores. Ah! Dios mio! (*Viéndolos.*)

Fernando. Ella es! (*Viendo á Maria.*)

Mauricio. Eh! Quién es ella? (*Mirándole.*)

Fernando. María! María cerca de mí! (*Aparte.*)

Mauricio. Esa turbacion... (*Idem.*)

Fernando. Oh! no: habrá sido un sueño. Loco de mí! (*Se oculta el rostro y se arroja en el canapé.*)

Mauricio. Qué se le habrá figurado! Qué ha visto? Estará en la casa por ventura el objeto de su pasion? (*Vuelve la cabeza y ve á la baronesa que entra por el foro, y se adelanta de puntillas.*) Cielos! su tia!

ESCENA VII.

DICHOS. LA BARONESA.

Baronesa. Qué tal? (*Desde lejos, y bajo.*)

Mauricio. Chist! (*La hace señas que se esté quieta.*) Su tia! Estoy que no sé lo que me pasa.

Baronesa. Descansa?

Mauricio. No señora, está absorto.

Baronesa. Habeis averiguado algo? (*Bajo.*)

Mauricio. Sí señora... es decir... creo que sí... (*Aparte.*) Pues señor, no me parece del todo mal! Y yo que no habia reparado en ella...! (*Bajo á ella.*) Decidme, señora baronesa, habeis conocido á Fernando antes de casaros?

Baronesa. Pues no le habia de conocer? mucho antes.

Mauricio. Eh!

Baronesa. Siempre acompañaba á su tio cuando venia á

verme al convento. Y nunca olvidaba traerme ramilletes y dulces. Oh! estaba muy amable conmigo.

Mauricio. (*Aparte.*) Buena la hemos hecho! Sin duda no ha podido vencerse, y el infeliz por respetos á la moral... y el buen baron sin ver nada, sin notar nada! (*La baronesa va hácia el canapé.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. EL BARON *se presenta en el foro.*

Baron. Eh! cómo va? (*Bajo.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Miren quién se descuelga ahora!

Baronesa. No hagas ruido. (*Al baron.*)

Baron. Habeis logrado descubrir...? (*A Mauricio.*)

Mauricio. Sí señor: he hecho un descubrimiento estupendo! (*Bajo.*)

Baron. Tanto mejor: (*Restregándose las manos y alegre.*) tengo ganas ya de saber quién es la persona...

Mauricio. (*Aparte.*) Sí, eso es, firme! frótate las manos, es lo mejor que puedes hacer.

Baron. Vamos, qué decís?

Mauricio. (*Aparte.*) El diablo cargue conmigo si sé qué contarle... Sin embargo, tengo que tomar mis medidas para enterarles... (*Alto.*) Baron, sabeis la historia de Estratonice?

Baron. La historia de Estratonice? Y á qué viene esa pregunta?

Mauricio. Sabeis esa historia? (*Recalcando.*)

Baron. Sí, me parece que sí... (*Recordando.*) Es sobre un rey griego ó persa, que tuvo un hijo que se enamoró de su madrastra, en términos de que el amor le puso á la muerte. Es esa?

Mauricio. La misma... Y bien?

Baron. Y bien?

Mauricio. Vuestro sobrino...

Baron. Cómo?

Mauricio. Es otro hijo de Estratonice.

Baron. Mi sobrino? Pero, hombre, si Fernando no tiene madrastra.

Mauricio. (*Al oido.*) No, pero tiene tia.

Baron. Tia! Qué es lo que decís? A ver, amiguita, (*A la baronesa.*) sepárate un poco.

Mauricio. Silencio!

Baronesa. Sabeis ya...? (*Se acerca á ellos.*)

Baron. (*Conmovido.*) Ya lo sé. (*A Mauricio.*) Esto no es decir que tenga miedo, porque ademas de ser imposible... el parentesco... la naturaleza...

Baronesa. Qué estais diciendo?

Baron. Nada, un desatino! (*Se esfuerza para sonreirse.*) El doctor que ha dado en la manía de creer que la enfermedad de Fernando... es que está enamorado de tí.

Baronesa. De mí?

Mauricio. Qué habeis hecho? (*Bajo al baron.*)

Baron. No, no tengais cuidado. (*A Mauricio.*)

Baronesa. Enamorado de mí! (*Sonriéndose.*) Pobre muchacho! Y por qué no me lo ha dicho?

Baron. Cómo, señora!

Baronesa. Sí por cierto; le hubiera desengañado diciéndole: Fernando mio, eso es una ridiculez! No puedo enfadarme, porque soy tu tia... pero... si cuando me visitabas te hubieras presentado francamente, hubiéramos visto...

Baron. Qué hubiéramos visto?

Baronesa. Hubiéramos visto... el medio de calmarle... porque en el fondo es un escelente muchacho, un caballero en toda la estension de la palabra. Mucho me hubiera alegrado... (*Le mira con coquetismo.*) pero lo que á mí me sorprende es que yo no haya advertido...!

Baron. (*A Mauricio.*) Pues no faltaba mas si no que ahora le hubiese yo dado pie á mi muger... para ser otra Margarita de Borgoña. Me parece, señor Mauricio, que no teniais necesidad de...

Mauricio. (*Bajo.*) A nadie teneis que echar la culpa: quién diablos os manda decírselo?

ESCENA IX.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marquesa. Vamos, qué tal? (*Bajo.*)

Mauricio. Ya tenemos aqui á toda la familia. (*Ap.*)

Baron. Muy mal, señora. (*Bajo.*)

Mauricio. Chist! (*A la marquesa, y observando á Fernando desde el respaldo de la silla.*) Nada. Sordo como una tapia: está ensimismado: aunque tirasen cañonazos.

Marquesa. Habeis descubierto su secreto?

Baron. Sí, mamá... todo lo sabemos.

Marquesa. Si apetece alguna cosa, si ambiciona algo, es preciso no quitarle las esperanzas.

Baron. Al reves... (*Con viveza.*) es preciso no dejarle ninguna.

Marquesa. Por qué, hijo mio? Debemos hacer por él cualquier sacrificio, por grande que sea.

Baron. Sin embargo, señora, hay sacrificios de sacrificios...

Marquesa. (*Enfadada.*) Ah! ya me estrañaba yo que no sacase la cabeza vuestro genio quisquilloso y ruin!

Baron. Pero... qué...! le he de dar...?

Marquesa. (*Bajo.*) Ya sabeis que os he dicho mil veces que teneis un carácter muy malo... Estoy segura de que vos sois la causa de todo.

Baron. Eso es; no me faltaba mas que esto ahora.

Marquesa. Habreis contrariado los deseos del pobre muchacho.

Baron. Pues son bonitos sus deseos!

Marquesa. (*Bajo, y muy enfadada.*) Pero sabed, señor mio, que yo no puedo consentir que mi nieto esté malo, y que si no sois el primero en sacrificaros para salvar la vida al último vástago de los Villablancas... no teneis alma...!

Baron. Ah! (*Fuerte.*)

Mauricio. Habeis perdido el juicio! (*Acercándose á él.*) En el cuarto del enfermo os poneis á alborotar! Silencio, ó echo á todo el mundo de aqui!

Marquesa. Teneis razon, doctor, (*Bajo.*) pero al menos decidme lo que le atormenta, y os juro que sabré obligar á este caballero...

Mauricio. Lo que quiero es que calleis; quietos aqui... (*Los hace sentar á la derecha.*) y cuidado con moverse... antes de tomar un partido es preciso asegu-

rarse. (*A la baronesa.*) Espero, señora, que no tendreis tanto miedo como vuestro marido, y por lo tanto creo que estareis decidida á salvarle?

Baron. Eh! (*Aparte.*) Pero, señor, este médico es atroz!

Baronesa. Por supuesto... pobre muchacho!

Mauricio. Pues bien, id con mucho tiento y sentaos á su lado.

Baron. (*El baron se levanta.*) A su lado!

Marquesa. Jesus! (*Haciéndole sentar con una mirada.*) Baron, nunca creí que tuvieseis tan mal corazon...

Mauricio. No os asusteis de su sorpresa, ni de su alegría; todo ello pasará con la primera impresion.

Baron. (*Aparte.*) Habráse visto un marido en situacion mas ridícula que la mia. (*Mauricio le hace señas para que calle: la baronesa va á sentarse al lado de Fernando.*)

Baronesa. No me ha sentido. (*Le llama con dulzura.*) Fernando?

Baron. (*Bajo.*) Pero hombre, yo soy de opinion de que si duerme no se le debe despertar...

Baronesa. (*Alza la voz.*) Fernando?

Fernando. (*Sale de su distracion, y se vuelve hácia ella.*) Ah! Sois vos, querida tia?

Mauricio. Es singular, no le ha hecho la impresion que yo esperaba...

Baronesa. (*Con dulzura.*) Vengo á acompañarte.

Fernando. (*Con frialdad.*) Agradezco vuestra amabilidad, querida tia: tengo mucho gusto en veros. (*Se vuelve y cae de nuevo en su distraccion.*)

Mauricio. Ni la menor conmocion... ya no la mira.

Baronesa. Dices que tienes mucho gusto en verme, y sin embargo apartas la vista, porque sin duda temes las reconvenciones que voy á hacerte.

Fernando. (*Distraido.*) Reconvenciones...!

Baronesa. Sí, hijo mio; no eres razonable, pero no temas mi enojo... Verdad es, que soy tu tia, pero tambien sé que nadie está libre...

Baron. Qué es lo que dice?

Marquesa. Baron, estais insufrible!

Baronesa. Pero si he de decir la verdad... mas me hu-

biera enfadado si hubiese sido de otra. (*Con dulzura.*) Lo creerías? (*Fernando la mira con aire de asombro.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Pues señor, estoy viendo que me he equivocado.

Baronesa. Qué me miras tanto...? El vestido? No es verdad que es muy bonito? Qué te parecen las flores de este rostrillo?

Fernando. (*Sin mirar.*) No me parecen mal.

Baronesa. Oh! Son muy bonitas... Pues no creas que son compradas... las ha hecho María.

Fernando. (*Con viveza.*) María! María las ha hecho?

Mauricio. (*Aparte, admirado.*) Qué veo!

Fernando. Oh! es precioso! esas flores son de muy buen gusto. (*Mirando el rostrillo.*)

Baronesa. No te parece que tiene mucha habilidad?

Fernando. (*Se acerca mas.*) Oh! Sí, y es ademas tan buena...! tan sensible...! tan modesta...! Si supiéseis cuánto candor, cuántas virtudes encierra su corazon!

Mauricio. (*Aparte.*) Qué entusiasmo! Su rostro se ha animado desde que oyó ese nombre.

Fernando. Decidme, tia mia, ha venido hoy á la Quinta? Me parece que la he visto...

Baronesa. Sí, vino con el médico... pero se ha vuelto á marchar.

Mauricio. Se ha vuelto á (*Pasando al otro lado del sofá.*) casa de su marido.

Fernando. De su marido...!

Baronesa. Cómo puede ser eso, si la boda de esa muchacha...

Mauricio. Se ha celebrado (*Recalcándolo y haciéndola señas.*) esta mañana... por el repique de campanas podiais haberlo sospechado.

Fernando. (*Se levanta furioso.*) Ah! no me habia engañado! no...! (*Para sí.*) Debia haber corrido, debia haberla arrancado de alli...

Mauricio. (*Bajo.*) Imprudente.

Marquesa. Hijo mio!

Fernando. (*Balbuciente.*) Ah! Señora, perdonad...! no ha sido nada... un vahido... un momento de delirio! (*Ap.*)Ah! en vano procuro reprimirme! (*Alto.*) Se-

ñor Mauricio! (*Bajo á él.*) Si habeis adivinado algo, no digais una sola palabra...! os lo suplico.

Todos. Fernando...!

Fernando. Nada, nada. (*Vase precipitadamente á su cuarto.*) Dejadme, dejadme.

Mauricio. (*Aparte.*) No me queda duda.

Marquesa. Huye de nosotros!

Baronesa. Es inconcebible.

Mauricio. (*Aparte.*) Quién hubiese imaginado una pasion tan terrible! (*Alto.*) Baron, no le dejeis solo.

Baron. Pero y de lo que me digísteis hace un rato acerca...

Mauricio. No hay nada de lo dicho.

Baronesa. Cómo?

Baron. Con que mi muger no tiene ya que ver con Estratonice?

Mauricio. Hombre, no. Me he equivocado.

Baron. (*Alegre.*) Cuando yo decia que era imposible! Querido sobrino de mi alma...! Voy á estrecharle contra mi corazon. (*Vase.*)

Marquesa. Con que está mejor? (*Con inquietud.*)

Baronesa. Qué salida! para esto mas valia... (*Aparte y con despecho.*) Cuidado que estos médicos tienen una cabeza tan ligera... venir á hacerla cereer á una que... y luego... (*Suspirando.*) Voy á estudiar al piano la tanda de rigodones que me ha traido mi marido. (*Vase.*)

ESCENA X.

LA MARQUESA. MAURICIO.

Marquesa. Ay Dios mio! Debe haber pasado algo por fuerza; decídmelo, doctor.

Mauricio. (*Sin reparar en la marquesa, y paseándose.*) Quisiera estar á cien leguas de aqui... Cómo diablos la diré...? Poquito orgullo tiene ella con su linage y con su sangre azul... Sería capaz de evocar las sombras de todos los difuntos Villablancas.

Marquesa. Quereis contestar, señor doctor, ó habeis determinado matarme á pesadumbres? Sabeis lo que tiene?

Mauricio. Sí señora, lo sé.

Marquesa. Pues me lo vais á decir.

Mauricio. No espereis tal, no lo diré.

Marquesa. Cómo!

Mauricio. No pienso en semejante cosa! porque no tengo gana de que os dé un ataque de nervios.

Marquesa. Será algun encalabrinamiento, no es verdad?

Mauricio. Una pasion... Sí señora, tanto mas violenta, cuanto que Fernando se ha esforzado en vano para reprimirla.

Marquesa. Pues entonces hay mas que proponerle que se case...?

Mauricio. Imposible! Hay obstáculos insuperables.

Marquesa. No señor, no los hay, ni puede haberlos...!

Mauricio. Y si hubiese dirigido sus miras á una persona mas elevada que él?

Marquesa. (*Con orgullo.*) Mas elevada que él? No la hay.

Mauricio. En fin, á alguna persona de sangre real...

Marquesa. Ah! me echaría á sus pies... para salvar á mi hijo la diria: Sereis tan cruel que por pertenecer á una familia mas ilustre, por haber nacido en una clase mas elevada, querais sacrificar la vida de mi pobre hijo...! Oh! es imposible que os ciegue el orgullo hasta tal estremo...!

Mauricio. Perfectamente; pues entonces empezad por aplicaros á vos misma lo que acabais de decir.

Marquesa. Cómo!

Mauricio. La persona á quien ama vuestro nieto es una jóven desamparada y huérfana que ni aun conoce á los que la dieron el ser.

Marquesa. Ah! qué oigo! Una inclusera! oh! qué vergüenza...! mucho quiero á Fernando, pero preferiria verle muerto antes que consentir...

Mauricio. (*Aparte.*) Estaba seguro de ello... todos son lo mismo.

Marquesa. No me hableis mas de eso, doctor; es imposible que eso sea verdad.

Mauricio. (*Picado.*) Imposible?

Marquesa. Un Villablanca no puede haberse degradado hasta ese punto.

Mauricio. Cuando os digo que yo mismo lo he visto...

Marquesa. Tendreis cataratas.

Mauricio. Tengo pruebas.

Marquesa. Os habreis equivocado. Sois médico, y nada tiene de estraño.

Mauricio. Señora, qué estais diciendo?

Marquesa. Nada tiene de particular... otros mucho mas hábiles...

Mauricio. (*Con ironía.*) Sí por cierto.

Marquesa. Todos erramos en este mundo.

Mauricio. Y vos la primera; dígalo sino cuando jugais á los cientos, y marcais los puntos que no hay.

Marquesa. Señor doctor!!!

Mauricio. Señora marquesa...!!

Marquesa. (*Enfadada.*) Al fin y al cabo, médico de lugar.

Mauricio. Y por consiguiente esceptuado de tener sentido comun, no es verdad?

Marquesa. Yo no he dicho eso.

Mauricio. Pero lo pensais.

Marquesa. Como si faltaran médicos en el mundo!

Mauricio. Pues llamadlos.

Marquesa. Por supuesto que los llamaré; no digo uno, sino ciento si es preciso.

Mauricio. Doscientos...! mil...! (*Fuerte.*)

Marquesa. Pues ya se ve que sí señor. (*Mas fuerte.*)

Mauricio. Señora, quedaos con Dios: (*Coge el sombrero.*) Mauricio se va para siempre; para no volver á poner los pies en esta casa. (*Va á irse, y sale el baron.*)

Baron. Doctor, doctor! no os marcheis; se ha puesto peor.

Marquesa. Dios mio! (*Se deja caer en una silla.*) Se ha puesto peor...! Señor Mauricio, en nombre del cielo...!

Mauricio. Qué quereis?

Marquesa. No nos abandoneis; está peor, y solo en vos tengo confianza.

Mauricio. Eh! no será nada; algun mareo! (*Al baron.*) frotarle la frente con un poco de éter. (*A la marquesa.*) Vamos, tranquilizaos, no me voy, ya lo veis, me quedo.

Marquesa. Qué va á ser de nosotros? Cómo curarle de esa loca pasion?

Mauricio. Solo hay un medio; por consiguiente no tenemos que cansarnos en discurrir; es preciso que salga de aqui, que viaje... Enviadle á España, á Italia, á cualquiera parte. Y no andemos con dejarlo para mas tarde.

Marquesa. Y he de separarme de él?

Mauricio. Sí señora: es preciso que se marche, ó no respondo de su vida.

Marquesa. Pero quién le acompañará? No puedo permitir que se marche solo en ese estado: no tengo á nadie á quien confiarle.

Mauricio. No teneis á nadie? (*Pausa*.) Pues entonces yo me iré con él.

Marquesa. Vos, señor Mauricio? ah! sois nuestro angel de la Guarda.

Mauricio. No: soy médico; mi compañero de Chantillon se encargará de las demas visitas durante mi ausencia. Pero no hay que perder tiempo. Vamos, mandad que esté todo dispuesto.

Marquesa. Y cómo le decidiremos?

Mauricio. Yo me encargo de eso. Dad vuestras órdenes para que nos tengan pronto un carruage.

Marquesa. Ah, buen Mauricio! Sois nuestro salvador! Con tal de que aun sea tiempo. (*Vase*.)

Mauricio. (*Solo*.) No, ya no me separo de él; no quiero que sea víctima como su padre, á quien quise tanto. Pobre amigo mio! Me parece que aun le estoy viendo... un veterano de Aboukir... Sí, salvaré á su hijo. Y he de dejar sola á la pobre María? oh! la diré que voy á volver pronto y se consolará... Landougué no puede tardar ya en volver de Moulins, adonde ha ido á tomar posesion de la herencia que le ha dejado su tia; y en cuanto esté aqui veremos de activar la boda. Pero cómo diablos se ha enamorado el marques de esa muchacha...? apenas la ha visto.

ESCENA XI.

MAURICIO. MARÍA *sale por el foro*.

María. Chist... Chist, señor Mauricio? (*Bajo*.)

Mauricio. Hola! eres tú. Qué vienes á hacer aqui?

Maria. No os enfadeis. (*Sale.*) Es que como estaba asi... tan trastornada con lo del señor Fernando, no me he enterado bien de vuestro encargo. No me he acordado mas que de que era cosa de papeles, y os traigo todos los que habia en el cajon. (*Le da un paquete de papeles.*)

Mauricio. Vamos, yo no sé dónde tienes la cabeza, muchacha. La boda te tiene vuelto el juicio á pesar de que lo disimulas... estoy deseando que venga Landougué.

Maria. (*Con timidez.*) Decid, señor Mauricio, le habeis visto?

Mauricio. A Landougué?

Maria. No señor, al señorito Fernando.

Mauricio. Sí, sí... (*Examina los papeles.*) Pues no has hecho tú mala confusion...!

Maria. Creí que sería cosa de cuidado: qué es lo que tiene?

Mauricio. Tiene una nevralgia: (*Sigue examinando los papeles.*) Ah! ya creo que he hallado lo que buscaba... el cuento es que va haciéndose de noche... y apenas diviso... (*Procura leer, y Maria lee por encima de su hombro.*) "Constipacion..."

Maria. No señor, sino dice eso. "Constitucion."

Mauricio. Constitucion...!

Maria. Pues! "Napoleon por la gracia de Dios y de la Constitucion del imperio, emperador de los franceses, rey de Italia..."

Mauricio. Ah! ya sé lo que es... pero cómo diablos estaba esto aqui entre estos papeles? (*Los mira y los guarda en el bolsillo: despues reflexiona y dice á Maria:*) Oyes tú, picaruela, desde cuándo sabes leer tan de corrido?

Maria. Yo! (*Confusa.*)

Mauricio. Sí, tú.

Maria. Y... tambien sé escribir; (*Sonriéndose.*) era una sorpresa que queria causaros.

Mauricio. Mil gracias. Pero á quién debes tantas habilidades?

Maria. Al señor marques.

Mauricio. A Fernando! ah! es él... el que...

María. Sin duda! Es tan bueno, tan complaciente...! al ver lo avergonzada que estaba de mi ignorancia me propuso... y por no incomodaros venia siempre que estabais fuera de casa, de modo que apenas volvíais las espaldas ya le tenia á mi lado.

Mauricio. Ah! entiendo! esperaba á que yo estuviese fuera para... (*Aparte.*) entonces no es estraño que nunca le encontrase.

María. Si vieseis qué buen maestro es! y qué bien aprendia yo! Estaba tan contenta mientras duraba la leccion...! pero asi que se acababa... me quedaba tan triste, tan pensativa! El marques me decia que eso anunciaba grandes disposiciones.

Mauricio. Por supuesto. (*Aparte.*) Dios mio, y la pobre muchacha tambien... solo esto me faltaba...! Pues señor, ahora ya no quiero coche, lo que quiero es silla de posta. (*Alto.*) Me alegro mucho, María, que tu educacion... porque al fin siempre es bueno... una jóven como tú debe saber... (*Cambiando de tono.*) Mira, corre, y dile á Santiago que prepare mi maleta... Nada, un par de pañuelos y camisas...

María. Pues qué vais á algun pueblecillo de los alrededores?

Mauricio. Sí, á San Petersburgo.

María. Cómo!

Mauricio. Nada, nada... Es un enfermo de cuidado... en fin, á mi vuelta te lo diré todo... Cuida bien de la casa durante mi ausencia, y cuando venga Landougué... esperad hasta mi vuelta, entiendes? hasta mi vuelta.

María. Sí señor... pero esplicadme... (*Sale un criado y se acerca á Mauricio.*)

Criado. (*Bajo.*) Señor Mauricio, la señora marquesa dice que entreis inmediatamente. El señor marques consiente en partir.

Mauricio. (*Idem.*) Consiente...! Pues es preciso aprovechar la ocasion. (*Al criado.*) Allá voy. (*Alto á María.*) Ya lo ves, no tengo tiempo. Con que hasta la vista. (*La abraza.*) Vuélvete pronto á casa.

María. Traigo aqui unos encages para la señora baronesa.

Mauricio. Pues bien, pasa... pero por esta escalera... (*Abre la puerta vidriera.*)

Maria. Pero...

Mauricio. Vamos, vete, vete... y no vuelvas á poner los pies en esta casa. (*Vase Maria; Mauricio la acompaña y cierra la puerta detras de ella. Al través de la vidriera se verá á Maria que se para.*) Bravísimo! ahora no volverán á verse, que es lo esencial... Corro á saber lo que quire la marquesa. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MARÍA. *Despues* FERNANDO. *Maria sigue con la vista á* MAURICIO, *y en cuanto le ve alejarse abre lentamente la puerta.*

Maria. (*Sola.*) Qué habrá pasado? Qué inquieto estaba! Sin duda se habrá puesto peor el señor Fernando, y habrá querido ocultármelo. Apostaría cualquier cosa á que se aliviaba si le hablasen del amor que tanto le atormenta. Dios mio! él es. (*Ve á Fernando y se retira á un lado.—Fernando sale de su cuarto.*)

Fernando. (*Consigo mismo.*) Una vez que asi lo quieren, partiré, pero no la volveré á ver, porque conozco que entonces no tendria fuerza para alejarme de ella. (*Se vuelve y la ve.*) María! María, vos en esta casa?

María. Perdonad, señor marques... (*Turbada.*) pasaba por aqui, y no he podido resistir al deseo de informarme del estado de vuestra salud. Cómo os sentís? (*Acercándose.*)

Fernando. (*Aparte.*) Ah! esta prueba... (*Con dulzura la hace señas de que se aleje.*) María... vete! vete!

Maria. Pues qué, estais enfadado conmigo? Dios mio! en qué he podido ofenderos?

Fernando. (*Turbado.*) En nada, en nada. Soy injusto. María, mi tia queda encargada de ofrecerte en mi ausencia el regalo de boda... que te tengo destinado. (*Se esfuerza.*) Sé feliz con tu marido... á Dios...! (*Va á alejarse.*)

Maria. Mi boda! mi marido! Pero señor, si yo no me he casado.

Fernando. Qué dices? (*Volviendo.*)

María. No señor, no estoy casada: se han empeñado todos en que yo me he casado esta mañana, y hace ya tres dias que se fue Landougué.

Fernando. Con que no estás casada? (*Alegre.*) Y cuál ha sido el motivo?

María. Os diré: el principal motivo he sido yo. No me atrevo á confesar al señor Mauricio que Landougué no me gusta, y luego yo no sé por qué, desde que os dí la noticia de mi boda, y vi que no la aprobabais... me parece cada vez peor ese pobre muchacho.

Fernando. (*Muy animado.*) Será cierto, María! ah! ya no quiero marcharme... no me muevo de aqui.

María. Pues qué? estais peor? (*En este momento se presenta el baron, que viene del cuarto de Fernando: la marquesa, el doctor y la baronesa aparecen por el foro.*)

Fernando. (*Fuera de sí.*) Al contrario, jamas he sido mas feliz! Si tú comprendieses el placer que me han causado tus palabras, María...!

María. Oh! Cuánto me alegro.

Mauricio. (*Al verlos y aparte.*) Juntos! tiró el diablo de la manta...!

Baron. (*A los otros.*) Mirad... mirad qué cambio!

Fernando. (*Sin advertir en ellos.*) Ah! tú has dado un nuevo ser á mi existencia! Sí... mi corazon...!

Mauricio. (*Se coloca entre los dos.*) Late con mas libertad... no es esto lo que ibais á decir? Sí, estais mejor... mucho mejor... (*Bajo á María.*) Vete. (*Alto.*) Se ha presentado una crisis favorable... y os doy el parabien por ello... pero... (*Bajo á María.*) Vete, muchacha.

Fernando. Ah! (*Sin ver á su madre.*) me habeis engañado.

Mauricio. Yo... sí... pero... (*Haciendo ruido para que no se entere la marquesa.*) jum! jum!

Fernando. Pero voy á deberos mi felicidad: ya no deseo la muerte; quiero vivir.

Marquesa. (*Corre á él.*) Se ha salvado! hijo mio! oh! no hay médico como él!

Fernando. (*Viéndola.*) Cielos!

Mauricio. Misericordia! preveo una tempestad.

ESCENA XIII.

DICHOS. LA MARQUESA. MARÍA. EL BARON. LA BARONESA.

Baron y *Baronesa*. Querido sobrino!

Marquesa. (*Muy alegre.*) Sí, le ha salvado! Mirad qué semblante tan animado! qué ojos tan espresivos...! ah! doctor, vos sois la causa de tan estraordinario alivio.

Mauricio. Yo! nada de eso.

Baronesa. Qué ciencia!

Baron. Qué hombre tan admirable!

Marquesa. No tiene igual.

Mauricio. (*Enfadado.*) Pero, señores, hacedme el favor de no prodigarme tantos elogios, porque ninguna parte tengo en esta cura. Quereis que os diga á quién lo debeis todo? (*Señalando á María.*) Esta muchacha es la que ha hecho el milagro.

Marquesa. (*Reparando en ella.*) Esa jóven! oh! hermosa figura! acércate, hija mia, dame un abrazo.

Mauricio. (*Deteniéndola.*) Poco á poco: (*Bajo.*) es ella.

Marquesa. No os entiendo.

Mauricio. Os repito que es ella.

Marquesa. Ella!

Mauricio. Sí señora, ella... la que ama Fernando...! Quereis que os lo repita cien veces.

Marquesa. María!

Mauricio. Ahora abrazadla hasta que se os caigan los brazos.

Marquesa. María!

María. Yo!! (*Turbada.*)

Marquesa. Una aldeana! Y es posible que un Villablanca...! Vamos, hijo mio, desmiente á este buen señor; dile que ha perdido el juicio... que te está ultrajando.

Fernando. No, madre mia, cuanto ha dicho es la verdad.

Todos. La verdad...! (*La marquesa cae traspasada de dolor en el canapé: Fernando procura calmarla.*)

María. Qué oigo! Es cierto lo que decís, señor Mauricio? Con que era á mí á quien amaba, á mí, pobre huérfana... ahora comprendo lo que yo misma no

podia esplicarme... lo que me hacia tan feliz... porque entonces tambien yo sin saberlo le ama...

Mauricio. Calla! calla! (*Le pone la mano en la boca.*)

María. Sí... sí... (*Bajo, y llorosa de alegría.*) Callaré... No sabrá que le amo... que le amaré toda mi vida... Encerraré en mi corazon mi alegría y mi dicha...! ah! nunca hubiera creido que se podia ser tan feliz...! (*Oculta el rostro en los brazos de Mauricio.*)

Fernando. Madre mia...! (*A la marquesa.*)

Marquesa. Dejadme... dejadme.... (*Le rechaza.*) Sin consideraciones á su clase, á su ilustre nacimiento...

Fernando. (*Con fuerza.*) Ah! no me lo recordeis... porque ellos son causa de mi desgracia... Solo el cariño... el amor que os tengo ha podido decidirme á ocultar por tanto tiempo dentro del pecho un secreto que me mataba...! Solo por vos, madre mia, he podido renunciar á una muger, cuyo corazon es mas noble que el de todas esas familias que hacen alarde de sus títulos y grandezas... (*Se coloca en medio.*) Pero ahora que sé que está libre... y que me ama... ahora que la alegría me ha arrancado mi secreto... nadie en el mundo me separará de ella...! María será mi esposa!

Todos. Su esposa!

Maria. Qué dice!

Baron. Sobrino! } (*Ambos levantan la voz.*)
Baronesa. Fernando! }

Marquesa. (*Furiosa.*) Nunca consentiré en ello... Sería una deshonra! oh! este era complot concertado de antemano. (*A Mauricio y á Maria.*)

Mauricio. Señora...! (*Ofendido.*)

Marquesa. Hé aqui las consecuencias de familiarizarse con gentecilla... pero yo sabré impedir... (*Llama.*) Hola! Lorenzo! Juan...! (*Se presentan dos lacayos.*) Echad de aqui á esa jóven.

Mauricio. Echarla...! (*La coge entre sus brazos.*)

Fernando. (*A los criados.*) El primero que se atreva... Salid de aqui, ea, salid. (*Con imperio.*) Soy el gefe de la familia, y por lo tanto solo yo mando en esta casa! (*Los criados se retiran.*) Y vos, señora...

Marquesa. Señora...! Señora...! (*Llorando.*) Ya no me llama madre...!

Fernando. Ah! Perdonadme...! (*Se echa á sus pies.*)

Marquesa. (*Con fuerza.*) Pues bien, una vez que eres mal hijo para mí... tambien seré madrastra para tí: te olvidaré... te maldeciré...

Maria. Oh! no, no. (*Separándose de los brazos de Mauricio, y acercándose á la marquesa con las manos juntas.*) Señora...! por Dios, no le priveis de vuestro cariño; no quiero ser la causa de que pierda vuestra ternura. Me iré si es preciso... no le volveré á ver mas... le olvidaré aun cuando me cueste la vida... (*A Mauricio sollozando.*) Llevadme, llevadme de aqui por Dios.

Fernando. María...!

Mauricio. (*Con dignidad.*) Tiene razon, caballero; ya no debe continuar por mas tiempo en esta casa. (*A María.*) Vete, hija mia, vete; el pobre Mauricio jamas te abandonará: cuenta con su apoyo. Dentro de poco iré á buscarte. (*La acompaña hasta la puerta.*)

Fernando. Lo habeis querido, y será... (*A la marquesa con ira.*) Obedezco, y me resigno...! Pero tened entendido que antes que unirme á otra muger consentiré que el nombre de Villablanca desaparezca para siempre: no espereis que me case jamas! (*Vase.*)

Marquesa. Sí, aléjate, te abandono! Dios mio! ahora que me acuerdo, si tendrá armas...! no le dejeis solo, corred. (*La baronesa sigue á Fernando.*)

ESCENA XIV.

LA MARQUESA. EL BARON. MAURICIO.

Marquesa. Hay muger mas digna de lástima que yo! (*Apoyada en el sofá.*)

Mauricio. (*Friamente.*) Una palabra, señora marquesa.

Marquesa. Caballero...! (*Con altanería.*)

Mauricio. Señora, ni las grandes esclamaciones, ni los grandes ademanes me asustan. Soy ya machucho, y me las he habido, mas de una vez, con el mismo Napoleon.

Maquesa. (*Mas tranquila.*) Vamos, qué quereis?

Mauricio. Deciros una palabra antes de marcharme. No

creais que voy á hablaros en favor de esa jóven inocente, que en nada ha faltado, pero que pagará con la vida su desgraciado amor, como su infeliz madre...! El cielo me tenia sin duda reservada esta pena mas! No, señora marquesa. Solo vengo á hablaros de vuestro nieto. El pesar le quitará la vida.

Marquesa. Qué decís?

Mauricio. Se la quitará, sí señora. Acordaos de su padre.

Marquesa. A Fernando! A un Villablanca! Pero señor, si esa muchacha tuviese siquiera un asomo de nobleza...

Baron. Y en fin, si se muere cómo ha de ser. La marquesa tiene razon... Un Villablanca no debe degradarse hasta ese punto.

Marquesa. Callad vos, infame! Vos sois la causa de todo. (*Colérica.*)

Baron. Yo!

Marquesa. Sí, vos: vuestros malos ejemplos han echado á perder al pobre Fernando. Creeis que se me han olvidado vuestras calaveradas, vuestras trapisondas de cuando erais jóven? Creeis que se me ha borrado de la memoria el escandaloso lance que tuvisteis bajo el nombre de Faberolles...!

Mauricio. (*Aparte.*) Bajo el nombre de Faberolles?

Baron. (*Asustado.*) Por Dios, mamá; no hableis tan alto. Si os oyese mi muger...! Me habiais prometido...

Marquesa. Es verdad, pero no estoy en mí viendo padecer al pobre Fernando.

Mauricio. (*A la marquesa.*) Corred á hablarle otra vez, todavía me queda una esperanza.

Marquesa. Qué decís?

Mauricio. Sí, estoy casi seguro... pero sin embargo tengo que combinar bien mis ideas...! Señor baron, necesito hablar con vos un momento. (*A la marquesa.*) Dejadnos, dejadnos.

Marquesa. Ah! Mauricio, todos mis bienes serán pocos para recompensaros... (*Vase.*)

ESCENA XV.

MAURICIO. EL BARON. *Aquel va á cerrar la puerta sin hablar palabra.*

Baron. Calla! qué es esto? qué es lo que hace? (*Aparte asombrado.*)

Mauricio. (*Con cólera.*) Con que sois el caballero Faberolles?

Baron. Hombre, lo soy y no lo soy: (*Sonriéndose.*) quiero decir que... en otros tiempos... cuando andaba... por ese mundo... Vaya, que teneis un modo de mirarme...

Mauricio. (*Temblando de cólera.*) Con que sois vos sin duda el que bajo ese supuesto nombre sedujo á una infeliz huérfana...? á la desventurada Enriqueta?

Baron. (*Asustado.*) Callad, por Dios, hombre... si mi muger os oyese...

Mauricio. El que despues de haberla deshonrado... hizo la infamia de abandonarla...?

Baron. Por la Vírgen, doctor...! bajad la voz...

Mauricio. Sin compasion hácia ella ni hácia la infeliz criatura, fruto de vuestro crimen?

Baron. Mas bajo...

Mauricio. Pues sabed que la que acaban de echar de aqui, en vuestra presencia, es la hija de aquella desventurada! es hija vuestra.

Baron. Qué oigo! María...! hija mia!

Mauricio. Sí, tengo en mi poder todas las pruebas... poseo vuestras cartas... puedo perderos.

Baron. Pero hombre, qué interes llevais en que yo...?

Mauricio. Qué interes preguntais...? (*Con firmeza.*) Mirad este rostro pálido y decaido, estos cabellos encanecidos antes de tiempo... deberia aborreceros, deberia mataros...

Baron. Ah! (*Asustado.*)

Mauricio. Sí, deberia mataros, porque por vos he perdido mi felicidad... por vos he vivido veinte años desterrado, sin amigos, sin familia, sin una sola persona que me consolase, y... para probaros que soy

mas noble que vos, si no en el origen, en los sentimientos, en castigo del mal que me habeis hecho, solo deseo la felicidad de vuestra hija.

Baron. Cómo!

Mauricio. Necesito á toda costa su felicidad, y habeis de otorgármela.

Baron. Con mil amores! (*Turbado.*) Sin duda... no deseo otra cosa: desde ahora me encargo de ella si quereis.

Mauricio. No basta eso.

Baron. Aseguraré su bien estar para mientras viva.

Mauricio. No lo admito! Dinero y siempre dinero...! Lo que yo os pido es su felicidad...! Cuántas veces quereis que os lo repita?

Baron. Pero en fin, qué exiges de mí?

Mauricio. Que vuelva á ser admitida en vuestra casa, de donde ha sido echada ignominiosamente... que entre en ella como dueña y señora... que se case hoy mismo con el que ama, ó de lo contrario publico que es hija vuestra...

Baron. Cielos santos! Que se casen? facilito es eso... os parece que no hay mas que decirlo...

Mauricio. Pues no hay otro remedio...

Baron. Pero, señor, cómo...

Mauricio. Poco me importa el cómo; lo que yo necesito es que termineis este asunto ahora mismo. Pero aguardad... (*Como ocurriéndole una idea.*) habia olvidado... mejor será... sí... el papel de María... el cielo me le ha deparado...! (*Corre á la puerta de Fernando.*) Señora marquesa, señora marquesa...! No hay que hablar mas de este asunto. (*Al baron.*) Ya los podeis dar por casados. Lo único que necesito ahora es que apoyeis lo que yo diga á la señora marquesa.

Baron. Pero qué la vais á decir?

Mauricio. Ahora lo sabreis.

Baron. Y me guardareis el secreto?

Mauricio. Veremos. (*Va á la puerta de Fernando.*) Señora marquesa, señora marquesa.

ESCENA XVI.

DICHOS. LA MARQUESA. *Poco despues* LA BARONESA *y* FERNANDO.

Marquesa. Qué hay?

Mauricio. Vuestro nieto se ha salvado.

Marquesa. Salvado! ah! doctor mio! (*Abrazándole.*)

Mauricio. Recordad la promesa que me habeis hecho hace un instante... Con tal que tenga siquiera un asomo de nobleza...

Marquesa. Sin duda...

Mauricio. La hija de un baron, os conviene...?

Baron. Asesino, (*Aparte, y viendo entrar á su muger.*) qué vas á decir!

Marquesa. La hija de un baron...! Pues qué... es otra boda...?

Mauricio. Tal vez.

Marquesa. Pero y Fernando?

Mauricio. Consentirá.

Marquesa. Y la novia?

Mauricio. Corre por mi cuenta.

Marquesa. Esplicaos.

Mauricio. No tengo tiempo. (*Con precipitacion.*) No salgais de aqui, y mandad que venga vuestro hijo. Yo estoy de vuelta al momento... en cuatro brincos... Ya sabeis lo que os he dicho... se ha salvado... (*Vase corriendo.*)

Baron. Deteneos Mauricio... (*Aparte.*) Inicuo! ahora sí que no escapo, y se me va á declarar la enfermedad interna.

Marquesa. Qué significa todo esto?

Baronesa. Baron, lo sabeis vos...?

Baron. Hablais conmigo... Yo? no, qué disparate...! (*Turbado.*) es decir... algunas palabras sueltas... pero no creais... como iba tan precipitado... y ya se ve, como él decia... Estratonice...! Vamos, ya no sé lo que me digo. (*Aparte.*)

Marquesa. (*Viendo salir á su nieto.*) Fernando! Ven, ven, hijo mio, todo lo he olvidado! Bien te decia yo que tuvieras confianza... vas á ser feliz.

Fernando. Qué decís?
Marquesa. La verdad! Mauricio ha encontrado un medio... otra boda...
Fernando. Nunca!
Marquesa. Él responde de todo! Aqui viene.
Baron. (*A la baronesa.*) Amiguita, ahora mismo nos vamos á nuestra hacienda de Brianne.

ESCENA XVII.

DICHOS. MAURICIO, *que trae á* MARÍA *de la mano.*

Mauricio. Vamos, no tengas miedo! Te repito que estás en tu casa.
Maria. Nunca tendré valor... (*Bajo.*)
Todos. María!!
Fernando. María...! (*Alegre.*)
Marquesa. Otra vez... (*Con altanería.*) Venís á burlaros de mi cólera?
Mauricio. No señora. Vengo á presentaros á la hija del baron...
Baron. (*Interrumpiéndole.*) Señor Mauricio...!
Mauricio. A la hija del baron Auvray, inspector general de los hospitales militares de Jaffa.
Todos. Auvray!!
Mauricio. Soy yo, caballero. (*Al baron.*) Y esta mi hija adoptiva. (*Señala á María.*)
Maria. Qué! Señor Mauricio...!
Mauricio. Sí... (*La estrecha en sus brazos y mira al baron.*) mi hija.
Baron. Ah! ya respiro. (*Aparte.*)
Fernando. Auvray!
Marquesa. Con que sois baron?
Mauricio. Por la gracia de Dios, y del emperador, señora. Ya no me acordaba de este título, y como Gil Blas lo tenia olvidado en el fondo de un cajon creyendo que no me serviria para nada, pero si puede labrar su felicidad... (*Por María.*)
Marquesa. Nobleza del imperio...! (*A la baronesa.*)
Mauricio. Que solo necesita envejecer unos quinientos años para dejarse atras á las otras.

Fernando. Madre mia... dudareis todavía...

Marquesa. No. (*Abre los brazos á María.*) Ven, ven á mis brazos, hija mia!

Maria. Ah! (*Se arroja á sus pies.*) Señora!

Fernando. Madre mia! (*Besándola la mano.*)

Mauricio. Pues señor, no nos ha costado poco trabajo... y gracias á que Napoleon ha andado por medio.

Baron. Uff! He pasado unos miedos... (*Aparte.*)

Baronesa. (*A María.*) Ven aqui, picaruela! (*La abraza.*) Oh! vas á ser una marquesa hechicera.

Marquesa. Y ahora? estarás mejor, hijo mio?

Fernando. Oh! Sí, mamá! (*Alegre.*)

Marquesa. Vais á burlaros de mí; (*Mira á María.*) pero se me figura que María se da ya un aire á la familia; tiene todo el corte de cara de los Villablancas.

Baron. Por supuesto. (*Mirándola bien.*) Amigo mio, yo no puedo mas; es preciso que la dé un abrazo. (*Ap.*)

Mauricio. (*Bajo.*) Teneis mucha gana? Pues aguardad. (*Alto.*) Supongo, María, que ya serás feliz...! No abrazas á tu padre?

María. Ah, padre mio! (*Le abraza.*) Es verdad que nunca me abandonareis? que siempre viviremos juntos?

Mauricio. Sí, sí, hija querida! (*La abraza.*) Es mi única venganza. (*Bajo al baron.*)

Baron. Es justa aunque cruel. (*Le da la mano.*) Sois un escelente hombre, doctor, me habeis dejado muy contento.

Mauricio. Pobre Enriqueta! (*Alzando los ojos al cielo.*) Espero que tú tambien lo estarás.

FIN DE LA COMEDIA.

Esta traduccion es la que se ha representado con aplauso en Madrid en el teatro del Príncipe.

Sr. D. Eugenio Camar…

Su affecmo ami…

El autor

EN EL CÁRMEN Y POR CÁRMEN.

EN EL CÁRMEN Y POR CÁRMEN,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ELIAS AGUIRRE Y LAVIAGUERRE.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA el 1.° de Marzo de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
CÁRMEN	SRTA. MORERA.
DOÑA MARÍA	SRA. VALVERDE.
DON JUAN	SR. AGUIRRE.
DON PEDRO	SR. ZAMACOIS.
JOSELIN	SR. VALLE.

La escena pasa en los magníficos cármenes de Granada.

Se entenderá por derecha é izquierda la del actor.

Las palabras *subrayadas* están escritas como deben pronunciarse.

ACTO ÚNICO.

El teatro está dividido por una tapia baja, cerrando el fondo por ambos lados. En el jardin de la derecha, y en primer término, hay un pabellon con puerta y escalinata practicable; delante un banco rústico; detrás una fuente pequeña con pila; en medio un árbol, velador y sillas de campo; una gradilla junto á la tapia, cubierta por un rosal grande; macetas y flores de todas clases. En el jardin de la izquierda, se ve en primer término un gran cenador, con mesa y asientos de piedra, rodeado de estátuas y árboles frutales; otra gradilla junto á la tapia, cubierta tambien por ramaje. Rosales, lilas y grandes tiestos repartidos por la escena en ambos lados; á gusto del director.

ESCENA PRIMERA.

CÁRMEN, DOÑA MARÍA, D. PEDRO.

Aparecen en el jardin de la derecha, sentados al velador, y acabando de tomar el café.

PEDRO. ¡Moka legítimo y puro!
CARMEN. ¡Rico aroma!
MARIA. ¡Qué ambrosía!
PEDRO. Despues de almorzar no hay nada
como el café, la copita,
y un veguero...

CARMEN. ¡Al aire libre!
MARIA. ¡Y entre flores!
CARMEN. ¡Buena vida!
PEDRO. ¡Para hacer la digestion
no cabe ya mejoría!
Todas las comodidades
tenemos en esta quinta,
ó sea cármen. Paseos,
lagunas...
CARMEN. Y no la Estigia.
PEDRO. Ya se entiende. Pesca, fruta...
hasta de la prohibida.
MARIA. ¡Pedro Nolasco! (Reprendiéndole.)
PEDRO. Antonieta,
no digo más que la fija:
manzanos que dan manzanas
tan dulces como el almíbar.
CARMEN. ¿Y hay caza?
PEDRO. De pluma y pelo,
de todo tiene la viña.
Anteayer cacé unos cuantos
gorriones en cuadrilla,
de esos que saben *latin*
y que tienen doble vista.
(Se levantan, viniendo á sentarse ellas rústico.)
CARMEN. ¡Bello país es Granada!
MARIA. Su hermoso cielo, sobrina,
alegra los corazones
como su feraz campiña.
CARMEN. ¡La ciudad tradicional,
encanto de la morisma,
con su gran Generalife,
su Alhambra y sus maravillas!
PEDRO. Y sobre todo sus aguas;
no las hay más digestivas.
Yo te puedo asegurar
que tengo un hambre canina,
y que el arte culinario...
MARIA. ¡Pedro Nolasco! (Reprendiéndole.)
PEDRO. ¡Hija mia!
MARIA. ¡Pedro Nolasco!...

PEDRO. ¿Qué es ello,
María de las Marías?
MARIA. Hijo mio, que me cargan
tus extravagancias íntimas,
y el prosaismo incapaz
que suelta tu lengua impía.
PEDRO. Mas...
MARIA. Las cosas á su tiempo.
PEDRO. ¿Qué más á tiempo, costilla?
¡Prosaismo!... cada cual
á su manera se inspira;
los unos con el estómago,
los otros con la poesía.
MARIA. Por eso tus glorias son...
PEDRO. Las que se comen y guisan;
me gustan más las chuletas
que las *Ruinas de Palmira*.
CARMEN. El tio está por lo sano.
PEDRO. Sí, yo estoy por lo que abriga.
MARIA. ¡Jesús, qué hombre!
(Escandalizada y levantándose.)
PEDRO. (Imitándola.) ¡Qué mujer!
CARMEN. ¿Pero á qué viene esta riña?
PEDRO. Esto, Cármen, no es reñir, (Riendo.)
es el pan de cada dia.
CARMEN. Lo siento, pues son ustedes
dos personas muy queridas
para mí; muertos mis padres
no tengo ya más familia.
PEDRO. ¡Siempre estarás con nosotros!
MARIA. ¡Siempre serás nuestra hija!
CARMEN. Gracias.
PEDRO. Estás en tu casa.
CARMEN. Por ello me doy albricias.
PEDRO. Ya los lutos se cumplieron...
¡libertad y ancha Castilla!
MARIA. No hay duda que aquí se pasan
tranquilamente los dias.
PEDRO. Y las noches.
MARIA. (Picada.) Sí, roncando.
PEDRO. ¿Ronco yo?
MARIA. Á pierna tendida.

PEDRO. ¿Qué ronco?
MARIA. Que sí.
PEDRO. Pues nunca
me oí la trompetería.
MARIA. ¡Machaca, machaca, niño!
PEDRO. Voy á ver las flores, niña.
MARIA. ¡Ay! las flores son mi encanto,
mi regalo... (Á Cármen.)
PEDRO. (Imitándola.) Y mi delicia.
(D. Pedro coge la regadera y va revisando las macetas, subiendo y bajando al proscenio, segun marca el diálogo. Ellas se sientan en el banco.)
MARIA. ¡Son magníficas campánulas!
CARMEN. ¿Del Japon?
PEDRO. No, de la China.
MARIA. Lo mismo es ocho que ochenta.—
Pues sí, sobrina querida,
la primavera vivimos
aquí una temporadita;
despues el verano en Cádiz,
luego el invierno en Sevilla.
CARMEN. Á usted siempre le ha gustado
vivir en Andalucía.
MARIA. ¡Mucho que sí!
PEDRO. (Bajando.) Porque es
tierra de María Santísima.
MARIA. Son muy salados sus hijos.
CARMEN. ¡Ya se ve!
PEDRO. Y tambien sus hijas.
CARMEN. En cierto baile de máscaras
traté á un jóven que tenía
mucha gracia... era andaluz.
PEDRO. ¡Vaya en gracia!
MARIA. ¡Ah, picarilla!
PEDRO. ¿Y qué?
CARMEN. Nada: desde entónces
no he vuelto á tener noticia...
Se llamaba Mondragon.
PEDRO. ¿Mondragon? Yo conocia
un Mondragon... mi compadre.
MARIA. ¡Persona muy distinguida!
PEDRO. Pero hace ya muchos años

que se murió en Filipinas.
Quizá algun hijo ó pariente...
MARIA. ¡Un gran partido sería!
PEDRO. Pues cuando lo esperes menos
te lo encuentras de rodillas.
CARMEN. ¿Y usted es?... (Á Doña María.)
PEDRO. María Antonieta
de Corvejones y Atiza.
MARIA. (Furiosa.) No es eso lo que pregunta.
PEDRO. ¿No es eso? Pues yo creía...
MARIA. (Á ella.) Yo soy natural de Málaga.
PEDRO. Pero en la Alcarria nacida.
LAS DOS. ¡Cómo!
PEDRO. Del mismo Chinchon;
muy célebre por su *pita*,
vulgo aguardiente.
MARIA. (Levantándose furiosa.) ¡Ya escampa!
¿Quieres callar, estantígua?
PEDRO. Callaré: á tu gusto, mula.
MARIA. Segun reza la partida
de bautismo, yo nací
el treinta y cuatro...
PEDRO. Mentira.
MARIA. ¡Yo nací el año del cólera!
PEDRO. Por eso le traes encima.
CARMEN. ¡Tio, por Dios!... (Poniéndose entre ambos.)
PEDRO. (Riéndose.) Si esto es broma.
MARIA. ¡Pues me gusta la bromita!
PEDRO. Pero en broma ya no cumples
los cuarenta.
MARIA. ¡Dale!
CARMEN. (Muy admirada.) ¡Ay tia,
será posible!
MARIA. *Necuacuan:*
treinta y seis.
PEDRO. Y la papilla,
y lo que anduviste á gatas.
MARIA. ¡Jesús, Jesús, qué heregías!...
Son treinta y seis.
PEDRO. Tengo apuntes...
MARIA. Pues apuntas mal.
PEDRO. ¡Qué risa!...

MARIA. ¡Si eres la maza de Fraga!
PEDRO. ¡De tal palo tal astilla!
MARIA. ¡Siempre estás dale que dale!
PEDRO. ¡Como tú pincha que pincha!
CARMEN. Herir por los mismos filos. (Riyendo.)
PEDRO. Cabales.
MARIA. Pues rompan filas.
PEDRO. ¿Te marchas?
MARIA. Á escape.
CARMEN. Vamos.
MARIA. Vamos adentro, sobrina. (Yéndose.)
PEDRO. No me quieren mis comadres...
MARIA. Adios.
CARMEN. Adios.
PEDRO. ¡Mira, mira!...
(Doña María al subir la escalera del pabellon, y á la voz, se para.)
Por donde vas, no te caigas
al subir la escalerilla.

ESCENA II.

D. PEDRO.

¡Buena va María Antonieta
de Corvejones y Atiza!
Treinta y seis; y se plantó,
no pasa si la fusilan.
¡Ah, mujeres!... Todas tienen
la misma monomanía;
ninguna es de Villavieja,
todas de Villaflorida.—
(Señalando al cármen de la izquierda.)
¡Aquí al lado sí que hay una
muchacha fresca y rolliza!
Con un juego de caderas,
de boca y de guiñaditas...
(Como reprendiéndose á sí mismo.)
—Perico, que te resbalas;
Nolasco, que te encandilas...
Vamos á ver las magnolias,
las camelias y artemisas.

(Salen por el jardin de la izquierda, D. Juan con avíos de caza, y Joselin trayendo una bandeja con botella y cañas de manzanilla que dejará sobre la mesa del cenador.)

ESCENA III.

D. PEDRO.—D. JUAN, JOSELIN.

JUAN. Pues señor, cáteme usted
otra vez en mi provincia,
huyendo de los belenes
de la coronada villa.
JOSEL. ¡Quiá! como estos andurriales
no hay náa... Aquí está la *flima*.
JUAN. Sirve las cañas.
JOSEL. De gorpe.
(Llena las copas y beben.)
JUAN. ¡Y qué rica manzanilla!
JOSEL. ¡*Barbí!*... bendito er peyejo
que te crió. (Besando la copa.)
JUAN. (Vuelven á beber.) Otra cañita.
PEDRO. (Que está regando las flores y tarareando.)
Pues, sí señor, la hortelana
es una chica... ¡qué chica!
JUAN. Me distraeré con los pájaros...
JOSEL. Y arguna pájara pinta.
JUAN. ¿Hay por aquí?
JOSEL. En toas partes
cuesen jabas.
JUAN. Pues avisa.
JOSEL. ¿Su mersé manda otra cosa?
JUAN. Nada más.
JOSEL. Diquiá la vista,
y salú... Por un si acasio
yo estoy jentre las olivas.
(Váse tarareando una cancion del país.)
PEDRO. Oigo hablar tras de esa tapia.
¿Si será la hortelanita?...
(D. Juan se ha sentado al cenador dejando la escopeta y enredando con las copas. D. Pedro observa por todos lados.)

ESCENA IV.

D. JUAN.—D. PEDRO.

JUAN. Nada, pasaré unos meses
lejos de Madrid... ¡qué lid!
Yo no podía en Madrid
con mis pícaros *ingleses*.—
¿Dónde andará la beata
que en las máscaras hablé?
¡Qué voz, qué mano, qué pié!...
¡Aquella beata me mata!
Yo de *Barba-azul* vestía,
y en mi loco frenesí
me dijo que desde allí
marchaba hácia Andalucía.—
Pero la tierra es inmensa,
quizá la *mala* se quiebre...
¡Quién sabe! Salta la liebre
en donde ménos se piensa.
En fin, mientras el remedio
llega de un modo fecundo,
riámonos... medio mundo
se burla del otro medio.
(Se oye dentro del pabellon preludiar un piano.)
¡Hola! un piano resuella
en esa hacienda vecina.

PEDRO. ¡Bien teclea mi sobrina!

JUAN. ¡Soberbio!... quién será ella?
(En este instante óyese cantar á Cármen la Malagueña ú otra cancion del país. D. Juan y D. Pedro dan muestras de sorpresa, llevando el compás con sus movimientos.)

CARMEN. (Dentro.) «Cármen se llama la Vírgen,
y en el cármen flores nacen;
riégalas con tu cariño
para la Vírgen del Cármen.»

JUAN. ¡Olé!... (Entusiasmado.)

PEDRO. (En jarras.) ¡Chipé!... venga viento!

JUAN. ¡Dios mio! será verdad!...
Ahí está ya la beldad

que roba mi pensomiento.
¡Si es su voz, su voz... La calma
me hizo perder, miel destila...
Veamos, pues, la sibila
que así se encrusta en el alma.

PEDRO. Con aire de taco ataco.
¡Al asalto! (Subiendo por la gradilla.)

JUAN. (Id.) ¡Al murallon!

(Aparecen ámbos en la tapia, figurando que no se han visto.)

PEDRO. (¿Quién será este moscardon?)

JUAN. (¿Quién será este pajarraco?)

PEDRO. (No está ella.) (Mirando al jardin.)

JUAN. (Id. al pabellon.) (Ella no está.)

PEDRO. (¡Buen chasco!)

JUAN. (¡Vaya un *camelo!*
Pues, señor, del lobo un pelo;
cazaremos al papá.)

(Se quita el hongo, y con él amenaza á D. Pedro, como quien va á coger un pájaro.)

PEDRO. (¿Qué hace?)

JUAN. ¡Bonita ocasion!
Si yo tuviera una red...

PEDRO. ¡Eh! mocito, qué hace usted? (Gritando.)

JUAN. (Fingiendo asombro y saludando.)
Perdone usted, señor don...

PEDRO. ¡Pedro Nolasco del Cuájaro!

JUAN. ¡Un hombre!

PEDRO. Como lo digo.

JUAN. Perdóneme, buen amigo;
creí que era usted un pájaro.

PEDRO. (Despues de toser y hacer gestos.)
¿Pájaro, eh?... No creo en suma
que ningun símil exista...

JUAN. Como soy corto de vista...

PEDRO. ¡Pues vaya un error de pluma!—
¿Y usted qué viene á buscar
por estos barrios?

JUAN. Mi cruz.

PEDRO. ¿Qué cruz es esa?

JUAN. La luz.

PEDRO. ¿Pero qué luz?

JUAN. Un cantar.
PEDRO. ¡Ya estoy!... (Te veo la oreja.)
JUAN. ¡Qué voz, qué gracia, qué estilo!...
Busco una hurí, amor, y el hilo
de la enredada madeja.
PEDRO. Mas...
JUAN. ¿No es usted su guardián?
PEDRO. Como á usted le dé la gana.
JUAN. De esa niña tan galana
yo quiero ser el galan.
Todo con mi amor lo acoplo;
fuego y estopa...
PEDRO. (Burlándose.) Y la copla.
JUAN. Despues sale el diablo y sopla...
¡Flojito va á ser el soplo!
PEDRO. (Yo te cortaré los piés.)
JUAN. ¡Será una chica tan rica!..
PEDRO. (Riyendo y haciéndose el desentendido.)
Aquí no hay grande ni chica,
ni tampoco sé quién es.
La erró usted de cabo á rabo.
JUAN. No tal.
PEDRO. Límpiese la baba:
no pelará usted la pava...
JUAN. Pero estoy pelando el pavo.
PEDRO. ¡Oiga usted, señor don... *don!*
JUAN. Si es broma... (Riyéndose.)
PEDRO. (Id.) Ya, ya se entiende.
JUAN. ¿Pero quién es ese duende
que nos largó la cancion?
PEDRO. Algun duende de los riscos,
alguna errante sirena.
JUAN. Ó quizá algun alma en pena
del tiempo de los moriscos.
PEDRO. ¡Pues *vele ahí*! Quiero al cabo
convencerle...
JUAN. No há lugar.
¡Tenemos que emparentar!
PEDRO. No comerás tú del pavo.—
Vuelvo.
JUAN. ¿Se va usted?
PEDRO. Me voy.

JUAN. ¿Pero ántes de irse no zanja?...
PEDRO. Vuelvo.
JUAN. ¿Y mi media naranja?
PEDRO. ¿Pero usted quién es?
JUAN. Yo soy...
Por ahora soy un gandul.
PEDRO. Mucho abunda de esa secta.
JUAN. Desciendo por línea recta
del señor de *Barba-azul*.
PEDRO. *¿Barba-azul*, eh?... Se me antoja
por su pasado y presente,
que usted es un descendiente
del famoso *Barba-roja*.
JUAN. Riamos, pues. (Riéndose.)
PEDRO. ¡Viva el gozo!
JUAN. ¡Venga broma á todo trapo!
PEDRO. (Mucha risa; y dice sériamente aparte:)
(¡Jesucristo, y qué sopapo
se va á tragar este mozo!)
JUAN. Cuando yo tienda los vuelos
he de salvar... (Por la tapia.)
PEDRO. No se salva.
JUAN. La ocasion la pintan calva.
PEDRO. Pero esta ¡ya tiene pelos!
JUAN. Pues yo tocaré á rebato.
PEDRO. Yo tambien.
JUAN. ¿Conque á la par?
PEDRO. ¡Si ha venido usted á dar
con la horma de su zapato!
JUAN. Sin verlo no lo creería.
PEDRO. Parece un juego ilusorio.
JUAN. Que yo triunfo me es notorio.
PEDRO. Yo apuesto á que no hay tu tia.
JUAN. ¡Pues á luchar!
PEDRO. ¡Á luchar!
JUAN. ¡Nunca para el bien fué tarde!
PEDRO. Calamar, que Dios te guarde.
JUAN. Dios te guarde, calamar.
(Pausa ligera; miéntras baja D. Juan por la gradilla, y dice ya en el tablado:)
(Veré si con el reclamo
del jardinero sé al fin...)

PEDRO. Abur. (Desde arriba.)
JUAN. Abur. (Desapareciendo.)
PEDRO. ¡Qué tragin!
Corriendo va como un gamo!

ESCENA V.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA á poco.

¡Digo! si no le echo el perro...
Yo tambien subí á ojear,
pero me vine á encontrar
como perro con cencerro.
Pues, señor, no vale un *reis*
el juicio de ese tronera.
MARIA. (Saliendo del pabellon.)
¡Hola! estamos á la espera?
PEDRO. Dios te guarde, *treinta y seis.*
MARIA. Tú siempre sobre la pista.
PEDRO. Pues aquí estoy...
MARIA. Ya lo veo.
PEDRO. Paseando.
MARIA. ¡No es mal paseo!
PEDRO. ¡Vaya! paseando la vista.
MARIA. Cazando...
PEDRO. ¡Quiá! ni la *qú.*
MARIA. ¿No hay palomas?
PEDRO. Ni perdices.
MARIA. ¡Si tengo yo unas narices!...
PEDRO. Á eso no me ganas tú.
MARIA. Ya sé, ya sé que te inspiras
en diferentes prosapias;
ya sé que por esas tapias
subes, y alegre conspiras.
PEDRO. Con las aves me divierto.
MARIA. (Colérica.) ¡Baja, Nolasco!
PEDRO. (Bajando á la escena.) Ya bajo.
MARIA. ¡Como yo descubra el ajo!...
PEDRO. ¿Qué ajo, ni qué niño muerto?
Tiro á las palomas blancas...
MARIA. Y negras.
PEDRO. (Riyendo.) Tambien.

MARIA. ¿Te alegras?
PEDRO. Me gustan blancas y negras.
MARIA. ¡Ya!
PEDRO. Mis palabras son francas.
MARIA. ¡Tú eres un bobo!
PEDRO. ¿Yo bobo?
MARIA. Y si por casualidad
sé la verdad...
PEDRO. ¿Qué verdad?
MARIA. No te escapas ni aun en globo.
¡Bien cazas á mis espaldas!
PEDRO. ¡Si tengo mucha aficion!...
MARIA. ¡Mucha... y más cuando son
las palomitas con faldas.
PEDRO. ¿Conque piensas?... (Disimulando.)
MARIA. (Amenazándole.) ¡Ay de tí,
si me engañas!
PEDRO. (Asustado.) ¡Quiá!
MARIA. ¡Por vándalo
te armaría el gran escándalo!
PEDRO. (Corriendo hácia el pabellon.)
Creo que me llaman, sí.
MARIA. ¡No te irás! (Deteniéndole.)
PEDRO. (¡Su ira me asombra!)
MARIA. ¡Ya de burlas estoy harta!
PEDRO. Vuelvo, vuelvo. (Escapándose.)
MARIA. (Siguiéndole.) ¡Mira!...
PEDRO. Aparta,
aparta, pálida sombra.
MARIA. ¡Pedro Nolasco, no hay *Pátis*
que canten mejores *tútis*!... (Jurándoselas.)
PEDRO. María Antonieta, *mútis*,
porque te veo *escamátis*.
(Vánse por el pabellon, y salen por la izquierda D. Juan y Joselin.)

ESCENA VI.

D. JUAN, JOSELIN.

JUAN. ¿Pero tú no sabes?...
JOSEL. Náa.

JUAN. ¿Pero tú no has visto?...
JOSEL. No.
JUAN. ¿Pero tú no oíste?...
JOSEL. Nunca.
JUAN. ¿Pero tú no?...
JOSEL. Ni el olor.
JUAN. ¡Pues cómo puede ser eso
si yo mismo oí su voz?
JOSEL. Pué que sonara la frauta
por causalidá...
JUAN. ¡Qué error!
JOSEL. Y en lugar dun ánger sea
argun burro matalon.
JUAN. ¡Qué animal!
JOSEL. Grasias.
JUAN. ¡Qué bárbaro!
JOSEL. Me jase mucho favor.—
¿Quiere argo más?
JUAN. Nada más.
JOSEL. Pus aliviarse y condiós.
(Váse palmoteando y cantando.)
JUAN. ¡Qué jardinero tan bruto
mandó el administrador!
(Se sienta á la mesa sirviéndose una copa; Doña María sale del pabellon y se dirige á la gradilla, subiendo por ella.)

ESCENA VII.

DOÑA MARÍA.—D. JUAN.

MARIA. Mientras está entretenido
quiero ver con precaucion...
¡Ay, si descubro el pastel!
JUAN. Matemos el mal humor;
dicen que Noé la vida
á tragos se la pasó.
MARIA. Veamos. (Asomándose á la tapia.)
JUAN. (Bebiendo.) ¡Viva mi tierra!
MARIA. (¡Calle! un jóven cazador.)
¡Achis! (Estornudando.)
JUAN. ¿Eh? *Dóminus tecum.*

(Al volverse repara en Doña María, y dá un respingo levantándose.)
(¡Jesucristo, y qué angelon!)

MARIA. (Se ha sorprendido al mirarme.)
Caballero...

JUAN. Servidor.

MARIA. Me anuncié de un modo raro.

JUAN. Como una... constipacion.
Así vine yo á este mundo,
de un estornudo feroz.

MARIA. ¿Es usted el propietario?...

JUAN. ¿Y usted es la que tocó?...

MARIA. ¿Que yo toqué?...

JUAN. ¿El piano, sí,
que acompañó la cancion?

MARIA. Ah! la cancion y el piano...
(Dejémosle en ese error.)
Yo soy, sí.

JUAN. (Irónicamente.) Por muchos años.
(¡Que no te dé un torozon!
Adios, ilusiones mias,
el ángel se desnucó!)

MARIA. ¿Le gustó á usted?

JUAN. Con extremo.

MARIA. Todo de aficion.

JUAN. Mejor.
Aún se halla usted en edad
de aprender el mi-re-dó...

MARIA. Tantísimas...

JUAN. No hay de qué.
(¡Y tocar el serpenton!)

MARIA. Yo celebro...

JUAN. Y yo lo aplaudo.

MARIA. (Parece un jóven de pró.)
Cuando guste ver mis flores
pongo á su disposicion...

JUAN. ¡Mil gracias!

MARIA. Entre vecinos...

JUAN. (¡Para flores estoy yo!)
(Mirándola atónitamente.)
¡Cosa más particular!...

MARIA. ¿Qué tiene usted?

JUAN. Confusion.
(¡Si aquella voz que escuché
no se parece á esa voz!)
Dispénseme una pregunta.

MARIA. ¿Una? y aunque sean dos.

JUAN. ¿Usted ha sido clarin
y despues se ha hecho tambor?

MARIA. ¿Qué dice usted?

JUAN. (Aturdido.) Nada, nada.
Digo que me pareció...
como no entiendo la música...
(¡Lástima de coscorron!)

MARIA. El *quid pro quó* tiene gracia... (Riyendo.)

JUAN. ¡Muy gracioso *quid pro quó*!... (Id.)

MARIA. Esto se llama un...

JUAN. Sí, un...
camelo de Paul de Kock.—
Conque abur.

MARIA. ¿Se marcha usted?

JUAN. Me marcho, y ojo avizor.

MARIA. ¿Ojo avizor?

JUAN. Con su Pedro,
que es de lo más camastron...

MARIA. ¿Qué hace?

JUAN. Cazar en vedado;
siempre está haciendo el farol...

MARIA. ¿Con la hortelana?

JUAN. Y con otras.

MARIA. ¡Ah, inícuo, infame, traidor!...

JUAN. (Á ver si les arde el pelo;
desazon por desazon.)

MARIA. Jóven, ¿es usted casado?

JUAN. Soy por la gracia de Dios
soltero...

MARIA. Me alegro mucho.

JUAN. Y por la constitucion.

MARIA. ¡Me alegro, y me alegro!

JUAN. ¿Sí?

MARIA. ¡Que me alegro, sí, señor!

JUAN. ¿Conque eso la alegra?

MARIA. Mucho.

JUAN. (Cogiendo la escopeta y marchándose.)

Salud... (¡Y petróleo!) Adios.
MARIA. ¿Y así me deja?
JUAN. (Asombrado.) ¡Señora!...
(¡Á qué doy gusto al piston!)
MARIA. Yo espero...
JUAN. ¿Qué espera usted?
MARIA. Detalles de ese complot.
JUAN. Pues no sé más; para muestra
ya basta con un boton.
MARIA. Pues usted debe...
JUAN. ¿Si debo?
(Al mayor y al por menor.)
MARIA. Conque sepamos...
JUAN. Lo dicho;
ojo al Cristo y se acabó.
MARIA. ¡Mas por san Pedro Nolasco!...
JUAN. ¡Ni por san Pedro Armengol!
(¡Pues vaya un ángel patudo!...
¡menudo fué el revolcon!) (Váse corriendo.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARÍA.

Ese jóven tapa algo;
algo tapa, sí, señor.
Tiene un cierto no sé qué,
con un *sic* y un *sanfason*...
¡Qué lástima! para Cármen
sería un marido *adoc*.

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA, CÁRMEN, D. PEDRO, saliendo del pabellon.

PEDRO. ¡Hola! estamos de vigía?
MARIA. Dios te guarde, trovador.
PEDRO. ¡Bravo!... (Te conozco, Orozco!
Sigue el temporal feroz.)
CARMEN. Qué hace usted?
MARIA. Cogiendo nidos.
CARMEN. ¡Pues vaya una distraccion!

PEDRO. ¿Nidos, eh?
MARIA. De golondrinas.
PEDRO. Ten mucho cuidado, por...
MARIA. ¡Ya!
PEDRO. Porque al meter la mano
no saques un avíon.
MARIA. ¡Yo sí que voy á sacarte
los ojos! (Bajando rápidamente.)
PEDRO. (Retrocediendo.) ¡Uy!
CARMEN. (Interponiéndose.) ¡Tal furor!...
MARIA. ¡Tiró el diablo de la manta
y el pastel se descubrió!
CARMEN. ¿Pero qué pastel es ese?
MARIA. La palomita en cuestion;
paloma de moño tieso
con falda de calicó.
PEDRO. Mentira.
MARIA. Verdad.
PEDRO. Mentira.
¿Quién habrá sido el autor?...
MARIA. Quien es tercero en discordia,
quien vive en esa mansion)
y quien caracoleando...
PEDRO. Conozco á ese caracol.
¡El señor de *Barba-azul!*
LAS DOS. ¿*Barba-azul*?
PEDRO. Que fué un soplon.
MARIA. Por la boca muere el pez.
PEDRO. ¡Buen rana está ese señor!
MARIA. Pero tiene mucha gracia,
y habla con una pasion...
CARMEN. ¡Oiga! Conque esas tenemos?
MARIA. ¡Como que me hizo el amor!
PEDRO. No te habrá mirado bien.
MARIA. Como sí.
PEDRO. Como que no.
Vería que el papel tuyo
ya no está en circulacion.
MARIA. (Yendo hácia él, y Cármen la contiene.)
¡Ah, bandido!
PEDRO. ¡Toma pullas!...
MARIA. ¿Tienes celos? Pues ,mejor.

PEDRO. ¡Señora de Corvejones!...
MARIA. ¡Rabia, rabia! (Restregándose las manos.)
PEDRO. ¡Voto á briós!...
MARIA. Yo soy la descalabrada...
PEDRO. ¡Yo tambien tengo un chichon!
CARMEN. ¡Paz, haya paz! (Calmándoles.)
MARIA. ¡Lo veremos!
PEDRO. ¡Cuando digo que se armó!...
¡Cuando digo que arde Troya
y que se va á hundir el sol!
(Va á coger la regadera, figurando llenarla de agua en la pila de la fuente; Cármen trata de convencer á Doña María; mientras sale D. Juan por la izquierda.)

ESCENA X.

CÁRMEN, DOÑA MARÍA, D. PEDRO.—D. JUAN.

JUAN. Nada, que tengo desgracia,
no se ve ni un gorríon;
tan solo aquella marmota
que se asomó al mirador.
¡Qué *fiasco* tan espantoso!
¡qué desdichado *tabló*!
PEDRO. (Bajando con la regadera.)
¡Ajajá! como le atisbe...
¡Meterse de hoz y de coz!
CARMEN. ¿Qué va usted á hacer?
PEDRO. ¡Vengarme:
soltarle el gran chaparron!
(D. Juan, que está mirando hácia la derecha, apunta con la escopeta y dispara, á tiempo que D. Pedro va á subir por la gradilla, cayendo éste al suelo con la regadera al oir la detonacion. Cármen y Doña María dan un grito tapándose los oidos, y riyéndose despues. Todo este juego se hará lo más rápido posible y conforme marca el diálogo.)
JUAN. Allí va el ave. (Dispara.)
LAS DOS. (Gritando.) ¡Ay!...
PEDRO. (Cayendo.) ¡Jesús!...

JUAN. Redonda á tierra cayó.
PEDRO. ¿Si estaré herido? (Tentándose.)
JUAN. La tapia
tendré que saltar veloz.
(Deja la escopeta sirviéndose una copa, miéntras Cármen y Doña María ayudan á D. Pedro á levantarse.)
MARIA. No es nada.
PEDRO. ¡Si estoy mojado!...
CARMEN. Es que la fiesta se aguó.
MARIA. Que Dios castiga sin palo.
CARMEN. La pena del Talíon.
MARIA. Y donde las dan las toman.
PEDRO. ¡Y que apaga y vamonós; (Furioso.)
y que basta, y que ahora mismo
corro por el *chasepot*!
CARMEN. Pero, tio...
PEDRO. ¡Que le mato!
MARIA. Pero, hombre...
PEDRO. ¡Que no hay perdon!
San Jorge mató la araña
y yo le mato á ese gos! (Váse.)
CARMEN. Sigámosle.
MARIA. Sí, corramos,
no haga otra cosa peor.
(Entran por el pabellon, y D. Juan que ha concluido de beber, sube por la gradilla, montándose sobre la tapia.)
JUAN. Ea, audacia, y asaltemos
la torre de Malacoff.

ESCENA XI.

D. JUAN, á poco CÁRMEN.

—¡Bravo! cual otro Quevedo
ligero en trepar anduve,
y estoy como el que no sube
ni baja ni se está quedo!—
Á ver si me rompo... ¡cáscaras!
(Salta á escena; á tiempo que sale Cármen del pabelion.)

CARMEN. Yo debo rasgar el tul...
JUAN. ¡Cielos, ella! (Reconociéndose ambos.)
CARMEN. ¡Ah! *Barba-azul*!
JUAN. ¡Mi beata, la de las máscaras!
CARMRN. ¡Aquí usted!
JUAN. ¡Yo mismo! Al fin,
como nereida en su linfa,
ya pude dar con la ninfa
de este encantado jardin.
CARMEN. ¿Qué dice usted?
JUAN. Que veloz
corrí tras de lo pasado,
y que me traen desalado
los encantos de su voz.
CARMEN. (¡Oh, fortuna!)
JUAN. Mi alma anhela
que tal placer no me roben.
CARMEN. (¡No hay duda, no!... si es el jóven
del baile de la Zarzuela!)
JUAN. ¡Tan feliz casualidad
bendigo, admiro, idolatro!
CARMEN. Si pasara en el teatro
dirian que no es verdad.
JUAN. ¡Misterios del alma son!
CARMEN. (¡No sé qué pasa por mí!)
JUAN. Yo soy así... y quiero así,
de golpe y de sopeton.
CARMEN. Pues, hijo, ni una avalancha.
JUAN. Yo amo siempre...
CARMEN. Por la posta.
JUAN. Tego la paciencia angosta!
CARMEN. Pero la manga muy ancha.
No es usar de buenas artes
saltar el cercado ajeno.
JUAN. Para el amor todo es bueno,
y se entrá por todas partes.
Por eso con heroismo
salté la tapia en cuestion...
CARMEN. Y con la satisfaccion...
JUAN. Casi me rompo el bautismo:
¡Su acento me da la vida!
CARMEN. Recuerdos...

JUAN. En que me pierdo;
porque es usted el recuerdo
de la mujer más querida.
Déjese usted adorar,
batamos juntos las palmas,
y unidas nuestras dos almas
entónces... ¡qué amor!... la mar!
CARMEN. (¡Me ama, oh dicha!)
JUAN. ¡Mar y cielo!
Yo quiero pasarla...
CARMEN. ¡Oh!
JUAN. Pasar la mar cual pasó
la palomita en un vuelo.
CARMEN. Yo soy como las arpías,
fea, y con malas ideas...
JUAN. Pues que me den muchas feas
como usted todos los dias.
CARMEN. ¿Tanto me ama?
JUAN. Con pasion.
CARMEN. (¡Salgamos pronto del susto!)
¿Y un *sí* le daría gusto
al señor de Mondragon?
JUAN. ¡Me vuelve loco de atar!
¡No sé lo que siento aquí!...
(Llevando la mano de Cármen al corazon y besándola.)
CARMEN. ¿Qué hace usted?
JUAN. Yo soy así;
no lo puedo remediar.
¡Mi beata!... estaba de Dios!
¡Bien dijo el alma que tú eras!
CARMEN. Bailando unas *habaneras*...
JUAN. Nos conocimos los dos.
CARMEN. Y nos volvemos á hallar...
JUAN. En los campos granadinos.
CARMEN. Como errantes peregrinos...
JUAN. Cuando vuelven á su hogar.
CARMEN. Entónces...
JUAN. ¡Eterna union!
CARMEN. Cuando los tios dispongan...
JUAN. ¡Canario! como se opongan
armo una revolucion!

(Aparecen por el pabellon Doña María conteniendo á D. Pedro, que trae una escopeta.)

ESCENA ÚLTIMA.

CÁRMEN, DOÑA MARIA, D. JUAN, D. PEDRO.

PEDRO. ¡Suelta!...
MARIA. No.
PEDRO. ¡Por vida mia,
que aquí *Barba-azul* acaba!
CARMEN. ¡Si es el jóven que yo amaba!
JUAN. ¡Si es la hurí que yo quería!
PEDRO. (Con sorpresa.) ¡Cómo! os conocíais ya!
LOS DOS. Sí, señor.
PEDRO. En ese caso... (Soltando la escopeta.)
JUAN. ¡Por ella en amor me abraso!
CARMEN. ¡Él mi ventura será!
PEDRO. ¿Luego eres tú Mondragon?
JUAN. Hijo de Ramon, mi padre.
PEDRO. ¡Y el hijo de mi compadre!
TODOS. ¡Su compadre!
PEDRO. El buen Ramon!...
Pues teneis nuestro *execuatur*.
JUAN. *¡Hossana*, señor, *hossana*!
PEDRO. Conque á casarse.
MARIA. Mañana.
JUAN. ¡Gracias!... *áliqui chupatur*.
(Al público.)
Justo es que en esta ocasion
los enojos se desarmen,
y nos dé la reunion
su más franca aprobacion
EN EL CÁRMEN Y POR CÁRMEN.

FIN.

NOTA.

La actriz encargada del papel de Cármen, si se halla en condiciones de cantar, puede decir el final siguiente en lugar de la última quintilla.

CARMEN. Y ahora para conclusion,
y nuestra dicha colmar,
falta...
TODOS. ¿Qué?
CARMEN. (Por el público.) Pedir perdon...
PEDRO. Pues larga aquella cancion.
CARMEN. Por eso no ha de quedar.
(Repitiendo la cancion anterior, acompañada por la orquesta.)
«Cármen se llama la Vírgen,
y en el Cármen flores nacen;
tan sólo faltan tus palmas
EN EL CÁRMEN Y POR CÁRMEN.

¿DÓNDE ESTA MI HIJA?

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ OLIER SENRA

Estrenado con feliz éxito en el TEATRO DE VARIEDADES
el 5 de Noviembre de 1880.

A mi distinguido am
D. Joaquin Valverde.
Su affmo.
El autor

LA MINERVA
ESTABLECIMIENTO LITOGRÁFICO
á c. de E. Alegre, Palma alta, 15 y 17, bajo.

1880

A Gabriel S. de Castilla

A su indisputable talento de V. debo principalmente el lisonjero éxito que ha alcanzado este juguetillo, que es difícil vuelva á ser representado con tanta gracia y perfeccion como lo ha sido en el teatro de Variedades.

Sean estas líneas ligero tributo de la gratitud que á V. consagrará siempre

El Autor.

REPARTO

DOÑA PAZ......................	Sra. Rodriguez.
RITA............................	Srta. Caro.
DON MACARIO.....................	Sr. Castilla.
RAMON...........................	„ Tamayo.
LORENZO.........................	„ Ruesga.

ACTO UNICO

Sala pobremente amueblada; puerta al foro y laterales; sobre la silla y cómoda se verá, en el mayor desarreglo, un sombrero, botellas y algunos libros. Al levantarse el telon aparece Rita con un plumero, como si estuviera limpiando y poniendo en órden los muebles

ESCENA PRIMERA.

Rita,

¡Qué desorden! ¡Qué burdel!
¡Todo está desarreglado!
En vano limpio... ¿Qué es esto?
Bajándose á cojer un objeto.
¡Dos reales!.. Vamos limpiando, Se los guarda.
Digo á usted que no me falta
entretenimiento... ¡y tanto!
Cuidar de la portería,
además barrer el cuarto
de este tronera... Por cierto
que ya debe á D. Leandro
siete meses, y yo creo
que antes que acabe el octavo
le va á plantar en la calle,
porque pasa de castaño
oscuro... ¿Dónde estará...?
quizás en el sotabanco

donde creo que tiene la
fotografia don Plácido.
Allí pasan todo el dia
con la baraja en la mano,
mientras descansan los libros...
me parece que á ese paso
no concluye la carrera
el tal Ramon en diez años.

Aparece Ramon en mangas de camisa, muy preocupado.

ESCENA II.

Dicha y **Ramon**.

RAMON. ¡Maldita suerte!
RITA. ¡Qué veo!
RAM. ¡Me está muy bien empleado!
Se estaban dando *menores*
y yo con sota y caballo
queria quebrar el juego...
RITA. ¿Está usted empecatado?
Víspera de Noche-Buena
y andar así... Vamos, vamos;
¿no mira usted que se espone
á atrapar algun catarro?
RAM. (Quiera Dios que me dé uno
que me lleve al campo-santo!)
RITA. Vístase usted.
RAM. ¿Que me vista?
RITA. ¿No vé usted que está nevando?
RAM. ¡Si no tengo qué ponerme!
RITA. ¿Qué dice?
RAM. Estoy condenado
á pasar así el invierno...
¡y Dios sabe si el verano!
RITA. ¿Le han robado á usted?
RAM. ¡Sí, Rita!
RITA. ¡Jesús! Asustada.
RAM. (¡Un siete de bastos!)
RITA. Pues si no ha subido gente
sospechosa; bien temprano

yo estaba en la portería...

RAM. Sosiègese usted. El caso
es tan ruin como sencillo.
Yo tenia algunos cuartos
esta mañana... tres duros
y siete perros... no, cuatro;
si hubiesen sido lebreles
ó del monte San Bernardo,
me hubieran dado por ellos...
en fin, que pasé ahí al lado...

RITA. La de siempre.

RAM. Solamente
para ver unos retratos...
Habia varios amigos...
y luego...

RITA. Ya me hago cargo,

RAM. Como á ninguno nos gusta
estar ociosos...

RITA. ¡Es claro!
Sacarian la baraja,
y usted quedaria...

RAM. En blanco.
Y eso que se daba juego;
sí, señora, ¡un juego bárbaro!

RITA. Pero, ¿y despues?...

RAM. ¡Ay!... despues...
sin duda me tentó el diablo.
Busqué el desquite. El desquite,
—segun opiniou de sábios,—
es la culebra enroscada
que muerde siempre la mano
del que la busca... Jugué
contra doce mejicanos,
—vulgo duros,—el reló
y el chaleco y el...

RITA. ¡Qué escándalo!

RAM. ¡Todo lo perdí!

RITA. ¡Jesús!

RAM. Era un siete y un caballo,
y vino el siete y dejóme
como usted me mira.

RITA. ¡Vamos!...

Si me parece mentira
que eso se haga entre cristianos!

RAM. No hubo más que desnudarse,
porque el banquero... ¡malvado!
lleva un traje que no dieran
por él un real en el Rastro,
y al ver mi gaban flamante,
no quiso otorgarme el plazo
que le pedia.

RITA. Y ahora
¿qué va usted á hacer? ¡sepamos!

RAM. Si mi tio me mandase
veinte duros...

RITA. ¡Ni pensarlo!
Su tio de usted está
justamente incomodado:
hace seis años que estudia
usted el segundo año
de derecho...

RAM. Porque á mí
me gusta estudiar despacio.

RITA. No espere usted de su tio...

RAM. ¡Pardiez...! el negocio es árduo.
Yo necesito salir
de casa... me está esperando
una dama á quien no puedo
desairar... y sin embargo,
¿cómo salgo de este modo?
¿quién se arriesga...?

RITA. ¡Qué bromazo
va usted á correr! ¡Me alegro!

RAM. ¡Rita!

RITA. Sí por cierto: cuando
uno se busca los males...

RAM. Si llego á mudar de lado
viene el siete, y á estas horas...

RITA. El juego es malo, muy malo.

RAM. Eso dicen los que pierden.

RITA. En fin, yo me voy abajo
á saber...

RAM. Oiga usted, Rita,
¿vino alguno preguntando

por la habitacion que cedo?

RITA. No señor.

RAM. Está muy alto
el cartel; hay que bajarle.

RITA. No tal; hacerle pedazos.
Si lo ve el casero... —¡Vaya!
Tras de no pagar el cuarto
cede usted habitaciones
sin su permiso!

RAM. Si acaso
me ajustara con alguna
señora sola..,

RITA. ¡Qué franco
es usted...!

RAM. La pediria
seis meses adelantados,
que á razon de ciento veinte
reales al mes...

RITA. ¡Vaya un chasco
que iba á llevarse la pobre!

RAM. ¿Por què?

RITA. Porque don Leandro
le planta á usted en la calle.

RAM. Entonces me voy al Pardo.

RITA. No, señor, à un manicomio
es donde deben llevarlo! *Vase foro*

ESCENA III.

Ramon.

Ramon, buena situacion
es en la que te has metido.
¡Ay Ramon, estás lucido!
¡estás lucido, Ramon!
¡Dios mio, ya son las tres...
y Maria que me espera...!
Si salgo de esta manera
me llevan á Leganés.
Y si estoy hasta san Juan
mirando las musarañas
voy á criar telarañas

como un mueble en un desvan.
¡Esta situacion da horror...!
LORENZO. Oh, qué escalera ¡canastos! Dentro
RAM. ¡Maldito siete de bastos!

ESCENA IV.

Ramon, Lorenzo; este aparece vestido con afectacion y de un modo ridículo.

LOR. Caballero...
RAM. Servidor.
(Entra así, sin anunciarse...)
LOR. ¿Está el fotógrafo aquí?
RAM. ¿Cómo? ¿El fotógrafo?
LOR. Sí.
RAM. ¿Viene usted á retratarse?
LOR. Mi futura lo ha exigido.
RAM. (¡Es buen tipo, por mi fé!)
LOR. Aquí donde usted me ve
pronto voy á ser marido.
RAM. ¡Ola!
LOR. Le tengo aficion
á la vida conyugal.
RAM. Bien.
LOR. Tengo en el Escorial
un almacen de jabon.
Conocí allí á Juana Urquijo,
viuda de un pobre aduanero
que murió en el Saladero
por no haber visto un alijo.
¡Es una chica... hasta allí!
No me la merezco... ¡ca!
Y si usted supiera... está
perdida de amor por mí.
¡Seré feliz, no lo dudo;
todo marcha viento en popa!
RAM. Contemplándole (¡Hay quien tiene buena ropa
y yo estoy casi desnudo.
LOR. ¿Pero dónde se ha metido
el fotógrafo...? Quisiera...

RAM. *Como asaltado por una idea.*
(¡Gran Dios! Esta es la manera...
Creo que ya estoy vestido;
tiene trazas de simplon:
podré engañarle...) ¿Y qué tal?
¿La novia es del Escorial?
LOR. No señor, es de Alcorcon.
RAM. Para un retrato de boda
próxima á verificarse,
tendrá usted que sujetarse
á lo que exije la moda.
LOR. Ya lo indica mi presencia:
me he rizado el pelo.
RAM. ¡Bah!
LOR. No quise ponermo el frá...
RAM. ¡El frá...! ¡Vaya una ocurrencia!
Ese lujo no precisa:
si usted quiere retratarse
á la moda, ha de quedárse...
LOR. ¿Cómo?
RAM. En mangas de camisa.
LOR. ¿Se burla?
RAM. A probarle voy...
LOR. Usted quiere chasquearme.
RAM. Yo he venido á retratarme
y ya ve usted cómo estoy.
LOR. (¿Si será verdad?)
RAM. Es llano...
LOR. A esa moda no me ajusto.
RAM. Asi lo exije el buen gusto.
LOR. Pero eso será en verano.
RAM. En todo tiempo.
LOR. ¡Señor!
¡presentarse á su futura
en tan rara catadura!
RAM. Nada importa.
LOR. ¿Y el pudor?
RAM. Ante una frase se estrella
esa observacion.
LOR. Quizá.
RAM. Usted se desnudará
míl veces delante de ella.

LOR. Es cierto.

RAM. Pues, señor mio,
poco importa, á mi entender,
el que usted se deje ver
con tan ligero atavio.
Existen otras razones
que convencen á cualquiera:
asi la novia se entera
de que nó hay imperfecciones.
Muchas veces los vestidos
ocultan

LOR. Pues ya me agrada
esa moda.

RAM. Fué importada
de los Estados Unidos.
Allí el adelanto es tal
que á todos echan la pata:
hay hombre que se retrata...

Le habla al oido.

LOR. ¡Jesucristo! ¡Qué animal!

RAM. Conque desnúdese...

LOR. Sí...

RAM. Vuela el tiempo, caballero:
quítese el gaban.

LOR. Bien, pero...
¿voy á quitármele aquí?

RAM. *Señalando á la izquierda.*
Entre en esa habitacion;
yo al fotógrafo diré
que le cedo el puesto, y que
dé al cristal el colodion.

Entra Lorenzo puerta izquierda.

Es doctor en tontería
ese hombre ¡voto á Noé!
En fin, le devolveré
la prenda en viendo á María.
Ahora falta solamente
que me esté grande del todo;
su talle es el de un rey godo
de la plazuela de Oriente.
A ver cómo me gobierno
al salir...

LOR. *Dentro.* ¡Estoy transido!
Saliendo ¡Si yo lo hubiera sabido
no me retrato en invierno!

RAM. Aprension.

LOR. No hay quien resista
el frio que aquí se siente:
dando estoy diente con diente.

RAM. Voy á avisar al artista.
Se dirige á la segunda puerta, y luego atravieea de puntillas la escena y sale puerta foro con el gaban

ESCENA V.

Lorenzo.

¡Maldita moda, y maldita
mi condescendencia. Creo
que voy á pillar alguna
pulmonia... ¡sin remedio!
Bien puedo esclamar ahora:
¡ay, amor, como me has puesto!
Debo hacer una figura...
¿No hay por ahí algun espejo?
¿Qué dirá Inés cuando vea...?
¡Caracoles! ¡estoy yerto!
Yo quise hacer mi retrato
en fotografia, pero
por lo visto, creo que
voy á retratarme al fresco.
—Me parece que esta casa
no tiene... no tiene aspecto
fotográfico... No hay nada
que demuestre... ¡ni por pienso!
—¡Achist! Ya me he constipado.
Si sigo asi mucho tiempo...
Es decir, no será mucho,
porque de fijo me hielo:
Dudo que en el polo Norte
se sienta el frio que siento.

ESCENA VI.

Dicho, **Don Macario**; apenas entra tropieza en algun mueble, fingiendo que ve muy poco.

D. MACARIO. Sotabanco de la izquierda

No me he equivocado... Bueno.
Me parece que distingo
allí...

LOR. (¿Quién será este viejo?)

MAC. (Debe ser un hombre... Sí,

Acercándose mucho.

no me equivoqué...) Celebro
que esté usted...

LOR. (¿Vendrá tambien
á retratarse...?)

MAC. Deseo
ver ese cuarto que usted
sub-arrienda.

LOR. ¿Yo?

MAC. Si el precio
es módico, me parece...
Sí, señor, sí; viviremos
en paz. Yo soy muy amante
de la quietud y el sosiego.
En teniendo buenas luces...
Por desgracia voy perdiendo
la vista de una manera
que apenas los bultos veo.

LOR. (Ese maldito totógrafo
que no viene.)

MAC. Yo sospecho
que hube de perder la vista
en un lance muy tremendo
que me ocurrió.

LOR. (Pero á mí
¿qué me importa todo eso?)

MAC. Yo conocí en Zaragoza
á una niña como un cielo.
Tenia unos quince años,
y yo treinta y tres lo menos.
Era bella y pudorosa,
pero yo le puse cerco
á su virtud, y hubo un fruto...

LOR. (¿Que me importará este enredo?)

MAC. No sé si fué niño ó niña;
antes que pudiera verlo
tuve que emigrar de España

y en seis años nada menos
no volví por Zaragoza.

LOR. (¿Pero á qué vendrá este cuento?)

MAC. La busqué por todas partes...
Al fin la hallé... Pero ¡cielos!
¡estaba casada!

LOR. ¡Bien!

MAC. Yo, desesperado y ciego,
provoqué al marido...

LOR. ¡Bravo!

MAC. Nos batimos, y del duelo
resulté con una herida
en la cabeza.

LOR. (¡Me alegro!)

MAC. Curé, pero desde entonces
aunque uso gafas, no veo.
¡Pobre Paz! ¡pobre hijo mio!

LOR. (¡Y llora!)

MAC. Esperanza tengo
de encontrarlos, pues me ha dicho
un antíguo compañero,
que la vió ayer cuando entraba
en esta casa: el portero
me ha dicho que aquí no vive
ninguna Paz, y sospecho
que vendria de visita
á algun cuarto: vi el letrero
en que anuncia usted que cede
habitaciones, y vengo
decidido á alquilar una,
si no es escesivo el precio
que fije usted, porque así
si al salir ó entrar la encuentro,
puede que en mí reconozca
al que fué su amor primero,
y en breve, si está viuda,
se hará nuestro casamiento.
¿Puedo ver la habitacion?

LOR. Vea la que quiera.

MAC. Le advierto
que yo no pago por ella
arriba de real y medio;

y eso dándome la cama,
luz, agua y lumbre en invierno.
¿Conque es esa?

LOR. La que elija.

MAC. Voy á ver... *Vase puerta i«q.*

LOR. ¡Maldito viejo'
—¡Valiente frio! Esto ya
pasa de castaño negro!
Yo voy á armar un escándalo
si no me retratan presto.

ESCENA VII.

Lorenzo va á salir y entra **doña Paz**.

PAZ. Caballero...

LOR. (¡Voto á tal!
¿Será otra nueva inquilina?)

PAZ. Yo soy la nueva vecina
que ha tomado el principal,
y vengo... (Pero, señor,
qué traje tan poco atento!)

LOR. (Debo estár hecho un pimiento.)

PAZ. (¿Tendrá este jóven calor?)

LOR. Dispense... *Por el traje.*

PAZ. Cada uno está
en su casa á su placer,
solo que usted va á cojer...

LOR. No, si lo he cogido ya. *Estornudando.*

PAZ. En fin, en esta ocasion,
como entre vecinos pasa,
vengo á ofrecerle la casa
cual manda la educacion.

LOR. Señora...

PAZ. Soy una viuda...

LOR. Lo celebro...

PAZ. No por cierto.

LOR. Es decir...

PAZ. Si mi Ruperto
viviera...

LOR. No pongo en duda
su cariño.

PAZ. Por Abril

murió... Creo que fué el siete...
—El tocaba el clarinete
por la noche en la Infantil.
Fué un santo toda su vida...
No porque lo diga yo...

LOR. Lo creo.

PAZ. Mas le perdió
su aficion á la bebida.

LOR. Señora, ya es necesario
que sepa usted...

PAZ. ¡Suerte fiera!
Pues si el difunto viviera...

LOR. Viviria en un Calvario.

ESCENA VIII.

Dichos y **don Macario**

MAC. Jóven, el cuarto me peta:
por si quiere usté informarse
me llamo Macario Farse.

PAZ. ¡Macario!

MAC. Ahí va mi tarjeta. *Dándosela.*

PAZ. ¡Macario! ¿Pero esto es cierto?
¡Oh dicha!

MAC. ¿Quién es usté?

PAZ. ¡Tanto como te recé
suponiendo que eras muerto!
¿No reconoces mi faz?

MAC. No tal.

PAZ. ¿Tan cambiada estoy?

MAC. Pero ¿quién eres?

PAZ. Yo soy
tu amor primero, tu Paz!

MAC. ¡Mi bella Paz!

PAZ. ¡Quién pensara!

MAC. ¡Casualidad venturosa!
¡Está, como nunca, hermosa!

Acercándose mucho.

PAZ. (¡Si de angustias me sacara!)

MAC. ¡De placer me vuelvo loco!
Treinta años sin advertirme...

LOR. (¡Se acabó; voy á vestirme!)
PAZ. (¡Al fin mi ventura toco!)

Lorenzo durante las escenas que siguen, atraviesa el teatro desapareciendo por la puerta derecha y tornando á salir, buscando el gaban.

MAC. Pero ¿qué casualidad
es esta?
PAZ. Yo vivo aquí,
en la casa.
MAC. Y yo subí
para ver... ¡Dios de bondad!
¿Y el niño? ya me encariña
la idea de...
PAZ. Fué un error
el tuyo...
MAC. ¿Qué?
PAZ. ¡Si señor!
El niño...
MAC. ¿Y bien?
PAZ. Era niña.
MAC. ¿Y tu marido?
PAZ. Murió.
MAC. Al fin se calma mi afan.
LOR. Saliendo. (Nada, no encuentro el gaban
ni el chaleco!)
MAC. Luego yo...
podré aspirar... ¡Oh ventura!
PAZ. Tuya seré
MAR. Feliz soy.
PAZ. A avisar á Lola voy.
MAC. Sí, si, que verla me apura.
¡Hija mia!
PAZ. No te asombre
tan estraña confesion;
la niña, por precaucion,
vá siempre vestida de hombre.
MAC. ¡Por precaucion!
PAZ. Justo, sí;
que como el diablo la enreda,
no quiero que le suceda
lo que en Zaragoza á mí.
MAC. Hay que buscarle marido.
PAZ. Ese es mi afan más ardiente.

LOR. Saliendo. (¿Dónde estará? ¡Dios clemente!
¡No lo encuentro... lo he perdido!) Váse foro.

MAR. Yo voy á volverme loco
de alegría. Paz, al punto
quiero abrazarla!

PAZ. Es asunto
harto breve. Espera un poco. Váse foro.

ESCENA IX.

Macario.

¡Yo papá! ¡Me pongo lelo
al pensarlo! ¡Qué alegria!
¡Yo papá! ¡Quién lo diria!
¡y su cara será un cielo!
¡un traslado de la mia!
—Ya parece que la veo
venir ufana á besarme,
y despues de acariciarme
decirme: «papá, deseo...»
Imita la voz de mujer y de niño como lo indica el diálogo.
—¿El qué hija mia? —Casarme.
—Yo quiero un novio, papá,
que me hace una falta atroz.
—Tu padre lo buscará.
—Pronto, pronto. —Voy allá,
pero hija, baja la voz.
Al fin encuentro un marido;
se casan, y aun no ha cumplido
el año, y ya me consuela
un chiquitin, que ha venido
á aumentar mi parentela.
—A ver si es niña ó es niño...
¡Niño! ¡Se calmó mi anhelo!
¡Es hermoso como un cielo!
Pronto con mucho cariño
gritará: «¡Abuelito, abuelo!»
—Ya es mayor; ya tiene un diente
y hace pinitos; ¡qué dicha!
Ya viene á besar mi frente,
y con lengua balbuciente
dice *papa*, *mama* y *chicha*.

—Ya estoy viendo al angelito
que en mi rodilla se monta,
llevando en la mano un pito,
y con sus gritos me atonta
diciendo: «arre, caballito.»
Ya creció; ya va à la escuela;
ya hace palotes; ya escribe;
ya algunos premios recibe;
ya persigue á una chicuela
para saber dónde vive.
¡Ya estudia para abogado!
aun no se ha revalidado
y ya en política es ducho;
escribe y promete mucho
y le nombran diputado.
¡Ya está en el Congreso! ¡Oh!
¡qué talento, Dios clemente!
¡no hay otro más elocuente!
siete veces lo llamó
al órden el presidente.
Ya con otros se fusiona:
ya á todos capitanea,
y á cada instante pregona
que el bien del pais desea
y nada más ambiciona.
Ya con su lengua incisiva
al gobierno compromete;
ya hay crísis, ya lo derriba,
ya en su marcha progresiva
es jefe del Gabinete:
y yo, loco, entusiasmado,
viéndolo tan elevado,
exclamaré con anhelo:
«¡Ese es un hombre de Estado!
y lo digo yo: ¡su abuelo!

ESCENA X.

Dicho y **Lorenzo** (foro).

Lor. (No hay duda, me ha dado el timo
aquel tuno. ¡Voto á cien!

Aquí no hay fotografia...
De cuarto me equivoqué
y me han quitado el gaban.)

MAC. (Loco me voy á volver
de ventura.)

LOR. (¿Y qué hago ahora?
¡Voy á darle parte á un juez!
Pero ¿cómo salgo en mangas
de camisa...?)

MAC. (¡Qué placer!)

LOR. (¡Qué idea! Si consiguiera
que este viejo...)

MAC. (Le daré
la paga entera á su madre.)

LOR. (Parece que está en belen,
conque á poco...) Señor mio...

MAC. (¡Mi vecino!)

LOR. ¿Me hace usted
el favor de un cigarrillo?

MAC. ¡Oh! sí, señor, uno y diez
si le place. Usted no sabe
mi jùbilo...

LOR. Sí, ya se.
—Venga un fósforo.

MAC. Al instante. *Dándoselo.*
—Pues ha de saber usted
que no hay nada de lo dicho,
porque el cuarto...

LOR. ¡San Andrés!
¿No huele usté á chamuscado?
El fósforo que tiré
sin duda cayó...

MAC. No huelo...

LOR. ¡Si está ustè ardiendo!

MAC. ¡Yo...! ¡qué...!

LOR. El gaban.

MAC. ¡Cómo! ¡Dios santo!

LOR. ¡Pronto, quíteselo usté!

Ayudándole á quitárselo.

MAC. ¡Yo me aturdo!

LOR. ¡Qué humo sale!

MAC. ¡Ay de mí! ¡Yo voy á arder!

LOR. ¡Fuego, fuego!
Váse por el foro precipitadamente llevándose el gaban.

ESCENA XI.

Macaria y luego **Rita** con gaban.

MAC. ¡Caracoles!
¿Si todavia arderé?
Se palpa por todos lados.
No huelo ni siento nada...
y tengo un frio cruel.
¿Pero dónde habrá llevado
mi gaban? Vecino, ¡eh! Gritando.
Hombre, que me estoy helando.
¿Dónde estará? Voy á ver.
RITA. Saliendo. Don Ramon, que ahora ha venido,
me ha entregado para usted
este gaban, y me ha dicho
que le dispense...
MAC. ¿De qué?
RITA. Yo en esto no entro ni salgo
ni sé nada. Váse.
MAC. Bueno, bien.
No veo la quemadura.
Por lo visto solo fué
una ilusion de aquel jóven... Se lo pone.
Si no viene á mi poder
tan pronto, me quedo yerto...
Así ya me encuentro bien.
Ahora me siento á esperar
á mi Lola. ¡Qué placer!
cuando la estreche en mis brazos,
y la bese y la... Seré
el padre más venturoso
que haya en todo el redondel
de la tierra. Siento pasos...
Sin duda mi niña es... Yendo al foro
Un hombre... Su madre dijo
que estaba vestida de...
¡Qué sospecha!
RAM! ¿Quién será?

MAC. Sí, es ella: mi dulce bien!
Acercándose mucho á él y mirándole fijamente.
La boca es mia· los ojos
de su madre...
Cierra la puerta del foro.
RAM. ¿Qué hace usted?
MAC. Acércate.
RAM. (Me tutea.)
MAC. No temas.
RAM. (¡Voto á Luzbel!
Me mira de una manera...
¿Si estará demente?
MAC. Ven.
RAM. Caballero...
MAC. No te dice
nada el corazon?
RAM. No á fé.
MAC. Lolita, dulce paloma,
deja que en tu rostro dé
un beso... Ven á mis brazos.
RAM. ¡San Blas!
MAC. ¡No seas cruel!
RAM. ¡A ver si se está usted quieto!
MAC. Yo soy...
RAM. Un chiflado.
MAC. Ven.
Soy tu padre.
RAM. ¡Caballero...!
MAC. Sí, tu padre: el autor de...
¡Lolita!
RAM. ¡Voto á mi nombre!
MAC. Sé que eres una mujer.
¿Por què disimulas?
RAM. ¡Dale!
MAC. ¿No ves mi emocion? ah! ven!
¡Lola querida!
Pretendiendo abrazarle.
RAM. ¡Canario!
MAC. Aqui donde tú me ves
soy casi rico, y el dote,
que muy pronto te daré,
subirá de tres mil duros.

—Desde hoy puedes disponer
de todo cuanto poseo.

RAM. (Si me comprara un chaquet
y un gaban...)

MAC. Yo te prometo
casarte con un marqués.

RAM. (¡Qué barbaro!)

MAC. Desde ahora
te vestirás de mujer.
Voy á darte dos mil reales
para trajes.

RAM. (¡San Ginés!
¡Dos mil reales!)

MAC. Sí, hija mia.
Tómalos, mi dulce bien.

Se los entrega.

RAM. (Los tomo y salgo de apuros
y luego los pagaré.)

MAC. ¿Confiesas que eres mi hija?

RAM. Sí, papá.

Imitando la voz femenina.

MAC. A mis brazos ven.

RAM. (Pecho al agua.) ¡Papaito!

MAC. ¿Dónde habrá mayor placer
que estrechar así á una hija?
¡Un beso!

RAM. (¡Que estupidez!)

MAC. ¡Caracoles! ¡Qué bigote!
Dime, ¿es tuyo?

RAM. Es de crepé.

MAC. Como soy corto de vista
no habia reparado... A ver...

Tirándole del bigote.

RAM. ¡Canastos! ¡No sea usted bruto!

MAC. ¿Pero no has dicho que es
postizo?

RAM. No importa.

MAC. Deja
que te lo quite.

RAM. ¡Pardiez!
Estése usted quieto.

LOR. Al fin
con el ratero topé.

ESCENA XII

Dichos y **Lorenzo**

Deme usté al punto mis prendas
ó le parto de un revés. *A Ramon.*
RAM. ¿Cómo?
MAC. ¿Pegarle á mi niña?
Al que la llegue á poner
un dedo encima, lo mato,
como dos y una son tres!
LOR. (¿Pero está loco este viejo?)
MAC. A una paloma sin hiel
pegarle...
LOR. Pero repare...
MAC. ¡Vamos, atrévase usted!
LOR. Pero, señor mio, estamos
en Madrid ó en Leganés?
¡Su hija de usted ese mozo!
RAM. Si señor, lo soy, ¿y qué?
LOR. Pero, hombre...
RAM. Lo dicho, dicho.
No soy hombre, soy mujer.
LOR. ¡Qué atrocidad!
RAM. Es mi padre.
Aqui donde usted me ve,
pertenezco al bello sexo.
LOR. ¡Como mi abuelo!
MAC. Vea usted
su talle, sus movimientos...
RAM. ¡Cabal! Obsérveme bien.
LOR. A mí lo mismo me da.
Yo lo que deseo es
que me entreguen mi gaban.
MAC. ¿Qué gaban?
LOR. ¿Cuál ha de ser?
el mio, Pero ¡qué veo!
¡Le tiene usté puesto...!
MAC. ¿Qué?
LOR. Lo dicho: tome usté el suyo
y venga el mio. *Tratando de quitárselo.*

MAC. ¡Pardiez!
¿Qué cambio es este?
LOR. ¡Al instante!
MAC. ¡Se aguarda usted!
Muy incomodado al ver que Lorenzo no lo deja.
RAM. (¡Qué belen!)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y **doña Paz**

LOR. Al fin recobré mi prenda.
PAZ. ¡Ay Macario de mi alma!
¡Qué desdicha!
MAC. ¿Qué sucede?
PAZ. ¡Nuestra hija se ha puesto mala!
MAC. ¿Qué dices?
PAZ. La pobrecita
muerto te consideraba,
y al decirle que subiera,
que su padre aquí se hallaba,
le ha dado una alferecía.
MAC, ¡Cielos!
PAZ. Ya está mejorada.
MAC. Pero ¿dónde está mi hija?
PAZ. ¿Dónde ha de estár? en mi casa.
MAC. Estoy pasmado.
RAM. Yo emigro. Se dirige al foro.
RITA. Saliendo. Don Ramon.
RAM. ¿Qué hay?
RITA. Esta carta.
MAC. Luego este gran bribonazo
como á un chino me engañaba!
¿Conque no eres Lola? A Lorenzo
LOR. ¡Yo!
RAM. (¡Oh fortuna inesperada!)
MAC. ¡Bribon! ¡dame mi dinero!
LOR. !Cómo!
MAC. ¡Mis cien duros!
LOR. ¡Cáscaras!
RAM. (Lo toma por mi.)

PAZ. (¿Qué dice?)
LOR. Pero hombre, está usted en babia?
MAC. ¡Pronto, pronto, ó te estrangulo!

Cogiéndole por el cuello.

LOR. ¡Socorro! ¡socorro!
RAM. ¡Basta! *Interponiéndose*
Aqui tiene su dinero.
Circunstancias extremadas
me pusieron en el caso
de recurrir á una farsa
para salir de un apuro;
y pues mi tio me ampara,
prometo no tomar nunca
en mis manos la baraja.
PAZ. ¿Pero qué ha pasado aquí?
MAC. Te lo diré sin tardanza
luego que vea á mi niña.
PAZ. El brazo.
MAC. Ve con más pausa.
LOR. Corro á retratarme.
MAC. Aguarden;
voy á decir dos palabras.
Solo á tu bondad probada
pide indulgencia el autor,
pero yo con más valor
te suplico una palmada.

FIN.

LA SEÑORA DE MENDOZA?

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. Manuel Garcia Gonzalez,

y estrenada con aplauso en el teatro del Príncipe el 28 de noviembre de 1860.



N.° 335.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

PERSONAGES.	ACTORES.
FERNANDA DE MENDOZA. . .	Doña Adela Alvarez.
BLANCA DE MENDOZA.	Doña Concepcion Marin.
PETRA.	Doña Adelaida Zapatero.
ENRIQUE.	Don Manuel Pastrana.

La escena en Madrid, en casa de la Señora de Mendoza.

ACTO ÚNICO.

Un salon elegante.—Ventana á la izquierda.—Chimenea á la derecha.—Puerta en el fondo.—Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDA sola.

Al levantarse el telon deja la ventana, junto á la cual bordaba; y cierra los cristales con mal humor.

Fern. Esto no se puede sufrir! Preciso es confesar que ese señor está insoportable con sus pantomimas, y no porque viva enfrente de nosotras ha de ser una razon para estar todo el dia moviendo los brazos como un telégrafo! Si salgo á pié, ya está ese caballero siguiéndome por la calle como un espía; si tomo un coche y voy á pasear al Prado, ya lo tiene usted caracoleando junto á mí. Quién me librará de ese vecino importuno?

ESCENA II.

FERNANDA.—BLANCA.

Blanca. (Entrando por el fondo.) Ah! esto es demasiado! Vaya un jóven impertinente!

Fern. Dios mio! Qué tienes, mi querida Blanca? Qué agitada estás!

BLANCA. El caso no es para menos. Estaba en el comedor junto á la ventana, cuando un jóven que vive ahí enfrente, ha tenido el atrevimiento...

FERN. De hacerte señas?

BLANCA. Cómo sabes?...

FERN. Es que tambien á mí me lanza sus flechas amorosas.

BLANCA. Si no fuera más que eso... pero cuando salgo...

FERN. Te sigue?

BLANCA. Algunas veces lleva más lejos su excentricidad... La otra noche en el teatro del Circo, me envió un banquillo con el acomodador... despues de haberlo pagado. Ayer me dió una serenata debajo de mi ventana... lo cual no dejaria de divertirme, si no fuera tan impertinente.

FERN. Segun veo, parece que solo da treguas á la una para correr en pos de la otra. Nos ha sitiado á las dos como á una fortaleza. Porque has de saber que á mí tambien me enamora, y me fastidia mucho...á pié... y á caballo.

BLANCA. Ese caballero debe tener muchas ocupaciones.

FERN. Ahora que se me ocurre: al hacernos la corte de un modo tan extraño, á cuál de nosotras dos querrá cojer en sus redes de Tenorio? Porque no puedo creer, por muy buena opinion que tenga de su persona, que haya pensado en arrebatar de un mismo golpe nuestros dos pobres corazones.

BLANCA. Sin duda nos toma por modistillas. (Sube hácia la ventana.)

FERN. Está todavia?

BLANCA. No. Ó es un nécio ó un loco. (Cierra la ventana y baja.)

FERN. Te equivocas, es un original, pero no un imbécil.

BLANCA. No se tomaria tanto trabajo, si supiese que mañana dejamos á Madrid para reunirnos á mi esposo, que nos espera en Valencia... Con tal que nuestro enamorado colectivo no nos quiera seguir.

FERN. Nos iremos al amanecer y le dejaremos que continúe dándonos melancólicas serenatas. (Rie.) Ja, ja, ja.

ESCENA III.

DICHAS.—PETRA.

PETRA. Señoritas, ahí está un caballero que pregunta por la señora de Mendoza.

BLANCA. Que pase adelante.

ESCENA IV.

FERNANDA.—BLANCA.—ENRIQUE.

PETRA. (A Enrique.) Entre usted, caballero.

ENRIQ. Gracias, chica. (A Petra, y váse.)

BLANCA. (Es él!)

FERN. (Nuestro vecino el del telégrafo!)

ENRIQ. Señoras, tengo el honor de saludarlas. Ante todo una palabra. Ustedes no tienen el placer de conocerme, eh?

BLANCA. Caballero, dígnese usted explicarnos el objeto de su visita.

ENRIQ. Con mucho gusto... he venido... Pero comencemos por el principio... (A Fernanda.) La señora de Mendoza, es usted?

FERN. Por favor, caballero, responda usted y no pregunte.

ENRIQ. Obedezco. (A Blanca.) La señora de Mendoza?

BLANCA. Confiese usted que tenemos demasiada paciencia.

FERN. Para qué quiere usted á la señora de Mendoza, si no la conoce?

ENRIQ. Verdad es que no la conozco, pero he jurado casarme con ella.

BLANCA. Esto es demasiado.

FERN. Y cómo es, caballero, que no conociéndola, ha jurado usted casarse con ella?

ENRIQ. Han de saber ustedes, que no puedo ir á una casa sin oir hablar de esa señora tan bien, pero tan bien, que es cosa de cansar á uno ó de hacer que se enamore... y como yo no me he cansado... resulta que estoy enamorado perdido.

BLANCA. De veras?

FERN. Muy fácilmente se enamora usted.

ENRIQ. Pónganse ustedes en mi lugar: Voy á casa de mi amigo el Baron de C.... y oigo decir: Dios mio! Qué linda es la señora de Mendoza! Es un ángel! Voy al otro extremo de Madrid, á casa de la Condesa de N. Dios mio! La señora de Mendoza es un tesoro! Voy despues á casa de otros amigos íntimos, y en todas partes oigo decir: Oh! la señora de Mendoza es una mujer adorable, es una divinidad! En fin, la señora de Mendoza, tesoro, ángel y divinidad, me ha parecido reunir una porcion de cualidades tan recomendables y tan raras, que he exclamado: he aquí la mujer que necesito.

FERN. De suerte, que sin haber visto jamás á la señora de Mendoza, y por su propia autoridad, se ha puesto usted entre el número de los aspirantes á su mano?

ENRIQ. Diga usted más bien el primero. (A las dos damas.) La señora de Mendoza?...

FERN. Usted que es tan perspicáz, adivínelo.

ENRIQ. No me será difícil.

BLANCA. De veras? Pues bien, lo veremos.

ENRIQ. Lo veremos. Ella es viuda, nada la impide casarse, y no veo qué razon podría dar para no ser mi esposa.

FERN. Tiene usted una dósis de fatuidad... que me encanta.

ENRIQ. Soy la franqueza misma... Ahora, es preciso que sepan ustedes, que yo tengo un tio que no se parece á ningun tio.—Ni es gruñon, ni tiene gota, ni me llama el bribon de su sobrino. Me adora, y yo le quiero como si fuese mi propio padre. Queriendo alentarme en mis ideas matrimoniales me ha señalado una renta de diez mil duros, lo cual constituye un bello capital. La futura que yo me he propuesto, es aun más bella, y por consecuencia soy lo que se llama un partido bastante aceptable... (Volviéndose á las dos.) La señora de Mendoza?

FERN. Hasta ahora, caballero, no veo nada que justifique su presencia en esta casa.

ENRIQ. A eso voy. Esta mañana ha venido á llamar á mi puerta un maldito acreedor con un recibo de diez mil reales

que yo habia olvidado endosar á mi tio. Empero este, que no quiere darme un cuarto hasta que me case, se ha puesto hecho una furia y me ha dicho : «mi querido sobrino ; esta será la última deuda tuya que yo pague. Si de aquí á dos horas no has buscado mujer, hoy mismo te envío por el ferro-carril á Cádiz, y de allí pasas á Ultramar. Cásate y te doy el dote , ó sinó... » A esta oferta generosa le estreché la mano, diciéndole: « Mi querido tio , convenido; me casaré con la señora de Mendoza. »

BLANCA. Permítame usted una simple objeccion, caballero. No teme usted que la señora de Mendoza le rechace?

ENRIQ. No señora. Mi nombre es ya una garantía de mi próximo triunfo. Me llamo Enrique Tenáz, y mi tenacidad me ha servido en muchas ocasiones.

FERN. Apesar de su género de amabilidad... tan poco comun, puede usted no agradarla inmediatamente... Hay señoras de tan mal gusto!...

ENRIQ. He previsto el caso. Gracias á la amabilidad de mi tio... la señora de Mendoza es dueña en este momento de todo mi porvenir. Si no tengo la dicha de agradarla en el espacio de dos horas... el coche está abajo... me lleva inmediatamente al camino de hierro... parto para no volver jamás, y de esa suerte no tendrá que temer mis importunidades.

FERN. Vaya un modo singular de hacer una demanda de casamiento.

BLANCA. De suerte que si nosotras le rechazamos.....

ENRIQ. No hay término medio, emigro. Vencer ó morir, tal es mi divisa.—La señora de Mendoza?

FERN. Puesto que usted se empeña... es mi hermana. (*Señalando á Blanca.*)

ENRIQ. De veras? Qué felicidad!

BLANCA. Poco á poco caballero, es mi hermana.

ENRIQ. Por favor, señoras. (*Volviéndose á Fernanda.*)

FERN. Hablamos sériamente; las dos llevamos el apellido de Mendoza.

ENRIQ. Es muy extraño... Pero cuál de ustedes es la hija del Baron de San Vicente?

BLANCA. Yo, caballero.

ENRIQ. Ah!

FERN. Y yo tambien, puesto que somos hermanas.

ENRIQ. Me alegro en el alma. Bravo! La partida se presenta magnífica, señoras, y advierto que soy buen jugador.

Adivina si puedes,
y escoge si te atreves!

Así pues, voy á verme obligado á enamorar á entrambas.

FERN. Parece que á usted nada le arredra.

ENRIQ. Mi divisa es la audácia... y siempre la audácia...

BLANCA. Cuidado que algunas veces es peligrosa.

ENRIQ. Qué es lo que arriesgo?

FERN. Jugar en falso. Sepa usted que si una de nosotras es efectivamente viuda, la otra está aun en poder de un marido.

ENRIQ. Cuál?... (Suplicando.) La señora viuda de Mendoza?

FERN. Nuestra respuesta está en los versos que citaba usted hace poco.

ENRIQ. (Declamando.) Adivina si puedes, y escoge si te atreves! Diantre, esto se complica, y la cosa se vuelve más difícil... pero estando preparado á todo, de nada desespero.

BLANCA. Y cuándo comienza usted las hostilidades?

ENRIQ. Ahora mismo, si ustedes lo permiten: solo pido dos horas.

FERN. Y si pasado ese plazo no ha triunfado usted?

ENRIQ. La emigracion me tiende sus brazos y me arrojo en ellos.

FERN. Por mi parte, ya podia usted haber emigrado.

ENRIQ. Acaso teme usted el combate, señora?

FERN. De ningun modo, caballero... y voy á probárselo á usted. (Toca la campanilla puesta en un velador de la derecha.)

BLANCA. Qué vas á hacer?

ENRIQ. Vá usted á despedirme, señora?

FERN. No: tomará usted el té con nosotras... el dia está lluvioso... así como así nos fastidiábamos... usted nos distraerá.

ENRIQ. Gracias, señora. Al menos serviré para algo. (Al fin ya estoy en la plaza.)

ESCENA V.

Los mismos.—PETRA, entrando una bandeja con el té.

PETRA. Señoras, aquí está el té.

FERN. Trae otra taza. (Sirviendo, va á tomar otra taza cerca de la chimenea.)

PETRA. Bueno! bueno!

FERN. Siéntese ustod aquí, caballero, entre nosotras dos... algo peligroso será... pero aprecio en mucho su presencia de usted.

(Pónese á la mesa. Váse Petra.)

ENRIQ. Cuidado, señora, que usted es quien me ataca.

BLANCA. No importa. La guerra está declarada, defiéndase usted.

ENRIQ. Y si yo me confesase vencido desde ahora?

FERN. Seria una desercion, caballero.

BLANCA. Con armas y bagajes.

FERN. Ante el enemigo... Seria usted condenado á la pena capital.

ENRIQ. Entonces continúo el sitio.

FERN. Acaso lo ha comenzado?

ENRIQ. No lo ha notado usted?

FERN. Yo, no. Y tú?

BLANCA. Tampoco.

FERN. Oculta usted tan bien sus baterías! já, já. Sin duda deseaba este caballero que mi hermana y yo nos hubiéramos puesto á adorarle en el acto! Dos mujeres á la vez! Ese es un delito!

ENRIQ. No, es la adoracion por partida doble. Nosotros no vemos las cosas bajo el mismo punto de vista.

FERN. Usted, que segun parece tiene talento, díganos alguna agudeza.

ENRIQ. Señora, yo no doy al que es más rico que yo.

BLANCA. Nosotras somos pobres.

FERN. Vamos, un madrigal. (Burlándose.) Usted ha entrado aquí como un hombre que quiere franquear todos los obstáculos, salvar todas las barreras, y apenas ha comenzado esta lucha, cuando el menor foso le dá miedo, y

la dificultad más pequeña le espanta. Tenga usted cuidado, caballero, que vá á caer del caballo.

BLANCA. Lo cierto es que tiene usted una figura muy triste.

FERN. (Riendo.) Pobre don Enrique. (Se echan á reir y se levantan.)

ENRIQ. (Esforzándose á reir.) En efecto, esto es chistoso. Ya no sé qué decir.

BLANCA. Lo confiesa usted?

ENRIQ. (Levantándose.) Yo esperaba una defensa tranquila y estratégica... pero nada... es un ataque á la bayoneta... una carga de caballería.

FERN. Una derrota tan completa, es digna de lástima.

BLANCA. Permitimos á usted que se retire con los honores de la guerra.

FERN. Y no publicaremos el parte de la victoria.

ENRIQ. No acepto.

FERN. Eh?

BLANCA. Cómo?

ENRIQ. Pido solamente una suspension de armas, una tregua, un armisticio.

FERÑ. Para tomar aliento?

ENRIQ. Despues volveré á comenzar el combate, más encarnizado.

FERN. Diez minutos de suspension? Concedido.

ENRIQ. Solo que como las fuerzas no son iguales... dos mujeres contra un hombre...

FERN. Lo confiesa usted?

ENRIQ. Desafio á ustedes en campo cerrado... pero una despues de otra.

BLANCA. Sin embargo...

FERN. Por supuesto!

ENRIQ. Si ustedes dudan, es que me temen.

FERN. No, caballero, aqui nadie teme... firmo el tratado...

BLANCA. Y yo.

ENRIQ. Perfectamente.

FERN. (A Blanca.) Ahora, dejémosle que se prepare... (A Enrique.) Beso á usted la mano, caballero.

ENRIQ. A los pies de ustedes. (Vánse las señoras por la derecha.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, solo.

Que vergüenza !... Dos mujeres !... Dos débiles mujeres... se han... no hay nadie... lo diremos... se han burlado de mí! Si mi tio me viese me diría: Te desconozco! Tú tan atrevido... tan emprendedor!... y yo le contestaría: « Querido tio, esas no son mujeres, son dos »ángeles. »—A pesar de mi indecision, sé que á la que debo amar es á la del vestido blanco... tiene un no se qué, que encanta, qué fascina! Querido tio, me caso con la blanca... pero, y si la otra es la viuda?... sí... Válgame Dios! Que haría yo para salir de esta duda?

ESCENA VII.

ENRRIQUE.—RITA.

ENRIQ. Eh, chica?

PETRA. Señor?

ENRIQ. Ven acá.

PETRA. Qué se ofrece?

ENRIQ. Tú has debido estar escuchando á la puerta, como verdadera criada...

PETRA. Yo, señor!

ENRIQ. Vamos, confiesa la verdad.

PETRA. Pues bien, si señor.

ENRIQ. Quieres ayudarme?

PETRA. A qué?

ENRIQ. A casarme con una de tus amas.

PETRA. Con cuál?

ENRIQ. Pardiez! con la señora de Mendoza.

PETRA. Con la viuda ó con la casada?

ENRIQ. Doncella... de labor! no tanta ingenuidad! Tu pregunta merece una respuesta. Te gustan los anillos? las joyas? los doblones?

PETRA. (Presentando la mano.) A quién no le gustan, señor?... La especie humana es tan interesada!

ENRIQ. Pues bien, Petra, por ahora no puedo darte nada; pero te prometo todas estas cosas si quieres darme algunos pormenores.

PETRA. Hable usted señor.

ENRIQ. (Sentándose á la izquierda.) Qué piensas tú de mi vecina la de la derecha? la del vestido blanco?

PETRA. La señorita Fernanda? Oh! que es muy buena.

ENRIQ. Y su carácter?

PETRA. Como una malva.

ENRIQ. Es séria, alegre? Se necesita hablar con formalidad para agradarla?

PETRA. Oh! muy formalmente.

ENRIQ. Y de mi vecina la de la izquierda? La del vestido azul?

PETRA. La señorita Blanca? Oh! que es muy buena!

ENRIQ. Y su carácter?

PETRA. Como una malva.

ENRIQ. No te dirijo la tercera pregunta, porque ya sé lo que vas á contestar; oh! que (Imitándola.) es muy buena... como una malva!.. Petra, tú te burlas de mí, tú abusas de mi debilidad, Petra! Vamos, sé complaciente, y díme cuál es la viuda.

PETRA. La que no tiene marido.

ENRIQ. Pero cuál es la que está casada aun?

PETRA. La que no es viuda.

ENRIQ. Gracias, no necesito saber más.

PETRA. (Llevándose el servicio del té.) El señor hallará siempre en mí la misma franqueza.

ENRIQ. Basta, hija mia, eres una mujer preciosa... tu discreccion me perjudica, pero me agrada.

PETRA. Mande usted, señor. (Váse por el foudo.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—Despues BLANCA.

ENRIQ. Una criada que no habla! Á dónde estamos, Dios mio! á dónde! (Vé á doña Blauca.) Ah! la señora de Mendoza número uno.

BLANCA. Está usted preparado, caballero? Ya sabe que no le

queda más que media hora para llegar al término fatal. Quince minutos para mí, otros quince para mi hermana. Hablemos de todo cuanto usted quiera, escepto de amor. (*Se sienta á la izquierda.*)

ENRIQ. (Ah!) (*Alto.*) Quiere usted que la hable de zoología? ó que haga algunas demostraciones algebráicas? Eso seria muy divertido.

BLANCA. Prefiero otra cosa.

ENRIQ. La política?

BLANCA. Oh! no. Literatura, el teatro, por ejemplo. Hace mucho tiempo que no vá usted al teatro?

ENRIQ. Bastante: los autores se duermen sobre sus laureles, y los traductores tienen tan mal gusto...

BLANCA. Es cierto: hable usted de otra cosa.

ENRIQ. Difícil es, señora; usted no quiere que la hable de amor, ni de zoología, ni de aritmética, ni de politica... Prefiere usted un cuento... el de Barba-azul, por ejemplo?..

BLANGA. Si ha de ser breve...

ENRIQ. Bien. (Gracias á Barba-azul, voy á saber si ésta es la casada.) (*Sentándose á su lado.*) Érase una vez un hombre llamado Barba-azul, el cual era el marido más abominable... verdad es que usted me dirá que todos los maridos son más ó menos abominables...

BLANCA. No todos, caballero, los hay muy bondadosos.

ENRIQ. (Esta debe ser la viuda.) Este Barba-azul, era pues, un marido que fastidiaba mucho á su mujer.

BLANCA. Bah! un marido que fastidia! Eso hace parte de su profesion.

ENRIQ. (Debe ser casada.) Como decia á nuestro hombre que habia descifrado ya la gama del matrimonio con seis mujeres bajo llave, se le ocurrió una noche la idea de entablar un nuevo duo con la sétima. No respetaba ni las blancas, ni las morenas, ni las rubias... No es verdad que semejantes principios son atroces?...

BLANCA. Sería usted más moral?

ENRIQ. Si usted me lo perdonaba todo, señora, yo hubiera matado con mucho gusto á las seis mujeres con tal de llegar al número siete, suponiendo que ese número hubiese sido usted.

BLANCA. Cuidado que me habla usted de amor.

ENRIQ. Y por qué no, señora?

BLANCA. (*Con agitacion.*) Tiene usted razon, caballero: su corazon de usted ha adivinado los latidos del mio; su alma ha comprendido las alegrías, los tormentos, las emociones de mi alma... Usted me amaba, como yo le amo.

ENRIQ. (*Sorprendido.*) Esa confesion...

BLANCA. Es ligera. Qué importa?... Si yo le amo!

ENRIQ. (*Idem.*) Señora, permítame usted...

BLANCA. La violencia de ún corazon ardiente no debe sorprender á usted tan atrevido, tan emprendedor.

ENRIQ. No digo lo contrario, sin embargo...

BLANCA. Ah!... Usted no se parece á los demas hombres! Este es el secreto de mi debilidad, y me he dicho: he ahí el último de los caballeros galantes de la córte de Felipe cuarto... arrostrándolo todo por la señora de sus pensamientos... los hielos, los volcanes, las burlas, las preocupaciones, las convenciones sociales... Oh! que no sea yo Hero, porque él sería Leandro!

ENRIQ. Señora... yo...

BLANCA. Lo confieso, mi dicha suprema seria verle á mis pies... póngase usted á mis pies, Leandro.

ENRIQ. Si entrasen ahora...

BLANCA. (*Con ternura.*) A mis piés, lo quiero!

ENRIQ. (*De rodillas.*) Supuesto que esta postura la agrada...

BLANCA. (*Muy exaltada.*) Oh! qué bello está así... de rodillas... parece aun más grande... en vano lucho con los arranques de mi pasion.

ENRIQ. Es preciso luchar, señora...

BLANCA. Para qué? Ahora mismo tendrá usted mi respuesta. (*Se escapa por la derecha haciendo un gesto á su hermana que entra por el fondo. Enrique se ha quedado de rodillas.*)

ESCENA IX.

FERNANDA.—ENRIQUE.

ENRIQ. Su respuesta? La he pedido yo algo?

FERN. (*Tocándole el hombro.*) Caballero, está usted bien así?

ENRIQ. (La señora de Mendoza número dos.) (Se vuelve del lado de Fernanda.) A fé mia, puesto que estoy de rodillas, así me quedo.

FERN. Levántese usted.

ENRIQ. No sin haber conocido antes la verdad, la horrible verdad!

FERN. No entiendo...

ENRIQ. Su hermana de usted es la viuda?

FERN. Cómo! La indiscreta ha hablado!

ENRIQ. (Levantándose.) Con que decididamente, señora, usted es la casada?

FERN. (Burlándose.) Qué tacto tiene usted.

ENRIQ. Adios, señora; expresiones á su esposo.

FERN. (Riendo.) A dónde vá usted?...

ENRIQ. No lo sé. Vamos, decididamente estoy de mal humor. Por qué no es usted la viuda? Al venir aquí esperé siempre... mi corazon me decia, esa es la mujer á quien debes amar.

FERN. Cómo quiere usted que le crea? Dice que me ama, y al entrar aquí, le he visto á los piés de mi hermana.

ENRIQ. Es verdad.—A primera vista parecerá extraño: su hermana de usted es encantadora, pero algo exaltada, y no es esa la mujer que yo habia soñado; esa mujer es usted.

FERN. Vamos, caballero, procuremos hablar razonablemente. Hace una hora usted no me conocia, y por lo mismo su amor no puede ser ni peligroso ni menos sério.

ENRIQ. Qué le hace el tiempo? una hora dice usted? qué importa? *Para amar á uno se necesitan diez años ó diez minutos*. Este dicho es de una mujer célebre. Yo he tomado un término medio. Hace cinco años amo á la señora de Mendoza.

FERN. Sin conocerla?

ENRIQ. Sin conocerla.

FERN. Usted se chancea, caballero.

ENRIQ. No señora. Hace cinco años Mendoza y yo éramos el Orestes y el Pílades del regimiento de Ingenieros. Mendoza se fué á Madrid á casarse. Me escribió, señora, y qué cartas, Dios mio!... Su esposa era la más en-

cantadora, la más espiritual, la más adorable de las mujeres; su estilo tan seductor, que me inflamó y... permítame usted que lo confiese, me enamoré de la señora de Mendoza.

FERN. Por correspondencia?

ENNIQ. Sí, pero más prudente que mi amigo, resistí al deseo de ver realizado mi sueño, mi vision, mi ser ideal. Yo me decia: es un crímen amar á la esposa de un amigo. Procuré distraerme, divertirme, ensayé hasta el desafío.

FERN. Un desafío!

ENRIQ. Sí, un aturdido se atrevió á decir delante de mí que la señora de Mendoza era rubia... detesto á las rubias... le sostuve que era morena y le arrojé mi guante al rostro... nos batimos. La suerte se me declaró contraria.

FERN. Ahora recuerdo ese desafío... Mendoza mi... cuñado nos ha hablado de él varias veces: usted salió gravemente herido.

ENRIQ. Oh! casi nada... un arañazo...

FERN. Que le tuvo en cama tres meses.

ENRIQ. Y que han sido los tres meses más dichosos de mi vida. Quién me devolverá esas horas de fiebre en que la imágen de la señora de Mendoza se me aparecia orgullosa y risueña ante el lecho del dolor? Cuando me curé dejé el servicio, viajé, y cesó la correspondencia con mi antiguo amigo. Hace algunos meses supe que el pobre Mendoza habia muerto... volví apresuradamente á Madrid... cuando ví á usted por primera vez, por poco pierdo el conocimiento, era la señora de Mendoza tal como yo la habia soñado... más bella aun... Pero cómo presentarme en su casa?... bajo qué título? bajo qué pretesto? Necesitaba un medio atrevido; ya sabe usted el que he empleado... Ay! mi corazon me engañó, en vez de amar á la viuda, amaba á la mujer casada, yo amaba á usted, señora!

FERN. Decididamente no es usted dichoso en sus empresas.

ENRIQ. Oh! pero no renuncio á usted así, señora; esperaré á que su esposo muera, y morirá... este deseo es feroz,

pero despues de todo, su esposo de usted no es mi amigo, y este año la mortandad de maridos es horrorosa. Usted dirá que soy un loco...

FERN. Hay locos que se vuelven cuerdos.

ENRIQ. Si usted quiere encargarse de devolverme la razon..?

FERN. Tal vez...

ENRIQ. Con que podria yo esperar?..

FERN. Acaso tengo derecho á quitarle la esperanza?

ENRIQ. Ah! señora!

FERN. Espere usted aquí. (Se aleja.)

ENRIQ. Pero, señora, usted ha dicho... (La sigue.)

FERN. Que espere usted... (A la puerta y váse.)

ESCENA X.

ENRIQUE solo.

Que espere? Qué querrá decir? maldito si entiendo una palabra. Si será viuda tambien? Vamos, esta conquista me cuesta más que poner una pica en Flandes. Oh! sexo engañador! Si el Coloso de Rodas fuese de carne y hueso, siempre habia de hallar medio una mujer de metérselo en el bolsillo.

ESCENA XI.

ENRIQUE.—PETRA.

PETRA. Señor? una carta para usted.

ENRIQ. Es azul... será de la señorita Fernanda.

PETRA. No señor, es de la señorita Blanca. Aquí tiene usted la de là señorita Fernanda.

ENRIQ. Color de rosa? Vamos, esas mujeres me van á hacer ver todos los colores del arco íris.

PETRA. Ay! pobre don Enrique. (Váse riendo.)

ENRIQ. Esta es su respuesta. Cómo me late el corazon! Dejaremos la de color de rosa para despues y leamos esta que no me importa tanto. (Leyendo.) «Caballero, han »pasado las dos horas... no olvide usted las condiciones

»establecidas.—El coche está abajo.—Blanca de Mendoza.» Muy bien, esta se ha burlado de mí, lo cual me es indiferente. (Se sienta á la izquierda.) En este es donde está la dicha! (Lée.) «Caballero, han pasado las »dos horas... el coche está abajo.—Fernanda de Men-»doza.» (Levantándose.) Se burlaba de mí! Ah! Esto es horrible, y aunque supiera que me castigaban por mi curiosidad, necesito saber á todo trance cuál es la viuda. Ah Fernanda! A pesar de tus crueldades, lo arrostro todo por saber si tengo el derecho de amarte! Busquemos un medio. Ah! (Coge una campanilla y se pone á tocar muy fuerte.) Dios mio! Socorro! Socorro! Socorro! Qué desgracia!

PETRA. (Apareciendo.) Qué sucede?

ENRIQ. Petra! Petra! Vé pronto, corre! La señora de Mendoza se ha puesto mala!

PETRA. La señora de Mendoza? Cuál!

ENRIQ. La viuda, Petra, la viuda!

PETRA. La señorita Fernanda!... Voy corriendo!

ENRIQ. Fernanda! Qué dices, Petra! Luego Fernanda es la viuda?

PETRA. Si señor.

ENRIQ. Ay Petra! Yo sí que me he puesto malo! Sostenme! (Cae sentado á la izquierda.)

ESCENA XII.

DICHOS.—FERNANDA.—BLANCA.

FERN. Qué es eso? Qué ruido es ese?

BLANCA. A qué viene ese repique?

ENRIQ. Deseaba despedirme de ustedes, señoras.

PETRA. Pero...

ENRIQ. (A las tres enseñándoles las cartas.) Cállate! Porque ustedes lo han escrito, señoras, el coche está abajo; pero al menos, gracias á mi estratagema, me voy conociendo á la verdadera señora de Mendoza (Mira á Fernanda.)

FERN. Cómo! usted sabe...

ENRIQ. Lo que mi corazon habia ya adivinado.

FERN. Confiese usted que ha perdido...

ENRIQ. Todo... hasta el corazon.

BLANCA. Así, pues, en castigo, á Ultramar.

ENRIQ. Si mañana no he visto á usted... me ahorco.

FERN. (Sonriendo.) Quiere usted la cuerda?

BLANCA. Puesto que tan á pechos toma usted la broma... será preciso que acepte la cadena del casamiento?

ENRIQ. Oh! no es una prision lo que me promete, sino un paraiso terrenal.

FERN. (Sonriendo.) Usted está loco.

ENRIQ. Convenido. Pero usted ha prometido curarme. Cuándo empezamos el tratamiento... por el matrimonio?

FERN. Es usted tan testarudo, que será preciso ceder.

ENRIQ. Qué felicidad? Será usted mi esposa?...

FERN. Única, no es cierto? Porque en amor no me gusta la partida doble, ni una mujer en dos tomos.

ENRIQ. Para qué? contigo toda una biblioteca!

FERN. (Dirigiéndose al público.)

Puesto que terminada
ya está la pieza,
falta, público amigo,
ver si la aceptas.
Dí si te agrada,
otorgando indulgente
una palmada.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 5 de octubre de 1860.

El Censor de teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

A la Sra. D.ª Balbina Valve
en prueba de afecto, su
buen amigo
M.co Pina

LAS CUATRO ESQUINAS.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Ataque y defensa.
A quien Dios no le dá hijos.
Capas y sombreros.
Amor y miedo.
Casada, viuda y doncella.
El oficialito.
Embajador y hechicero.
El rey de los primos.
Juegos prohibidos
A caza de divorcios.
El pacto con Satanás.
No más secreto.
Manolito Gazquez.
Juan el perdio.
Estrupicios del amor.
Aquí paz y despues gloria.
Uu contrabando.
Cosas de locos.
E. H.
Carambola y palos.
Giralda.
La roca negra.
¡Si yo fuera rey!
Un trono y un desengaño.
Aventuras de un jóven honesto.
Los Dioses del Olimpo.
Colegialas y soldados.
Enlace y desenlace.
El sordo.
Bruschino.
Al amanecer.
Diez mil duros.
El jóven Virginio.
El niño.
Compromisos del no ver.
Los peregrinos.
Influencias políticas.
Matar ó morir.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

LAS CUATRO ESQUINAS.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA

POR

DON MARIANO PINA.

Representada por primera vez en Madrid,
en el teatro de la Zarzuela el 9 de Diciembre de 1864.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
CALLE DEL CLAVEL, 11, 2.°
1864.

PERSONAGES.		ACTORES.
ESTRELLA	SRA.	TENORIO.
AMALIA		VALVERDE.
PEPA		MORENO.
DON DIEGO	SR.	GUERRA.
RAMIRO		MARIO.

La accion se supone en Toledo: época actual.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante.—Velador á la derecha del actor con libros y escribania.—Otro idem á la izquierda con juego de Damas.—Puertas á la izquierda y al foro.—Ventana á la derecha. Mesas, divanes, espejos, etc.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA, *despues* PEPA.

AMALIA. (*Acabando de leer una carta, sentada al lado del velador de la derecha.*)
«No vaciles, mi querida sobrina; ven á pa-»sar la primavera á nuestro lado, si no es »cierto, como por aqui se dice, que te de-»tiene en Toledo el tierno reclamo de cierto »pollo imberbe.»
(*Arrojando la carta sobre el velador.*)
Pollo imberbe que ha de ser
mi esposo. Con el pretesto
de convidarme á pasar
unos meses de recreo,
se mete mi buena tia

en un vedado terreno.
¿Qué le importa á ella ni á nadie
que sienta amoroso afecto
por un jóven? No soy viuda?
¡Pollo imberbe!... pues por eso
me gusta. Vaya una falta!...
El hombre cuanto más tierno,
menos resabios, y más
apegado á nuestro sexo.
Además, este es juicioso,
rendido, amable, discreto...

PEPA. (*Anunciando.*) Don Ramiro de Aguilar.

AMALIA. Ah!... que entre al punto. (Me alegro.)

ESCENA II.

AMALIA.—RAMIRO.

RAMIRO. Señora... Cómo va? (*Dándola la mano.*)

AMALIA. Bien,
gracias. Llega usted á tiempo.

RAMIRO. Abandonando el bufete
de mi entendido maestro,
dejo el derecho civil,
por venir aquí derecho.

AMALIA. Lea usted. (*Dándole la carta.*)

RAMIRO. Carta de la tia?

AMALIA. Que habla de usted.

RAMIRO. (*Leyendo.*) Y en extremo
lisonjera... Plegue á Dios
que acierte, en lo de que tengo
la culpa...

AMALIA. Y usted lo duda?

RAMIRO. Gracias, yo se lo agradezco
á usted con toda mi alma,
con todo mi...

AMALIA. Quiera el cielo
que se convierta en amor

tan fino agradecimiento.

RAMIRO. Eterno y fiel.

AMALIA. Ay! Ramiro!
que tal vez nos engañemos!
Usted cuenta veintiun años,
no es así?

RAMIRO. Veintiuno y medio.

AMALIA. Yo he cumplido ya los treinta.

RAMIRO. Así me las manda el médico.

AMALIA. Soy jamona, y si prendada
de su buen juicio y talento,
si agradecida á que usted
ha puesto en órden y arreglo
mis asuntos, si animada
porque ese ilustrado celo
se aumentará en adelante,
he acariciado el proyecto
de nuestra union, la distancia
de edades me causa miedo.

RAMIRO. En el rostro de los ángeles
no marca su huella el tiempo.

AMALIA. Además, tengo una hija
única...

RAMIRO. Ya la daremos
hermanitos.

AMALIA. Que se educa
en Madrid.

RAMIRO. En un colegio,
lo sé, y con nuestro consórcio
hallará en mí un padre tierno.
Muy pronto espero del mio
el formal asentimiento
para nuestra union, y en breve
el sacrosanto himeneo...

AMALIA. Y si se arrepiente usted
despues?... El caso es muy sério.

RAMIRO. Arrepentirme!...

AMALIA. El marido
ha de ser sin nécios celos,
vigilante.
RAMIRO. Seré un gallo.
AMALIA. Leal á su fé.
RAMIRO. Seré un perro.
AMALIA. Amante.
RAMIRO. Seré un palomo.
AMALIA. Manso y fiel.
RAMIRO. Seré un borrego.
AMALIA. Ha de tener cierto tacto...
RAMIRO. Tacto? tengo más que un ciego.
Por eso sé que aventaja
al raso y al terciopelo
en suavidad, esta mano
que con toda el alma beso. (*Lo hace.*)
Por eso sé que ese talle (*Cogiéndoselo.*)
es flexible como esbelto.
Por eso...
AMALIA. (*Retirándose.*) Bien, basta ya.
RAMIRO. Deje usted... si todo esto
es para probar mi tacto.
AMALIA. Sí, pero vamos con tiento.
RAMIRO. Y qué va usté á contestar
á su buena tia?
AMALIA. Pienso
convidarla á nuestra boda.
RAMIRO. Gracias. (*Besándola la mano.*)
AMALIA. Está usted contento?
PEPA. (*Saliendo.*) Señorita?
AMALIA. Qué?
PEPA. Una carta.
(*La entrega y se va.*)
AMALIA. Bien, dame. La abriré luego.
RAMIRO. Por mí no se prive usted...
AMALIA. No sé de quién es... Qué veo?
Estará mala mi hija?

La rectora del colegio
es quien me escribe. Su letra,
sí... Ramiro, yo le ruego
me dispense... (*Abre la carta.*)

RAMIRO. Oh!...

AMALIA. (Estoy soñando?
Ella aquí!)

RAMIRO. Es algo funesto?

AMALIA. Por el contrario: me escribe
la rectora, que debiendo
venir á ciertos asuntos,
ha querido que á Toledo
la acompañe Estrella... mi hija.

RAMIRO. La niña?... Cuánto me alegro!
Yo la compraré juguetes,
y dulces... y jugaremos
al conde de Cabra, y al...
Vaya!... pues si yo me muero
por las chiquitinas.

AMALIA. Y ella,
segun aquí estoy leyendo,
debe ser la portadora
de esta...

ESTRELLA. (*En la puerta del foro.*)
(Fuera cumplimientos.
Allí la veo: adelante.)

ESCENA III.

Dichos, ESTRELLA.

Mamá?..

AMALIA. (*Abrazándola.*) Hija de mi alma!

ESTRELLA. No he podido tener calma
para aguardar un instante.

AMALIA. Has hecho bien.

ESTRELLA. (*Besándola.*) Mis excesos
son hijos de la alegria.

AMALIA. Loca!.. loca!..
ESTRELLA. Ay! mamá mia!
deja que te coma á besos.
AMALIA. Eso mi ventura labra.
RAMIRO. (Diablo!)
ESTRELLA. Al cabo logré verte.
RAMIRO. (Esta ya no se divierte
jugando al conde de Cabra.)
AMALIA. Presento á usted á mi Estrella.
RAMIRO. De su madre es fiel retrato.
ESTRELLA. Acepto elogio tan grato,
porque es mi mamá muy bella.
Mas... por qué me han engañado?
La chica haciendo misterios,
me dijo, que asuntos sérios
tratabas con tu abogado.
AMALIA. Y es la verdad.
ESTRELLA. No lo dudo;
mas, yo en mi imaginacion
me figuré un cincuenton
calvo, cegato y panzudo,
y veo...
AMALIA. Este caballero,
estudiante aventajado,
es pasante de abogado
y mi sábio consejero.
ESTRELLA. Yo te doy el parabien.
(Es apuesto y elegante.
Pues, señor, es un pasante
que puede pasar muy bien.)
Te alegra el verme?
AMALIA. Preciso!..
Pero te voy á reñir.
Qué significa salir
de Madrid sin mi permiso?
ESTRELLA. Por Dios, mamá, no me riñas.
Si tú supieras lo que es

vivir un mes y otro mes
entre vestiglos y niñas!

AMALIA. Eso que tanto te amarga
es por tu bien.

ESTRELLA. Sí, señora...
mas la pension me encocora,
y la rectora me carga.
Y no me quiere ni pizca,
y me mira de reojo.

AMALIA. Ella?

ESTRELLA. Porque tiene un ojo
zurdo: es decir, que es bizca.
Pues no le digo á usted nada
de la maestra de costura!
Tiene dos piés de estatura
y es gangosa y corcobada.
(*Remedándola.*)
«Niñas, ligera la aguja...
»Vamos... que el trabajo crezca,
»y la que no me obedezca
»vá al cuarto oscuro...» Ay! qué bruja!

AMALIA. Estrella!.. Estás en tu juicio?

RAMIRO. (La chica es encantadora!)

ESTRELLA. Aquello no es profesora:
es un tormento, un cilicio!

AMALIA. Que habrás de sufrir propicia.

ESTRELLA. Ay! no lo permita el hado.
Usted, que es casi abogado,
y sabe algo de justicia,
diga si hay razon ni ley
para que viva en clausura
una polla de mi altura
á quien hace libre el rey.
Dígale usted asímismo
al mundo que me vé absorto,
si no es en mí el traje corto
un risible anacronismo.

RAMIRO. Toda la curia española
lo dirá sin resistencia.
ESTRELLA. Lo oyes? La jurisprudencia
me autoriza á llevar cola.
AMALIA. Porque no estés en un potro
atenderé tus razones.
ESTRELLA. Me gustan los pantalones...
pero que los lleve otro.
Y haz que doña Inés Rodrigo,
la directora, en tren régio
se vuelva sola al colegio,
y yo me quede contigo.
RAMIRO. Doña Inés Rodrigo?... A fé
que ahora caigo yo en la cuenta!..
Doña Inés es mi parienta.
ESTRELLA. Pues se la regalo á usté.
AMALIA. Estrella!
ESTRELLA. Ya volverá.
Como mamá no salia,
se fué y dijo que vendria
despues á hablar con mamá.
Yo cada instante que pasa
sin verla estoy en mi centro...
pero voy por allá adentro
á ver cómo está la casa.
Un beso, y hasta despues.
Sigan ustedes hablando,
que yo me voy eclipsando,
por si vuelve doña Inés.
Mira, que no quiero verla.
AMALIA. Bien.
ESTRELLA. Adios. (*Besandola.*)
AMALIA. Basta... Diablito!
ESTRELLA. (*Haciendo una cortesia á Ramiro.*)
(Me gusta el jurisperito.)
(*Vase por la izquierda.*)
RAMIRO. (La muchacha es una perla!)

ESCENA IV.

AMALIA.—RAMIRO.

AMALIA. Qué me dice usted?
RAMIRO. Que admiro
la belleza y donosura
de Estrella.
AMALIA. Se me figura
que dice usted más, Ramiro.
RAMIRO. Qué puedo decir?
AMALIA. Al ver
la que en su mente creia
tierna niña todavia,
alta y formada muger,
dirá usted, aunque no cuadre
á mi escasa vanidad,
que con hija de esa edad
vale ya menos la madre.
RAMIRO. Por piedad!.. Está usted loca?
de Estrella los lábios rojos
prestan más fuego á esos ojos
y más gracejo á esa boca.
El retoño que entreabierto
crece lleno de frescura,
quita esbeltez y hermosura
á la palma del desierto?
AMALIA. Galanteria muy bella.
RAMIRO. Yo en nuestro enlace seré
un esclavo para usté
y un buen padre para Estrella.
Ya siento vivo deseo
de tenerla á mi cuidado,
y enseñarla entusiasmado
cuanto yo sepa.
AMALIA. Lo creo.

RAMIRO. Verá usted qué entretenidas
horas vamos á pasar.
Usted la enseña á bordar,
yo la enseño las Partidas...

AMALIA. Justo, y si con afan loco
á sus partidas se allana,
me juega usté una serrana
y me luzco.

RAMIRO. Poco á poco.
Eso es ofenderme.

AMALIA. Oh! no!
Ni hay por qué ello nos aflija.
Probablemente mi hija
se casará antes que yo.

RAMIRO. Cómo?...

AMALIA. Ya me la han pedido.

RAMIRO. Quién?

AMALIA. La misma doña Inés.

RAMIRO. La directora?

AMALIA. Hace un mes
que me propuso un partido,
segun su informe, brillante.

RAMIRO. Un novio!.. Cuál es su nombre?

AMALIA. No lo sé. Diz que es un hombre
viudo, muy rico y galante.

RAMIRO. Viudo!.. algun mala figura
con un siglo en cada pierna.
Y ella tan bonita y tierna!..
Bah!... bah!.. fuera una locura
condenarla!..

AMALIA. Allá veremos.
Si el novio tiene esas trazas,
le daremos calabazas.

RAMIRO. Vaya! si se las daremos!
Y unidos en el altar
nosotros, tendrá nuestra hija
el marido que ella elija,

y no el que la quieran dar.
AMALIA. Oh! sí. Su dicha es mi norte.
RAMIRO. Y mi constante interés.
AMALIA. Voy á verla. Hasta despues.
(*Dándole la mano.*)
RAMIRO. Adios, mi ansiada consorte.
(*Váse Amalia por la izquierda.*)

ESCENA V:

RAMIRO, *despues* PEPA *y* DON DIEGO.

RAMIRO. Qué hermosa!.. Con hija y madre
de tan bellos atractivos,
será para mí esta casa
un terrenal paraiso.
Pero, en qué piensa mi padre?
Ya debiera haberme escrito
dándome para la boda
el anhelado permiso.
PEPA. (*Saliendo con don Diego.*)
No sé si estará visible
la señora. Quién la digo?..,
DIEGO. Entrégala esta targeta.
PEPA. Está bien. (*Váse por la izquierda.*)
RAMIRO. Mi padre!..
DIEGO. (*Abrazándole.*) Chico!..

ESCENA VI.

DON DIEGO, RAMIRO.

RAMIRO. Qué casualidad tan rara!
En este momento mismo
pensaba en usted.
DIEGO. En eso
demuestras que eres buen hijo.

Pero, dí... qué haces aquí?

RAMIRO. Ya hace tiempo que visito
la casa. Y usté á qué viene?
Ya caigo... habrá recibido
mi carta, y viene en persona...

DIEGO. Qué carta?

RAMIRO. La que le he escrito
á Burgos.

DIEGO. Cuándo?

RAMIRO. Hace un mes.

DIEGO. Si hace dos que yo he salido
de allí.

RAMIRO. Pues en ese caso
ya no comprendo el motivo
de su venida á Toledo,
ni á esta casa.

DIEGO. Es muy sencillo.

RAMIRO. Usted dirá.

DIEGO. Que cansado
de mi viudez, aburrido
de estar aislado en el mundo
y solo en mi domicilio,
voy á casarme.

RAMIRO. A casarse?

DIEGO. Ante el cura y dos testigos.

RAMIRO. A los cuarenta y seis años!

DIEGO. Cuarenta y dos.

RAMIRO. Es lo mismo.
Vamos... y quién es la víctima
que se presta al sacrificio?
De fijo una viuda histórica.

DIEGO. No.

RAMIRO. Una doncella que vino
á este mundo, cuando Riego
dió en las Cabezas el grito.

DIEGO. Tampoco: es una muchacha.

RAMIRO. Muchacha!

DIEGO. Y de rostro lindo.
RAMIRO. Pero, padre... no le arredra
el espeso caramillo
que sobre su noble frente
puede surgir?
DIEGO. No vacilo.
RAMIRO. Adelante... y diga usted,
dónde y cuándo ha conocido
á esa infeliz?
DIEGO. En Madrid,
por uno de esos caprichos
de la suerte.
RAMIRO. Qué oportuna!
DIEGO. Ya sabes que yo soy primo
de una doña Inés, rectora
del colegio del Santísimo.
RAMIRO. (Diablo! si será mi padre
el novio?.. Estamos lucidos!)
DIEGO. Fuí una tarde á visitarla
en su agradable retiro,
y allí entre los pensionistas
ví una tan linda...
RAMIRO. (Lo dicho!)
Llamada Estrella Mendoza.
DIEGO. Lo sabes ya?
RAMIRO. Tengo indicios...
Y ella acepta el matrimonio
con usted?
DIEGO. No hemos creido
prudente que sepa nada.
Yo estoy bajo los auspicios
de doña Inés, que gestiona
el negocio con ahinco,
y por su expreso consejo
hoy vengo aquí decidido
á pedir la blanca mano
de la que es mi dulce hechizo.

RAMIRO. Sí... pero yo no consiento...
DIEGO. Eh!.. Cómo?..
RAMIRO. Yo tengo títulos
de autoridad sobre... y cuando
usted sepa...
DIEGO. Qué?
RAMIRO. Los vínculos...
DIEGO. Sigue.
RAMIRO. Porque yo tambien
voy á casarme.
DIEGO. Magnífico!
Casarte tú?
RAMIRO. Sí, señor.
DIEGO. Un estudiante! un chiquillo!
Eso fuera un disparate
que, pese á tí, no autorizo.
RAMIRO. Pues yo tengo mi palabra
empeñada, y es preciso
que usted consienta.
DIEGO. No cedo.
RAMIRO. ¡Pero papá!...
DIEGO. No transijo.
Silencio, que viene gente.
RAMIRO. (Ya caerás en el garlito.)

ESCENA VII.

Dichos, AMALIA.

AMALIA. Señor don Diego...
DIEGO. Señora...
AMALIA. Perdone usted, si ha tenido
que aguardar...
DIEGO. Oh!...
AMALIA. (*Aparte á Ramiro.*) Está contento
con nuestra union?
RAMIRO. (*Id. á Amalia.*) Contentísimo.
DIEGO. Señora, suplico á usted

me dispense, si atrevido
llego sin que me conozca
hasta aquí.

AMALIA. Le participo
que hace tiempo que en mi casa
es usted muy conocido.

DIEGO. Yo!... no sé...

AMALIA. Por los elogios
que le tributa su hijo.

DIEGO. Oh! mil gracias. El asunto
que me trae á este recinto
es muy sério y delicado.

AMALIA. Lo sé; pero yo confio
en que se podrá orillar
de un modo...

RAMIRO. Oh! sí; muy propicio.

AMALIA. Al punto que ya han llegado
las cosas...

DIEGO. Las... pues... (Bravísimo!
me acepta.) Yo bien conozco
que otros mejores partidos
aspirarán...

AMALIA. Para mí
nada hay mejor que el cariño.

DIEGO. Dice usted bien; es la base
más segura... (Qué vacilo?)
Así, pues, tengo el honor,
para mí muy distinguido,
de pedir la linda mano...

RAMIRO. (*A Amalia.*)
De usted para mí.

DIEGO. Eh!...

AMALIA. Prescindo
de fórmulas aprendidas
y de pueriles remilgos,
y doy la mano y el alma.

RAMIRO. Este asunto ha concluido.

(*Aparte á D. Diego.*) Ahora pasemos al otro si usted gusta.

DIEGO. (*Id. á Ramiro.*) Pero, chico;
esto es escamotear
una mano en juego ilícito.

RAMIRO. Silencio, por Dios!

DIEGO. No callo;
al contrario, alzaré el grito.

ESCENA VIII.

Dichos.—ESTRELLA.

ESTRELLA. Mamá!... ya estoy en un brete!
Doña Inés... qué tabardillo!
ha entrado por el pasillo,
y aguarda en el gabinete.

AMALIA. Está bien, la veré luego.

ESTRELLA. Por cierto que me decia
que en esta sala hallaria
un sugeto... (*Viéndole*) Ah!.. si es Don Diego!

AMALIA. Le conoces?

ESTRELLA. No que no?...

DIEGO. En el colegio...

ESTRELLA. Allí ha estado:
pues poco que hemos bailado
este caballero y yo!

RAMIRO. (*Aparte á D. Diego.*) Padre!...

DIEGO. (*Id á Ramiro.*) Qué?... soy algun fraile?

AMALIA. Bailar dices?

ESTRELLA. No es blasfemia.
Don Diego iba á la academia
con el maestro de baile.
Y se lo dejaba atrás
como una pluma ligera.
Y mire usté, en la habanera
lleva muy bien el compás.

RAMIRO. (*Aparte á D. Diego.*)
Pero padre! El que esto escucha!
DIEGO. (*Id.*) Y bien?
RAMIRO. (*Id.*) Con su edad y rango
ponerse á bailar el tango!
DIEGO. (*Id.*) Y bailaré la cachucha
si me place, y el jarabe.
Estás?
RAMIRO. (*Id.*) Pues hará usté el oso.
DIEGO. (*Id.*) Mejor. Pues fuera gracioso!...
AMALIA. Y doña Inés, cómo sabe
la visita repentina
de Don?..
ESTRELLA. Dice que te ha escrito
de este señor.
AMALIA. Dios bendito!
Usted el que ella apadrina
para la?..
DIEGO. Y tengo el honor
de pedir á usted la mano
de su hija bella...
RAMIRO. (*Cogiéndole por la mano.*)
Y yo ufano
interpongo mi favor...
ESTRELLA. (Mi mano!)
DIEGO. (*Soltándose.*) Quita de ahí!
AMALIA. (Se dará tal coincidencia!)
DIEGO. Y esperó de su clemencia
que no me negará el sí.
AMALIA. Mi sorpresa llega al punto
que en este instante no puedo
responder...
ESTRELLA: (*Aparte á Amalia.*) Quién dijo miedo?
El llanto sobre el difunto.
AMALIA. Hablaré con doña Inés.
Ven, hija.
ESTRELLA. (Qué boberia!

Piden su mano ó la mia?)
DIEGO. Me someto.
AMALIA. Hasta despues. *(Vanse.)*

ESCENA IX.

RAMIRO.—D. DIEGO.

DIEGO. Bien, hijo! conducta bella!
RAMIRO. Usé de una represalia.
DIEGO. Pretender á doña Amalia!
RAMIRO. Como usted pretende á Estrella.
DIEGO. Pero, es tal tu desvario,
qué cuádreme ó no me cuadre,
aspiras á ser mi padre?
RAMIRO. Pues no lo ha sido usted mio
largo tiempo, y no me quejo?
Cada cual en su lugar.
DIEGO. Y cómo has de comparar?...
No lo sufro.
RAMIRO. Ni yo cejo.
DIEGO. Si te casas, es tu hijastra
mi mujer, y tú su hijastro;
de la misma eres padrastro,
y tu hijastra es la madrastra
de su madre, y suegro mio
mi hijo, y nuera su mujer
de su nuera, que ha de ser
suegra de su ma... ay! qué lio!....
Quién se presta á esos enredos?
RAMIRO. Cualquiera... pues buen afan!
Más hicieron Cain y Adan,
y se chupaban los dedos
de gusto.
DIEGO. Yo no lo admito,
y permiso no te doy.
RAMIRO. Y yo, como el padre soy

de Estrella, no la permito
que se case.

DIEGO. Pues escucha.
Como soy mayor de edad,
y ordeno en tu voluntad,
llevo ventaja en la lucha.
Yo mando en tí, y no transijo;
y si lo sientes, me alegro.
A tí te lo digo, suegro;
entiéndelo tú, mi hijo.

RAMIRO. Sí?... pues voy á responder.
Aunque soy menor de edad,
domino en la voluntad
de mi futura mujer.
Y ella, que es de Estrella madre,
le dará á usted un no eterno.
A tí te lo digo, yerno,
entiéndalo usted, mi padre.

DIEGO. Es decir, que ambos estamos?..

RAMIRO. En la propia situacion.

DIEGO. Permision por permision!

RAMIRO. Transigimos?

DIEGO. Transijamos.

RAMIRO. Bases.

DIEGO. Propon.

RAMIRO. Sin amaños.

DIEGO. Habla.

RAMIRO. Yo me caso hoy,
y á los dos años le doy
á Estrella.

DIEGO. Qué?.. á los dos años?

RAMIRO. Es muy niña, y cuando pase
ese tiempo, con mi celo
tendrá usté una novia al pelo.

DIEGO. No me acomoda esa base.
La ley ha de ser ígual.

RAMIRO. Hable usté.

DIEGO. En el propio dia
vamos á la vicaría
los cuatro, y punto final.
RAMIRO. Pero...
DIEGO. Nada, estos asuntos
son ya de mútuo interés.
RAMIRO. Por supuesto que despues
viviremos todos juntos?
DIEGO. Eso queda á tu eleccion.
RAMIRO. Bien: cerrado el compromiso.
DIEGO. Pues ya tienes mi permiso.
RAMIRO. Recibe mi bendicion.
Serás bueno y obediente?
DIEGO. Eh! quita allá!
RAMIRO. La humildad
es el don más...
DIEGO. En verdad
que lo oportuno y lo urgente
es que sin levantar mano
debemos ultimar hoy
los dos matrimonios.
RAMIRO. Voy
á buscar un escribano.
DIEGO. Y con Jerez y Salerno
se festeja el doble enlace
esta noche.
RAMIRO. Que me place!
DIEGO. Bien... adios, suegro. (*Dándole la mano.*)
RAMIRO. Adios, yerno.
(*Vase Ramiro por el foro derecha.*)

ESCENA X.

D. DIEGO, *despues* AMALIA.

DIEGO. En franca y reñida lid
me obligó á capitular.
AMALIA. Señor don Diego...

DIEGO. Señora...
ha meditado usted ya?
AMALIA. Sí, ya he pensado, y por eso
reclamo de su bondad...
DIEGO. Oh! pero ante todo, á quién
tengo la honra de hablar?
A mi madre ó á mi hija?
AMALIA. Don Diego, ahora no soy más
que la madre de mi Estrella.
DIEGO. Adelante, usted dirá.
Pero permítame antes...
Yo he visto su bella faz
en otra parte.
AMALIA. Tal vez.
DIEGO. Ya caigo... en San Sebastian.
Su marido de usted era
Intendente militar.
AMALIA. Justamente.
DIEGO. Lo trataba
con la mayor amistad.
Como que allí me quedé
con la contrata del pan,
y él... á usted se la llamaba
la perla de la ciudad.
AMALIA. Pasó ese tiempo.
DIEGO. Al contrario...
ha embarnecido usted más,
y la que antes era perla,
—es rubí en la actualidad.
AMALIA. Mire usted que las lisonjas
ni un quilate han de pesar
en la balanza de...
DIEGO. Amalia,
lo que digo es la verdad.
Pues me quedé pocas veces
con la boca abierta... Ah!...
admirando de ese rostro

la hermosura celestial.

AMALIA. Hablemos de nuestro asunto.

DIEGO. Ya puede usted principiar.

AMALIA. Usted es de noble cuna,
honrado, fino, galan...
pero al tratarse de Estrella
le lleva usted tanta edad...
Ella tiene quince años,
y usted...

DIEGO. Cuento muchos más.
Pero si los años fueran
aquí la base esencial,
Ramiro...

AMALIA. Pero un buen padre
se debe sacrificar
por la dicha de su hijo.

DIEGO.. Como una madre eficaz
por la dicha de su hija.
El caso, Amalia, es igual.

AMALIA. Me encierra usted en un círculo
de hierro.

DIEGO, Sin duda hay
otra razon. Mi figura,
por ejemplo, no será?..

AMALIA. Oh! la figura de usted
es todavia...

DIEGO. Tal cual:
me quedan restos, y tengo
cierto... *chic*. Eh? no es verdad?

AMAOIA. Y humor festivo, que es
condicion muy de apreciar.
En fin, si Estrella le acepta,
en mí no hay hostilidad.

DIEGO. Conforme, y mientras ustedes
hablan, voy á despachar
varios asuntos.

AMALIA. Tan pronto

le priva usté á mi amistad?..

DIEGO. Tendré el honor de volver
despues de comer.

AMALIA. Hay más
que lo haga usted con nosotros?
Hoy come Ramiro acá.

DIEGO. Sí?.. pues acepto.

AMALIA. Me place.

DIEGO. Franqueza y cordialidad.

AMALIA. (Es muy bello su carácter.)

DIEGO. (Tiene un trato angelical.)

ESCENA IX.

Dichos.—RAMIRO.

RAMIRO. Celebro encontrar á ustedes
en amena sociedad.
Todo está listo, el notario
de aquí á dos horas vendrá
con los contratos.

AMALIA. Tan pronto!

RAMIRO. Y para qué es aguardar?
Tambien he puesto un telégrama
á nuestro corresponsal
de Madrid, para que hoy mismo,
y por el tren que saldrá
á las cuatro, nos remita
los regalos...

AMALIA. Ay!.. ay! ay!

RAMIRO. *(A Diego.)* Hice bien?

DIEGO. Perfectamente.
Y esta noche en santa paz
quitamos eso de enmedio.

AMALIA. Pero señores!...

ESCENA XII.

Dichos.—ESTRELLA (*con pelota de goma y juego de aros.*)

ESTRELLA. Mamá?
No se come en casa?
AMALIA. Llegas
con toda oportunidad.
Don Diego tiene que hablarte.
ESTRELLA. (*Jugando con la pelota.*)
A mí?
AMALIA. (*Aparte á don Diego.*)
Usted comprenderá
mi buena fé, cuando dejo
que explore su voluntad.
DIEGO. Oh! gracias.
AMALIA. Ramiro y yo
vamos en tanto á jugar
una partida de damas.
Quiere usted? (*A Ramiro.*)
RAMIRO. Con grato afan. (*Sentándose.*)
AMALIA. (*Idem.*) Le debo á usté una rebancha...
ESTRELLA. (*A Ramiro.*) Hola! pasante, qué tal?
RAMIRO. Bien, pollita. (Es hechicera.)
(*Amalia y Ramiro juegan á las damas. Este distraido, mirando sin cesar á Estrella. Esta sigue jugando á la pelota y mirando á Ramiro.*)
DIEGO. (*A Estrella.*) Si usted tiene la bondad...
ESTRELLA. Diga usted.
DIEGO. Pero...
ESTRELLA. (*Sin dejar de jugar.*) Sí oigo
con suma atencion.
DIEGO. (*Siguiendo sus movimientos.*) Quizá
sabrá usted ya, señorita,

que su rostro celestial...

ESTRELLA. Vamos á jugar nosotros
á los aros? Por pasar
el rato.

DIEGO. Lo pasaremos
hablando.

ESTRELLA. (*Dándole los palos.*)
Bien, es igual.
Hablemos jugando.

DIEGO. Sí!...
El negocio es...

ESTRELLA. (*Echándole el aro.*) Allá vá. (*Juegan.*)

AMALIA. (*A Ramiro.*)
Ponga usted más atencion,
porque le voy á ganar.

RAMIRO. No es difícil; usted es
más maestra.

AMALIA. No, soy más
aplicada.

ESTRELLA. (*A don Diego.*) Ay! que ha perdido!

DIEGO. Es cierto.
(*Al recoger el aro se dirige al lado de Ramiro y mira el juego de damas.*)
Lo haces muy mal.
Te van á soplar la dama.

RAMIRO. Cómo.?..

DIEGO. Ponla más allá.

ESTRELLA. (*A don Diego.*)
Otra vez, otra vez: vamos.
A mí me toca tirar.

DIEGO. No, á mí.

ESTRELLA. Si he ganado yo.
A una... (*Tira.*)

DIEGO. (*Perdiendo.*) Por vida?...

RAMIRO. Ja! ja!

ESTRELLA. Y llevo dos.

RAMIRO. Padre, usted

no tiene ya agilidad...

DIEGO. (*Recogiendo el aro y mirando el juego de damas.*)
Me alegro: te han encerrado.
Asi y todo soy capaz
de ganar esa partida.

AMALIA. Es difícil.

DIEGO. Cuánto vá?
Y si usted me lo permite...

AMALIA. Oh! sí.

DIEGO. (*Levantando á Ramiro y sentándose en su puesto.*)
Pues ten la bondad...

AMALIA. Es usted primera espada?

DIEGO. Sobresaliente tal cual. (*Juegan.*)

ESTRELLA. (*Á Ramiro.*) Ahora los dos.

RAMIRO. Bien pensado.
Quién tira?

ESTRELLA. Usted, qué mas dá?

RAMIRO. Juego. (*Tirando.*)

DIEGO. (*Á Amalia, que no ha dejado de mirar á Ramiro.*) Si usted se distrae,
será de poca entidad
mi triunfo.

AMALIA. Perdone usted,
miraba... (*Juegan.*)

ESTRELLA. (*Aparte á Ramiro.*) Si aquí no hay
espacio para este juego.
Con tanto mueble...

RAMIRO. (*Id. á Estrella.*) Es verdad.
Qué hacer?

ESTRELLA. (*Id.*) Vamos al jardin?

RAMIRO. Pensamiento magistral.

ESTRELLA. Marchemos sin que lo noten.
Tiro... (*Figurando que juegan.*)

RAMIRO. Venga.

ESTRELLA. Gano.

RAMIRO. Más.

(Estrella desde la puerta del foro, hace señas á Ramiro para que la siga. Este lo hace andando de puntillas.)

ESCENA XIII.

AMALIA, DON DIEGO *(jugando.)*

AMALIA. Es usted gran jugador
de damas.

DIEGO. Hago años há
estudio de ellas, y á fé
que no me puedo quejar.

AMALIA. Gana siempre?

DIEGO. Me defiendo.

AMALIA. No es poco.

DIEGO. Tengo una gran
condicion.

AMALIA. Cuál?

DIEGO. La paciencia.
Por eso corro el azar
del matrimonio, y espero
que no se arrepentirá
mi futura.

AMALIA. Oh! usted puede
hacer la felicidad
de una mujer.

DIEGO. Piensa usted?...

AMALIA. No lo dudo.

DIEGO. Y si su faz
á la de usted se parece,
y su boca de coral
sonrie con esa gracia,
y hay en su dulce mirar...

AMALIA. Que le como á usted.

DIEGO. Es cierto.

Perdone usted.

AMALIA. El papá
pierde este juego, Ramiro.

DIEGO. Aun no.

AMALIA. Pero, dónde están? (*Levantándose.*)

DIEGO. Se han marchado?.. Allí los veo!
(*Mirando por la ventana.*)

AMALIA. En el jardin?.. Es verdad!

DIEGO. Estrella se sube á un árbol,
y Ramiro!.. ah! perillan!

AMALIA. (*Llamando.*) Estrella!..

DIEGO. (*Id.*) Ramiro!..

AMALIA. Estrella!

DIEGO. Ya baja.

AMALIA. Se vá á matar:
vaya usted, por Dios, don Diego.

DIEGO. Será tarde.

AMALIA. Por piedad!
En el gabinete aguardo.
Corra usted.

DIEGO. Voy sin chistar. (*Váse Amalia.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO, *despues* ESTRELLA *y* RAMIRO.

DIEGO. (*Volviendo á la ventana.*)
Bravo! ya no se les vé:
la muchacha es una ardilla.

ESTRELLA. (*Corriendo y escudándose con don Diego.*)
Que me pilla!.. que me pilla!
Don Diego, escondame usté.

RAMIRO. (*Persiguiéndola al rededor de don Diego.*)
Eso es trampa. Gano dos,
y no perdono ninguno.

ESTRELLA. Yo no aposté más que uno.
(*A don Diego.*) Defiendame usté por Dios.

DIEGO. Pero qué algazara es esta?
RAMIRO. (*Corriendo.*) Dos.
ESTRELLA. (*Id.*) Uno.
RAMIRO. (*Id.*) Allá voy.
ESTRELLA. (*Id.*) Te veo.
RAMIRO. A que sí?
DIEGO. Eh!.. que me mareo!
RAMIRO. Nada, la apuesta es apuesta.
Dos besos.
ESTRELLA. Solo uno fué,
y yo he pagado fielmente.
Me le ha dado usté en la frente.
DIEGO. (*Aparte á Ramiro.*)
Diantre! Tú has besado?...
RAMIRO. (*Id. á Diego.*) Y qué?
DIEGO. Qué? pretendes que transija,
pese á mi fortuna negra,
en que beses á tu suegra?
RAMIRO. No señor, beso á mi hija.
DIEGO. Que es mi esposa.
RAMIRO. No lo niego,
pero egerzo en casos tales
mis derechos paternales.
(*Á Estrella.*) Vamos á seguir el juego?
ESTRELLA. Andando.
(*Aparte á Diego.*) En estos asuntos
será mi hija hasta morir.
DIEGO. (Pues me voy á divertir
si vivimos todos juntos!)
Señorita, su mamá
la aguarda. Y tú ven conmigo.
RAMIRO. Adónde?
DIEGO. Que vengas, digo,
y obedece.
RAMIRO. Bien está.
DIEGO. Haremos compras.
RAMIRO. De qué?

DIEGO. Vamos. (Si en cólera monto!..)
ESTRELLA. Que vuelvan ustedes pronto.
(*Aparte á Ramiro.*)
El no; usted.
RAMIRO. (*Id. á Estrella.*) Pronto vendré. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

ESTRELLA, *despues* PEPA.

ESTRELLA. Es muy simpático, oh! sí!
hoy mismo le he conocido,
y parece que he vivido
con él desde que nací.
PEPA. Señorita, pido albricias.
ESTRELLA. Albricias á mí? de qué?
PEPA. Qué chiste!.. Si para usté
serán nuevas las noticias!
Vaya!..
ESTRELLA. Vaya! me incomoda
tu pesadez. Dí, que pasa?
Pronto.
PEPA. Que toda la casa
trasciende á novio y á boda.
ESTRELLA. Qué me importa?
PEPA. El caso es óbvio;
siendo usted la interesada.
ESTRELLA. Pues estás equivocada,
porque no me peta el novio.
PEPA. Que no?.. Un jóven tan apuesto,
tan listo, tan vivaracho!..
ESTRELLA. Jóven! me gusta el muchacho!
PEPA. Veintiun años.
ESTRELLA. Por supuesto!
en cada pié, y le rebosan.
PEPA. En cada pié? Yo deliro!
Don Ramiro!..

ESTRELLA. Don Ramiro!..
Es el padre el que me endosan.
PEPA. La engañan. Si hace un momento
el hijo y no el padre era
quien arreglaba allá fuera
su próximo casamiento.
Qué tal?
ESTRELLA. Si el padre le dijo
á mamá, muy liso y llano,
que le pedia mi mano.
PEPA. Claro está, para su hijo.
Y á eso á venido exprofeso.
ESTRELLA. Qué oigo?
PEPA. Cante usted victoria.
ESTRELLA. El Señor te dé la gloria,
Pepa, me has quitado un peso!
PEPA. No le agrada á usté el papá?
ESTRELLA. Para marido me embiste.
Ven acá; tuviera chiste
que fuera yo la mamá
de Ramiro? El, que ya hombrea,
y yo en esta edad novísima...
Eso, por Maria Santísima!
Que venga Dios y lo vea.
PEPA. Dice usted bien.
ESTRELLA. Si he de ser
su parienta, más conviene
que en vez de ser madre y nene,
seamos marido y mujer.
PEPA. Muy justo. Y asi será.
ESTRELLA. Verdad que lo otro no pega?
PEPA. Qué ha de pegar? Aquí llega.
ESTRELLA. Ramiro? Ay! ahora me dá
vergüenza: cosa más rara!
PEPA. Me voy.
ESTRELLA. No.
PEPA. Me quedaré.

Sí, marcha. Me pasaré
el pañuelo por la cara.
(Vase Pepa.)

ESCENA XVI.

ESTRELLA, RAMIRO.

RAMIRO. Aun por aquí?
ESTRELLA. Si, señor.
RAMIRO. Don Diego perdió mi pista.
ESTRELLA. (No me atrevo á alzar la vista.)
RAMIRO. Está usté de mal humor?
ESTRELLA. No.
RAMIRO. Me pareció notar...
(Si rechazará el convenio?)
ESTRELLA. (Me va á juzgar de mal genio.
y no le voy á gustar.)
RAMIRO. Yo debo ser desde hoy
su consejero y amigo.
Qué tiene usted?
ESTRELLA. Si le digo
que nada tengo, que estoy
contenta.
RAMIRO. Será quizá
que la boda?
ESTRELLA. (Ya comienza.)
Vamos, que me dá vergüenza.
Háblelo usted con mamá.
RAMIRO. Pero usté acepta el enlace?
ESTRELLA. Vuelvo á decir que resisto
el hablar de eso.
RAMIRO. No insisto.
ESTRELLA. Diga usté, y cuándo se hace?
RAMIRO. Pronto, esta noche tal vez:
Pero si á usté le es molesto...
ESTRELLA. No... no... si ya está dispuesto,

fuera una ridiculez...

RAMIRO. Y pasaremos los dias
juntos. Usted lo desea?

ESTRELLA. Pues no... me gusta la idea!
Dice usté unas tonterias!

RAMIRO. Han de envidiar más de cuatro
nuestro porvenir risueño,
que aguardo con grato empeño.

ESTRELLA. Me llevará usté al teatro?

RAMIRO. Y á los toros, y al café,
y á los Campos, y al Retiro.

ESTRELLA. Y á los bailes?

RAMIRO. Sí.

ESTRELLA. Ramiro,
basta; me conviene usté.

RAMIRO. Y cuando no haya festin,
ni salgamos á paseo,
tendremos nuestro recreo
corriendo por el jardin.

ESTRELLA. Como hoy?

RAMIRO. Justo.

ESTRELLA. Pero, niño,
hoy por asirla inhumano
me hizo daño en esta mano.

RAMIRO. (*Cogiéndosela.*) A ver?

ESTRELLA. Otra vez le riño.
Aun se nota la señal.

RAMIRO. Y dice bien... pobrecita!

ESTRELLA. Tengo pupa.

RAMIRO. Un beso quita
los estragos de ese mal.

ESTRELLA. (*Retirando la mano.*)
Poco á poco... eso no cura.

RAMIRO. Es un bálsamo eficaz.

ESTRELLA. Me engaña usted?

RAMIRO. Soy veraz.

ESTRELLA. Pues bien, déle usté una untura.

RAMIRO. (*Besándola la mano repetidas veces.*)
Cuyo efecto extraordinario
observarán sus pupilas.
ESTRELLA. Basta.
RAMIRO. (*Id.*) Pondremos las hilas...
(*Id.*) Ahora la venda.
DIEGO. Canario!

ESCENA XVII.

Dichos, DON DIEGO.

RAMIRO. (Mi padre!)
DIEGO. (*Aparte á Ramiro.*) Dí, criatura...
(La calma voy á perder!)
No tienes otro qué hacer
que besar á mi futura?
RAMIRO. Me entretengo... no haya quejas,
que el caso es bien inocente...
DIEGO. Pues mira, chico, entretente
en pincharte las orejas.
RAMIRO. Tiene pupa, y yo mitigo
el dolor que la preocupa.
DIEGO. Pupa, eh?..
RAMIRO. Sí.
DIEGO. (No es mala pupa
la que tengo yo contigo!)
Y usted, faltando al recato,
á ello se presta gustosa!
ESTRELLA. Pues, digo... en alguna cosa
hemos de pasar el rato.
DIEGO. Justo!.. y sin ningun disturbio,
que tal solaz les impida,
pasarán así la vida.
ESTRELLA. Pues es claro.
DIEGO. Pues es turbio.
RAMIRO. Y, quién nos lo impedirá?

DIEGO. Yo.
RAMIRO. (*Aparte á Diego.*)
No alces el grito, yerno,
Cuidadito!
DIEGO. (*Id. á Ramiro.*) Anda al infierno.
Aquí viene la mamá.

ESCENA XVIII.

Dichos, AMALIA.

Señora, ha llegado usted
á tiempo muy oportuno.
AMALIA. De qué se trata?
DIEGO. Se trata,
de que colmará mi júbilo,
si se firman los contratos
sin pérdida de minuto.
AMALIA. Esa premura...
DIEGO. Conmigo
me trage al notario público,
que aguarda en la estancia próxima
para últimar el asunto.
AMALIA. Por mí no hay inconveniente,
y si los demás...
DIEGO. Ninguno
pueden tener.
AMALIA. (*A Estrella.*) Tú que dices?
Aceptas?
ESTRELLA. Con mucho gusto.
RAMIRO. (Coqueta!)
DIEGO. (Bendita sea
tu boca.) Vamos al punto.
(*A Estrella.*) El brazo?..
ESTRELLA. (*Tomándolo.*) Ay, señor don Diego,
si supiera usted el susto
que he pasado...

DIEGO. Por qué causa?
ESTRELLA. Ya que somos todos unos,
puedo decirlo. No es cierto?
DIEGO. Quién lo duda?
ESTRELLA. Se me puso
que era usté el novio.
DIEGO. Eh?..
ESTRELLA. Y aunque
no es usté un hombre vetusto,
que digamos... para mí
está usted ya muy maduro.
Verdad?..
AMALIA. Niña!..
ESTRELLA. Mi franqueza
no le agrada á usted?
DIEGO. Sí, mucho.
Pero no nos entendemos.
ESTRELLA. Por qué?
DIEGO. Porque lo seguro
es, que yo soy el dichoso
con quien debe unirse.
AMALIA. Justo.
ESTRELLA. (*Soltándose.*) El?..
AMALIA. Con este caballero
vivirás en santo yugo,
si sumisa y obediente
no quieres darme un disgusto.
ESTRELLA. Con don Diego?..
AMALIA. Que te adora
y será tu noble escudo.
ESTRELLA. Bien .. haré lo que me mandes.
Yo pensé... (Y el zamacuco
del hijo se desentiende,
y calla como un difunto!)
(*Aparte á Ramiro.*)
Gracias: se está usté portando.
RAMIRO. (*Id. á Estrella.*) Yo...

ESTRELLA. Me vé usté en tal apuro,
y me abandona.
RAMIRO. (*Id.*) Yo...
ESTRELLA. (*Id.*) Yo!..
Ay! parece usté un cartujo.
RAMIRO. Qué he de hacer... (*Id.*)
ESTRELLA. (*Id.*) Inventar algo
contra este fatal connubio.
RAMIRO. Renuncie usted. (*Id.*)
ESTRELLA. (*Id.*) No me atrevo...
RAMIRO. (*Id.*) Pues yo no encuentro recurso...
ESTRELLA. (*Id.*) Quiere usted que sea su madre!
RAMIRO. (*Id.*) La suerte así lo dispuso...
ESTRELLA. (*Id.*) Bueno; será usté mi hijo
y yo su mamá: no arguyo.
Va usté á llevar de mi mano
cada cachete mayúsculo,
DIEGO. Don Bruno el notario espera.
RAMIRO. (*A Estrella.*) Don Bruno espera.
ESTRELLA. (*A Ramiro.*) Don Bruno.
RAMIRO. Vamos?.. (*Sin moverse.*)
ESTRELLA. Vaya usted delante.
RAMIRO. No, yo seguiré su rumbo.
ESTRELLA. Andando voy. (*Sin moverse.*)
RAMIRO. (*Id.*) Voy andando.
AMALIA. (*Aparte á D. Diego.*)
Y no se mueve ninguno.
DIEGO. (*Id.*) Lo veo: van á la boda...
AMALIA. Cual si fueran al sepulcro.
Enlazar la flor marchita
con el lozano capullo,
es obrar contra lo que
el sumo Hacedor dispuso.
y este es un mal precedente
para nuestro bien futuro.
DIEGO. Es cierto.
AMALIA. Y yo no me atrevo...

DIEGO. Y yo caigo de mi burrro.
ESTRELLA. (*A Ramiro.*) Firmaré si usted lo exige.
RAMIRO. Quiero que haga usted su gusto.
ESTRELLA. Gustar á usté es mi deseo.
RAMIRO. Y amar á usted mi bien único.
AMALIA. Y el mio hacer la ventura
de quien más quiero en el mundo.
RAMIRO. Señora!
AMALIA. (*Aparte á Ramiro.*) Ni una palabra.
Amas á Ramiro? (*A Estrella.*)
ESTRELLA. Mucho.
AMALIA. (*A Ramiro.*) Y usted promete fielmente
hacer su dicha?
RAMIRO. Lo juro.
AMALIA. Pues entonces que el Señor
os una en sagrado nudo.
ESTRELLA. Ah! qué oigo?...
RAMIRO. Es usted un ángel.
ESTRELLA. (*A D. Diego.*) Y usté aprueba?...
DIEGO. Capitulo.
ESTRELLA. Ahora si que le amo á usted
con el alma.
DIEGO. No lo dudo.
(*A Amalia.*) Señora, nos han vencido.
AMALIA. Para mí es grato su triunfo.
DIEGO. Sin embargo, la venganza
puede halagar nuestro orgullo.
AMALIA. No entiendo...
DIEGO. Que nuestro enlace
sea la rebancha del suyo.
AMALIA. Está usted loco!
DIEGO. Por qué?
RAMIRO. Es el plan más oportuno.
AMALIA. Pero conviene pensarlo.
DIEGO. Quiá... no... hacerlo y fuera escrúpulos.
RAMIRO Hecho. (Y veo que mi padre
demuestra excelente gusto.

Amalia, aunque ya no es niña,
tiene unos ojos tan chuscos...
y una gracia...) Por supuesto,
viviremos todos juntos?

DIEGO. No, chico: yo con mi esposa
me establezco en otro punto.
Me voy á las islas Chinchas,
ó á la orilla del Danubio.

RAMIRO. Ahí cerca.

DIEGO. Pero no importa:
yo te escribiré á menudo
por el correo interior.

RAMIRO. Gracias.

DIEGO. Que aguarda Don Bruno,
El brazo? *(A Amalia.)*

AMALIA. *(Cojiéndose)* Usted se ha empeñado...

DIEGO. (*A Ramiro.*) Y tú á la tuya.

ESTRELLA. Un minuto.
(*Al público.*)

Salir de mi reclusion
y encontrar un buen esposo,
era mi sueño dichoso,
era mi bella ilusion.
Y aunque tan grata ambicion
ver cumplida me acomoda,
le falta á mi dicha toda,
que tu bondad extremada
me dispense una palmada
como regalo de boda.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 24 de Noviembre de 1864.—El censor de Teatros.—Narciso S. Serra.

À GUSTO DE TODOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. CALISTO NAVARRO

Y

D. PEDRO GORRIZ.

Estrenado con aplauso, en el Teatro de Apolo de Madrid, la noche del 26 de Junio de 1880.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE M. P. MONTOYA Y C.ª
Calle de los Caños, número 1.
1880.

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
Gloria	Srta. Doña Amparo Diaz.
Ramona	» Ana Varela.
Doña Rita	Sra. Doña Carmen Fenoquio.
Federico	Sres. Don Pedro R. de Arana.
Don Roque	» Melchor Ramiro.
Pepito	» Manuel Higuera.

La accion en un establecimiento de baños.—Época actual.

ACTO ÚNICO

Sala en una casa de baños. Cuatro puertas laterales, y una al foro, que se supone ser la de entrada.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, despues PEPITO.

ROQ. Pues señor, las nueve dadas
y sin salir ese niño!...
Esto no puede ser más
sino que se habrá dormido.
Necesario es despertarle.
Don Pepito!... Don Pepito!...
(Llamando en la primera puerta derecha).
PEP. (Dentro). Voy enseguida, Don Roque.
ROQ. Vamos, hombre!
PEP. (Dentro). Voy, he dicho.
ROQ. (No sigue mis prescripciones
con la fé que en un principio).
PEP. Ya me tiene usted aquí.
(Saliendo con una manta).
ROQ. Cuántos van?
PEP. Cuatro.
ROQ. No digo!
Cuatro baños! Son las nueve.
PEP. A tomar voy ahora el quinto.

ROQ. Es poco, es poco!
PEP. Canario!
Pues desde aquí á anochecido!...
ROQ. Doce minutos y fuera.
Se lleva usted el abrigo?
PEP. Sí; la mama, como siempre.
ROQ. Ya verá usted que rollizos
nos ponemos en tres dias.
PEP. Pues al presente...
ROQ. Pero, hijo,
no hace más que una semana
que á mi plan se ha sometido.
Baño y cama y á sudar
allí bien arropadito,
y al baño otra vez, y luego
á la cama...
PEP. (Y morir tísico.)
Y... dígame usté. A ese plan
se aviene don Federico,
el que llegó anoche?
ROQ. Aún no.
PEP. Ya!
ROQ. Porque no se lo he dicho;
pero en cuanto lo conozca...
PEP. (Se marcha ó te pega un tiro!)
ROQ. Con que vamos, que ya es tarde.
PEP. Ya voy... ya voy...
ROQ. (Pobre chico!)
PEP. (Si no fuera por la otra,
yo le diria á este tio)... (Váse foro).

ESCENA II.

DON ROQUE.

La verdad es que le pongo
al borde del precipicio.
El... no es fuerte que digamos
y va quedando hecho un hilo;
pero yo ensayo con él
mi nuevo plan curativo.

Si escapa, le doy á Gloria
por esposa,—que es su *pio*,—
y si se empeña en morirse...
se le entierra, que es lo mismo.

ESCENA III.

DON ROQUE. FEDERICO.

FED. Muy buenos dias, doctor.
ROQ. Calle! Usted ya levantado?
FED. Aunque aún estaba cansado,
soy algo madrugador,
y antes de que el sol irradie...
ROQ. Eso es bueno. La pereza...
FED. Pero hombre; con extrañeza,
no he visto por ahí á nadie.
No hay bañistas?
ROQ. (Con impaciencia.) Tres!
FED. Poco es;
y á la verdad... no me incita...
ROQ. Don Pepito, doña Rita
y usté.
FED. Sí; dos y uno, tres.
ROQ. Tambien está la criada
de doña Rita; trigueña...
buen tipo de madrileña..,
FED. Y... doña Rita, es casada?
ROQ. Tal creo.
FED. Y es guapa?
ROQ. Sí.
Algo jamon... pero aún bella.
FED. Y es Rita?...
ROQ. Rita Paella.
FED. (Bella y *paella*?... *Pa mi.*)
Ví anoche á una señorita...
si no es infiel mi memoria...
ROQ. Esa es mi sobrina Gloria.
FED. Pues mire usté, es muy bonita!
ROQ. Favor...
FED. No, no; yo soy ducho

en esa materia.
ROQ. Sí?
FED. La que me hace gracia á mí...
Es muy guapa!
ROQ. Y sabe mucho!
La enseñé idiomas diversos
que aprendió con eficacia,
y además, tiene la gracia,
poco comun, de hacer versos.
Cuando habla, me quedo vizco;
y son, por tiernos afectos,
sus autores predilectos
San Martin y Ayguals de Izco.
FED. Encuentro su elogio justo;
pero... quisiera dar fé...
Hombre, presénteme usté!
ROQ. Tendré en ello mucho gusto.
Me ha sido usté muy simpático.
FED. Gracias!
ROQ. No es por adularle;
yo me propongo tratarle
por mi método hidropático.
FED. Invencion de usted?
ROQ. Cabal.
Son estudios especiales...
FED. Con aguas... medicinales?
ROQ. O del Lozoya; es igual.
Reumatismo? Agua! Fricciones...
FED. Agua?
ROQ. Sí.
FED. De qué?
ROQ. Agua... pura.
Baños cuando hay calentura;
baños cuando hay congestiones.
Inapetencia? Agua fria!
Catarros? Agua templada!
Bronquitis? Agua endulzada!
Tísis? Agua! Pulmonía?
Agua!
FED. No arruina ese gasto.
ROQ. Mi cerebro es una fragua.
Todo lo curo con agua;

agua, y agua á todo pasto.
Con escuela tan sencilla
nuevo sistema se traza,
y... me darán una plaza...

FED. Sí!! (De manguero en la Villa.)

ROQ. Su indiscutible excelencia
tendrá usté ocasion de...

FED. No;
porque aquí he venido yo
á curarme una dolencia...

ROQ. Mal muy grave?

FED. Sin segundo.
Un humor...

ROQ. Lo iba á decir.

FED. Tengo el humor... de seguir
el humor á todo el mundo.

ROQ. Tiene gracia!

FED. Hombre especial,
sin mentir no sé vivir,
seguro de que el mentir
es un pecado... venial.
Yo, del rico al pordiosero
complazco de varios modos;
mintiendo á gusto de todos,
nadie me llama embustero.
Que un ciego quiere probar
que vé? Pues yo sin sonrojo
lo afirmo. Qué baila un cojo?
Y por qué no ha de bailar?
Si usté en curar tiene empeño,
aunque lo contrario note,
le he de decir que es un zote?

ROQ. (Vaya con el madrileño!...)

FED. Mi tia doña Javiera,
vieja, y más rica que yo,
se ha empeñado, quiera ó no,
en escojerme carrera.
Yo al foro tengo aficion,
pero me falta fortuna;
y ella me ha elegido una
contraria á mi vocacion.
Desairarla... no era justo

y acepto... y me causa risa.
Pretende que cante misa
y... ya vé usted; le doy gusto.
Qué me importa á mí cantar
lo que le plazca á mi tia,
si se muere el mejor dia
y la tengo de heredar?

ESCENA IV.

DICHOS. PEPITO, muy envuelto en su manta.

PEP. Ya estoy de vuelta, don Roque.
Caballero... (Saludando á Federico.)
FED. Señor mio... (Idem.)
ROQ. Don José Plá. (Presentándolos mútuamente.)
PEP. Servidor.
ROQ. El señor don Federico...
FED. Mendez, servidor de usted
PEP. Téngame usted por su amigo...
(Se dan la mano.)
ROQ. Y... cómo vamos? (A Pepe.)
PEP. Muy débil! (Quejumbroso.)
ROQ. Pues á sudar, don Pepito!
Y despues... al agua!
PEP. Bueno... (Resignado.)
Y van seis... Con su permiso. (A Federico.)
FED. Es usted muy dueño...
PEP. Adios!
(Vase primera derecha.)
FED. Adios. Quién es este tipo? (A Roque.)
ROQ. Un infeliz!
FED. Se conoce.
Sigue su plan curativo?
ROQ. Ah! Sí señor; con vehemencia!
FED. (Ya lo indica... en lo rollizo.)
ROQ. Vaya... es hora de consulta:
tendré un placer infinito
en presentarle á la niña...
FED. Vaya usted con Dios, amigo.
La obligacion ante todo.
ROQ. (No me disgusta este chico!) (Vase, foro.)

ESCENA V.

FEDERICO.

Ea!... Rompamos el fuego.
Ya me he procurado indicios
para ponerme en campaña
en estos baños benditos.
Una jamona, no fea,
y ausente de su marido;
una niña espiritual
y una chula... por lo fino.
Un médico estrafalario
y un sér endeble y anfibio.
Para ver si mato el tiempo,
bien poco más necesito.
La criadita... veamos
si hago blanco al primer tiro.

ESCENA VI.

FEDERICO. RAMONA.

RAM. Voy á ver... (Saliendo por el foro.)
FED. Viva la gracia!
RAM. Calle! Usté es nuevo.
FED. Flamante!
(Imitando en toda la escena su modo de hablar chulo.)
Tú sirves á doña Rita?
RAM. Sí, señor.
FED. Mujer de empaque?...
RAM. Y de estómago.
FED. Qué dices?
RAM. Lo que todo el mundo sabe.
Que parece que nació
la pobre el año del hambre.
FED. Es glotona?
RAM. Como un buitre:
bien lo dice su semblante.

Cada vez que dá el reló,
se toma su *piscolavis.*

FED. No es mucho...

RAM. Es que ella lo gasta
de repeticion.

FED. Ah! Diantre!

RAM. A las ocho, su café;
luego despues, chocolate;
sobre las once, el almuerzo;
á las dos, comer... en grande!
á las cuatro, un tente en pié;
merienda un poco más tarde,
y así... hácia las cinco y media...

FED. El demonio que la aguante!

RAM. No es demonio, que soy yo,
y me quema más la sangre!...

FED. Pues, hija... ni el Caballero
particular! Qué gaznate!
Y... su marido, qué dice?

RAM. Su... marido?

FED. Sí.

RAM. Dios sabe
dónde estará: desde el dia
que lo dejaron cesante,
tomó piés... y hasta el presente
no dá de vida señales.

FED. Si no se va, se lo come.

RAM. No habria de qué extrañarse,
porque un dia se comió
todas las muestras de Lhardy,
y lloró porque no pudo
comerse el escaparate.
No piensa más... que en de aquí.
(Seña de comer.)
y los demás... aunque rabien:
de modo que... estoy más harta
de servir á ese *alifante*!...

FED. Tú... serás chica de historia.

RAM. Por el modo de expresarme
lo dice usted?

FED. Justamente.

RAM. Pueden venderme en romances.

FED. Cuenta!

RAM. Yo ví la luz pública
hace veinte años cabales.
Mi madre era cigarrera
y mi *papá* vigilante.
Murió el pobre hecho un sorbete
en una helada muy grande,
y yo entonces *puse un puesto*
de fósforos de Cascante,
papel de Alcoy y periódicos
en frente á las Cuatro Calles.
Despues me hice chalequera,
siendo orgullo de la clase...
pero... me vió Paco un dia...
me hizo tilin... y al escape
dejé el oficio de *sastra*,
y me casé.

FED. Te casaste!

RAM. Sí, señor; pero muy pronto
quedé viuda.

FED. Fiero trance!

RAM. El... era muy dado á broncas,
y en una... salvo la parte...
(Señala el estómago.)
le pegaron un *metido*,
y... en fin... *requiescat in pace*.

FED. Conque eres viuda? Me gustas!

RAM. Pero, hombre... *quié* usté quedarse
conmigo?

FED. Pues ya lo creo!

RAM. Pero si yo no soy nadie!

FED. Tú tienes mérito!

RAM. Puede!!

FED. Una figura agradable...
y... en fin, que me gustas, chica.

RAM. No venga usted con romances...

FED. Mujer... que me has hecho gracia,
porque sí! Y en Capellanes
cuando á *Madriz* nos volvamos,
si es que á tí te gusta el baile,
nos vamos á *hartar*, chiquilla,
los domingos por las tardes.

Y voy á ver tu salero
en eso de *toma* y *dale*...
(Baila á lo chulo.)
y allí... que yo te lo digo!
verás si damos *hachares*
á todas las pollas *cúrsis*
y á más de cuatro *silbantes*

RAM. Usté y yo?... Seria un pueblo!

FED. Vamos, chica... que te *cayes*!
Apuradamente, yo
me pinto para esos lances.
Y luego... en el *ambrigú*,
dos pastelitos de hojaldre
y unas *tintas*... y tan frescos,
de *bracilete* á la *caye*.

RAM. Pero... es formal?

FED. Pues es claro!

RAM. Como gasta usté...
(Señala á la levita.)

FED. Y qué le hace?
No ves tú que el adelanto
nos hace á todos iguales?

RAM. Yo... la verdá... ¿á qué está una?
Mas como hay tanto tunante...

FED. Yo te quiero á tí... por eso;
pues!... y las cosas... formales...
me gustan á mí; te enteras?

RAM. Si usté promete portarse
como un *cabayero*...

FED. Toma!
Eso... de su peso cae.

RAM Yo... *miste*... comprometia
á la presente... con nadie.
Tengo mi *aquel*... y me gusta
yevar la cara así... *alante*...

FED. Yo tengo tu mismo gusto...
y si lo dudas, repárame.

RAM. Sin que ninguno me diga,
se entera usted?—que la baje.

FED. Pues yo... vamos al decir...
en los *quereres* soy frágil,
y me pasa... lo que á todos,

que en viendo una mujer... *barbi*
me... ya me entiendes... me arrimo.

RAM. Pues *miste*... que no le pasen
á usté conmigo esas cosas,
porque yo tengo un *caráter*
que me *encelo de seguía*,
y doy con la calma al traste.

FED. No, si estando sobre aviso
no habrá de qué; no te alarmes.

RAM. Bueno... pues por mí... corriente;
pero... por supuesto, á *escape*,
lo de la boda.

FED. (Afan tiene
este chica de casarse.)

RAM. Qué murmura usted?

FED. Primero
hay que ver si los *geniales*...
Ya ves tú... no es puñalá
de pícaro. Cuando pasen
unos dias...

RAM. Es que... ojo!
porque me *mudo* al instante.

FED. Yo te llevaré los trastos
cuando pienses en mudarte. (Acercándose mucho.)

RAM. Eso... al Frascuelo.

FED. Es que...

RAM. Abur,
porque está el ama esperándome.

FED. Pues vé; mas lo dicho...

RAM. Dicho.

FED. (Cayó pez!)

RAM. (Como le atrape!...) (Váse.)

ESCENA VII.

FEDERICO. PEPITO. (Con la manta al brazo.)

PEP. Usted gusta? (Saliendo de su cuarto.)

FED. Que aproveche (Volviéndose.)
Pero ¿dónde va usté?

PEP. Al baño.

FED. ¿Otra vez?
PEP. Y otras quinientas!
Don Roque me ha condenado
á baño perpétuo.
FED. Pero...
Qué sufre usted?
PEP. Si es lo raro
que yo estoy bueno! Es decir,
lo estaba.
FED. (Pobre muchacho!)
PEP. Ahora... siento unos vahidos...
y un malestar tan extraño...
FED. Suspenda usté el tratamiento.
PEP. No: que entonces no me caso.
FED. Cómo?
PEP. Yo, con mi familia
vine aquí el año pasado;
ví á Gloria, me gustó mucho:
pedí á don Roque su mano,
y éste me dijo: «Pepito,
indispensable es pensarlo:
me tomo un año de tiempo;
vuelva usté dentro de un año.»
Pasó un mes .. y dos... y tres...
cuatro y cinco...
FED. Y doce. Al grano.
PEP. Pues el grano es que me estoy
poco á poco aniquilando.
A cambio de una promesa
á su plan me he sujetado,
y, segun dice, le sirvo
de... no se qué.
FED. (De espantajo.)
PEP. Ay, Gloria, Gloria!
FED. Y... es guapa?
PEP. Sí, señor.
FED. Anoche, al paso
la ví, más juzgar no pude...
PEP. A mí me tiene embobado!
(Con pasion cómica.)
Le miraria á usted mucho?
FED. Hombre... sí; me miró algo.

PEP. Mira á todos!
FED. Mira?...
PEP. A todos!
menos á mí.
FED. (No lo extraño.)
PEP. Caramba!... pasa la hora...
Vaya adios. (Váse corriendo.)
FED. Hasta otro rato.
Tendria gracia dejarle
sin novia... Habrá que intentarlo.

ESCENA VIII

FEDERICO. DOÑA RITA.

RIT. Descaro se necesita...
Yo le juro... (Un forastero.)
(Ve á Federico.)
Dispense usted, caballero...
FED. (Al arma! Esta es doña Rita.)
RIT. Que estaba sola creí,
y á mi criada reñia...
FED. Pues nada, señora mia,
haga usté abstraccion de mí.
Tambien tengo, por mi mal,
que tratar á esas taimadas,
y está el ramo de criadas
de una manera fatal!
Mucho sisar, muchos gritos,
no hay bien de que no se alaben,
y llega el caso, y no saben
hacer unos huevos fritos.
Yo, que la mesa es mi Eden,
y comer bien me embelesa,
cuando me siento á la mesa
quiero comer mucho y bien.
RIT. Usté es gastrónomo?
FED. No:
mas me gusta disfrutar...
Quien no educa el paladar,
no puede ser *comm'il faut*,

Si el comer nos dá la vida
y la vida impulsa al sér,
vivir, es decir, *comer*;
nadie vive sin comida.

RIT. Hay, sin embargo, afecciones...

FED. Es exacto que hay algunas...
pero... jamás en ayunas...
nacieron grandes pasiones!

RIT. Venga esa mano! (**Entusiasmada.**)

FED. Por qué? (Sorprendido.)

RIT. Por su talento fecundo!

FED. Cómo, señora!...

RIT. Yo abundo
en el parecer de usté.
Si mi marido,—un malvado,—
pensara de la manera
que usted... Ay! nunca se hubiera
de su mujer separado.

FED. Luego usté es casada?

RIT. Sí.
Cedí á la fascinacion...

FED. Qué terrible decepcion! (Con aire dramático.

RIT. Mas... caballero!..

FED. Ay de mí!
Cuando la bruma disipo
que el sol de mi vida aflije!...
—Federico—yo me dije
al verla á usté,—ese es tu tipo.
La mujer que tu alma adora,
ahí está!

RIT. Si fuera viuda...

FED. Oh! no le quepa á usted duda;
usté es mi tipo, señora.

RIT. Mi esposo huyó...

FED. (Yo tambien
huyera.)

RIT. No sé si vive...

FED. Y usté esperanza concibe?...
Una esperanza!

RIT. Pues bien...
si ha muerto...

FED. (Que es problemático...)

Siga usted.

RIT. Si averiguar
logro... No puedo negar
que me es usted muy simpático.

FED. Oh dulce amor! Oh placer!

RIT. Silencio!

FED. Mas...

RIT. Si á los dos
por fin nos llega á unir Dios...

FED. ¡¡Cuánto vamos á comer!!

RIT. Oh!

FED. Tal es de ambos el lema,
y marchando de consuno,
pronto, de los dos el uno
pondrá en planta este sistema
fácil, que todo lo expresa
si el otro el ingénio aguza.
«Te amo.» Te ofrezco *merluza*
en *blanco* ó en *mayonesa*.
No hay frases bien *sazonadas*
de una pasion en los giros,
como un *puré* de suspiros
ó un *fricandom* de miradas.
Por un beso, un *entrecot*,
y enloquece á dos amantes,
un corazon con *guisantes*
y una fé á la *papillot*.
La vida así es una balsa
y es muy dulce, si lo observas,
un—«te amo»—á *las finas yerbas*
ó un—«*no me olvides*» *en salsa*.
Un *plum-pudding* de ilusion,
un *bisteek* de simpatía,
en *rosbeef* la idolatría,
y esperanza *aux champignons*.
Sirviendo de estimulante
de este amor en el festin,
podemos tener al fin
celos con *salsa picante*.
Escribir! Gastar papel!
Expuesto á echar un borron!
No expresa más un *salmon*?

No es elocuente un *pagel*?
Pues en ocasiones muchas,
no indica pasion divina
un *jabalí en galantina*
ó un par de sabrosas *truchas*?
A cuenta de penas, *ron*;
buen *medoc* por un—«te quiero,»—
y en lugar de insomnio fiero,
una grata digestion.
Esta es para mí la ciencia;
sin esto, la vida es nula.
Amor! Amor... á la gula!
Guerra á muerte á la abstinencia!

RIT. Ah! Qué festin! (Encantada.)
FED. (Que aproveche.)
RIT. Voy á darle á usté á probar
una lata singular
de *almejas en escabeche*.
FED. Plato que yo adoro ciego.
RIT. Pues voy...
FED Va á usté á molestarse?
RIT. No, no... Merecen probarse.
FED. Oh! Cuánto amor!
RIT. Hasta luego.
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA IX.

FEDERICO, luego GLORIA.

FED. Este amor sí que tiene tres bemoles!
Terrible pepitoria!
Mujer estomacal!...
GLOR. (El!) (Por la segunda puerta izquierda.)
FED. Caracoles!
y qué cambio tan brusco!) Gloria!! Gloria!!
GLOR. Sabe mi nombre!
FED. Sí, niña divina,
encanto, ídolo mio!
que si usted de don Roque es la sobrina...
por fuerza es la sobrina de *ese tio*.

GLOR. (Cómo su acento enérgico me inflama!)
FED. Usted, Gloria me ama? Usted me ama!
(Con arranque).
GLOR. Yo?
FED. Sí; tú misma, tú! (Yo la tuteo.)
La chispa fulminante
en tus bellos y amantes ojos veo.
y ella refleja tu pasion gigante!
A la dicha me entrego
que me brinda tu amor, mujer sensible.
No me niegues que me amas!
GLOR. (Confusa). No lo niego...
no lo puedo negar...
FED. *N'est pas posible.*
GLOR. Te ví y te amé! Tus ojos en los mios
fijaste un punto ¡ay triste!
y para tí cesaron sus desvíos.
FED. (Pues, señor, esto sí que tiene chiste).
GLOR. Mi amor... no es un amor... así cualquiera
que apénas dura un hora;
no es la chispa fugaz; es una hoguera
voraz, inextinguible, abrasadora!
No quiero que me quieras!
FED. Pues qué quieres?
GLOR. Pretendo que me adores:
que en un sér se confundan nuestros séres;
que me ames mucho, sí, mas que lo ignores.
FED. (Esto sí que se va poniendo sério!)
GLOR. El que dice pasion, dice misterio.
Qué le importa á la gente
de nuestro amor naciente?
Por qué se ha de enterar el mundo entero
si tu fé se confunde con la mia?
FED. Es verdad.
GLOR. Divulgar eso, sería...
FED. Dices bien; dar un cuarto al pregonero.
GLOR. Estando solos... bien. Nada de engaños!
Decirte que te adoro, yo no eludo;
mas... delante de extraños...
FED. Indiferencia!
GLOR. Más! Encono rudo!
Insulto tras dicterio!

Verás si así guardamos el misterio.

FED. Aprobado. Me gusta.

GLOR. Y no es quimera,
que aquesto mis instintos favorece.
Ay, Federico mio! Quién pudiera
amar con el ardor que se aborrece!
No te aprieta la mano el que te adula,
con la fuerza de aquel que te estrangula.
La palabra *querer* es muy usada
y la olvidó la gente.
Te adoro! es muy vulgar... no dice nada.
Te aborrezco! es más nuevo y más valiente.

FED. Pues bien; te daré gusto;
más si luego te asustas...

GLOR. No me asusto.
Agravio tras agravio
lanza sobre mi frente asaz altiva;
que de tu amante lábio
no se aparte un momento la diatriva.
Eso es lo que yo anhelo
si la tierra he de ver trocada en cielo.
No ves que en cada frase horrisonante
te veo más rendido y más amante?

FED. De manera que tú?...

GLOR. Sí, Federico;
al idioma español, que es harto rico,
le falta... iniciativa...
(Federico se santigua).
algo... así... que yo misma no me explico.

FED. Y lo vas á poner patas arriba?
Pues... la oracion volvamos por pasiva.
Mujer descomunal!

GLOR. Sigue... (Entusiasmada.)

FED. Deforme!
Insustancial!..

GLOR. Prosigue...

FED. Ruin y fea!
Quieres que siga?

GLOR. Sí!

FED. Y estás conforme?

GLOR. Si me lo dices tú... fuerza es que sea.
Deforme, en mi lenguaje es adorable;

insustancial, divina;
en fea y ruin, traduzco yo intachable.
Sigue, sigue, mi bien, que me fascina!!!

FED. (Pues no es poca jactancia!)
Los insultos, conviertes en sustancia?
—Y dí; si en mi furor, con fuerte mano
tu brazo blanco heria,
eso, que es un pellizco en castellano,
en tu nuevo lenguaje, qué sería?

GLOR. Si era caricia dulce... amor sin tasa.

FED. Y si era retorcido?... Si dolia?

GLOR. Una barbaridad... como una casa.

FED. Pues entonces, tu idioma no es tan vário,
porque así lo define el diccionario:
lo cual prueba, mi bien, que los chichones,
do quier dejan señal,
siendo, por tanto, en todas las naciones
idioma universal.
Mas no importa: me avengo á tu deseo,
aunque resulte nulo.

GLOR. Gracias! (Cogiéndole la mano.)

FED. No... no hay de qué.

RITA. Qué es lo que veo?
(Saliendo con la lata.)

GLOR. Sorprendidos!

FED. Aquí del disimulo!

ESCENA X.

DICHOS.—DOÑA RITA.

RITA. Es usted el que hace poco
de amor y dichas me hablaba?
Es usted el que, sembrando
en mi pecho la esperanza,
suporobarme un secreto?

FED. Lo dice usted por la lata?

RIT. Por la confesion lo digo,
que ahora me sonroja.

FED. Basta!
Gratuitas suposiciones
ni las quiero, ni hacen falta.

RIT. Usted enamora á Gloria.
FED. Tal suposicion es falsa.
De una polluela tan *sosa*
yo no puedo esperar nada.
Su rostro *no me interesa*.
GLOR. (Oh! cuánto, cuánto me ama!)
FED. No hay *esbeltez* en su talle,
ni *viveza* en su mirada,
ni *gracia* en sus movimientos
ni *atractivo* en sus palabras.
Delante de ella lo digo;
de eso hace poco la hablaba.
RIT. (Será verdad?... Sí, no hay duda,
cuando ella lo oye y se cal a.)
Dispense usted, señorita,
las apariencias engañan.
GLOR. (Mi plan... mi plan!..
RIT. Yo he creido
(Sale Ramona y escucha.)
que usted su amor me robaba.

ESCEMA XI.

DICHOS, RAMONA.

GLOR. Qué amor?
FED. (Estalló la mina!)
RIT El de Federico.
GLOR. Qué?
RAM. Quía!!! (Acercándose.)
RIT. Cómo!
RAM. Límpiese usté! (A Rita.)
RIT. Tú, fregona, á la cocina!
FED. (Adios!)
GLOR. Yo en sueños le ví!..
FED. (Cristo!)
RIT. Y á mí me enamora!
RAM. Poquito á poco, señora,
que este *gachó* está por mí.
FED. (*Tableau*!)
GLOR. Qué revelaciones!
RIT. Que te ama á tí? Qué sofoco!

RAM. Aquí mismo, hace muy poco,
me ha pedido relaciones.
GLOR. Dioses! Y yo he de sufrir
en silencio su desvío?
No!... Su amor es mio... mio!
FED. (Ganas me dan de reir.)
GLOR. Sus lábios me lo dijeron
al robarme el corazon
y en la celeste mansion
los querubes sonrieron.
RIT. Conque á usted?...
GLOR. Sí.
RIT. Dios eterno!
RAM. Bribon!
GLOR. De amor en las redes...
RIT. Luego, ¿se entienden ustedes?
FED. En cifra, como el Gobierno.
Si á esta le gusta bailar, (Por Ramona.)
y el afan de usté es comer, (A Rita.)
y tú gozas en hacer
trocatintas al hablar,
he de cambiar yo en dos dias
vuestra usanza perdurable?
Por qué he de ser yo culpable
de todas esas manías?
Puedo yo acaso hacer más?
Porque *eres*, amor te pido: (A Ramona.)
amo á usted, por lo *que ha sido*, (A Rita.)
y á tí, por lo que *serás*. (A Gloria.)
RAM. De... veras?
GLOR. Pues, ¿por qué luchas?
RIT. Me ama usté?
FED. A las tres!
RAM. La mar!
FED. Pero... fuerza es confesar
que tres mujeres... son muchas.
RAM. Charrán!
RIT. Mal hombre!
GLOR. Perjuro!
FED. Me rechazan! Dios potente!
Tú lo ves!! (Mete con rabia la mano en el bolsillo interior de la levita.)

RIT. No! no! (Corriendo á él. Ramona hace lo mismo.)
GLOR. Detente! (Asustada conteniéndole.)
FED. Iba á encender este puro! (Sacando con calma un cigarro.)

ESCENA XII

DICHOS. DON ROQUE.

ROQ. Pues, señor, ya estoy aquí. (Observándoles.)
(Qué caras!... Algo pasó.)
(Breve pausa.)
Estorbo acaso?
GLOR. No.
RIT. No.
(Otra pausa.)
ROQ. Disgustos tenemos?
FED. Sí.
ROQ. Sepamos...
RIT. No tiene enmienda.
(Casi á un tiempo.)
GLOR. El señor...
FED. Que yo...
RAM. Este pez...
ROQ. Si hablan todos á la vez,
es imposible que entienda.
FED. Que yo la culpa no tengo,
probado está de mil modos;
pues siendo Á GUSTO DE TODOS
con todos siempre me avengo.
Que su sobrina es muy mona,
que doña Rita me incita,
y enamoré á doña Rita,
y á esta niña y á Ramona.
Mas todas, en vez de hacer
algun discurso encomiástico
de este corazon elástico,
casi me quieren comer.
Y ahora que aquí usted llegó,
y sabe punto por punto
los giros de aqueste asunto

femenil, pregunto yo.
Hay motivo?

LAS TRES. Sí!!

FED. Pues haylo,
mas no me dá pesadumbre.
(Encogiéndose de hombros.)

ROQ. Su conducta...

FED. Es mi costumbre.
Al son que me tocan, bailo.

ROQ. Bien por la desenvoltura!

FED. Además... hoy mismo, hoy,
no le dije á usted que estoy
estudiando para cura?

RAM. Miren...

RIT. Recurso villano!

FED. Mi tia... que es una hiena,
que cante misa me ordena...

GLOR. Y cantarás?

RAM. En la mano!

ROQ. Tenga usted más juicio.

FED. Cómo?
(Altivamente.)

ROQ. ¿Acaso mejor no fuera
casarse?

FED. Quién? Yo? Cualquiera
se casa hoy dia!

ESCENA XIII.

DICHOS, DON PEPITO, (envuelto en la manta.)

PEP. *Ecce homo*!

ROQ. Pues yo, amigo, le repito
que es conveniente ese paso.

FED. Mire usted; yo, no me caso,
ni me baño; eso... á Pepito.

PEP. Don Roque!! Don Roque!!!

ROQ. Qué? (Secamente.)

PEP. Basta, por Dios!

FED. (Infelice!)

PEP. Soy hombre al agua!!

ROQ. Qué dice?

FED. Dice... que le case usté

AL PÚBLICO.

Temblando de pena y susto
llego ante vosotros hoy
y á vuestro fallo me ajusto.
Si á gusto de todos soy...
logre ser de vuestro gusto!
Mi objeto fué hacer reir
y empleé diversos modos.
Si me quereis aplaudir,
ufano podré decir
que soy... A GUSTO DE TODOS!

TELON.

OBRAS DE D. CALISTO NAVARRO

Y EN COLABORACION CON OTROS AUTORES.

A la puerta del Suizo.—Zarzuela en un acto y en verso
¡*Al Polo*!! Idem id. id.
¡*A España*!—Idem id. id.
Arriba y abajo.—Idem id. id.
Amor obliga.—Idem id. id.
A gusto de todos.—Comedia id. id.
A lo tonto .. á lo tonto!—Idem id. id.
Antojos.—Idem id. prosa.
A terno seco.—Zarzuela id. en verso.
A Segura llevan preso —Juguete en un acto prosa.
Anuncio importante.—Zarzuela id. id.
Antes y despues.—Comedia en dos actos verso.

Bueno como el pan.—Comedia en dos actos y en prosa.
Bromas pesadas.—Zarzuela en un acto y en verso.
Boda ó muerte.—Idem id. id.
¡*Bilbao es nuestro!*—Apropósito id. id.

Chindasvinto.—Juguete cómico id. id.
Congreso doméstico.—Zarzuela, idem id.
Como perros y gatos.—Juguete en un acto, idem.
Curro-Cúchares.—Monólogo id. id. id.
Con buen fin.—Comedia en dos actos, id.
Con paz y ventura.—Zarzuela id. id. prosa.
Corona contra corona.—Zarzuela en tres verso.
Cosas de pueblo.—Idem en dos actos id.
Con editor responsable.—Idem en uno id. prosa.
Corina.—Idem en uno verso.
Cosas de Pepe.—Comedia en dos, prosa.
Dar la castaña, zarzuela en uno, verso.

Dos Germanes.—Comedia en dos actos y en prosa.
Dos entre dos.—Zarzuela en uno verso.
Dos leones.—Idem en dos actos, prosa.

Dos reales de judias.—Sainete en uno verso.
Distracciones.—Juguete id. id.
Dudas y celos.—Zarzuela, id. id.

El pueblo rey.—Apropósito lírico, idem id.
El 93.—Zarzuela, idem id.
El Inválido.—Idem id. id.
El héroe de Alcabon.—Apropósito id. id.
El dia del santo.—Idem id. id.
El café Imperial.—Pasillo id. id. id.
El nuevo impuesto.—Apropósito id. id. id.
El barrio de Maravillas.—Drama en dos id.
El 22 de Junio.—Idem uno id.
El estudiante.—Zarzuela id. id.
El baile del porvenir.—Idem id. id.
El monaguillo de las Salesas.—Idem id. id.
El ángel vengador—Juguete en id. prosa.
El domingo.—Comedia, id. verso.
El cementerio del año.—Revista, id. id.
El salto del gallego.—Parodia, id. id.
El laurel de oro.—Zarzuela en dos actos id.
El dinero y la fortuna.—Idem en dos cuadros id.
El ramo de la africana.—Comedia, en uno prosa.
El Bazar.—Revista id. y en verso.
Electro-manía.—Juguete id. prosa.
En la venta.—Sainete-lírico id. verso.
En Leganés.—Zarzuela id. id.
Escupir al cielo.—Comedia dos actos prosa.
Enciclopedia.—Idem en un acto id.
España y sus hijos—Drama id. verso.
Efecto contrario, comedia id. prosa.

Fabula de Samaniego.—Zarzuela un acto y en verso.
Francia y España..—Paralelo en dos cuadros, idem.
Firmar las paces.—Zarzuela id. id.
Frasquito Barbales.—Idem id. id.
Firmar la paz.—Comedia id. id.
Fortuna te dé Dios hijo.—Zarzuela id. id.
Fuego en guerrillas.—Idem id. id.

Gundemaro.—Juguete en un acto y en prosa.

Hija única.—Juguete en un acto y en prosa.
Héroes y verdugos.—Zarzuela en tres actos verso.
Hipócrates y Galeno.—Zarzuela, en uno prosa.
Huyendo de ellas.—Idem en dos verso.

Jorge el guerrillero.—Zarzuela en tres verso.

La tela de araña.—Zarzuela en dos verso.
La Internacional.—Comedia, idem id.
La calle del Arenal.—Apropósito id. id.
La venida del planeta.—Idem id. id. id.
¡La vida!—Pasillo id. id.
La cita.—Idem en uno y en prosa.
Lazo de amor.—Comedia, idem verso.
La mano de Dios.—Drama, idem id.
Lo que no puede leerse.—Inocentada id. id.
Los aparecidos.—Zarzuela en un acto id.
Los dos caminos.—Idem id. id.
Los pájaros del amor.—Idem id. id.
Los obstáculos.—Comedia idem prosa.
Las Américas.—Sainete en un acto y en verso.
Los dos polos.—Juguete id. id.
La jota aragonesa.—Zarzuela, id. id.
Las perdices.—Comedia id. prosa.
Los náufragos.—Disparate id. verso.
La condesita.—Zarzuela en tres actos y en prosa.

Madrid por dentro.—Revista en uno y en verso.
Mártes trece.—Zarzuela en dos actos prosa.
Maestro de amor.—Idem en uno verso.
María.—Idem en dos actos idem.
Mentiras de un curial..—Idem en uno id.
Mendoza y Compañía.—Comedia en tres y en prosa.
Miss Leona.—Juguete, id. en prosa.
Medias suelas y tacones.—Sainete en un acto id.
Miguel Strogoff.—Zarzuela en tres actos y en verso.
Mi tia.—Juguete en uno id.
Mi tocayo.—Juguete en un acto y en id.
Muy corto.—Idem id. id.

Nos matamos!—Zarzuela en un acto y en verso.
¡¡No llora!!—Comedia en un acto en prosa.
Novio y marido.—Zarzuela en dos y en verso.
Oros son triunfo.—Zarzuela en uno en verso.
Orgullo, amor y deber, comedia en tres actos, prosa.

Pasteles y vino.—Sainete en un acto y en verso.
Paz conyugal.—Zarzuela, id. id.
Periquito entre ellas.—Idem id. id.
Percances domésticos.—Idem en id. id.
Principio y fin de un actor.—Monólogo en cuatro partes idem.
Primo... de un primo.—Zarzuela en un acto y en idem.
Pobres madres!—Zarzuela en dos actos y en idem.

Q. Q.—Zarzuela en uno prosa.
Quien bien ama...—Comedia id. verso.
Quién es el loco?—Zarzuela en dos id.

Rarezas.—Juguete en uno prosa.
República femenina.—Disparate en un acto, verso.

Sablazos á domicilio.—Cuadro en un acto y en verso.
Salon Eslava.—Apropósito id. id.
¡Se dá dinero!—Pasillo en un acto y en id.
Sin padre ni madre.—Comedia en dos actos prosa.
Soy un canibal!—Idem en uno id.

Ternera 7, 3.º—Zarzuela en uno y en verso.
Tres yernos.—Comedia en dos prosa.
Todos primos.—Idem en uno verso.
T. B. O.—Idem id. prosa.

Un padre.—Comedia en dos y en prosa.
Un capricho.—Idem, en tres verso.
Un consejo á los maridos.—Comedia en uno, verso.
Un viaje á la luna.—Zarzuela en dos actos id.
Un fenómeno.—Zarzuela en uno prosa.
Un valiente!.—Comedia id. id.
Una fiera.—Zarzuela id. verso.
Un marido infeliz,—Juguete, idem. id.
Una aventura en Siam.—Zarzuela en dos, idem.
Un conspirador!—Juguete en un acto y en prosa.
Un perro grande.—Zarzuela id. id.

Viva tu madre!.—Zarzuela en uno y en verso.

LOS DOS POLOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

IMITACION DE OTRO ITALIANO

hecha por los señores

DON PEDRO GORRIZ

Y

DON CALISTO NAVARRO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de la Comedia la noche del 11 de Febrero de 1879.

MADRID
Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y C.ª
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚM. 1
1879

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA	Srta. D.ª Clotilde Mendoza
DOÑA EUSTAQUIA	Sra. D.ª Cármen Calmarino
PEDRO POLO	Sr. D. Julian Romea.
PABLO POLO	D. Rafael Jover.
JAIME	D. Mariano La Hoz.

LA ACCION EN MADRID.—EPOCA ACTUAL.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

JULIAN ROMEA.

Para Vd. fué escrito este juguete: Vd. le ha dado vida, y si en su resultado pudiera haber gloria, seria de Vd. tambien; por eso cumplen un grato deber al dedicárselo, sus buenos amigos,

Los Autores.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada sencillamente. Al foro puerta; otra á la derecha en primer término, con portier, y otra en el mismo término á la izquierda. A la derecha en segundo término, mesa escritorio con libros, papeles y escribanía. Al lado opuesto librería grande.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, DOÑA EUSTAQUIA, PABLO, con algunos papeles en la mano.

EUST. Cuéntelas!
PABLO. No; para qué?
Ya supongo que estarán
cabales; y sin embargo,
para la formalidad
debida... (Va á la mesa y las cuenta.)
EUST. Y usted, Rosita,
se divierte?
ROSA. La verdad,
no mucho. Con sus negocios
sólo se ocupa papá
de la Bolsa, las acciones,
los cambios...
PABLO. Justas están. (Volviendo.)
Son diez acciones del Banco,
y con estas diez, son ya
treinta las que en esta casa

llegó usté á depositar.

EUST. Dónde mejor? Yo bien sé
sus dotes... (y capital.)

PABLO. Gracias por la confianza.
El recibo. (Dándosele.)

EUST. Bien está.
Y una vez que de negocios
hemos dejado de hablar,
qué hay de mi recomendado?

PABLO. Recomendado? De cuál?

EUST. De Pepe, de mi sobrino...

ROSA. El que se quiere casar
conmigo!... (Riendo.)

PABLO. Ya, ya recuerdo
Pues.... nada...

ROSA. Dice papá
que no tiene condiciones
á propósito...

PABLO. Es verdad.

ROSA. (No sabe lo que me alegro,
porque es más zoquete y más...)

EUST. Pues, qué le falta?

PABLO. Le falta...
y eso no lo adquiere ya,
más juicio, sentido práctico,
dejarse de divagar
en tonterías, y hacer
algo por ganarse el pan.

EUST. El trabaja; es literato.

ROSA. (Literato... Cuando está
traduciendo folletines
que no se pueden mirar!...)

PABLO. Doña Eustaquia.... en pormenores
no entremos, que sientan mal.
Yo no sé si es literato,
más si lo fuese, quizá
no seria para mí
esa razon eficaz.
Yo no quiero soñadores
que canten al sol y al mar,
ni que forjando novelas
ó admirando un tulipan,

pasen la vida en ayunas
muriendo en un hospital.
Yo deseo un hombre práctico
que en vez de poetizar
trabaje y de dia en dia
aumente su capital.
Para letras, las de cambio
son las que me gustan más,
y no quiero otros librotes
que los de caja; cabal.

EUST. Pero...

PABLO. Además, que la niña,
segun pude adivinar,
no gusta de él.

ROSA. Yo no he dicho... (Confusa.)

EUST. (Con despecho.)
La señorita estará
enamorada tal vez...

PABLO. Quién, mi niña? Qué ha de estar!
Es como su padre.

ROSA. (No!)

PABLO. Tiene ingénio natural,
y sólo con quien convenga
en casarse pensará.

ROSA. (Con quien me convenga á mí:
esa es la pura verdad.)

EUST. Le deseo mucha suerte.

ROSA. Cómo! Se marcha usted ya?

EUST. Sí; voy á ver á Pepito,
y á decirle, que pues dan
en preferir á la gloria,
el brillo del vil metal,
dirija sus pretensiones
á otro lado.

PABLO. Bien hará.

EUST. Que ustedes lo pasen bien
y que no haya novedad...
y que... Abur! (Si no me voy
la visita acaba mal.) (Váse.)

ESCENA II.

ROSA, D. PABLO.

ROSA. Se va enojada!...
PABLO. A mí qué?
Doña Eustaquia pensará
que por treinta miserables
acciones, que vale más
el tiempo desperdiciado,
que el producto que ellas dan;
se le debe á toda costa
complacer sin más ni más!
Por fortuna yo soy claro
como todo hombre formal.
El dinero poco importa
en un hombre, cuando está
en condiciones precisas
para poderlo ganar.
Lo que quiero es hombres prácticos
de negocios... como Juan
el secretario que tuve
y murió dos meses há.
ROSA. Y á propósito: esa plaza
la piensas amortizar?
PABLO. No; la tengo concedida...
ROSA. Y á quién?
PABLO. Qué curiosidad!...
Pronto vas á verlo, Rosa,
porque hoy se presentará
el agraciado. Un sugeto
de quien mi primo Tomás
me hace mil elogios.
ROSA. Jóven?
PABLO. Jóven, sí; mas como acá
convienen; un hombre sério,
un práctico.
ROSA. (Un carcamal
Sólo los que son así
le gustan á mi papá.)

PABLO. Es abogado; no ejerce
porque prefiere emplear
en el comercio su tiempo.

ROSA. (De fijo no se podrá
hablar siquiera con él.)

PABLO. Muy buen chico; y además
que lleva nuestro apellido.

ROSA. Es un pariente?

PABLO. No tal.
Yo soy asturiano, y él
es andaluz. Pero ya
va pasando la mañana
y tengo que despachar
unas cartas: si ese jóven
viniese, me llamarás:
entiendes?

ROSA. Tendré cuidado.

PABLO. Hasta luego.

ROSA. Adios, papá.
(Váse D. Pablo por la derecha.)
(Será en vano, si es que viene;
yo ya tengo mi ideal.)

ESCENA III.

ROSA.

Un jóven!.. primera vez
que esto sucede en mi casa.
Quien de cincuenta no pasa,
por más que tenga honradez
y sea listo, par diez!
no sirve: son las edades
navidades
aquí, mas no primaveras.
Esto parece, de veras!
museo de antigüedades.
Si la mala tentacion
de enamorarme algun dia
me diese, no encontraria
en casa á satisfaccion.
Todos carcamales son,

y si éste que va á venir
á escribir,
es callado cual los bronces...
les digo á ustedes que entonces...
nos vamos á divertir!
Ya el estar me mortifica
entre fardos de cacao,
y canela y bacalao;
pues, francamente, á una chica
de pocos años y rica
es justo que la hagan caso.
Pues acaso,
señores, yo soy tan fea?
Con el primero que vea
y que me guste, me caso.

ESCENA IV.

ROSA, PEDRO.

PEDRO. (Entrando.)
(Fuencarral, ciento sesenta,
inmediato á Chamberí,
una casa colorada
con cocheras y jardin...
No tengo duda ninguna
de que debe ser aquí.)
ROSA. Quién?
PEDRO. (Dios mio!)
ROSA. (Es él!)
PEDRO. (Es ella!)
ROSA. (El que al salir de San Luis
me habló...)
PEDRO. (La niña hechicera
cuya imágen llevo aquí.)
ROSA. (Nada, lo dicho, me gusta.)
PEDRO. (Si fuera... qué porvenir!)
ROSA. (Pues como insista...)
PEDRO. (Me atrevo.)
ROSA. (Está cortado...)
PEDRO. (A vivir!)

Habita aquí el señor Polo?

ROSA. Es mi padre.

PEDRO. Ya debí sospecharlo.

ROSA. Por qué causa? Acaso?...

PEDRO. Por el perfil.

ROSA. Nos parecemos?

PEDRO. Oh! Mucho!

ROSÁ. Pues no...

PEDRO. Yo nunca le ví,
pero deben parecerse
muchísimo... Qué feliz
es don Pablo!

ROSA. Por qué causa?

PEDRO. Porque tiene un serafin
por hija!

ROSA. (Turbada.) Yo... caballero...
(Pues este sabe decir...)

PEDRO. Desde ahora el mismo techo
nos cubrirá, y para mí
será una dicha...

ROSA. (No sé
qué hacer...)

PEDRO. (Con mi levitin
veterano, he dado golpe.
La chica se turba, sí.)

ROSA. Es usté don?..

PEDRO. Pedro Polo
Ponce Puente Paz y Piff;
el hombre de las seis *pes*,
como me han dado en decir.

ROSA. Andaluz?

PEDRO. Justo; del Puerto.

ROSA. Otra P?

PEDRO. No tienen fin.
Mi padre nació en Peñon,
mi madre en Puente Genil,
mi hermano mayor en Palma
y en Pamplona el chiquitin.
Unos tios de Pampliega
van en Palencia á vivir;

mi abuela está en Pontevedra
y mi padrino en París.
Pero por poco parece
que me preparo á pedir
paciencia para pintarle
mis parientes; no es así.
Pienso, por pagar lo poco
que aquí puedo percibir,
pegar plumadas poniendo
papeles hasta en Pekin.
Su papá puede propicio
poner mis plantas aquí,
y usted, pagando mis penas,
preparar mi porvenir.

ROSA. (Pues el muchacho no es corto.
Qué hablador!)

PEDRO. Soy infeliz,
por no tener un apoyo
que me saque de la lid
que con la suerte mantengo.

ROSA. De veras?

PEDRO. Claro que sí!
Pero ahora... si don Pablo
me coloca... con vivir
en esta casa, con ver
esa faz de querubin....

PABLO. Que las lleven al correo. *(Dentro.)*

ROSA. Ay, papá!

PEDRO. Ya viene aquí.
(Formalidad y veamos
al que tengo que servir.)

ESCENA V.

DICHOS, DON PABLO.

(Durante toda esta escena, Pedro manifiesta gran distraccion y mira con frecuencia á la puerta por donde se va Rosa.)

PABLO. Rosa, por qué no me has dicho
que me aguardan?

PEDRO. Para qué?..

ROSA. Acaba de entrar. No es cierto,
caballero?

PEDRO. Cierto es:
(Parece que la muchacha
atrasa el reló.)

PABLO. Cuál fué
el motivo que me causa
de su visita el placer?

PEDRO. No tal, el placer es mio.

PABLO. Mio..·

PEDRO. No, perdone usté...

PABLO. Bien, mas...

PEDRO. Pues voy al asunto.

PABLO. El profesor de francés
vendrá pronto. Véte, Rosa.

PEDRO. Profesor! Y para qué?
Yo me brindo, si usté quiere,
á enseñar...

ROSA. (Calla! Tambien
habla francés!)

PABLO. Caballero,
no entiendo...

PEDRO. Yo soy aquél
á quien don Tomás envía
recomendándole á usté
para una plaza...

PABLO. De veras?
Me alegro mucho, par diez!
Me gusta su aspecto.

PEDRO. Gracias.

PABLO. Rosita, retírate.
Tenemos que trabajar...

ROSA. Abur.

PEDRO. Estoy á sus piés.
(Váse Rosa por la izquierda.)

PABLO. Con que usté se llama Pedro?...

PEDRO. Pedro Polo.

PABLO. Yo tambien
me llamo Polo.

PEDRO. Ya estoy;
pero creo que usted es
asturiano?

PABLO. Sí, señor.
PEDRO. Yo andaluz; de modo que
somos... los polos opuestos:
soy el Sur y el Norte usté.
PABLO. Es cierto. (Pues tiene gracia
y desparpajo.)
PEDRO. Tambien
hay otro polo en mi tierra;
pero ese se canta.
PABLO. (Sorprendido.) Qué?
PEDRO. Con que la plaza?...
PABLO. Con ella
puede usté contar. Veré
si son justos los elojios
de Tomás.
PEDRO. Espero hacer
por merecerlos.
PABLO. Aquí
está su mesa, y aquel
es mi despacho. (A la derecha.)
PEDRO. Corriente.
Usté dirá...
PABLO. Su deber
es ver la correspondencia,
y darme cuenta despues.
Contestar lo que halle justo
y que yo le indicaré
á cada cosa; además
es de su incunvencia hacer
todo trabajo que exija
de la casa el interés.
PEDRO. Entendido.
PABLO. A mí me gusta
la actividad.
PEDRO. A correr
en el trabajo, hasta ahora,
ninguno me ha echado el pié.
PABLO. Me alegro. Por lo demás,
deseo, á más de honradez,
sentido práctico, peso...
PEDRO. Estoy tan delgado que...
PABLO. Quiero decir, reflexion,

formalidad...

PEDRO. Ah! Muy bien.

PABLO. Detesto á los aturdidos,
los soñadores... A fé
que no hay nada que me cargue
como eso.

PEDRO. Y hace usté bien.

PABLO. Con que... ya está dicho todo.

PEDRO. Si usté gusta, empezaré
desde luego.

PABLO. Por supuesto.
Al instante. Tome, pues,
las cartas de esta mañana
y examínelas usté
mientras vuelvo.

PEDRO. Así se hará.

PABLO. Ah! Del sueldo...

PEDRO. Tomaré
el que usté me indique.

PABLO. No.
El sueldo son diez y seis
mil reales al año.

PEDRO. Brabo!

PABLO. Si cumple, podrá ascender.
Conque hasta luego; constancia,
formalidad y honradez.

PEDRO. Vaya usté con Dios, don Pablo:
así se hará.

PABLO. Hasta despues. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

PEDRO.

Ya estoy en marcha,
soy rico ya;
soy secretario
particular
del señor Polo,
bien claro está
Por lo que he visto

sé que es el tal
un... mercachifle
de calidad.
Pero no importa;
su capital
es importante,
y hay que pasar
por algo, cuando
se quiere más.
Dejemos esto
y á trabajar.

(Se sienta al escritorio. Coge varias plumas y distraidamente se las coloca detrás de ambas orejas.)

Dentro de poco,
quién me verá
haciendo cálculos
sobre la sal,
el aguardiente
ó el azafran,

(Emborronando con la pluma, á rasgos todos los papeles.)

y hacer balances
y preparar
algun negocio
piramidal
que preste tanta
utilidad,
que en él me asocie
mi principal;
y entónces, claro! (Arroja las plumas.)
producirá
tantos millones
mi capital,
que seré rico
como un Nabab.
Tendré un palacio
ó dos ó más;
quintas y bosques
para cazar.
No tendrá nadie
necesidad,
pues á mi lado
pobres no habrá.

Ferro-carriles
se construirán
desde mi casa
hasta el Real.
Haré un empréstito
(que es de entidad),
con el Gobierno,
y me dará
un mil por ciento
de utilidad. (Levantándose con entusiasmo.)
Como el rey Midas
todo será
oro delante,
oro detrás.
Que algun amigo
tronado está,
(Entusiasmándose cada vez más.)
que mis parientes
lo pasan mal,
que quiere alguno
solicitar
mis beneficios,
pues allá va. (Arroja los papeles al suelo.)
Tóme usted oro,
tóme usted más... (Arroja los tinteros.)
Y por billetes
no ha de quedar. (Arroja los libros.)
Allá van duros
en un costal, (Sigue arrojándolo todo.)
y peluconas
á chorros van.
Y entónces todos
han de gritar,
satisfaciendo
mi vanidad:
(Dando voces y recorriendo la escena.)
Viva don Pedro!
Viva el que dá
tanto dinero
sin vacilar!
Y seré célebre,
me erigirán
dos mil estátuas

cada ciudad.
Nada, la gloria,
la luz, la mar!...
Pues, el diluvio!...
La inmensidad!!...

ESCENA VII.

DICHO, ROSA, enseguida JAIME.

ROSA. Qué hace usted? (Estará loco?)
PEDRO. Perdone usted... Trabajaba...
ROSA. Cómo trabajar?
JAIME. Acaba
de llegar... eh?
PEDRO. Poco á poco:
A usted le podrá extrañar
este desórden...
ROSA. A fé...
PEDRO. Pues tranquilícese usté.
Es que queria arreglar
la mesa.
ROSA. Más... caballero...
el modo...
PEDRO Muy llano y liso.
Para arreglarla, es preciso
desarreglarla primero.
JAIME. (Pues tiene gracia! No hará
viejos los huesos aquí.)
PEDRO. A ver. Esò es para mí? (Una cuenta.)
JAIME. Sí señor: abajo está
el que la trajo.
PEDRO. Pues voy,
con el permiso...
ROSA. Es muy justo.
PEDRO. Es una cuenta; la ajusto,
y en un santiamen estoy
á su lado. Es necesario
que hablemos...
ROSA. Mas...

PEDRO. Vuelvo solo.
Qué fortuna para Polo
hallar este secretario! (Váse foro.)

ESCENA VIII.

ROSA, JAIME, luego DON PABLO.

JAIME. Qué tipo! Y ha puesto bueno
el despacho... los papeles
rodando... los libros... Todo...
Ese mozo está demente.
ROSA. Jaime, tenga usted siquiera
más respeto hácia sus jefes.
Don Pedro es el secretario
de papá.
JAIME. Pues me parece
que no es crímen, señorita,
decir la verdad. Si viese
el principal el desórden...
ROSA. Basta: calle usté si puede,
y recoja y ponga en órden
esa mesa.
JAIME. (Casi veinte
años que llevo en la casa
para que así me maréen...
Por vida!..)
ROSA. Murmura usted?
JAIME. No, señora. (Si pudiese...)
ROSA. (Qué me tendrá que decir?
La curiosidad me mueve
á esperar... Pero... será
este paso conveniente?...)
PABLO. Olvidé las notas... ¡Ah!
Qué es eso?
ROSA. Que los papeles
se cayeron con el aire.
JAIME. Es que...
ROSA. Basta!
PABLO. Calla, y vete.
JAIME. Aborrezco esta manera

de hacer callar á la gente. (Vase.)

PABLO. Y el secretario?

ROSA. Bajó
á la caja.

PABLO. Mientras vuelve,
recogeré los apuntes...
Calla! Pues precisamente
esta carta es de mi primo
(Cogiéndola de sobre la mesa.)
Tomás... y yo iba á ponerle
un despacho... Cómo diablos
no la reparé?

ROSA. Es urgente?

PABLO. Sí, la esperaba con ánsia
para un negocio de pieles... (La abre.)
Caramba! Muy largo escribe,
cosa en él poco frecuente.
Voy á mi despacho á ver...
Debe ser grave... Que espere
lo demás. (Váse por la derecha)

ROSA. Qué fastidioso!
Y venir precisamente
cuando el otro...

ESCENA IX.

ROSA, PEDRO, con la cuenta en el bolsillo.

PEDRO. Estoy de vuelta.

ROSA. Me voy!

PEDRO. Cómo! Sin hacerme
el favor de oir?

ROSA. No puedo;
ha vuelto papá.

PEDRO. El imbécil!

ROSA. Qué dice usted?

PEDRO. Me distraje:
por decir, el excelente
señor! Mas yo necesito
hablarla.

ROSA. Pues no se puede

en este momento. Luego...
PEDRO. Palabra?
ROSA. (Vacilando.) Sí...
PEDRO. (Me parece
que esto marcha.) Una esperanza
me da usted?
ROSA. Yo...
PEDRO. Mientras vuelve!
ROSA. Quién no alimenta esperanzas?
PEDRO. Un sí, un sí.
ROSA. Qué impaciente!
PEDRO. Rosa! Rosa!
ROSA. Adios! (En voz baja.)
PEDRO. Adios! (Vase Rosa, izquierda.)
(Ya soy un banquero en ciernes.)

ESCENA X.

PEDRO.

Bueno; llegué, ví y vencí,
como dijo San Vicente,
ó Sócrates, ó Solon,
ó Frascuelo, ó Cárlos siete;
no sé quién: pero ello alguno
lo dijo. (Se sienta y se prepara á escribir sin tintero.)
A mí me conviene
esa muchacha, y á más
me gusta: por consiguiente
si no me caso con ella
no hay duda, soy un zoquete. (Pausa.)
Zoquete yo!... Pues apenas
tengo meollo y caletre
y... su capital es grande
y su padre es influyente.
Siendo su yerno... de fijo,
como á mí se me ocurriese,
me sacaba diputado
por seis distritos ó siete.
Y entonces... Oh! la política
ha sido y será mi fuerte. (Levantándose.)

Ministerial yo? Jamás!...
A lo sumo disidente.
No: de oposicion; seria
de alguna fraccion el jefe,
y qué discursos!... señores,
qué interpelaciones! Veinte
cada dia... cuánto escándalo!
Luchas con el presidente,
gritos y campanillazos;
pero yo, terne que terne.

(Durante este diálogo figurado, Pedro toma alternativamente el puesto de la mesa como presidente y otro como orador. Mucho movimiento.)

Pido la palabra!—Aplausos.
—Su señoría la tiene.
—Movimiento en las tribunas
que están rebosando gente.
—Yo: señores diputados,
el Gobierno que se atreve
á llamarse liberal
y como el nuestro procede,
ni es liberal, ni es Gobierno
ni es nada!—Atencion creciente.
—Inmoralidad en todo!
—Sensacion.—Los intereses
materiales descuidados,
la tiranía se ejerce
en todas partes.—Aplausos.
—El comercio languidece,
la industria se va, señores,
y la agricultura muere.
Y todo por qué?—Atencion.
—Por un Gobierno imprudente
que ciego y desatentado
al caos nos lleva siempre.
—Aplausos, voces protestas.
—La mayoría no debe
gritar, pues todos sabemos
que porque cobra consiente
esas cosas!—Que se escriba!
—Orden, señores!—Se mueve
el tumulto—Llamo al órden (Toca la campanilla.)
al señor Polo!—Aquí puede

el diputado decir
lo que crea conveniente.
—No señor.—Yo lo sostengo.
—Su señoría no debe...
—En cambio debe el Gobierno.
—El pueblo aplaude.—Despejen
las tribunas.—Alboroto. (Campanilla.)
—Yo sostengo!...—El incidente
se concluyó. No hay palabra.
—Cómo!—Y usía no espere
que le deje hablar.—Yo puedo
hablar; señor presidente.
(Sube sobre una butaca.)
Que se lea el reglamento,
artículo ciento nueve.
—Basta!—Tiranos!—Silencio!
(Sube sobre la mesa gritando y repicando la campanilla.)
Oir la verdad no quieren...
Retirémonos, señores,
(Sale D. Pablo, y se pára al verle.)
pero diciendo muy fuerte
que se aja á un representante
del país.—El presidente.
Señores, es mucha audacia
pretender sobreponerse
al Gobierno, y cuándo, cuándo?
En el momento solemne
de hablarse de presupuestos
y de estudiar nuevas leyes.
A la escuela!—Dá vergüenza
mirar esos escabeles...
Me equivoqué... esos escaños...
Cuán olvidados los tienen;
al empezar la sesion
apenas éramos veinte,
y ahora somos uno, dos,
tres, cuatro, cinco, seis, siete...
Qué espantosa soledad!
Que baile!... (Fingiendo una voz atiplada.)
(Se queda con la campanilla debajo del brazo.)

ESCENA XI.

DICHO, D. PABLO con unos títulos del tres por ciento.

PABLO. Perfectamente!
PEDRO. (Caramba! Mi principal!...
Me cortó el hilo!) (Bajando de la mesa.)
PABLO. Pues tiene
usted bonita manera
de trabajar!
PEDRO. Sí... yo á veces...
PABLO. Ya le he dicho que no gusto
de soñadores; que debe
ocuparse en el trabajo
de su cargo solamente.
Yo quiero sentido práctico,
formalidad; y sin ese
requisito...
PEDRO. Señor Polo,
(Accionando con la campanilla. Advierte su distraccion y la deja sobre la mesa.)
no extrañe usted que me deje
llevar... costumbres de foro
que pronto, seguramente,
dejaré. De un abogado
el perorar es el fuerte.
PABLO. Bien; mas espero que nunca
vuelva á suceder.
PEDRO. Corriente.
PABLO. Diga usted, su abuelo estuvo
en Cuba?
PEDRO. Del veintinueve
al treinta y ocho.
PABLO. Y en qué
se ocupó?
PEDRO. Comerció en pieles
(Arreglando la corbata á D. Pablo.)
y en otras cosa. Yo sé
que era rico, mas reveses
de fortuna...

PABLO. ¿Era andaluz?
PEDRO. Montañés.
PABLO. Es suficiente.
PEDRO. Pero, por qué lo pregunta?
PABLO. Por nada...
PEDRO. Pues me parece...
PABLO. Ya hablaremos. Por ahora
remita usted estos treses (Dándoselos.)
al marqués de Prado-luengo,
y en acabando, conteste
á esas cartas, que yo pronto
volveré. (Pues razon tiene
Tomás... Con todo, es preciso
asegurar...)
PEDRO. Si usted quiere
decirme...
PABLO. Nada, no es nada:
enterarme solamente.
Quiero saber á quien tengo
en mi casa.
PEDRO. Ya!
PABLO. No deje
de remitir al marqués
esos títulos.
PEDRO. Se entiende.
PABLO. Hasta luego, señor Polo. (Vase.)
PEDRO. Señor Polo... Dios le lleve.
(Arruga los treses y se los guarda en un bolsillo del pantalon.)

ESCENA XII.

PEDRO.

El buen señor es un bolo,
pero á la verdad es fiel.
Sí señor, un polo es él
y yo soy el otro polo.
Nunca nos comprenderemos,
ni es posible que podamos
si por sitio opuesto vamos,
creer que nos encontremos.

Tiene dinero y no poco;
esa es mi razon mejor.
Es rico? Pues sí señor:
por fuerza es necio ó es loco.
Generalmente lo es
el que acumula interés. (Vase á la mesa.)
Vamos á mandar los treses
á ese dichoso marqués. (Levantándose.)
Y á propósito: si yo
con la chica me casara
y un título me colgara,
me vendria mal? Cá! No.
Tiene el dinero eficacia,
pero le dá mucha luz
un título, una gran cruz,
(Comienza á recortar una cruz de la cuenta que se guardó, y se la coloca en el pecho con un alfiler.)
entrar en la aristocracia...
Nada, queda decidido.
Seré título, tendré
carretela, cabriolé
de coronas guarnecido.
Iré al Retiro guiando
un carruaje *comme il faut*.
ó tendido en un landó
ó un buen caballo montando. (Saludando.)
Y al paso saludaré
sin que su altura me empache
á la condesa de Ache
y á la marquesa de C.
Y podré hablarles de tú
en confianza francota,
al baroncito de J,
y al vizconde de la Q.
Y me mimarán las bellas,
me tratarán como igual
X, S, general,
ó el ministro... tres estrellas, (Rápido.)
y el banquero C de P,
y el director L ó eñe,
y por poco que me empeñe,
hasta el príncipe de T.

Y el té, bebida agradable
si se tiene indigestion,
pero que en la reunion
de la gente fashionable
es lo que dá más reflejo;
los jueves se me dará
en las reuniones de la
presidencia del Consejo;
y porque sepan los ruines
la nobleza que me abona,
haré bordar la corona
en botas y calcetines.
Me trataré cual los frailes.
buena cama y mejor mesa;
tendré cocina francesa,
y daré *soirées* y bailes,
Habrá chuletas *dansant,*
y para evitar bochornos,
haré que me envíe Fornos
su soberbio *restaurant.*
(Dobla la levita para hacerla frac.)
Las damas recibiré
lleno de galantería,
y á todas... ménos la mia
hechiceras hallaré.

(Coloca en círculo muchas sillas, y hace como que recibe y acompaña señoras, y se mezcla en diferentes corrillos tomando parte en todas las conversaciones; mucha animacion y juego en este monólogo.)

—Tómen ustedes asiento!..—
—Qué tal, banquero, qué tal?—
—Cómo marcha ese canal?—
—Ayer bajó el tres por ciento.—
—Baron! amigo!—Oh! marqués!—
—General!... Forte que forte!—
(Abrazándose á sí mismo.)
—Duquesa, usted es mi norte!—
—Bella Enriqueta, á sus piés!—
—Hay crísis!...—Dimite al fin?—
—Piensan en nombrarle sub-
director!...—No va usté al club?—
—Me vió en el *esqueten rin.*—
—Oh, marquesa!... Cuán dichoso

me considero!...—Señora!...
(Esta es una embajadora.)
—Condesa, su rostro hermoso
me alegro mucho de ver!—
—Bailamos?—Vamos allá.—
—El conde se encargará
de bailar con mi mujer.—
Y entre el bullicio que asombra,
las sedas y los diamantes,
las blancas gasas flotantes,
volaré sobre la alfombra
oprimiendo siempre así (Posicion de baile.)
un talle esbelto y gracioso,
y bailaré presuroso
de este modo... Tirirí!
(Baila un vals por toda la escena.)

ESCENA XII.

DICHO, DOÑA EUSTAQUIA, luego DON PABLO foro, ROSA, izquierda.

EUST. El señor don Pablo está?
PEDRO. Tirirí.. Tirirí... (Bailando.)
EUST. (Bueno.
Quién es este botarate?)
PEDRO. Tirirí...
(Llega á Doña Eustaquia, la coge y la obliga á bailar.)
EUST. Jesús! Qué es esto?
Suélteme usté.
PEDRO. Tirirí... (Bailando.)
EUST. Este es un loco! Llamemos!
Socorro!
PEDRO. Cállese usté!
Tararí...
PABLO. Cómo!
ROSA. Qué veo!
PABLO. Señor Polo!
PEDRO. (Deteniéndose.) Voto vá!
(Otra vez me sorprendieron.
Maldita cabeza mia.)
EUST. Vírgen santa! Me ha deshecho! (Sentándose.)

No sé por qué, si está loco,
le permiten andar suelto.

PABLO. Me podrá usted explicar?

PEDRO. (Pecho al agua. Aquí me juego
el porvenir.) Señor Polo,
yo sé que no está bien hecho
perder la formalidad
de este modo, pero... .

PABLO. Pero...
Pero, qué?

PEDRO. Yo diré á usté.
De la miseria en el seno
habia sufrido tanto,
que al verme de ella á cubierto
por su generosidad,
el júbilo de mi pecho
fué tal, que al reflexionarlo,
de gozo loco me vuelvo.
No extrañe usté, pues, que baile,
que haga locuras y extremos.
He sufrido de tal modo,
que mi dicha apenas creo.

PABLO. De veras? Eso me gusta.
Tener agradecimiento
es de nobles corazones.

PEDRO. Oh! Lo que es en cuanto á eso...
(Se lleva la mano al corazon, y figura que se pincha con el alfiler de la cruz, arrancándose ésta.)

PABLO. Pues, tranquilícese usté,
porque cesaron sus duelos.
Es usted rico.

PEDRO. Yo rico?

PABLO. Usted mismo.

PEDRO. No lo creo.

PABLO. Pues créalo usted... Mi padre
de las manos del abuelo
de usted recibió en la Haban
cuarenta mil ochocientos
pesos fuertes.

PEDRO. Caracoles!
Me parecen muchos pesos.

PABLO. Vengo ahora de enterarme,

y sé que es á usté á quien debo
esa suma: por lo tanto,
ochenta y un mil seiscientos
duros, que le pertenecen,
para usted están dispuestos.

PEDRO. Pero..... de veras, no es broma?

PABLO. Yo bromas? Jamás bromeo.
Me gusta el sentido práctico.

PEDRO. Ya... ya sé. Luego yo tengo
un capital?...

PABLO. Respetable.

PEDRO. Pues... me ocurre un pensamiento.

PABLO. A ver?

PEDRO. Dejar en la casa
de usted los cuartos. Confieso
la verdad... lo que es á mí
no me dá por el comercio.

PABLO. Gracias por la confianza;
pero permitir no debo..

PEDRO. Espere usted... esta niña,
la verdad, me tiene muerto,
y si usted me dá su mano,
ya que me abunda el dinero,
se quedará todo en casa
y en paz; con que...

PABLO. Lo que es eso...
Si ella quiere...

ROSA. Yo...

PEDRO. Hable usted:
y pues ya nos conocemos
desde hace bastantes dias...

PABLO. Vamos: qué dices?

ROSA. Que... acepto.

PEDRO. Bendita sea tu boca?
(Abrazando equivocádamente á doña Eustaquia.)

EUST. (Que torbellino!) Pues vengo
por mis acciones.

PABLO. De veras?
Las tendrá usted al momento.
En cuanto á tí... ya lo sabes;
sentido...

PEDRO. Práctico, pero...
Lo dicho: somos dos *polos*
y dos polos muy opuestos.
Una manera tan solo
hay de evitarlo quizás: (Al público.)
un aplauso y juntarás
al uno y al otro polo.

FIN DEL JUGUETE.

UN ARTÍCULO DEL CÓDIGO.

UN ARTÍCULO DEL CÓDIGO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ANTONIO ZAMORA.

Representado en el teatro de la Zarzuela el dia 5 de Noviembre de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA ESTEVE..........	Doña Cándida Dardalla.
CAMILA GUY............	Gertrudis Castro.
MAGDALENA............	Felipa Orgaz.
EL VIZCONDE DE SAN ALBERTO................	Don Victorino Tamayo.
EL CONDE..............	José Izquierdo.
MR. AVERTIN...........	Emilio Mario.
LUIS BRESSANT.........	Alfredo Maza.
CABAÑOL...............	José Alisedo.
ROLANDO...............	Eduardo Maza.
UN NOTARIO.	Manuel Gonzalez.
UN OFICIAL............	N. Martin.
UN CRIADO.............	N. Ortiz.
UN MOZO DE FONDA....	N. Recio.

Oficiales de acompañamiento, dos criados y dos agentes de policía.

La accion del drama se supone en nuestros dias: el primer acto en Versalles; el segundo en la Lorena, y el tercero en Paris.

ACTO PRIMERO.

Salon elegantemente amueblado: puerta al fondo y laterales. Chimenea en un lienzo de pared, en otro piano. Al levantarse el telon todos los personajes están sentados alrededor de una mesa ricamente servida: los criados, con librea, conducen en botelleros vino de Champagne.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, CABAÑOL, ROLANDO y OFICIALES. Á su tiempo dos criados con botellas.

CAB. Compañeros, alerta; veo avanzar hácia nosotros una batería enemiga, y es preciso batirla en regla como bravos militares. Alerta, que la tenemos encima. Ya está aquí.

CRIADO. El Champagne.

TODOS. Viva, viva!

CAB. Viva y reviva, para que haga revivir en nosotros el buen humor y la alegría que ha reinado en este inolvidable banquete.

TODOS. Cierto, inolvidable.

CAB. (Levantándose y con una copa en la mano.) Señores, desearia poseer la elocuencia de Ciceron para deciros las be-

llas cualidades que como militar y caballero distinguen á nuestro anfitrion; pero como todos le conocemos igualmente, dejo de hablar de él.—No obstante, quiero darle un voto de gracias por los esquisitos manjares que nos ha ofrecido; por los viejos y aromáticos vinos, que hace un momento fomentaban alegres en esas cristalinas copas y ahora invisibles, pero más alegres aún, fermentan en nuestras cabezas. Réstame sólo pediros, que unais vuestros votos al mio, para que no se haga esperar mucho tiempo la segunda edicion, con la diferencia de que si hoy nos reunimos aquí para celebrar á un tiempo su marcha al ejército de Argelia y su grado de capitan, el otro sea por su feliz regreso y con el empleo de coronel.—Brindo por el mejor de los amigos, por el bravo entre los bravos, por el vizconde de San Alberto.

CARLOS. (Este brindis me va á costar el dinero.)

ROL. Por su pronto regreso.

UN OFIC. Por su nuevo empleo.

TODOS. Por el vizconde de San Alberto.

CARLOS. Señores, yo soy el que debe dar á ustedes gracias por sus cariñosas pruebas de amistad y por haberme acompañado hasta el momento de mi partida, que será dentro de algunas horas, para reunirme con nuestros compañeros del ejército de Argelia. Brindemos, no por mí, sino por ellos, por nuestra patria, porque el sol de la victoria corone siempre nuestras batallas.

TODOS. Bravo! por la gloria de Francia!

CAB. Yo, señores, brindo por la paz!... me es más simpática que la guerra, y tambien á vosotros...

ROL. (Interrumpiéndole.) Calla, que vas á añadir alguna inconveniencia más á las que ya has dicho durante la comida.

CAB. Te ha puesto intransigente el Burdeos, ó me guardas rencor por mi buena suerte en el juego.

ROL. No es eso. Aquí hemos venido á divertirnos, pero no á disgustar á nadie. Tú has vestido un uniforme; y esas

bromas sobre la guerra ó la paz, ni á tí te honran, ni nosotros debemos permitírtelas. Tú has dejado el servicio, has hecho bien, por eso amas la paz; nosotros tambien la amamos, pero no por eso nos asusta la guerra.

CAB. Te ofendes sin razon, Rolando; pero á tí hay que disculparte esos arranques de furia, porque te crees obligado por tu nombre á estar siempre furioso. Lo que á tí te incomoda no son las palabras que he dicho, sino lo que ántes te he hecho. Es natural; te he ganado el dinero jugando y me he quedado con él de veras.

TODOS. Já!... já!...

CAB. Y si me quieres probar que no es esa la causa, vamos al otro salon, donde nos espera el café y el bacarat.—Muchacho, está servido el café?

CRIADO. Sí, señor.

CAB. Rolando, qué dices?

ROL. Que me alegro mucho que mi dinero te ponga de tan buen humor.

CAB. Aceptas la partida?

ROL. Como quieras.

CAB. Señores, al salon.—Oye, Cárlos; ¿qué le pasa á ese esta tarde?

CARLOS. Nada; ya sabes que es muy delicado.

CAB. Yo lo soy tanto como él; pero por no darte un disgusto he echado á broma sus palabras.

CARLOS. Te lo agradezco.

CAB. ¿Tienes cincuenta luises que prestarme? mañana te los devolveré.

CARLOS. Toma. (Dándole un billete de banco que saca de su cartera.)

CAB. Déjame ciento; estos cincuenta te los daré luego.

CARLOS. Bien. (Ya dije que el brindis me saldria caro.)

CAB. Conque vamos?

ROL. Ahora voy: empezad.

ESCENA II.

CÁRLOS, ROLANDO.

ROL. ¿Cómo recibes en tu casa á este truhan?

CARLOS. Pobrecillo!... es un aturdido.

ROL. Créeme: es un bribon. Empezó por derrochar su patrimonio en el juego. Seguro estoy que acaba de pedirte dinero prestado para jugar... mañana robará. No ha hecho más que una cosa buena en su vida; pedir su licencia absoluta... Bien es verdad que á no hacerlo, se la hubieran dado sin pedirla. Pero hablemos de tí; me indicaste que querias pedirme un favor... Manda.

CARLOS. Gracias! Ya que tú te quedas en Francia, deseo confiar á tu cuidado un objeto muy querido para mí, que con gran pesar mio no puedo llevarme á África. Sé que le cuidarás como yo mismo.

ROL. La más ligera duda de tu parte me ofenderia.

CARLOS. Escucha. Yo tengo una hija.

ROL. Tú?

CARLOS. Ese es el tesoro que quiero confiar á tu cuidado.

ROL. Bien. ¿Qué edad tiene?

CARLOS. Un año.

ROL. Y en qué puedo ser útil á esa niña?

CARLOS. Si yo muriere en África...

ROL. Tienes razon. Me encargaré de ella... otra cosa mejor: tengo una tia, ya de edad avanzada, que habita una casa de campo en los alrededores de Paris, que delira por los pequeñitos... ella se encargará de educarla hasta tu regreso.

CARLOS. Mi vida es poco para pagarte lo que vas á hacer por mí.

ROL. Omite demostraciones... ¿Acaso tú no harias lo mismo?

CARLOS. Sí!... Aquí tienes mi testamento, en el cual, caso de morir, nombro á mi hija heredera universal de todos los bienes que hoy poseo: estos son todos los que me

legó á su fallecimiento mi llorada madre.

ROL. No dejas nada para la de la niña?

CARLOS. No necesita de mí.

ROL. Es alguna señora de posicion?

CARLOS. No.

ROL. Alguna mujer de mundo?

CARLOS. Tampoco: es una jóven florista que vive en Paris.

ROL. Tal vez habrás sido tú su primer amor?

CARLOS. Creo... que sí.

ROL. Y cómo no te has casado con ella?

CARLOS. Mi padre me ha negado su consentimiento.

ROL. Perdóname que te diga, que si ella es digna de tí, podrias haber prescindido...

CARLOS. Sabes que venero en mi padre... hasta las preocupaciones... mi inobediencia le causaria un pesar eterno... Soy hijo único; el pobre anciano quizá no hubiera sobrevivido á este golpe... y he preferido esperar y convencerle poco á poco.

ROL. En ese caso habrás reconocido á tu hija?

CARLOS. No.

ROL. Me sorprende esto en un hombre como tú!... ¿Tienes algo que reconvenir á la madre?

CARLOS. Nada! Pero mi padre la acusa de su falta, y sus reflexiones...

ROL. Cárlos, esa no es disculpa suficiente para negar tu nombre á esa niña! La dejas dinero, es cierto... pero ante la sociedad le hará más falta un nombre.

CARLOS. Tú no conoces la ley; con muy buena intencion sin duda, favorece al padre, para no reconocer los hijos de amores clandestinos. Yo puedo dejar toda mi fortuna á esa niña que no tiene padres conocidos, pero si la reconozco como hija, no tiene derecho á heredar más que una parte de ella. Los bienes que me legó mi madre no producen más que diez mil francos de renta... ¿Cómo quieres que viva mi hija á su mayor edad con dos mil quinientos francos al año?

ROL. No te falta razon.

CARLOS. Ademas, para reconocer á la hija necesito la aprobacion de la madre, y por consiguiente obligo á esa pobre muchacha á pasar por la vergüenza de publicar su falta. Ella es de familia humilde, pero honrada; de modo que al honrar á la hija con mi nombre mancharia el suyo para siempre.

ROL. En ese caso, ¿cómo está bautizada esa niña?

CARLOS. Bajo el nombre de María Eteniet, hija de padres desconocidos. El dia que me case con Camila la legitimo. Hasta entónces quiero hacer por ellas todo lo que pueda. Por si mi muerte impidiera la realizacion de mi deseo, incluyo en este testamento una carta para mi padre. Lo que se niega á un vivo se concede á un muerto. Le pido que reconozca á mi hija y la dé su nombre... le conozco y sé que lo hará! Hasta entónces, tú, ó tu buena tia, tendreis á vuestro lado á mi desgraciada hija. El padre os pagará este beneficio con su eterna gratitud.

ROL. No hablemos más. Vete tranquilo!... tu hija estará tan considerada y tan querida por nosotros, como por tí mismo; te lo juro por mi honor!

ESCENA III.

DICHOS, CABAÑOL.

CAB. Rolando, te has muerto? hace media hora que te estamos esperando. Oyes el armonioso ruido de los luises, y no acudes al reclamo?

ROL. Allá voy: estaba dando á Cárlos algunos encargos para un compañero. Echad dos ó tres juegos, que voy al momento.

CAB. Quiero darte la revancha para que no digas luego que no me porto bien. Chico, aún no puedo devolverte aquellos luises, porque no he visto luz; pero ahora se empezaba á dar juego. ¿Quieres que echemos una vaca de cien francos? Dame un billete y te le doy tres golpes.

CARLOS. Toma. ¿Quieres más?
CAB. No; generoso amigo.—Que te espero.

ESCENA IV.

CÁRLOS, ROLANDO.

ROL. Ahora comprendo por qué toleras tanta impertinencia á ese buena alhaja. Seguro estoy que este te ha servido en tus amores!

CARLOS. Qué quieres? cuando se emprenden ciertas cosas desusadas, es preciso valerse de gentes así. El dia que nació mi hija necesitaba de una persona, que sin ser sospechosa en la casa, llevara á un médico que dijera á su familia lo que nos convenia; que sustrajera á la niña, la inscribiese en la parroquia, y este fué el que me proporcionó todo lo que yo necesitaba y me sacó de aquel compromiso.

ESCENA V.

DICHOS, UN CRIADO, que aparece en la puerta del fondo.

CARLOS. Qué ocurre? (Al criado.)
CRIADO. Una señora que desea hablar con el señor vizconde.
CARLOS. No ha dicho su nombre?
CRIADO. No señor, se lo he preguntado y dice que únicamente se lo dirá al señor vizconde.
CARLOS. Que pase. (Váse el criado.)
ROL. Te dejo... despues ultimaremos nuestro negocio. Ah! cuidado con otro nuevo compromiso.
CARLOS. Descuida.

ESCENA VI.

CÁRLOS, CAMILA, precedida del Criado. Trae echado el velo sobre la cara el cual se levanta cuando aquel desaparece.

CARLOS. Camila, tú aquí? Qué locura es esta?

CAM. No temas nada. Me han dejado sola en mi casa, puedo disponer de toda la tarde, volverme á Paris en el tren de las siete y no notarán mi ausencia. Queria verte, queria volver á darte mi último adios quizá... no es hoy el último dia que estais en Francia?... Lejos de ser esto una locura, yo lo encuentro muy natural. Si tú me quisieras como yo á tí, no calificarias así esta prueba de cariño.

CARLOS. Sí: mas tú ignoras que esta casa está llena de amigos mios que pueden verte, que acaso te conozcan... y si esto sucediera podria comprometer tu reputacion.

CAM. Mi visita te incomoda, lo veo! y de una manera indirecta me echas de tu casa!...

CARLOS. No digas eso, porque me calumnias! No quiero que vean en mi casa y á solas conmigo una mujer jóven y bella, y á quien podrian tomar por...

CAM. Por tu ámada, no es cierto?...

CARLOS. Sí, y yo deseo que cuando te vean á mi lado miren en tí lo que eres, mi mujer!

CAM. No sé cómo agradecerte tu buen deseo. Pero desde cuándo piensas así?

CARLOS. Siempre he pensado lo mismo; te lo he prometido...

CAM. Como te marchabas mañana á Argelia y no me has querido decir el dia fijo de tu partida, sin duda por olvido, tenia derecho á creer que tambien te se hubiera olvidado tu promesa.

CARLOS. Vuelvo á repetirte que no falto jamás á mi palabra, y espero convencerte; pero, por el cariño de nuestra hija, te suplico que tengas paciencia hasta mi regreso.

CAM. Hasta tu regreso!... Y si desgraciadamente no volvieras?... qué seria de mí, sola en el mundo, sin fortuna, sin posicion, y con una hija... á quien ni aun has querido reconocer!... porque... no la quieres tampoco!

CARLOS. ¡Que no quiero á mi hija?... Tú si que no debes quererla mucho cuando no has ido á verla ni una sóla vez á casa de su nodriza.

CAM. Y quién tiene la culpa? Ponme en posicion de poderla

amar delante de todo el mundo, de llamarla hija mia, y verás si la quiero como todas las madres quieren á sus hijos. Pero entre tanto, tú me exiges que me oculte para dar un beso á mi hija, como si esto fuera un crímen; que no exponga mi reputacion inútilmente... ¿qué he de hacer?... privarme de mi natural deseo por complacerte á tí!

CARLOS. Todo cuanto te aconsejo es por tu bien. Si por causas que no está en mi mano evitar no puedo darte á tí y á mi hija el nombre que os pertenece ántes de mi muerte... entónces vuestra posicion quedaria asegurada y de una manera digna é independiente.

CAM. Gracias á Dios que alguna vez has pensado algo provechoso.

CARLOS. Qué lenguaje es ese?

CAM. El que conviene á una mujer cansada de sufrir las contrariedades del matrimonio, sin haber gozado de sus beneficios. Conque es decir que ni una esperanza puedes darme en pago del inmenso cariño que te he consagrado? Sólo la muerte puede mejorar mi posicion!... Y crees que entónces querria yo nada?... Y para qué lo necesitaba yo si te perdia?—Acabemos de una vez, Cárlos, y resuélvete á tomar uno de los dos partidos que únicamente se pueden proponer á una mujer, á quien la desgracia coloca en mi posicion. Soy tu mujer? Sí? Pues dame tu nombre, llévame ante tu familia, preséntame ante la sociedad... No lo soy? Quieres que sea tu amante? Dame entónces lo que se da á esas mujeres.—Elige!

CARLOS. Me sorprende y te disculpo; porque esos pensamientos no son tuyos, sino de algunas personas que te quieren mal y te aconsejan peor. Abandona esa manera de pensar y confia en mí.

CAM. No quiero ocultarte mi pensamiento... dudo de tí!

CARLOS. Yo te juro por mi honor que serás mi mujer!

CAM. No me jures nada; muchas veces lo has hecho inútilmente. Demasiado sé, por desgracia, quién soy y quién

eres tú. Crees que yo aceptaria un matrimonio propuesto por tí en un momento de pasiou? No; Cárlos de Esteve, vizconde de San Alberto, capitan de coraceros, dar su mano á Camila Guy, oficiala de un taller de florista, es una locura!—En este momento me ofreces tu nombre con sinceridad, con gusto... pero algun dia, quizá no muy lejano, te arrepentirias de haberlo hecho, porque tu aristocrática familia, tus amigos, te recordarian la humildad de mi nacimiento. Y entónces ¿qué seria de mí? pasaria una vida de dolor, de lágrimas!... esto me recordaria más y más mi primera falta, que me habia conducido á aceptar un rango que no me pertenecia... y al verte quizá arrepentido de haberme dado tu nombre, yo no tendria valor para soportar tus recriminaciones. Cárlos, coloquémonos en una posicion franca, desembarazada; rompamos para siempre nuestras relaciones y como si nunca nos hubiéramos visto!...

CARLOS. Todo ménos eso.

CAM. No nos separamos hoy!...

CARLOS. Para siempre no: yo volveré.

CAM. Quién sabe!...

CARLOS. Tú no me amas, Camila, cuando así piensas!... tú no me has amado nunca.

CAM Tienes razon, Cárlos, para dudar de mí! Piensa lo que quieras; pero yo necesito tener valor y le tendré! Decídete á unirte á mí ántes de marchar á África, ó abandóname para siempre y á mi hija tambien.

CARLOS. Y qué ganariais esa pobre niña y tú si yo aceptára esa proposicion? Déjame al ménos que asegure en lo posible el porvenir de mi hija.

CAM. Conque tú quieres que ya que te pierdo renuncie tambien á mi hija; á mi hija, por quien he perdido mi honor, mi vida... porque algun dia se descubrirá mi crímen; y mi familia, el mundo, me arrojarán al rostro mi falta!—Pero á tí qué te importa? tú habrás dado á mi hija unos cuantos miles de francos y ya es bastan-

te!... el dinero lo arregla todo; pero no por eso librarás á tu hija de que el mundo la señale como una hija natural; de que la sociedad no la admita nunca al lado de las hijas que tienen un nombre. No la librarás de que algun dia, viéndose despreciada de todos, y sin culpa alguna de su parte, maldiga hasta de aquellos en tan mal hora la dieron el ser!... Esto seria horroroso, pero á tí, qué te importa?... mientras esto suceda, tú vivirás considerado, respetado, con un nombre ilustre que te servirá para engañar á los hombres, pero no á Dios!

CARLOS. Tienes razon; yo debo evitar que mi hija conozca por mi culpa las amarguras de la vida. Mil veces me he dicho lo que tú acabas de decir. No más vacilaciones; en este instante mismo voy á escribir al ministro de la Guerra, para que detenga mi marcha por unos cuantos dias. Tambien escribiré á mi padre diciéndole mi resolucion irrevocable, y ántes de marchar á África, María será mi hija legítima ante el mundo entero y tú serás mi mujer. Dudarás aún de mi cariño?

CAM. Cárlos mio!... mi vida entera no basta á pagarte lo que haces por esta pobre madre.

ESCENA VII.

DICHOS, CABAÑOL.

CAB. Pero es que no piensas venir en toda la tarde?... Ah! Camila!

CARLOS. Sí. Hazme el favor de acompañarla un momento, ínterin tomo el gaban y el sombrero, para llevarla hasta la estacion: tú, miéntras tanto, te quedarás en casa, porque no quiero que noten mi ausencia nuestros amigos. (Váse.)

CAB. Lo que quieras.

ESCENA VIII.

CAMILA, CABAÑOL.

CAB. Qué hay?

CAM. Al fin consiente en casarse conmigo.

CAB. ¿Y cuándo cumple su promesa?

CAM. Antes de ocho dias. Va á escribir al ministro para que detenga su marcha.

CAB. ¿Y le has creido despues de haberte faltado tantas veces?

CAM. Te respondo que ahora me cumple su palabra. No lo dudes.

CAB. Dios lo quiera.

CAM. Cabañol, lo que yo hago con él es una infamia.

CAB. No lo creas; paga el haberte engañado. Qué ménos puede hacer que reparar su falta, dándote una posicion y un nombre? Luego, él se marcha á la guerra de Argelia y quién sabe si volverá?

CAM. Tus palabras me infunden miedo!

CAB. Mis palabras son las de un hombre que te quiere mucho, que conoce el mundo, y pretende asegurar tu porvenir. Disimula; álguien se acerca.

ESCENA IX.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Dispense usted, caballero: el señor vizconde de San Alberto, está en casa?

CAB. No puedo decir á usted; pero los criados sabrán.

CONDE. Me han dicho que por aquí le encontraria, y no le veo por ninguna parte.

CAB. Tal vez esté en su despacho.

CONDE. Podria usted indicármelo, si conoce la casa, ó tomarse la molestia de decirle que desea hablarle un caballero de parte del señor ministro de la Guerra, para enterarle de un asunto que le interesa?

CAB. Con mucho gusto. (Qué será?)

ESCENA X.

CAMILA, el CONDE.

CONDE. Á usted, señora, era á quien queria hablar... y buscaba una ocasion oportuna para hacerlo, cuando hoy usted misma me la ha proporcionado, dirigiéndose desde París á este sitio, ciertamente el más á propósito para ambos. Debo, pues, á la casualidad tal vez, lo que hace algun tiempo habia buscado en vano, porque supongo que usted es Camila Guy.

CAM. Sí, señor.

CONDE. La amada del señor vizconde de San Alberto.

CAM. Caballero!

CONDE. La madre de una niña llamada María Eteniet, de un año de edad, y la que está á cargo de una nodriza en Montmorenci.

CAM. Esa niña, cuyas circunstancias tambien usted conoce, es hija del vizconde de San Alberto.

CONDE. No extrañe usted que la conozca tambien, porque soy el padre del señor vizconde.

CAM. Usted!...

CONDE. Sí, señora; yo... Y deseo saber bajo qué condiciones marcharia usted y esa niña á donde mi hijo no vuelva á verlas más. Si como espero son razonables, quedaré á usted muy agradecido, á pesar de su conducta pasada.

CAM. Usted me ofende, y yo se lo disculpo; porque respeto en usted al padre del hombre á quien amo. No necesito hoy nada, porque Cárlos me ha jurado por su honor que seré su mujer, y nada hay bastante que pueda compensarme esta satisfaccion.

CONDE. Es esa su última resolucion?

CAM. Sí, señor.

CONDB. Está muy bien.

ESCENA XI.

DICHOS, CÁRLOS, CABAÑOL.

CARLOS. Mi padre!

CONDE. Buenas tardes, hijo mio... Te sorprende mi visita, no es cierto? Hay, sin embargo, una grave razon para presentarme en tu casa y turbar con mi presencia la alegre comida que das á tus compañeros... (Cabañol se va á retirar.) No se retire usted: tal vez su presencia nos sea útil. Cerraré estas puertas, porque no deben enterarse más personas de nuestra conversacion, que las que estamos aquí.—Precisamente los tres hemos sido militares... mi hijo aún lo es... Yo he dejado de serlo á la edad en que es forzoso retirarse... Y usted ya no lo es... por yo no sé qué cosa... En su consecuencia, como militares, sabemos bien cómo deben tratarse las cuestiones de honra.—¿Es verdad que tú has dado á esta señora tu palabra de honor de casarte con ella, con mi consentimiento ó sin él?

CARLOS. Padre mio!...

CONDE. Sí ó no.

CARLOS. Sí, señor.

CONDE. Quien viste el honroso uniforme de la milicia no debe mancharse con una mentira indigna.—Cásate enhorabuena.

CARLOS. Consiente usted, padre mio?

CONDE. Sí; sólo deseo advertirte, que al dar tu nombre y el de tu santa madre á esa señora, ¡se lo das á la querida de este hombre!

CAB. Caballero!...

CONDE. Qué se le ofrece á usted?... La verdad sólo tiene un lenguaje. Aquí están las pruebas de mis palabras... ahí tienes la correspondencia sostenida por estos señores desde hace un año: su criado me la ha vendido si aún lo dudas, lee! (Entregándole un paquete de cartas.)

CARLOS. Conque me engañabas, villano?—Y tú...

CAB. Repórtese usted.—Estoy á su disposicon.—Señora... mi brazo.

CARLOS. Dios mio! Dios mio!

CONDE. Valor, hijo mio! aún te queda el cariño de tu anciano padre.

CARLOS. Perdon, padre mio, perdon! (Cae arrodillado á los piés del Conde.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado lujosamente. Al foro jardin.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, MAGDALENA.

CONDE. Conque Sofía ha estado llorando gran parte de la noche... Y cuál puede ser la causa de esa tristeza?

MAGD. Lo ignoro, señor Conde; no me he atrevido á preguntar á la señorita hasta consultar á vuecencia. Ademas, la señorita no me quiere gran cosa para confiarme sus secretos, si es que tiene alguno.

CONDE. Magdalena, me parece se equivoca usted. Sofía la quiere, y seria una ingrata en no hacerlo, despues de las infinitas pruebas de cariño que de usted ha recibido en los diez años que lleva usted á su lado; pruebas que no sólo agradece la hija, sino tambien su abuelo, de quien creo no dudará usted. Sofía es buena, es un ángel, tiene mucho corazon...

MAGD. Quizá demasiado...

CONDE. Eh? qué quiere usted decir?

MAGD. Digo, señor Conde, que como vuecencia y el señor vizconde la han dicho que hasta los veinte y un años no la permitirán casarse, tal vez esto contrarie algun

proyecto juvenil, y le parezca mucho esperar cuatro años.

CONDE. Usted sospecha algo, Magdalena? No me oculte usted lo que sepa; yo la he confiado á su cuidado y sentiria tener que reconvenirla.

MAGD. Esa es la razon porque observo todo cuanto hace la señorita. Anoche, despues de haberla dejado en su habitacion, noté que su luz permanecia encendida más que de costumbre; miré por el ojo de la cerradura para averiguar la causa, y la ví anegada en lágrimas leyendo una carta.

CONDE. Una carta!

MAGD. Cuyo contenido parecia querer grabar en su alma, porque despues de leerla varias veces la quemó...

CONDE. De quién puede ser?... Oh! es preciso, Magdalena, que yo lo sepa á toda costa. Es necesario que usted, con cierto tacto, consiga que ella se lo diga.

MAGD. Lo creo muy difícil. Ya he dicho ántes á vuecencia que Sofía tiene poca confianza conmigo, y ménos aún porque no satisfago las contínuas preguntas que me hace acerca de...

CONDE. Bien. Entónces yo la interrogaré.

MAGD. Mejor es eso: ya sabe el señor Conde lo impresionable que es; su secreto debe ser muy inocente, y á los diez y siete años, fácilmente se descubren sin querer.

CONDE. Tiene usted razon; yo haré que me lo revele todo. No diga nada usted á su padre. Aquí se acerca; retírese usted ántes que la vea; no quiero que sospeche que usted me ha prevenido.

MAGD. Desea algo más el señor Conde?...

CONDE. Gracias, Magdalena. (Coge un periódico del velador y se pone á leer.)

ESCENA II.

El CONDE, SOFIA, con un ramo de flores.

SOFIA. (Entrando por el fondo y abrazando á su abuelo.) Buenos dias,

mi querido abuelito.

CONDE. Buenos dias... ¿De dónde vienes tan sofocada?

SOFIA. De hacer mi acostumbrada visita á mis pájaros y á mis palomas.

CONDE. Montarás hoy á caballo?

SOFIA. Si no te fatigára mucho, dariamos juntos un buen galope hasta la aldea.

CONDE. Qué me ha de fatigar eso, hija mia! ya sabes que muchas veces, á pesar de mis años, tú eres la que tienes que reñirme; porque cuando monto á caballo me siento rejuvenecer, y aún me parece que podria ponerme como en otro tiempo al frente de mi valiente escuadron de coraceros, y deshacer con él un ejército de austriacos.

SOFIA. Ay, abuelito! cómo te engaña el corazon; deja á tus coraceros y conténtate con mandar sólo á tu Sofía, que te quiere mucho.

CONDE. Pues no faltaba más, sino que no quisieras á tu abuelito...

SOFIA. Dónde está mi padre?

CONDE. En su cuarto está escribiendo unas cartas de recomendacion para nuestro jóven vecino, Luis Bressant, que en breve vendrá á despedirse de nosotros.

SOFIA. Luis se va?... Y á dónde?

CONDE. Creo que á Alemania.

SOFIA. Por mucho tiempo?

CONDE. Sí; tendrá que estar allí algunos años, porque le han nombrano cónsul de Driesde ó de Berlin; es un empleo muy distinguido, y al pobre muchacho le han hecho un gran favor, porque su padre le derrochó todo su patrimonio.

SOFIA. Tuvo desgracias en sus negocios?

CONDE. Sí; ademas, él queria muy poco á su hijo.

SOFIA. ¡Conque hay padres que no quieren á sus hijos?

CONDE. Hay algunos, desgraciadamente. Pero aunque á Luis no le ha querido mucho su padre, en cambio su madre le adora.

SOFIA. Es natural; verdad que en las madres no hay excepcion, que todas idolatran á sus hijos?

CONDE. Tambien suele haber algunas que...

SOFIA. Entónces los hijos tendrán la culpa. Ah! si yo hubiera tenido la dicha de conocer á mi madre, estoy segura que me hubiera querido mucho... como yo á ella!... Dime, no es verdad que mi mamá era muy buena?

CONDE. La traté muy poco...

SOFIA. Y cómo fué eso?

CONDE. Cuando tu padre se casó yo estaba viajando por el extranjero, y á poco de mi regreso á Francia, murió.

SOFIA. De qué?

CONDE. De una afeccion al corazon. ¿No te lo he dicho mil veces? (Lee el periódico para evitar la conversacion, y Sofía, que se ha sentado, se lo retira cada vez que le hace una pregunta.)

SOFIA. Sí; pero... Y dónde está enterrada?

CONDE. En París.

SOFIA. Era bonita?

CONDE. Muy bonita.

SOFIA. Rubia ó...

CONDE. Morena.

SOFIA. Y cómo no habeis conservado ningun retrato de ella?

CTNDE. Porque todos los que teniamos los recogió su familia.

SOFIA. Pero vosotros debisteis haber mandado sacar una copia para mí. Á quién no se le ocurre esto? No era natural, ya que desgraciadamente habia perdido á mi madre tan niña, que cuando fuera mayor quisiera adorar su imágen? Y la familia de mamá, por qué no nos viene á ver nunca?

CONDE. Porque no existe.

SOFIA. De modo que no tan sólo no tengo madre, sino ni un pariente de su familia que me hable de ella?

CONDE. Pero por qué me diriges hoy tantas preguntas? Ya otras veces que las has hecho te hemos dicho lo mismo que hoy, porque es la verdad, y sobre todo, porque nada se puede añadir á lo que tú sabes. Pero te encargo no hagas tambien ahora á tu padre el mismo inter-

rogatorio.

SOFIA. Descuida; de estas cosas te hablo á tí sólo, porque contigo tengo más confianza que con papá; él se pone muy triste cuando le hablo de esto y no le quiero molestar. (En este momento se va hácia un velador que hay á la derecha, donde debe haber puesto las flores.) Verdad que tú no te incomodas conmigo, abuelito?

CONDE. No, hija mia.

SOFIA. Qué bueno eres!—Conque hoy se va Luis á Alemania?

CONDE. Sí. (Está llorando.) Qué es eso, qué tienes, hija? (Yendo hácia ella.)

SOFIA. Déjame, que yo tambien me voy á morir... como se murió mi madre!... Déjame, déjame.

ESCENA III.

DICHOS, CARLOS.

CARLOS. Qué es eso, Sofía; por qué lloras? Qué te pasa?

SOFIA. Nada, papá mio, nada; no me sucede nada malo... sino que estoy muy nerviosa y... sin querer se me saltan las lágrimas. No te aflijas tú por eso, y perdóname por haberte asustado; tú eres muy bueno y me perdonarás, ¿no es cierto?,.. y tú tambien, abuelito... ¿iremos luego á pasear?

CONDE. Cuando quieras.

SOFIA. Pues hasta luego, papaito: dame un abrazo; así. ¿No me guardas rencor por el mal rato que te he dado, verdad?... ni tú tampoco?...

CONDE. No, ángel mio.

SOFIA. Gracias, y hasta luego.

ESCENA IV.

El CONDE y CÁRLOS.

CARLOS. Qué tiene Sofia?... De algun tiempo á esta parte la encuentro siempre triste.

CONDE. Inútil es hacerla hablar. Sin embargo, lo que yo creo

más probable es que está enamorada de Luis; y si esto es así hay que casarla.

CARLOS. Casarla! y cómo?—Hé aquí el momento que yo temia. Esta mañana Luis me ha pedido su mano. Usted y yo se la hemos negado, petextando que no me convenia casarla hasta los veinte y un años... Padre, qué mal hizo usted en no permitirme...

CONDE. Cárlos, no me acrimines por lo que tú has hecho. Si hace diez y siete años tu hija me era indiferente, durante ese tiempo ha crecido á mi lado, alegrando mi vida, siendo el consuelo de mi vejez... hoy la adoro como tú, y mi único deseo es que sea feliz á toda costa; para conseguirlo haz lo que quieras de mí, pero no me acuses jamás.—Luis es un excelente muchacho; la prueba es que ha pagado á todos los acreedores de su padre, cuando podia no haberlo hecho. Esto hace que tenga yo más confianza en él que en otro alguno para descubrirle la verdad de nuestra posicion.

CARLOS. Usted está seguro de que Sofía le ama?

CONEE. Magdalena me ha dicho que la niña ha recibido, sin que ella sepa cómo, algunas cartas... Sofía no tiene ningun pariente que pueda escribirla, y es de suponer que la de anoche sea la carta de despedida que Luis la habrá dirigido.

CARLOS. No me desagradan esos amores, mas temo descubrir á Luis la desgracia que pesa sobre mi hija, y que él se arrepienta...

CONDE. No temas. Te repito que Luis es un excelente muchacho; si verdaderamente la ama, como creo, se casará.

CARLOS. Si usted quisiera encargarse de hacerle esa revelacion, para mí tan penosa...

CONDE. No, hijo mio, dispensa; eso te corresponde á tí de derecho.

CRIADO. El señor don Luis Bressant, pide permiso para ver al señor Conde.

CONDE. Que pase... llega oportunamente.

ESCENA V.

DICHOS y LUIS.

LUIS Buenos dias, señor Conde .. adios, señor don Cárlos.

CONDE. Buenos dias, querido Luis. En este momento estábamos ocupándonos de usted .. Mi hijo Cárlos tiene que hablar á usted de un asunto que interesa á los dos: yo, con su permiso, me retiro; deseando que sea á usted grata la prueba de confianza que le ha merecido (Váse.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, LUIS.

LUIS. Estoy á su disposicion (Sentándose á la izquierda.)

CARLOS Amigo mio; va usted á sorprenderse de mi lenguaje, que le parecerá extraordinario, el dia mismo que le he negado á usted, con sentimiento mio, la mano de mi hija, pretextando su poca edad. Pero ántes deseo saber de usted, qué ha pensado de mi respuesta.

LUIS. La he calificado como el pretexto de una negativa cortés. Es natural que usted niegue la mano de su hija á un hombre de mi escaso valer. Usted apénas me conoce. Mi madre, que habita la quinta inmediata, sale poco y su posicion no la permite recibir. Cuatro veces solamente, en un año, he podido venir á verla aquí á la Lorena, y en estas cuatro veces es cuando he tenido ocasion tambien de hablar á usted y de ver á Sofia. Mi vida en París es igual á la de mi madre en Lorena; consagrada toda entera á mis trabajos, y alegre sólo con una esperanza que yo me he llevado de aquí, y la cual constituye toda mi alegría. Confesaré á usted, que cuando se acostumbra el alma á acariciar una esperanza risueña de felicidad, y hay que renunciar á ella para siempre, se sufre mucho... porque parece que falta hasta aire para respirar. Ahora que el porvenir parecia que empezaba á sonreirme, he pedido á usted

la mano de su hija. Usted me la ha negodo, está usted en su derecho. Yo marcharé á mi destino con el corazon desgarrado; pero trabajaré con perseverancia para que llegue un dia en que usted me considere digno de su hija.

CARLOS. Le creo á usted ahora y siempre digno de ella, y por eso he querido explicarle á usted mi negativa. No es la falta de fortuna; no es su posicion, que hoy no es modesta, la que me ha obligado. Usted está muy léjos de la verdadera causa. La verdadera razon es lo contrario de lo que usted ha creido; en una palabra, amigo mio; ni Sofia ni yo podemos tener la honra de pertenecer á su familia.

LUIS. Cómo! Sofia?...

CARLOS. Tranquilícese usted. Sofia no tiene nada de qué acusarse. Pero la ley del mundo la hace víctima de su familia, como usted lo ha sido de la suya. Desgraciadamente, la falta cuyas consecuencias pesan sobre ella es irreparable.

LUIS. Por Dios, acabe usted!...

CARLOS. Voy á confiar á usted lo que no he dicho á nadie en este mundo. Sofia es una hija natural; ella lo ignora; y su tristeza, que tal vez usted podria hacerla desaparecer, es la de no haber conocido á su madre; su madre, de la cual yo no le he hablado jamás, de la cual ella adivina que yo no me quiero acordar.

LUIS. Su madre ha muerto?

CARLOS. Vive. Indigna de su hija, indigna de usted y de mí! Vive entre el ruido de los placeres y el escándalo del lujo con un malvado. Poco tiempo despues de una escena terrible en que mi padre me probó la infamia de ambos, me batí con aquel miserable dándole una estocada, de la cual desgraciadamente no murió. Recogí á mi hija á pesar de las amenazas de la madre de venir á arrebatármela algun dia. Para evitar esto, hemos pasado la vida viajando, un año en un punto, dos en otro por Italia, Alemania, á Inglaterra, á fin de des-

orientar á la madre de nuestra verdadera residencia, Como usted sabe, llevamos aquí en la Lorena dos años, y ya he escrito á mi notario para que me venda esta casa de campo en cuanto tenga ocasion. Sabe usted toda la verdad, ante la cual comprendo que se entibie el mayor cariño y haga desistir de sus proyectos á un hombre honrado.

Luis. Debo empezar dando á usted las gracias por la prueba de confianza que le he merecido, y yo le probaré bien pronto que soy digno de ella. No tan sólo lo que usted me ha dicho no me hace desistir, sino que por el contrario, ahora me interesa y amo más á Sofía, si es posible. No quisiera llevar á cabo este asunto sin su voluntad; no creo serle indiferente, pero desearia saber si ella corresponde á mi cariño.

Carlos. Ella no se lo ha dicho á usted todavía?

Luis. No.

Carlos. Pero al ménos se lo habrá dicho por escrito; no ha recibido de usted carta alguna?

Luis. No me hubiera permitido tal libertad sin haberle pedido á usted ántes su permiso.

Carlos. Amigo, tengo mucho que agradecer á usted despues de nuestra conversacion, y para probarle que mi único deseo es poderle llamar hijo mio... Sofía se acerca; la dejo sola con un caballero. Quiera Dios que la hija acepte el cariño de un hombre como usted.

ESCENA VII.

LUIS, SOFÍA.

Luis. Buenos dias, señorita.

Sofia. Buenos dias... Creí encontrar aquí á mi papá; ¿no estaba con usted?

Luis. Sí, señorita; pero al sentirla á usted llegar, se ha retirado.

Sofia. Huye de mí!... Tiene razon; porque hace un rato le he dado un disgusto.

Luis. Voluntariamente?

Sofia. Dios me libre!... pero le he incomodado y quiero pedirle perdon.

Luis. Por qué me hace usted la confesion de su falta?

Sofia. Porque usted me lo ha preguntado.

Luis. Y dígame usted, Sofía... si yo le pregantára á usted por otros secretillos suyos, me los confiaria usted lo mismo diciéndole yo alguno que quizá le interese?

Sofia. Á mí?

Luis. Sí, á usted. Estoy autorizado por su papá; pero es preciso que usted me ayude tambien por su parte.

Sofia. Con mucho gusto. Empiece usted.

Luis. Sofía, yo adoro á usted, y...

Sofia. Y...

Luis. Y... acabo de pedir su mano á su papá...

Sofia. Y... qué ha respondido?

Luis. Que no queria casar á usted hasta los veinte y un años.

Sofia. Por qué?

Luis. Porque cree que á esa edad es cuando una mujer puede saber si realmente ama al hombre con quien se va á casar.

Sofia. Mi padre tiene mucho talento, y tendrá sus razones cuando así piensa; él sólo desea mi felicidad; él habrá conocido que yo tambien amo á usted.

Luis. Usted me ama?...

Sofia. Sí; desde el momento en que mi padre autoriza á usted para que me diga su secreto, es para que yo le diga el mio, no es verdad?

Luis. Sí, Sofía, sí; y yo juro amarla con toda mi alma.

Sofia. Pues yo tambien tengo un secretillo que quiero que usted sepa, porque deseaba decírselo á una persona que me quisiera mucho, y usted me lo ha jurado. Hace nueve ó diez años viviamos en París, y Magdalena, mi aya, me llevaba todos los dias al jardin de las Tullerías... Una tarde estaba jugando con otra niña de mi edad, y acercándose su madre me preguntó cómo me

llamaba; yo se lo dije.—Tú eres la hija del vizconde de San Alberto?...—Sí, señora.—Mentira; el vizconde no ha sido casado jamás, y si tiene hijos, tanto peor para tí; los mios no pueden jugar contigo.

LUIS. Oh! qué indignidad!

SOFIA. Dicho esto, cogió á su niña de la mano y no las ví más!... Cuando volví á casa, le conté esto á mi padre. Él no dió ninguna importancia á este incidente; pero yo estuve llorando toda la noche, porque me habian quitado á mi amiguita. Mi padre me dijo al otro dia, que la señora no sabia lo que me habia dicho... Yo acepté esta explicacion y no volvimos á hablar más de esto; pero desde aquel dia, aquellas palabras no pueden borrarse de mi corazon, donde parece que se grabaron. Cada vez que las recuerdo pregunto á mi abuelito ó á mi padre por mi querida mamá; siempre me contestan que ha muerto. Una madre, aunque jamás se la haya visto siempre es una madre, y en el corazon de su hija hay eternamente un lugar consagrado á su memoria que nadie puede reemplazar y á cuyo sagrado recuerdo dedico todas mis oraciones. En fin, hay en mi vida un misterio que no puedo comprender y que me hace sufrir. Usted, que será mi marido, que debe saber lo que yo ignoro, que debe conocer el mundo y que dice que me quiere tanto, por qué no me lo explíca usted?

LUIS. No puedo aunque quisiera.

SOFIA. Mi padre no le ha dicho á usted nada de esto?

LUIS. Nada.

SOFIA. De veras?

LUIS. De veras.

SOFIA. Y usted se casará conmigo?

LUIS. Es toda mi ambicion.

SOFIA. Si su mamá lo permite?...

LUIS. Dará su consentimiento con mucho gusto.

SOFIA. Y su padre de usted?

LUIS. Ha muerto.

Sofia. Y cómo se reemplaza su consentimiento?

Luis. Con la partida de defuncion.

Sofia. De modo que será preciso la fe de muerta de mi madre? Eso era todo lo que yo queria saber. He aquí por qué no quieren casarme; porque no pueden presentar la partida de defuncion de mi madre, porque no ha muerto, porque ella me quiere y me han separado de ella contra su voluntad: ella me lo ha escrito.

Luis. Ha escrito á usted?...

Sofia. Sí; ayer estando paseándome por el jardin, se acercó un pobre á la verja de entrada para pedirme una limosna; yo le dí una moneda; y él me alargó un papel doblado, diciéndome: «lea usted eso sola, señorita; esa será su recompensa.»

ESCENA VIII.

DICHOS, MR. AVERTIN.

Avertin. Dispense usted, caballero; es usted el señor vizconde de San Alberto?

Luis. No, señor.

Sofia. El señor vizconde, es mi padre.

Avertin. Por muchos años!... De modo que tengo el honor de hablar con la señorita Sofía?

Sofia. Sí, señor.

Avertin. En ese caso, ¿molestaria á usted avisar á su señor padre, que monsiur Avertin, abogado, desea hablarle acerca de la venta de esta quinta?

Sofia. Voy á avisarle al momento. (Váse puerta izquierda.)

Avertin. Mil gracias.—Usted es hermanito de esta señorita?

Luis. No, señor.

Avertin. Me parecia notar en usted un aire así, de familia.—Buen pais es este. No lo conocia, y ahora me alegro de haber visto la Lorena: he venido expresamente á hacer este negocio, y siento no poder detenerme mucho tiempo. Aunque sea curiosidad, caballero, sabe usted por qué vende el señor vizconde una posesion tan

magnífica como esta?

Luis. Lo ignoro; pero él vendrá al momento y lo oirá usted de su boca. Saludo á usted. (Váse.)

Avertin. Igualmente.

ESCENA IX.

MR. AVERTIN.

Eh... eh!... El texto de la ley está claro y preciso en casos como el presente. Si la parte contraria se atreve¡ á sostener que tiene contra nosotros esta... y esta prueba... á nosotros nos será fácil probar lo contrario... Sin embargo, es preciso mucho tacto... Ah! aquo está el señor vizconde.

ESCENA X.

DICHO, CÁRLOS.

Carlos. Caballero...

Avertin. Pido á usted mil perdones por haberle molestado. Vengo expresamente de París para ver esta casa que está en venta; ¿no es así?—Aquí está la tarjeta de su notario que debe servir para mi presentacion. ¿Cuánd podríamos verla?

Carlos. Ahora mismo, si usted gusta, estoy á su disposicion.

Avertin. No es para mí, es para una señora cliente mia, y á la cual acompaño; pero ántes de hacerla entrar, queria asegurarme si el señor vizconde podria recibirla. Con su permiso voy á avisarla al jardin, donde se ha quedado paseando.

Carlos. Por qué no la ha hecho usted entrar?... Voy por ella.

Avertin. No se moleste usted. Héla aquí.

ESCENA XI.

DICHOS, CAMILA.

CARLOS. Usted aquí, señora?

CAM. Yo en persona. Y tengo un placer en que me haya usted reconocido. Eso prueba que no he cambiado mucho. El señor Conde vive todavía? me alegro mucho.

CARLOS. Sepamos, señora, qué proyecto la trae á usted aquí, porque seguramente no la ha conducido la casualidad.

CAM. Cierto. Monsieur Avertin, tiene usted la bondad de cerrar esas puertas?... es una precaucion que el padre del señor vizconde me enseñó hace diez y seis años, y que considero buena cuando se tratan asuntos graves. Me hará usted el obsequio de prestar su atencion á lo que aquí se ha de hablar. (Dirigiéndose á Mr. Avertin.)

AVERTIN. Soy todo oidos.

CAM. Ante todo su salud de usted buena, así como la de su señor padre?... me alegro. En cuanto á la de mi hija sé que es excelente, salvo alguna nubecilla de tristeza propia de su edad. Ya ve usted que yo me intereso por ella y por todo lo que la rodea.

CARLOS. Señora, concluyamos; vamos al asunto que la trae á esta casa; estoy bien seguro que no es por cariño hácia su hija, á quien usted no ha visto ni ha procurado buscar hace diez y seis años.

CAM. Qué quiere usted!... las circunstancias, los viajes... contratiempos de todos géneros... Pero yo habia dicho á usted que nos volveriamos á ver y cumplo mi palabra: un poco tarde, es verdad; pero más vale tarde que nunca. Llego en la ocasion más oportuna para sacar á usted de un compromiso; sé que va usted á casar á Eteniet... á Sofía, como usted la llama ahora.

CARLOS. ¿Quién ha dicho á usted eso?

CAM. Yo lo sé y esto basta.—Ahora bien; para casar á Sofía hace falta mi consentimiento.

CARLOS. Es cierto.

CAM. Pues bien; no seria lo mejor colocar á Sofía en una posicion completamente regular? La familia de Bressant lo aplaudiria.

CARLOS. Usted sabe que hace ya tiempo eso es imposible. (Avertin se coloca en medio y le hace una seña con la mano equivalente á decirle: «Oid.»

CAM. Está usted equivocado; nada más fácil.

CARLOS. Explíquese usted.

CAM. Nada más sencillo: casándose la madre y legitimando á la hija por medio del matrimonio.

CARLOS. Casarme con usted?... Yo... veo que se está usted chanceando!

CAM. Hablo muy formal, porque el caso es grave. Y debo advirtir á usted que es el mejor modo que tendremos de arreglar este asunto. Pregunte usted si no á mi consejero y abogado en este negocio.

AVERTIN. Verdad.

CARLOS. En una palabra; otorga usted su consentimiento?

CAM. No.

CARLOS. Ni aún para hacer la ventura de su hija?

CAM. Negado.

CARLOS. Entónces...

CAM. Me puedo retirar... no es así?

CARLOS. Cierto; nada tenemos que hablar.

CAM. En ese caso, permítame usted llamar á mi hija, porque me la llevo.

CARLOS. Usted llevarse á Sofía?... Qué delirio!

CAM. No tanto como usted cree. Delirio, porque me quiero llevar á mi hija, apoyada en mi derecho!... No es cierto, monsieur Avertin?

AVERTIN. Verdad.

CAM. ¿Se niega usted á darme á mi hija?

CARLOS. No hay necesidad de responder.

CAM. No quiero que me acuse usted de que hago las cosas con demasiada ligereza ni que no quiero conciliarlo todo. Doy á usted veinte y cuatro horas para reflexionar

su determinacion. Y si pasado ese tiempo se niega usted todavía á casarse conmigo, me entregará usted á mi hija; y no seré yo, será la ley la que vendrá por ella. Y le advierto que tengo tomadas mis precauciones.

CARLOS. Eso lo veremos.

CAM. Eso lo verá usted. Hasta mañana, caballero.—Vamos, monsieur Avertin. (Mr. Avertin llega, acompañando á Camila hasta el foro, y despues que esta desaparece, baja á la escena, y con gran intencion, dice lo siguiente:)

AVENTIN. Celebro mucho haber conocido á usted... calle de Chavanais, número once, piso tercero de la derecha, de una á cinco de la tarde estoy á su disposicion. No pierda usted mi tarjeta. Quién sabe á dónde podremos llegar?... (Váse.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de una fonda.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, UN CRIADO, á poco LUIS.

CRIADO. Caballero, tenga usted la hondad de poner su nombre y su profesion en este libro, que es el del registro; porque ya hace dos dias que está usted hospedado en esta fonda, y podia traer un perjuicio á la casa si esto se supiera.

CARLOS. Me supone usted quizá algun hombre sospechoso?

CRIADO. No, señor; pero la policía es muy severa con nosotros.

CARLOS. Se pueden ver aquí los nombres de las personas que habitan ahora en esta fonda?

CRIADO. Sí, señor vizconde.

CARLOS. Por qué me da usted ese título?

CRIADO. No es el que le corresponde?

CARLOS. Quién se lo ha dicho á usted?

CRIADO. Un caballero que ha venido á preguntar esta mañana si habia llegado á esta fonda el señor vizconde de San Alberto con su hija y su aya.

CARLOS. Qué señas tiene?

Criado. Un hombre de unos cincuenta años, con una levita larga y unas gafas... le pregunté si queria dejar algun recado para el señor vizconde, y me dijo su nombre y las señas de su casa. Monsieur Avertin, calle de Chavanais, número once, tercero derecha.

Carlos. Si vuelve, sea la hora que quiera, avíseme usted y hágale usted subir.

Criado. Está muy bien. Desea algo el señor vizconde?...

Carlos. Nada! Qué querrá ese hombre de mí?

ESCENA II.

CÁRLOS, LUIS.

Carlos. Estaba esperando á usted con la mayor impaciencia. ¿Qué hay?

Luis. Todo va bien en lo posible. Nos hemos asustado más pronto de lo necesario... Podia usted haber permanecido algun tiempo más en Tours, al lado del señor Conde. ¿Hay noticias suyas?

Carlos. Ninguna.

Luis. Buena señal; porque quedó en avisarnos telegráficamente á la menor novedad. ¿Y Sofía?

Carlos. Sigue bien.

Luis. No ha preguntado la causa de este viaje repentino?

Carlos. Sí; pero yo habia previsto la respuesta, puesto que ántes ó despues habria que darle una explicacion. La he dicho que tenia que venir á París para un asunto judicial... Esto á la vez me sirve para preparar su espíritu y su corazon.

Luis. Muy bien hecho. La suerte me llevó á su casa de usted cinco minutos despues que se marchó de ella la madre de Sofía. Despues de nuestra corta explicacion, salí detrás y la ví reunirse con su abogado, que dicho sea de paso, le conozco.

Carlos. Me alegro. Ya ha venido á buscarme. ¿Quién es ese hombre?

Luis. Yo le diré á usted... Pero procedamos con órden. Los

he seguido hasta la fonda de la bola de oro en Tours, donde se han reunido con un tal Cabañol, que pasa por el esposo de Camila.

CARLOS. Naturalmente; el infame no se ha atrevido á acompañarla hasta mi casa.

LUIS. Una hora despues, los tres juntos tomaron el tren para París, y yo entré en un wagon inmediato. Al llegar, Avertin se ha separado de ellos, y yo los he seguido hasta la calle de Chateaubriand, número noventa y cinco, donde se han hospedado. Diré á usted para su gobierno, que ese Avertin es un truhan, y ademas muy interesado. . Cuando él ha venido á buscar á usted, tal vez sea para ver qué le conviene más. Camila puede estar en su derecho segun la ley; pero como toda ley tiene su trampa, él la conocerá, y acaso nos la diga á nosotros si usted le ofrece dinero.

CARLOS. Eso será lo mejor; para efectuar el reconocimiento, son necesarios dos testigos, verdad?

LUIS. Sí.

CARLOS. Me los podrá usted proporcionar?

LUIS. En el momento. Uno seré yo, el otro un amigo abogado, que representará á usted en todo cuanto haga falta. Ahora un poco de paciencia y todo se arreglará.

CARLOS. Cuántas molestias le estoy á usted dando, amigo mio... Usted me las dispensará.

LUIS. Yo estoy contento, porque tengo la dicha de serle á usted útil y á Sofía.

CARLOS. Ah! querido hijo!

LUIS. Ese nombre es mi recompensa...

CARLOS. Se acerca Sofía... Adivinó que estaba usted aquí.

ESCENA III.

DICHOS, SOFIA.

SOFIA. Papá!... Buenos dias, Luis!!..

LUIS. Sofía, buenos dias. Dispense usted que me retire con gran pesar mio, aunque por pocos momentos; porque

ocupaciones gratas para todos, reclaman mi presencia en otra parte... Pronto vuelvo.

SOFIA y CARLOS. Adios.

ESCENA IV.

CÁRLOS, SOFIA.

SOFIA. Qué contento está hoy Luis.

CARLOS. Sabe que es amado...

SOFIA. Entónces, por qué se marcha tan precipitadamente?

CARLOS. Porque tiene que traerme noticias sobre el proceso de que te he hablado, y por el cual hemos venido aquí; y ademas á concluir las últimas disposiciones para vuestro enlace. (Sentándose.)

SOFIA. Y nada más?

CARLOS. Nada más.

SOFIA. Por qué me ocultas la verdad, padre mio!

CARLOS. Cómo?

SOFIA. Tu agitacion en estos dias es visible: las precauciones que tomas respecto á mi persona... Creo que nada de esto se necesita para que un padre case á su hija, ni para litigar...

CARLOS. Si yo tengo secretos para tí, Sofia, no hago más que imitarte.

SOFIA. Qué dices?

CARLOS. Las cartas que has recibido... que leias por las noches en tu cuarto y que quemabas despues...

SOFIA. Luis te ha dicho...

CARLOS. No; Magdalena me ha informado de todo.

SOFIA. Es cierto, y yo te pido me perdones esa falta de confianza; todo te lo diré.

CARLOS. Es inútil, porque desgraciadamente sé de quién eran esas cartas. Sofia, voy á revelarte lo que á toda costa hubiera querido ocultar. Hay en tu vida una desgracia dolorosa, como en la mia una falta imperdonable. No creo que dudes de mi cariño, ¿es verdad?

SOFIA. Padre mio!...

CARLOS. Todo lo que yo he hecho ha sido por tu felicidad.

SOFIA. Lo creo.

CARLOS. Pues bien; sabe que tú no tienes madre!

SOFIA. Quién es entónces aquella señora que me escribia, diciéndome que lo era?

CARLOS. Dar la vida, no constituye la maternidad tal como Dios la ha formado. La madre que abandona á sus hijos negándoles su ternura y sus caricias; la que los desampara desde el dia de su nacimiento, falta á la primera y más santa ley de la naturaleza... la madre que hace esto con sus hijos, no es madre, no es siquiera una mujer, no es nada... debe ser un cadáver! Hé aquí por qué, hija de mi alma, te decia que tu madre habia muerto. Pero vive aún y viene invocando hoy, por no sé qué interés, el título que no reclamaba cuando tenia santos deberes que cumplir y que olvidó desde el primer momento. Ángel mio, perdóname por todo lo que hoy me encuentro obligado á decirte. Es la expiacion de mi culpa! Sólo me resta explicarte mi conducta... Á pesar de su indiferencia por tí, yo, cediendo á sus súplicas, me decidí á casarme con ella; pero aquel mismo dia se hizo indigna de mi nombre y me separé de ella para no volverla á ver jamás.

SOFIA. Entónces... habia cometido una falta?...

CARLOS. Imperdonable!

SOFIA. (*En voz baja.*) Muy grande?

CARLOS. Sí, hija mia.

SOFIA. Y sin duda por eso la madre de aquella niña no queria que su hija estuviera á mi lado? Ah! padre, qué desgraciada soy!

CARLOS. Pobre hija mia! Y ahora esa mujer, cuyos derechos reconoce la ley, y á la que no ha costado ni una lágrima, ni una caricia, ni un buen ejemplo, viene á reclamar á su hija, que es un ángel; á robarle la dicha que merece, á separarnos quizá para siempre!

SOFIA. Oh! jamás!

CARLOS. Para evitarlo hemos hecho este repentino viaje.

SOFIA. No, padre mio; no temas; nadie nos separará. Hay en esa explicacion cosas que no entiendo; pero yo estoy segura de tu cariño y esto me basta. Álguien se acerca... mi abuelito.—Ah! llegas á tiempo: abrázame; ahora más que nunca necesito de tus caricias!

ESCENA V.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Qué lágrimas son esas?

CARLOS. Lo sabe todo.

CONDE. No; ni tú tampoco. Retírate á tu cuarto, híja mia, y disponte para marchar de Paris á la mayor brevedad.

SOFIA. Otra nueva desgracia!...

CONDE. Tranquilízate; nada grave... pero es preciso prevenirlo todo. Yo te lo diré á su tiempo. Entra en tu habitacion y no salgas de ella mientras no te llame tu padre... Calma, hija mia, y valor. Dios nos ayudará hasta el fin.

ESCENA VI.

CÁRLOS el CONDE.

CARLOS. Qué significa su regreso inesperado?

CONDE. Significa, que sin perder un minuto es preciso que nos llevemos de aquí á Sofia; no importa dónde, con tal que hallemos un asilo seguro é impenetrable; porque en breve vendrán aquí por ella.

CARLOS. Quién?

CONDE. El procurador imperial, el comisario, los gendarmes, qué sé yo...

CARLOS. Con qué derecho?

CONDE. En virtud de una sentencia dada contra nosotros, acusados de retener ilegalmente en nuestro poder á una niña de menor edad.

CARLOS. Aún no me han notificado esa sentencia.

CONDE. Sí; te la han mandado á esta fonda.

CARLOS. Pero no me la han entregado todavía.

CONDE. Está en la consejería del tribunal, porque tú no has querido dar tu nombre en esta casa; el portero dejó encima de la mesa la órden en ausencia del criado. Una nueva trama del pícaro de Avertin.

CARLOS. Todo es de temer de gente que se vale de armas de ese género para triunfar.

CONDE. Cabañol se ha casado con Camila; y por medio de este casamiento han legitimado á María Eteniet, nacida de padre y madre desconocidos, como hija en debida forma. Nosotros no tenemos ya ningun derecho sobre ella; y como ellos están hostigados por las deudas, á pesar de su lujo aparente, vendrán aquí por ella para realizar algun infame proyecto y... ahí están!

CARLOS. Oh! yo daré muerte á mi hija ántes que entregarla á esos miserables.

ESCENA VII.

DICHOS, UN NOTARIO, CAMILA, CABAÑOL, AVERTIN, dos agentes de policía; á poco SOFÍA.

NOT. El señor vizconde de San Alberto?

CARLOS. Yo soy.

NOT. En nombre de la ley y en virtud de un acta de matrimonio celebrada entre Andrés Cabañol y Camila Guy, por el cual reconocen como su legítima hija á Maria Eteniet, nacida de padre y madre desconocidos, detenida arbitrariadamente por usted, bajo el nombre de Sofía Esteve... mando á usted entregar al instante dicha jóven.

CARLOS. Usted sabe que este hombre y esta mujer son dos miserables impostores, y que la niña que me reclaman es mi hija? Si te queda un resto de vergüenza, sosten delante de mí que tú eres el padre de Sofía.

CAB. Suplico á usted, señor Notario, que haga valer nuestros derechos.—Yo no conozco á ese hombre.

NOT. Tiene usted algun documento que pruebe que esa niña es hija suya?

CARLOS. Pregunte usted á esa madre, si yo digo la verdad.

NOT. Luego usted reconoce á esta señora como la madre de esa niña?

CAB. La reconozco.

NOT. Entónces, por más que lo sienta, tengo que ahogar mis sentimientos de hombre ante mi deber.

CARLOS. Un momento. Señora, por qué oculta usted la verdad? por qué no confiesa usted que al invocar ese derecho que le da la ley, lo que está haciendo es ultrajarla? Sí, ultrajarla! porque usted mejor que nadie sabe que lo que está haciendo es una infamia. Pronuncie usted una palabra, un grito, derrame usted una lágrima siquiera para probar que aún queda en ese corazon un resto de sentimiento humano, si no creeré que más que mujer, eres una fiera!—Oh! perdóname!... perdóname!... no me quites á mi hija y toma en cambio mi fortuna, mi vida, mi sangre; yo te la daré toda, pero no me arrebates mi tesoro! Usted, caballero, que tambien tendrá hijos, que sabrá cuánto se les quiere... diga usted una palabra que encierre una esperanza para este pobre padre, á quien quieren arrebatar la mitad de su alma!—En nombre del cielo, hablad!... ese silencio me mata!...

CAB. Acabemos, se lo suplico á usted.

CARLOS. Rechazan ustedes mis súplicas?... Pues bien, no cederé si no á la fuerza. Venid, venid todos. Quién se atreverá á separarla de mi lado?

ESCENA VIII.

DICHOS, SOFÍA.

SOFIA. Basta, padre mio!... Á mí solo toca contestar, puesto que de mí se trata. Caballero, yo no sé nada de la ley; pero ya que se apela á ese santo nombre para separarme del lado de mi padre, yo invoco esa misma ley para que me ponga á cubierto de toda violencia que quiera usarse conmigo; la ley no debe autorizar un

crímen! Una madre no puede querer la desgracia de su hija. Usted es mi madre, señora?

CAM. Señorita... Sí!

SOFIA. Por qué me dice usted señorita? Es preciso que me llame hija.

NOT. Usted es la jóven que ha llevado hasta hoy el nombre de Sofia Esteve?

SOFIA. Sí señor.

NOT. Entónces, usted debe seguir á esta señora y á este caballero, que vienen por usted, y que legalmente son sus padres.

SOFIA. Mi padre?... Véale usted: mi abuelo es ese anciano á quien ve usted llorando. Mi madre, tal vez sea esta señora; yo no lo sé!... En cuanto á este caballero, no le conozco!

NOT. Señorita, es preciso que nos siga usted.

SOFIA. Estoy pronta.

CARLOS. Jamás!

SOFIA. Valor, padre mio!... la ley no cometerá una injusticia. La verdad triunfará! Dame un abrazo!... y tú tambien, abuelito!... Y Luis?... siento no esté aquí! Decidle que no me olvido de él!... No estaremos mucho tiempo separados... hasta tanto tengamos valor.

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Un momento, señor Notario. El señor vizconde de San Alberto pone impedimento á la sentencia.

NOT. No se puede poner impedimento á una sentencia dada. Lo que puede hacerse es apelar de ella al tribunal superior.

AVERTIN. (Apele usted, señor vizconde, y si no me olvida usted, ya veremos de arreglarlo todo.)

CARLOS. Puesto que estoy en mi derecho, apelo de la sentencia.

AVERTIN. Bien: el señor vizconde está en su derecho, con arreglo al artículo ochocientos nueve de la ley de procedi-

miento civil. La apelacion será atendida.

NOT. Está bien: hasta que el señor juez disponga lo que juzgue por conveniente, nombro á usted guardador de Sofia Esteve, á la cual presentará usted á su primera citacion; y permitirá asimismo á estos señores conferenciar con ella cuanto juzguen conveniente.

CAM. Mi hija!...

SOFIA. Ha dicho el señor Notario que tengo el derecho de conferenciar, mientras no llega el momento...

NOT. Es la verdad.

SOFIA. En ese caso, permítame usted una corta entrevista con esa señora... (Señalando á Camila.)

NOT. No hay inconveniente.

SOFIA. No se alejen ustedes.

CARLOS. Pasemos á mi gabinete.

NOT. Yo me retiro. Extienda usted cuanto ántes su apelacion.

ESCENA X.

CAMILA, SOFIA.

SOFIA. (Mi madre!... (Observándola.) no sé lo que experimenta mi corazon en este instante... Valor!)

CAM. (Qué querrá decirme?)

SOFIA. Señora... acérquese usted... (Con cierta timidez.)

CAM. Deseo sea muy breve el plazo que conceda el tribunal superior, y saber á qué atenernos para lo sucesivo.

SOFIA. Yo lo espero con ansiedad para conocer mi porvenir.

CAM. Justamente: por eso he consentido en hablar con usted; y de qué podria hablarla que más me interesara? Las personas que hasta hoy han estado á su lado y que la arrebataron del mio á poco de haber nacido, habrán acostumbrado á usted á odiar, á despreciar á su madre.

SOFIA. Son incapaces de una accion de esa naturaleza. Mis padres...

CAM. No les dé usted ese nombre.

SOFIA. Perdóneme usted ese nombre se lo doy, no por cos-

tumbre, si no por deber; son nombres que no salen de mis labios, sino de mi corazon. Nunca me han hablado de usted mal, sólo me han dicho que habia usted muerto. Sin embargo, no sé qué presentimiento me decia que usted vivia y que yo la veria alguna vez.

CAM. Quién sabe si apareceré ante usted y su padre como una mujer despreciable? Bien ve usted, Sofia, que yo no puedo dejar á usted en una casa en donde me desprecian. Su padre, al hablarla de mí, no le habrá dicho que no tuvo miedo para perder, para deshonrar á una pobre muchacha á quien abandonó infamemente, cuando usted apenas tenia un año... y lo hizo sin un motivo justificado, por una infame calumnia! porque yo no era...

SOFIA. Qué?

CAM. Yo no era culpable.

SOFIA. De qué falta?

CAM. De la que se me acusaba.

SOFIA. Pero cuál era esa falta? No me la oculte usted.

CAM. Y para qué lo quiere usted saber?

SOFIA. Entónces, por qué me habla usted así? Oigo á usted palabras que no comprendo... Si usted era inocente, debió disculparse... Si no lo era, debe arrepentirse.— Mi padre es bueno. Por qué quiere usted que yo lleve el apellido de un hombre extraño, á quien no conozco, y vaya á vivir con él, cuando me dice que mi padre es otro? Por qué me habla usted de esa manera que tan mal se aviene con el dulce nombre de madre? Por qué engañar á la justicia?... Por qué esas mentiras, esas amenazas? No era más natural y más sencillo venir á mí y decirme: «Sofía, yo soy tu madre; nosotras hemos estado separadas hasta hoy... pues bien, desde este feliz momento en que nos hemos unido, yo te adoro.»—Cree usted que yo la hubiera preguntado lo que habia hecho? Por ventura soy su juez? Soy yo la que tiene el derecho de condenar y de absolver? No! Una madre y una hija que se encuentran al cabo de

diez y seis años, no tienen necesidad de decirse ni una sola palabra, sino arrojarse una en brazos de otra, derramar un mar de lágrimas de alegría, y dar gracias á Dios por tanta dicha... y asunto concluido.

CAM. Hija de mi alma!...

SOFIA. Madre mia!... Dime ahora para qué necesitamos de los tribunales ni de los procesos! Un abrazo... así; un millon de besos. Todo se acabó. Ea, adios, señores jueces, ya no tenemos necesidad de ustedes.

CAM. Hija adorada!... hija mia!... deja que bese, no tu rostro celestial, sino tus pies; yo no soy digna... quiero separarme de tí, quiero expiar mis faltas, y Dios me perdonará. Si tú supieras todo lo que... Pero Dios quiere arrepentidos, y yo lo estoy de todo corazon! Tú, ángel mio, has hecho esta conversion, y yo te bendigo por ella.

SOFIA. No llores más, madre mia!

CAM. Así... llámame madre. Una, mil veces! Abrázame, hija mia, abrázame! Mira correr por mis mejillas estas lágrimas; ves?... no las enjugues; no son de dolor, son de placer; porque me has dicho que me quieres como yo á tí! Es preciso que yo me retire. Adios.

SOFIA. No, al contrario. Usted debe quedarse aquí, á mi lado; yo necesito las caricias de mi madre... por qué otra separacion?

CAM. Porque nadie debe verme á tu lado, yo te perjudicaría! ¿Por qué me separé de tí? Ahora es preciso salvarte. Llama á monsieur Avertin.

SOFIA. Á él sólo?

CAM. Sí... no hay tiempo que perder.

SOFIA. Ahora mismo. (Llama con la campanilla. Sale un criado á quien dice Sofía.) Diga usted á monsieur Avertin, que tenga la bondad de venir al momento.

CRIADO. Está muy bien.

SOFIA. Qué vas á hacer?

CAM. Mi deber. Descargar mi conciencia del peso que ahora me oprime y me mata.

ESCENA XI.

DICHAS, MR. AVERTIN.

CAM. Monsieur Avertin, es preciso deshacer todo lo hecho hasta aquí.

AVERTIN. Imposible!

CAM. Todo cuanto yo he dicho es falso, y estoy en mi derecho confesando la verdad.

AVERTIN. No basta, señora, decir esto de palabra, sino por escrito, y entónces será usted acusada por el delito de calumnia é injuria... y el código civil está terminante en este punto. Tema usted una prision.

CAM. Qué me importa eso? Lo que yo deseo es que mi hija se salve.

SOFIA. Madre mia!...

AVERTIN. Pero, y el señor Cabañol?

CAM. Dirá... es necesario que diga la verdad.

AVERTIN. Yo creo que esto le desagradará.

CAM. Y qué me importa?

AVERTIN. Pero ese hombre nos estorbará mucho. Si se le pudiera hacer salir de París, su fuga seria una confesion tácita.

CAM. Partirá.—Yo le obligaré á que vuelva á servir en el extranjero, como otra vez lo ha hecho.

AVERTIN. Ha servido como militar en un ejército extranjero?

CAM. Sí.

AVERTIN. Dónde.

CAM. En el ejército ruso.

AVERTIN. En tiempo de la guerra de Crimea?

CAM. Sí, pero por qué esas preguntas?

AVERTIN. Nada, nada... y diga usted, él se alistó en el ejército ruso sin autorizacion del gobierno francés?

CAM. Sí.

AVERTIN. Y ni el ministro de la guerra, ni nadie ha sabido?...

CAM. Nada!

AVERTIN. Entónces, descuide usted; se logrará lo que se desea.

ESCENA XII.

DICHOS, CÁRLOS, el CONDE, LUIS, CABAÑOL y el NOTARIO.

CAB. Ya es hora de acabar este asunto.—Camila, recoge á tu hija.

AVERTIN. Señor vizconde, quédese usted con su hija!... El matrimonio de este señor, es nulo.

TODOS. Cómo!...

AVERTIN. Artículo segundo del código civil: Todo francés que sin la autorizacion del emperador, tome servicio en el extranjero, pierde su cualidad de francés. Artículo venticinco: Los condenados á estas penas, perderán todos sus derechos civiles, quedando incapacitados de contraer matrimonio que produzca ningun efecto civil. Artículo ventiseis: Todo matrimonio que hubiera contratado, será nulo, etc., etc.

CAB. Usted se equivoca, señor abogado; yo no estoy en ese caso.

AVERTIN. Escoja usted: ó sufrir los efectos de una denuncia que nosotros haremos á los tribunales, apoyados en una declaracion, y por la cual será preso inmediatamente, ó ausentarse del pais... que es lo que le aconsejo haga pronto.

CAB. Me acojo al último dictámen de la ley.

AVERTIN. Hace usted bien.

CAB. Camila... Salgamos de aquí.

CAM. Caballero, aléjese usted.

CAB. Qué dices?

AVERTIN. Le aconsejo que no pierda tiempo en ausentarse. Si hay contumacia, la ley...

CARLOS. Su presencia de usted aquí...

CAB. Me voy... no pierdo la esperanza de vengarme.

CONDE. Infame! procure usted no caer entre mis manos, porque (Á Cabañol) saldria usted de ellas muy mal parado.

AVERTIN. Usted, señora, puede permanecer aquí. (Á Camila.) Me retiro. Los asuntos de familia se resuelven privadamente. Nosotros estamos de más... señores... (Saludan-

do. Á Cárlos.) Creo no estará arrepentido de haberme tratado, y no olvidará usted las señas de su habitacion: Chavanais, once, tercero derecha. (El Notario y Cabañol se van.)

CARLOS. No se hará esperar mi visita.

ESCENA XIII.

SOFIA, CAMILA, CARLOS, CONDE, LUIS.

SOFIA. Madre mia! (La abraza.)

CAM. Hija querida! Cárlos; grande es mi culpa!... grande será tambien la expiacion! El retiro, la soledad, traerán á mi mente el triste recuerdo de mis errores, la imágen de una hija amada, á quien no tengo derecho de abrazar, serán tormentos roedores que apagarán lentamente una existencia lacerada por irremediables extravíos!

SOFIA. Irremediables!

CAM. Sí, hija mia! Deja que alejada de tí, y á solas con el severo tribunal de mi conciencia, haga votos al cielo para una reparacion. (Dirigiéndose á Luis y al Conde.) Adios, Cárlos... adios, hija mia, adios!... Si alguna vez llega á tu noticia el refugio de Camila, remite para ella el suspiro más hondo de tu corazon... Si los ángeles ruegan, la pureza de sus acentos conmueve y purifica. Acaso entónces...

SOFIA. La escuchais? (Á Cárlos y al Conde.)

CARLOS. (Interponiéndose con dignidad.) Esas palabras, son desgarradoras. El verdadero arrepentimiento interesa á toda alma generosa. Auséntese usted con la conviccion de que algun dia la perdonaremos...

CAM. Esa esperanza me dará fuerzas. Ese será mi único consuelo. Adios. Adios!...

SOFIA. Dónde hallar alivio á mi profunda pena?

CARLOS. Aquí; en los brazos de tu padre. (Abrazándola.)

FIN.

EL TORO DE GRACIA.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

EL TORO DE GRACIA.

SAINETE NUEVO

ORIGINAL DE

EDUARDO DE PALACIO.

Estrenado en el Teatro-Salon de Eslava en la noche del 18 de Febrero de 1880.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
—
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATIDE (chula).	SRA. GENOVÉS.
FRASQUITO (picador).	SR. ZAMACOIS.
UN AFICIONADO..	» RIQUELME.
UN REVISTERO TAURINO.	» PEÑA.
UN MÉDICO.	» MONTENEGRO.
MOZO 1.º	» MUÑOZ.
IDEM 2.º	» GAMEZ.
UN ALGUACIL..	» RODRIGUEZ.
BANDERILLERO 1.º	SRTA. PEREZ.
IDEM 2.º	»
Mozos de plaza..	No hablan.
Banderilleros..	
Un municipal.	

Accion en la enfermería de la Plaza de Toros de Madrid.

ACTO ÚNICO

Sala blanca. Puerta de dos hojas á la derecha del actor, en primer término. Al mismo lado, en segundo término, una mesa separada de la pared, y entre una y otra una silla de Vitoria; junto á la pared una taquilla. A la izquierda del actor dos camas de hierro, en primero y segundo término; en las camas colchones, almohadas, sábanas, etc., y un hule sobre una de ellas. Al foro dos ventanas bajas con rejas. Entre una y otra una mesa ordinaria, como la anteriormente, indicada y pintada igualmente de negro. En la taquilla botiquin de cirujía, vendajes, etc., tohalla y palanganero.

ESCENA PRIMERA.

Mozos 1.º y 2.º—Mucho ruido dentro, pero no muy cerca; voces, bastonazos como sobre tabla; gritos de «otro toro! otro toro!» etc.

Mo. 2.º ¿Les darán toro de gracia?
Mo. 1.º Claro, ¿no ves que aún hay sol?
Mo. 2.º Hombre, si es que algunas tardes
llevan la lidia al vapor.
Hoy se han cargado seis Miuras
en dos horas de reló.
Mo. 1.º Entre uno que no preside
y otro que es mal *direitor*,
está la plaza hoy en dia
igual que la de Alcorcon.
Porque, hombre, es lo que yo digo,
y no soy un orador,
es decir, que me parece
que suelo tener razon:
un concejal puede ser

un escelente señor,
y buen padre de familia,
y un hombre de ilustracion,
y muy campechano, y hasta
liberal conservador,
y no poder en los toros
llevar una direicion.
Tratándose de una ópera
pueden dirigir mejor.
Mo. 2.º Es que allí no hay presidencia.
Mo. 1.º Bien, pero es una opinion.
Allí no es preciso el arte
y dice uno sí ú nó,
y vaya usted á saber
quién lo ha entendido peor.
Luego que estos matadores
no llevan una intencion,
y los chicos no le tienen
un respeto al matador.
Para que en tiempo del Curro,
que tenga en su gloria Dios,
sin que él lo mandara, *naide*
hiciera una *movicion*.
Aquellos eran espadas,
sin agraviar á estos dos;
cada uno era un general:
hoy cada uno es un tambor.
Si viene uno aquí cobrando
y toma una *enritacion*,
¿qué le pasará al abono?
¿Tú no has visto como yo
ir el espada á la cuadra
á sacar á un picador?
Esto no ha pasado nunca,
es un abuso feroz,
y que no se arregla, como
no haiga una *revolucion*.....
en el toreo, se entiende.
(Aplausos dentro.)
¡Anda! ya les concedió

el presidente otro toro.
Verás cómo hay revolcon.
Me voy á asomar á ver
qué pinta tiene el *buró*.

(Vase.)

ESCENA II.

Mozo 2.º

Yo no sé por qué conceden
estos toros de favor,
contra las reglas y el código;
que para eso se escribió:
«No se lidiarán mas reses
que las seis de la funcion.»

(Ruido. Voces dentro.)

Ahora ocurre una desgracia
á *cuasiquier* lidiador,
y entretanto que le curan
ó le hacen la operacion,
estése usté un par de horas
aquí, tomando calor.
¿No lo dije? Ahí viene uno,
el tio Frasquito cayó.
¡No viniera el presidente
en esa disposicion!

ESCENA III.

El mismo.—Frasquito, conducido por cuatro mozos, entre ellos el 1.º—Luego el Médico.

Fras. Sin buya, niños, sin buya,
que estoy tóo jecho un doló
y si me tiraiz hacina,
me *esarmo*, y *sacabó*.
Paese que yevais un catre
ó habeis pezcao un tiburon.

(Llega á la cama y lo dejan en ella.)

Méd. ¿Qué es eso, señor Frasquito?
Fras. ¿Quién es vuesencia?
Méd. El doctor.

FRAS. Pues náa, como aquer que dise;
una descomposision;
que eztoy desarmao, rompío.
¿Dónde se yeva la vos?
(Incorporándose en la cama.)
¿en er purmon? ya osté vé,
cómo tendré yo er purmon,
las entretelas, la biblia...
MÉD. ¡Quieto!
(Obligándole á echarse.)
FRAS. . Soy un borraor,
á ver si zaca uzté un hombre,
porque miste que zi no,
me voy á morir en cuartos,
que es la probesa mayor.
(Incorporándose. El médico le hace echarse.)
MÉD. ¿Hay cornada?
FRAS. ¡No ha de haberla!
zi me ha partío.
MED. ¡Ilusion!
FRAS. Que estoy trazpasao, maestro.
MED. Lo está diciendo el olor.
FRAS. Dios mio, ¿estoy *purtefato*?
MED. Lo que está usted es *curdon*.
FRAS. No me diga usté esas cozas,
que ofenden á la pudor.
MED. A ver, estése usted quieto.
FRAS. Lo que soy yo ez un leon,
pero no se le echa á *naide*
un animal tan traidor.
Aqueyo era un toro *elétrico*.
MED. Un buey desde que salió.
FRAS. Camará, ni er buey de Túnes.
¡Vaya que está usté guazon!
MED. Usted no entró por derecho.
FRÁS. Er potro se me sezgó
y se me coló la fiera
y me mandó ar cayejon;
me arrecogió de zeguia...
MED. Pero, hombre, ¡si no saltó!

FRAS. Güeno; pudo arrecogerme,
y hay una *esaburision.*
Digo, si está usté *ziguro*
de que no me arrecogió.
(Incorporándose.)
Aluego que está uno zolo,
y man que tenga vigor,
si no hay quien meta un capote
no hay una *sastifaizion*,
y man que juera er ginete
er mesmo Sir *Campoamor*
sortándole en ves de un toro
toa una generasion,
¡á morir los cabayero!
MED. Está usted muy hablador.
(Obligándole á acostarse.)
FRAS. Aun me gritaban argunos
¡zaca más vara, bribon!!
Ni con la é San Jozé
le aguanta ningun gachó.
Miste que yo he picao rezes,
sarvo la comparasion...
MED. Vamos á ver si acabamos.
(Haciéndole echar.)
FRAS. No gazte uzté mal humor.
MED. Pero, hombre, estése usted quieto.
(Auscultándole, le golpea nuevamente en el pecho.)
FRAS. Compare, ¿con ardabon
me va uzté á curar ahora?
No yame uzté más, dotor,
porque no hay naide por *drento*.
MED. Si no tiene usté lesion,
(Registrándole.)
ni nada: respire usted.
FRAS. Mizte, por el interior
no me gusta que me *oserven*.
MED. Nada, ni una contusion.
FRAS. ¡Ay, maresita der Cármen
que este hombre está en un horror!
¿Cónque ni siquiá confusio?
(El médico vuelve á auscultarle.)

Suerte uzté ya er yamaor
y no repique uzté más,
hombre, que me va á dar tos.

MAT. (Dentro.)
¿Adónde está? ¡Quiero verle!
¡Frasquito!

FRAS. ¡Mi Leonor!
digo, Matirde; es igual.
¡Matirde!
(Se echa fuera de la cama y cae sentado en el suelo.)

Mo. 1.º (¡Se reventó!)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — MATILDE.

MED. Las mujeres á su casa.

MAT. ¡No gasta usted pocos fueros!

FRAS. Eza jembra es mi señora.

MAT. ¿Dónde estás que no te veo?

FRAS. Que me estoy alevantando
con er premiso der médico.

MAT. ¿Qué tienes?
(Ayudándole á levantarse.)

FRAS. *Munchisma* grasia
y mucho valor y mérito.

MED. Ya le ha visto usted, señora,
hágame usted el obsequio
de retirarse.

MAT. Bien, hombre,
me voy á dir al momento.

FRAS. Ya he dicho que es mi zeñora,
mi esposa, por lo flamenco.
Mira, por dejarte viuda
sevil, mientras nos cazemo,
sentiria yo que un toro
me estropeara argun güezo.
Eh, señó facurtativo,
¡qué mujé para un remedio!
¡Si seré yo picaor,
y si valdrá argo este cuerpo!

MAT. ¿De veras, no estás herido?
MED. No ha sido más que un mareo.
FRAS. ¡Pero qúé gorpe! Se puso
toa la plasa en movimiento,
y aquí me ves güeno y sano;
me ha visto er señó por *drento*
y no tengo en ningun pizo
ni siquiera un *desprefeto*.
MAT. ¡Mira que me has dado un susto!
FRAS. Como conose mi génio,
ar verme caer diria:
«Cuando er cae, es que está muerto.»
En cuanto que me acaloro,
yo no sé lo que me pezco,
es desir, lo que me pico,
y le pongo á un compañero
una puya, que lo parto.
MAT. Así has puesto tú al becerro.
FRAS. ¿Cómo?
MAT. Que le has desgarrado
media vara de pescuezo.
Ya ves, pedia la gente
que te soltaran los perros
ó que te pusieran multa.
FRAS. ¿A mí? Quisiera yo verlo.
Eso es que se enritarian
contra er toro.
MAT. Ya lo veo.
Tal vez por eso gritaban
algunos: «¡al Saladero!»
Yo salí ciega de cólera
en cuanto te ví en el suelo,
y al salir ya del *tendío*
ví á un señor algo extranjero
que silbaba, y así, al paso,
le dí una de cuello vuelto,
que cayó llamando á papa
sobre un aguador del reino.
Chico, ¡lo que es la justicia!

allí todos me aplaudieron,
y hasta uno del órden público
se le quiso llevar preso:
porque era lo que él decia:
¿Cómo ha de hacer nada bueno
un hombre que no habla claro?

FRAS. ¡Viva el órden y el gobierno!
¿Osté sabe quién es ezta?

MED. No, señor; me lo sospecho.

FRAS. ¡Pues ezta es doña Matirde!

MAT. A mucha honra.

MED. Ya lo creo,
porque llamarse Matilde
no me parece un esceso.

FRAS. ¡La huérfana de un valiente!
Digo, no; er padre ez er huérfano.

MED. Una persona importante.

FRAS. Si señó, banderiyero;
pero de los que ze acuestan
en la cuna, entre los cuernos;
que le cuerga un par de paloz
á un toro, como ar casero.
Y de mu güena familia;
como que dende pequeño
le tiraba otra carrera:
él iba para er comersio;
prensipió... vendiendo arena.

MED. ¡Bien! ¿Iba para arenero?

MAT. Hijo de Madrid legítimo,
muy valiente y muy sereno;
nacido en la misma yema,
en la calle de Toledo.
Uno que llaman el *Nene*.

MED. Ya.

MAT. ¿Le vá usted conociendo?
Le pusieron este mote
porque ha sido muy travieso.
Salió de lloron un año
por el Carnaval; me acuerdo;

y dió cinco ú seis plumazos
á cinco ú seis forasteros.
Siempre ha sido muy bromista.

MED. Sí, ya estoy en el secreto.

FRAS. ¡Esto es lo que no se uza!

MED. Sí, sí; ya voy comprendiendo.

FRAS. Y se canta unas guajiras
y baila unos panaeros ..
Vá osté á ver.

MED. ¡Señor Frasquito!...

FRAS. Venga de ahí.

MAT. Ole, moreno.

(El actor puede cantar lo que guste; pero el Sr. Zamacois cantaba una guaracha, con la gracia que le distingue.)

ESCENA V.

DICHOS.—ALGUACIL.

ALGUA. Que Dios te guarde, Frasquito;
bien, hombre, ¡cuánto celebro
encontrarte tan alegre!

FRAS. ¿Qué traez tú, filibustero?

ALGUA. El señor teniente alcalde
te ha multado en cinco pesos,
porque has descosido un toro.

FRAS. Véte ya, porque no quiero
incomodarme contigo.

ALGUA. No te incomodes por eso;
compra el papel y lo llevas
mañana al ayuntamiento;
ó que lo pague la empresa
y te lo desquite luego.

FRAS. ¡Yo murtao! ¡yo!...

ALGUA. Tú mismo.

MAT. Hombre, eso seria un pueblo.

ALGUA. No, señora; son cien reales.

FRAS. ¡Ea, á morir en los medio!

MAT. ¿Pero á dónde vas, Frasquito?

FRAS. Pues voy á picar si ayego,

y aluego de la corria
me vizto de cabayero
y me voy pá *er monifisio*
ó ar café, ó ar sementerio,
y ni un tiniente de arcarde
me vá á quedar con peyejo.
¡Murtarme á mi en zinco duro,
como si fuera uno de ezo
que salen en los noviyo,

(Transicion.)

sin agraviar á mi zuegro!
¡La primer lansa de Ezpaña!
Azin se acaba er toreo;
porque aquí no hay un *estúmulo*
ni siquiera un *eztupendio*
regular, ni una academia,
ni un liberal verdadero.
Hoy sargo yo y doy er grito.

MAT. No, lo que das tú es el *quiebro*.

FRAS. ¡Que me suerten otro toro!

(Sale atropellando á todos. El alguacil le sigue.)

MAT. Doctor, que se va.

MED. Me alegro:
No, pues lo que es como vuelva
ya sé yo el medicamento
que voy á emplear con él.

MAT. ¡Hoy me quedo viuda!

(Afligida.)

MED. Vuelvo.

(Vase.)

MOZO 1.º (A Matilde.)
Quisiera yo ser la fiera
pa darla á usté un sentimiento.

MAT. Pues le falta á usté muy poco.

MO. 1.º ¿Por qué, prenda?

MAT. Por lo feo.

(Vase)

MO. 1.º ¡Ole las hembras de gracia!

MO. 2.º ¡Pero, hombre cómo está el género!

ESCENA VI.

Mozos 1.º y 2.º—Luego Revistero.

Mo. 1.º ¿Qué género?
Mo. 2.º El femenino.
Mo. 1.º ¡Adios, ya pareció aquello!
(Viendo al Revistero.)
Mo. 2.º ¿Qué es aquello?
Mo. 1.º Ese que inventa
las revistas.
Mo. 2.º ¡Ah! ¿Don Pedro?
Rev. Servidor de ustedes.
(Entrando con un cuaderno y un lápiz.)
Mo. 1.º ¡Ola!
¿Trae usted los documentos?
Rev. Aquí traemos ya las *cornicas*.
¿Y el herido?
Mo. 2.º Ya está bueno.
Rev. ¿Dónde ha sido el pitonazo?
Mo. 1.º Si no le ha tocao al cuero.
Rev. ¿No está por ahí el *pornóstico*?
Mo. 1.º ¿El por qué?
Rev. El parte del médico.
Mo. 1.º ¡Cá! Si no le han puesto parte,
le han enviado al chiquero.
Rev. Allí debian estar
todos, por tunos.
Mo. 2.º Es cierto.
Rev. Por farsantes.
Mo. 1.º Sí, señor.
Mo. 2.º Cabal.
Rev. Y por embusteros.
Mo. 1.º Creo que usted no los quiere.
Rev. No señor, los aborrezgo,
porque no vienen al coso
más que á ganar el dinero,
sin respeto á la vindicta,
ni á la nobleza, ni al pueblo;

ni son capaces de hacer
un favor... ni son toreros.
Sobre todo, esos cucharas
que están siempre presumiendo
de matadores de veras,
y son espadas de invierno.

Mo. 1.º Pues usted los habla claro.

Rev. ¿No vé usted que los comprendo?
y les digo con el arte:
«esto está muy mal, por esto;
La manita aquí, pasando
(Acompañando la accion á la palabra.
ceñido, sin movimiento,
luego tírese usté corto,
sin cuartear y sin miedo;
¿por qué *gorvió* usté la fila?
no arrastre usted por el suelo
el trapo: aquí; de aquí siempre.
Aquel toro burriciego,
que usté ejecutó arrancando,
no era toro para eso,
porque tenia la muerte
contra los mismos tableros.
Si el animal lo pedia,
pues si lo estaba pidiendo.
Y usté, *picaura* andante,
sálgame usted por derecho;
y en tanto que se consume
la suerte, el capote quieto,
y que la fiera remate,
que es lo que mandan los textos.
Y usté cornée pegando.....

Mo. 1.º Tambien les dá usté consejos
á los toros?

Rev. Sí señor;
porque yo entiendo más que ellos.
(Ruido dentro.)

Mo. 1.º ¿Qué es eso?

Rev. ¿Es alguna víctima?

Mo. 1.º Sí señor.

REV. Del mal el ménos,
que con eso habrá mañana
tiros por comprar *El Cuerno.*

ESCENA VII.

LOS MISMOS. — El AFICIONADO. — MOZOS. — Despues el MÉDICO y vase el REVISTERO. — El aficionado entra con un pañuelo atado á la cabeza y todo el trage destrozado.

AFIC. Hombre, si no tengo un golpe,
ni siquiera me resiento
de un brazo que tengo roto
hace dos años y medio.
Yo soy un hombre de bronce,
que por no tener, no tengo
ni siquiera un perro chico.
Mo. 1.º ¿Pero no lo estamos viendo?
MÉD. ¿A ver qué es eso?
(Entrando.)
AFIC. Pues nada.
MÉD. Un chichon: le curaremos
Hombre, y esto cómo ha sido?
AFI. Nada, pues cosa de juego...
(Mientras el médico le pone paños, vendas, etc.)
Yo soy un aficionado
á la ciencia de Romero,
de esos que por un billete
darian cinco ó seis pesos,
en caso que los tuviera,
que tambien suelo tenerlos;
y mire usted, en mi casa
todos pensamos lo mesmo:
voy al decir, que mi esposa
y yo, que somos gemelos...
MED. ¡Qué barbaridad!...
AFI. Vivimos,
es natural, en el pueblo,
y allí en el dia del santo,
ó en el del ayuntamiento,

voy al decir, del alcalde,
y en fin, siempre que podemos,
se dá cada novillada
que estremece al firmamento.
Como que llevamos nota
de ser de los más toreros.
Allí nos volvemos locos
en teniendo un novillejo.
Todo el que se nos presente
para venir al Congreso
ha de meter un capote
ó colgar un par al sesgo;
lo que es si no, que no piense
que nosotros le votemos.
Pa nosotros no hay política,
ni más blancos ni más negros
que los cuatro ú seis vecinos
que no están por el toreo,
y el dia menos pensado
me *paece* que los corremos.
No nos metemos con *naide*
mientras nos den pan y cuernos,
y el alcalde que lo sabe
y quiere vernos contentos,
aunque él mismo se lo quite
nos dá lo que pretendemos.
Tuvimos allí un alcalde
que era *fraimason*, ó de esos
que protejen los pollinos,
pero que suben el pienso,
que quiso quitar la lidia,
y armamos un tiroteo,
que si no sale al escape
el causante del suceso,
me pienso que no lo cuenta.
Nos le desterró el gobierno
y fuimos ministeriales
por unos dias lo ménos.
Pero ¡aquellas son corridas!

Siempre hay cuatro ó cinco muertos,
y catorce ó quince heridos,
y luego nos los comemos.

MÉD. ¿A los heridos?

AFIC. No, hombre.

MÉD. ¡Ah! creia...

AFIC. A los becerros.
No semos allá tan brutos,
que hay gente de vários sexos;
ya vé usted, de aquella villa
ha salido un puntillero,
y en clase de aficionados
hay más que en el extranjero.

MÉD. (¡Pues no habla nada este tio!)
Ea, ya está oscureciendo...

AFIC. Déjeme usted que le cuente...

MED. ¿Qué me importa nada de eso?

AFIC. Pues yo me vine á la plaza
despues de comprar mi asiento
de sol, porque es donde vamos
los hombres, los que tenemos
aficion; porque á la sombra
no van más que los enfermos.
Y como yo, cuando un dia
vengo á la plaza, me alegro
y creo que aquí se viene
á gritar lo que queremos,
y á beber y armar pelea,
y á tirar á los toreros
palos, naranjas y todo,
cuando hay razon para ello;
para mí es una corrida...

MED. ¿Una batalla? Comprendo.

AFIC. Porque soy lo que se llama
un aficionado *neto*.
Uno que estaba á mi lado
me tomó por forastero,
y se empeñó en disputarme
que era picador Frascuelo.

Se me amontonó la sangre
y nada, nos *peleemos;*
caimos los dos rodando
hasta que nos recogieron,
y á él se lo llevaron unos,
y otros á mí, y *lapsusdeo.*
¿Han tocado á banderillas?

MED. Hombre, yo no sé, ni quiero.

AFIC. Pues mandar y agradecido.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—FRASQUITO entre cuatro: lo tiran encima de la cama primer término.—Detrás el REVISTERO.

MÉD. ¡Otra vez!

REV. ¿Y viene muerto?

MÉD. ¡Pues vaya un toro de gracia!

AFIC. ¡Ay! todos los del lugar
me van á ver con envidia
cuando vuelva por allá.
(Casi saltando.)
¡Estar yo aquí, en este sitio
cuando hay esta novedad!

MÉD. ¡Frasquito!
(Acercándose.)

REV. Nada; está muerto.

MÉD. Hombre, ¿quiere usted callar?
¿Será como la otra vez?
(Registrándole.)

MO. 1.º ¡Eh! ¡Fuera, fuera!
(A los que se agolpan á las rejas.)

MÉD. ¡Cerrad!

REV. (¡Si se muriera este tio
vendia mil *Cuernos* más!)

AFIC. (¡Si yo fuera picador
en vez de ser un seglar!)

MÉD. ¡Señor Paco! ¿Cómo ha sido?

REV. Por una barbaridad;
porque entran siempre de lado
y desestribando y.....

AFIC. ¡Ya!
REV. La forma del picador
que es picador de verdad,
ha de ser esta.
(Tomando una posicion grotesca.)
MED. ¡Bien, hombre!
¿Nos va usted ahora á explicar
la tauromaquia de Montes?
AFIC. (Pues este es algun barbian;
cuando habla así de las toros
es persona principal.)
MED. A ver, agua con.....
MO. 1.º ¿No vuelve?
REV. ¿Eso es quejarse, ó roncar?
MAT. ¡Frasquito del alma mia!
(Entrando de pronto y gritando.)
MED. Oiga usted, municipal,
saque usted á esta señora.
MAT. Déjemelo usted mirar,
por última vez siquiera.
¡Frasquito!
(Acercándose á la cama.)
FRAS. ¡Pára, animal!
MAT. Eso es que está delirando.
REV. (Vamos, este hombre se va.)
MED. Pues lo que es si ahora no vuelve.....
(Echándole agua.)
FRAS. No he toreao en la mar
jasta este mismo momento.
MAT. ¡Frasquito!
MED. No callará.
AFIC. Por verme yo así, daria
casi, casi un capital.
¡Si en el lugar de casarme
me hubiera echao á lidiar!...
REV. Los síntomas no son buenos.
MED. Sí, borrachera... mortal.
REV. ¿Mortal?
MAT. ¿Qué dice este hombre?
FRAS. La plasa estaba corgá

y yenos los barconsiyos
de toas las jembras de sar,
y unos ojos que jazian
cosquillas... ¡la mar salá!
A mí con aqueyos fuegos
se me partió too el *ronsá*...
Aluego toas me arrojaban
yemas acaramelás,
y un marqués una petaca
de plata zobredorá,
y la esposa de un zeñó,
no sabiendo qué tirá,
me dijo: «¡por tu zalú!»
y sartó der parco, y ¡zás!
me cayó sobre la parte...
¡Vírgen de la Soleá!
si no agacho la cabesa
me parte por la metá.
¡Camará, qué *boteyazo*!

MED. Sigue la curda.
REV. ¿Qué tal?
empeora ..
AFI. Aunque se muera,
muere con honra.
REV. Es verdad.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS.—BANDERILLEROS.

BAN. 1.º ¿Qué ha ocurrío, tio Frasquito?
BAN. 2.º ¿Qué es eso?
FRAS. Niños, pues ná.
Se han empeñao en acostarme,
disiendo que eztoy mortal,
y no siento ni un dolor
ziendo yo... la interezá.
¿Y er toro se habrá ya muerto?
BAN. 1.º De su muerte naturá;
le han llevao pa la academia

por no poderlo matar.
¿Se está usted melesinando?
(Ademan de bailar.)

REV. (¡Que no tomara la *Roy!*)
(Indignado.)

BAN. 2.º Ea, pues vamos, Frasquito.

FRAS. Vámonos á selebrar
que yo he zalío der paso
con toa felisidá.
Dotor, nos permite osté,
por una vez náa má,
que nos cantemos un poco?

MED. Ea, chicos, á cerrar.

FRAS. Aguárdese ozté.

MED. Frasquito,
¿te marchas?

FRAS. Sí, me voy ya...

AFIC. Yo convido.

FRAS. Osté se caya
y va osté á ver la verdá.

MÚSICA.

COPLAS.—FINAL.

MADRID.—Imp. de Diego Valero, Soldado, 4.

PIA Y FLORA.

PIA Y FLORA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN BERGAÑO.

Representado en el Teatro del Prado el dia 15 de Agosto de 1873.

C. C.

Número 3.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA LUISA	SRA. ROCA.
ROSA, su doncella	SRTA. CACHET.
DON ROSENDO, coronel, sobrino de Doña Luisa	SR. CIRERA.
LEON, asistente del coronel	SR. CALVACHO.
BARTOLO, criado de Doña Luisa	SR. GALÉ.

La accion pasa en Madrid en la época actual.

AL PRIMER ACTOR CÓMICO

D. CÁRLOS CALVACHO.

El lisonjero éxito que ha obtenido este juguete, es indudablemente debido á su acertada direccion y buen desempeño en el jocoso papel que le ha sido confiado, secundado perfectamente por parte de la Sra. Roca y Srta. Perez-Cachet, y Sres. Galé y Cirera.

Esta circunstancia es motivo suficiente para que le dedique mi humilde trabajo, dándole las gracias y lo mismo á las actrices y actores que le han acompañado en su ejecucion.

El autor.

Madrid 20 de Agosto de 1873.

ACTO ÚNICO.

Habitacion elegante en casa de Doña Luisa. Á la izquierda un gabinete; á la derecha una puerta que guia al interior de la casa; otra al foro que conduce á la escalera; reloj de sobremesa, un velador con recado de escribir, timbre, etc.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y BARTOLO.

Aparece Rosa limpiando los muebles del cuarto, y Bartolo llega por el foro con un pliego en la mano.

BART. Señora, da ustéz premisu?
ROSA. Pasa adelan te, Bartolo.
(Fingiendo el tono de señora.)
BART. Cun licencia!
ROSA. ¡No seas bolo!
BART. ¿Qué veu? nu hay cumpromisu!
(Reconociéndola.)
¿Dónde la señora está?
quieru hablarla prontamente
para un asunto... *burgente*.
ROSA. Espera, no tardará.
BART. Es que *burge*.
ROSA. No comprendo...
BART. Parlaré cun *desparpaju*.
¿Ves *estu*? es un *telegrafu*.
ROSA. Si será de don Rosendo?

¡Un telegrafu!... ¡agua va!
¿ignoras cómo se llama?
se dice así: telegrama.

Bart. Creu que lu mesmu da.
Peru vé que está *esperandu*
el mozo que lu ha traidu
y hay que darle el recibidu.

Rosa. Voy, pues...

Bart. Y vuelve volandu.

ESCENA II.

BARTOLO.

Dos cosas hay en el mundu
que hasta el dia nu aprendí,
y estas son... el telegrafu
y esu del carru-cerril.
Vamus, que decirle á unu,
esté en Lóndres ó París,
mañana á las diez te esperu,
y al momentu recibir
la noticia, es una cosa
que deja que discurrir.
Pues... ¿y el caminu de ferru?
¡Jesús! aquellu de ir
tan ligerus como el vientu
sin mulas, caballus, ni
otra clase de animales,
tambien da que discurrir.

ESCENA III.

DICHO y ROSA.

Rosa. Pronto saldrá la señora:
puedes esperar aquí,
que yo me voy á la compra
y no tardará en venir.

Bart. Rosa, ten muchu cuidadu!
oju cun aquel cevil
y el cabu de artillería,

y el tambor de San Quintin!
mira que yo te vigilu,
porque te amu con buen fin!

ROSA. (Dándose importancia.)
No me gustan los soldados!

BART. Yo creu que nu es así.

ROSA. Vaya, el que á mí me seduzga
ha de ser un galopin. (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

BARTOLO.

Esta moza es un tesoru
que muchu y muchu me peta;
aunque un poquillu... cugleta,
cun entusiasmu... la adoru.
Cuando ya de esta edad pase,
nu saldrá tantu de quiciu:
sí; yo la haré tener juiciu (Malicia.)
cuandu conmigu se case.

ESCENA V.

DICHO y DOÑA LUISA.

LUISA. Yo estoy loca de contenta! (Saca el pliego.)
¡Cuán agradable noticía!

BART. Señora, ¿qué es lu que pasa?

LUISA. Escucha:—«Tia querida,
(Leyendo el telégrama.)
mañana miércoles, doce,
tren de las ocho del dia,
la abrazará su sobrino
Rosendo.»

BART. ¡Güena noticia!
pues las nueve van á dar.

LUISA. Toma, da el sobre en seguida
al portador del telégrama,
y con él... esta propina.
(Dándole el sobre y una propina. Váse por el foro Bartolo.)

ESCENA VI.

DOÑA LUISA.

LUISA. Justo es que el pobre Rosendo
pase una temporadita
conmigo; hace ya diez meses
que persigue á los carlistas
en Cataluña, pasando
la más azarosa vida
sin descansar un instante
ni de noche ni de dia.
Mas ya van á dar las nueve,
voy á ponerme en seguida
otro traje; que á pesar
de mis sesenta, aun soy linda
y me canso de estar viuda;
este estado me horripila;
¡qué tiempos eran aquellos
en que un esposo tenía! (Váse derecha.)

ESCENA VII.

ROSA y LEON.

Les sigue un mozo con un baul y una sombrerera.

LEON. ¿Conque esta es la casa?
ROSA. Sí.
LEON. Me gusta, mosa bonita,
¡bien lo vamos á pasar
en eya, morena mia!
ROSA. ¡Viva la franqueza!
LEON. Es claro!
¿á qué andar con niñerías?
Yo soy mu franco, me yamo
Leon Lino y Lagartija,
nacío en el mesmo Caiz,
y recriao en Siviya;
no se haya eh too el ejército
un asistente, chiquiya,
más querío y respetao

que este, que no es nengun quidan.
Mozo. ¿Á dónde va el equipaje?
Rosa. Entrele usté aquí en seguida.
(Entra el Mozo seguido de Rosa en el gabinete.)
Leon. Pues, señó, vaya una mosa!
¡qué ojos tiene, mairesita!
estoy desde que la he visto
enamorao de su fila.
(Salen Rosa y Mozo y le da una peseta.)
¿Has despachao ya? pues toma;
Nagensia y hasta la vista;
¡sielo santo! ¡cuánta asémila
da la tierra de Galicia.

ESCENA VIII.

ROSA y LEON.

Rosa. ¿Conque dí, y el señorito,
vendrá pronto?
Leon. Sí, jermosa;
pero sabes una cosa?
que me gusta ese parmito.
¿Cómo es tu gracia, morena?
Rosa. Rosa.
Leon. Muy bien, prenda mia;
yo tambien te yamaría
¡lirio, clavel y asusena!
Permíteme que te hable...
Rosa. Bien... no exajeres.
Leon. ¡Jesú!
sólo charla un andalú
lo que es más indispensable!
Rosa. Cómo estamos de faccion?
¿Se va acabando?
Leon. ¿Qué dises?
ayí no hay más que infelises
sin plan y sin direision.
Varias partías que juyen
asin que nos presentamos,
si hacen frente, las surramos,
y en cambio... too lo destruyen.

Yo he sío, á fe de Leon,
arrogante cual mi nombre,
no he temío á nengun hombre
en toita la faision.
Serca der pueblo de Valls,
sín er menor embaraso,
he matao de un trabucaso
ar cabesiya Savalls.
Un mes habria pasao
cuando á Tristany encontré,
y ar momento le maté;
¡era un moso muy bragao!

ROSA. ¿Pero de veras han muerto?

LEON. Sí.

ROSA. Pus partes se reciben,
y sé que beben... y viven.

LEON. Der otro barrio habrán güerto.
Mas te juro por mi fe,
que asin que torne á marchar,
yo los gorveré á encontrar
y otra vez les mataré.

ROSA. ¿De veras?

LEON. Pues claro está,
yo en la guerra soy cruel.

ROSA. Se oye ruido.

LEON. Er coronel;
sonsoniche: aquí está ya.
(Asomándose al foro.)

ESCENA IX.

DICHOS y D. ROSENDO.

ROSA. Bienvenido, señorito.

ROS. ¿Qué veo? ¿eres tú, Rosita?

ROSA. Yo, para servir á usted!

ROS. Gracias, ¿dónde está mi tia?

ROSA. Pronto saldrá, este es su cuarto.

ROS. Leon... (Señalándole.)

LEON. Qué me manda usía?

ROS. ¿Has hecho lo que te dije?

LEON. Leon... nunca se descuidia.

Ros. Y la Pia?
Leon. Tan corriente;
en una casa muy limpia
tratáa como una princesa;
¡si osté viese, está tan lista!
he dejao en eya á Flora
jasiéndola compañía,
y las dos están contentas.
Rosa. (¡Vaya con el par de niñas!
me figuro lo que son
esa Flora... y esa Pia.)
(Entra D. Rosendo izquierda.)

ESCENA X.

ROSA y LEON.

Rosa. (Vamos, no será soltero.)
¿Se ha casado el señorito?
Leon. ¿Él casarse?... ¡que si quieres!
Rosa. (Pues no es poco libertino!)
¿Tú tambien serás soltero?
Leon. Hoy por hoy estoy mosito:
pero Rosa, asin que cumpra
pienso casarme... contigo.
Rosa. Bah, Leon! no me engatusas;
¡debes tener más trapillos!...
Leon. ¿Soy acaso lavandero?
¡es más desente... mi oficio!

ESCENA XI.

DICHOS, el CORONEL, luego DOÑA LUISA.

Ros. Todavía estás charlando?
¡media vuelta! (Con voz de mando.)
Leon. ¡Con permiso! (Váse foro.)
Rosa. Vea usted á la señora. (Váse.)
Luisa. Ven á mis brazos, sobrino!
Ros. Tia de mi corazon. (Se abrazan.)
Leon. (¡Qué facha, San Bernardino!) (Yéndose.)
Luisa. Cuánto ansiaba este momento.

¡Tres años que no te he visto!
Déjame que te contemple!
¡estás un soberbio chico!
Todo un coronel... tan jóven:
cuidado que has ascendido.
¿Qué tal me encuentras á mí?
la verdad, ¿he envejecido?

Ros. Está usted hecha una polla.
(Adulémosla un poquito
que esto siempre la ha gustado.)

Luisa. (Ay!)

Ros. ¡La quiero á usted muchísimo!

Luisa. Yo tambien: ah! por supuesto
que á Madrid habrás venido
con un año de licencia,
¿no es esto, caro sobrino?

Ros. Un militar que se encuentra
al frente del enemigo,
no puede por tanto tiempo
solicitar...

Luisa. ¡San Jacinto!
Yo misma iré al Ministerio
de la Guerra, y si es preciso,
para que de tí no hablen
pediremos tu retiro:
primero soy yo que todo.

Ros. Es verdad, mas mi destino
de coronel hoy exige
sin duda, algun sacrificio
en el estado de cosas
que tenemos.

Luisa. Ah! sobrino!
¡cuánta ambicion por doquiera,
y qué poco patriotismo!
Hoy cualquiera lleva faja
y es director ó ministro,
siendo sus méritos... cero,
y ningunos sus servicios,
¡ay! si Dios no lo remedia
caminamos al abismo!
Nada, deja la carrera,
quédate en Madrid conmigo,

si no te hacen... general
en cambio yo te haré rico,
enlazándote á una dama
que es un soberbio partido.

Ros. ¿Es de la familia?

Luisa. Claro!

Ros. Y yo, tiita, la he visto
muchas veces?

Luisa. ¡Ya lo creo!

Ros. ¿Y me quiere?

Luisa. ¡Con delirio!

Ros. ¿Conque es rica?

Luisa. Seis millones!

Ros. ¿Jóven?

Luisa. ¡No es vieja, sobrino!

Ros. ¿Bonita?

Luisa. Tú la verás.

Ros. Qué tal caracter?

Luisa. Bellísimo!

Ros. Ah! Dígame usted su nombre!

Luisa. ¿No lo adivinas, querido?

Ros. (¡Qué torpe! es mi prima Andrea;
hace tiempo nos quisimos,
habrá sabido que vuelvo...)
Tia mia... ¡ya adivino!

Luisa. ¿De veras?

Ros. Venga un abrazo! (Se abrazan.)

Luisa. (¡Cielos! yo me ruborizo!)

Ros. Cómo pensar! (Repitiendo.)

Luisa. Basta! basta!

Ros. Pero...

Luisa. (¡Qué impresion, Dios mio!)
Siento pasos... ya hablaremos:
(Ah! mi amor ha comprendido!)

Ros. (No sé qué noto en mi tia...
¡qué idea!... mas no! deliro.)
(Váse puerta derecha.)

ESCENA XII.

DOÑA LUISA.

LUISA. Tras diez años de viudez
que... diez siglos se me han hecho,
en uso de mi derecho
pienso casarme otra vez;
no es ninguna insensatez
á tanta dicha aspirar;
casarse es lo regular
si se llega á merecer,
porque... ¿á qué está la mujer?
es consiguiente... ¡á atrapar!

ESCENA XIII.

DICHA y LEON.

LUISA. Rosa, viste á mi sobrino?
ROSA. Sí señora.
LUISA. Dí, qué tal
te ha parecido?
ROSA. Un buen mozo:
es simpático y galan,
más cargue el diablo con él
y con su asistente audaz!
Á tal amo, tal criado!
LUISA. ¿Qué dices?
ROSA. Vóime á explicar.
Figúrese usted, señora,
que así que de viaje van,
han de ir acompañaditos
de una moza... cada cual.
LUISA. ¿Es posible?
ROSA. Ya lo creo:
don Rosendo muy formal,
ha preguntado á Leon
que cómo su Pia está!
y aqueste le ha contestado
con interesado afan,

que está como una princesa
asistida, y ademas
acompañada por Flora.

LUISA. ¡Jesús y qué atrocidad!

ROSA. Vamos, ¡al fin militares!
¡si no se pueden pasar
sin vivir de esa manera!

LUISA. ¿Cómo saber la verdad?
has que venga el asistente.

ROSA. Mírele ustez, aquí está!
¡atreverse á requebrarme!
váyase ustez á fiar. (Váse foro.)

ESCENA XIV.

DOÑA LUISA, LEON.

LUISA. (Averiguar me interesa.)
Ven aquí, buen asistente;
¿me vas á hablar francamente?

LEON. Más... que la mesma franqueza!

LUISA. Dí: ¿qué tal es mi sobrino?

LEON. Er más fino caballero
que pasea er mundo entero:
más excelente que er vino.
Toa mi sangre daría
por verle siempre contento;
no tiene otro pensamiento
que su... Leon y su Pia.

LUISA. (Disimulemos:) y dí
¿esa... Pia será bella?

LEON. En jamás ví otra como ella
en toitito Madrí.

LUISA. ¿De modo que la querrá
con pasion, con entusiasmo?

LEON. Yo lo creo; si es un pasmo
de beyesa!... ¡más salaa!
No es capricho pasajero
er que tiene, no señora;
de que la adquirió hasta ahora
le cuesta mucho dinero.
De mú jóven la tenía

sierto señó seviyano
mú rico y mú campechano
que de veras la quería.
Mas mi amo se encaprichó
con la Pia, y tar empeño
formó, y tuvo en ser su dueño
que no hay más... ¡se la compró!
mil duros real por real
dió al seviyano.

LUISA. (Ah! bribon!)

LEON. Hoy... ni por medio millon
la daría.

LUISA. (¡Qué inmoral!)

LEON. Asin que abandona er lecho
va al momento á contemplarla,
y dispues de acariciarla
la da una parmáa en el pecho.

LUISA. Jesús!

LEON. Si es más salamero!...
luego sin ningun trabajo
la mira de arriba abajo,
sobre tóo... el cuarto trasero.

LUISA. (Ah!)

LEON. Tras esta ostentasion
que á nenguno maraviya,
saca y da á la probesiya
güen asucar de pilon,

LUISA. (Háse visto?)

LEON. Es natural;
cuando el asucar no qniere,
sabe osté lo que prefiere?
un terroncito de sal.

LUISA. (¡Qué rareza!)

LEON. Es un mareo.

LUISA. (Digo á usted que es una alhaja.)

LEON. Luego la pone mú maja
pá lusírla en el paseo.
Dispues... viere lo que viere
náa en er mundo le ilusiona,
ya se ve... como es tan mona
jase de ella lo que quiere!

LUISA. Atrevido! deslenguado! (*Fuera de sí.*)

LEON. Señora, yo nada oculto.
LUISA. Ese es un atroz insulto;
¡á tal amo... tal criado! (Váse derecha.)

ESCENA XV.

LEON.

¿Por qué se incomodará
de este modo su mersé?
francamente, no lo sé;
¡lo que fuere... sonará!
(Entra en el gabinete.)

ESCENA XVI.

D. ROSENDO.

Pues señor, por más que pienso,
sólo mi mente en Andrea
se fija: ella debe ser
la que es una vez parienta
y lo quiere ser dos veces
con ayuda de la iglesia;
es jóven, rica y hermosa
y en no muy lejana época,
nos quisimos: sí, no hay duda,
no puede ser otra que ella.
Mi tia está interesada
en que yo su esposo sea,
y me place; mas no quiero
esta clase de sorpresas,
y para probarlo ahora
trabajaré por mi cuenta;
voy á pedirla una cita
y sabré... «Querida Andrea,
(Sentándose y escribiendo.)
hoy he llegado á esta villa;
mi primera diligencia
es pedirte una entrevista
para hablarte con presteza
de un negocio que á los dos

en grado sumo interesa.»
Firmo y rubrico: ahora el sobre
y llamo: ¿eres tú, morena?
(Al tocar el timbre aparece Rosa.)

ESCENA XVII.

DICHO y ROSA.

ROSA. Qué manda usted, señorito?
ROS. Quiero enviar al momento
esta carta á su destino.
ROSA. Voy á que venga corriendo
Bartolo: es un mozo listo,
y para estos casos bueno.
(Váse Rosa por el foro.)
ROS. Cuando conozca mi tia
que he descubierto su enredo
va á quedar estupefacta:
¿me casaré? ya veremos.

ESCENA XVIII.

DICHO y BARTOLO.

BART. Qué es lo que vueciencia manda?
ROS. Déjate de tratamientos!
BART. Buenu, como usía quiera.
ROS. ¿No te he dicho, majadero?...
BART. Nu se incomode su alteza.
ROS. Dale! lleva en el momento
esta carta á su destino.
BART. ¿Y quién es ese sujetu?
ROS. No sabes leer?
BART. Nu señor.
ROS. Dice, Doña Andrea Tello,
Alcalá—ciento—segundo.
BART. Voy ligeru comu el vientu,
cun premisu de vueciencia.
ROS. Dale con los tratamientos!
BART. Quédese cun Dios usía!
ROS. Hay que dejarle: es gallego. (Váse Bartolo.)

ESCENA XIX.

D. ROSENDO, ROSA.

ROSA. (Cualquiera cosa daría (*Pensativa.*)
por averiguar ahora
qué mujer es esa Flora.)
ROS. (*Pensativo.*) (Pues señor, Andrea es mia!)
ROSA. Quería á usted preguntar...
pues... si Leon, su asistente,
es un muchacho decente.
ROS. Pregunta particular.
¡Bah! sin duda te enamora,
creo que te será fiel;
hoy... piensa en su coronel
y por supuesto... en su Flora.
ROSA. (¡Qué dia!) ¿En Flora tambien?
ROS. No creas que yo lo siento:
es un entretenimiento
que á los dos nos hace bien.
Desde que está á mi servicio,
tanto á Flora se ha entregado
que... mira tú; ya ha logrado
enseñarla el ejercicio.
ROSA. ¡Pues vaya una ocupacion!
más la valiera coser.
ROS. ¿Acaso es una mujer?
ROSA. (*Con pena.*) Tiene usted mucha razon!
Si en tal caso se encontrase
de otra manera obraría.
(¡Ay qué hombre, Vírgen María!
¿y aun hallará quien se case?
¡Pobre la que se esclaviza
y adquiere de humilde plaza!)
ROS. Leon, que de largo caza,
ya la dió alguna paliza.
ROSA. Esto más? siempre sufrimos
por quien de veras queremos.
ROS. Á pesar de esos extremos
siempre la está haciendo mimos!
ROSA. Y así cuenta lo que pasa

de este modo? ¡San Cenon!

ROS. Tan sólo en una ocasion
se le escapó de su casa.
¡Si supieses qué desvelos
pasó mi pobre asistente!...
de este fatal... incidente
resultaron... ¡tres hijuelos!

ROSA. Otro hombre desesperado
venganza cruel tomaría.

ROS. Pues mira, él con alegría
á los tres... los ha cuidado.

ROSA. (Jesús, Jesús! qué truhan!
¡Vaya un hombre sin conciencia!)

ROS. Hasta ha tenido paciencia
para enseñarle el can-cán!

ROSA. ¡Qué atroz!

ROS. ¿Te causa extrañeza?...

ROSA. Señorito... ¡claro está!
pero ya le lloverá
algun dia... en la cabeza!

ESCENA XX.

DICHOS y BARTOLO.

BART. Me da usía su permisu?

ROS. ¿Qué veo? ya estás de vuelta?
eres con extremo... listo.

BART. ¡Yo por servir á vueciencia!

ROS. Otra vez los tratamientos!

BART. Buenu: comu usía quiera.

ROS. Dame la contestacion
que me traes.

BART. Tome su alteza.

ROS. (Incomodado.) Con tus altos y tus bajos,
tus usías y excelencias,
y esa calma que ya colma
el colmo de mi paciencia,
has desquiciado mi juicio;
vete pues... de aquí... y no vuelvas;
¿qué aguardas?

BART. ¡Dios guarde á usía!

y le dé mayor pacencia!
Ros. «Querido primo; te espera
al momento: tuya, Andrea.»
Bien, no perdamos el tiempo,
corro con placer á verla. (Váse foro.)

ESCENA XXI.

BARTOLO y ROSA.

ROSA. Dí, quién es esa señora!
dónde has llevado la carta
del señorito Rosendo?
BART. Una viudita muy guapa
que se llama doña Andrea,
es rica y *encupetada*,
parienta de la señora
y del don *Rusendu*.
ROSA. Basta.
BART. Tiene cocheros, lacayos,
duncellas... digu, criadas
hablandu en lenguaje propio:
peru nenguna... ¡caramba!
es tan guapota y garrida
comu esta Rosa del alma.
ROSA. Siempre la misma cancion.
BART. Purque te adoru, rapaza.
ROSA. Quieres casarte conmigo?
BART. Sí, y ántes hoy que mañana.
ROSA. ¿Cómo te hallas de intereses?
¿de... dinero?
BART. Nu me faltan
algunos miles de *riales*
en peluconas.
ROSA. ¡Caramba!
¿y me querrás?...
BART. ¡Más que quisu
á Teresa... Sanchu Panza!
ROSA. Pues tuya será mi mano.
BART. Yo nu sé lu que me pasa! (Se la toma.)
ay qué manu, Dios eternu!
qué *deminuta* y qué *blanca*;

si no la estampase un besu
tendría sangre de orchata. (Le dá un beso.)

ESCENA XXII.

DICHOS y LEON.

LEON. Mú bien... jóven salerosa!
(Cruzándose de brazos.)
er negocio está en su punto.
ROSA. Como me pienso casar...
LEON. Con quién? con ese maruso? (Con desprecio.)
mientras yo no lo permita
no te casas con ninguno.
BART. ¿Eh?... yo estoy estuplefautu!
LEON. Lo dicho.
BART. Bah, si es su justu,
naide se entripulará...
LEON. ¿Naide? pues yo me entripulo
en osté y toa su casta.
ROSA. Leon, no hay hombre en el mundo
que mande en esta persona,
y tú menos.
LEON. Ay, me jundo!
ROSA. Bastante tienes con Flora,
á quien tanto quieres.
LEON. Mucho!
y la querré hasta que muera;
es tan bonita!...
BART. (Qué brutu!)
LEON. Sabes quién es esa Flora?
ROSA. Una mujer que á lo turco
vive contigo, y ya tiene
tres hijos... que no son tuyos.
LEON. Várgame san Caralampio!
san Concordio y San Abundio!
¿pero es de veras, Rosita?
ROSA. De veras.
LEON. Er lance es chusco!
esa Flora... es una perra
á la que yo quiero mucho,
y tú verás.

BART. ¡Mentirosu!
LEON. Cáyese osté... mamieluco.
ROSA. ¿No me engañas?
LEON. ¿Yo engañarte?
ROSA. (Preciso es cambiar de rumbo!)
ántes de casarse una, (Á Bartolo.)
debe una... pensarlo mucho
y ver lo que más conviene,
porque una...
BART. ¡Ay mundu!... mundu!
el que se fie en mujeres
tiene que ser un cuadrupétu.
ROSA. (Luego hablaremos, Leon.)
LEON. El coronel!
ROSA. ...Yo me escurro!
LEON. Yo me najo!
BART. ¡Yo me alargu!
(Debo estar hecho un difuntu!)
(Vánse por el foro.)

ESCENA XXIII.

D. ROSENDO.

Pues señor, por vida mia
que el asunto marcha bien:
mas la verdad, no es á quien
debo esta boda á mi tia.
Andrea no se ha olvidado
de mí, y al tornarme á ver
volvió en ella á renacer
su amor, aún no amortiguado.
Resultando en conclusion
para colmo de ventura,
que muy pronto debe el cura
echarnos la bendicion.

ESCENA XXIV.

DICHOS y DOÑA LUISA.

ROS. ¡Tia querida!... (Queriendo abrazarla.)

LUISA. (Rechazándole.) ¡Calla, libertino!
ya conozco tu vida deprabada;
sigue desalentado ese camino,
y esa existencia atroz desarreglada.
ROS. ¡Cómo! Ya se olvidó de su sobrino?
¿ya no la satisface su llegada?
LUISA. Ignoraba tu vida licenciosa;
mas ya que la conozco ¡es otra cosa!
ROS. Modere usted, por Dios, ese lenguaje
que me ha dejado á la verdad perplejo:
¿cómo esperar de usted tamaño ultraje?
seguiré tia amada su consejo:
jamás rendí á los vicios vasallaje,
aunque jóven, mi vida es la de un viejo;
sea usted consecuente y...
LUISA. No hay tu tia!
busca la consecuencia en doña Pía!
Sosten esas mujeres caprichosas
que luciendo mentida donosura
vuelan de flor en flor cual mariposas
ostentando su fúlgida hermosura:
¡corre en pos de esas ninfas engañosas
que fingen sin rubor, ciega ternura!
ROS. Yo acepto con placer el matrimonio
que me propuso usted...
LUISA. ¡Vete al demonio!
ROS. Me merece usted, tia, gran respeto,
y sus duras palabras las acato;
pero no creo ser un indiscreto
si la ruego... que calme su arrebato;
siempre fuí... no lo dude usted, completo!
LUISA. Perece que en su vida ha roto un plato!...
¿Si no te gustan... lúbricas mujeres,
por qué haces de esa Pía lo que quieres?
ROS. Ya comprendo su error... ¡Dios Soberano!
Jesús! Jesús! ya puedo estar sereno:
ya claro está su misterioso arcano.
Sepa usted, cara tia...
LUISA. ¡Esto es lo bueno!
Y esa Pía fatal?
ROS. No más matraca;
sepa usted que esa Pía... ¡es una jaca!

LUISA. ¿De veras? Oh! cuán grato sentimiento!
Perdóname, Rosendo, este quebranto:
ya puedes otra vez estar contento
con una tia que te quiere tanto;
esa idea fatal fué mi tormento:
ven á mis brazos, ven! (Se abrazan.)
ROS. (Oh! dulce encanto!)
LUISA. (¡Diez años de viudez es muy bastante
para que una mujer esté cesante!)

ESCENA XXV.

DICHOS, LEON, luégo ROSA.

LEON. Mi coronel!...
ROS. Qué sucede?
LEON. Aquí tiene usté una carta.
ROS. Si usted me permite...
LUISA. Lee.
(Abre la carta y lee el coronel.)
(Esa Pía de que hablabas,
quién es? (Ap. á Leon.)
LEON. La jaca más bella
que pasea por España:
¡la he tratao yo más á fondo!...
LUISA. (Y Flora es una muchacha?)
LEON. (Quiá, señora, si es mi perra;
es muy bonita y muy mansa;
anda con gracia... en dos piés,
baila el can-cán, y se cuadra
jaciendo perfetamente
tóo er manejo del arma.)
ROS. (Despues de leida la carta.)
¡Gran noticia, amada tia!
LUISA. ¡Hola! de quién es la carta?
ROS. Es de mi futura esposa
que á su presencia me llama
por segunda vez.
LUISA. (Cayendo en una butaca.) ¡Ay! ay!
ROS. Tia... ¿qué es lo que la pasa?
LUISA. Nada, un vahido.
ROS. (¡Ya caigo!

ella era la candidata!)
¿Se le ha pasado á usted ya?
Leon, trae un vaso de agua. (Váse Leon.)

LUISA. (¡Ay! Adios mis ilusiones,
mis sueños, mis esperanzas!
Prosigue mi cesantía!)

LEON. Aquí está, señora, el agua.

LUISA. No la quiero... ¡ya estoy fresca!

LEON. (Fresca? Sí, como una pasa.
(Con doble sentido; lo deja sobre el velador.

ESCENA XXVI.

DICHOS y ROSA.

LEON. Rosa, ya no espero más;
voy á pedir ahora mismo
tu mano.

ROSA. Espera, Leon:
mira que me ruborizo!

LEON. Mi coronel, he pensao
cuando cumpra... ser marío
de esta rosa... sin espinas.

ROS. ¡Pronto os habeis entendido!
Bueno, no hay inconveniente;
te ofrezco ser el padrino
y conservarte á mi lado
prestándome tus servicios.

LEON. Mil gracias. (Pa estos negocios
tengo yo un soberbio pico!)

LUISA. (Todos se van á casar
ménos yo!... funesto sino!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y BARTOLO.

Se presenta con un lio de ropa y ún paraguas.

BART. Señora; naide me afrenta,
nada á Bartolu le espanta
ni pur nada se atraganta;

conque ajústele la cuenta.
LUISA. Pero...
BART. Sé bien lo que digu,
y agora mejor que luegu;
porque aunque me gusta el juegu
nengunu juega cunmigu.
¡Me han desairadu!
ROS. ¡No es cosa!
LUISA. Hombre!
BART. Que no admito excusas.
LUISA. Bueno; ¿pero á quién acusas?
ROS. Quién te ha desaïrado?
BART. ¡Rosa!
ROS. ¡Yo!
BART. Si no me importa un pitu,
yo en tus cosas nu me *metu;*
dejas un hombre *cumpletu*
por ese andaluz *malditu*.
LUISA. ¡Cómo! ¿deseas casarte?
BART. Sí señora, es mi quimera.
LUISA. No faltará quien te quiera
aquí y en cualquiera parte.
Pelillos pues á la mar
y ese escrúpulo desecha,
yo de tí estoy satisfecha
y no te dejo marchar.
Tu proceder, hoy extraño,
demuestra que eres formal:
aumento de hoy tu jornal
á seis mil reales al año.
BART. Á tan soberbiu partidu
unido á mi afleutu cedu.
LUISA. ¿Conque te quedas?
BART. Me quedu
y estóila reconocidu.
LUISA. (Al Público.)
El juguete terminó:
¿sabeis lo que resta ahora?
que digais si os agradó:
con franqueza... si ó no;
os lo ruegan... PIA Y FLORA.

FIN.

EL PECADO DE CAIN.

EL PECADO DE CAIN.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO Y GONZALVO.

REPRESENTADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO

en el *Teatro Martin*, la noche del 10 de Abril de 1874.

J. O.

MADRID:

Imp. Española, ex-convento de Santa Teresa.

1874.

AL SEÑOR

Don José Cristóbal Sorní.

Al infatigable soldado del progreso, al adalid incansable de la libertad, al que, ya empuñando el fusil del voluntario en los campos de batalla, ó ya haciendo oir su elocuente palabra en el augusto santuario de las leyes, ha sido siempre el apóstol decidido de la democracia; al ciudadano probo, al honrado patricio, al funcionario integérrimo, dedica este modesto libro, como un débil homenage de su respetuoso cariño, su apasionado y leal amigo

El Autor.

PERSONAJES		ACTORES.
MARÍA.	*Stas.*	*Torrecilla (C).*
PILAR.	»	*Torrecilla (E).*
BLASA.	»	*Solís.*
CÁNDIDA.	»	*Pardo.*
EL TIO JUAN.	*Sres.*	*Rodriguez (F).*
EL PADRE JOSÉ.	»	*Cámara.*
PEDRO.	»	*Rodriguez (A).*
RAMON.	»	*Fraile.*
ROQUE.	»	*Calvacho.*
D. RUPERTO.	»	*Galé.*
UN SACRISTAN.	»	*Navarro.*
UN MOZO.	»	*N. N.*
UN SOLDADO.	»	*N. N.*

Mozos y Mozas del pueblo, Carlistas y Soldados.

La accion en un pueblo de Aragon.—Época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en una casa de labranza. Puerta de entrada al fondo, á la derecha, una ventana practicable, que se supone dá á la plaza. Puerta lateral izquierda, que comunica con el interior. Idem izquierda, habitacion de Pilar. Mesa grande con recado de escribir, libros y periódicos; sillon grande detras de la misma. Colgado en la pared del fondo, y encima de la puerta de entrada, un cuadro de lá Vírgen del Pilar. Sillas toscas, y agrupados en uno de los ángulos del fondo, varios azadones, picos, hoces, y otros aperos de labranza: en el otro rincon una escopeta.

La accion comienza al caer la tarde.

ESCENA PRIMERA.

ROQUE y BLASA.

ROQUE. ¿Conque te empeñas?
BLASA. Me empeño.
Ya te he dicho que te vayas.
ROQUE. Pero...
BLASA. No me comprometas
que puede volver el ama.
ROQUE. Pues ya que tener no quieres
conmigo un rato de charla...
BLASA. Despues que anochezca: adios.
ROQUE. Espera, toma esta carta
para la Pilar.

BLASA. ¡Quién, yo!
¡Pues no es floja la embajada!
ROQUE. Pero chíquia...
BLASA. No te canses
dásela tú.
ROQUE. Pero Blasa...
BLASA. ¡Como oliera el Sr. Juan
que yo en este asunto andaba!...
ROQUE. Otra, de modo y manera
que no hace denguna falta
que él se entere.
BLASA. ¡Cabalito!
ROQUE. Conque hazme el favor, muchacha.
BLASA. ¿Y si me descubre?...
ROQUE. Toma...
eso será una desgracia.
BLASA. Pues que te suceda á tí.
ROQUE. Tienes muy malas entrañas.
BLASA. Además, no sé por qué
el Sr. Ramon se cansa
persiguiendo á Pilarica...
ROQUE. ¡Mia tú, por que la idolatra!
BLASA. Pues machaca en hierro frio.
ROQUE. ¡Pues él está muy machaca!
BLASA. Y pierde el tiempo.
ROQUE. Quién sabe...
segun estas cosas andan
el señorito Ramon
puede ser mucho en España
segun él dice...
BLASA. ¡Qué tonto!
ROQUE. ¡Otra, quién sabe!
BLASA. Te engañas.
ROQUE. Muchos con menos motivo
se encaraman á la parra
y chupan bien; él es listo
y sabe veterinaria,
y su padre es boticario
y tienen cien anegadas
de secano, y aunque el chíquio
no es muy bonito de estampa,
habla como un libro, y sabe
montar muy bien una jaca.
BLASA. Así y todo, no le gusta

á la Pilar.

ROQUE. Porque anda
detrás de ella Periquillo.

BLASA. Justamente.

ROQUE. Un papanatas,
sobrino del señor cura,
que porque sabe gramática
se dá un tono...

BLASA. Y hace bien.

ROQUE. Pues con toa su prosapia
bien pronto cojerá el chopo;
es más pobre que las ratas
y los diez mil, me paece
que aunque venda su sotana,
que ya la tiene raida,
el padre José...

BLASA. ¿Te callas?...
A tí no te importa un bledo.

ROQUE. Cabal, no me importa nada...

BLASA. Entonces...

ROQUE. Lo que me importa
es que entregues tú la carta...

BLASA. ¡Qué interés tienes!

ROQUE. ¡Pues digo!
Cuando vine esta mañana
estaba la Pilarica
asomada á esa ventana
llegué á dársela y no quiso
de ningun modo tomarla,
entonces, claro, volvime
con el papel hácia casa,
y en cuanto dige el recado,
don Ramon puso una cara,
así, de aceite y vinagre...

BLASA. Como un plato de ensalada...

ROQUE. Y me soltó dos mamporros
que me ritorció la estampa!

BLASA. ¡Qué animal!

ROQUE. Yá... lo que es eso
yo tambien de buena gana
se lo hubiera dicho.

BLASA. ¡Bruto!

ROQUE. ¡Y eso tambien!

BLASA. No seas mándria;

¿Por qué no te vas de allí?

ROQUE. Voy á decírtelo, Blasa.
Don Ramon, me ha prometido
una gran cosa, una ganga.

BLASA. ¿Y qué es ello?

ROQUE. Yo no sé,
y aunque el saberlo me tarda
si alguna vez le pregunto
me dice con mucha calma:
«Roque, tu suerte está hecha,
no te preocupes de nada.»

BLASA. ¿Y tu crées...

ROQUE. Que se yó,
pero tengo, así... esperanza...
porque, como dijo el otro.

BLASA. El otro no dijo nada.

ROQUE. ¡Uy!! El señorito... adios...

BLASA. (Viendo entrar á Ramon.) ¿Y se atreve?...

ESCENA II.

DICHOS y RAMON.

RAMON. Di, muchacha...
y la señora María.

BLASA. Salió...

RAMON. Entregaste la carta

ROQUE. En ello estaba y...

RAMON. Borrico
ya puedes largarte á casa
y no te muevas de allí
que te necesito.

ROQUE. Vaya
pues Blasita...

RAMON. ¡Que te largues!
(Dándole un puntapié.)
es preciso que á tu ama
hable enseguida.

BLASA. Ya he dicho
que ha salido.

RAMON. Á la muchacha
BLASA. A la Pilar...
RAMON. Justamente
la he de decir dos palabras
porque me marcho esta noche
del pueblo.
BLASA. (¡Qué Dios lo haga!)
RAMON. ¡Qué dices!
BLASA. Que sentiré...
(¡qué vuelvas!)
RAMON. Bueno, despacha.
BLASA. Pues mire V. ella sale.
RAMON. Con eso no hay que llamarla
vete.
BLASA. Pero...
RAMON. Que te vayas.
BLASA. Bien.
(iré á avisárselo al ama) (Sale foro.)
(Pilar aparece por la derecha.)

ESCENA III.

RAMON y PILAR.

RAMON. Pilarica...
PILAR. (¡Qué atrevido!)
Ramon...
RAMON. Depon ese ceño
y escúchame por tu vida
que te interesa.
PILAR. No puedo.
RAMON. Oye, no vengo á decirte
como siempre que te quiero,
que te adoro con el alma,
y que me abraso en el fuego
de esos ojos, siempre ingratos
para mi doliente pecho;
no vengo á apurar desdenes
ni á soportar tus desprecios,
no he de decir que te amo.

PILAR. ¿Pues qué es lo que estás diciendo...
RAMON. Es verdad, tienes razon.
PILAR. Ramon, adios.
RAMON. Soy un necio...
escucha, vengo á decirte
que salgo hoy mismo del pueblo,
llena de dolor el alma
y lleno de rábia el pecho,
loco, porque no me quieres,
desesperado de celos...
PILAR. Basta...
RAMON. No; cuanto te quise
otro tanto te aborrezco...
PILAR. Me alegro.
RAMON. No, no te alegres
que el rencor que hay aquí dentro,
será de horribles venganzas
abundante semillero...
hoy en la hueste carlista
tengo designado un puesto
y éste será el primer sitio,
éste será el primer pueblo
donde asoladora caiga
entre aterrador estruendo
mi gente.
PILAR. Ramon...
RAMON. Y entonces,
¿sabes Pilar los primeros
que á mi furor vengativo
serán inmolados?
PILAR. ¡Cielos!
RAMON. Tu padre y los tuyos...
PILAR. Calla...
RAMON. Y entre el pillaje y saqueo
de grado, ó por fuerza, mia
tendrás que ser.
PILAR. Dios eterno..
qué bien demuestra el villano
que no nació en este pueblo!
¡Nunca un alma aragonesa
forjára ese plan horrendo!
RAMON. Oye hasta el fin, hoy mi padre
comprometido en extremo
por la causa de D. Cárlos,

parte tambien.

PILAR. (¡El mal viejo!...)

RAMON. Antes de marchar, vendrá
á pedir tú mano...

PILAR. Espero
que no haga tal.

RAMON. Si lo hará,
pues yo he formado ese empeño...
si accede tu padre, y tú
cedes amante á mi ruego,
de mi puesto en la partida
yo desistiré al momento,
marcharemos á la Córte,
en Madrid nos casaremos
y el triunfo allí esperaré
que un porvenir alhagüeño
me brinda, si el pretendiente...

PILAR. De escucharte me avergüenzo,
y á no ser mujer...

RAMON. Pilar,

PILAR. Véte, Ramon; te detesto...
tu vengativa amenaza
y tu cólera desprecio
y antes que tuya, la muerte
mil y mil veces prefiero...

RAMON. ¡Te acordarás! hasta pronto.

PILAR. ¡Hasta nunca!

RAMON. ¡Lo veremos!

ESCENA IV.

PILAR, á poco MARÍA.

PILAR. Estoy temblando, el valor
llegó á faltarme un momento,
y si dura este tormento
denuncio en este temblor
mi pavorosa agonía

y mi horrible malestar...
Madre...

MARÍA. ¡Acabas de llorar!...
¿Qué te ha pasado, hija mia...
de tus pupilas serenas
empaña la luz el llanto;
qué tienes?

PILAR. Nada:

MARÍA. ¡Me espanto
al pensar que tienes penas!
¿Por qué ese llanto, que inunda
tu rostro; dí, en conclusion
qué ha sucedido?...

PILAR. Ramon...

MARÍA. ¡Otra vez ese carcunda!
Qué te ha dicho? Me consumo!
¿se ha atrevido á penetrar?...

PILAR. Dice que se va á marchar...

MARÍA. ¿Qué se marcha? ¡La del humo...
y es ese tu desconsuelo?

PILAR. Es que dijo...

MARÍA. ¡Cierra el pico
los rebuznos del borrico
no se escuchan desde el cielo!

PILAR. Es que amenazó perverso...
con volver.

MARÍA. ¡Alma ruin!
si estoy yo, con un chapin
le quito ese estorbo al Terso!

PILAR. Si hubiera V. visto madre
su fúria y su...

MARÍA. Por supuesto;
mira, Pilarica, de esto
ni una palabra á tu padre.
¡Por que su garrote atrapa
si así la mosca le pica,
y no deja en la botica
ni el bote de la jalapa!

ESCENA V.

DICHAS y PEDRO que entra por el fondo.

PEDRO. Muy buenas.
PILAR. ¡Pedro!
MARÍA. (¡Pilar
á este tampoco!...)
PILAR. (¡Descuida!)
MARÍA. Qué tal Perico.?
PEDRO. Esta vida
no es muy buena de pasar.....
pero esperando la muerte
cruzamos por el atajo,
y entre el pesar y el trabajo
se suele encontrar la suerte!.....
PILAR. Tienes razon (¡Pedro mio!)
PEDRO. ¡Quién en el mundo no brega
con el dolor?
MARÍA. Pues, (no niega
que es sobrino de su tio!)
PEDRO. Hoy traigo yo, una noticia
que no es mala, y que no es buena
y que me alegra, y me apena.
MARÍA. Pues hijo, es una delicia.
PILAR. Como no te has esplicado.
MARÍA. Acaba al fin de decir.
PEDRO. Nada, que voy á servir!
MARÍA. ¿Cómo á servir?
PEDRO. ¡Soy soldado!
PILAR. Soldado!
MARÍA. Dios de bondad!
PILAR. ¡Y lo dice tan sereno!
PEDRO. ¡Voy á luchar como bueno
por la hermosa libertad,
que hoy libre de injusta ley

y hecho honrado ciudadano
no sirvo á ningun tirano,
sirvo á mi pátria, no al rey!
¡Y por eso del pesar
que hoy me tortura al partir
mitiga el hondo sufrir
pensar que voy á luchar
con entusiasta valor,
frente á frente, y cara á cara,
contra esa gente, que ampara
las tinieblas y el error!

MARÍA. ¡Duro! molerlos á palos!

PEDRO. ¡Castigarlos cuando ménos
que es hora ya que á los buenos
no nos dominen los malos!

PILAR. Y sola yo en mi tormento...

MARÍA. Es que el deber lo reclama.

PEDRO. ¡Cuando la pátria nos llama,
quién desoye su lamento!
La pátria, madre querida
que nos cobija al nacer,
que es el sér de nuestro sér
la vida de nuestra vida,
nos dá en sus flores aroma,
nos dá en su cielo su ambiente,
y marca al hombre la frente
con el buril de un idioma;
y allí la cuna se mece
por el aura alhagadora,
y allí nuestra madre llora
y allí el sepulcro aparece,
y el que no adora á esta madre
rendido, tierno, amoroso,
no puede ser buen esposo
ni buen hijo, ni buen padre!

MARIA. Bien Perico...

PILAR. Yo entretanto

MARIA. No le desanimes, chica.

PEDRO. Rezando á la Pilarica
mitigarás tu quebranto...
y cese tu horrible afan
y ese temor que te aterra,
que no mueren en la guerra
la mitad de los que van.

ESCENA VI.

DICHOS y el TIO JUAN.

EL TIO JUAN ¡Muy bien dicho!
PEDRO. ¡Señor Juan!
EL TIO JUAN Es un muchacho este Pedro
de los pocos...
PEDRO. Su bondad
me trata cual no merezco...
EL TIO JUAN ¡Eso no!
MARÍA. Tiene razon!
EL TIO JUAN Digo siempre lo que siento,
con muchos de esta madera
(golpeando su hombro.)
y con la fé de este pecho...
otra la suerte sería
de este desdichado pueblo...
Pero en fin... á lo que importa,
tu tio está en el secreto.
PEDRO. Le ha dicho V.?
EL TIO JUAN Ya lo sabe
PEDRO. Y que dijo
EL TIO JUAN El pobre viejo
es un santo; oyó, gimió,
se limpió con el pañuelo
dos lágrimones tamaños,
y con tembloroso acento
me dijo «la ley lo llama
señor Juan, no hay más remedio.»
«Dios quiera que nos le vuelvan
pronto y sano; no hay dinero
para librarle y amás
aun esos cuartos reuniendo
él no habia de aceptar...
conque adios...» y fuése dentro
con los ojos rebentando
pálido, pero sereno!
PEDRO. ¡Pobre tio!
EL TIO JUAN No te apures...

esto se concluye luego.
Tomado San Pedro Abanto
por nuestro valiente ejército,
queda la invícta Bilbao
libre del furioso asedio;
la libertad se afianza,
el porvenir es ya nuestro,
y en un plazo muy cercano
tornara cada mochuelo
á su olivo, ¡éh? Pilarica...

BLASA. Señor Alcalde (Entra por el foro.)
EL TIO JUAN ¿Qué es ello.
BLASA. Don Ruperto el boticario...
EL TIO JUAN ¿Qué me quiere don Ruperto?
BLASA. Hablar con V.
¿Conmigo!
irse vosotras adentro;
tú Perico á ver al tio,
y vente por aquí luego
á despedirte... ¡que pase...!
PILAR. Hasta despues. (Vase derecha.)
PEDRO. Pronto vuelvo.
MARIA. Juan, cuidado.
EL TIO JUAN No seas tonta
(¡Si se insolenta le pego!)
(Las dos mujeres salen lateral, D. Ruperto entra por el foro.)

ESCENA VII.

DON RUPERTO, el SEÑOR JUAN.

D. RUPERTO. Muy buenas
EL TIO JUAN (¡No sé por qué
temo que salgamos mal!)
felices
D. RUPERTO. Va, bien?
EL TIO JUAN Tal cual.
D. RUPERTO. Venia...
EL TIO JUAN Siéntese V.

D. RUPERTO. Gracias, de pié estoy mejor.
EL TIO JUAN (Y acabaremos más pronto)
me es igual, (si no eres tonto
comprenderás...)
D. RUPERTO. Pues señor
es el caso que mi hijo
Ramon...
EL TIO JUAN Conozco á Ramon.
D. RUPERTO. Esclavo de una pasion...
EL TIO JUAN No siga V. ya colijo
á donde vá V. á parar.
D. RUPERTO. Pues es mucho discurrir.
EL TIO JUAN Y escusa V. de pedir
lo que yo no le hé de dar.
D. RUPERTO. Me agrada su laconismo
pero escuche.
EL TIO JUAN No por Dios
ya sabe V que á los dos
nos separa un hondo abismo.
D. RUPERTO. En cosas de sí, tan críticas
cual las que vine á tratar,
no es de cuerdos el mezclar
las diferencias políticas;
cierto que en opuesto bando
militamos... pero eso...
EL TIO JUAN Soldado soy del progreso
y por él siempre luchando
con enérgico teson
cual saben luchar los buenos,
vengo en todos los terrenos
desde que tengo razon.
Mis hijos en tierna edad
tuvieron grata fortuna;
¡los he arrullado en la cuna
con cantos de libertad!
Y el ódio al absolutismo,
y á la reaccion maldecida
es el alma de su vida
lo tienen en su organismo,
y aunque saberlo no os cuadre
debo yo hacerle notar,
que es mi hechicera Pilar
más liberal que su padre!
Que en este viejo Aragon

ninguno el serlo rehuye
porque eso aquí constituye
la herencia del corazon.

D. RUPERTO. No divaguemos, don Juan,
y sin tocar este punto
tratemos de nuestro asunto.

EL TIO JUAN Inútil es vuestro afan,
pues no he de volverme atrás.

D. RUPERTO. ¿Y si Pilar aceptára?

EL TIO JUAN Si hiciera tal, la matara.
¡Pero no lo hará jamás!

D. RUPERTO. Quizás un dia.

EL TIO JUAN Nó, nó
imposible es que lo intente;
¡si detesta al pretendiente
casi tanto como yo!

D. RUPERTO. Ramon, es rico.

EL TIO JUAN Riqueza
que yó desprecio.

D. RUPERTO. ¡Tontuna!
Quién desprecia una fortuna?

EL TIO JUAN Voy á perder la cabeza
á poco que V. me arguya
con esa torpe osadía,
y si pierdo yo la mia
le voy á romper la suya;
con que váyase, y en paz,
á esta cuestion demos fondo...

D. RUPERTO. Usted vendrá, yo respondo
á humillar su frente audaz
ante mí.

EL TIO JUAN Cierre esa boca
y basta de desvaríos.

D. RUPERTO. Pronto triunfarán los mios...

EL TIO JUAN ¡Me aturde esa audacia loca!

D. RUPERTO. ¡Nuestro triunfo está en un tris!
ya estamos sobre la brecha...

EL TIO JUAN ¡Pero esta gente sospecha
que ya está muerto el pais!
Divididos nos miraron
y á nuestro campo vinieron,
por amigos se vendieron,
nuestras luchas fomentaron,
y entre la sangrienta escoria

de nuestros ódios menguados,
buscaron estos malvados
el botin de su victoria;
rastrera y torpe ilusion
que á desvanecerse va!
¡Estamos de acuerdo ya,
ha despertado el leon!
y la España liberal
sin distincion de màtiz,
corre á humillar la cerviz
á la hueste clerical.

D. Ruperto. ¡Ilusion!... el porvenir,
por más que le cause espanto,
pertenece al bando santo
que lucha y sabe morir
hasta tocar en la meta
que á Dios le plugo marcar!
(Cogiendo la escopeta sin poderse contener.)

El tio Juan Si torna V. á blasfemar
contesto con la escopeta!
¡Pobre mártir de la cruz
que por el hombre espiraste
y al mundo entero, legaste
de la libertad la luz;
qué mal tus nobles deseos
y doctrina salvadora,
cumplen en la tierra ahora
estos nuevos fariseos!
¿Cómo han de seguir tu ejemplo
los que hacen hoy sin temblar,
barricada de tu altar
y plaza fuerte del templo?
basta y salid.

D. Ruperto. La esperanza
no considero perdida:
pendiente está la partida,
tiemble V. de mi venganza.

El tio Juan ¡Vive Dios!

D. Ruperto. Tiempos vendrán
en que yo le haré sufrir
mi poder.

EL TIO JUAN ¿Va V. á morir
como un perro! (Apuntándole la escopeta.)
(El padre José y Perico.)
EL P. JOSÉ. (José se interpone.) ¡Qué haces. Juan!

ESCENA VIII.

DICHOS, el PADRE JOSÉ y PERICO.

EL P. JOSÉ. ¡El perdon de las ofensas
es un precepto de Dios!
PEDRO. (¡Tratándose de un carlista
quitarle el hipo es mejor!)
EL TIO JUAN Osó amenazarme.
EL P. JOSÉ. ¿Y bien!
¡Quizá ofuscó su razon
la pasion que no discurre!
EL TIO JUAN ¡La venganza y el rencor!
D. RUPERTO. (¡Este cura es un hipócrita!)
EL P. JOSÉ. El divino Redentor
ejemplos de mansedumbre
hasta en el calvario dió;
y el hombre, hermano del hombre,
debe en fraternal amor
dar el rencor al olvido
porque la venganza...
D. RUPERTO. (Saliendo.) Adios.
Lo dicho D. Juan. (Desde el foro.)
EL TIO JUAN ¡Por vida!
PEDRO. ¡Si voy tras él!
EL P. JOSÉ. (Deteniéndole.) ¡Déjalo!

ESCENA IX.

DICHOS menos DON RUPERTO.

PEDRO. ¡Le tengo una tírria!

EL P. JOSÉ. ¡Pedro!
PEDRO. ¡Es un viejo camastron
que á todos los liberales
nos tiene un ódio feroz!
EL P. JOSÉ. ¿Y vas á pagarle tú,
tambien con ódio traidor?
¡Lamenta sus estravíos,
y otórgale tu perdon!
EL TIO JUAN ¡Es V. un santo!
PEDRO. ¡Un bendito!
EL P. JOSÉ. ¡Soy un apóstol de Dios!
mi mision sobre la tierra
tan sólo es de paz y amor;
la caridad es mi norte,
mi deber la abnegacion;
al triste presto consuelo,
del débil soy protector,
al hambriento y al desnudo
mi pan y vestidos doy,
que enseñar con el ejemplo
y practicar con teson
las máximas del maestro
que en el Gólgota murió,
á esto amigos se reduce
mi deber, deber de amor
que yo procuro cumplir
con pura y santa intencion;
¡y al que sus deberes cumple,
que es sólo lo que hago yó,
no deis jamás parabienes
pues nunca los mereció!
EL TIO JUAN Si todos los curas fueran
como V... la religion
no estaria...
EL P. JOSÉ. No prosigas
calla Juan.
EL TIO JUAN ¿Por qué razon?
EL P. JOSÉ. Ovejas descarriadas
del redil del buen Pastor.
PEDRO. No son malas ovejitas
con su trabuco y...
EL P. JOSÉ. ¡Por Dios!
¿No sabes lo que me afecta
al recordar con horror

la conducta...

EL TIO JUAN. Hagamos punto
(A Perico.) (¡el viejo se entristeció!)

PEDRO. (Pues como yó tópe alguno
le doy la gran desazon!

EL P. JOSÉ. Éste se marcha ahora mismo
y quisiera...

EL TIO JUAN. No, que no...
pero chíquio, na de llantos,
entereza y corazon.

PEDRO. ¡Oh, descuide V.

EL TIO JUAN (Llamando.) María
Pilar...

EL P. JOSÉ. (A Perico.) ¡Sé breve por Dios!

ESCENA X.

DICHOS, PILAR y MARIA.

EL TIO JUAN (A Pilar.) Acércate...

EL P. JOSÉ. (¡Pòbre niña!)
(Pausa.—Cuadro.)

PEDRO. (¡Tengo miedo de mirarla!)

MARIA. (Valor, Pilar...)

PILAR. (¡Madre mia!)...

EL P. JOSÉ. (El corazon me desgarran!)

PEDRO. Es el caso...

EL P. JOSÉ. Justamente...

EL TIO JUAN Sí... que Perico, se marcha...
(Pilar se cubre el rostro con el pañuelo.)
Pero él volverá...

MARIA. No llores...

EL P. JOSÉ. ¡Enjuga, Pilar, tus lágrimas!

PILAR. ¡Quién sabe, cuando de vuelta
podrán mirarle mis ánsias!
«¡Ojos que te vieron ir!»

EL TIO JUAN (¡Qué demontre de muchacha!)
(¡Ya estoy gipando!)

PEDRO. Alma mia,
corta será la tardanza;
¡Que no me quite tu llanto

la entereza de mi alma!
El P. José. Volverá pronto...
Pilar. ¿De verás?
El P. José. La guerra á su fin avanza,
y al finalizar la lucha
que es el oprobio de España,
verás á estos bravos mozos
tornar contentos á casa!
Pilar. Tengo un miedo...
Pedro. Qué tontuna.
El tio Juan Qué aprension...
Pedro. No temas nada,
tengo una fé que me alienta,
me dá vida una esperanza,
y al calor de tu recuerdo
y tu imágen adorada,
siento que aquí el corazon
late con tranquila calma!
(Entra Roque por el fondo, corriendo y seguido de Blasa.)

ESCENA XI.

DICHOS, ROQUE y BLASA.

Roque. De buena escapé!
Blasa. ¿Qué tienes?
Roque. Vengo asustado!
El tio Juan ¿Qué pasa...
Roque. Que ya se han marchado!
Pedro. ¿Quiénes...
Roque. ¡Vayan muy enhoramala!
El P. José. Esplícate...
Roque. Quién digera
lo que los tunos tramaban!
El tio Juan Acabarás?
Blasa. Habla...
Maria. Cuenta.
Roque. Por fin descubrí la ganga
que tanto me prometieron...

Con razon me dijo Blasa
que yo era un tonto...

EL TIO JUAN. Seguro...

ROQUE. Es muy lista esta muchacha!

PEDRO. ¿Pero de quién está hablando
este pedazo de...

ROQUE. ¡Vaya...
¿pues no lo dige?

EL TIO JUAN. Es lo más...

ROQUE. ¡Otra! ¡Si la cosa es clara...
El padre, montó el caballo
castaño, el hijo la jaca,
cogieron unas pistolas,
se afeitó el viejo la barba,
se encasquetaron los dos
unas boinas coloradas
y á escape salen del pueblo.

EL TIO JUAN. ¡Vive Dios!

ROQUE. Como dos almas
que lleva el mismo demonio!

PEDRO. Sospecho...

BLASA. Concluye...

MARIA. Acaba...

ROQUE. ¡Toma... que á mi me digeron
«Roque, tú nos acompañas,
coge la escopeta, ponte
en el cinto esta canana,
apriétate, por si acaso,
las cintas de la alpargata,
y andando»—y á dónde vamos
con tal prisa, y estas fachas?
«A la faccion»—¿Es de veras?
«Tu serás cabo»—mil gracias.
«Serás mi asistente»—vuelvo.
«Vendrás»—no me dá la gana.
Y tirando la escopeta
y el morral, lleno de rabia
salí escapado, y juré
no volver á aquella casa,
aunque tuviera más hambre
que un maestro é escuela!

EL TIO JUAN. ¡Qué audacia,
y yo que nada he sabido...

PEDRO. Pues yo me lo sospechaba!

BLASA. ¿Conque el Sr. D. Ruperto
y su hijo... ¡qué par de alhajas!
PILAR. (¡Quiera el Cielo, que no lleguen
á cumplir sus amenazas!) (A María.)
EL P. JOSÉ. Es la hora, Pedro... (Toque de llamada.)
PEDRO. Me voy...
Adios... Pilar de mi alma...
(A María.) Madre... señor Juan...
EL TIO JUAN ¡Adios!
EL P. JOSÉ. Mi bendicion te acompaña...!
PEDRO. ¡Oh... padre del corazon!
ROQUE. (!Si yó no fuera tan mándria!)
BLASA. Pobre Perico!
MARIA. ¡Hijo mio!
PILAR. ¡Volverás!
PEDRO. ¡No temas nada...
que me dice el corazon
que la ventura me aguarda!
PILAR. ¡Madre mia del Pilar,
(Cayendo de rodillas.)
ampárale en las batallas!

TELON.

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA PRIMERA.

PILAR y BLASA.

(La primera, sentada junto á la mesa en actitud meditabunda.)

BLASA. ¡Siempre triste y pensativa!
PILAR. ¡Hoy hace un mes que marchó!
¡Para el que vive esperando,
qué largas las horas son!
BLASA. ¿Quiere V. almorzar?
PILAR. No tengo
ganas.
BLASA. ¡Yá... tampoco hoy
se come!...
PILAR. Blasa...
BLASA. No puedo
consentir, esto es atróz;
van ocho dias, que apenas
prueba usted...
PILAR. ¡Calla por Dios!...
BLASA. ¡Si callo cómo lo digo!
¡Usted sin duda olvidó
lo de «tripas llevan piés»

y quiere morirse!

PILAR. ¡Oh!

BLASA. ¡Y no hay motivo fundado
para tanta desazon!

PILAR. ¿Que no le hay? Si supieras
lo que es amar, como yó,
de la ausencia comprendieras
los tormentos y el dolor.

BLASA. Él volverá.

PILAR. ¡Pero cuándo!

BLASA. Tenga V. resignacion.

PILAR. La tengo.

BLASA. Pues no comprendo
ese padecer.

PILAR. !Que nó!
¿No has estado ausente nunca
de tu amante rondador?
¿Sabes tú, lo que es no verle
para quien siempre le vió?
¡No leer en sus claros ojos
las promesas de su amor,
ni escuchar el eco amante
de su sonora cancion!
Pues es ver el cielo triste
por más que lo alumbre el sol;
es no encontrar un perfume
que nos alhague en la flor;
ni en las brisas un murmullo
de tierno y amante son;
es no encontrar armonías
al canto del ruiseñor;
es pasar noches eternas
desgarrado el corazon,
noches con llanto y sin sueño,
noches de espanto y terror.
¡Este es el mal de la ausencia,
esto es lo que sufro yó!

BLASA. Sí, ya sé, pero comprendo
que no es el medio mejor
para disipar las penas
el que V....

PILAR. Tienes razon,
batallando á todas horas
entre esperanza y temor,

la duda enerva mi alma...

BLASA. Eso es lo que digo yó...
y el cuerpo enflaquece...

PILAR. Deja
al cuerpo en paz...

BLASA. Eso, no;
que el cuerpo contiene el alma
segun me ha dicho el señor
cura, y es muy necesario
tratarle con precaucion
que es frágil, porque es de un barro
que se quiebra á lo mejor,
y siquiera por el alma
que es un reflejo de Dios
hay que tener con el cuerpo
cierta consideracion.
¿Conque le traigo el almuerzo?

PILAR. ¡No te he dicho ya que no!

BLASA. Si V. olvidase...

PILAR. ¡Olvidar!
¿No sabes tú la cancion?...

BLASA. «¿La ausencia es aire?...»

PILAR. La otra...

BLASA. No recuerdo...

PILAR. Es la mejor.
«¡Quien bien ama tarde olvida!»

BLASA. Pero es el caso que yó
no pretendo que V. olvide...

PILAR. No sé que estraño temor,
ese obstinado silencio
en mi pecho despertó.
¡Quizá la suerte enemiga...

BLASA. ¡Vaya una estraña aprension!
Estará tan gordo y sano...

PILAR. ¡Cómo entonces no escribió
una carta, en quince dias?

BLASA. Quizá aguarde la ocasion
de darnos otra alegría;
entonces participó
que ya era cabo primero;
quién sabe si hoy...

PILAR. Eso, nó
más fácil es que la muerte...

BLASA. ¡Repito que es aprension!

ESCENA II.

DICHOS Y MARIA.

MARIA. ¿Hijita... cómo te sientes?
PILAR. Bien, madre.
MARIA. Sirve el almuerzo.
BLASA. Eso la digo, y no quiere.
MARIA. No sirve decir no quiero;
pues no faltaba otra cosa...
¿Quieres que al volver tu Pedro
te encuentre desmejorada,
flacucha...
PILAR. Pero...
MARIA. No hay pero.
Qué diria de nosotras.
Anda Blasita allá dentro
y tráete unas magras.
PILAR. Madre...
MARIA. Del solomillo más tierno,
un pichon, que yo he guisado,
y un dedito de lo añejo. (Sale Blasa.)
¿Qué te parece...?
PILAR. Quisiera...
MARIA. Algo más...
PILAR. Algo de ménos...
MARIA. Sí? pues no se quita nada
de lo dicho.
PILAR. ¡Pues lo siento.
MARIA. Hoy vás almorzar á gusto!
Habrá noticias.
PILAR. ¿De Pedro...?
MARIA. De Pedro, precisamente
asegurarte no puedo...
pero no te desanimes;
quién sabe, yo ví al cartero
al venir, le pregunté,
como siempre que le veo...
PILAR. Y le ha dicho...
MARIA. Que á tu padre

allá en el ayuntamiento
le acababa de entregar
una carta, y cuatro pliegos,
y los diarios.

PILAR. ¡Ay madre,
si esa carta...

MARIA. Allá veremos...

PILAR. Pero es que padre no viene!

MARIA. Ya no tardará...

BLASA. El almuerzo.
(Poniendo un mantel sobre la mesa.)

PILAR. Cuanto tarda!

MARIA. Los deberes,
hoy graves, que tiene el puesto...

BLASA. Y estas magras que se enfrian...

MARIA. Sí, es verdad...

PILAR. Yo no almuerzo
hasta que padre no venga...

MARIA. Pues mira, aquí le tenemos.

ESCENA III.

DICHAS, el tio JUAN y el PADRE JOSÉ.

PILAR. Padre, hay carta...?

EL P. JOSÉ. Buenos dias.

EL TIO JUAN Ya lo sabes?

PILAR. El cartero
dijo á madre ..

EL P. JOSÉ. Es la verdad

EL TIO JUAN (Mostrando el sobre.) ¿Conoces...

PILAR. Es la de Pedro.

MARIA. Leamos pronto...

BLASA. Sí, á ver...

EL TIO JUAN Vaya... esperad un momento...

PILAR. ¡Como V. ya la ha leido!

EL TIO JUAN No te asustes, está bueno,
y se ha batido...

PILAR. Dios mio!
Déme V...
EL TIO JUAN No lo consiento,
los garabatos del chíquio
es necesario entenderlos!
PILAR. ¡Si fuera toda un borron
la leeria!
EL P. JOSÉ. ¡Ya lo creo!
EL TIO JUAN Atencion, y dice así...
despues de los cumplimientos.
(Lee.) «Caspe y Febrero. Pilar,
tras del rudo batallar
y el espantoso sufrir
que causa siempre el matar,
te voy gozoso á escribir.
Aquí anteayer nos batimos,
á la faccion sorprendimos
y dímosla tal leccion,
que ya no queda faccion
de la faccion que aquí vimos.
Despujol, que es un valiente
puso en la liza su gente
frente á la de Marco Bello,
y metímosle el resuello
de una manera decente.
Que aunque escaparon ligeros
sin ver de la lucha el fin
por intrincados senderos,
nos dejaron buen botin,
en armas y en prisioneros.
¡Yo desde el primer momento
luché con tal ardimiento
sin temor á la metralla,
que el jefe, me hizo sargento
sobre el campo de batalla!
¡Mas! ¡ay Pilar! si tú vieras
en estas luchas impías
lidiar los hombres cual fieras,
de espanto te estremecieras,
de dolor te moririas!
Aquí, de la pátria en mengua,
hijos y padres se juntan,
sin que el amor los detenga,
para matarse, y se insultan

todos, en la misma lengua!
¡Aquí, por negros arcanos,
en lucha horrible y sin fin,
se asesinan los hermanos,
reproduciendo, villanos,
el pecado de Cain!
¡Aquí en fratricida guerra
la sangre del pueblo va
abriendo un surco que aterra,
y no hay un palmo de tierra
sin ser un sepulcro ya!
¡Quiere aquí imponer su ley
el absolutista bando,
y no comprende esa grey,
que un rey que viene matando,
es un verdugo, y no un rey!
¡Por eso de sus legiones
y bastardas ambiciones
no logra imponer el yugo,
que ya no impera un verdugo,
cuando hay honra en las naciones!
Pero en tanto, ¡qué baldon!
el pueblo gime angustiado,
y en terrible convulsion
se desgarra una nacion,
por la ambicion de un menguado!
¡Adios; de la lucha en pos
me ordena el clarin marchar!
¡Nunca te podré olvidar...
ruega por tu Pedro, adios...
hasta la vista, Pilar!»

MARIA. ¿Llora V. padre José?

EL P. JOSÉ. Estas lágrimas que vierto
del fondo del corazon
las arranca el sentimiento...
Pobre país, entregado
de la guerra á los excesos
por la ambicion de unos cuantos
que solo buscan su medro;
por el capricho de un hombre
que anhela audaz y soberbio
ceñir á una frente chica
la corona de un gran pueblo!

MARIA. ¡Es verdad!

EL P. JOSÉ. ¡Pobres ilusos
que esta verdad no entendiendo
del Dios de Paz olvidaron
los sacrosantos preceptos...
amáos unos á los otros
dijo el divino Maestro;
sed hermanos en el valle
del llanto y del cautiverio
que es este mundo, y más tarde
recompensaré en el cielo
con la largueza del padre
virtud y merecimientos;
«no matarás» dijo al hombre,
y el hombre siempre perverso,
vierte á torrentes la sangre
de su hermano, y de su deudo.
Á la sombra de un giron
de tela, que riza el viento;
y yo pastor del rebaño
quiero evitar, y no puedo
esa sangrienta hecatombe
y ese fratricida duelo:
¡ya veis si saldrán del alma
estas lágrimas que vierto!

PILAR. Pobre Perico.

MARIA. No llores.

BLASA. Ya sabe V. que está bueno.

EL TIO JUAN A propósito, María
sabes que es hoy...

MARIA. ¡Ya lo creo...
mi cumpleaños.

PILAR. Verdad.

EL TIO JUAN Y nada has dicho.

MARIA. Temiendo
viendo triste á Pilarica
aumentar su sentimiento!...

EL TIO JUAN Pues ya no tiene motivo
de suspirar.

MARIA. Es lo cierto.

EL TIO JUAN Y puesto que, por fortuna
tenemos carta de Pedro,
y siendo costumbre añeja,
porque ya vamos á viejos,
celebrar tu cumpleaños

con zambra y con bailoteo,
hoy, como en años pasados,
debemos hacer lo mesmo!

EL P. JOSÉ. Tiene razon el alcalde.

MARÍA. ¿Usté vendrá?

EL P. JOSÉ. Por supuesto.

EL TIO JUAN Blasita, tú en la cocina
vas á cumplir con tu puesto,
no escasees á los chíquios
la tajada, ni el torrezno;
la puerta de la bodega
hoy esté franca, y veremos
si alegramos un ratito
á esta carita de cielo! (Acariciando á Pilar.)

PILAR. ¡Querido padre!

EL TIO JUAN Tu novio
se ha batido como bueno,
y hay que celebrar á tragos
esa victoria, lo quiero;
conque á prepararlo todo
mientras yo voy en un verbo
en busca de Paco el Romo
y de Jeromillo el tuerto,
para que vengan con Lúcas
á rascar los instrumentos;
conque al avio.

BLASA. Volando;
yo ya estoy en mi elemento.

EL TIO JUAN De paso avisaré á Rosa
y á las hijas del barbero,
y á la prima Candelaria
pá que las mozas del pueblo
nos bailen aquí una jota
que nos chupemos los dedos...
Vaya, alégrate pimpollo,
diquiá despues; pronto vuelvo.
Viene V. (A José.)

EL P. JOSÉ. Sí, te acompaño... (Vánse.)

PILAR. ¡Cuánto me quiere y le quiero!

MARIA. ¡Te adora! con toda el alma.

BLASA. ¿Conque habrá bulla y jaleo?
Retebien: ¿va V. á decirme
lo que he de hacer?

MARIA. Vamos dentro.

ESCENA IV.

PILAR, á poco el SACRISTAN.

PILAR. ¡Gracias, gracias, madre mia,
que al contemplar mi dolor
acudiste en mi favor
siempre bondadosa y pía!
SACRISTAN. Chiss... (Llamando.)
PILAR. Quién es...
SACRISTAN. Oiga V.
PILAR. Un pobre, corro á por pan...
vuelvo... (A él.)
SACRISTAN. (Avanzando, con un lio debajo del brazo.)
Soy el sacristan...
PILAR. ¡Con un disfraz!
SACRISTAN. Su mercé
no entiende ciertos asuntos...
PILAR. Y pienso y cabilo en balde.
SACRISTAN. No conviene que el alcalde
nos halle aquí á los los juntos.
PILAR. Parece que está V. inquieto...
SACRISTAN. Podrá ser.
PILAR. Y hasta temblando.
SACRISTAN. Es que llevo contrabando.
PILAR. ¿Usted?
SACRISTAN. Y me comprometo...
PILAR. Pues diga su comision.
SACRISTAN. ¡Es un asunto muy grave...
mucho!
PILAR. Ruego á V. que acabe.
SACRISTAN. El señorito Ramon...
PILAR. No siga V... es vano afan
SACRISTAN. Pero...
PILAR. Basta.
SACRISTAN. Sin embargo
yo he de decirle el encargo
que me manda el capitan.

PILAR. ¡Capitan!
SACRISTAN. Justo y cabal.
PILAR. La cosa me maravilla.
SACRISTAN. ¡Capitan, ó cabecilla,
que para el caso es igual!
Yo no sé si V. sabrá
que soy de los suyos.
PILAR. Bien.
SACRISTAN. ¡Y voy á luchar tambien
por nuestro rey!
PILAR. ¡Bien está!
SACRISTAN. Ayer noche recibí
de D. Ramon un aviso
que dice así: (Sacando un papel.)
PILAR. No es preciso.
SACRISTAN. Oiga V. que dice así:

Haces falta en la faccion,
yó te espero en la montaña;
deja la iglesia, y con maña,
te llevas hasta el copon.

PILAR. ¡Qué infamia!
SACRISTAN. Antes de marchar,
y esto primero que todo,
busca la manera y modo
de avistarte con Pilar;
y díla, que yo la quiero,
y si me da una esperanza
renunciaré á la venganza
que estoy preparando fiero;
y díla, que si desdeña
este amor que yo la ofrezco...
PILAR. ¡Diga V... que le aborrezco!
SACRISTAN. (¡Es de piedra berroqueña!)
PILAR. Y acabe esta comision...
y parta V.
SACRISTAN. ¿Y he de darle...
PILAR. Porque voy á denunciarle...
SACRISTAN. Pilarita.
PILAR. ¡Por ladron!
SACRISTAN. ¡Carape, no haga V. tal!
yo solo soy partidario
de una idea... (¡El incensario

solo vale un dineral!) (Váse corriendo.)

PILAR. ¡Política y religion
(Viendo escapar al sacristan.)
amasa en vil interés
y en síntesis, solo es
un miserable ladron!

ESCENA V.

DICHA Y MARIA, á poco el P. JOSÉ.

MARIA. Ya está todo preparado
y dejo allá dentro á Blasa
con las manos en la masa;
es decir, en el guisado.
Y pues que quiere tu padre
hoy mi fiesta celebrar,
tú en mi obsequio, has de bailar...

PILAR. ¿Bailar? ¡Me fatigo, madre!

MARIA. ¡Miren la pobre criatura,
ella que ha sido un peon!

PILAR. ¡He perdido la aficion!

MARIA. Disipa ya tu tristura
porque raya en terquedad
cuya razon no me esplico.
¿Nó sabes ya que Perico
se encuentra sin novedad?
Bueno que le quieras fiel,
por qué dejarle de amar?
Pero de eso, á no bailar...

PILAR. ¡Cómo he de bailar sin él!

MARIA. Yo buscaré á tus deseos
un muchacho que de gozo...
Y te elegiré un buen mozo.

PILAR. ¡Todos me parecen feos!

MARIA. ¿Conque feos?... Esa es buena,
pues yo te le he de buscar...
Aunque, ya aquí en el lugar

no quedan media docena.
Contra el comun enemigo
ya todos luchando están...

PILAR. ¿Cuántos de ellos volverán?

MARIA. ¡Oye: bailarás conmigo!

PILAR. Madre de mi corazon.

(El Padre José entra por el fondo.)

MARIA. ¿Ya de vuelta su mercé?

EL P. JOSÉ. Al buen alcalde dejé
cumpliendo su obligacion,
y me dije, á platicar
voy con Pilar y María,
allí reina la alegría,
la dulce paz del hogar;
y á más como prometí
venir á la fiesta un rato,
más de molestar no trato.

MARIA. ¡Molestar V. aquí!

PILAR. Vaya, tome V. una silla;
sabe V. que le apreciamos
y que tan solo anhelamos
verle.

EL P. JOSÉ. Lo sé, Pilarcilla...
qué afan tengo niña hermosa
porque Perico regrese
y cese tu angustia, y cese
situacion tan dolorosa!
y vuestra amante pasion
gozoso santificar
uniéndoos ante el altar
con la santa bendicion!

PILAR. ¡Dios sabe, cuando ese dia
podrá para mí lucir!

MARIA. No te acongoje el sufrir
que no tardará.

EL P. JOSÉ. María
tiene razon.

MARIA. Claro está.

PILAR. Pero esa guerra me aterra...

EL P. JOSÉ. Bah, por fortuna esa guerra
pronto á su fin tocará,
que no es posible que el cielo
por mucho tiempo consienta
esa hecatombe cruenta

que riega en sangre este suelo;
depondrán fieros enojos
los hombres, al ver la luz
que irradia desde la cruz,
para alumbrar nuestros ojos,
y rota la fatal venda
de la ignorancia traidora
tendrán sed abrasadora
por terminar su contienda;
y entonces, vencido el mal
descansarán los humanos
uniéndose como hermanos
en abrazo fraternal!

ESCENA VI.

DICHOS, el alcalde.

(Entra cabizbajo y con un papel en la mano.)

MARÍA. Corre á la cocina hijita,
mira tú la colacion
y dále alguna leccion
si Blasa la necesita. (Sale Pilar.)
EL TIO JUAN ¡Si el dicho fuese verdad...
MARÍA. ¡Qué sucede?
EL P. JOSÉ. Cosa rara
no trae muy buena cara
la primera autoridad.
MARÍA. ¿Qué tienes, Juan?
EL P. JOSÉ. Aprensiones
que le quitan el sosiego
EL TIO JUAN ¡Carápe, es cosa de juego?
MARÍA. ¿Qué pasa...
EL TIO JUAN Que las facciones
están desde esta mañana
segun lo que dice aquí

muy cerca.
EL P. JOSÉ. ¿Muy cerca?
EL TIO JUAN Sí.
Tal vez en su audacia insana...
MARIA. ¿Y temes?...
EL TIO JUAN ¡Cómo temer
si he nacido en Aragon!
¡Aunque vengan un millon
nos sabremos defender!
EL P. JOSÉ. ¡No en balde la vara empuñas
y quieres tu honra salvar!
MARIA. ¡Y con qué vas á luchar
si no hay armas!
EL TIO JUAN ¡Con las uñas!
MARIA. ¡Con las uñas!
EL TIO JUAN ¿Qué te estraña?
¡Habiendo aquí corazon
vale tanto un azadon
como un cañon de montaña!
¡No temas que en la pelea
nadie retroceda un pié;
teniendo constancia y fé
se salva siempre una idea!
No lograrán asustarme.
EL P. JOSÉ. Prudencia, alcalde, prudencia...
EL TIO JUAN Esto es una confidencia
y pudieron engañarme...
conque da á tu espanto treguas
y no hay que achicarse en balde
ó soy, ó no soy alcalde.
¡De aquí al monte hay cuatro leguas,
y no por miedo á un azar
nuestra fiesta se deshaga;
si vienen tendrán su paga;
pero esta tarde á bailar!
(¡Disimula corazon!)
ya está avisada la gente,
con que á ver si diligente
preparas tú la funcion.
MARIA. Procuraré complacer...
EL TIO JUAN Prontito, que dentro un rato
vendrán Jeromo, y el Chato
y todos.
MARIA. Voy... voy á ver (Vase María.)

ESCENA VII.

EL TIO JUAN, EL P. JOSE, á poco ROQUE.

El tio Juan ¡Ay padre... si V. supiera!
El P. José. ¡Qué tienes!...
El tio Juan Que estoy temiendo;
pero que ellas no adivinen,
Roque. ¡Qué infamia!... ¡qué sacrilegio!
El P. José. ¿Qué tienes Roque?
El tio Juan ¿Qué pasa?
El P. José. Tienes alterado el gesto.
El tio Juan Y los ojos espantados.
Roque. ¡Como que vengo corriendo!
El tio Juan ¡Este es un mándria y de fijo
que no será nada!
Roque. ¡Cuerno!
¡pues es una cosa gorda!
El tio Juan ¡No acabarás majadero!
Roque. Luquitas el sacristan,
que paicia un buen sugeto...
El tio Juan ¡Al grano!
El P. José. Sí, no comentes...
Roque. Y el tio Blas el campanero
no parecen.
El P. José. ¿Qué?
El tio Juan ¿Qué dices?
Roque. Y lo peor de este cuento
es que está abierta la iglesia.
El P. José. ¿Abierta?
El tio Juan No seas mostrenco,
Roque. La he visto con estos ojos.
El P. José. Concluye.
Roque. Y están diciendo
los corros que hay en la plaza,
que es donde yo ahora vengo,
que esos pillos se han llevado
toda la plata del templo.
El P. José. ¡Santo Dios!

EL TIO JUAN Es imposible.
ROQUE. Aun no ha entrado nadie adentro.
Jeromillo el alguacil
está á la puerta, y corriendo
yo me he venido á avisar.
EL P. JOSÉ. ¡Oh, vamos!... (Saliendo.)
EL TIO JUAN Sí, vamos presto.
¡Al fin nos darán el dia
esa caterva de perros!
Vente Roque...
ROQUE. Voy allá...
¡Qué infamia, qué sacrilegio! (Vánse.)

ESCENA VIII.

BLASA, á poco PILAR y MARIA.

BLASA. Roque... Roque... no me escucha
(Asomándose á la puerta.)
¿dónde irán? si yo pudiera...
échele V. un galgo... corren
con estraña ligereza...
van hácia la plaza... apuesto
que vamos á tener gresca...
¡Oiga... Candelaria y Rosa
(Se oye una marcha de guitarras, pianísima.)
con la Beatriz y Teresa
y Pepita la del Romo
vestidas todas de fiesta
se acercan aquí, qué gusto!
y siguiendo detras de ellas,
Paco el Romo, Miguelillo,
y Jeromo el de la tuerta,
vienen con otros amigos
rascando ya las vihuelas...
siento al ver los instrumentos
tal hormiguillo en las piernas
que de buena gana...
(Poniéndose en actitud de bailar.)
Pero...

avisaré á la alcaldesa.
Doña María... (Llamando.) Señora...
Pilar...

MARIA. ¿Qué voces son estas?
(Saliendo con Pilar.)

ESCENA IX.

DICHAS, á poco CANDELARIA, mozas y hombres del pueblo con guitarras y panderas.

PILAR. ¿Qué sucede?...
BLASA. Miren...
PILAR. Madre.
Ya están aquí.
MARIA. Qué contentas.
PILAR. La Beatriz, la Candelaria
mis queridas compañeras,
mis amigas.
(Llega á la puerta del fondo el grupo y dejan de tocar; entran en escena.)
CANDELARIA ¡Buenas tardes!
MOZO. ¡Viva la señá alcaldesa!
TODOS. ¡Viva!
MARIA. Gracias mis amigos.
MOZO. Qué gracias ni berengenas;
usté lo merece todo.
CANDELARIA Tan compasiva...
MOZO. Tan buena.
MARIA. No merezco...
MOZO Si, señora,
usted es la providencia
del lugar... y en este dia...
CANDELARIA ¡Los amigos no cumplieran
Dejando de verla á usted!
de mi prima la tristeza
nos impidió venir antes
cual fué la intencion primera;
pero al saber por el tio,
que está hoy alegre y contenta,

con doble motivo...

MOZO. ¡Cierto!

PILAR. Yo agradezco esa fineza
en cuanto vale...

CANDELARIA De Pedro
ya tienes noticias buenas,
y me alegro.

PILAR. Gracias, prima...

MARIA. En cuanto el alcalde venga
una jotita, y despues
á zamparse la merienda.
¡Hay un tinto de seis años
aguardando en la bodega!
(Aparece el alcalde, seguido del padre José y de Roque.)

MOZO. ¡Qué viva el alcalde!

TODOS. ¡Viva!

EL TIO JUAN (¡Ni una palabra siquiera!) (Bajo á José.)
(¡Corre á cumplir mis encargos!)
(A Roque.)

ROQUE. (¡Y no poder dar dos vueltas!) (Váse.)
(Saliendo con mal humor.)

ESCENA X.

DICHOS, menos ROQUE.

EL TIO JUAN ¡Salud á la buena gente!

EL P. JOSÉ. (Tengo pegada la lengua
al paladar!

EL TIO JUAN ¡Alegría;
comience el baile y la gresca!
Échala Blasa...

BLASA. Al momento...

MARIA. (No sé que emocion violenta
adivino...) (¿Hay algo?)
(Acercándose á él.)

EL TIO JUAN (¡Nada!)

PILAR. (¡Siento una horrible tristeza!)

BLASA. ¡Comienzo! (Música.—Jota.)
EL TIO JUAN (¡Si esos vergantes
vendrán á aguarnos la fiesta!)

(MÚSICA Y BAILE.—Blasa canta mientras que bailan las mozas: los mozos acompañan la jota con las guitarras.)

BLASA. Cuando sabe una muchacha
que el bien de su corazon
tiene de carlista tacha,
le da calabezas, le da calabazas.
¡Le da calabazas
aquí en Aragon!
Y en vano
suspira
jurando
su amor;
la chica
le mira
diciendo
qué horror!
Esta es la verdad
esta es la verdad
le da calabazas, le da calabazas
le da calabazas
con formalidad.

Al terminar la segunda copla y el baile se oyen dos tiros lejanos; las mujeres, se arremolinan atemorizadas á la derecha junto á María y Pilar. Los hombres al oir al alcalde «los carlistas» dejan las guitarras; dos ó tres de ellos sacan de la faja las navajas, que abren; los demás se dirigen al rincon donde estan los útiles de la labranza, y escojen con prisa los picos más aguzados. Roque entra por el fondo, corriendo y armado de una escopeta. Pilar se arroja en brazos de María: el padre José eleva las manos al cielo manifestando en su actitud profundo dolor: todo esto rápido é instantáneo.

ESCENA XI.

DICHOS Y ROQUE.

EL TIO JUAN ¡Son los carlistas!
EL P. JOSÉ. ¡Gran Dios!

ROQUE. ¡Ya bajan de la montaña!
MARIA. ¡Misericordia!
EL TIO JUAN. ¡Valor!
¡Hijos mios, á la plaza! (A los mozos.)
PILAR. ¡Juan!
EL TIO JUAN ¡No me detengas;
antes que todo es la pátria!
¿Hay tiempo que estas mujeres
(A Roque.)
se guarezcan en sus casas?
ROQUE. Sí, señor.
EL TIO JUAN Pues vivo, Roque,
tú corres á compañarlas,
y vende cara tu vida,
si te encuentra esa canalla!

ESCENA XII.

DICHOS, menos ROQUE y las mugeres.

MARIA. ¿Qué piensas hacer?
EL TIO JUAN (Dejando la vara y cogiendo la escopeta.)
¡Morir
ó vencer!
EL P. JOSÉ. ¡Ay, pobre España¡
EL TIO JUAN ¡Muchachos, ya esos bandidos
nuestros hogares profanan,
y amenazan nuestra vida
y nuestra hacienda, ¡á las armas!
MOZO. ¡A ellos!
EL TIO JUAN ¡Corramos!
PILAR. ¡Dios mio!
EL TIO JUAN Dad fuerte, y caiga el que caiga.
BLASA. ¡Yo voy con usté! (Cogiendo un pico.)
MARIA. Qué dices.
EL P. JOSÉ. ¡Está loca esta muchacha!
BLASA. Las mujeres de mi tierra
los cañones disparaban
en otro tiempo, pues bien,
quiero en la lucha empeñada,
luchar con los liberales,

por el honor de mi pátria!

El tio Juan ¡Tú te quedas... porque al lado
de mi familia haces falta.

Pilar. ¡Sí, no te vayas!...

Blasa. ¡Me quedo,
pero de muy mala gana!

El tio Juan Vamos... atrancad la puerta,
tened en Dios confianza,
y hasta la vista...
¡Hijos mios!
¡Viva España!

Todos. ¡Viva España!

El tio Juan ¡Y viva la libertad!

Todos. ¡Viva!

El tio Juan ¡A la plaza!

Todos. ¡A la plaza!

(Salen todos los hombres con el tio Juan, el Padre José los sigue.)

Maria. Padre José... (Deteniéndole.)

Pilar. ¿Padre mio?

Blasa. Dónde va V...?

Pilar. ¡No se vaya!...

(Comienzan á oirse tiros y rumores de lucha.)

Maria. Se están matando.

Pilar. ¡Dios mio!

El P. José. ¿No veis que el deber me llama?
¡no voy en la horrible lucha
á empuñar traidoras armas,
voy á llevar el consuelo
de la religion sagrada,
al infeliz moribundo
que mis auxilios reclama! (Váse.)

ESCENA XIII.

BLASA, MARIA y PILAR.

La primera atranca la puerta del fondo. Pilar cae de rodillas delante del cuadro de la Vírgen. Continúa en aumento el tiroteo y rumor del esterior.

Pilar. ¡Virgencita del Pilar!

MARÍA. Atranca esa puerta, Blasa,
y ven conmigo, es preciso
que cerremos las ventanas
de arriba.

BLASA. Voy, voy volando.
Esa pícara canalla!

MARIA. (Contemplando á su hija.)
¡Pobre hija mia!

BLASA. Andandito,
que se acerca aquí la zambra!
(Vánse María y Blasa por la izquierda.)

ESCENA XIV.

PILAR.

¡Vírgen María,
madre y señora;
tú de los buenos
la protectora;
haz que mi padre
patrona mía,
triunfante salga.
¡Salva su vida!

Se oye un violento golpe en la ventana. Caen al suelo las maderas y entran por ella saltando. Ramon, con zamarra, boina, sable y rewolver, seguido del Sacristan, y tres carlistas más, todos armados y con boinas. Pilar al verlos dá un grito y se levanta para huir, Ramon la sujeta por una mano. Rapidez en toda esta escena, hasta el final.

ESCENA ÚLTIMA.

PILAR, RAMON, el SACRISTAN, los carlistas, á poco MARIA y BLASA.

PILAR. ¡Socorro!

RAMON. ¡Inútil llamar.
¡La puerta!
(Los carlistas abren la puerta del foro.)
¡De mi poder
nadie te podrá arrancar!

PILAR. ¡Madre!

RAMON De mi suerte en pós,
tú recobrarás la calma!

MARÍA. (Saliendo.) ¡Hija... ¡hija de mi alma!

Vá arrojarse sobre Ramon que se la lleva. Éste dice al Sacristan, señalándole á María.

RAMÒN. ¡Mátala!

(El Sacristan dispara una pistola sobre María.)

MARÍA. (Cayendo.) ¡infames!

BLASA. ¡Gran Dios!

(Que sale desolada por la izquierda.)
Se arroja á socorrer á María, mientras Ramon y los suyos, salen por el fondo, llevándose á Pilar.

TELON.

ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA PRIMERA.

PADRE JOSE, ROQUE Y BLASA.

EL P. JOSÉ. ¿Está más tranquila?
BLASA. Un poco;
¡pero en su horrible ansiedad
y vertiendo un mar de llanto,
no cesa de preguntar
por su Pilar y su esposo!
EL P. JOSÉ. ¡Qué horrible fatalidad!
¿Y de su herida?
BLASA. Mejor:
desde que el buen don Gaspar
logró extraerle la bala
del antebrazo, está ya
más aliviada, y por ella,
no se la ha oido exhalar
ni una queja.
EL P. JOSÉ. ¡Pobre madre!
BLASA. Pero su cabeza está
muy trastornada.
EL P. JOSÉ. Lo creo.
En este funesto azar,
quien la vida no ha perdido
perdió por siempre la paz!

BLASA. ¡Y usté, logró indagar algo
referente al señor Juan!
EL P. JOSÉ. Muy poco; sé que en la cárcel
continúa y no sé más.
Quizá Roque, que entra y sale...
ROQUE. Yo tengo miedo de hablar.
EL P. JOSÉ. ¿Entre nosotros?
ROQUE. No es eso...
BLASA. Habla ya por caridad...
ROQUE. La casa está vigilada (Con misterio.)
como ya ustedes sabrán,
y aunque don Ramon, á mi
prohibió que me hicieran mal,
por aquello de que un bestia
no sirve ni pá estorbar,
sin embargo, ellos me miran
con un recelo, que yá!
Y en doce horas, que en el pueblo
lleva esa gente de estar,
apenas si he olido algo
y si sé una novedad.
BLASA. ¿No sabes dónde han llevado
los infames, á Pilar?...
EL P. JOSÉ. ¿No has averiguado?...
ROQUE. ¡Nada!
EL P. JOSÉ. ¡Qué torpeza!
ROQUE. Por San Juan...
y sin embargo, se algo...
BLASA. ¡Oh, dilo pronto!...
EL P. JOSÉ. ¡Hablarás!...
ROQUE. Es que como es poco y malo
casi más vale callar...
BLASA. Nada hay peor que la duda...
ROQUE. Pues entonces, allá va...
Ya en el pueblo solo quedan
diez y seis hombres lo más,
al mando de don Ramon
y el tuno del sacristan!
ROQUE. ¡El que hirió á doña María!
ROQUE. Estampa de Barrabás...
EL P. JOSÉ. Déjale, que el su castigo
en breve tambien tendrá;
el que á hierro mata, á hierro
la muerte debe esperar!

BLASA. Venga esa noticia...
EL P. JOSÉ. Díla...
ROQUE. Segun yo pude pescar
por lo que escuché á esos perros
en la taberna de Blás,
piensan cobrar esta tarde,
¡y vaya si cobrarán!
un trimestre adelantado
de contribucion.
EL P. JOSÉ. Que más...
ROQUE. Y si pescan esos cuartos
que no son de despreciar,
se van esta misma noche.
BLASA. ¿Y entonces el señor Juan?
ROQUE. Me han dicho que lo fusilan.
EL P. JOSÉ. ¡Jesús!
ROQUE. Antes de marchar.
BLASA. ¡Dios mio!
EL P. JOSÉ. (Viendo á María que sale, dice á Roque.)
(¡Ni una palabra
á esa desgraciada!)
ROQUE. (¡Ya!)

ESCENA II.

DICHOS Y MARIA.

(Abatida, pálida, llorosa y llevando el brazo izquierdo en cabestrillo. Avanza lentamente hasta el padre José. Pausa.)

MARIA. ¡Padre... y mi esposo... y mi hija!
¿Qué sabeis? ¿en dónde están?...
¿Los habeis visto?... ¿Decidme?...
¿Por qué no me contestais?
¡Quizá ya víctimas fueron
del asesino puñal!...
Quizá su inocente sangre...
¡Contestadme por piedad!...

El P. José. ¡María!...
Maria. ¿Qué es de mi esposo,
dónde se encuentra Pilar?
Roque. ¡El alcalde está en la cárcel,
más no tiene novedad!
Maria. ¡Preso!
Roque. Mató tres carlistas,
lo cual no es poco matar,
he hirió á otros dos, de tal modo
que quizá no curarán!
Por eso cuando vencido
ya no pudo matar más,
le cogieron prisionero
con su primo Carvajal;
pero dicen, que el alcalde
hoy mismo...
El P. José. ¡Le soltarán!
Roque. ¡Cabales... (si no me ataja
hago una bestialidad!)
Maria. ¿Será cierto?...
Blasa. (¡Desgraciada!)
El P. José. Sí, no hay duda, pedirán
por él, un fuerte rescate...
Maria. ¿Qué importa, se pagará...
Pero y mi Pilar... mi hija?...
Roque. Nadie sabe donde está...
Maria. ¿No está en el pueblo? pues donde,
responde sin vacilar,
¿dí, que sabes?...
Roque. (¡Si habré dicho
alguna barbaridad!)
yo punto á fijo...
Maria. El infame
que así se atrevió á robar
el bien de mi corazon,
quizá, en su insensato afan
se habrá atrevido!... Corramos
yo necesito implorar
su clemencia, necesito
verle ahora mismo...
Centinela. (Un centinela avanza.) ¡Atrás!
¡está V. presa en su casa!...
Maria. ¡Qué espantosa iniquidad!
Pero yo saldré, es preciso.

BLASA. Señora...
MARÍA. Yo quiero hablar
á ese hombre, que me ha robado
mi vida, mi dulce paz...
la hija de mis entrañas.
EL P. JOSÉ. María...
MARÍA. (Otra vez á la puerta.) ¡Lo quiero!
CENTINELA. ¡Atrás!
MARÍA. En las horas de agonía
que por mi herida fatal
he perdido, que habrá sido
de mi Pilar, y mi Juan!
¡Y aquí presa, en la impotencia
mi pecho siento estallar,
y correr no puedo al lado
de ellos! ¡nó! pues no será...
Mónstruos, ¡cobardes, infames!
Y luego se llamarán
partidarios de una idea
de justicia y de bondad...
¡Mentira... los que á su pátria
sumerjen en el pesar,
los que siembran la agonía
y los que la muerte dan,
á las familias robando
la dulce paz del hogar,
ni son honrados, ni buenos,
ni pueden serlo jamás!
EL P. JOSÉ. ¡María, por Dios!
BLASA. Más calma!
ROQUE. (¡Uy! ¡la van á fusilar!)
MARÍA. Franco el paso han de dejarme
ó aquí la muerte me dan!
EL P. JOSÉ. Por el cielo...
BLASA. Aguarde usted.
MARÍA. ¿Quién habla aquí de aguardar?
Fuera están mi vida y alma
con mi Pilar y mi Juan,
no verlos, esa es mi muerte
desesperada y fatal...
¿Qué importa que la existencia
por verlos pueda arriesgar,
si por no verlos, ahora
estoy medio muerta ya!

El P. José. Yo que por fortuna puedo
María, salir y entrar,
me informaré, indagaré
de una manera eficaz...
Y vendré á deciros...

Roque. Eso...
yo tambien...

Maria. ¿Y he de esperar,
en estas dudas crueles!

Blasa. Dé V. treguas á su afan.

El P. José. Volvemos pronto...

Roque. ¡Enseguida!

Maria. ¡Me va el dolor á matar!

(Cayendo abrumada por el dolor sobre una silla.)

(Al ir á salir el padre José, aparece en la puerta un carlista armado, y con un pliego cerrado: el padre José, retrocede á la escena; el carlista entra, saluda á doña María con la cabeza, la entrega el pliego, y sale.

Blasa. (¡Qué facha!)

Roque. (¡Este nos fusila!)

Maria. (Cogiendo el pliego.) ¿Es para mí!

El P. José. (Receloso.) (¿Qué será!)

Maria. (Leyendo.) «Mitigando el rudo afan
que vuestro pecho devora,
os doy un pase, señora,
para ver al señor Juan:
él la manera ya sabe
de obtener la libertad.
¡Que la acepte procurad
porque su peligro es grave!»
¡Y firma Ramon! Corramos...
¡Todo se lo haré aceptar!

El P. José. ¡Quién sabe!

Roque. ¡Pedirán cuartos!

Maria. Usted me acompañará.

El P. José. Con mil amores.

Maria. (Saliendo.) Pues vamos.

El P. José. (¡Qué condiciones serán?)

ESCENA III.

ROQUE y BLASA, á poco la SEÑORA TOMASA.

ROQUE. ¡Ay Blasa!
BLASA. ¡Qué desventuras
han traido á nuestro pueblo
esos carcundas malditos!...
ROQUE. ¡Chica... calla! por el cielo...
si el centinela te escucha
vas á hacer un pan.
BLASA. ¡Pues quiero
decir la verdad!
ROQUE. Demonio...
BLASA. ¡Picarones!
ROQUE. Esto es hecho...
BLASA. Tunantes...
ROQUE. Hoy nos fusilan.
BLASA. ¡Carcundas!
ROQUE. ¡Ay! reza el credo...
(Mira al esterior.)
¿á ver?... calle... ya no está
se fué... desahoga ese pecho.
BLASA. ¡Bribones!... tengo unas ganas.
ROQUE. ¡Pero chíquia, no hables recio.
Si el señorito supiera
que junto á casa Ruperto
le dí á uno dos culatazos
que le machaqué los sesos!
BLASA. ¿Tú!...
ROQUE. ¡Sí, pero no lo digas!
BLASA. ¡Bien, Roque!
ROQUE. No hables tan recio
porque pudieran.
TOMASA. Muchachos...
ROQUE. ¡Ay! ¡perdon!
(Cayendo de rodillas de espaldas á la puerta.)
BLASA. ¡Habrá mastuerzo!
¡Si es la Tomasa!

ROQUE. (Levantándose.) ¡Es verdad!
¡el ama del cura!
TOMASA. Cierto...
vengo á ver tu señora...
he de decirla un secreto
muy importante.
BLASA. No está.
TOMASA. ¡Qué no está? que contratiempo...
BLASA. Pero puede V. decir
ROQUE. Y en cuanto venga...
TOMASA. No puedo...
(¡El Roque es un charlatan
y la Blasa?...) vuelvo, vuelvo.
¿Es verdad lo que me han dicho
que estaba el alcalde preso!
ROQUE. Si señora...
TOMASA. ¡Otra desgracia!
(!Tampoco al alcalde puedo!...)
Y de mi amo, el señor cura,
que vivo ni muerto encuentro
desde que entró la partida
ayer tarde en este pueblo,
tampoco sabeis...
BLASA. Ha estado
aquí, y salió al mismo tiempo
que la alcaldesa...
TOMASA. (¡Qué lástima...
él podria)... Pobre viejo...
No ha parecido por casa
ni por la Iglesia, yo tiemblo;
allí la cena de anoche
guardada con el almuerzo
que no tomó esta mañana,
preparadito le tengo,
pero nada, no parece.
ROQUE. Pues no hay cuidiao, está bueno.
TOMASA. ¡Faltar él toda la noche!
ROQUE. La pasó cuidando enfermos,
consolando á los heridos
y rezando por los muertos!
BLASA. ¡Es verdad!
TOMASA. ¡Pobre amo mio!
Mas yo necesito verlo;
corro á buscarle; si viene,

decid que vaya corriendo
á casa, que he de decirle
un importante secreto,
que no puedo confiaros...

ROQUE. ¡Señá Tomasa! (Resentido.)

TOMASA. Por miedo...
que es fácil, que si se sabe
le cueste á alguno el pescuezo...

BLASA. ¡Jesús!

ROQUE. ¡Carápe! Tomasa...

TOMASA. Porque es...

ROQUE. No quiero saberlo...

BLASA. Cállese V.

TOMASA. ¡No olvideis
que yó con ánsia le espero...
si acaso tardara, entonces
volveré por aquí presto,
porque á él solo, ó la alcaldesa,
puedo decírselo.

ROQUE. Bueno.

BLASA. (¿Qué secreto será ese?...)

TOMASA. Hasta despues. (Váse.)

ROQUE. ¡Hasta luego!...

BLASA. ¿Qué será?... (A Roque.)

ROQUE. ¡Cállate Blasa,
que aun tengo el susto en el cuerpo!

BLASA. ¡Qué noche! ¡Cuántas desgracias!
¡once heridos, y seis muertos!

ROQUE. ¡Como que daban de veras
unos y otros ¡qué jaleo!
y todo por qué, por ná,
por si ha de ser Juan ó Pedro
la sanguijuela que chupe
la sangre del pobre pueblo...

BLASA. ¡Es verdad!

ROQUE. Yo, soy un bestia,
y de estas cosas no entiendo,
más no me parece bien
que todos al morro andémos,
dejándonos la pelleja
por trochas y vericuetos,
para que coman diez tunos
á costa de nuestros huesos!

BLASA. ¡Muy bien!

ROQUE. Ya me desahogué;
ahora, me voy, y con tiento
veré si puedo oler algo
que nos interese...

BLASA. Bueno.
Sobre todo de Pilar
averigua el paradero.

ROQUE. Haré lo posible: adios.

BLASA. ¡Adios, que te ayude el cielo!
(Váse Roque.)
¡Pobre niña, y pobre madre,
y desgraciado de Pedro!

ESCENA IV.

BLASA Y MARIA.

MARÍA. ¡Todo inútil!

BLASA. ¿Le vió V!

MARÍA. No pude...

BLASA. (¡Su faz me aterra!)

MARÍA. Ante el consejo de guerra
estaba cuando llegué!

BLASA. ¡Ante el consejo!

MARÍA. ¡Una farsa
indigna!

BLASA. ¡Qué situacion!

MARÍA. ¡Él juzgado por Ramon
y su estúpida comparsa!
Era en el ayuntamiento;
cansada ya de esperar
y de gemir y llorar,
en mi acerbo sufrimiento
atropellando por todo
quise la sala invadir.

BLASA. Y ellos...

MARIA. Me hicieron salir...

BLASA. ¡Verdugos!

MARIA. ¡Y de qué modo!

Que me aleje han ordenado
sin ver que el dolor traspasa
mi corazon, y que en casa
á saber el resultado
espere...

BLASA. ¿Y le deja V.
entregado?...

MARÍA. Sí, le dejo
siguiendo en ello el consejo
que me dió el padre José.

BLASA. ¿Quedaba allí el señor cura?

MARIA. Velando por mi marido
y á salvarle decidido
con afanosa ternura.

BLASA. A ver á V. ha venido
hace poco...
(Viendo á Ramon que aparece en la puerta del foro.)

MARIA. ¡Aquí Ramon?

BLASA. ¡Qué audaz!

MARÍA. ¡Vete!

BLASA. (¡El corazon
me anuncia!...)

MARIA. (¡No me has oido?)
(Váse Blasa. Ramon avanza, pausa breve.)

ESCENA V.

RAMON y MARIA.

RAMON. Señora...

MARIA. Siento al miraros
impulsos de ódio tan fieros,
que no pudiendo mataros
entibia el horror de veros
el placer de despreciaros!

RAMON. Con rudeza y sin razon
me acrimina vuestro lábio.
Fuí esclavo de una pasion...

MARIA. ¡Oh... no añadais al agravio

la burla ni la irrision!

RAMON. Cautivo de una belleza,
por su amor...

MARIA. ¡Nécia torpeza!

RAMON. Es mi adoracion...

MARIA. ¡La veo
cual la nave del deseo
surcando un mar de impureza!

RAMON. ¡Roto á mi pasion el freno
busqué de obtenerla modo
y no le encontré más bueno!

MARIA. ¡Siempre las almas de cieno
encuentran sendas de lodo!

RAMON. ¡En cariñosos desvelos
corrí de Pilar en pós
torturado por los celos!

MARIA. ¡Qué entendeis del amor vos,
si eso es cosa de los cielos!

RAMON. ¡Oh... María!

MARIA. Desprendido
del trono de Dios, á dar
viene la dicha al nacido,
más no se puede albergar
en un corazon podrido!

RAMON. ¡Basta ya! ¡frases de muerte
lanzando estais contra mí,
y me insultais de esa suerte,
sin acordaros que aquí,
soy por fortuna el más fuerte!

MARIA. Los honrados corazones
no pueden jamás temblar.

RAMON. Acortemos discusiones;
yo solo vengo á dictar
condiciones.

MARIA. ¿Condiciones!
Habla, y por más que me aflija...

RAMON. Escuche atenta la madre;
vengo á que la madre elija,
entre fusilar al padre...

MARIA. ¡Qué horror!...

RAMON. ¡Ó darme su hija!

MARIA. ¡Que yó te entregue á Pilar?

RAMON. ¡Eso vengo á pretender!

MARIA. ¿Te quieres de mi burlar;

pues qué, no está en tu poder?

RAMON. ¡No querais disimular!
En mis brazos la cogí;
ya en la calle, se empeñó
ruda contienda, caí
arrollado, ella escapó,
y á verla más no volví!
La busqué, no la hallé ya;
ninguno supo por donde
logró ella escaparse...

MARIA. ¡Ah!
¡Luego á tu furor se esconde?...

RAMON. ¡Y V. sabe dónde está!

MARIA. ¡Qué lo sé! Si lo supiera,
juzgas tú que lo dijera
y á tu furor la entregara?
¡Antes la vida perdiera
y el corazon me arrancara!

RAMON. ¿Es decir?...

MARIA. ¡Loado sea Dios
que ha salvado su inocencia!

RAMON. Es que de mi rabia en pos
inmolaré otra existencia
más querida para vos!

MARIA. ¡No hay otro sér más querido
para mí, que mi Pilar!

RAMON. ¡Si os obstinais en callar
rezad por vuestro marido,
pues lo voy á fusilar!

MARIA. ¡Será capaz el cruel!

RAMON. ¡Todo mi amor lo atropella,
en esta horrible querella.

MARIA. ¡Oh... piedad!

RAMON. ¡Ella por él!

MARIA. ¡Misericordia!

RAMON. ¡Él por ella!
(Arrodillándose á sus pies.)

MARIA. Compasion, por mi dolor...

RAMON. ¡Señora... os cansais en valde!

MARIA. ¡Matadme á mí por favor!

RAMON. (Yendo á la puerta.)
¡Hóla... traedme al alcalde
y buscad un confesor!
(Aparecen en la parte exterior de la puerta

dos carlistas, que reciben la órden y se alejan.)

¡Tambien se empeñó en negar
de Pilar el paradero!

MARIA. ¿Y le vais á asesinar?

RAMON. Si no confiesa...

MARIA. Yó muero...
¡Oh, padre!...
(Viendo al padre José que entra y corriendo hácia él.)

RAMON. (¡Me va á estorbar!) (Por el padre José.)

ESCENA VI.

DICHOS y el P. JOSE.

EL P. JOSÉ. ¿Por qué tan copioso llanto
María, vierten tus ojos?
¡Qué motivó los enojos
que revelas en tu espanto!

MARIA. ¡Él!... (Señalando.)

EL P. JOSÉ. ¡Ramon¡ ¿Qué más quieres
en esos alardes fieros!
¡Dónde has visto caballeros
que hagan llorar las mujeres!

RAMON. No me quiso obedecer.

EL P. JOSÉ. ¡Oh, ya adivino, á la madre
propusiste lo que al padre
acabas de proponer!

RAMON. ¿Supo V?

EL P. JOSÉ. Hace un instante.
¿No hay nada que te convenza?
¡El carmin de la vergüenza,
no enrojece tu semblante?

RAMON. ¡Padre... me hará V. olvidar
lo que olvidar no he querido!...

EL P. JOSÉ. ¡Oh... Ramon!

RAMON. ¡Lo he decidido
y lo voy á fusilar!

MARIA. ¡Mónstruo!

EL P. JOSE. De vil y cobarde
vas á merecer el nombre
si asesinas á ese hombre
que está indefenso, y alarde
haciendo de tu crueldad
elevándola á una azaña,
con un hecho de campaña
disfrazas tu enormidad.
¡Así en circunstancias críticas,
cubren los hombres malvados,
sus crímenes execrados
con las banderas políticas!
Que las armadas legiones
que combaten frente á frente,
las engruesa el contingente
de mil bastardas pasiones;
y allí van las esperanzas
de posiciones mejores,
y allí se esplotan rencores
y satisfacen venganzas;
que en la temible pelea
do acaban malos y buenos,
son casi siempre, los menos
los que luchan por la idea;
mas quien por mira egoista
se bate bajo un pendon,
ni es de honrado corazon,
ni es liberal, ni es carlista!
RAMON. Le escuché con tal bondad
por el respeto que tengo
hácia V., más le prevengo...
EL P. JOSE. ¡Que te amarga la verdad!
Tú vas de la lucha en pos
sembrando el mal por la tierra,
y haces la guerra, la guerra
que es el azote de Dios,
buscando por mal camino
conseguir un mal deseo...
RAMON. ¡Basta de sermon!
EL P. JOSÉ. Y creo
que te aguarda un mal destino.

ESCENA VII.

DICHOS y el TIO JUAN.

(Los dos carlistas le introducen en escena y se retiran.)

El tio Juan ¡María!
María. (Abrazándole.) ¡Juan de mi vida!
El P. José. ¡Oh, dulces lazos del alma!
Ramon. (¡Este cura!)
El P. José. ¿Veis?
(Señalando al grupo.)
Ramon. Ya veo...
El P. José. ¡Quién estos nudos desata!
¿Quién dispensador de vidas
llama furioso á la Parca,
y un porvenir de ventura
trueca en fúnebre mortaja?
Ramon. Dejadme; alcalde.
El tio Juan Otra vez
oigo que tu voz me llama,
quizá para amenazarme
ó proponerme una infamia!
¡La merced de tu silencio
á peso de oro pagára!
Ramon. Concluyamos, de tu hija,
que nadie en el pueblo halla,
tú solo debes saber
la recóndita morada...
¿En dónde se oculta?...
El tio Juan ¡Dónde?
No lo sé por mi desgracia.
¡Blanca y púdica paloma
que al cielo tendió sus alas,
y del hambriento neblí
casi espiró entre las garras!
¡Si yó supiera su nido,
de mi muerte á la amenaza,

piensas que débil cediera?
¡Por Dios, que mucho te engañas!

MARIA. Ramon... (Suplicante)

EL P. JOSÉ. (¡Se empeña en ser malo!
¡No cederá!)

RAMON. ¡Ya me cansa,
resistencia tan inútil,
porfía tan obstinada!
Ocho minutos de tiempo
os doy á entrambos; si acaba
el plazo, y de vuestra hija
no revelais la morada,
segun sentenció el consejo,
hoy os fusilo en la plaza!

EL TIO JUAN ¡El consejo!

EL P. JOSÉ. ¿Y de qué crímen
se le acusa... dí?

MARIA. ¡Qué infamia!

RAMON. Contra las tropas reales
hoy á esgrimido sus armas,
y él á sido el cabecilla
que en la funesta jornada
dirigió el motin!

MARIA. ¿Qué dice!

EL P. JOSÉ. ¡Oh, no le hagais caso!

EL TIO JUAN Estalla
mi corazon de hombre honrado
escuchando esas palabras!

MARIA. ¡Juan!

EL TIO JUAN ¡Asesina si quieres
al que tiene la desgracia
de ser vencido, y en él
sácia tu torpe venganza!
¡Tropas del rey! ¿De qué rey!
Quiméricas esperanzas!
Há más de cuarenta años
que allá en las montañas vascas
la religion explotando
para sus miras bastardas,
la reaccion absolutista
sembró abundante cizaña!
Sangre generosa y noble
corrió afanosa á regarla,
y en aquel próvido suelo

logró arraigarse la planta...
tendió sus hojas al viento
y la flor de la ignorancia
con los aromas del vicio
creció en la comarca esclava;
pero antes de dar su fruto
de esclavitud y de infamia,
el sol de la libertad
salió para marchitarla!
Desde entonces no ha crecido
en el suelo de esta patria,
mezclado con las cenizas
y amasado con las lágrimas
de mártires inmolados
por la libertad sagrada,
que en semejante terreno,
no hayais cuidado, no arraiga!
¡Y vamos, yo del martirio
tambien anhelo la palma,
y sé cumplir como bueno
cuando un deber me reclama.

RAMON. ¡Pues lo quereis, así sea!
EL P. JOSÉ. ¿Le inmolais á una venganza?
RAMON. Tampoco está muy segura
vuestra cabeza!
MARIA. Me espanta...
RAMON. ¡Hola! (Llamando.)
MARIA. ¡Piedad!
RAMON. ¿Y Pilar?
MARIA. No, sé!...
RAMON. Formad en la plaza...
(A los carlistas que se asoman.)
MARIA. ¡No lo hareis!...
EL P. JOSÉ. Ramon...
RAMON. ¡Y usted!
cumpla, si el señor reclama,
con lo que el deber le ordena
de la religion cristiana!
MARIA. ¡Esposo!
RAMON. Doy seis minutos
para ello...
EL TIO JUAN ¡Con ellos basta!
(María, Juan y el padre José abrazados forman un grupo cerca de la puerta del foro. Ramon, se sienta junto á la mesa que habrá cerca del

proscenio, vuelto de espaldas al grupo y oculta la cara entre sus manos; pausa.)

MARIA. ¡Juan mio!...

EL TIO JUAN ¡Calla y no llores!

EL P. JOSÉ. ¡Oh, qué espantosa desgracia!

EL TIO JUAN Solo una pena me aflige
en esta postrer jornada...
no saber de mi Pilar...
¡Hija mia!

MARIA. (Con acento desgarrador.) ¡Hija del alma!

(Que entra apresurada, oye estas dos esclamaciones, y sin reparar en Ramon dice gritando y muy alborozada.)

TOMASA. ¡Yo sé dónde está!

RAMON. ¿Qué dices!

(Levantándose frenético y corriendo á Tomasa.)

TOMASA. ¡Dios mio!

EL TIO JUAN ¡Cállate!

PILAR. ¡Calla!

ESCENA VIII.

DICHOS Y TOMASA.

RAMON. Vas al momento á decirme.

EL P. JOSÉ. ¡Tomasa!

TOMASA. Yo no sé nada...

RAMON. En vano ignorancia arguyes
pues de confesarlo acabas,
y aquí de grado ó por fuerza
me dirás;

TOMASA. ¡Yo no sé nada!

RAMON. ¡Tiembla pues!

EL P. JOSÉ. ¿Tambien tu fúria
revuelves contra una anciana!
¡Digna accion!

RAMON. ¡Silencio padre!
¿No veis que el furor me abrasa?
¡Por conseguir un objeto
que anhelante codiciaba

formé bajo una bandera
y lancéme á la montaña!
Sembré el dolor y la muerte,
y cuando el triunfo tocaba
y mi sueño realizando
miré mi ambicion lograda,
desparece como un sueño,
de entre mis manos se escapa,
y dispútanme la presa
matando mis esperanzas,
un padre altivo y severo
y una madre desgraciada!
Yo retroceder no puedo
en esta contienda insana,
y pues obstáculos hallo
en mitad de mi jornada,
los destruyo, y adelante,
que el placer de la venganza
mitigará el sufrimiento
de los rencores del alma!

(Yendo furioso á la puerta.)
(Aparecen varios carlistas armados en el foro.)

¡Hola... fusiladlos todos!
¡Y que presa de las llamas,
desaparezca esta aldea
antes de la madrugada!

(Se oye en este momento el toque algo lejano de una corneta, marcando un paso de ataque, que se irá aproximando gradualmente.)

EL TIO JUAN ¿Qué es eso?...
RAMON. ¡Cielos!
EL P. JOSÉ. ¡Cornetas?...
RAMON. ¡Maldicion! (Desenvaina el sable.)
MARÍA. ¡Oh... qué esperanza!
EL TIO JUAN ¡Valor corazon!

(Al sacristan que entra azorado por el foro.)

RAMON. ¿Qué ocurre?
SACRISTAN. Que se acercan...
RAMON. Quién, qué pasa?
SACRISTAN. ¡Los soldados insurrectos!
RAMON. ¡Oh!...
EL TIO JUAN ¡Las tropas de la pátria!
RAMON. ¡A ellos pues, no haya cuartel!

Volveré por mi venganza!
Vosotros dos vigilad (A los centinelas.)
en las puertas de esta casa,
y al que salir pretendiera,
matadle!

CENTINELA. ¡Está bien!
RAMON. ¡Oh, rabia! (Váse.)
(Se colocan en la puerta.)

ESCENA IX.

DICHOS menos RAMON, á poco ROQUE, despues BLASA.

EL P. JOSÉ. ¡Confianza amigos mios!
EL TIO JUAN Corro á ayudarles.
MARIA. ¡No salgas!
TOMASA. No vaya V!
EL P. JOSÉ. (Por los centinelas.) ¡Y esos hombres?
EL TIO JUAN ¡Ira de Dios... yó, sin armas!
EL P. JOSÉ. ¡Confía en la Providencia!
MARIA. ¡Resignacion!
EL P. JOSÉ. ¡Esperanza!...
MARIA. (A Tomasa.) ¿Y Pilar, dónde...
EL TIO JUAN Es verdad.
Hable V. pronto, Tomasa...
TOMASA. La pobrecita...
EL P. JOSÉ. (Señalando á los centinelas.) Silencio...
MARÍA. Tiene V. razon, aguarda
y sufre, corazon mio!
TOMASA. Pero es que...
EL TIO JUAN (Temeroso.) ¡Ni una palabra!
¡El toque de esa corneta
Me está desgarrando el alma!
MARÍA. ¡De quién será la victoria
en esta lucha obstinada?...
EL TIO JUAN ¡Ah... Diga V., y mi hija
estará segura?
TOMASA. ¡Vaya!...
MARÍA. ¿No habrá cuidado...,

TOMASA. Ninguno!
EL P. JOSE. ¡Cuando lo afirma Tomasa!...
(Cesa el toque.)
MARÍA. ¡Hija mia!...
EL P. JOSE. Ya parece
restablecida la calma...
EL TIO JUAN Ellos se baten, y yó...
Maldigo mi suerte aciaga!
EL P. JOSE. Cesó ya el toque...
MARIA. Es verdad...
EL TIO JUAN Es preciso que yo salga...
(Al dirigirse al foro le apuntan los centinelas.)
EL P. JOSE. Alcalde. (Deteniéndole.)
MARIA. Esposo...
EL TIO JUAN ¡Cobardes!
(Roque entra, y les hace bajar los fusiles)
ROQUE. ¿Qué estais haciendo, canallas!
EL TIO JUAN ¿Qué sucede!
ROQUE. Al cabecilla
lo han escabecháo en la plaza!
EL P. JOSE. ¡Ramon?
MARIA. ¡Muerto!
ROQUE. ¡Hasta las uñas!
(Los dos centinelas salen corriendo á todo escape.)
¡Pues aunque corran no escapan!
Menudo jollin, Tio Juan...
EL TIO JUAN Voy á ver...
ROQUE. ¡No hace V. falta!
MARIA. Y Pilar... (A Tomasa.)
TOMASA. Corro á por ella...
EL TIO JUAN ¿Pero dónde?...
TOMASA. (Saliendo.) ¡Bien guardada!
EL P. JOSE. Cuenta Roque...
ROQUE. El caso á sido,
tan estraño... ¡Qué jarana!...
han cogido nueve presos,
y los demás, como alma
que lleva el mismo demonio,
despues de tirar las armas
han salido huyendo.
EL TIO JUAN Y quién,
el héroe de la jornada
ha sido...

ROQUE. ¿El jefe? No sé;
un sargento los mandaba
segun dicen.

MARIA. ¿Un sargento?

BLASA. ¡Le he visto por la ventana!
(Saliendo muy contenta, por la derecha.)
Albricias, es él!

MARIA. ¿Qué dice?

EL TIO JUAN ¡Está loca esta muchacha!

Aparece Perico en el foro. Viene de sargento, trae su fusil, calada la bayoneta.)

ESCENA X.

DICHOS, PEDRO, á poco PILAR y TOMASA.

PEDRO. ¡Tio! ¡señor Juan!

MARÍA. ¡Perico!

PEDRO. ¡Madre!

EL P. JOSÉ. Sobrino del alma.

PEDRO. ¿Y Pilar?

TOMASA. (Entra por el foro.) ¡Aquí!

MARIA. ¡Dios mio!

EL TIO JUAN ¡Hija!

PILAR. ¡Padre de mi alma!
¡Pedro mio!

PEDRO. ¡Vida mia!

MARIA. ¡Dios se lo pague, Tomasa!

TOMASA. ¡Ha estado en el camarin
de la vírgen!

EL P. JOSE. ¡Quién pensara!

PILAR. Cuando al salir de la puerta
logré escapar de las garras
de Ramon, corrí á la iglesia...

TOMASA. Y yo, que rezando estaba...

EL P. JOSE. Bien, muy bien...

PEDRO. Blasilla, Roque...

ROQUE. Tú vas de azaña en azaña...

MARÍA. ¡A tiempo llegaste!

EL TIO JUAN ¡Cierto!

PEDRO. Hácia Caspe regresaba
de conducir un convoy
de víveres y de armas,
con veinte y cinco soldados,
cuando topé esta mañana
con Jeromo el de la tuerta
en la vecina montaña.
Contóme, llorando á mares,
todo lo que aquí pasaba,
la herida de V., el rapto
de la vírgen de mi alma,
su prision, las vejaciones
que impusiera esa canalla;
y dije á mis compañeros,
forzando un poco la marcha
llegamos hoy mismo al pueblo
y con un golpe de audacia
copamos á esa partida
que está allí muy confiada...
seguros, que el coronel,
nos dispensa la tardanza!
A ello pues, digeron todos,
y aquí hemos venido... y nada,
economicé cartuchos,
esta ha sido la qué...
(Mostrando la bayoneta.)

EL P. JOSÉ. ¡Basta!

(Aparecen en el foro cuatro soldados, conduciendo herido á Ramon.)

SOLDADO. Sargento, este hombre ha pedido
que aquí le traigamos.

MARIA. ¡Pasa!

(Colocan á Ramon en el sillon del alcalde. Los soldados se retiran al fondo. Todos rodean al herido.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y RAMON.

EL TIO JUAN ¿Herido!
PEDRO. ¡Le he herido yó!
EL P. JOSÉ. ¿Has sido tú!
PEDRO. ¡Cara á cara!
EL TIO JUAN (¡Hay Providencia!)
RAMON. María...
Pilar... mi vida se acaba...
¡Ay... padre José!...
EL P. JOSÉ. ¡Hijo mio!
RAMON. ¡Me muero... alcalde!...
PILAR. Las lágrimas,
siento en mis ojos!
RAMON. ¡Perdon!...
EL TIO JUAN Yo no me acuerdo de nada,
reposa tranquilo...
RAMON. Pedro...
házla feliz...
ROQUE. (Bajo á Blasa.) ¿Lloras, Blasa?
BLASA. (Idem.) ¡No lo puedo remediar!
(A Pilar idem.)
PEDRO. Ante una tumba se acaban
todos los ódios!
PILAR. ¡Es cierto!...
RAMON. Siento... escaparse mi alma
por las puertas de esta herida...
PEDRO. Ramon... amigo.
RAMON. Tu arma...
del Dios, todo Omnipotente,
fué la justiciera espada!
MARIA. Valor...
EL TIO JUAN Ánimo...
RAMON. Es inútil...
PEDRO. Quizá aún se pueda...
PILAR. Esperanza.
RAMON. ¡Adios... ya... es... tarde! (Muere.)
MARIA. Ramon...

EL P. JOSÉ. ¡Rezad por él! ¡Ya es la nada!

(Las mujeres se arrodillan. Los hombres forman un grupo, ocultando al público la figura de Ramon. El alcalde contempla el cuadro, y elevando las manos al cielo, dice con dolorosa entonacion.)

EL TIO JUAN ¡Hé aquí el fruto de la guerra!
¡Por insondables arcanos
se asesinan los hermanos,
se empapa en sangre la tierra!
¡Ház que esta lucha que aterra,
hija de ambicion ruin,
toque, Señor, á su fin,
y ház que en su excelsa bondad,
redima la libertad,
el pecado de Cain!

TELON.

ADVERTENCIA.

Al imprimir el primer pliego se omitió por olvido el papel de la Sra. TOMASA en el reparto, desempeñado por D.ª *Concepcion Solís*: y el papel de BLASA que allí aparece desempeñado por la Sra. *Solís*, estuvo á cargo de la actriz cómica Sra. D.ª *Eladia García*.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Hable usted claro.
Quiero casarme.
Buscando una suripanta.
Nadar entre dos aguas.
En el *Diario Oficial*.
Buscando primos.
Un hijo del corazon.
La cruz de beneficencia.
La joroba del vecino.
Un drama íntimo.
A caza de una tiple.
Por ser tímido.
Bromas del tio.
Jugando al escondite.
Cosas del mundo.
El talisman de Felisa.
Los pecados de los padres.
La nueva panácea.
Llegar á tiempo.
Por un descuido.
Agusto de la tia.
Peor que mi suegra.
El que espera... desespera.
¡Descuidos!
El pecado de Cain.
Juan de Leyden.

EN COLABORACION

Juan Crespí.
Abajo las quintas.
La ciencia y el corazon.
El mártir de la duda.

Su am.º aff.mo
q. s. p. b.
El refundidor

LOS HABLADORES

LOS

HABLADORES

ENTREMES FAMOSO

ORIGINAL DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Refundido por

D. MANUEL DE FORONDA

MADRID

Tipografía de Gregorio Estrada

Doctor Fourquet, 7

1881

PERSONAJES.

ROLDAN.

SARMIENTO.

D.ª BEATRIZ (SU MUJER).

INÉS (CRIADA).

UN PROCURADOR.

UN ALGUACIL.

La accion en el año 1600

La general creencia de que las obras dramáticas del inmortal CERVANTES *no eran* ya *representables*, se ha visto rotundamente desmentida con los brillantes éxitos obtenidos por LOS HABLADORES, en las dos ocasiones, que las empresas de los teatros de Apolo y de la Comedia, le han puesto en escena, y en las cuales, el distinguido actor don Ramon Rossell, caracterizando el *Roldan* de una manera digna de elogio, ha tenido la honra de contribuir á la gloria de CERVANTES, coadyuvando con verdadero entusiasmo á la representacion de este entremés, alejado de la escena española hace más de dos siglos.

Deseosos de facilitar á las empresas teatrales un medio de conmemorar los aniversarios del nacimiento *(8 de Octubre)* y muerte (*23 de Abril*) del insigne autor del *Quijote*, poniendo en escena una de sus obras dramáticas en que más campean las galas de su lenguaje inimitable, damos á la estampa la refundicion que tan favorable acogida mereció del público, creyendo que, al hacerlo así, rendimos una vez más el merecido tributo de admiracion al génio inmortal de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

(*N. del E.*)

OBRAS DEL SR. FORONDA.

Memoria de la Exposicion Nacional de 1873.

Cervantes viajero, con un prólogo de D. Cayetano Rosel y un mapa de D. Martin Ferreiro.

Los habladores, entremés de Miguel de Cervantes Saavedra (refundicion).

ACTO ÚNICO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

PROCURADOR, SARMIENTO, *y detras* ROLDAN, *en hábito roto con su espada y calcillas.*

SARMIENTO. Tome, señor Procurador; que ahí van los doscientos ducados, y doy palabra á usted que aunque me costára cuatrocientos, holgára que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

PROCURADOR. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

ROLDAN. ¡Ah, caballero! ¿Es usted procurador?

PROCURADOR. Sí soy; ¿qué es lo que manda usted?

ROLDAN. ¿Qué dinero es ese?

PROCURADOR. Dámele este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

ROLDAN. Y ¿cuánto es el dinero?

PROCURADOR. Doscientos ducados.

ROLDAN. Vaya usted con Dios.

PROCURADOR. Dios guarde á usted. (*Váse.*)

ESCENA II.

ROLDAN, SARMIENTO.

ROLDAN. ¡Ah caballero!

SARMIENTO. ¿A mí, gentil hombre?

ROLDAN. A usted digo.

SARMIENTO. Y ¿qué es lo que usted manda?

ROLDAN. Cúbrase usted; que si no, no hablaré palabra.

SARMIENTO. Ya estoy cubierto.

ROLDAN. Señor mio, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra; tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien habia dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una adonde fuere servido; que yo lo haré con cincuenta ducados ménos que otro.

SARMIENTO. Si no estuviera tan mohino, me obligára á reir usted; ¿dícelo de véras? pues venga acá: ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

ROLDAN. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? pues ¿dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

SARMIENTO. Usted no debe de ser muy leido; que el proverbio latino no dice si no que *necessitas caret lege*, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

ROLDAN. Dice muy bien usted; porque la ley fué inventada para la quietud, y la razon es el alma de la ley, y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento. Usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter, aunque Vénus le mire en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

SARMIENTO. Por el diablo que acá me trujo, esto es lo que yo habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada.

ROLDAN. ¿Cuchillada dijo usted? está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entónces no habia cuchillos; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada, y asimismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaiféros, entre Cabañas y Olías; pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras, porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al Rey; la alevosía,

contra los iguales; por las armas lo han de ser; y si yo riñere con ventaja, porque dice Carranza, en su *Filosofía de la espada*, y Terencio en la *Conjuracion de Catilina*...

SARMIENTO. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio; ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

ROLDAN. ¿Bernardinas dice usted? y dijo muy bien, porque es lucido nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podia ser; que las Franciscas tienen cuatro efes; la F es una de las letras del A, B, C; las letras del A, B, C, son veinte y tres: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entónces decimos la... que se compone de dos veces esta letra *K*: dos veces pueden ser de vino; el vino tiene grandes virtudes; no se ha de tomar en ayunas y aguado, porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro, y entrando puras...

SARMIENTO. Téngase, que me ha muerto, y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLDAN. Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua, á Roma va; yo he estado en Roma y en la Mancha, en Trasilvania y en la Puebla de Montalban: Montalban era un Castillo, de donde fué señor Reynáldos; Reynáldos era uno de los doce Pares de Francia, y de los que comian con el Emperador Carlomagno en la mesa redonda, porque no era cuadrada ni ochavada. En Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto, un cuarto se compone de cuatro maravedís; el maravedí antiguo valia tanto como agora un escudo; dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

SARMIENTO. Dios me la dé para sufrille; téngase, que me lleva perdido.

ROLDAN. Perdido dijo usted, y dijo muy bien; porque el perder no es ganar; hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

SARMIENTO. Acabe, con el diablo.

ROLDAN. ¿Diablo, dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con várias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne; la carne no es pescado; el pescado es flemoso; los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía; la melancolía no es alegría, porque la alegría consiste en tener dineros; los dineros hacen á los hombres, los hombres no son bestias, las bestias pacen; y finalmente...

SARMIENTO. Y finalmente me quitará usted el juicio ó poco podrá; pero le suplico en cortesía, me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me cairé muerto.

ROLDAN. ¿Qué manda usted?

SARMIENTO. Señor mio, yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo; es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito; á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis dias arreo, me la pondria de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que há muchos dias que lo son. Véngase usted conmigo, suplícoselo; que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

ROLDAN. ¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo, á un zapatero de obra prima; prima es una cuerda de guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes; las órdenes mendigantes son cuatro; cuatro son los que no llegan á cinco; con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de comun, como se vió en Don Diego Ordoñez y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el Rey Don Sancho...

SARMIENTO. Téngase y téngase, por Dios, y véngase conmigo; que allá dirá lo demas.

ROLDAN. Camine delante usted; que yo le pondré esa mu-

jer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

SARMIENTO. No le oiré palabra.

ROLDAN. Pues camine; que yo le curaré á su mujer. (*Vánse.*)

MUTACION.

Sala en casa de Sarmiento. Una estera arrollada, etc., etc.

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, INÉS.

BEATRIZ. ¡Inés! ¡Hola! (*Llamando.*) ¡Inés! ¿Qué digo? ¡Inés ¡Inés!

INÉS. Ya oigo, señora, señora, señora.

BEATRIZ. Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondeis vos con ese lenguaje? ¿No sabeis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS. Usted, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

BEATRIZ. Pícara, el número doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, añadiéndole ceros; los ceros no tienen valor por sí mismos.

INÉS. Señora, ya lo tengo entendido; dígame usted lo que tengo de hacer porque haremos prosa.

BEATRIZ. Y la prosa es para que traigais la mesa para comer vuestro amo; que ya sabeis que anda mohino, y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas remate con el ama.

INÉS. Pues ¿hay más de sacar la mesa? voy volando. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, SARMIENTO Y ROLDAN.—DESPUES INÉS.

SARMIENTO. ¡Hola! ¿No está nadie (*Dentro.*) en esta casa? ¡Doña Beatriz, hola!

BEATRIZ. Aquí estoy, señor; ¿de qué venis dando voces?

SARMIENTO. (*Saliendo.*) Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mio, convidado; acariciadle y regaladle mucho, que va á pretender á la córte.

BEATRIZ. Si usted va á la córte, lleve advertido que la córte no es para Cárlos tan encogido; porque el encojimiento es linaje de bobería, y el bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la accion consiste...

ROLDAN. Quedo, quedo, suplico á usted; que bien sé que consiste en la disposicion de la naturaleza, porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales y va disponiendo los sentidos; los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar y no estorbar; toda persona que estorbare es ignorante, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas; quien cae y se levanta, Dios le da buenas Pascuas; las Pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés; Pentecostés es un vocablo exquisito...

BEATRIZ. ¿Cómo exquisito? mal sabe usted de exquisitos; toda cosa exquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira; la admiracion nace de cosas altas; la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza; la más baja es la malicia, porque todos caen en ella; el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas; el principio, el aumento y la declinacion.

ROLDAN. Declinacion dijo usted y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre, y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razon de esto es...

BEATRIZ. Paso, paso,—¿que es esto marido? ¿teneis juicio? ¿Qué hombre es este que habeis traido á mi casa?

SARMIENTO. Por Dios, que me huelgo, que he hallado con qué desquitarme. Dad acá la mesa presto y comamos, que el señor Roldan ha de ser huésped mio seis ó siete años.

BEATRIZ. ¿Siete años? malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

SARMIENTO. El era mejor para serlo vuestro.—¡Hola! Dad acá la comida.

INÉS. (*Saliendo.*) ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

ROLDAN. ¿Quién es esta señora?

SARMIENTO. Es criada de casa.

ROLDAN. Una criada, que se llama en Valencia *fadrina,* en Italia *masara,* en Francia *gaspirria,* en Alemania *filimoquia,* en la córte *sirvienta* en Vizcaya *moscorra,* y entre pícaros *daifa.* Venga la comida alegremente; que quiero que vuesas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

BEATRIZ. Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido; que reviento por hablar.

ROLDAN. ¿Hablar dijo usted? y dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento; quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive, es muerto; un muerto échale en un huerto.

BEATRIZ. ¡Marido? ¡marido?

SARMIENTO. ¿Qué quereis mujer?

BEATRIZ. Echadme de aquí este hombre, con los diablos, que reviento por hablar.

SARMIENTO. Mujer, tened paciencia; que hasta cumplidos los siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

BEATRIZ. ¿Siete años? Primero veré yo mi muerte. Ay! ay! ay!

INÉS. Desmayóse. ¿Esto quiere usted ver delante de sus ojos? Véla ahí muerta.

ROLDAN. ¡Jesús! ¿de qué le ha dado este mal?

SARMIENTO. De no hablar.

ALGUACIL. (*Dentro.*) Abran aquí á la justicia! abran á la justicia!

ROLDAN. ¡La justicia! ¡Ay, triste de mí! que yo ando huido, y si me conocen me han de llevar á la cárcel.

SARMIENTO. Pues, señor, el remedio es meterse en esa estera usted; que las habian quitado para limpiarlas, y así se podrá librar; que yo no hallo otro. (*Métese Roldan en la estera.*)

ESCENA V.

DICHOS.—*El* ALGUACIL.

ALGUACIL. ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

SARMIENTO. ¿Qué es lo que usted manda que tan furioso viene?

ALGUACIL. El señor Gobernador, manda que, no obstante que usted ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga usted á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.

SARMIENTO. Queria comer agora.

ALGUACIL. El hombre está aquí junto, y luégo se volverá usted á comer despacio.

SARMIENTO. Vamos, y en tretanto, poned la mesa. (*Vánse todos, ménos Roldan, Beatriz é Inés.*)

INÉS. Vuelve en tí, señora; que si de no hablar te has desmayado, agora, que estás sola, hablarás cuanto quisieres.

BEATRIZ. Gracias á Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

ROLDAN. (*Sacando la cabeza de la estera.*) ¿Silencio dijo usted? y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios, y los sabios hablan á tiempos y callan á tiempos, porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras, y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerado siete; porque...

BEATRIZ. Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SARMIENTO, ALGUACIL.

SARMIENTO. (*Roldan se esconde de uuevo.*) Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuesas mercedes beban con una caja. ¡Hola! dad acá la cantimplora y aquella perada.

BEATRIZ. ¿Agora nos meteis en eso? ¿No veis que estamos ocupados sacudiendo estas esteras? (*Muestra

el palo.) Y tú, con ese otro, (*A Inés*) démosle hasta que queden limpias.

ROLDAN. Paso, paso, señoras: que bien (*Saliendo*) entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de manos.

ALGUACIL. ¡Oiga! ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo, el hablador, que hace las maulas?

INÉS. El mismo.

ALGUACIL. Sed preso, sed preso.

ROLDAN. ¿Preso dijo usted? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

ALGUACIL. Que no, no; aquí no ha de valer la habladuría; ¡vive Dios! que habeis de ir á la cárcel.

SARMIENTO. Señor alguacil, suplico á usted, que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se lleve; que le doy palabra á usted de darle, con qué se vaya del lugar, en curando á mi mujer.

ALGUACIL. Pues ¿de qué la cura?

SARMIENTO. Del hablar.

ALGUACIL. Y ¿cómo?

SARMIENTO. Hablando; porque como habla tanto la enmudece.

ALGUACIL. Soy contento por ver ese milagro; pero ha de ser con condicion que si la diere sana, me avise usted luégo, porque le lleve á mi casa; que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaria que me la curase de una vez.

SARMIENTO. Descuide, señor alguacil, que cumplidos los siete años, yo avisaré con lo que hubiere.

BEATRIZ. Marido, por Dios, echadme desde luégo de aquí este hombre, que yo prometo no dar lugar á que vuelva. (*Arrodillándose.*)

SARMIENTO. (*Levantándola.*) Alzad, pues, y enmendaos, que no está bien de rodillas la que es señora de mi casa.

ROLDAN. Señora, dice usted, y muy bien dicho que está, porque Roma fué señora de todo el mundo...

ALGUACIL. (*Interrumpiéndole.*) Véte, pícaro hablador.

SARMIENTO. No me desagrada el verso.

ALGUACIL. Pues si no le desagrada, oiga; que yo tengo alguna vena de poesía.

ROLDAN. ¿Poesía ha dicho usted? Pues oigan y reparen vuestras mercedes: que no será peor la mia.

Aquí he venido á curar
una mujer habladora,

que nunca supo callar,
á quien pienso desda agora
enmudecer con hablar.
Convidóme este señor,
y comeré yo en rigor
aunque diga su mujer,
por no me dar de comer;
—«Véte, pícaro hablador.»

BEATRIZ. (*Al público.*)
Un hablador es matraca;
granizada, que apedrea,
torbellino, que marea,
y furia, que nadie aplaca.
Cuando otro hablador le ataca,
calla por breves instantes,
y con brios más pujantes
sigue... ¡Qué dicha, señores,
si todos los habladores
habláran como CERVANTES!

FIN.

UN
MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS,

COMEDIA DE COSTUMBRES

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MARIANO CHACEL.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de ESLAVA el dia 25 de Octubre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL TIO DIEGO.... } Esposos....	D. José Miguel.
ISABEL.......... } Esposos....	D.ª María Liron.
EDUARDO, hijo de estos.	D. Luis Obregon.
ELENA, sobrina de	Srta. Francisconi.
EL CORONEL MENDOZA.........	D. Ramon Mariscal.
LA BARONESA DE CASA-MALCOCINADO......................	D.ª María Artiguez.
EL BARON DE FARFALLA.......	D. Pedro Ruiz Arana.
ROQUE, criado..................	D. José Mesejo.

Una doncella de la Baronesa, que no habla.

La escena pasa en Madrid, en la época actual.

Á LA INOLVIDABLE PRIMERA ACTRIZ

DOÑA FRANCISCA ZAFRANÉ.

Amiga mia: mientras V. en su precioso retiro de Aranjuez descansa dulcemente de su brillante jornada artística; yo, un desheredado de la fortuna, como la mayoría de los poetas españoles, me encamino en busca de ese templo encantado, de ese más allá, donde gozan la vida de la muerte los que sufrieron la muerte de la vida.

Aunque mi paso es vacilante, porque la fiebre es traidora compañera, tengo el atrevimiento de creer que estoy sobre el camino, puesto que en él la encuentro á usted.

Cuando dos viajeros se hallan, nada más natural que el que va salude al que vuelve, y aunque no sea más que por cortesía, yo debo descubrirme ante sus laureles, frescos aún.

Si fuese una quimera mi pretension, si este modesto ensayo y otros verdaderos *trabajos* literarios que he dado á luz desde mis tinieblas, no les juzgasen suficientes para alcanzar el título de poeta y mártir, hágase usted cuenta de que no me ha visto ó que la he saludado desde lejos.

CHACEL.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de la Baronesa y del Coronel, tios y tutores de Elena. Puerta en el fondo, que comunica con el exterior: dos á la derecha, que dan paso á las habitaciones de la Baronesa y de su sobrina, y otras dos á la izquierda que corresponden, la de primer término al despacho del Coronel, y la segunda al salon principal de la casa.

ESCENA PRIMERA.

EL CORONEL MENDOZA y ROQUE, respetuosamente á la puerta del fondo. El Coronel aparece paseándose por el gabinete, apoyándose en un baston por defecto de su cojera, no muy pronunciada: le falta ademas el brazo izquierdo, cuya manga lleva recogida.

COR. Y qué más?
ROQUE. Un altarcicu
cun pañus de rica tela,
y un niñu de Dios mu maju
que han traidu de la ilesia.
COR. Está bien. Y el señor cura?
ROQUE. Tendrá el curruaje á la puerta
al ser las doce.
COR. (Hablando consigo.) Es decir
que ántes de las doce y media
se habrá casado la niña;

yo camparé por mi cuenta
y libre de compromisos
podré salir de la vieja.

ROQUE. Qué vieja, señor?

COR. (Con fingido enojo.) Menguado!
Te atreves en mi presencia
á llamarla...

ROQUE. Yo...

COR. Se dice
la señora Baronesa.

ROQUE. Pero si yo...

COR. Te perdono,
Se te ha marchado la lengua
y al cabo... tienes razon;
pero que no te oiga ella.
Vé á decir á mi sobrina
que la espero en esta pieza,
y si se halla con... la otra
te valdrás de alguna seña.

ROQUE. La... utra estará en su cuartu,
que aún non salió la duncella,
que suele empirifullarla
de los piés á la cabeza.

COR. Bien, mejor.

ROQUE. Voy al mumentu.
(Cruza la escena y entra por la primera puerta derecha.)

COR. Me devora la impaciencia!
(Sentándose.)
Ah! por fin, voto á cien rayos,
voy á empezar vida nueva!

ESCENA II.

EL CORONEL, ELENA. Roque precede en la salida á Elena y desaparece por el fondo.

COR. (Despues de una pausa.)
Me acuerdo de un coronel
que por postre de jornada
se encontró en una emboscada
que le tendió el bando aquel;

y como viera á su fiel
corneta, que le seguía
jadeante, le decía:
¡Tira esa mochila en tierra!
Pero lances de la guerra;
cuando el corneta caía!
yo tambien voy á dejar
mi carga; mas vano alarde!
Me hacen mis años pensar
que aun cuando el bien va á llegar,
para mi mal llega tarde.

ELENA. (Saliendo.) Tio del alma!

COR. Del alma!
Vamos, cuando me echas flores
olvido mis sinsabores
y cobro un momento calma.

ELENA. Padre!

COR. Por desdicha, no!
Si tú fueras hija mia!...
Por ser tu padre daría...
No sé lo que diera yo!
Y ahora que voy á perderte,
cuando de viejo soy niño,
siento ambicion de cariño;
mira si es feliz mi suerte!

ELENA. Perderme! yo no tolero
que eso ni en broma me diga.
Bien sabe á cuánto me obliga
y lo mucho que le quiero.

COR. Bien; dejemos este punto
y vamos al principal:
siéntate y oye formal,
porque es formal el asunto.
Ya ves que se encuentra todo
dispuesto para tu enlace,
y por lo que á mí me place
yo le activo en algun modo.
Tu pronta union me acomoda,
y si me hicieran jurar,
diría sin vacilar
que hacías una gran boda.
Mas como en esto tal vez

tome parte el egoismo,
yo me denuncio á mí mismo
y te nombro á tí mi juez.
Tu padre, mi pobre hermano,
viudo ya, en trance de muerte,
me hizo cargo de tu suerte
y heló en la mia su mano.
Yo no sé si bien cumplí,
que fué el encargo harto grave;
pero sé que nadie sabe
cuánto he sufrido por tí.
Digo por tí!... qué bolonio!...
Por tí no, que ángel has sido;
pero, ay Elena! he vivido
entre un ángel y un demonio.
Él creyó y es de creer!
que un hombre no puede dar
la educacion singular
que requiere una mujer.
Pensó,—quién mejor podría
ser su guía generosa
que la hermana de mi esposa?
Y se acordó de tu tia.
Y héte aquí que se formó
lo que el infierno concilia;
es decir, una familia
del diablo, tu tia y yo.
Su genio... no he de hablar mal;
el mio... ya me has tratado;
quién mejor nos ha observado
y conoce á cada cual?...
Cuando tu padre dió en tierra
allá en el suelo africano,
era yo ya veterano
mutilado en la otra guerra.
Y te puedo asegurar
que de aquellos siete años,
gloria juzgo de mis daños
si les he de comparar:
Ni el acero que segó
allá en Luchana mi brazo,
ni aquel tremendo balazo

que mi pierna destrozó,
ni otros que se pueden ver
(Señalando el pecho.)
en éste que acribillaron,
tanto daño me causaron
como esa... santa mujer!
Á tí, es cierto, te trató
de más beniga manera;
si no tu tio no hubiera
sufrido cuanto sufrió.
Y yo prometí velar
por tu suerte hasta este dia;
mis penas son cuenta mia
que nadie me ha de tomar.
Como comprendes, tú has sido
el lazo que nos unió,
y entre esa... señora y yo
hoy se va á alzar tu marido.
Luégo podrás presumir
que queda el lazo deshecho
y yo libre y satisfecho,
Elena, por qué fingir!
Pero esto egoismo es;
tu ventura es lo primero,
y por eso saber quiero
si serás feliz despues.

ELENA. Sin duda! tengo esperanza:
Eduardo es buena figura!

COR. Niña, no está en la hermosura
esa bien aventuranza.
Conmigo te lo confieso
simpatizó al primer dia.

ELENA. Y sin embargo, mi tia...

COR. Tal vez le aprecie por eso.

ELENA. Ella le hace oposicion
porque no es noble.

COR. Simpleza!
¿Sabes si tiene nobleza
tu amante en el corazon?

ELENA. Es bueno.

COR. Pues siendo así,
ríete de oposiciones;

nobleza habrá en sus acciones
y ventura para tí.

ELENA. Lo espero.

COR. Y es de esperar:
rico, galante, buen mozo;
dí que á ella matara el gozo
si se viera en tu lugar.
Ademas su valimiento
debe ser muy elevado;
y el empleo que le han dado
revela mucho talento.

ELENA. Un gobierno!

COR. Grande honor!

ELENA. Ya se retarda la hora...
me entusiasma ser señora
de todo un gobernador!
Qué mejor me colocára?
Mil otras peor irán,
hoy que las bodas están
por un ojo de la cara.

COR. Es decir, que esta es de toda
tu más alta conveniencia?
Tranquilizo mi conciencia,
Elena, y viva tu boda!

ELENA. Siento ser causa quizás
de ese odio contra la tia.

COR. Odio no, es antipatía,
antipatía no más.
Luégo que seas la esposa
de Eduardo, tierra pondremos...
y cuando no nos hablemos
ya verás, ya es otra cosa.

ESCENA III.

DICHOS, ROQUE á la puerta del fondo.

ROQUE. Señur, un hombre mal puestu
quiere verle; ha preguntadu
si está en casa, he contestadu
que non lu sé. ¿Qué cuntestu?

COR. Rayos!... que sí!

ROQUE. Bien; diré
que sí está. Y si pasa...
COR. Pasa!
¿No lo ves que estoy en casa,
pedazo de no sé qué!
ROQUE. La siñura tiene hurror
á recibir á esta hora.
COR. Una cosa es la señora
y otra cosa es el señor.
ROQUE. Buenu; cumplu comu fiel;
le diré que sí da audiencia. (Váse.)

ESCENA IV.

EL CORONEL, ELENA, la BARONESA, detrás una doncella con un canastillo, en el que se ven vestidos y un sombrero de señora.

BAR. Que hablaba de mí en mi ausencia
ese señor... Coronel?
COR. (Ap.) (Cachaza; seré prudente,
que ya quien sufre lo más...)
ELENA. Nada, reñía con Blas,
que es un torpe.
BAR. Ah, bien, corriente.
(Á la doncella.)
Ya sabes, lleva el vestido,
que con más cola le quiero,
y que pongan al sombrero
otro velo más tupido.
Que no escatimen encaje
ni manos en la labor,
que esta noche es de rigor
que yo emprenda mi viaje.
Dí que quiero que alborote
el traje de cualquier modo;
mucha cola, y sobre todo,
mucho escote, mucho escote!
(Váse la Criada.)
COR. Pues explique sin trabajo
si en eso la moda estriba,
que lo que corten de arriba
se lo cosan por abajo.

BAR. Qué grosero!
ELENA. Tia, dí,
pero nos vas á dejar?
BAR. No te vas hoy á casar?
Qué falta te hago yo aquí!
COR. Ninguna!
BAR. Calle el soez,
si no prefiere que estalle!
COR. (Ap.) (Hasta que calle en la calle
callaré por esta vez.)
ELENA. (Á la Baronesa.)
Pero depon tu rigor:
no hago la boda á tu gusto?
BAR. La haces al tuyo y es justo,
que es tu derecho el mejor.
COR. Y al mio!
BAR. Ya lo sabía.
COR. El novio es un caballero!
BAR. Ha sido usted su escudero?
Oh, qué gracioso sería!
ELENA. Calma, tio! (Al Coronel.)
COR. (Á Elena.) Tendré calma!
Pronto no habrá desazones;
pues si tuviera calzones,
ya la hubiera roto el alma!
BAR. Sargenton!
COR. Por Barrabás!...
ELENA. Tio, por Dios!... Por Dios, tia!...
COR. (Á Elena.) Ya lo ves, antipatía,
antipatía no más!
ELENA. Y bien; pero no se opone
á mi boda.
BAR. Yo, qué horror!
Si anda en ello ese... señor,
quién otra cosa dispone?
Ahora sí, no consintiera
que te fueras á casar
de esa manera vulgar
que se casa una cualquiera.
Y aunque hija de un soldado,
no eres ahí una futesa;
tu tia es la Baronesa

de Casa-Malcocinado.
COR. Un soldado! voto á tal!
No aguanto aunque estalle ahora:
ese soldado, señora,
fué un teniente general!
BAR. Eso; un general teniente;
todos son ya generales.
Uf! me enervan sus modales;
qué furriel más insolente:
ELENA. Por Dios! ya se va acercar
el instante de mi union;
quien llegue en esta ocasion
qué bueno podrá juzgar?
BAR. Á eso voy; qué convidados
vendrán á los exponsales?
Los grandes en casos tales
nos estamos obligados.
Supongo que la duquesa
del Pardo no ha de faltar;
y que el conde del Melar
vendrá con la vizcondesa...
COR. Está usté errada!
BAR. Me apura:
eso es abusar sin tasa!
COR. Vendrán de fuera de casa
el novio y el señor cura.
BAR. Pero está este hombre cabal?
COR. Me falta un brazo, y un pico!
Señora, yo no soy rico,
y usted no maneja un real;
y con tales convidados
hay que gastar sumas gruesas;
conque suprima duquesas,
ó apronte usted los ducados.
BAR. La novia no es pobre!
COR. Toma!
y qué me cuenta usté á mí!
Ella no, pero usted sí,
justo es que ella se lo coma.
La dote suya es sagrado
que intacto ha de ver su esposo;
ni otra cosa es decoroso

ni yo fuera un hombre honrado.
Y á propósito: el Baron
su parienta, es menester
que hoy dé cuenta del poder
que otorgamos en union.
Usté así lo quiso, bueno;
y yo no me opuse, pues!
Yo no tenía interés
por manejar nada ajeno.
Ademas, pobre lisiado,
mejor que yo, cualesquiera
dar cuenta y razon pudiera
de dinero tan sagrado.

BAR. El Baron es caballero!

COR. Por tal le tengo... señora!

BAR. Y dará cuenta en su hora
con creces de ese dinero!

COR. No hará de más.

BAR. Puede ser,
buen hombre!

COR. Voto á mi nombre!
pues no me llama... buen hombre,
la... buenísima mujer!

BAR. Sargenton!

COR. De buena gana!...

BAR. Pedir cuentas!...

COR. Si me ensancho,
se va á armar más zafarrancho
que en el puente de Luchana!
(Á Elena.) Mira, vete tú á arreglar;
déjala con Belcebú.
En cuanto te cases tú,
qué carrera voy á dar!

ELENA. Tio! Tia! (Á los dos suplicante.)

COR. Por mi nombre!
(Á Elena.) Anda, y salgamos del paso!

ELENA. Por Dios!

BAR. Eh, no le hagas caso;
si no está bueno ese hombre.

(Elena sale suplicando con el ademan á entrambos tios: la Baronesa se sienta y se abanica con gran insolencia.)

ESCENA V.

EL CORONEL, la BARONESA, ROQUE, por el fondo.

ROQUE. El hombre marcharse quiere,
que el planton pasa de raya.
Le deju ir?
COR. Que se vaya!
ROQUE. Se lu diré.
COR. No; que espere. (Váse Roque.)

ESCENA VI.

EL CORONEL, paseando por el gabinete; la BARONESA, sentada sin cesar de abanicarse.

COR. Bueno estoy para visita.
Tengo ya la sangre frita
y si sufro más estallo;
esta sierpe necesita
cien legiones de á caballo
cuando suelta el aguacero.
BAR. Pesetero, pesetero!
COR. Y usted quién es? vive Dios!
Encanto del siglo dos,
histórica Baronesa,
con asma, reuma, tos,
y una cara como esa,
ni aun por peseta la quiero!
BAR. Pesetero, pesetero!
COR. Me va usted á enloquecer,
y si me llego á perder
por estantigua tan fea,
no sé qué va á suceder;
alguno habrá que me crea
tonto, loco y majadero.
BAR. Pesetero, pesetero!
COR. Yo ya no puedo sufrir
y me voy á convertir
en un ganapan cualquiera;
qué otro camino elegir

que aplastar á esta pantera?
Si de esta salgo y no muero!...
(Váse á su despacho.)
BAR. Pesetero, pesetero!

ESCENA VII.

LA BARONESA, el BARON DE FARFALLA.

BARON. Querida tia!
BAR. Baron!
BARON. Estás sola? qué hubo aquí?
Al aproximarme oí
el ruido de la cuestion.
Por qué fué? Sospecha acaso?...
Sabe alguna cosa cierta?
Habla y tomaré la puerta
para evitar el fracaso.
Le han dicho?... Quién se lo dijo?
Cómo ha podido saber?...
Qué contestó? Qué va á hacer?
Irá á hacer algo, de fijo!
BAR. Nada sabe.
BARON. Ancha Castilla!
BAR. Ni sospecha.
BARON. Eso es divino!
BAR. Pero, cálmate, sobrino,
y aguanta la taravilla.
Tú tambien de poco acá
te has hecho brusco.
BARON. Doy fe.
Sabes? desde que ando á pie
no soy caballero ya.
BAR. Cómo? El caballo has vendido?
BARON. En cien *machos*, al Francés;
los mismos que puse á un tres
y los mismos que he perdido.
BAR. *Machos*! qué modo de hablar!
Qué modales tan groseros!
Desde que andas con toreros
no se te puede aguantar.
BARON. Pues me aguantan sin embargo;

cosas, tontunas quizás:
tú, porque me quieres más
que si fuera hecho de encargo.

BAR. Zalamero!...

BARON. Así te quiero.

BAR. Ya te arruinaste?

BARON. Perdon!

BAR. Pero dí, calaveron,
qué haces de tanto dinero?

BARON. Me divierto.

BAR. En derrochar!
Loco, loco, loco, loco!

BARON Juego, juego, juego un poco
y pare usted de contar.

BAR. Pues ya no hay más, te lo advierto;
tu prima á otro estado pasa.

BARON. Cuándo?

BAR. Hoy.

BARON. (Hace ademan de salir.) Agur, esta casa
ya tiene tufillo á muerto!

BAR. Espera! Jesús María,
qué génio de Lucifer!

BARON. (Volviendo.) Y ahora qué vamos á hacer,
mi aцoradísima tia?

BAR. Yo ya sé.

BARON. (Sentándose.) Me has dado un susto!...
Habla, que saberlo quiero:
me temo que ese dinero
nos ha de dár un disgusto.
Ese enlace desdichado
no se puede deshacer?
No podré yo el novio ser
segun era lo pactado?
Aún lo puedes impedir:
hago lo de Juan Palomo;
mi guiso yo me le como;
van, me ahorcan y á vivir!
Qué otro medio más sagaz?
Gaste el dote y de más hago;
cojo este cuerpo, voy, pago
y nos quedamos en paz!

BAR. Qué argadillo! qué cabeza!

BARON. Bien, propon: ya habrás juzgado
que era un medio delicado
de obrar con delicadeza.

BAR. Ya! pero en vano te apuras:
ese sacrificio ahorra!

BARON Sí, tia; lo de la zorra;
entiendo; no están maduras.

BAR. Tengo otro medio.

BARON. Cuál, di?

BAR. Irnos de viaje, y luégo?..

BARON. Anda con Dios, Villadiego!...
No es eso? Te comprendí.

BAR. Si te piden cuentas...

BARON. (Levantándose sobresaltado.) Qué!

BAR. No te asustes!...

BARON. Cómo no!...

BAR. Bien; dices...

BARON. Ah, sí; que yo!...

BAR. Que tú...

BARON. Que yo!... qué diré?

BAR. Nada, que estás pronto...

BARON. Pronto,
á *guillármelas* contigo.

BAR. No, que tú...

BARON. Que yo... qué digo?

BAR. Ay, Jesús; pareces tonto!

BARON. Un embuste?

BAR. Ciertamente;
cualquier patraña á capricho!

BARON. Tia, pues haberlo dicho;
si en mí es moneda corriente!

BAR. Bien, pues ya está.

BARON. No haya pena!
Por mi no tengas cuidado.
Y quién es el desdichado
que se embarca con Elena?

BAR. Y bien! quien otro ha de ser
ese. . Eduardo...

BARON. Ah, razon tienes!

BAR. Si hace un siglo que no vienes,
qué diablos has de saber?

BARON. Yo soy poco visitero.

pero hoy áun sin tu esquelita
te aguardaba mi visita;
Como estaba sin dinero!...

BAR. Disimula! (Viendo salir al Coronel.)

BARON. (Ap.) (El coco: horror!
(Bajo á la Baronesa)
No temas, soy dueño de él.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el CORONEL, que sale de su despacho.

BARON. (Abrazando al Coronel.)
Mi querido Coronel,
cómo vamos de valor?

COR. De valor? bien, qué remedio!
Manco, pero con mi brazo
aún me atrevo de un sablazo
partir á un hombre por medio.

BARON. Un hombre es mucho partir!...
Rebaje usted!

COR. Vive Dios!
y si son como usted... dos!

BARON. Ó tres, no hemos de reñir!
Siempre de humor!... mis consejos!...
Contra penas, alborozos;
así se aviejan los mozos
y se acartonan los viejos,
así, brigadier, que extraños
al dolor, no nos va mal.
De ese modo, general,
vivirá usted muchos años.

COR. Gracias!

BARON. No hay de qué.

COR. No obstante,
más que á mis buenos deseos
se las doy por los empleos
que me ha dado en un instante.

BARON. Nada hago con permitirme...
usted merece una faja!

COR. Justo, lo que la otra baja,
este, bien puede subirme.

Y diga usté... aunque me exima...
supongo vendrá dispuesto
á dar cuenta...

BARON. (Ve salir á Elena y se evade del Coronel.)
Por supuesto!...

ESCENA IX.

DICHOS, ELENA, momentos despues EDUARDO, con dos estuches en la mano.

BARON. Oh, mi encantadora prima!
BAR. (Ap.) (La niña nos vino bien.)
ELENA. Adios, primo. (Saludando.)
BAR. (Ap.) (Estaba en brasas!)
BARON. Conque es decir que te casas?
Recibe mi parabien.
ELENA. Gracias!
BARON. Ya en breve será...
COR. Á las doce.
BARON. De manera...
COR. Que sólo al novio se espera.
BARON. Miren qué á tiempo: aquí está!
EDUAR. (Saludando.)
Que perdonen mi demora
les ruego.
BARON. Feliz mortal
que á la dicha conyugal
te encaminas en buen hora!...
Oh, tú, el dichoso varon
á quien el cielo mantenga...
EDUAR. Me va usté á echar una arenga?
BARON. Y en qué mejor ocasion?
EDUAR. Luégo!
BARON. Corriente; igual es:
nadie por mí se alborota.
La vena no se me agota
en dos semanas ó tres.
EDUAR. Mi señora Baronesa!
(Presentándola un estuche.)
Ruego á usted luzca en mi boda
este aderezo.

BAR. (Examinándole.) Oh, de moda!
Es muy galante sorpresa.

EDUAR. No olvidé, que generosa
usted tierna madre ha sido
de la que hoy mi bien cumplido
hará al llamarla mi esposa.

BARON. (Ap.) (La adulacion fué muy buena;
conquistarla era preciso.)

EDUAR. (Presentando el otro estuche á Elena.)
Pido á ustedes su permiso
para ofrecer este á Elena.

BARON. Oh, señor capitalista!...

BAR. (Sin cesar de contemplar su aderezo.)
Yo le agradezco infinito:
tiene usté un gusto esquisito!
Qué diamantes! qué amatista!

ELENA. (Contemplando el suyo.)
Precioso aderezo!

COR. (Examinando el de Elena.) Sí!...

BARON. (Ap., por el aderezo de su tia.)
(Darán cien *chulés* de empeño!
Hace tiempo que me sueño
con un aderezo así!)

BAR. Voy á estrenarle, es muy justo!...
y tú, Elena, á qué aguardar?...
Ven, les vamos á estrenar
para darle á Eduardo gusto.

EDUAR. Gracias, mi futura tia.

BAR. Yo á usted, futuro sobrino.
(Ap.) (Es muy atento y muy fino;
lástima de baronía!)

COR. (Ap. á la Baronesa.)
(Le parece á usted mejor?
Se porta á lo caballero.

BAR. (Id. al Coronel.)
Y usted siempre á lo tambor.

COR. Estantigua!

BAR. Pesetero!)

(Vánse Elena y la Baronesa segunda puerta derecha.)

ESCENA X.

EDUARDO, el CORONEL, el BARON, luégo ROQUE.

BARON. (Con intimidad á Eduardo.)
Qué dicha; usted mi pariente!...
Ya mi afecto le aseguro;
es usted todo un futuro
á dos pasos del presente.
EDUAR. Me es muy grato emparentar.
BARON. Seremos primos, no es cierto?
Cuando lo seas, te advierto
que te voy á tutear!
EDUAR. Para qué luégo?...
BARON. Mejor!
Chico, tutéame á mí;
yo soy muy franco y así;
pregúntaselo al señor.
EDUAR. La franqueza es mi elemento.
BARON. El ser franco es de leales:
(Ap.) (En cuanto pase un momento
le voy á pedir mil reales.)
COR. Tenemos que hablar, Baron:
ántes de que llegue el trance
hemos de hacer un balance,
que es de toda precision.
BARON. Dispuesto estoy á servirle.
ROQUE. Señur: el hombre me envía;
dice que vendrá otro dia
si hoy non puede recibirle.
COR. Ah! me olvidaba!... es verdad!
ROQUE. Dice que es un veteranu,
que usté le estrechú la manu
por non sé qué heruicidad.
COR. Ah, sí, sí! algun camarada...
BARON. (Ap.) (Que llega muy oportuno.)
COR. Y no puedo en modo alguno
recibirle; nada, nada;
que vuelva: ya nos veremos.
(Vacilando.)
Y le he hecho tanto esperar...

BARON. (Al Coronel.) Despues podremos hablar;
nosotros tiempo tenemos.

COR. Nos urge! Y bien! se concilia!
(Á Eduardo.) Dígale usted lo que pasa;
usted será en esta casa
muy luégo de la familia.
Hágame usted el favor
de recibirle por mí,
y todo se arregla así.

EDUAR. Yo lo tendré á mucho honor.

COR. Será algun viejo valiente;
vendrá á alguna pretension:
diga usted que la ocasion
es un poco inconveniente.
(Á Roque.) Díle que pase, muchacho.
(Váse Roque.)
(Al Baron.) Nos urge hablar de preciso.
(Á Eduardo.) Así pues con su permiso
pasaremos al despacho.

BARON. Pasemos. (Ap.) (Qué terquedad!)

COR. Pase usted. (Á la puerta del despacho.)

BARON. No, usted delante.

COR. (Ap.) (No me peta este danzante.)

BARON. (Ap.) (La urdiré; serenidad!)
(Vánse el Coronel y el Baron.)

ESCENA XI.

EDUARDO.

Lucha en vano mi razon,
ya para su triunfo es tarde;
soy el esclavo cobarde
de mi propio corazon.
Elena, hermosa mujer,
qué dicha codicio en tí
que te sacrifico así
la conciencia y el deber!
Padres, María, perdon,
seres que llenais mi historia:
apartad de mi memoria,
dejadme con mi pasion!
Vuestro santo nombre tengo

que olvidar aun cuando llore...
Que en esta casa se ignore
quien soy y de dónde vengo!

ESCENA XII.

EDUARDO, el TIO DIEGO: su traje es el que usan por tierra de Salamanca.

DIEGO. (Á la puerta del fondo.) Me da usía licencia?
EDUAR. Ah! mi padre!
DIEGO. (Reconociéndole.) Tó! que aguardo!
si es mi chico, si es mi Eduardo!
Abraza, pozo de ciencia.
(Se abrazan y Eduardo demuestra su inquietud y confusion; luégo, á medida que el tio Diego le atrae á los recuerdos de la infancia en la relacion que sigue, parece como olvidado de su presente y trasportado á los lugares que le describe su padre, hasta que volviendo á la realidad, cae en el mayor abatimiento.)
Sin duda me has visto entrar
y has venido tras de mí:
cómo no has entrado allí
donde me han hecho aguardar?
Estás guapo; estás buen mozo!
Tu madre en la fonda espera;
vaya, pues si ella supiera...
la va á dar algo de gozo.
Aquí estamos de rondon:
yo te hubiera prevenido,
pero tu madre ha querido
prepararte un alegron.
Viene la pobre!... ay de mí!
cargada todo el camino:
no ha quedado en el molino
quien no se acuerde de tí.
Tú sabes de una mujer
que vive en una casita
en aquella plazolita
donde ibas tanto á correr?
Juana; muy fuerte el marido!

con tres chicos cominejos;
hay por la puerta conejos
y un tronco de árbol caido.
Recuerdas? pues bien, Luardillo;
ya ves tú que la interesa...
y es pobre! Pues hasta esa
te manda su regalillo!
Vieras tu madre cargada...
aquí le dan arroperas,
allí tortas, allá peras,
acullá una mondongada.
Qué había de sucederle,
si iba gritando de fijo:
¿qué me dais para mi hijo,
vecinos, que voy á verle!
Y María! no te explico
cuanto ella pudo llorar:
todo le era poco dar
para su amado Eduardico!
(Registrándose los bolsillos y sacando una petaca, que da á Eduardo.)
Y á punto que la chicuela
en la anguarina me ecnó
esta petaca.

EDUAR. Sí?

DIEGO. Tó!
La bordó con lentejuela.

EUARD. Con mi nombre!

DIEGO. Y una rosa:
La picaruela decía
que tan solo la ponía
porque llegara olorosa.
Mira si es lerda la chica;
Pero á mí no me engañaba:
yo de sobra adivinaba
lo que esa flor significa.
Sé la historia de esa flor;
me hago el tonto cuando quiero;
(Reparando en la confusion de Eduardo.)
Pero si soy el primero
que vendigo vuestro amor!
Tó! Luardillo, si el querer

no es delito! si yo soy...

EDUAR. (Reponiéndose.)
Me olvido de dónde estoy
y qué es lo que voy á hacer!

DIEGO. ¿Qué vas á hacer? dónde estás?
Respóndeme: tó! qué pasa?
No es del Coronel la casa?
Habla, hijo mio!

EDUAR. Jamás!
Padre, su presencia aquí
me agobia en este momento;
me está usted dando tormento,
aléjese usted de mí!

DIEGO. Yo tormento? que te deje?
Pero Eduardo, eso es demencia!
Que te agobia mi presencia?
Has dicho tú que me aleje?

EDUAR. Piedad!

DIEGO. Estás delirante!
Qué sucede? explícate!...

EDUAR. Ah, no puedo!

DIEGO. Tó! y por qué?

EDUAR. Estoy loco en este instante!

DIEGO. Dios mio! voy á llamar!...

EDUAR. Oh, si entraran, si supieran...
Acaso se arrepintieran...
Me iba usted á asesinar!
Me he dejado adormecer
con recuerdos halagüeños;
pero esos, padre, son sueños,
sueños que no han de volver!
Soy cruel; sé que he cubierto
de asperezas mi camino!...
Padre, vuelva usté al molino
y diga usté allí que he muerto!
Que mi madre no me llore,
que me aborrezca María,
que yo no la merecía...
no, más vale que lo ignore!

DIEGO. Ah! ya sé lo que te pasa;
ahí fuera pude entender
que hoy á las doce iba á haber

una boda en esta casa:
ese traje... me acomoda
que no siempre debe usarse;
eres tú quien va á casarse?
Dime, es la tuya esa boda?

EDUAR. Perdon! és la mia, sí!
Amo á Elena con locura:
sin ella ya no hay ventura
en el mundo para mí!

DIEGO. Pobre María!... cruel!...
Ella morirá de pena!
Elena!... no es esa Elena
sobrina del Coronel?

EDUAR. Sí! la adoro! es mi pasion;
es mi vida, mi demencia!
María está en mi conciencia,
Elena en mi corazon!

DIEGO. Pobre Eduardo!... bien, ten calma,
serénate, vuelve en tí,
que yo no he venido aquí
á arrancarla de tu alma!
Al cruel que la olvidó
María perdonará;
ella compadecerá
al que compadezco yo!
Pero.. te ibas á casar
como hacen los hospicianos?...
No somos tan inhumanos,
que sabemos perdonar!
Haz que retarden tu union:
tu santa madre me espera;
que no te falte siquiera
la paternal bendicion! (Váse por el fondo.

ESCENA XIII.

EDUARDO.

Su bendicion! Padre!... ah!
que este nombre no resuene
en esta casa! Y si viene?...
No hay duda que volverá!...

La Baronesa es altiva;
todos querrán despreciarme:
tendrán derecho á mirarme
con desden! qué alternativa!
En vano acudo á mi juicio;
entre ellos y Elena... Elena!
Qué me importa de su pena
si es por ella el sacrificio!
Pero es criminal alarde!...
Ah! que triunfe mi pasion!
No luches más, corazon,
que soy tu esclavo cobarde!
(Va con resolucion al fondo y hace sonar un llamador.)

ESCENA XIV.

EDUARDO, ROQUE, despues de una pausa.

ROQUE. Señur!
EDUAR. Ponte en el zaguan,
y á ese hombre que ha salido...
ROQUE. Le tengu muy conucido
al grandísimu patan.
EDUAR. Calla!
ROQUE. Si me atropelló
y es un tiazu de hierru;
íbale á soltare el perru,
peru el tiempu me faltó.
EDUAR. Infame!... Y bien, va á volver;
tú el paso le impedirás:
no vendrá solo; quizás
le acompañe una mujer.
ROQUE. Y les sueltu el perru?
EDUAR. No!
ROQUE. Bien; les daré cun la tralla.
EDUAR. No, miserable! canalla!...
Ap.) (Si aquí el canalla soy yo!)
ROQUE. Pues si el pasu he de impedir
nun lo he de hacer cun los codos.
EDUAR. Les dirás con buenos modos
que no se puede subir.

ROQUE. Peru y si el hombre me apura,
qué tengu de hacerle?
EDUAR. Nada;
siempre negarle la entrada,
pero con mucha dulzura.
ROQUE. Comprendidu! ya deseu
que llegue prontu esa gente;
verá usted qué dulcemente
mandu á lus dos á paseu.
EDUAR. Toma! (Dándole una moneda.)
ROQUE. Tomu!
EDUAR. Por callar!
ROQUE. Casi en el mutismu tocu;
sólu hablu cunmigu y pocu.
Le vendré luégo á enterar.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XV.

EDUARDO.

Ah! les he sacrificado;
y bendecirme querían!...
Hice bien; ya no cabían
en mi corazon malvado!
(Reparando en la rosa de María, que conserva en la mano.)
Pobre hermana! aquí me envía
su alma con esta flor!...
Y hoy pago su santo amor
con tamaña villanía!
Ah flor, aparta de mí;
ya todo el daño está hecho:
no te abrigues en mi pecho,
donde hay más lodo que ahí!
(Arroja la flor, que va á caer á los piés de Elena, que sale al mismo tiempo.)

ESCENA XVI.

EDUARDO, ELENA, la BARONESA.

EDUAR. Ah!... la pisa!... por favor!...

ELENA. (Recogiendo la rosa.)
Por qué te deshaces de ella?
Es una rosa muy bella!...
Qué daño te ha hecho esta flor?
EDUAR. La ponía en el ojal...
me punzó, y yo dolorido...
ELENA. Por qué has echado en olvido
sus espinas? Te hizo mal?
EDUAR. No!
ELENA. (Prendiéndosela en el pecho.)
La amparo en este instante.
BAR. Ya no se estilan las flores;
hay adornos superiores
para un jóven elegante.
Una encomienda, un boton;
quién no alcanza del de Estado
una cruz; por mí le han dado
media docena al Baron.
Usté es gran cruz?
EDUAR. Por ahora...
BAR. Ni comendador siquiera?...
Pues hombre, eso lo es cualquiera!
EDUAR. Por eso mismo, señora.
BAR. Oh! yo haré que se la den:
eso sería un chapuz;
sobrino mio y sin cruz,
no pareceria bien!

ESCENA XVII.

DICHOS, el CORONEL y el BARON.

COR. Ni medio bien! ah! qué horror!
quién por cruz no se atropella!...
Estar sin cruz cerca de ella
es el absurdo mayor!
BAR. Qué decía el... Coronel?
COR. Lo mismo que usted... señora...
BARON. Primos, se acerca la hora;
el feliz momento aquel...
¡Oh ventura que yo ansío
y nunca alcanza mi pecho!...

(Se siente por un momento la voz del tio Diego que disputa con Roque.)

(Al Coronel.) Conque está usted satisfecho,
mi queridísimo tio?

COR. Qué voces?...

BARON. Cuenta cabal;
en cupones cinco mil;
treses y ferro-carril,
diez y siete, y da el total.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. Señur, todus aguardando
se encuentran en el salon.

EDUAR. Ah!

COR. (Á Roque.) Qué es esa confusion?

ROQUE. Nu es nada.

BARON. (Ap.) (Ya están doblando!
Infelices! no se aterran;
y aún hay quien casarse quiere!
El que se casa se muere,
y al que se muere le entierran.)

COR. Elena!

EDUAR. (Ap.) (Qué infame fuí!)

COR. (Á Elena.) Tú que oiste mi consejo,
abraza á este pobre viejo!
Estás satisfecha?

ELENA. (Abrazando al Coronel.) Sí!

BARON. (Bajo á la Baronesa.)
(Ya le embauqué á mi sabor!)

ROQUE. (Que se ha aproximado á Eduardo.)
(Vino la mujer y el hombre
y les despedí en su nombre
cun la dulzura mayor.)

COR. La dicha te aguarda, Elena,
y la estamos retardando.

ROQUE. (Bajo á Eduardo.) (La mujer iba llorando
de un modu que daba pena!)

COR. Vamos, señores, qué hacemos?

EDUAR. Ah! sí! (Haciéndose superior.)

BARON. (Ap.) (Á la fosa!)
COR. Al salon!
EDUAR. (Ap.) (Me has vencido, corazon!)
(Alto y como haciendo un supremo esfuerzo.)
El brazo, Elena!... paseinos!
(Da el brazo á Elena y se dirige al salon seguidos de los demas; pero al llegar á la puerta, vacila y se detiene.)
ELENA. Ah! Dios mio! (Viendo vacilar á Eduardo.)
COR. Qué sucede?
Se pone usted malo? (Á Eduardo.)
EDUAR. Sí!
ROQUE. (Ap.) (Algu extrañu pasa aquí.)
BAR. (Irá á retractarse?... (Bajo al Baron.)
BARON. (Id. á la Baronesa.) Puede!
Ojalá se vuelva atrás!)
ELENA. Agua!
COR. (Conduciendo á Eduardo á un asiento.)
Un doctor!
CRIADO. (Ap.) (Farsa toda!)
EDUAR. (Con voz desfallecida.)
Que se retarde la boda
algunos instantes más. (Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Eduardo en una de las fondas del centro. Puerta de entrada á la izquierda y otra con portiers á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, sentada, DIEGO, entrando.

DIEGO. Tó! aún lloras?
ISABEL. Sin consuelo!
DIEGO. Vamos, ten calma, Isabel,
que no se merece él
ese llanto ni ese duelo.
Á un ingrato se le olvida:
ea, cesa de llorar!
ISABEL. Yo nunca podré olvidar
y me costará la vida!
Él, tan bueno!...
DIEGO. Calla, necia!
ISABEL. Si le he llevado en mi seno!
DIEGO. No puede ser hijo bueno
el que á sus padres desprecia.
SABEL. Él no habrá sido!
DIEGO. Isabel,
te digo que sí, estoy cierto:
el criado ha descubierto

que el insulto partió de él.

ISABEL. Nadie habrá que me convenza...

DIEGO. Á mí sí; todo lo aspero!
Sin duda que al caballero
le causábamos vergüenza.
Le era duro presentar
entre tan altos sujetos,
á sus padres, dos paletos
que viven en un lugar.
Basta nuestra ropa parda
para que el lazo rehuya:
pero la culpa no es suya,
merecemos una albarda.
Si en vez del gran sacrificio
hecho en su larga carrera,
allá, á nuestro lado, hubiera
ganado el pan en mi oficio,
más honrado á mi entender
viviera su señoría,
y no se avergonzaría
de los que le han dado el ser.
Cria cuervos, que ellos luégo
los ojos te socarán!
Qué bien se explica el refran!...

ISABEL. Me atormentas: calla, Diego!
Es horroroso creer
cuanto nos pasa!

DIEGO. Eso sí!
Mira, partamos de aquí,
nada nos resta que hacer!
Puede venir y quizás
tendría que aborrecerle.
No quiero, no quiero verle
ante mis ojos jamás.
Aquí vivía el señor:
mira el lujo en tu redonda;
yo le pagaba esta fonda
derrochando mi sudor.
En verdad que es un absurdo;
él, tan noble caballero,
ser hijo do un molinero
que viste de paño burdo.

Qué talento el de María!
Como si el lance temiera;
—Tio, cómprese chistera,—
la chicuela me decía.
Yo chistera?—Sí señor!—
Pero muchacha, por qué?
Y me contestó:—no sé,
pero parece mejor.—
Qué más dá seda que estopa?...
—Aquí en el pueblo, corriente,
pero en Madrid á la gente
se la juzga por la ropa.—
Sabe tanto!... es un asombro!
Sin duda que lo leyó:
y tambien me prohibió
que trajera alforja al hombro.

ISABEL. Y bien! si el vestido fué
causa...

DIEGO. Á creerlo resisto.

ISABEL. Pero si á mí no me ha visto
todavía!

DIEGO. Ya se ve!
Si te hubiera visto á tí
mejor cara hubiera puesto.

ISABEL. No es verdad?...

DIEGO. Tó! por supuesto;
Estás muy galana así!
Tambien María ha cuidado
de tu traje; pobre niña!
Ella cosió tu basquiña
y tus rizos ha peinado.
Ella! y pensándome estoy
que allá en sus adentros dijo:
«Para que sepa tu hijo
lo hacendosita que soy!»

ISABEL. Pobrecita!

DIEGO. Desdichada!...
Cuando ella sepa... no, no!
Infeliz, no seré yo
quien la dé la puñalada.
Se va á morir de pesar;
la inocente en él adora!

ISABEL. Lo sabías?

DIEGO. Quién lo ignora?
Si es público en el lugar.
No has visto un roble muy viejo
allá en el quinto molino,
entre el valle y el camino
que va al monte del concejo?

ISABEL. Junto al puente verde está;
ya sé; si no tiene pierde.

DIEGO. Justo; junto al puente verde,
un poquito más acá.
Pues bien, verás qué historieta.
Les hallé una tarde allí,
y en seguida que les ví
me agazapé en la cuneta.
Parecía un malhechor:
ellos no se apercíbieron,
y sin recelar siguieron
en su plática de amor.
Cuánto gocé aquel momento!
hablaban sus corazones,
y todas sus expresiones
me las regalaba el viento.
—Me juras por esta cruz
quererme?—Eduardo decía:
siempre!—Contestó María,
—ántes me falte la luz!—
—Y tú á mí, me olvidarás?
Y escuché con embeleso,
primero, el ruido de un beso,
y luégo decir, jamás!—
Se alejaron y subí;
la cruz en el roble estaba,
tan reciente que aún sangraba;
y lloré cuando la ví!
Cómo no!... sabes por qué?
sabes por qué me afectó?
allí otra cruz gravé yo
cuando al servicio marché.
Recuerdas?

ISABEL. Sí, demasiado!
Tú volvíste!

DIEGO. Fuí constante!
Tó! la cruz del estudiante
no era la cruz del soldado.

ISABEL. No era, no! Pobre María!
No merece sus rigores!
Tambien yo de esos amores
otra historieta sabía.
Desque llegó á nuestro hogar
y á su abrigo se mantiene,
tanta gratitud nos tiene
que no se puede expresar.
Desde el primer dia, al ser
el alba, llegaba loca
para dejar en mi boca
el premio de su querér.
Era un beso, y al besar
decía en dulces extremos:
«Los huérfanos no tenemos
otros tesoros que dar.»
Y lloraba al calor mio:
y yo entre sueños créía
que alguna flor sacudía
en mi restro su rocío.
Caricia que otra provoca
y con el alma pagaba.
Que contenta despertaba
bajo el roce de su boca,
al saludo matinal
que sólo un ángel precabe,
siempre puro, fresco, suave,
dulcísimo y virginal.
Llegó el dia en que partió
Eduardo, y con él mi vida,
y el beso de despedida
en la frente me le dió.
Ella lo pudo observar,
porque á la aurora siguiente,
no ya en la boca, en la frente
fué donde vino á besar.
Y de entónces su constancia
hizo allí fuente de amores
como el que cultiva flores

para aspirar su fragancia.
Tambien lo llegué á advertir,
y la dije: «por qué es eso?»
—«Es que beso sobre el beso
que la dió Eduardo al partir.»
Ingrato!

DIEGO. Por qué me aflijo?
Es preciso que me venza:
Isabel, me da vergüenza
de ser padre de tal hijo!
Vamos; anímate!

ISABEL. No;
no puedo!

DIEGO. Mira, yo sí:
lo ves? imítame á mí;
hazte fuerte como yo.
Anda, vé: estoy decidido:
esta noche partiremos,
y cuando en el pueblo estemos
procuraremos olvido.
En cuanto á ella, pobrecita!
yo la diré sin demora
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

ISABEL. Vuelvo á guardar todo?

DIEGO. Sí.

ISABEL. Y los regalos?...

DIEGO. Se infiere:
Ya lo ves; él no los quiere;...
no se han de quedar aquí.
Voy á pagar nuestra cuenta;
pronto vuelvo.
(Acompáña á Isabel hasta la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

DIEGO, momentos despues EDUARDO.

Desdichada!
tiene el alma desgarrada!
y venía tan contenta!
ingrato!... qué crueldad!

Ella, que por él delira!...
Si me parece mentira
en un hijo tal maldad!
Qué miro?
(Eduardo llega por la izquierda, y al ver á su padre se arroja á sus piés de rodillas.)
Padre, perdon!

DIEGO. Él! aparta, desgraciado,
no te conozco, he borrado
tu nombre del corazon.

EDUAR. Perdon, padre: yo bien sé
que he sido inícuo y cobarde!...

DIEGO. Tu arrepentimiento es tarde,
alza, Eduardo; déjame!

EDUAR. Me rechaza usted?...

DIEGO. Del todo!
no eres digno de perdon.
Dime, merece tu accion
que te trate de otro modo?
Disculpa tu crueldad!...

EDUAR. Sé que es mi delito odioso;
estaba ciego!

DIEGO. Orgulloso:
hinchado de vanidad!
Creías que entre esa gente
donde te has introducido
mintiendo, porque has mentido...

EDUAR. Padre!

DIEGO. Miserablemente!
Ibas á perder, así,
mostrando en hora menguada
á tus padres, gente honrada,
que se avergüenza de tí.
Bondadosos corazones
que te alzaron de su esfera;
que para darte carrera
sufrieron mil privaciones.
Mientras en tu rededor
nada por tu bien faltaba,
este anciano trabajaba
anegado de sudor.
En invierno, tiritando,

ún u nombre bendecía;
y el calor ni le sentía,
porque estaba en tí pensando.
Siempre en mis labios tu nombre,
qué me había de quejar!
Ala! ala! á trabajar,
es preciso hacerle hombre!
Cuántas! cuántas veces ví
á tu madre, pobrecilla!
remendando su ropilla
por tener más para tí.
Cómo vestir á la moda?...
Pude acaso! tú lo crees?...—
Este vestido que ves
le compré para mi boda!

EDUAR. Padre mio, perdon!

DIEGO. Quita;
mi justo dolor respeta:
Tu padre gasta chaqueta
porque tú lleves levita!
(Pausa. Eduardo va á sentarse en silencio, ocultando el rostro entre las manos.)
Lloras?... mejor para tí
si desahogas tu pecho:
tambien á tu madre has hecho
verter lágrimas ahí!

EDUAR. Madre mia! dónde está?
Quiero pedirla perdon!

DIEGO. Tambien de su corazon
ella te ha borrado ya.

EDUAR. Ella! mi madre? ay de mí!
Es tan grande mi delito?

DIEGO. Dios no perdona al maldito!

EDUAR. Dios no, mas las madres sí!

ESCENA III.

DICHOS, ISABEL, aparece por la derecha.

ISABEL. Hijo mio!

EDUAR. Lo ve usté!...
me llama igual que otras veces!

DIEGO. (Interponiéndose entre Isabel y Eduardo, que iban á abrazarse.)
Eduardo, atrás! no mereces
el que tal nombre te dé!

ISABEL. Diego!...

DIEGO. Es verdad; veo he sido
juez injusto en la querella.
¿Por qué castigar á ella,
si es él quien ha delinquido?
Llega, Eduardo; ya su pecho
hiciste otra vez pedazos;
recházala de tus brazos
cual de tu puerta lo has hecho!

EDUAR. (Abrazando á su madre.)
Madre mia!

DIEGO. Se acabó;
en vano estoy resistiendo;
y bien! si me estoy muriendo
por darle otro abrazo yo!
(Eduardo se desprende de los brazos de Isabel y abraza al tio Diego. Pausa.)
Vamos, prueba disculparte,
dinos que estás inocente,
y si eso no es cierto, miente,
que queremos perdonarte.

EDUAR. La verdad he de decir;
vuestro perdon necesito:
no aumentaré á mi delito
el delito de mentir.
Es Madrid rara mansion,
eden, infierno ó arcano,
en donde el hombre más sano
enferma del corazon.
La atmósfera es diferente,
la existencia es de otro modo,
nada es igual, cambia todo
en las cosas y en la gente.
Llega un jóven del lugar
donde corrió su niñez,
y ántes de llegar tal vez
un Madrid pudo soñar.
Más hermoso ó más pequeño,

más ó ménos encantado;
segun el prisma dorado
de su fantástico sueño.
Llega y asombrado calla;
contempla en su rededor,
y no sabe qué es mejor,
lo que soñó ó lo que halla.
Pasan los primeros días,
y, soñoliento, aturdido,
echa de ménos su nido
y tal vez sus alegrías.
El campo con su fragancia,
la ermita, el huerto, la fuente,
el monte, el llano, el torrente,
sus amigos de la infancia,
alguna hermana querida,
su dulce voz, su cariño,
sus afecciones de niño,
cuanto llenaba su vida.
Entónces de su alma pura
brota el candor que atesora;
la pena le rinde y llora
con la más honda amargura.
Pero... hipócrita dolor!
escucha el dulce murmullo
y cede al primer arrullo
de este infierno halagador.
Llegan luégo los encantos,
disipan la pesadumbre,
se hace ley de la costumbre,
y despues... uno de tantos!
Esto me ha pasado á mí;
ya soy tan otro, que infiero
que hoy sería un forastero
en la aldea en que nací.
Todo aquí es breve y fugaz;
la dicha igual que la pena;
aquí el alma se envenena
y desconoce la paz,
el oropel nos deslumbra,
la mentira nos es grata,
y la ambicion se desata

y la ambicion nos encumbra.
Yo me lancé al torbellino,
y como toda esta gente
vivo solo en el presente
andando ciego el camino.

ISABEL. Y puedes olvidar?...

EDUAR. Sí!

DIEGO. Y nosotros, desdichado?

EDUAR. Ustedes son mi pasado
puesto delante de mí!

DIEGO. Para avergonzarte?

EDUAR. No!

DIEGO. Sí! disculpo tu locura:
yo te lancé á tanta altura;
la culpa la tengo yo.
Al fin patan! necio fuí!
Cómo entenderse podrá
la gente de por allá
con estos sabios de aquí?
Y María!...

EDUAR. Yo procuro...

DIEGO. La juraste...

EDUAR. En mi niñez!...
quién no juró alguna vez
y quién no ha sido perjuro!
Dulces cuentos de la infancia
de los que el hombre se olvida;
siendo tan fugaz la vida
es natural la inconstancia.
Quién se detiene á pensar?...
vuela el tiempo; todo es poco;
yo iba disparado, loco;
amaba... me iba á casar...

DIEGO. Se iba á casar!...

EDUAR. Quién me haría
retroceder si era amado?

DIEGO. Isabel, has escuchado?
No se casó todavía!

EDUAR. Aún no; triunfó mi razon!

DIEGO. Respiro! venga otro abrazo!

EDUAR. He pedído un breve plazo
para... pedirles perdon.

(Diego, que se disponía á abrazar á Eduardo, se detiene.)

DIEGO. Ah! luégo insistes?...
EDUAR. Está
en esa union mi ventura!
DIEGO. En ese caso... procura
ser feliz; no hablemos ya!
(Disponiéndose á salir.)
Vamos pues: estás perdiendo
tiempo tal vez? Si supieran...
EDUAR. Á ustedes... no les esperan...
Yo les suplico...
DIEGO. Te entiendo!
EDUAR. Por ella no!...
DIEGO. Pues por quién?
EDUAR. Su tia la Baronesa
es orgullosa...
DIEGO. Confiesa
que tú eres necio tambien.
EDUAR. La sociedad...
DIEGO. Está loco!
quién les habrá dicho que era?...
EDUAR. Saben que tengo carrera;
tambien saben...
DIEGO. Y eso es poco?
EDUAR. Que me acaban de nombrar
gobernador de Gerona.
DIEGO. Tó! pues no es poca persona:
quién lo había de pensar?
ISABEL. No te alegra?
DIEGO. Bien querría,
pero callar es preciso:
acaso nos da permiso
para mostrar alegría?
Á tanta felicidad
hay que mostrarnos ajenos:
no lo ves que tiene á ménos
el ser hijo...
EDUAR. Por piedad!...
DIEGO. Que se encumbre el que nació
en una cuna elevada
no tiene de extraño nada,

todos los dias se vió.
Pero que se eleve y venza
el que nació en pobre lecho,
éste, Isabel, es un hecho
que á ningun hombre avergüenza.
Espartero fué soldado;
su padre fué un carretero;
que pregunten á Espartero
por su timbre más preciado!

ISABEL. Por Dios, Diego, déjale!
Lo primero es su ventura:
de esta suerte se asegura
y yo me resignaré!
Que sea feliz!

DIEGO. Que sea!
(Aparece el Baron y se detiene á la puerta como demostrando sorpresa.)
Anda, Eduardo, vé á casarte,
que para no avergonzarte
nos iremos á la aldea.
Al coronel sin cuidado
puedes hablarle de mí!

EDUAR. Usted le conoce?...

DIEGO. Sí:
como que fuí su criado.

BARON. (Ap.) (Su criado!)

DIEGO. Su asistente:
siéndolo salvé su vida;
si tendré yo merecida
la gratitud de esa gente!

EDUAR. Su asistente!

DIEGO. Á mucho honor,
aunque á tí no te convenga:
lo que no priva que tenga
un hijo gobernador.

EDUAR. Padre!...

DIEGO. Es claro; tú querrás
que guarde bien el secreto:
desde luégo te prometo
que no lo diré jamás!

ISABEL. Si á tu dicha compromete
no nos verán!

EDUAR. Si supieran...
DIEGO. Vamos, Eduardo, te esperan;
abraza á tu madre y vete.
(Váse el tio Diego por la izquierda.)

ESCENA IV.

ISABEL, EDUARDO, BARON, á la puerta de la izquierda

EDUAR. Madre de mi corazon!
ISABEL. Pero qué, nos dejas ya?...
EDUAR. Yo la juro que será
breve la separacion.
Mi pecho está interesado
en esta union: qué he de hacer!...
No puedo retroceder
sin hacerme desgraciado.
Hoy obstáculo serán
para mí, mas no mañana;
y pues la dicha es cercana
pronto me perdonarán.
Con ella os iré á pedir
el perdon!
ISABEL. No le mereces!
EDUAR. Oh! yo os pagaré con creces
lo que hoy os hago sufrir.
Adios!
ISABEL. Hijo, vé en buen hora;
y no olvides, desdichado,
que allá en nuestro hogar honrado
tu madre te espera y llora!
(Acompaña á Isabel hasta la puerta de la derecha, permaneciendo un breve momento en su contemplacion; luégo, reponiéndose, toma el sombrero, que dejó sobre un mueble á su entrada y se dispone á salir al mismo tiempo que el Baron aparece como si acabára de llegar.)

ESCENA V.

EDUARDO, el BARON.

BARON. Oh, caro insigne mortal;

primo mio el más amado!
se encuentra más aliviado
de su repentino mal?

EDUAR. Iba á salir!...

BARON. Muy bien hecho!
Á mí me ocurrió al instante,
que bicoca semejante
no le haría guardar lecho.
Aunque hay razon, sí señor,
y razon muy poderosa:
pues qué, el casarse no es cosa
de sentir algun dolor?
Por mi parte le aseguro,
y eso que hay niñas muy bellas,
que yo he de ver las estrellas
cuando me halle en tal apuro.
Casarse! Santo Tomás!
Una vez que tal soñé,
qué suplicio! desperté
entregado á Barrabás.
Las almohadas por el suelo,
sin colchas ni cobertores,
presa de horribles sudores
y puesto de punta el pelo.
Qué rato! Dios de Israel!
Se le doy al más pintado:
nunca, en mi vida he pasado
un instate más cruél.
Ví en el fondo una cruz negra;
la cruz que el casado alcanza,
y más allá en lontananza
la figura de una suegra!
Qué ojos! qué manos! qué garras;
la hubiera dado un revés:
tenía un perrito inglés,
papalina y antiparras.
Sereno!!—gritaba yo.
Pero qué lance más bueno!—
Cuando llegaba el sereno
paf! puf!— se desvaneció!
Qué mucho que á usté le diera
miedo; no me extraña á mi!

EDUAR. Ha terminado usted?
BARON. Sí.
EDUAR. Entónces, cuando usted quiera.
(Disponiéndose á salir.)
BARON. Oh! no hay prisa: qué valor!
Ni que fuera usté un Tenorio:
este asunto del casorio
cuanto más tarde mejor.
Yo le vengo á noticiar
que tiíta y yo partimos;
y como es justo sentimos
no poder acompañar...
EDUAR. Gracias!
BARON. Estaba dispuesto,
y á las ocho parte el tren:
ustedes saldrán tambien
á viajar, por supuesto?
Un viaje es de rigor,
á París, Lóndres, Viena...
Con nosotros vino Elena
la temporada anterior.
Ella le dirá el camino;
bien andado le tenemos.
Conque, saldrán?
EDUAR. Sí, saldremos...
BARON. Á Lóndres?
EDUAR. Á mi destino.
BARON. Primo, sospecho que no.
Por lo visto, usted no sabe?...
EDUAR. El qué?...
BARON. La noticia es grave:
el ministerio... cayó!
EDUAR. Eso es cierto?...
BARON. Ya se ve!
La suerte le ha sido vária;
entra la fraccion contraria
á los amigos de usté.
Ahora entrará el vara-palo,
y el pueblo siempre contento!...
Yo he comprado un suplemento;
tenga usted, se le regalo.
(Eduardo toma maquinalmente el papel.)

Ea, agur, hasta despues!
Luégo nos despediremos:
no es verdad que nos veremos
allá en casa?...
EDUAR. (Distraido.) Sí, eso es!
BARON. En ese caso, corriente.
Hasta la vista, primito!
(Ap.) (Le he dejado tamañito
al hijo del asistente!) (Váse.)

ESCENA VI.

EDUARDO, despues de leer con sobresalto el suplemento que le ha dejado el Baron, se deja caer con desaliento en un confidente: despues aparecen el CORONEL y el tio DIEGO.

EDUAR. (Saliendo á su encuentro.)
Ah, padre!...
COR. (Dándose por aludido.) Aún no, caballero:
mas me juzgo tan honrado
con el nombre que me ha dado,
que pronto alcanzarle espero.
DIEGO. (Ap. á Eduardo.)
(Nada sabe.)
COR. Y bien! qué pasa?
EDUAR. Me disponía á salir!
COR. No he podido resistir;
estaba impaciente en casa.
Amo á Elena con locura,
y fué tan raro el suceso,
que la verdad, le confieso,
que temí por su ventura.
EDUAR. Ah, señor!...
COR. Ya se me alcanza
su mucha delicadeza,
pero hable usted con franqueza:
este hombre es de confianza. (Por Diego.)
Un bravo que le presento;
acabo de hallarle ahí fuera.
Con permiso, mi cojera
me obliga á tomar asiento.
DIEGO. (Ap. á Eduardo.)

(Ya lo ves, todo lo ignora.

EDUAR. (Ap. á Diego.)
Yo le voy á declarar...

DIEGO. (Ap. á Eduardo.)
Puedes tu vergüenza ahorrar,
soy yo quien la tiene ahora.)

COR. Un valiente camarada
de honradez reconocida,
á quien le debo la vida
desde la guerra pasada.
Contaré á usted largamente
esa historia. Conque, hablemos,
á ver si nos entendemos,
como cumple, lealmente.

EDUAR. Coronel, mi situacion
es muy difícil; con pena
he de renunciar á Elena,
á quien amo con pasion.

COR. Renunciar? Tenga usted calma!
Si lo que pienso le obliga,
dispense usted que le diga
que tiene usted poca alma.
Vamos, tendré que salir
á la mitad del camino:
sepa usted que ya imagino
lo que me va usté á decir.
Cuando el lance aconteció,
dije para mí: «Qué es esto?»
Sospeché que era un pretesto,
y la verdad, me inquietó.
Tomé el sombrero y salí
con un humor endiablado;
no hallo coche, cruzo el Prado
y me dirijo hácia aquí.
Entro por la de Alcalá,
hallo en armas la milicia,
y oigo gritar la noticia
que... usted no ignoraba ya.
Oh, dosdichada nacion!
Me ha llegado á lo más vivo...
Pero no encuentro el motivo
para tal resolucion.

Renunciar? Qué bobería!
Cayó, váyase al infierno!
Si hoy ha caido el gobierno
ya levantará otro dia!
Pues qué, no es usted letrado?
No soy yo de Elena tio?
Vamos, vamos, señor mio,
es usted muy delicado!
No era eso?

EDUAR. Sí señor!

COR. Me lo figuré al momento!
No forme usted sentimiento;
ya será gobernador.
Elena, es de suponer,
no le querría por eso;
y en cuanto á mí, le confieso
no me hará retroceder.
Títulos de más valía
tiene usted para mi agrado;
y el paso noble que ha dado
le ensalza más todavía.

EDUAR. Gracias, señor; no merezco
tan señaladas bondades.

COR. Ea, fuera nimiedades;
yo con el alma me ofrezco.
Mañana será la boda:
hoy... saldrá la Baronesa,
y aquí, entre nosotros, esa
no del todo me acomoda.
Es algo... así... y ademas
bastante... yo no sé qué:
En fin, ya le contaré
cuando nos tratemos más.
Oh! qué gran luna de miel
van á pasar! yo lo creo!
Un viaje de recreo
á mi hacienda de Teruel.
Pasaremos quince dias;
luégo á Francia á ver franceses;
y lo ménos en tres meses
no cesan las correrías.
Ya verá usted qué interés,

qué bien se vive y se ama!
Dispondremos el programa
en comandita los tres.
Á propósito: tú, Diego,
yo á la boda te convido.
DIEGO. Gracias, señor!
COR. No es cumplido;
te negarás?...
DIEGO. No me niego;
pero tengo que marchar
con precision en seguida.
COR. Bien, aplazas tu partida;
todo se puede arreglar.
DIEGO. Imposible; es una urgencia,
y he de marchar al momento.
COR. Por vida!... á fe que lo siento;
pero en fin, tendré paciencia.
DIEGO. Yo tambien la necesito:
aceptaría ese honor,
pero... no puedo, señor,
aunque me duela infinito.
Y pues estoy de viaje
y esperaba á despedirme,
voy á hacerlo; tengo que irme
á preparar mi equipaje.
Mi coronel!...
COR. No; tu hermano,
tu amigo, tu camarada;
bien sabes cuánto me agrada
estrechar tu honrada mano!
Á ella la vida debí!
DIEGO. Cumplí un deber, no lo niego!
Hasta la vista!
COR. Adios, Diego,
y no te olvides de mí.
DIEGO. (Al salir, se detiene delante de Eduardo.)
Si por la Vieja Castilla
viajando se detiene,
allá donde el Tormes tiene
rico Zurguen por orilla,
verá siguiendo por ellas
muy delicioso camino,

el más modesto molino
que en sus contornos descuella.
Es una humilde morada
que le ofrezco al caballero;
yo soy allí el molinero
y tendrá franca la entrada.
Siga si se halla dudoso
á favor de la corriente;
por allí encontrará un puente,
y muy cerca un roble añoso:
tiene una cruz que imagino
será de un amante ausente;
pues bien, siguiendo de frente
no tiene pierde el molino.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

EDUARDO, el CORONEL.

EDUAR. Ah!
COR. Vea usted qué atencion!
Esta gente es mucho cuento:
ese es un ofrecimiento
hecho con el corazon.
Sin vanidad ni cumplido,
con el alma le convida,
como si toda la vida
le hubiera á usted conocido.
EDUAR. Iré!
COR. Qué me place! iremos!
Gran escursion por mi nombre;
de fijo que al pobre hombre
un gran placer le daremos.
EDUAR. Vale mucho!
COR. Es de admirar!
Que si vale? noble pecho!
Le voy á contar un hecho
para que pueda juzgar.
Fué en la guerra fratricida,
el treinta y seis, veinticuatro
de diciembre, y el teatro

Bilbao la nunca vencida.
Noche de recuerdo eterno
en que se unieron en guerra
los demonios de la tierra
y las furias del infierno.
Á la izquierda del Nervion
el ronco cañon tronaba,
en tanto se preparaba
una insigne expedicion.
El paso de Azúa era
lo que allí se disputaba,
y en franquearle estribaba
triunfase nuestra bandera.
Empresa que causa horror,
que emprenden nuestros soldados
como leones, lanzados
con indomable valor.
Agua, nieve, granizada,
el mar que cerca rugía...
todo, todo combatía
en la espantosa jornada.
Y para prueba mayor
del ejército leal,
su más bravo general
en el lecho del dolor.
Yo de su escolta, su suerte
seguía en atroz tormento:
librábase aquel momento
batalla de vida ó muerte!
Diego, mi asistente fiel,
los cabellos se mesaba,
y en su rostro adivinaba
lo que pasaba por él.
Cuando al Desierto llegó
el coronel de Toledo,
y con bizarro denuedo
así á Espartero le habló:
«General, nuestra bandera
está en peligro y os llama:
el ejército os aclama
y la victoria os espera.»
Oirlo y saltar del lecho

fué un rayo! no esperarían!...
los soldados le pedían
una trinchera, su pecho!
Y en actitud soberana
poco despues, noble y fiero,
estaba entrando Espartero
por el puente de Luchana!
Allí perdí esta porcion
de mi cuerpo, fué un sablazo!
Eso sí, me costó un brazo,
pero ganamos la accion!
Yo iba á morir peleando
fuera de mí, estaba ciego!
Y me hallé en brazos de Diego
sin saber cómo ni cuándo.
Camilleros! voceaba:
socorro! aquí, vengan dos!
Corría, rogaba á Dios,
y en sus brazos me llevaba.
—Dos camillas, Diego?—Sí!
—Una le basta á un herido!
Y exclamó desfallecido:
—Es la otra para mí!
Tambien lo estaba! y no leve!
Me salvó su bizarría.
Su sangre igual que la mia
trazó un gran surco en la nieve.

EDUAR. Oh, corazon noble y bueno!

COR. Así exclamé, de ese modo
el dia en que manco y todo
le estreché contra mi seno.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELENA, BARONESA y BARON, los tres en traje de camino.

BARON. Miren si acerté!...

ELENA. Qué veo!

BARON. Caballeros, aquí estamos.

COR. Ah! qué es esto?

BAR. Que nos vamos

de viaje.

BARON. De bureo!

COR. Vayan ustedes con Dios.
Ustedes dos, convenido;
pero Elena...

ELENA. He decidido...

BAR. Viene con nosotros dos!

EDUAR. (Ap.) (Qué oigo?)

COR. No he de tolerar!...

BAR. Hace usted mal, porque viene;
sin otra razon que tiene
nuestro modo de pensar.
No hemos querido partir
sin despedirnos de... Eduardo:
por lo demas yo no aguardo
su permiso.

COR. Es de advertir!...

ELENA. Pero tio, á qué esos modos?
Si ya es cosa convenida!
usted es de la partida.

COR. Yo?... qué dices?

ELENA. Vamos todos.
Es decir!... los cuatro.

BAR. Pues!

BARON. Una expedicion dichosa!

COR. No he convenido en tal cosa;
no señora, no lo es!

BARON. Pues ya tiene su equipaje
en la estacion, caro tio!

COR. Pues mal hecho, señor mio,
que yo no voy de viaje!

BAR. (Ap.) (Ya dijo una grosería!)

COR. Pero quién les dió permiso?...

ELENA. (Ap. á Eduardo.) (Está roto el compromiso
que entre los dos existía!)

EDUAR. (Ap. á Elena.) (Elena!)

ELENA. (Id. á Eduardo.) (Todo acabó!)

COR. Pero, niña, explícate.

BARON. Ella...

COR. No hablo con usté!
Hombre, ni aunque fuera yo...

BAR. (Ap. á Eduardo.)

(Nuestra alcurnia no consiente,
aunque el Coronel quisiera,
que su sobrina se uniera
al hijo de su asistente.

EDUAR. Bien, señora.)

ELENA. (Que ha pasado al lado del Coronel.)
Estoy resuelta!

COR. Y la boda?... qué dirá?...

ELENA. Hemos convenido ya
en celebrarla... á la vuelta.

COR. Y, usted, Eduardo, qué hace?

EDUAR. Yo... nada!

ELENA. Lo aprueba todo.

COR. Pues yo no, de ningun modo;
ni lo entiendo, ni me place.

ELENA. Tio, le ruego por Dios
que consienta!

COR. No haré tal!

ELENA. La tia se explicó mal:
vamos nada más los dos.
Ella con primo Gabriel
á París.

COR. Vayan benditos!...

ELENA. Y usted conmigo, solitos,
á su hacienda de Teruel.

COR. Así, ménos mal!

ELENA. Consiente!

COR. Pero estaba todo esto
en el programa dispuesto
de manera diferente.

BAR. Voy á París. (Al Coronel.)

COR. Vaya usté

BAR. Con el Baron.

COR. Muy bien hecho!

BAR. Que no fuma.

COR. Buen provecho.

BAR. Y es muy fino.

COR. Y á mí, qué?

BAR. Se lo quiero á usted contar
delante de algun testigo,
porque entienda que conmigo
no se va usté á marear.

COR. No hay paciencia que resista
en todo el género humano.

BAR. (Despidiéndose de Eduardo.)
Conque beso á usted la mano! (Váse.)

ELENA. (Id.) Adios! (Váse.)

BARON. (Id.) Primo, hasta la vista! (Váse.)

COR. Pues señor, lo quiere... sea!
Ménos mal, solos los dos!...
Ea, hasta la vuelta.

EDUAR. Adios!

COR. Voy contra viento y marea!
Así descarrile el tren
y demos un batacazo.
Aunque pierda el otro brazo
y la otra pierna tambien! (Váse.)

ESCENA IX.

EDUARDO.

Ah! me desprecian! mejor!
Justo castigo!... estoy loco!
Falsa Elena!... ella tampoco
era digna de mi amor!
Ni yo del amor de Elena!
Quizás me haya redimido!
La condenaré al olvido
como ella á mí me condena.
Podré olvidarla? es tan bella,
que yo no sé si podría!
Y bien! no olvidé á María
á quien amé ántes que á ella?
María! Por dónde ahora
llega á turbar mi conciencia!...
quién sabe; la Providencia
siempre es sábia y previsora!
Elena mi fantasía
exalta! qué ojos! qué brillo!
una vírgen de Murillo
es la inocente María!
La voz de Elena conmueve
y el alma de encantos llena!

María es una azucena
que se abre paso entre nieve!
Era Elena mi cariño
y la amaba con pasion!
Á María el corazon
la dí, desde que era niño!
Pero por fin, á quién quiero?
Cuál de ellas olvidaré?
Dios mio, yo no lo sé
á cuál de las dos prefiero!

ESCENA ÚLTIMA.

EDUARDO, ISABEL y el TIO DIEGO, cargados con algunos efectos de viaje.

EDUAR. Ah! madre!
ISABEL. (Dejando caer lo que trae en las manos y abrazándole.)
Eduardo!
DIEGO. Aún aquí?
EDUAR. (Á Isabel.) Sabe usted si todavía
la encantadora María
me guarda cariño?
ISABEL. Sí!
Grande, como el que yo guardo.
Más que cariño, pasion!
Si aquel pobre corazon
sólo late por su Eduardo!
Si te ama? mientras aliente!
En tí cifra, yo lo juro!
su pensamiento, que es puro
como el agua de la fuente!
No es verdad, mi Diego?
DIEGO. Sí!
Tó! qué ha de hacer? por supuesto!
Si en tí su esperanza ha puesto,
á quién amar si no á tí.
EDUAR. Y me espera?
ISABEL. Yo lo creo;
á Dios pongo por testigo:
verte y casarse contigo

es su constante deseo!
Mira tú si será fiel;
uno hay muerto por María...

EDUAR. Y ella qué hace, madre mia?
ISABEL. Ella? le desprecia á él!
DIEGO. Te acuerdas de aquel indiano
que vino y se estableció...
Pues bien, ese nos pidió
en otra ocasion su mano!
EDUAR. Y se la negaron?...
DIEGO. Sí!...
ISABEL. Y María tan dichosa!...
DIEGO. Pues no faltaba otra cosa
que te la quitára á tí!
ISABEL. No te acuerdas de un rosal
que tú plantaste con ella
al pie de la choza aquella
que está cerca del nogal?
EDUAR. Qué he de hacer!
ISABEL. Pues bien, María;
mira tú si será fiel,
que iba diciendo «para él!»
á cada rosa que abría!
DIEGO. Siempre que conmigo va
hablarme de tí es su agrado!
ISABEL. Tu retrato está borrado
de los besos que le da!
DIEGO. Mil veces tu nombre oí
en todas sus alegrías!
ISABEL. Y en misa todos los dias
pide á la Vírgen por tí!
EDUAR. Y yo la quiero tambien;
y juro amarla con creces!
Padres, benditos mil veces
que me volveis tanto bien!
DIEGO. Ay qué peso me has quitado!...
EDUAR. En vuestra dicha confío!
DIEGO. Dame otro abrazo, hijo mio,
y olvidemos el pasado!
Oye, Isabel, saca ya...
ISABEL. Los regalos?
DIEGO. Sí, mujer.

No los hemos de volver,
si son suyos!

EDUAR. Tiempo habrá!

DIEGO. Viene mucho!

EDUAR. Ya adivino!

DIEGO. Verás, verás qué arroperas;
verás qué tortas, qué peras,
y sobre todo qué vino!
Quisiera estar en mi casa:
quiero reir y bailar;
tengo ganas de llorar;
yo no sé lo que me pasa!
Estoy loco de alegría!
Tanta ventura es el cielo!
Si era mi mayor anhelo
verte esposo de María!
yo trabajaré, verás,
me prueba el trabajo á mí!
hasta ahora para tí,
para tus hijos de hoy más!

EDUAR. No; padre, de ningun modo;
ingrato y mal hijo fuera!
me habeis dado una carrera,
ella dará para todo!
Bastante hareis si enseñais
á mis hijos pequeñuelos,
y aprenden de sus abuelos
la virtud que atesorais.

ISABEL. Les guiaremos los dos
por la senda del cristiano;

DIEGO. El que honra á su padre anciano,
se honra á sí mismo y á Dios!

EDUAR. Puro es mi arrepentimiento!

DIEGO. Y yo te bendigo!

EDUAR. Padre!

DIEGO. Eduardo, honrar padre y madre
manda EL CUARTO MANDAMIENTO!

FIN.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Tengo que agradecer á los Sres. D. José Miguel y D. Ramon Mariscal, el haberse encargado de papeles que no les correspondian en el reparto de esta obra.

El papel desempeñado por el Sr. Miguel, pertenece al galan, y el estrenado por el Sr. Mariscal podrá repartirse al barba ó segundo galan.

¡ESTA Y NO MAS!

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡Lagartijo y Frascuelo!
De mal en peor.
Zapatero... á tus zapatos.
En la boca del lobo.
Cambio de vía.
El primer indicio.
El Arco Iris.
¡Esta y no más!

¡ESTA Y NO MÁS!

PIEZA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAMON DE MARSAL.

Estrenada con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de LARA, la noche del 13 de Octubre de 1881.

A la eminente actriz D.ª Balbina Valverde, su implacable admirador y aff.mo amigo

Ramon de Marsal

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.	DOÑA BALBINA VALVERDE.
ELISA.	MATILDE RODRIGUEZ.
DON PÍO.	DON ANTONIO RIQUELME.
ENRIQUE.	PEDRO RUIZ DE ARANA.

La accion se supone en Madrid.—Época actual.

AL SEÑOR

DON VICENTE DE MARSAL Y ZAMORANO.

El satisfactorio juicio que la prensa ha hecho de esta modesta produccion, y los infinitos aplausos que el público se ha dignado concederle en todas sus representaciones, me deciden á colocar tu querido nombre en su primera página para que él sea su mejor escudo.

Acepta con cariño su dedicatoria, no por lo que ella vale, sino como una débil muestra del entrañable afecto que te profesa tu hermano

RAMON.

ACTO ÚNICO.

La escena figura una sala elegantemente amueblada al gusto del dia: una puerta al foro, dos á la izquierda del actor, otra á la derecha en segundo término, y en el primero un balcon con colgaduras y puertas-cristales con visillos, que se abrirán hácia la escena. Á la izquierda un velador con periódicos y varios álbums, uno de ellos con retratos: á la derecha un confidente.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen ELISA y ENRIQUE.

ELISA. Trabajas en demasía,
no descansas, ni sosiegas,
y por cuidar tus enfermos
verás como al fin enfermas.
Necesitas más reposo.
ENR. No, mujer.
ELISA. Sí.
ENR. Tú exageras.
El cariño que me tienes
es quien tal temor engendra.
ELISA. No, Enrique.
ENR. Sí, Elisa.

ELISA. Escucha,
y verás que no soy terca.
De dia casi no puedes
estar tranquilo en la mesa:
hay noches, como la última,
que te las pasas en vela;
conque si despues del cuadro
que he trazado á la ligera
niegas que esclavo estás siendo
por servir bien la clientela,
y haces de tí caso omiso,
que venga Dios y lo vea.

ENR. El médico, Elisa mia,
es segunda providencia
de los séres desgraciados
á quien los males aquejan,
y no se debe á sí mismo
cuando reclaman su ciencia.

ELISA. Tus hermosos sentimientos
son los que á tí te encadenan.
No irían otros de noche..

ENR. (¡Pobrecita, si supiera!...)
No es todo virtud.

ELISA. ¡Qué dices!

ENR. Anhelo obtener riquezas
para que tú las disfrutes
y vivas como una reina.

ELISA. Si mi ambicion solamente
se reduce á que me quieras,
¿por qué ese afan?

ENR. Porque quiero
pagar tu amor y terneza
trasformando nuestra casa
en un cuerno de Amaltea,
aunque sufra más trabajos
que Periandro y Auristela.

ELISA. Lograrás que me disguste
si en ese empeño no cesas.

ENR. Está bien.—Dáme un abrazo.

ELISA. ¿Te vas?

ENR. Hija mia, es fuerza.
¡Tengo un enfermo!...

ELISA. ¿El que anoche
te obligó á pasarla en vela?

ENR. ¡Cómo! ¡Ah, sí! (¡Qué sobresaltos
causa á veces la conciencia!)

ELISA. Voy á sacarte un pañuelo,
al instante estoy de vuelta.
(Se va por la primera puerta izquierda.)

ESCENA II.

ENRIQUE.

Merece más de un reproche
mi conducta criminal.
Mientras cree que á un mortal
estuve asistiendo anoche,
yo fuí al baile del Real.
La mitad de los maridos
estamos tan pervertidos...
lo digo porque estoy solo,
que somos los más perdidos
que hay de un polo al otro polo.
¡Pobres esposas!... Juramos
que amantes las adoramos,
y, en tanto nuestro honor cuidan,
al punto que se descuidan,
sin piedad se la pegamos.
(Con satisfaccion.)
Á un dominó encantador
tendí la red amoroso...
y me dijo con candor
que vive calle del Oso,
trece, segundo, exterior.—
¡Esta y nada más, san Blas!
Aunque rabie Satanás
decido cerrar la lista.
Cuando acabe esta conquista
prometo no pecar más.

ESCENA III

ENRIQUE; ELISA, con un pañuelo, por la primera puerta izquierda.

ELISA. ¿He tardado?
ENR. No, hija mia.
ELISA. Le he puesto *colonia*. (Dándole el pañuelo.)
ENR. Bien.
ELISA. No te olvides los cigarros
y los guantes como ayer.
Ponte bien esa corbata: (Arreglándosela.)
espera un poco, eso es.
ENR. Tú siempre has de estar en todo.
(¡Soy un pillo!)
ELISA. Dices bien.
El aseo del marido
honra mucho á la mujer.
¿Tardarás hoy?
ENR. Como pueda
pronto de vuelta estaré.
Haré solo las visitas
más urgentes, y despues
voy á ver si aquí contigo
paso cinco horas ó seis.
ELISA. Dios lo quiera.
ENR. ¡Aunque son tantos
los enfermos que he de ver!...
La viuda del comandante,
la viuda de don Miguel,
la viuda del boticario,
la de la plaza del Rey...
ELISA. ¡Cuánta viuda!
ENR. Tú no sabes
la plaga que hay de viudéz.
ELISA. ¿Son jóvenes? (Con interés.)
ENR. ¡Vejestorios!
¡Ah! Tambien tengo que ver
á la esposa de don Pío,
aquel señor de Avilés...
que por cierto se ha mudado

á la calle de la Fé;
ayer me dió su tarjeta.

ELISA. ¡Pobre señor, qué bueno es!

ENR. Á ese sí que Dios le haría
dejándole viudo un bien,
pues su esposa, aunque Ventura
se llama, es un Lucifer.
Adios.—Si viniera alguno...

ELISA. Yo la nota tomaré.
Voy contigo hasta la puerta.

ENR. No te molestes, mi bien.

ELISA. Como quieras.

ENR. (Abrazándola.) Te amo mucho.
(¡Vamos, merezco un cordel!)

ELISA. Que no te canses.

ENR. Descuida.

ELISA. Hasta luégo.

ENR. Hasta despues.
(Lo dicho, en saliendo de este,
requiescat, no hay más belen.)
(Se va por el foro derecha.)

ESCENA IV.

ELISA.

¡Qué bueno es! Yo quisiera
tener más de un corazon
con el único deseo
de que aumentase mi amor.
Casi parece mentira
que se alce más de una voz,
diciendo que son los hombres
fiel trasunto de Astarót.
Vamos, los que así discurren
no tienen perdon de Dios.
Nos miman, nos agasajan;
nos rinden adoracion,
en nuestros ojos se miran
como en los mares el sol,
y aún hay quien los juzga malos;

con insistencia feroz.
Voy á agitar el pañuelo... (Abriendo el balcon.)
Se vuelve, mira al balcon;
(Saludando con el pañuelo.)
me saluda; anda, se para...
ya dobla la esquina. Adios.
¡Con qué anhelo se desvive,
tan sólo con la intencion
de que viva yo dichosa
como en la estufa la flor!
Si algun dia, Dios no quiera,
llegára á ser infiel... ¡oh!
creo que me moriría.
¡Mas qué es lo que viendo estoy!
Es ella, no me equivoco;
sí, no hay duda, Luisa Mon,
la que en Loreto fué siempre
mi compañera mejor.
Voy á llamarla.—Luisa,
chist, Luisa... ¡Ya me vió!
La misma.—Sube.—Un momento.—
(Figurando que habla con otra persona.)
Tan sólo un minuto ó dos.—
No seas pesada, sube.—
Por fin... ¡Qué contenta estoy!
(Cerrando el balcon y dirigiéndose luégo al foro.)
Teresa, abra usted la puerta.
No esperaba esta emocion.
Ocho años se han pasado
desde que á Cádiz marchó.
¡Qué aprisa trascurre el tiempo!
¡Con qué gusto á verla voy!
Es el genio más alegre
que en la tierra puso Dios.

ESCENA V.

ELISA; LUISA, por el foro derecha.

ELISA. ¡Qué inesperado suceso!
LUISA. ¡Ven á mis brazos, Elisa! (Se abrazan.)
ELISA. ¿Cómo estás, querida Luisa?

LUISA. Bien.
ELISA. Dáme un beso.
LUISA. Otro beso.
Chica, te encuentro preciosa,
no me canso de admirarte.
ELISA. Tú, sí que. sin adularte,
estás mucho más hermosa.
LUISA. Bendita casualidad (*Hablando precipitadamente.*(
que al enlazar nuestros brazos
viene á estrechar hoy los lazos
de nuestra infantil edad.
Es tanto el placer que siento,
aunque ni un recuerdo evoco,
que al verte... Mas habla un poco
mientras voy tomando aliento.
Quiero que tu pecho me abras.
¿Eres dichosa, sí ó no?
Dí, no seas como yo
que nunca encuentro palabras.
Envidio esas habladoras
que sobre cualquier asunto
encuentran materia al punto
para hablar dos ó tres horas.
¡Qué lenguas de Belcebú!
Si yo fuera así, de cierto
que hace tiempo hubiera muerto.
Conque vamos, habla tú.
ELISA. Siéntate, mujer.
LUISA. No insisto.
(*Se sientan en el confidente.*)
ELISA. ¿Tienes prisa?
LUISA. No, en verdad.
¿Pero qué casualidad
dispuso que me hayas visto?
ELISA. Á ese balcon me asomé,
miré á la calle, te ví.
me fijé, te conocí,
y al instante te llamé.
LUISA. ¿Te casaste?
ELISA. Sí, por Dios.
LUISA. ¿Una vez?
ELISA. ¡Jesús, qué dices!

LUISA. Hija, no te escandalices;
yo me he casado ya dos.
ELISA. ¡Dos nada ménos!
LUISA. ¿Te extrañas?
Pues es cierto, amada Elisa;
aquí tienes á Luisa
que ha cumplido dos campañas.
Cuando á Cádiz me llevaron
á un magistrado agradé;
habló al tutor, me casé...
más bien dicho, me casaron.
Me triplicaba la edad
sobre poco más ó ménos;
ya ves qué ratos tan buenos
pasaría en realidad.
Su más preciado tesoro,
sus delicias más cumplidas,
era hablar de *Las Partidas*,
y de *Las Leyes de Toro.*
De verme tanto sufrir
Dios sin duda se cansó...
ELISA. ¿Y se murió?
LUISA. Se murió,
pero volví á reincidir.
Amor con sus dardos fieros
traspasó mi pecho amante,
y me entregó á un comandante...
ELISA. ¿De qué?
LUISA. De carabineros.
Tambien frustró mi esperanza:
cuando esperaba una flor,
me salía mi señor
hablando de la ordenanza.
Testarudo, receloso,
visionario y pertinaz,
ni él pudo vivir en paz,
ni yo disfrutar reposo.
En fin, ¡hasta á mis modistas
muchas veces espiaba!
Por todas partes pensaba
que iba á hallar contrabandistas.
Dió el alma á Dios en Jaen

y se acabaron mis daños:
por allá esté muchos años,
requiescat in pace, amen.

ELISA. ¡Viuda ya!

LUISA. El sino es muy loco.

ELISA. No fuiste muy venturosa.

LUISA. ¿Y tú, qué tal?

ELISA. ¡Soy dichosa!

LUISA. Pues hablemos de tí un poco.

ELISA. Para explicarte el matiz
del bien que el cielo me dá,
una frase bastará,
una, Luisa, ¡soy feliz!
Que no hay nada tan hermoso
de la vida en el sendero,
como el amor verdadero
de un dulce y amante esposo;
y en el mio el cielo quiso
darme dichas tan sin tasa,
que esta casa, más que casa.
es, Luisa, un paraiso.

LUISA. Feliz tú si esa delicia
no mengua.

ELISA. Al contrario, crece.

LUISA. Hija mia, me parece
que eres casada novicia.

ELISA. No tal, llevo ya dos años.

LUISA. ¡Dos años!

ELISA. Lo que has oido.

LUISA. ¿Y no has visto en tu marido
siquiera dos desengaños?

ELISA. Ni uno.

LUISA. Pues entónces creo
que el gobierno sin tardar
te lo debe arrebatar
y meterlo en un museo.

ELISA. ¡Permíteme que me asombre!
¿En qué te fundas?

LUISA. Me fundo,
que no hay un ser en el mundo
de tal condicion, siendo hombre.—
Mi difunto magistrado,

señor de años... magistrales,
á los dos meses cabales
ya me la habia pegado.

ELISA. ¡Jesús!

LUISA. ¿Y el carabinero!
Siempre que no me celaba
es porque á ver se marchaba
á la mujer de un barbero.
Chica, con hongo ó birrete,
montera, espada ó fagin,
cuando pierden el magin
no hay un dios que los sujete.

ELISA. Como tú dices será,
pero lo que es mi marido,
hasta hoy, ni lo há perdido,
ni creo lo perderá.

LUISA. De discutir más no trato.
Tengo afan por conocerle.

ELISA. ¿De veras?

LUISA. Sí.

ELISA. Vas á verle;
te enseñaré su retrato.
(Abre el álbum que estará sobre el velador y se lo enseña.)
Mira.

LUISA. ¿Es este?

ELISA. Copia fiel.

LUISA. ¡Muy guapo!

ELISA. (Con orgullo.) El original
es mejor.

LUISA. ¡Jesús!!

ELISA. Sí tal.

LUISA. ¡Es él, sí, no sueño, es él!

ELISA. ¡Cómo!

LUISA. ¡Já, já! ¡Pobre Elisa!

ELISA. ¡No entiendo!...

LUISA. ¿Este es el varon
modelo de perfeccion?

ELISA. Sí.

LUISA. ¡Já, já! ¡Me ahoga la risa!
Veo que sabe hallar modos
para explotar tu inocencia.

ELISA. No aumentes más mi impaciencia.
LUISA. ¡Como todos, como todos!
ELISA. Habla.
LUISA. Pongo al labio un broche.
ELISA. ¿Le conoces tú?
LUISA. Sí tal.
ELISA. ¡Imposible!
LUISA. En el Real
conmigo bailó ayer noche.
ELISA. ¡Tú sueñas!
LUISA. Ni cuando duermo.
ELISA. Si la noche la ha pasado,
segun él me ha asegurado,
junto al lecho de un enfermo...
LUISA. Se moriría el paciente,
y por quitarse el pesar
se fué despues á bailar,
de seguro.
ELISA. ¡Dios clemente!
LUISA. ¡Pues no tan sólo bailamos!
ELISA. Prosigue: ¿qué más pasó?
LUISA. Que al ambigú me llevó...
ELISA. ¿Y cenásteis?
LUISA. Y cenamos.
ELISA. Continúa: ¿qué hubo más? (Con impaciencia.)
LUISA. ¡Supones!... (Con dignidad.)
ELISA. ¡Qué villanía!
Todo lo perdonaría, (Con gran indignacion.)
pero la cena ¡jamás!
LUISA. Despues como una centella
salió á buscar un simon,
yo aproveché la ocasion
y me fuí con mi doncella.
ELISA. ¿Te extrañará que me aflija
semejante proceder?
LUISA. ¡Ah! En prueba de su querer
me regaló una sortija
que hoy mismo mandé á su casa.
ELISA. ¿Aquí?
LUISA. No; y eso me inquieta.
Donde indica esta tarjeta.
(Sacándola de un tarjetero.)

ELISA. Á ver. ¡Mi frente se abrasa!
(Leyendo.) «Pío Manso.»—¡Jesús!
LUISA. ¡Qué!
ELISA. Este Pío es un cliente.
LUISA. Pues á ese precisamente
cual dije se la mandé.
ELISA. ¿Para qué señas te dió?
LUISA. Para que yo le escribiera
cuando una ocasion tuviera
de poder hablarnos.
ELISA. ¡Oh!
LUISA. En lo que no hay claridad,
sin que por ello me asombre,
es que al decirme su nombre
dijo, Enrique...
ELISA. Y es verdad;
no mintió en aquel momento.
Si por descuido te ha dado
esta tarjeta el malvado,
ella ha de ser su tormento.
No han de hallar en mí perdon
tan viles y torpes modos.
LUISA. Tonta, si eso lo hacen todos,
mas sin segunda intencion.

ESCENA VI.

ELISA y LUISA; D. PÍO, en traje de mañana y muy agitado, por el foro derecha. Este personaje ha de ser excesivamente calvo.

PIO. (Dentro.) Le esperaré, quiero verle.
LUISA. ¿Es él?
ELISA. No, es don Pío Manso.
LUISA. ¡Jesús!
PIO. (Saliendo.) Ustedes perdonen
si entré sin pasar recado.
ELISA. Ya sabe que esta es su casa.
PIO. ¿Sí? Pues dispóngame un cuarto
donde poder alojarme.
ELISA. ¿Está usted malo?
PIO. Muy malo.

¿Y don Enrique?
ELISA. Ha salido.
LUISA. Viene usted trémulo, pálido.
PIO. Lo extraño es que tenga aliento.
ELISA. ¿Qué le pasa?
PIO. Si en el caso
que yo estoy otro se viera
de fijo habría estallado.
ELISA. ¿Por qué?
PIO. Porque soy la víctima
del más terrible desahucio.
LUISA. ¡Qué caseros!
PIO. No; es mi esposa
la que á mí me ha desahuciado.
Si hubiera sido un casero
no sería el caso raro:
ya sabemos que su oficio
es cobrar ó dar desahucios.
sin que les importe un bledo
que sea diciembre ó mayo,
ni les enternezcan súplicas,
ni les conmuevan los llantos.
LUISA. (No pudo con ménos frases
hacer mejor un retrato.)
ELISA. ¿Fué su esposa?...
PIO. Esa es là causa
de todos mis sobresaltos.
Desde que me unió á Ventura
el vicario de San Marcos,
tan poca ventura gozo,
tal martirio estoy pasando,
que puedo decir que vivo
siendo el más desventurado
de cuantos séres alientan
en todo el globo terráqueo.
ELISA. ¿Está peor, ó se ha muerto?
PIO. ¿Morir?... ¡No la mata un rayo!
Sufrió cuatro pulmonías
y se libró de las cuatro.
Tuvo gástricas, el tífus,
el cólera-morbo-asiático,
viruelas, y aunque su cara

quedó hecha un empedrado
y su nariz más torcida
que si fuera un garabato,
ni el apetito, ni el génio
jamás en ella menguaron.

ELISA. ¡Es posible!

PIO. Tan posible,
doña Elisa.—Voy al caso.

LUISA. Me retiro.

PIO. No señora,
puede usté oir mi relato.
Mi consorte... ó mi martirio,
padece un fuerte catarro;
su voz más que voz humana
se parece á un contrabajo
de estar tose que te tose
con una fuerza del diablo,
de modo que ni ella duerme
ni dormir me deja un rato.
Anoche, lanzando gritos,
me dijo: «Vete escapado,
(Simulando la voz y maneras de su señora.)
dí á don Enrique que venga,
mueve esos piés, ¡mamarracho!»
Esta es la frase más dulce
que me dirigen sus labios.

LUISA. No es muy dulce.

ELISA. No por cierto.

PIO. Digo á ustedes que es un cardo.
Desde que quedó tan fea,
sufre de ver que á mis años
conservo cierto donáire (Contoneándose.)
que celebran mas de cuatro.
Prosigo: por don Enrique
venía, le encontré al paso,
y así que me oyó me dijo:
—Déle usté, y tendrá descanso,
un par de onzas de jarabe
de meconio.—Voy volando.—
Mañana pasaré á verla.—
Mil gracias.—Muchos recados.—
Se va, busco una farmacia,

pido el récipet, lo pago,
vuelvo á casa, se lo entrego,
lo bebe, y al poco rato
lanzaba tales ronquidos
que daban miedo á los gatos.

ELISA. Hasta ahora yo no veo
la causa de su quebranto.

LUISA. Ni yo.

PIO. Van á ver muy pronto
que no me lamento en vano.
Me hallaba yo esta mañana
tranquilamente peinando,
y oigo á mi mujer que dice:
«¡Que me traigan ese vándalo,
»quiero saltarle los ojos,
»que venga, quiero arañarlo!»
Voy averiguar la causa
de sus gritos destemplados,
y apenas me ve, me coge
más furiosa que un leopardo,
y me estampa en las narices
este papel condenado. (Sacando una carta.)

ELISA. (Ap. á Luisa.) (¿Será tu carta?)

LUISA. (Id. á Elisa.) (La misma.)

PIO. Oigan ustedes.

LUISA. Oigamos.

PIO. (Leyendo.) «Don Pío; si su ideal
»anoche fuí en el Real,
»dé al olvido tal memoria;
»fué una broma transitoria
»muy propia de Carnaval.
»Soy á mis principios fija;
»por eso, sin que me aflija,
»y aunque á usted cause dolor,
»le devuelvo la sortija
»que me dió en prueba de amor.
»No creo que usted me tache
»porque á su afan dí un desmoche
»al huir del baile anoche;
»si en su camino hice un bache
»fué por salvar un reproche.
»Muchas gracias por la cena,

»y crea que siento pena
»no poder pagar su celo
»con otra, si no tan buena,
»al ménos digna.—Consuelo.»

ELISA. (Ap. á Luisa.) (¡Consuelo!)
LUISA. (Id. á Elisa.) (Es nombre postizo.)
PIO. Esta es la alhaja. (Sacando una sortija.)
ELISA. (Ap. á Elisa.) (¿Ves claro?)
PIO. ¿Comprenden ustedes ahora
todo lo horrible del caso?
Ni anoche salí de casa,
ni yo bailo hace treinta años,
ni conozco á esa Consuelo,
ni tal sortija he entregado,
ni comprendo este embolismo
por más que me rompo el cráneo.
ELISA. Defiéndase usted.
PIO. Ya lo hice,
pero todo ha sido en vano.
Afirma que le dí un tósigo,
que el doctor no ha recetado,
á fin de que se durmiera
para escaparme á dar saltos:
y aunque los criados juran
que no salí de mi cuarto,
quiere ver á don Enrique,
por lo cual vengo á buscarlo;
y ha interrogado al portero,
y ha llamado al boticario,
y me ha expulsado de casa
tirándome varios platos,
la badila, un taburete,
un cesto y un candelabro,
diciendo, que como vuelva
sin un testimonio claro
que me proclame inocente,
de allí voy al campo santo.
(Se oye un fuerte campanillazo al foro.)
ELISA. Ya esta ahí.
LUISA. ¡Jesús!
PIO. Me alegro.
ELISA. Conozco el campanillazo.

Vénganse ustedes conmigo.

PIO. Quiero verle. (*Subiendo al foro.*)

ELISA. (*Conteniéndole.*) De aquí á un rato.
Le aseguro por mi vida
que va usté á quedar vengado.

LUISA. Pero Elisa...

PIO. ¡Yo no entiendo!...

ELISA. Que se pierde el tiempo, vamos.
(*Se van los tres por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, *muy sofocado, por el foro derecha.*

¡Uf, qué escena! Sudo á chorros,
estoy igual que un azud.
Quien diga que ya no hay lilas
es un solemne avestruz.
Yo lo soy, y el más completo
que existe de Norte á Sur.
Voy á la calle del Oso
por ver á Consuelo Estruch:
llamo, me dicen que pase,
entro corriendo, y... ¡Jesús!
me encuentro con una vieja
más antigua que el Talmud,
y con más pecas y arrugas
que raices un ombú.
Anonadado y perplejo,
en vez de decir; ¡abur!
le dije: la que yo busco
es jóven, y usted, segun...
No pude acabar la frase;
más fiera que Belcebú,
empezó á llamarme á gritos
soez, grosero y gandul.
Sale un caballero, intento
sincerarme, mas no hay mus:
el hombre, más furibundo
que Barbarroja y Dragut,
me propina un par de trompis
que me hacen perder la luz.

Huyo, cambiando el sombrero
por este, que es un baul,
y por fin dando más vueltas
que en la noria un arcabuz,
consigo llegar á casa,
jurando por mi salud,
que aunque hallara en adelante
á Judit, Estér ó Ruth,
que fueron, segun afirman,
de la belleza el *non-plus*,
tengo que ser un modelo
de castidad y virtud,
aunque en el pecho Cupido
me dispare un cañon Krupp.

ESCENA VIII.

ENRIQUE; ELISA, por la segunda puerta izquierda.

ELISA. (Aquí está. ¡Con cuánto gusto
le arañaría la cara!)
ENR. ¡Elisita!
(Con mucho cariño y ocultando el sombrero.)
ELISA. (Con mucha dulzura.) ¿Eres tú, Enrique!
ENR. El mismito en cuerpo y alma.
ELISA. ¡Qué alegría!
ENR. Ya estás viendo
que he cumplido mi palabra.
Hice solo las visitas
que juzgué más necesarias,
y sin perder un instante
me vine corriendo á casa.
No estoy bien más que á tu lado.
ELISA. ¡Ay!!
(Da un fuerte grito de ira poniendo las manos en actitud de arañar y se contiene violentamente.)
ENR. ¡Qué!
ELISA. Ya pasó. (Estirando los brazos.)
ENR. (Con mimo.) ¿Estás mala?
ELISA. Los nervios...
ENR. ¡Pícara atmósfera!

ELISA. (Con intencion.)
Hoy debe estar muy cargada.
Tambien tú sientes su influjo:
advierto en tí...

ENR. (¡Vírgen santa!)

ELISA. Me parece que estás pálido.

ENR. Pues hija, no siento nada.

ELISA. Fuiste á casa de don Pío?

ENR. Sí, mujer.

ELISA. ¿Cómo está?

ENR. En cama.

ELISA. ¡No me dijiste hace un rato
que su esposa es la que estaba
enferma?

ENR. ¡Cómo!—Sí... cierto...
(Se me enredan las palabras.)
Pues hoy la maldita gota
le impide salir de casa.

ELISA. ¡Ay!!! (Repitiendo el mismo juego que ántes.)

ENR. ¡Otra vez!

ELISA. (Reprimiéndose.) Es la atmósfera.

ENR. Toma tila.

ELISA. Eso pensaba.
¿Y el enfermo de ayer noche?

ENR. Se ha muerto.

ELISA. ¿Sí?

ENR. Esta mañana.

ELISA: Adios.

ENR. ¿Te vas?

ELISA. (Conteniendo su indignacion.)
Voy... por tila.

ENR. Bien; no dejes de tomarla.

ELISA. (Si me alcanzáran las fuerzas
ahora mismo le ahogaba.)
(Se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

Con la conciencia intranquila
es imposible vivir.

No tiembla más un malvado
al ver la guardia civil
como yo ante la presencia
de ese casto serafin.
Voy á esconder la tambora
de aquel feroz jabalí, (Cogiendo el sombrero.)
no sea que por su causa
se descubra mi desliz.
Me encuentro tan trastornado,
tan confuso y tan febril,
que al pobre que hoy le recete,
de fijo, le hago morir.
(Se va por la puerta derecha.)

ESCENA X.

D. PÍO, LUISA y ELISA, por la segunda puerta izquierda.

PIO. ¡Conque es la causa de todo
cuanto me sucede á mí!
¡Conque yo me encuentro inútil!
¡Zorro, trapalon, ruin!
ELISA. Tenga usted calma.
PIO. No puedo.
LUISA. Nuestro plan va á destruir.
PIO. Yo que soy un ser pacífico
como no hay dos en Madrid,
que ni he sido diputado
ni en tal tentacion caí,
cosa que muy pocos pueden
decir en este país,
me veo envuelto en un lío
por ese hipócrita vil.
ELISA. Le juro que sus pesares
muy en breve tendrán fin,
y brillará su inocencia
como el sol en el zenit.
LUISA. Sangre fria.
PIO. Si echo chipas,
si estoy hecho un polvorin.
Yo pensaba que era un santo
y es un astuto reptil.

ELISA. Él viene.
LUISA. Dejadme sola.
ELISA. Bien.
LUISA. Luégo usted. (Subiendo al foro.)
PIO, Lo haré así.
Mas si no atiende á razones
le armo la de San Quintin.
(Elisa y D. Pío se van por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XI.

LUISA; ENRIQUE, por la puerta derecha.

LUISA. ¡Enrique! (Con entonacion.)
ENR. ¡Santos del cielo!
LUISA. ¡Por fin consigo encontrarte!
ENR. (¡Es ella!)
LUISA. (Con decision.) Vengo á buscarte.
ENR. ¿Á buscarme?
LUISA. Soy Consuelo.
ENR. ¿Sí? Pues el mayor que ahora (Bajando la voz.)
me puede usted dispensar
es marcharse sin tardar.
LUISA. ¡Es posible!
ENR. Sí señora.
LUISA. Nunca esperé tal reproche.
¡Tirano! (Gritando.)
ENR. ¡Por san Eloy!
LUISA. ¡Ay, qué desgraciada soy!
¿Ya no te acuerdas de anoche?
ENR. No grite usted.
LUISA. Gritaré.
ENR. Tras que en la calle del Oso
tuve un disgusto horroroso,
¿viene usté á darme otro?
LUISA. ¡Qué!
ENR. En su palabra fiado
allí estuve por mi mal.
LUISA. (Si se encontró á don Marcial
buen tiberio se habrá armado.)

ENR. Allí me ví confundido,
cuando á usté encontrar creía,
entre una vieja...
LUISA. (Con exageracion.) ¡Mi tia!
ENR. Y un caníbal.
LUISA. ¡¡Mi marido!!
(Tempranito á buscar fué
la fruta de otro cercado.)
ENR. ¿Por qué ocultó usted su estado?
LUISA. Francamente, no lo sé.
Desde hoy todo mi contento
tú serás, no aquel zulú.
ENR. ¡Señora!...
LUISA. Háblame de tú,
no me des más tratamiento.
(Con mucha entonacion.)
Enrique, aunque sacrifique
algun tanto mi decoro,
¡ay, Enrique! yo te adoro,
no puedo ocultarlo, Enrique.
Enrique, en vano resisto,
Enrique, á mi amor profundo.
ENR. (No se puede en este mundo
ser uno guapo, está visto.)
Pues bien... (Con misterio.)
LUISA. Sigue, ¿qué te pasa?
ENR. Aunque me cause fatiga
es forzoso que te diga
que abandones esta casa.
LUISA. ¡Gran Dios, parece increible
que eso puedas tú decir!
¿Y á dónde voy á vivir?
ENR. Á la tuya.
LUISA. Es imposible.
Despues del paso que he dado
no puedo volver atrás;
quiero quedarme.
ENR. Jamás.
LUISA. ¿Por qué?
ENR. Porque soy casado.
LUISA. (Dejándose caer sobre una butaca.)
¡Me siento desfallecer!...

ENR. ¡Esto sólo me faltaba!
LUISA. ¿Y decía que me amaba!! (Pausa.)
¿Con quién? (Levantándose de pronto.)
ENR. Con una mujer.
LUISA. Si ha de lucir nuestra estrella
oye el plan que he concebido.
Vete y mata á mi marido
mientras yo la mato á ella,
y así podremos los dos
adorarnos mútuamente
y vivir tranquilamente
en paz y en gracia de Dios.
ENR. ¡Demonio! accion tan villana
jamás ejecutaré.
LUISA. Tonto, ¿te olvidas de que
el amor todo lo allana?
Cuando la pasion es honda
todo dique es baladí.
ENR. Consuelo, vete de aquí.
LUISA. ¿Dónde?
ENR. Á tu casa, á una fonda.
LUISA. No insistas, porque es en balde:
me quedo, estoy decidida.
ENR. Si no te vas en seguida
mando llamar al alcalde.
LUISA. Bien, así tendré ocasion
de delatar á un malvado
que astuto me ha secuestrado
las fibras del corazon.
No creas que sin castigo
tu conducta ha de quedar;
quiero venganza tomar
de tu falsía conmigo.
¡Ya el contento en mí rebosa
y áun no he empezado á vengarme!
Ahora voy á desmayarme
hasta que salga tu esposa.
Al instante, ya lo sé,
querrá la causa inquirir,
y yo, que no sé mentir,
la verdad le explicaré.
ENR. ¡Ella viene, santo Dios!

LUISA. Me alegro. (Sentándose.)
ENR. ¡Esto es un tormento!
Métete en este aposento,
despues saldremos los dos.
LUISA. Tu resolucion encomio.
ENR. Date prisa.
LUISA. (¡Pobrecillo!)
ENR. En cuanto pueda la pillo
y la llevo al manicomio.
(Encerrándola en la puerta de la derecha.)

ESCENA XII.

ENRIQUE; ELISA, por la segunda puerta izquierda.

ELISA. ¿Con quién estabas hablando?
ENR. (¡Vírgen santa del Pilar!)
¿No estás viendo que estoy sólo?
ELISA. Pues me equivoqué, no hay más:
me pareció oir dos voces
cuando venía hácia acá.
ENR. ¡Ya comprendo lo que ha sido!
¡Tiene gracia!!
ELISA. ¿Sí?
ENR. Verás:
es que yo cantaba un duo.
(Estoy sudando alquitran.)
ELISA. ¿Cantabas?... ¡Cosa más rara!...
nunca te dió por cantar.
Sigue, sigue, quiere oirte. (Con mimo.)
ENR. Mujer, si lo hago muy mal.
ELISA. Cualquier cosita; un cuarteto,
un concertante ó un vals.
ENR. (Bueno estoy para canciones
cuando apenas puedo hablar.)
ELISA. ¡¡Dios mio!! (Con mucha exageracion.)
ENR. ¿Qué te sucede?
ELISA. Tú ocultas algo.
ENR. No tal.
ELISA. Cuando algun español canta,
segun afirma el refran,
es porque está sin dinero

ó le agobia algun pesar.
ENR. Pues el refran por ahora
no te ha dicho la verdad.
Anda, vístete y saldremos.
ELISA. Si no hace sol.
ENR. Qué más da;
se toma un coche...
ELISA. Otro dia;
hoy creo que va á nevar.
Para el infeliz don Pío
será este tiempo fatal:
no es extraño que esté en cama
sin poderse menear.
ENR. ¿Has tomado ya la tila?
ELISA. Se me olvidó.
ENR. (Procurando alejarla.) Por piedad...
ELISA. No encontré el azucarero.
Ya recuerdo donde está;
en tu despacho.
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)
ENR. (Interponiéndose.) ¡Imposible!
ELISA. Deja que entre y lo verás.
ENR. No está allí.
ELISA. Te lo aseguro.
ENR. Lo he puesto yo en el vasar.
ELISA. (¡Cuánto gozará Luisa!)
ENR. Anda, que allí le hallarás.
ELISA. ¿Quieres tomarte una taza?
ENR. Gracias.
ELISA. Adios.
ENR. (Ya se va.)
ELISA. (Sufre como si estuviera
sobre el cráter de un volcan;
mas que pene, así el perjuro
purgará su liviandad.)
ENR. Hasta luégo, vida mia.
ELISA. Hasta luégo... (¡gavilan!)
(Se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, y á poco LUISA por la puerta derecha.

ENR. Parece que de los hombros
la cabeza se me va.
Si esa mujer no se marcha
veo perdida mi paz.
Sal corriendo. (Llamando á Luisa en voz baja.)
LUISA. (Saliendo.) ¿Dónde vamos?
ENR. Á Pequin, á Senegal.
LUISA. ¿Está muy léjos?
ENR. No, cerca.
(Me quisiera evaporar.) (Cogiéndola del brazo.)
LUISA. ¿Pero te vas sin sombrero?
ENR. ¿Dónde le dejé?... Aquí está.
Vamos.
PIO. (Dentro.) Conozco la casa.
ENR. (¡Don Pío, Dios de bondad!)
Escóndete.
LUISA. Pero...
ENR. (La mete en la puerta derecha.) ¡Escóndete!
Me faltaba este no más.
¡Maldita mil veces la hora
que puse el pie en el Real!

ESCENA XIV.

ENRIQUE; D. PÍO por el foro derecha.

PIO. ¡Mi querido don Enrique! (Levantando la voz.)
¿Cómo está usted, qué tal va?
ENR. Muy bien.—Hable usted bajito.
PIO. ¿Le ocurre á usted algo? ¿Qué hay?
ENR. Nada, vuélvase usté á casa
que luégo iré por allá.
PIO. Si es para ver á mi esposa
por hoy no hay necesidad.
¡Vengo loco de alegría! (Gritando.)
ENR. ¿Por qué? (Con suma impaciencia.)

PIO. Su tos pertinaz
se fué con lo que ayer noche
se dignó usted recetar.

ENR. Lo celebro.—Hasta otro rato.
(Llevándole hácia el foro.)

PIO. ¿Y doña Elisa?

ENR. Muy mal.

PIO. ¿Sí?... Pues no me voy sin verla.
(Sentándose.)

ENR. (¡Ya lo acabé de arreglar!)
Otro dia. Adios, don Pío. (Dando paseos.)

PIO. (Pretende echarme el truhan.)
¿Hombre, tiene usted hormiguillo?
¡Va usted de aquí para allá
como quien busca una cosa
y no la puede encontrar!

ENR. Es que tengo calentura.

PIO. ¡Pues hace un frio glacial.

ENR. Don Pío, aunque á usted le asombre
debo decir la verdad. (Con mucho misterio.)
Su presencia en esta casa
me perjudica.

PIO. ¡San Blas!

ENR. Ya le diré los motivos.
(Llevándole hácia el foro.)

PIO. (Quisiera poderle ahogar.)

ENR. ¿Quién viene? (¡Mi mujer, cielos,
si le encuentra qué dirá!)

PIO. Creo que está usted chiflado:

ENR. Entre usté aquí sin tardar.
(Conduciéndole al balcon.)

PIO. ¿En el balcon?

ENR. (Insistiendo.) Sí, corriendo.

PIO. ¡Jesús, qué barbaridad! (Resistiéndose.)
¿No ve usted que está nevando
y me voy á constipar?

ENR. Yo le curaré de balde;
son dos minutos no más. (Empujándole.)

PIO. Voy á parecer un mono.

ENR. Silencio, por caridad.
(Le encierra en el balcon.)
No puedo más; mi cabeza

no es cabeza, es un volcan.
¡Malditos sean los bailes,
y hasta el que inventó el bailar.

ESCENA XV.

ENRIQUE; ELISA, por la segunda puerta izquierda

ELISA. Aquí me tienes dispuesta
(Con mucho cariño.)
á estar contigo.
ENR. Me alegro.
ELISA. Ya que el dia me consagras
(Lo coge de la mano y se sientan en el confidente.)
en prueba de tierno afecto,
quiero pasarlo á tu lado
sin separarme un momento.
ENR. (¡Cómo saco ahora á los otros!)
(Se oye estornudar á D. Pío; Enrique tose, da un brinco y se sienta de nuevo queriendo ocultar su intranquilidad.)
ELISA. ¿Qué tienes? ¡Estás inquieto!
ENR. No, es el frio.
ELISA. En tu despacho
la chimenea está ardiendo;
vamos allí, y de seguro
te aliviarás.
ENR. Luégo iremos.
ELISA. ¡Qué dia! Cuando imagino (Con intencion.)
que quizá en este momento
sufrirá algun desgraciado
la nieve que está cayendo,
siento una pena muy grande.
ENR. (¡Si se habrá quedado yerto!)
(Mirando maquinalmente al balcon.)
ELISA. ¿Y tú?
ENR. Hablemos de otra cosa.
ELISA. Bien. ¿De qué quieres que hablemos?
Ya sé: dime cosas dulces.
ENR. ¿Yo?
(Se oye estornudar á D. Pío, Enrique va á levantarse y Elisa le contiene cogiéndole las manos.)

ELISA. (Con mucho mimo) Como en aquellos tiempos
cuando cruzando las manos
me jurabas por el cielo
que siempre fiel me serías
mientras tuvieras aliento.
asegurándome que era
tu sol, tu fe y tu consuelo.
(Se oye ruido de muebles en la puerta derecha.)
¿Quién ha entrado en tu despacho?
ENR. Nadie, vete.
ELISA. Quiero verlo.
ENR. Yo iré. (Oponiéndose.)
ELISA. Alguna cosa ocultas.
(Sube á la puerta derecha.)
ENR. (¡Pues señor, ya llegó el trueno!)
ELISA. ¡Una mujer!
ENR. ¡¡Un demonio!!
ELISA. Salga usted. (Sacando á Luisa.)
¡Hombre perverso!
(D. Pío, lleno de nieve, saliendo violentamente del balcon.)
PIO. ¡Yo estoy hecho ya un sorbete!
ELISA. ¡Don Pío!
ENR. ¡Cuadro completo!

ESCENA ÚLTIMA.

ENRIQUE, ELISA, LUISA y DON PÍO.

LUISA. ¡Una rival, santo Dios!
(Muchísima animacion hasta el final.)
PIO. (¡Buen tiberio se va á armar!)
ELISA. Habla.
LUISA. No dejes de hablar.
PIO. ¡Duro, duro!
ELISA. ¡Infiel!
ENR. (Queriendo marchar.) Adios.
PIO. Usted no sale de aquí (Deteniándole los trés.)
si la verdad no proclama:
pues ni yo estoy en la cama,
ni al baile anoche asistí,

ni quiero sufrir los daños
de su proceder aleve,
ni estar recibiendo nieve,
ni ocultar más sus engaños.

LUISA. ¿Si tienes otra mujer,
por qué turbaste mi calma
arrebatándome el alma
con juramentos ayer?

ELISA. ¡Sardanápalo!

ENR. ¡Delira!

PIO. Cayó usté en la ratonera.

LUISA. Á ver si encuentras manera
de probarme que es mentira.
¿No me juraste tu fe
al compás de un rigodon?
¿no te dí mi corazon?...
¿Qué hiciste de él?

ENR. No lo sé.

PIO. Ya confiesa.

LUISA. ¡Pierdo el seso!

ENR. (¡Cómo paro este conflicto!)

ELISA. Estás confeso y convicto.

ENR. Ni convicto ni confeso.
(Queriendo dominar la situacion.)
No comprendo esa acritud,
ni por qué culpado estoy,
cuando es sabido que soy
un modelo de virtud.
Mi deber solo me inspira
y él es mi norte y mi celo.

PIO. ¡¡Sátrapa!!

ELISA. ¡¡Vil!!

LUISA. ¡¡Maquiavelo!!

PIO. ¡Mira! (Poniéndole ante los ojos una carta.)

LUISA. ¡Mira! (Enseñándole una tarjeta.)

ELISA. ¡Mira! (Presentándole una sortija.)

LOS TRES. (Gritando.) ¡¡Mira!!

ENR. ¡Jesús!

ELISA. Todo te condena.

PIO. ¿Cura usté enfermos bailando?

ELISA. ¿Curas enfermos cenando?

PIO. ¡Prueba plena!

ELISA. ¡Prueba plena!
ENR. ¡¡Dejadme!!
PIO. ¡Nuevo don Juan!
(Con entonacion dramática.)
He aquí que vienen conmigo
los que tu eterno castigo
de Dios reclamando están.
ENR. Don Pío...
PIO. Inútil es que hable,
sin que ántes á mi mujer
no le haga patente ver
que usted solo es el culpable.
ENR. Prometo cumplir su anhelo
si es que algun mal le he causado.
(Á Luisa.) Consuelo ¡bien se ha vengado.
ELISA. La que miras no es Consuelo.
ENR. ¿No?
ELISA. Es mi amiga Luisa Mon
de quien mil veces te hablé.
La ví pasar, la llamé,
y descubrí tu traicion.
LUISA. Vamos, que haya una amnistía.
ELISA. Imposible.
LUISA. La darás.
ELISA. Volverá á pecar.
ENR. Jamás.
PIO. Tal vez no se pase el dia.
LUISA. (Á Elisa.) Esas son inocentadas
que ellos hacen... sin querer;
si te quieres convencer
interroga á las casadas,
y si te hablan sin engaño
deducirás de su arenga
que no hay una que no tenga
varios trajes de ese paño.
Sempiternos cazadores
no perdonan artimaña
para cazarnos con maña
por valles, prados y alcores,
sin que exista ni un casado
que se quiera cerciorar
que mientras él va á cazar

pueden cazar su vedado.
Haya paz, haya reposo:
(Á Enrique,) cuide usted más su clientela
sin pasar noches en vela
(Con intencion.) ni ver la calle del... Oso,
que así la casa hecha un cielo
constantemente verá,
y en Elisa encontrará
su verdadera... *Consuelo.*
Basta de moral por ahora;
pues la verdad, no quisiera
(Hablando precipitadamente.)
que á alguno se le ocurriera
decir que soy habladora.
¿Yo habladora?... ¡Dios me acuda!
No habrá quien por tal me riña,
pues sabes que desde niña
fuí poco ménos que muda.
(Movimiento de asombro en los tres.)
Mas ¡ay! en esta ocasion
quisiera tener la ciencia,
la inspiracion y elocuencia
del romano Ciceron,
para hacer una conquista
que anhelo con toda el alma,
por ser la gloriosa palma
que vida presta al artista.
(Coge á Elisa de la mano y se dirigen ambas al público.)
Ven y así me alentarás.
En tu bondad confiadas,
ya que tu fallo á dar vas,
pedimos cuatro palmadas,
tres, ó dos, ó... UNA Y NO MÁS.

FIN DE LA PIEZA.

A sus queridos amigos la s
igual Balbina Valverde y s
hermano el distinguido maest
D. Joaquin

El Autor

I DILLETTANTI.

I DILLETTANTI.

BOCETO CÓMICO,

MUSICAL HASTA CIERTO PUNTO. EN UN ACTO Y EN PROSA.

ORIGINAL DE

JAVIER DE BURGOS.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA el 25 de Noviembre de 1880.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.		ACTORES.
SIGNORA NINA ALICHI CIUPATTI, prima donna................	SRAS.	DOLORES FERNANDEZ.
MARÍA, esposa del tenor...		MARÍA TUBAU.
CLARETTA, doncella de Nina....		BLANCA PASTOR.
ANGELINI, tenor...............	SRES.	JUAN REIG.
CIUPATTI, esposo de Nina.......		RAMON ROSELL.
DON FILOMENO, músico pobre y pobre músico...............		RICARDO GUERRA.
DON PEPITO...................		JOSÉ RUBIO.
VIZCONDE.................. ...		ELÍAS AGUIRRE.
DILLETTANTI 1.º..............		RAMIRO LANDA.
DILLETTANTI 2.º..............		ENRIQUE MARTINEZ.
IL BUTTA-FORI................		MARIANO LA HOZ.

Época actual. La accion ha pasado, pasa y pasará.

La actriz encargada del papel de María hablará con acento catalan muy marcado. Los que hablan en italiano, procurando españolizarlo.

ACTO ÚNICO.

Dos habitaciones separadas por un pasillo, las cuales figuran ser los cuartos de dos artistas en el vestuario de un teatro. En la de la izquierda del actor, que es el cuarto de la prima-donna, un tocador con espejo grande y dos candelabros con luces encendidas. Sillas y sofá de lujo. Sobre el tocador una bandeja con botella y copas para agua: neceser y avíos de tocador. En el cuarto de la derecha, que figura ser el del tenor, muebles algo más modestos. Tocador de hombre con neceser y dos candelabros encendidos. Varios trajes de teatro colgados en perchas de pared. Ambas habitaciones tendrán las puertas de entrada por el pasillo.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen en el cuarto de la derecha, ANGELINI, vestido como para representar el papel de EDGARDO en la ópera *Lucía*. Se arregla el vestido mirándose al espejo y probando la voz de cuando en cuando, haciendo escalas y dando algunas notas. Á su lado MARÍA, sentada y demostrando estar muy contrariada y de mal humor. Ántes de levantarse el telon, la orquesta toca parte del rondó de *Lucía* ó algun otro motivo de esta ópera.

ANG. (Despues de dar algunas notas.) Per Bacco! Non só che mi passa qüesta sera!

MARIA. Te juro que se necesita valor para cantar de esa manera delante del público.

ANG. Ma carissima!

MARIA. No, si es que te has empeñado en ponerte en ridículo, en desprestigiarte.

ANG. Ma ho canttato il primo atto divinamente.

MARIA. Mentira! En el primer acto te has defendido á fuerza de recursos y de mímica; y en el segundo ya has visto lo que te ha pasado en la maldicion.

ANG. Ah!... la maledizione! Per volere dar il *si*!

MARIA. Sí, por querer dar el *si*, te ha dado el público un *no*, que se ha hundido el teatro! Y ¿por qué? Por dar gusto á la señora prima donna, que se empeñó en hacer su beneficio esta noche contra viento y marea, sin prevenir á ustedes y sin darte tiempo para ensayar una ópera como *Lucía*, que tú nunca sabrás cantar. Tú no puedes con *Lucia*.

ANG. Posso, posso!

MARIA. Sí, pozo: en uno te hubiera yo tirado de cabeza el dia que te comprometió la señora Nina, esa *eminente* tiple, que canta como un grajo.

ANG. Ah! non é vero: canta bene.

MARIA. ¿Que canta bien! Y te atreves á decírmelo?...

ANG. Tutto il público...

MARIA. No me hables del público! Á ella se le aplaude, porque no es fea, porque viste bien, porque tiene muchos amigos, que la den bombo.

ANG. Silenzio, Marietta!

MARIA. No me da la gana! Estoy furiosa con lo que está pasando!

ANG. Má ¿che passa!

MARIA. Pues digo! El teatro lleno de bote en bote: ella mimada, aplaudida, y... ustedes en cambio, silbados, pateados ó poco ménos.

ANG. Pateatto?... Á mé?... Aspetto il público nella aria finale.

MARIA. Ahí van á dar fin de tí!

Ang. Per Dio santo!...

Maria. Eres tonto de capirote!

Ang. (Volviéndose ofendido pero sin comprenderla.) ¿Comé capirotte?

Maria. Me estás haciendo desgraciada! Maldita sea la hora en que fuistes á Barcelona y te conocí!

Ang. (Maledetta!) (Ap.)

Maria. ¿No es verdad que te parece más bonita que yo la señora prima donna? Ah! (Con rabia.) Daría un dedo de la mano porque la silbaran ahora en el rondó. Ojalá!... (Óyense dentro grandes aplausos y bravos del público, que se supone algo distante del lugar de la accion. María furiosa se deja caer en una silla. Angelini, que pretende calmarla sin conseguirlo, vuelve á seguir arreglándose delante del espejo.)

Ciup. (Aparece por el pasillo haciendo grandes gestos de alegría y entra en el cuarto de la izquierda.) Oh, giusto celo! Come canta qüesta sera la mia divina Nina! Ogní nota é un brillante! É che entrata! Il teatro pieníssimo... il suo prodotto mi rotonda completamente... É, il... tonto de l'impresario se figura che ci lascieró cuatro milla reali che á avuto la poca vergogna di demandarmí. Si figura que io passaró per qüesta... primatta... Imbroglione. (Óyense algunos aplausos dentro.) Comincia la ovazione, l'intusiasmo del público! Vi saranno regalli di valori... andiamo... voglio sentire il finale del rondó. (Va á salir.) Ah! mi dimenticava il capuchone. (Toma un abrigo de señora de encima de una silla y se lo pone al brazo. Sale del cuarto y al pasar por delante del cuarto de Angelini, éste, al probar la voz, da un gallo.) Uy! che gallo!... Il público se lo mangiará qüesta sera per cena senza rissotto. (Váse por el pasillo.)

ESCENA II.

MARÍA, ANGELINI, en el cuarto de la derecha.

Maria. No he visto en mi vida público ménos inteligente.

ANG. Col túo genio, colle tue ridícole gelosie inconveniente, voy á rovinare la mia gola; gia lo vedi, sono ronco é mi rendi inutile! Oh furor!

MARIA. En cambio de eso el teatro y tú van á concluir conmigo!

ANG. Marietta!

MARIA. Me llamas María, que es mi verdadero nombre!

ANG. Bene, bene, Mariquitta, ti, (*Con dulzura*) ti prego nondarmi disgusti, molto piú cuando debo cantare.

MARIA. Digo! le parece á usted? Y me dices eso cuando te complaces en hacer todo lo que me contraría. Yo que soy complaciente, cariñosa... (*Cambiando de tono.*) Ah! y te aviso que no vuelvo á consentir que la des bromas á l doncella de Nina, ni que la hables al oido, ni que la mires.

ANG. Á Claretta?

MARIA. Á Claretta! Á esa jovencita desvergonzada, que es una coqueta de primo cartello. Anoche la abrazó el maestro delante de mí.

ANG. Mia cara, se il maestro la está preparando, perche dice que tiene magnifica voce.

MARIA. Tan bribon es el maestro como tú.

ANG. Má Dio mio! Basta, basta; lasciame sortire. (*Va á salir y María se lo impide*)

MARIA. Salir de aquí? Cuando te llamen á escena.

ANG. Marietta!

MARIA. Que no sales de aquí ó armo la gorda! Ya tú me conoces.

ESCENA III.

DICHOS, D. PEPITO, *por el pasillo y llamando á la puerta.*

PEPITO. Angelini!

ANG. Silensio!

MARIA. Adelante!

PEPITO. (Entrando y saludando á los dos.) Buona sera, caro amici!

MARIA. Hola, señor don Pepito, ¿cómo está usted?

PEPITO. Siempre al vostro servicio. Bravo Angelini ¿cómo estate?

ANG. Bene: ¿y voi, caro Pepino?

PEPITO. Io sonno constipatto.

MARIA. (Ap.) (Así tuvieras una pulmonía!) Y ¿qué es esto? Como no está usted oyendo el rondó á la beneficiada?

PEPITO. Si no he estado en el teatro. En este momento acabo de entrar en el vestuario y he venido derecho á vuestro cuarto. ¿Está cantando Nina el rondó?

MARIA. Ya estará concluyendo. No debe usted desperdiciar la ocasion, don Pepito.

PEPITO. La ocasion? (Esta es una pullita!) Marietta, ya sabe usted que la he dicho muchas veces que no soy entusiasta de la signora *Alichi-Ciupatti* y *ecco la prova*. Me parece que no me he dado gran prisa en acudir á su beneficio, ni demuestro tampoco gran interés en oir su *celebrado rondó*.

ANG. E vero.

PEPITO. Y tan *evero*. Ademas, amigos mios, y dicho sea esto *sotto voce*, y en confianza, el que ha oido cantar esta ópera á las primeras tiples del mundo *conochuto*, cómo ha de entusiasmarse con la señora Nina, (Bajando la voz.) que ni siente, ni dice, ni vocaliza, ni gorjea, ni corchea...

MARIA. (Interrumpiéndole despues de oirle con creciente satisfaccion.) Ni samicorchea!

ANG. Eh? (Volviéndose sorprendido de lo que oye.)

MARIA. Tiene usted razon, don Pepito; se conoce que es usted un inteligente y que ha oido usted mucho.

PEPITO. He oido todo cuanto hay que oir: desde el célebre Massini hasta Juan Breva.

ANG. Breva? Che é qũesto de Breva?

PEPITO. Y sobre todo, Marietta, no olvide usted que soy un verdadero *dillettanti*, y aunque no entiendo de música, tengo las orejas en su sitio y sé distinguir de voces y

estoy oyendo óperas desde que eché los dientes, y sostengo que esta prima donna es una soprano de carácter... ligero.

ANG. (Ap.) (Come la mia sposa!)

PEPITO. Sin puntos altos... ni bajos.

MARIA. Y con un registro central muy malo.

PEPITO. Malísimo! Desafinando!...

MARIA. Deplorablemente.

PEPITO. Artista, en fin, de... tercera clase.

MARIA. De perrera. Deme usted esa mano, don Pepito. (Se dan las manos.)

ANG. (Ap.) (Che stupidi!)

PEPITO. (Dirigiéndose á Angelini.) Esta noche te la consagro á tí, caro Angelini. Vengo á saborearte en el aria final de *Lucía*, de la que nunca me canso y que voy á oirte por primera vez.

MARIA. Como que hoy es la primera vez que la canta.

PEPITO. Qué *dicheste*? Nunca has cantado Lucía?

ANG. Mai, caro Pepino.

PEPITO. Hombre!

MARIA. Y le han comprometido á cantarla con dos malos ensayos y esta noche está muy ronco. Yo, en su lugar, ya hubiera puesto un anuncio al público suplicando indulgencia.

PEPITO. Cá! Esa gola vale un Perú. Ah! y entre paréntesis; supongo que habrá una gran entrada!

MARIA. No la ha de haber! Un lleno rebosado. Eso no se pregunta, don Pepito. Para trabajar un beneficio se pintan solos Nina y su marido. No tienen delicadeza, comprometen á todo el mundo... y se llevan los cuartos que es un primor.

PEPITO. Y ¿cómo va saliendo la ópera?

MARIA. Va saliendo... con trabajo. Éste, (Por Angelini) ha cantado como un artista.

PEPITO. Ya me lo figuro.

ANG. (Marietta!)

MARIA. Lo que es ella, fatal! Qué gritos! qué desafinacion!

PEPITO. Y ¿la aplauden?

MARIA. Muy poco. Desde que empezó el rondó, no hemos oido más que unas cuantas palmadas de los amigos y... (Óyense dentro grandes y prolongados aplausos y bravos que aumentan y disminuyen, figurando que llaman á una artista á la escena cuatro ó cinco veces. Durante este intérvalo tiene lugar una escena mímica en el cuarto de Angelini, haciendo exageradas demostraciones los personajes. María, furiosa: Angelini llamándola la atencion sobre los aplausos, y Pepito mediando. Se les dejará oir las frases del siguiente diálogo.)

MARIA. Todo eso es mentira! Yo sé lo que pasa en el teatro, don Pepito.

ANG. Che ovazione!

MARIA. Eso no es ovacion: todo eso le cuesta el dinero al señor Ciupatti.

PEPITO. Y ¡cómo aprietan!

ANG. Che entusiasmo!

MARIA. Y ¿á eso le llamas entusiasmo, estúpido?

ANG. Marietta! (Ofendido.)

MARIA. Qué? qué? qué me quieres decir?

ANG. (Oh! l'último giorno!) (Amenazándola.)

PEPITO. (Mediando y sentándose aparte con Marietta, á quien trata de calmar.) Pero ¿qué es esto, amigos mios? Vaya, ya se acabó todo. Oígame usted dos palabras y se convencerá de que...

MARIA, Tengo un marido que está en Belen, don Pepito!

PEPITO. Pero óigame usted! (Siguen hablando. Maria se tranquiliza poco á poco. Angelini, despues de quedarse un momento pensativo, continúa arreglándose frente al espejo.)

ESCENA IV.

DICHOS, CLARETTA, que viene cargada de ramos de flores y una corona muy elegante, entra en el cuarto de la izquierda momentos ántes de terminar los aplausos. Despues NINA vestida de blanco con el cabello suelto y como si acabase de cantar el *rondó de Lucía*. Tiene puesto un abrigo que le quita Claretta al entrar, y en las manos ramos de flo-

res que deja sobre el tocador. Detrás CIUPATTI y dos LACAYOS con librea, con dos bandejas llenas de estuches de alhajas, cajas y objetos de regalo y varios papeles de diferente color que figuran ser composiciones poéticas arrojadas á la artista.

CLAR. Bravo, signora, bravo; avete statto inspiratta!
NINA. Gracias, Claretta!
CIUP. Ah, caríssima mia; come abbiamo cantato qüesta sera
CLAR. (Dando una silla á Nina.) Riposátevi qüi, signora!
CIUP. Veramente ai canttato come un ángelo!
NINA. Ah! al fine lo conosce! (Con orgullo á Ciupatti.) Se avesi un marito procolo de la forza di un Stra-Kós, io pure, avrei la riputazione delle dive Patti ó Nilsson.
CLAR. Siete la regina del canto, signora!
CIUP. Bene, bene: lasciamo qüesto discorso. Vediamo i regali, (Ciupatti saca de un estuche un brazalete de oro.) Oh! Che bel brazaletto!
NINA. E molto bello! (Regalo del vizconte!) (Á Ciupatti.)
CLAR. E d'oro!
CIUP. E come pesa! (Pesándolo en el aire.)
NINA. (Abriendo otro estuche.) E qüesto medallone.
CIUP. Á vedere, vedere! (Tomándolo.)
CLAR. Qué precioso!
CIUP. E come pesa! (Pesándolo.)
CLAR. (Cogiendo la corona.) Qüesta corona é elegantíssima!
NINA. Pero qüesto non á valore! (Sin mirarla.)
CIUP. Ne peso.
CLAR. Ma per la gloria!
CIUP. Candida ragazza! (Haciendo una caricia á Claretta con disimulo.)
CLAR. (Ché amoroso é con mé!)
CIUP. (Con intencion.) (Come si lascia amare!) (Siguen hablando los tres y contemplando los regalos.)
MARIA. Pues yo le repito á usted que es una ovacion pagada, don Pepito.
ANG. Non lo credere; á aplaudito tutto il público.
MARIA. Otra vez? No me lleves la contra!

PEPITO. Calma, Marietta! (Qué pantera de Java!) Ah! Y ahora recuerdo. ¿No han leido ustedes lo que dice la *Revista* teatral del domingo, en contra de Nina?

MARIA. En contra de Nina?

PEPITO. Una paliza... crítico-diplomática de primer órden... Aquí está el periódico. (Lo saca.)

MARIA. Eso me consuela. Lea usted, don Pepito. (D. Pepito lee en voz baja. Durante la lectura María hace gestos de satisfaccion.)

NINA. E per lo meno, si sará fatti (Á Ciupatti.) cuatro mille franchi d'ingresso!

CIUP. Cuatro mille franchi? Lo meno cincue! Ah! carissima, é non sai que l'impresario vuole una... incautacione!

NINA. Di che? (Con mal modo.)

CIUP. Del nostro benefizio!

NINA. Del nostro benefezio? Ni un cuatrino! (Con rabia.)

CIUP. Bravíssima! (Asintiendo.) Un corno li daró!

NINA. Va súbito da parte mia é fatti dare il conto ben chiaro é vieni coll denaro, tutto il denaro!

CIUP. Io rispondo di tutto!

NINA. Che imbroglioni di impresario!

ESCENA V.

DICHOS, D. FILOMENO, modestamente vestido por el pasillo y llamando con timidez al cuarto de Nina.

FILOM. Dan ustedes su permiso?

NINA. Avanti.

FILOM. Aqui vengo á felicitar á usted, mi querida Nina.

CIUP. Signor Filemonio!

NINA. Oh mio amatto maestro! (Indicándole cariñosamente que se siente á su lado.) Sedétevi qui á mio lato.

FILOM. Estoy entusiasmado, loco de júbilo! Qué gran satisfaccion para mí, presenciar este triunfo despues de tantos años de no ver á ustedes.

NINA. Ah! qüesto me compiace piu di tutto!

FILOM. Sublime, Nina, sublime!

NINA. Abrete compreso che mi sono sostenuta sola!

FILOM. Y tan sola! Qué artistas, qué coro y qué orquesta!

CIUP. La orquesta infernale!

NINA. E il direttore che non só dove tiene la mano dritta! Mi ha compromesso varie volte!

FILOM. Ya lo he visto. Pero, qué violines! qué fagots!

NINA. E le trombe?

FILOM. Ah! las trompas! Á trompadas debían haber salido todos esta noche!

NINA. Che direttori, caro maestro, che direttori! é en cambio voi...

FILOM. Yo? Muerto de hambre, hija mia, sin haber podido conseguir el más humilde puesto en ninguna orquesta de España.

NINA. Póvero signor Filomeno!

CIUP. Il primo violino del mundo.

FILOM. Empeñado lo tengo en cincuenta reales.

NINA. E possibile!

FILOM. Sí, Nina, si; estoy en el *crescendo* de la desesperacion. Por esto tambien me había decidido á venir á ver á ustedes esta noche con objeto de pedirles...

NINA. Basta: (Cortándole la palabra repentinamente.) qüesta sera li parlo al direttore, al impresario, á tutto il mondo é conseguiró la vostra colocazione. (Desde este momento, tanto Nina como Ciupatti interrumpen á D. Filomeno para que no diga lo que desea.)

FILOM. Gracias, gracias, pero yo necesito...

CIUP. Oh! estate tranquillo, la mia Nina ví compiacerà.

FILOM. Bien, pero como no tengo...

NINA. Póvero maestro, un poco di pacenzia.

CIUP. Sí, caro maestro, contate con Ciupattí.

NINA. Contate con Nina.

FILOM. Pero si es que...

CIUP. Siete salvatto!

NINA. Siete salvatto!

LOS DOS. Siete salvatto!

ESCENA VI.

DICHOS, el VIZCONDE, DILLETTANTI 1.°, por el pasillo.

VIZC. Por aquí chico: verás qué mujer tan encantadora! (Llamando á la puerta del cuarto de Nina.) Se puede pasar?

NINA. Il Vizconte! (Á Ciupatti.) Apri la porta.—Signor Vizconte, passate.

VIZC. Incomparable Nina, deseaba ser el primero que tuviera el honor de dar á usted la más cumplida enhorabuena por su triunfo.

FILOM. (Qué contratiempo!)

NINA. Mille grazie, signor Vizconte!

VIZC. Ahora tengo el gusto de presentar á usted á mi querido amigo el señor don Querubin Locuáz, distinguido *dillettanti*, y uno de sus más apasionados admiradores, bella Nina.

DIL. 1.° Oh, sí! (Saludando.)

NINA. Vi sonno gratissima!

CIUP. (Indicando al Vizconde se siente cerca de Nina y quitándole á D. Filomeno su silla.) Vi prego; sedete vicino á la Nina... Con vostro permiso, signor Filomenio.

VIZC. Venimos entusiasmados. (Sentándose.)

DIL. 1.° Oh, sí!

VIZC. Es usted la primera *Lucía* del mundo!

DIL. 1.° Oh!

NINA. É favore di qüesto público.

VIZC. ¿Cómo favor? Justicia! justicia!

DIL. 1.° Oh, sí!

NINA. E un público gentilísimo!

CIUP. Inteligentísimo, de... primíssimo... primíssimo!...

VIZC. Este amigo mio, que acaba de visitar los primeros teatros de Europa, me decía hace poco que no había oido cantar en su vida como esta noche.

DIL. 1.° Ah, no!

NINA. Grazie, grazie!

VIZC. Y aparte de la voz y del talento, fíjate, amigo Querubin, en los encantos personales de esta sin igual artista.

DIL. 1.° Oh!

CIUP. (Volviendo la cara á otro lado.) (I percance del ofizio!)

NINA. Ciupatti, credo che debi vedere li impresario per... (Haciéndole señas á Ciupatti de que se vaya.)

CIUP. Sí, sí, lo credo che debo partire subito. Con vostro permesso, sigñor Vizconte. Á riverdeci, ¡singore. Addio, Filemonio! (Se saludan.) (Nina, mi fá, sudare.) (Al salir.)

NINA. Claretta!

CLAR. (Que habrá estado arreglando el tocador.) Signora!

NINA. Porta á mio nome qüesti (Dándole dos bouquets.) fiori á le signore del tenore é del baritono, (Sale Claretta con los ramos dirigiéndose al cuarto de Angelini.) Signor Vizconte, debo dare mille grazie por el lindissimo brazaletto che mi avete regalato.

VIZC. Por Dios, Nina, no hablemos de eso: es un recuerdo insignificantísimo.

CLAR. Signora Marietta, la mia signora (Entrando en el cuarto de Angelini.) me encárica di darci qüesto *boqué*! (Presentándole un ramo.)

ANG. Grazias. (Tomándolo.)

MARIA. Hola! un regalito. Y qué, ¿te ha hecho gracia este floreo de la señora prima donna?

PEPITO. (Qué mona es esta chica!) (Mirando á Claretta.)

CLAR. (Come mi guarda don Pepito! Ed é bello!)

ANG. (Ap. á María.) (Accetti, accetti!)

MARIA. (Que acepte, eh?) Mire usted, Claretta, la dice usted á su señora que agradezco mucho el recuerdo, pero que no estoy para flores.

CLAR. Qué dice?

PEPITO. (Anda, anda!)

ANG. Mia cara!...

MARIA. Sí, le dice usted que me duele mucho la cabeza y que me molestan los perfumes.

CLAR. Cosi ce lo diró. (Che poca educazione!)

PEPITO. Muy bien dicho! (Á Claretta.) (De caballería!)

CLAR. Sigñora... (Despidiéndose.)

MARIA. Abur.

PEPITO. (Adio, linda!) (Á Claretta.)

CLAR. (Adio, signor Pepito!) (Váse por el pasillo.)

ANG. Cosa ai fatto Nina?

MARIA. Conmigo no se divierte esa... señora!

CLAR. (Desde el pasillo.) Dove stará il direttore? (Váse. Se oye dentro una campanada anunciando el acto.)

ANG. La segnale! (Queriendo salir)

MARIA. No te apresures! (Le detiene.)

ANG. Ma, la campanata!...

MARIA. La campanada la voy yo á dar esta noche! Siga usted; don Pepito. (Para que la siga hablando.)

ANG. (Veddere qüesto é non morire! Ah! l'último giorno!)

VIZC. Sí, bellísima Nina, su voz de usted conmueve, entusiasma...

NINA. Cuánta amabilitá, signor Vizconte!

FILOM. (Al Dillettanti 1.° con quien ha estado hablando.) Está Nina tiene un porvenir brillante.

DIL. 1.° Oh, sí!

FILOM. En pocos años se ha hecho una verdadera artista.

DIL. 1.° Oh, sí!

FILOM. Sí. (Pues señor, está visto: este no pasa del *sí*... natural. Y da una gran nota para pedirle algo! Si yo me atreviera.) (Siguen hablando.)

VIZC. Admítame usted como intérprete de los sentimientos del público, y no nos abandone tan pronto.

NINA. Ah! Non é possibile, signor Vizconte. Dentro de pochi giorni, tengo que partire per Milano dove sono scrituratta.

VIZC. En Milan? Pues voy á ser más feliz que todos. Iré á Milan para tener la dicha de seguirla oyendo.

NINA. Davvero?

VIZC. Davero? No; al mismo Milan. Precisamente hace mucho tiempo que tengo vivísimos deseos de hacer un

viaje á Italia.

NINA. E, il paese delle arti!

VIZC. E del amore! (Con intencion.)

NINA. E verissimo! Voi siete... pericoloso! (Con gachonería.)

VIZC. Peri... qué?

ESCENA VII.

DICHOS, CIUPATTI por el pasillo, muy incomodado.

CIUP. Non é possibile pasare per qüesta birbonata! Anderó á vedere il gobernatore, al mio Nunzio, al mio cónsole... al diávolo! (Entra en el cuarto de Nina.) Ah! perdonatti, signori... Nina, due paroli con permesso...

NINA. (Che sucede?

CIUP. Che il birbante dil impresario se guarda mille franchi del nostro ingresso! Ci rúbba!

NINA. Che ci rubba? Da subito (En voz baja y con gran ira.) parte á la autoritá: arma un scandalo; é non tornare senza denaro! Comprendi, il denaro! tuto il denaro!)

CIUP. Perdonatti, signore: un negocio de importanza... (Disculpándose con el Vizconde y el Dilettanti.)

NINA. Poi dicerto. (Á Ciupatti. Ap.) (Disimuliamo!) Desídero dare un concerto prima de partire á benefizio dei poveri.

VIZC. Un beneficio para los pobres? Loable pensamiento!

DIL. 1.° Ah, sí!

FILOM. Qué gran corazon! (Llevaré parte!)

CIUP. Ma il impresario trova difficultá.

NINA. E inútile. Sono decisa á cantare gratis. Tutto per l'arte é per la caritá!

VIZC. Qué alma tan hermosa!

NINA. (Va per il denaro!)

CIUP. (Vado súbito! Sigñori, ritorno. Si non paga, bastonate! bastonate!) (Váse. Óyénse dentro dos campanadas.)

ANG. La seconda! (Queriendo salir.)

MARIA. Ten paciencia, hijo mio, ya te avisarán.

ANG. Bisogna che io veda la scena, che parli con il direttore...

PEPITO. Ya estoy deseando oirte!

ESCENA VIII.

DICHOS, el BUTTA-FORI.

BUT. Sigñor Angelini, preparáttevi vá sortire á scena. (Váse.)

PEPITO. Ea, amigo mio llegó la hora. Voy á aplaudirte. Mira, luégo vendré á recoger el gaban y á darte mi enhorabuena y un abrazo.

ANG. Gracias, Pepino, addio.

PEPITO. Hasta despues, Marietta. (Váse cantando un aire popular.

MARIA. Abur, don Pepito.

ANG. Mi dai una notte infernale! Ah! ah! ah! ah! (Haciendo escala musical.)

MARIA. Tú has tenido la culpa!

ANG. Io? (Poniéndose la espada y el sombrero.)

MARIA. Y te vas á acordar de mí.

ANG. (Sin hacerla caso canta á toda voz la siguiente frase del fina de *Lucía.*) *Rispeta al men le ceneri!*

MARIA. No respeto nada en el mundo!

ANG. Ah! (Sin mirarla.) Maledizione! condenazione! (Sale desesperado. María le sigue.)

VIZC. Una sola palabra, y le prometo conseguir la apertura de ese abono.

NINA. E dificile.

VIZC. Nada hay difícil en el mundo, bella Nina. Detenga usted su viaje y es asunto resuelto.

NINA. Mas é l'impresario? Io credo che non tiene un centésimo.

VIZC. Y ¿qué importa el empresario? Diga usted sí, y hay nueva empresa desde este momento.

NINA. Da qüesto momento?

VIZC. Sí, porque el empresario sería yo.

NINA. Voi?

VIZC. Moi: es decir, yo con muchísimo gusto. (Se oyen tres campanadas.)

FILOM. (Hablando con el Dilettanti 1.°) Va á empezar el acto cuarto.

DIL. 1.° Sí.
FILOM. El aria final.
DIL. 1.° Sí.
FILOM. (Nada; está visto. Es imposible entenderse con este mono... sílabo!)
VIZC. Se decide usted?
NINA. Vedremo, signor Vizconte. (Il negozio é superbo!)

ESCENA IX.

DICHOS, D. PEPITO y DILLETTANTI 2.° por el pasillo dirigiéndose al cuarto de Nina.

PEPITO. Sígueme, chico; yo tengo aquí vara alta. Verás qué linda y qué simpática es!—Signora Nina! (Llamando.)
NINA. Entrate.
PEPITO. Pasa, amigo mio.
NINA. Oh! signor Pepino! (Todos se ponen de pie excepto Nina.)
PEPITO. Mi más cumplido parabien: (Á Nina.) mi más entusiasta enhorabuena!
NINA. Gracias, gracias.
PEPITO. Avete cantato mejor que nunca. Má qué digo? Come siempre, come siempre!
FILOM. (Hay quién come siempre!)
PEPITO. Permítame usted ahora, gentilíssima Nina, que tenga l'onore de presentar á usted á mi excelente amigo el señor don Apolo Rima, poeta distinguido y amante apasionadísimo del bel canto.
NINA. É un onore per mé il conoscerlo.
DIL. 2.° Alta y señalada honra para mí.
NINA. Gracias.
PEPITO. Ah! Nina, me avette fatto feliche qüesta sera, perque, perque... (No encontrando palabra se vuelve á los demás.) Caracoles! qué bien ha cantado esta mujer esta noche! Pero, señores, siéntense ustedes. Adios, señor Vizconde!
VIZC. Servidor. (Me carga este tipito!) (Saludando como lo habrá hecho D. Pepito.)

NINA. (Mirando á D. Filomeno.) Sento chenon stíano piú cómodi.
FILOM. (Aquí sobra uno.)
NINA. Caro maestro, é cosí píccolo qüesto camerino!...
FILOM. (Más claro, agua!) No, yo me voy para que estén ustedes con mayor comodidad.
NINA. Cuánto lo sento!
FILOM. Nada, Nina, pues no se disguste usted por esto.
NINA. Non mi olvidate.
FILOM. Eso nunca... (Y esta noche ménos!)
NINA. Non dimenticheró il vostro asunto.
FILOM. Muchas gracias. Señores, servidor de ustedes. (Sale del cuarto.)
NINA. Addío. Póvero maestro!
FILOM. (Parándose en el pasillo y dirigiéndose al público.) Pues señor, no me queda más recurso que el tenor. Dios lo saque en bien esta noche! (Váse. Mientras D. Filomeno dice lo anterior en el pasillo, se sientan todos en el cuarto de Nina, colocándose el Vizconde á la derecha de D. Pepito, y á la izquierda de D. Pepito el Dillenttanti 1.° y 2.°)
PEPITO. Non posso explicar á usted el placer vivísimo que he experimentado oyéndola cantar el rondó! Qué interpretacion tan magistral! Estoy ronco de gritar á usted brava! ¡brava!
VIZC. Quién puede oir esa voz sin entusiasmarse!
PEPITO. Y qué manera de *afilar* las notas!
DIL. 2.° Y qué modo de *omitir* la voz!
NINA. Sono piena de gratitúdine é mai dimenticheró qüesto público é gli amicci, che mi anno festeggiata piú che mérito!
PEPITO. En cambio Nina puove dechire voi, que en nostra nacione saró eterno vostro ricordo.
DIL. 1.° Oh si!
DIL. 2.° Per secula seculorum!
VIZC. (Necesito aprender el italiano. Todo el mundo lo sabe.)
DIL. 2.° Y esta noche ha tenido el público un verdadero sentimiento al saber que muy en breve ha de eclipsarse en nuestra escena uno de los más espléndidos soles del di-

vino cielo del arte. Una de las más predilectas hijas de la dulce Euterpe.

PEPITO. Es muy cierto; y yo, por más que cometa una indiscrecion, puedo declarar que hay entre los abonados una terrible *conspirachione*, con objeto de pedir al empresario interceda con la señora Alichi y tome esta parte en una última funcion, cantando. «*La Cenerêntola.*»

VIZC. Muy bonita ópera!

DIL. 2.° *La Cenerêntola*?

PEPITO. *La Tarántula* en español.

DIL. 2.° Ah!

PEPITO. Es ópera antigua. Yo no la recuerdo bien.

VIZC. Tiene una música que se pega mucho.

NINA. É mio spartito prediletto, ma non credo facile farla con qüesta conpagnia.

VIZC. Y por qué?

NINA. Perche qüesti artisti non lo conoscano.

VIZC. Que la aprendan.

NINA. Oh! il tenore di sicuro si negará.

VIZC. Es una calamidad este pobre tenor! Yo que he oido los mejores del mundo!

DIL. 2.° Y yo tambien. *Que espíritu gentil* el de Gayarre!

VIZC. Ah! ¿*y la donna inmobile* de Nicolini?

PEPITO. Pues ¿y *la madre infeliche* de Tamberlick?

DIL. 2.° Se le ha oido muchas veces. Sobre todo cuando da el *Do*.

PEPITO. Aquí no hay artistas! Qué bajo, qué barítono!

DIL. 2.° Y sin embargo, se olvida todo, oyendo esa divina voz que seduce, inspira...

PEPITO. Y á propósito de inspiracion, Nina, ¿ha leido usted los versos que le han arrojado al presentarse en escena?

DIL. 2.° Qué vas á decir, chico? (Haciendo señas á Pepito.)

NINA. No ancora: li tengo, é li (Señalando al tocador dónde tiene los versos.) vedró con molto piacere in casa.

PEPITO. Pues perdóname la nueva indiscrecion, querido Apolo. Señores, he aquí el autor de esos verses. (Poniéndose en pie y señalando al Dilletanti 2.°)

NINA. Ah! ¿E qüesto signore l'autore?—Mille grazie!

VIZC. Este caballero es el autor de la poesía? Se han ocupado de ella en todos los pasillos del teatro.

DIL. 2.° Mucho celebraría que agradase.

VIZC. Y por lo que he visto debe ser una composicion festiva?

DIL. 2.° No, no señor: es cosa séria.

VIZC. Sí? (Pues ¿de qué se reirian?) (Ap.)

NINA. Con cuanto piacere la sentirei dal istesso autore.

VIZC. Si quisiera complacernos...

DIL. 1.° Oh! si!

DIL. 2.° Advierto á ustedes que no sé leer.

VIZC. (¿Qué no sabe leer?)

PEPITO. No se te admiten las excusas.

NINA. Prendete. (Al Dillettanti 2.° Dándole un ejemplar de los versos que toma del tocador; Pepito coge un candelabro con el que alumbra durante la lectura.)

VIZC. Algo darían algunos por estar en su caso de usted. (Mirando á Nina.)

NINA. Ah! signore Vizconte, siete molto gentile!

DIL. 2.° Leo, pues, pero... suplico indulgencia.

PEPITO. Oite, Oite! (Imponiendo atencion.)

DIL. 2.° (Despues de toser, empieza á leer despacio con mucho énfasis y entonacion.)

Á la eminente y distinguidísima prima donna, Signora Nina, Alichi-Ciupatti, en la noche de su beneficio. Silva.

PEPITO. Todo se lo merece! (Mirando á Nina.)

VIZC. Eso y mucho más!

DIL. 2.° (Leyendo.) «Tu voz arroba, tu expresion conmueve!»

VIZC. (Arroba?) (Ap. á Pepito con extrañeza.)

PEPITO. (Al Vizconde con rapidez.) (La arroba? Unos once kilos.)

DIL. 2.° «Hija del arte tú ¿qué más decirte?»

PEPITO. Es verdad.

DIL. 2.° (Leyendo.)

«Apenas tu pie breve
»pisa la escena lírica, á aplaudirte

»el mundo entero con calor se atreve.»

VIZC. Muy bien hecho!

DIL. 2.° «Calandria, ruiseñor, volátil cisne,
»que con la voz el sentimiento agotas,
»tus ecos ¡ay! en la region se pierden
(Al decir ¡ay! con acento lastimero todos hacen un movimiento.)
»do giran tantos soles,
»y pruebas y demuestras y denotas
»que tienen tres bemoles,
»tu *fá*, tu *ré*, tu *mí*, todas tus notas!»

PEPITO. (Entusiasmado.) ¡Perfectamente dicho, caracoles!

DIL. 2.° (Sigue la lectura.)
«Sigue del genio esplendoroso, oh Nina,
»la senda rutilante;
»ríete de esta vida transitoria,
»y la trompeta dulce y resonante
»de la fama ambulante,
»abra el alcázar de tu eterna gloria!»

NINA. Bene, benísimo!

PEPITO. Bravísimo!

VIZC. Bravo! bravo!

DIL. 1.° Oh! bien, bien. (Casi todos á un tiempo y aplaudiendo. Durante este rápido diálogo, óyense dentro voces, golpes y algunos silbidos.)

DIL. 2.° Muchas gracias, señora!

NINA. Bella inspiracione!

VIZC. Muy bonitos versos!

PEPITO. Cuando yo lo digo! Es un gran poeta! Tiene mucho talento! Es un... Á ver, silencio! (Ántes de estas últimas palabras de D. Pepito cesa dentro el ruido.)

DIL. 2.° Qué?

PEPITO. Me pareció haber oido... (Prestando atencion.)

NINA. Io pure.

VIZC. Ha sido ruido de aplausos. Habrá terminado la ópera.

PEPITO. Pero han sido aplausos? Entónces ha gustado el aria final.

NINA. Póvero Angelini, mi ralegro.

PEPITO. Y yo tambien.
DIL. 2.° Y yo!
DIL. 1.° Y yo. (Siguen hablando.)

ESCENA X.

DICHOS, ANGELINI, pálido, descompuesto y con el cabello en desórden, entra en su cuarto y se deja caer en una silla. Despues MARÍA y D. FILOMENO.

ANG. Sonno silbato! Perdutto! Arrovinatto! Maledetto direttore! Assino!... Stupidi!...
MARIA. (Acercándose á él cen mucha calma.) Ya lo ves, te han reventado!
ANG. Ancora Marietta!
MARIA. Ahí lo tienes! Toma, Lucía!
FILOM. (*Consolatus aflictorum.*) Estas cosas no hay que tomarlas á pecho, querido Angelini: ya con usted van siete tenores silbados y no será usted el último!
ANG. E il maestro imbecille che mi a detto che non ha datto (el *sí*! Si che lo datto, lo datto), lo datto per Dio!
FILOM. Lo ha dado usted.
MARIA. Sí, lo habrá dado, pero el público no lo ha recibido.
VIZC. Las doce! (Mirando el reloj.)
DIL. 2.° Las doce ya?
VIZC. Sí señor; yo me retiro. (Levantándose.)
PEPITO. Sí, sí, vámonos. Nina tiene que desnudarse: querrá descansar.
NINA. Per me, potete restare ancora.
VIZC. No, no: ya en muy tarde. Adios, Nina: no olvide usted lo prometido.
PEPITO. Bellísima Nina... (Saludando y despidiéndose.)
DIL. 2.° Señora...
NINA. Ho avuto il piacere di conos cervi: contatte con una amica.

DIL. 2.° y DIL. 1.° Gracias, gracias! (Saludando.)

PEPITO. Á domani!

VIZC. Adios!

NINA. (Despidiéndose hasta la puerta.) Addio! addío! (Variando de tono al quedarse sola.) Uf! finalmente sono partiti! (Se prepara á arreglarse frente al tocador.)

PEPITO. (En el pasillo.) Un momento, señores. ¿Vamos á dar la enhorabuena al tenor? Esto les gusta mucho á los artistas.—Angelini! (Llamando.)

MARIA. Adentro.

PEPITO. Entren ustedes.—Vengo á darte el abrazo prometido.

Has estado sublime!

ANG. Eh?

MARIA. Don Pepito!

VIZC. Ha cantado usted muy bien!

DIL. 2.° Perfectamente!

DIL. 1.° Oh, sí! (Grande admiracion en Angelini, María y D. Filomeno.)

ESCENA FINAL.

DICHOS, CIUPATTI siguiendo á CLARETTA: CIUPATTI trae en la mano un talego con dinero que sujeta para que no suene.

CLAR. Signore, lasciatemi!

CIUP. (En voz baja.) Silencio, silencio, che Nina puo sentirci! (La coge la mano.)

CLAR. Pero, signore! La mía mano! (Queriendo retirarla.)

CIUP. Bella Claretta! (Besándosela.)

CLAR. La signora é vicina. Lasciatemi!

NINA. ¿Che pasa? (Que se asoma al sentir el ruido; Charetta echa á correr.)

CIUP. Il denaro! il denaro! (Cambiando de posicion y para disimular presenta el dinero.)

NINA. Tutto?

CIUP. Tutto! (Entra en el cuarto de la izquierda y cierra,)

ANG. Ma voi mi avete sentito?

PEPITO. Ya lo creo!

VIZC. Y hemos aplaudido mucho!

DIL. 1.° Y le hemos hecho salir á escena!

ANG. Á me? (Con acento exagerado.)

FILOM. (Ave María Purisima!) Yo me escurro!) (Sale al pasillo; en este momento se cae el saco de dinero que trajo Ciupatti y D. Filomeno que se retiraba, cambia de direcion acercándose al cuarto donde se pone á escuchar y llama. (Ah! Nina.) Nina y Ciupati hacen señal de silencio.)

MARIA. (Sin poder contenerse.) Pero, señores: ¿se están ustedes divirtiéndose con él? No han visto que le han silbado?

PEPITO. Eh?

VIZC. Cómo? (Casi á la vez y muy aturdidos.)

DIL. 2.° Qué?

DIL. 1.° Oh!

PEPITO. Chico, perdona, no te hemos oido. Nuestro buen deseo...

DIL. 2.° Nuestro síncero afan...

VIZC. La mejor intencion...

MARIA. Sí, se conoce á la legua!

PEPITO. Adios, Angelini, no te apures por esto?

VIZC. Nada: no se apure usted! Buenas noches!

DIL. 2.° Qué público tan exigente! (Vánse todos en tropel hablando todos á la vez como indignados.)

PEPITO. Pobres artistas!

MARIA. Y de todo tiene la culpa la señora prima donna! Lo que es esta noche no me acuesto yo sin decirle cuantas son cinco! (Angelini anonadado en una silla. María da vueltas por el cuarto llena de ira y dando golpes con todo lo que trata de arreglar.)

FILOM. Nina!... Nina!... (Con voz lastimera y tocando suavemente.)

NINA. Ah! caro maestro; perdonatte, non é posibile entrar!

CIUP. Domani signor Filomeno, donmani!

NINA. y CIUP. Siete salvato! siete salvato!

FILOM. Salvado?... Qué estoy salvado?... (Dirigiéndose al públco.)

Habla tú en esta ocasion,
que aquí no hay más salvacion
para un júbilo completo,
que el que alcance este boceto
tu indulgente aprobacion.

(Al bajar el telon, la orquesta toca la última parte del aria final de *Lucía.*)

FIN.

A los queridos amigos la
distinguida actriz Dª Balbina
Valverde y su hermano el apla-
dido y popular maestro D.
Joaquín El Autor

EL CENSO DE POBLACION

EL CENSO DE POBLACION,

SAINETE

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

JAVIER DE BURGOS.

Representado con gran éxito en el Gran Teatro y en el Teatro Principal de Cádiz, en Marzo de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.	ACTORES.
	En el Gran Teatro.	*En el Teatro Principal.*
ROSA...........	SRTA. VILLAAMIL....	SRTA. BALLESTEROS.
MANUELA......	SRA. LOMBÍA........	SRA. VALVERDE.
SEÑÁ PEPA....	SRA. BUZON........	SRA. CALMARINO.
LOLA..........	SRA. LOPEZ.........	SRTA. GALINDEZ.
JUANA.........	SRTA. VALLADARES...	SRTA. MENENDEZ.
PACO..........	SR. ESPINOSA (C)....	SR. MARIO.
DON RAFAEL...	SR. TAMAYO (V).....	SR. ZAMACOIS.
NICOLÁS........	SR. ESPINOSA (J).....	SR. BALLESTEROS.
UN MUNICIPAL..	SR. ALTARRIBA......	SR. RUBIO.

La accion pasa en una casa de vecindad el dia 1.° de Enero de 1878.

ACTO ÚNICO.

Sala pobre. Á la derecha una mesa: una cómoda junto á la pared del fondo á la izquierda de la puerta: encima un cuadro con una imágen, y delante de este una mariposa encendida. Cuatro puertas laterales, dos á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, MANUELA que sale por la primera puerta de la izquierda.

MAN. Buenas tardes, señá Rosa.
ROSA. Muy buenas, señá Manuela.
MAN. Usté va á decí que siempre
vengo con una jaqueca
cuando usté está en su trabajo.
ROSA. No, vecina, usté es muy dueña
de vení á estos cuartos siempre
que necesario le sea.
(Qué mujé más fastidiosa!) (Ap.)
MAN. Pues verá usté si de veras
ó no con razon me quejo.
ROSA. (Mardecías sean tus quejas.) (Ap.)
MAN. Yo sé bien que en este mundo
las gentes no son perfectas
y que er que más y er que ménos,
por más pájaros que tenga,
prevalica, que no hay casa

que no tenga sus goteras.
Pos verá usté, yo tendré
los defectos á docenas...

ROSA. Vecina!...

MAN. Si lo conozco
y lo igo con franqueza.
Yo sé que tengo mar genio
y que se me va la lengua
las más veces.

ROSA. (Ap.) (No, las toas.)

MAN. Pero naide hay que se atreva
á decí de Manolita
Colindre que se entretenga
llevando y trayendo chismes
y hablando é vidas ajenas.

ROSA. Y eso á qué viene, vecina?

MAN. Viene á que en la casa esta,
donde hay tantísimo lio
entre varones y hembras,
por lo mismo que yo soy
la mesmisima pruencia,
sé han empeñao los vecinos
en que yo tome la puerta,
porque entre la gente mala
siempre estorba la que es buena.

ROSA. Pues yo no sé una palabra
é náa é lo que usté me cuenta.

MAN. Ay! porque usté, señá Rosa,
está en babia, no se ofenda!
Esta mañana por poco
no tengo una pelotera
con Juana la tartamúa:
ha visto que me requiebra
el feróstico de Paco,
su marío... ó lo que sea,
y vino con las narices
hincháas pa buscá contienda,
diciendo que yo le hacia
burla y que hablaba de ella
y que...

ROSA. Tiene usté unas cosas
de niña.

MAN. Pues yo soy vieja?
ROSA. Digo de niña chiquita,
vecina, tenga usté flema.
Usté misma sin saber
arma las marimorenas.
Desde que amanece Dios
anda usté po esas viviendas
oliendo á ver donde guisan,
y no es extraño que crean
que á usted, vecina, le gusta
lo que á usted no le interesa.
MAN. Eso es decir que yo soy...
ROSA. Un poco curiosa, ea;
y eso no es crimen.
MAN. Lo é,
y yo siempre he sido opuesta
á saber lo é los demas,
y aquí sepa usté, casera,
que sin preguntar se sabe
der pié que cáa uno cojea,
y aquí hay muchas...
ROSA. Ya va usté
á fartá, señá Manuela.
MAN. Tiene usted razon, me callo,
porque si suerto la lengua...
En fin, vamos al asunto
que me ha hecho venir á verla.
ROSA. Diga usté.
MAN. Yo traigo aquí
er papé que ayer, casera,
(Saca una cédula de inscripcion del censo.)
nos dejó er municipal,
pa que sus nombres y señas
pusieran tóos los vecinos.
No es er padron?
ROSA. Es la cédula
de inscripcion pa hacer el censo,
y hoy vendrán á recogerla
sin farta. La trausté lista?
MAN. No, señá Rosa, eso era
er favó que iba á pedirle;
como usté escribe mu suelta

y mu claro... y como á mí
se me ha echao á perdé la letra,
y...

ROSA. Ya entiendo; traiga usté,
porque esa es cosa ligera.
(Coje la cédula, trae de encima de la cómoda avios de escribir que coloca en la mesa y se sienta.)
Yo le iré á usted preguntando
y usté, vecina, contesta.

MAN. Güeno.

ROSA. Pero sin mentir,
porque esta es cosa muy seria.

MAN. (Ap.) (Que ancha se pone la tonta
porque sabe escribir.)

ROSA. Ea,
su nombre y sus apellíos,
que es lo primero.

MAN. Manuela
Colindre...

ROSA. (Escribiendo.) Colindre...

MAN. Y Sanchez.

ROSA. Ahora el sexo que usté tenga.

MAN. Y qué es eso, señá Rosa?

ROSA. Ponerle á usté aquí si es hembra
ó varon.

MAN. Cómo varon?
Po si me llamo Manuela
se iba á figurá el arcarde?...

ROSA. Pues esto es lo que aquí reza.
(Despues de escribir.)
La edad. ¿Qué edad tiene usté?

MAN. Yo tengo... Por primavera
voy á cumplí diez y nueve.

ROSA. Diez y nueve?

MAN. Ay, qué extrañeza!
Pos qué edad crée usté que tengo?
Quié usté que vaya á la iglesia
po la fé é bautismo?

ROSA. No.
(Escribe.) «Diez y nueve.» (Qué pantera!)
Ahora el estado civil:

diga usté lo que usté sea.

MAN. Lo que yo soy?

ROSA. Si señora;
si es casada ó si es soltera...

MAN. Ah, ya!... Ponga usté viuda.

ROSA. (Escribiendo.) (Er demonio que te crea.)
Ahora hay que poné el por qué
vive usté en la casa esta.

MAN. Por qué vivo yo?... Ay qué gracia!
por el parné que me cuesta,
señá Rosa.

ROSA. Si no es eso.
si es declará si es parienta
de arguno, ó si vive sola.

MAN. (Un exámen de concencia
paese esto.)

ROSA. (Escribe.) Pondré... «vecina.»
Ahora aquí, lo que se sepa
de leer y de escribir.

MAN. Yo sé pa mi conveniencia
lo bastante, ponga usté
que tengo mu mala letra
y que leo despacito.

ROSA. (Fijándose en la cédula y leyéndola.)
Pare usté. «Se manifiesta
por medio é... las parti... cúlas
«*Si* y *no*...»

MAN. (Ap.) (Ya esto á mí me apesta!)

ROSA. (Leyendo la cédula.)
«La istru. .cion que se posee
ó la carencia de ella.»

MAN. Escriba usté lo que he dicho.

ROSA. No, vecina, aquí se ordena
er que se ponga á tóo er mundo
si y *no* en la casilla esta.

MAN. *Si* y *no*?

ROSA. Muy claro lo dice.

MAN. Pero y así, quién se entera
de lo que sabe cáa uno?

ROSA. Esas no son cuentas nuestras.

MAN. (Ap.) (Si estará señá Rosita
con toas estas cuchufletas

ivirtiéndose conmigo!)

ROSA. Seguimos?

MAN. Cuando usté quiera.

ROSA. Vamos á ve. «Religion.»

MAN. Religion? Cristiana neta.

ROSA. Y católica, apostólica,
romana.

MAN. No, chiclanera.
(Véase la notá al final)

ROSA. Eso será pa despues.

MAN. (Ap.) (Jesús y cuánta tontera
pa náa!)

ROSA. Vamos á otra cosa.

MAN. (Con sorna.) Quea más otoavía?

ROSA. Quea.

MAN. (Esta mujé está de guasa
y le vía á sortá dos frescas!)

ROSA. (Leyendo.) «Defectos físicos.»

MAN. Qué?

ROSA. Diga usté los que usté tenga.

MAN. Yo?

ROSA. No tiene usté ninguno?

MAN. Hombre, la pregunta es buena!

ROSA. Es que á usté no se le ve
tóo el cuerpo, señá Manuela.
y pudiea ser...

MAN. Señá Rosa
pus ya no paso por esa.
Usté está abusando mucho
ya de mi condescendencia,
y ahí no se pide náa de eso
ni ar gobierno le interesa
er que una tenga una farta
ó una sobra; y si usté piensa
que se va á ivert'r conmigo
sepa usté, señá casera,
que tiene usté poca gracia
y que es usté mu pureta.

ROSA. Yo puró? (Levantándose.)

MAN. Venga er papé. (Le quita la cédula.)

ROSA. Vecina, es usté muy bestia.

MAN. Si lo he dicho, si no puedo

viví yo en la casa esta!
ROSA. Pero mujé!
MAN. Señá Rosa,
que no sirvo de burleta
más tiempo, que no he venío
de arar, pa que usté lo entienda,
ROSA. Vaya usté ar... demonio!
MAN. No;
lo que me voy de carrera
es á la calle ahora mismo,
que á mí me sobran viviendas;
está usté?
ROSA. (No hay en er mundo
quien la sufra con paciencia.)
MAN. Voy á mandar por mis muebles.
ROSA Sí, váyase usté y no vuelva.
MAN. No tiene usté educacion.
ROSA. Cuidadito con la lengua.
MAN. (Gritando.) Y luégo dirán que tengo
mar genio!
ROSA. (¡Mardita seas!)
(Éntrase en su habitacion, primera de la derecha.)

ESCENA II.

MANUELA.

Si á mí nunca ma gustao
esta pícara casera
po lo hipócrita que es!
Pero con qué desvergüenza
se ha estao burlando de mi
pa que luégo se rieran!
Miste que queré poné
los defectos que una tenga,
pa que se entere er gobierno
y toa la nacion entera
de lo que no es necesario!...
Y eso que yo soy perfecta,
pero Dios sabe las cosas
que hubiea puesto é su cosecha

pa ponerme á mí en redículo.
Si no paro la calesa
me pone hasta... que sé yo
lo que hubiea puesto esa perra!
Nada, me voy de esta casa.

ESCENA III.

MANUELA, PACO, por el fondo derecha.

PACO. Aónde va usté, señá Manuela?
MAN. Buenas tardes, señó Paco,
me voy de la casa esta
ahora mismo.
PACO. (Acercándose á ella.) Qué ice usté?
MAN. He tenío una reyerta
con la casera y no quiero
tener ya custiones nuevas.
PACO. Se va usté á dí de verdá?
MAN. Digo, pó la puerta aquella.
Abú.
PACO. Pare usté la jaca
y no haga usté una impruencia
por náa.
MAN. Pór náa?
PACO. Las palabras
en las custiones se enrean,
y quizá po una pamplina
va usté á dejá su vivienda...
(Meloso.) y á dejarme á mí sin arma.
MAN. Miste que si Juana entra
vamos á tené otra historia.
PACO. Ahora Juanilla está fuera
y nadie pué incomoarnos.
Escúcheme usté siquiera
dos tonáas, cachito é gloria.
MAN. Diga usté lo que camela.
PACO. Ay!... Como le gusta á usté
que le regalen la oreja,
señá Manolita.
MAN. Á mí?
PACO. Sí, se pone usté mu hueca

der tóo, porque se ha tragao
que me estoy muriendo é pena
por usté, so... rebonita,
so... gachona, so...

MAN. Canela!
que paese usté un arriero.

PACO. Sí, buscando la verea
con más fatigas que er mengue.

MAN. Pues pa que usté no se pierda,
sepa usté ya, señó Paco,
que po esta trocha erecha
no va usté á ninguna parte.

PACO. Pero...

MAN. Basta é jaqueca,
compañero, hasta er verano.
(Entra en su habitacion, primera de la izquierda.)

ESCENA IV.

PACO.

Jesú, qué sombra más negra
tengo yo pa las mujeres:
cudiao que tengo muleta
y recursos, y... ¡onjana...
Pos náa, toitas me revuercan.

ESCENA V.

PACO, LOLA y detrás SEÑÁ PEPA por el fondo.

LOLA. Ande usté, madre!

PEPA. Canastos!
que no tengo yo las piernas
como tú; me has de llevá
por ahí siempre de carrera,
sin considerá los años
que tengo y que ya me pesan.
Hola, Paco!

PACO. Buenas tardes.

LOLA. Dios se las dé á usté muy buenas.

PACO. (Acercándose á Lola.)
(Valiente moza!) Es usté

como er só, cuanto usté entra
se alegra toita la casa.
LOLA. Vaya, muchas gracias.
PACO. (Con gachonería.) Esa
es la que usté á mí me hace.
PEPA. (Qué esaborío y qué perma!)
LOLA. Vecino, que pué vení
Juana y armarse la gresca.
PACO. Y qué? Ojalá! ya hace tiempo
que quió concluir con ella.
LOLA. De verdá?
PACO. Por esta crú.
PEPA. Vamo, hija, no te detengas,
que hay mucho que hacé.
PACO. Qué bulla
trae usté siempre, señá Pepa!
PEPA. Si hay que preparár la ropa
que saca esta noche esta
en la funcion der treato.
PACO. (Á Lola.) Trabaja usté en la comedia?
PEPA. Toma, si está desde er lunes
contratá pa las zarzuelas.
LOLA. Y la primera funcion
es esta noche.
PEPA. Hoy se estrena
en la temporáa presente.
PACO. Y que papel representa?
PEPA. Hace de ninfa.
PACO. De ninfa?
PEPA. Y que va á está de canela!
Tóo er pelo suerto pa atrás
y en la frente una diadema
de esmerardas y rubises
y po aquí un collar de perla,
y una fló en medio der seno
y muy descotáa y muy fresca,
y er vestido por aquí
pa que se luzca la pierna.
PACO. Sí?
LOLA. Como lo está usté oyendo.
PEPA. Y unas botitas de seda
que le paga el empresario.

que tienen que vé, y como ella
tiene ese pié... Saca er pié

PACO. Josú! quién se lo comiera!

LOLA. No tenga usté guasa, hombre!

PACO. Esta noche voy á verla
y á tocarle á usté las parmas
sentado en una luneta.

PEPA. Hoy está muy bien de vo,
hasta er diretó de escena
me lo ha dicho en el ensayo,
y mucho más se luciera
si en vez de cantá entre tantas
suripantas que berrean,
cantára sola.

PACO. Y por qué
no lo hace así?

PEPA. Po la letra.
Pa hacé un papé principal
sameneslé sé maestra
y estudiá unos parlamentos
mu largos y hablá mu seria,
y ella no quié decí versos;
es cosa que no le entra.
No hay quien la saque der coro.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, MANUELA, por la primera puerta de la izquierda con pañuelo puesto.

MAN. Muy buenas tardes.

LOLA. Muy buenas.

MAN. (Ap.) (Hola, que hay aquí palique;
como á Juanilla la vea
se lo largo.) Hasta despues.
(Váse por el fondo.)

PEPA. Vaya usté con Dios, Manuela.

PACO. (Viéndola ir.) (Qué gracia tiene esa pícara!)
Saben ustés que nos deja
Manolita?

PEPA. No, vecino.

PACO. Ha reñío con la casera

y me ha dicho que se va.

LOLA. Me alegro que eso suceda.
Es la mujer más chismosa
que ha echao Diós sobre la tierra.

PEPA. Y con mucha fantesía
y esvergonzáa; no respeta
á naide; tiene á esta niña,
señó Paco, sin que puea
averiguá yo la causa,
una tirria atró.

PACO. De vera?

LOLA. Que se la come la envidia.

PEPA. Como es tan gansa, se quema
al oir las prenunciaciones
finas que me gasta esta.

LOLA. Es mu borrica der cráneo.

PEPA. No vé la gran diferiencia,
por má que vivamos juntas,
que hay de su clase á la nuestra.

LOLA. Mamá, le fartan principios
y eso se guipa á la legua.

PEPA. Es verdá. Conque nos vamos?

PACO. Espere usté, seña Pepa,
que sin la lú de esos ojos
me voy á morir de pena.

LOLA. Ay, cómo está el hombre hoy!

PACO. Y siempre que á usté la vea
estaré lo mismo, Lola.
Ninguna mujé me llena
como usté.

PEPA. Qué enamorao!
Siempre está usté hecho manteca.

LOLA. Es usté otro dios Cupío.

PACO. Yo seré lo que usté quiera,
pero me gusta usté mucho,
pero muchísimo, prenda,
y como esto siga así...

PEPA. Vamos ya, no sea que venga
su señora y se figure
otra cosa.

PACO. Y que lo crea!
Si lo que busco es un trueno,

si yo quiero que se sepa
que á mí me gusta esta moza.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, JUANA, con pañuelo, por el fondo.

JUANA. (Desde la puerta tartamudeando, pero hablándo de prisa.)
Justo; allí está con... con ella.
(Bajanda al proscenio.)
Señó Pa... Paco!

PACO. Juanilla!

PEPA. (Ya pareció aquello!) Ea,
vámonos, Lolita?

LOLA. Vamos.

JUANA. (Á Paco.) Que po... po... poca vergüenza
tiene usté!

PACO. Vas á empezá?

JUANA. Yo echando el bo... bofe fuera
por esas ca... ca... ca... calles
y usté con mucha fle... flema
de pa... pa... pa... pa... palique!

PACO. Mujé, dándole las buenas
tardes á nuestras vecinas.

JUANA. Por vía e er pe... perro de presa
que no te muerde!

PACO. Chiquilla?

JUANA. Huye de mi ve... ve... vera,
pí... pí. . pí... pícaro!

PACO. Juana?

PEPA. Pero usté cree?...

JUANA. Señá Pepa,
sé bien lo que me... me... igo,
ahora en la esca... ca... calera,
supe que estaba Pa... Paco
con Lola hecho ja... jalea!

LOLA. Conmigo?

PACO. Yo?

PEPA. Ay que mujé!
siempre la misma monserga.
Vamos. (Á Lola.)

LOLA. Vamos.
JUANA. Tú... tú... túno!
PACO. Pero hija!...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, D. RAFAEL por el fondo de la calle.

RAFAEL. Santas y buenas!
LOLA. (No volverá á sucederme!)
RAFAEL. (Acercándose á Pepa y Lola que se disponen á irse.)
Doña Rosa la casera
salió?
PEPA. (Con mal modo.) No lo sé, vecino.
(Á Lola.) Anda.
(Vánse Pepa y Lola á su habitacion, segunda puerta de la izquierda.)
PACO. (Á Juana.) Cuando ménos creas
tomo el pendingue y no vuelvo.
RAFAEL. (Acercándose á Paco.) Doña Rosa la casera,
salió?
JUANA. Conque... me... amenazas?
RAFAEL. Doña Rosa...
PACO. (Er maestro e escuela!)
Qué quié usté? (Con mal modo.)
RAFAEL. Yo?...
PACO. (Guasa viva!)
JUANA. Te he de poner las pe... peras
á cuarto.
PACO. (Quién la resiste?) (Sale corriendo.)
JUANA. (Siguiéndole por la puerta del fondo.)
Pí... pícaro! ga... gatera!

ESCENA IX.

D. RAFAEL.

Lo de siempre, este es el pan
nuestro de cada... vivienda
de una casa de vecinos:
chismes, enredos, reyertas,

un escándalo contínuo
y una enemistad perpétua.
Quién me hubiera dicho á mí
que cumpliría los setenta
siendo por ochenta reales
maestro de primeras letras
y viviendo en una casa
de vecindad como esta,
trasunto fiel y modelo
del purgatorio en la tierra!
En fin, este es el destino
del que por tener conciencia,
como yo, pierde en el mundo
las ocasiones que encuentra.
Dónde estará doña Rosa?
Tengo que darle la cédula
del censo por si no estoy
y vienen á recogerla. (Saca una cédula.)
Aquí esta. Temo... no sé
si al fin la habré puesto en regla.
(Empieza á repasarla comentándola.)
«Rafael Jimenez Espátula»
«Sexo, varon»... Esto ordenan
y esto he puesto, pero yo
francamente... «edad: setenta
años, dos meses y un dia.»
Eso es. «Viudo de terceras
nupcias.» «Vecino del piso
segundo, cuarta vivienda.»
«Sabe leer?» «Sabe «escribir?»
«Sí, sí.» ¡Ojalá no supiera!
(Volviendo á leer.)
«Sí, sí.» «Religion: Católico.»
¡Falta me ha hecho la fé ciega!
«Defectos físicos: Idiota
y bobo.» Me da vergüenza
declararlo y es preciso,
porque bien claro se expresa
lo de *idiota* y lo de *bobo*,
y de serlo he dado pruebas
cuando á mi edad no he logrado
tener un millon de renta.

«Naturaleza: Bollullos,
de la provincia de Huelva.»
Esto es. «Profesion, oficio:
maestro de primeras letras.»
desde el año veintisiete.»
«Posicion: ni uua peseta.»
Yo creo que he puesto todo
como la ley me lo ordena;
sin embargo yo no sé
si en lo de la residencia...

ESCENA X.

D. RAFAEL, SEÑÁ PEPA con una cédula en la mano por la segunda izquierda.

PEPA. Don Rafaé.
RAFAEL. Que hay, vecina?
PEPA. Quiere usté ver si están puestas
bien las señas del padron?
RAFAEL. Yo tambien estaba .. Venga. (Lo toma.)
(Repasando la cédula de Pepa.)
Josefa... bueno... bien, bien...
(Con gran sorpresa.)
Qué han puesto aquí, doña Pepa?
«Sexo, mucho.» ¿Cómo mucho?
PEPA. Eso lo entiende cualquiera,
don Rafaé, mucho seso...
los sesos é la cabeza!
RAFAEL. Doña Josefa, por Dios!
si el sexo es cosa diversa.
Aquí se debe poner
si es usté varon ó es hembra.
PEPA. Hombre, que está usté diciendo?
RAFAEL. No hay mas.
PEPA. Vaya una arvertencia!
RAFAEL. Esto es preciso enmendarlo.
PEPA. Er montañés de la tienda
de la esquina me lo puso
esta mañana é carrera
cuando sali por la compra.
Siga usté.

RAFAEL. (Despues de leer.) Santa Teresa!
«Defectos físicos: Flato!»
PEPA. Sí señó, que no me deja
ni viví.
RAFAEL. Pero señora,
eso no se manifiesta
aquí, van á divertirse
con usté cuando lo lean.
Aquí se pone otra cosa.
PEPA. Y qué se pone?
RAFAEL. Está buena!...
Defectos físicos... coja
ó loca ó lo que usté sea.
PEPA. (Con corajo.) Qué dice este indino viejo?
Loca yo?
RAFAEL. Doña Josefa...
PEPA. Yo loca?... Venga er papé. (Se lo quita.)
Por qué me ha hecho usté esa ofensa?
RAFAEL. Que ofensa, ni que ocho cuartos!
PEPA. Ay, Jesús, que desvergüenza!
Loca yo!
RAFAEL. Cállese usté.
PEPA. Cuando divertirse quiera
compra una tabla y dos cuernos.
(Alzando la voz.)
Y este es un hombre que enseña!
RAFAEL. Ay, yo me tengo la culpa.
Lea usté aquí. (Mostrándole la cédula.)
PEPA. Si yo supiera!
Me ha fartado usté, ¡qué insurto!
qué escándalo!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, ROSA por la puerta de la derecha, despues LOLA por la segunda de la izquierda y JUANA y PACO por el fondo.

ROSA. Señá Pepa!
qué le pasa á usté?
LOLA. (Saliendo.) Mamá!
PEPA. Que ese hombre!..

RAFAEL. Doña Josefa,
déjeme usté hablar.
PEPA. No quiero.
PACO. (Saliendo.) Qué hay?
JUANA. (Id.) Qué pasa, ca... casera!
ROSA. Si no sé.
PEPA. Que ese vejete
me ha dicho...
RAFAEL. Doña Josefa.
vecinos!...
ROSA. Pero, qué ha sido?
RAFAEL. Que yo...
PEPA. (Interrumpiéndole.) Qué pícara lengua!
RAFAEL. Que yo!...
PEPA. Sin habé un por qué,
sin habé una razon!
RAFAEL. (Muy incomodado y dando una patada en el suelo.)
Ea!
que ya estoy yo incomodado
de oir á usté, señora Pepa.
Conmigo no juega nadie,
ni nadie me sopetea
de este modo. Abur. (Hoy mismo
me voy de la casa esta.)
(Se va por el fondo.)
ROSA. Pero, señor, qué ha pasado?
Dígalo usté, señá Pepa.
LOLA. Dí, mamá.
PEPA. Que le enseñé
el padron pá que me ijera
si estaba bien ó mar puesto,
y me dijo que en las señas
me pusiera coja y loca
porque eso es lo que yo era.
LOLA. Ay, qué insurtante!
ROSA. Vecina,
me deja usté en una pieza.
Don Rafael, que es tan serio!
PACO. (Se quearon con la vieja.)
ROSA. Pero habrá sido una broma.
LOLA. Vaya una broma ligera.
Vamos, mamá.

Pepa. Sí, que quiero
que tú esto á mí me lo leas.
Rosa. Démelo usté ya, vecina.
Pepa. Ahora lo traeré, casera.
Rosa. Que hoy vienen á recogerlo.
Pepa. Pues un poco de paciencia.
(Váse con Lola á su habitacion segunda izquierda.)
Rosa. (Á Juana y Paco.)
Y ustedes lo tienen listo?
Paco. Pero corre tanta priesa?
Rosa. Mucha, ayé er municipal
nos dijo que era de urgencia
á mi marío y á mí,
y que al que hoy no lo tuviera
le sacarían la multa.
Juana. Ay Pa... Pa... Paco, pues vuela,
ayí está so... bre er baul.
Rosa. Que pongan ustedes señas
y nombres y las demas
circunstancias que se expresan.
Paco. Voy y enseguía que esté
se lo traigo á usté, casera.
Anda, gloria! (Á Juana con zalamería.)
Juana. (Siguiéndole.) Qué pi... pillo!

ESCENA XII.

ROSA.

Ya serán las cuatro y media
y Nicolás sin venir:
ha dado en la gracia nueva
de irse despues del trabajo
á la condenáa taberna
y no se acuerda de náa.
Pues si vienen por la cédula
y él no está la lleno yo
como mejor me parezca.
(Váse primera derecha.)

ESCENA XIII.

MANUELA, NICOLÁS, de la calle por el fondo.

NIC. (Que entra no enteramente borracho pero si como mareado de haber bebido.)

Pero, qué disgusto ha sío?
hable usté señá Manuela.

MAN. No me pregunte usté mas,
vengo á pagar la vivienda
y á llevarme tóos mis muebles
ahora mismo.

NIC. (Ay, qué cansera!)
Pero qué es lo que ha pasao?
(toito er cuarto me da vueltas.)

MAN. Casero, me han ofendío!

NIC. Pero quién? Suerte usté prendas.

MAN. No señó, que argunas veces
vale más ser muda y ciega
que ver las cosas que pasan
y decirlas con franqueza.
Tóos los vecinos á una
me han declarao la guerra.

NIC. Qué ice usté?

MAN. Que han conocío
que soy mujer de prudencia
y abusan ya porque estorbo
en esta casa hace fecha.
Mire usté, yo no me meto
en si fulanita entra,
en si menganita sale,
en si este regala á aquella,
en si alguna sale mucho
y el marío no se entera ...
Náa me importan los belenes
que hay aquí.

NIC. Señá Manuela,
belenes?...

MAN. Morrocotudos,
pero esta boquita, muerta...

No me gusta hablá de nadie,
pero como no soy mema
sé lo que hay en esta casa
desde el patio á la azotea.
Yo sé lo que le ha pasao
á la hija de la estanquera
anteanoche en cierta parte,
y sé con quién se pasea
la tartamúa, y sé er lío
que tiene la zapatera
de abajo, y sé muchas cosas
de la hija de doña Pepa
la que canta, y hace poco
ví aquí, pa que usté lo sepa,
lo que ví con er señó
Paco y... otra que está cerca
y que usté conoce mucho
y... no quieo mové la lengua
porque yo soy enemiga
de hablá de las cosas estas.

NIC. Qué es lo que quié usté decirme?
(Serán ciertas mis sospechas?)

MAN. Conque, voy á prepará
pa cuando los mozos vengan
mis muebles y mi equipaje.
(Yo me voy, pero quéa tela!)
(Váse primera izquierda.)

ESCENA XIV.

NICOLÁS.

Nicolás, en qué mar dia
se te ha dío la cabeza,
con el vino; esa mujé
me ha sortao unas indirectas...
Pero si no puede ser!
Rosa es una mujé buena,
y las tres ó cuatro veces
que la he visto en cuchufletas
con Paco, siempre ha sío broma;
sin embargo, así se empieza

y luégo... allí viene él!
¿Si vendrá buscando á ella?
No es posible!
(Se esconde en la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XV.

NICOLÁS, PACO por el fondo, despues ROSA por la primera de la derecha.

PACO. (Con una cédula en la mano.)
Señá Rosa!
yá no está aquí.
NIC. (Desde la puerta.) (¡Mar fin tenga!)
PACO. (Acercándose á la primera de la derecha.)
Señá Rosa!
ROSA. (Saliendo.) Qué hay, vecino?
PACO. Aquí tiene usté la céula
con tóos nuestros pormenores:
me ha costao otra pelotera
con Juana.
ROSA. Sí?
PACO. Yo quería
que esto fuese puesto en regla,
y cuando llegué á la edad,
porque le he puesto los treinta,
que son los años que tiene,
por poquito no me pega.
ROSA. Ja! já!
NIC. (Desde la puerta.) (De qué se reirá?)
PACO. Pos luégo me armó otra gresca
porque puse tartamúa,
digo, y habla por entregas.
ROSA. Está la pobre celosa
y usté es mu seco con ella.
PACO. Yo?...
(De pronto fijándose en Rosa y acercándose á ella.)
(Cómo me gusta á mí
esta mujé!) Yo... casera,
soy muy malo en este mundo
pa fingí lo que no sienta.
Si yo tuviera á mi lao

una mujé que valiera
verbi gracia, lo que usté,
pasaría las horas muertas
mirándome en esos ojos,
y así con la boca abierta
y con la baba caía...

ROSA. (Rechazándole.)
Hombre, usté no tiene enmienda.

PACO. Lo que yo no tengo es suerte
pa conseguí que me quiera
una persona de mérito
como usté.

ROSA. Por ahí se encuentran.

PACO. Que dientecitos tan monos
y tan blancos, paesen perlas!
Ay qué boquita y qué pelo
que es más negro que mis penas!

ROSA. Qué aduladó que es usté.

NIC. (Desde la puerta con coraje.)
(Tenía razon Manuela,
es er gatuperio hache.)

ROSA. (Si mi Nicolás lo oyera!)

PACO. (Entusiasmándose.) Qué mujé tan salerosa!

ROSA. Va usté á hacé que me lo crea.

PACO. Vengan pintores aquí (Requebrándola.)
(Nicolás se acerca poco á poco.)
pa retratá á esta morena
de gracia...

NIC. (Interponiéndose entre los dos con mucha formalidad.)
Aquí está er pintó!

PACO. (La mar!)

ROSA. Dónde estabas, prenda?

NIC. Á la puerta de aquer cuarto
oyendo estas cosas buenas.

ROSA. Las bromas de Paco.

NIC. Sí.

PACO. Señó Nicolás, tonteras.

NIC. Sí.

ROSA. Como tiene ese genio.

NIC. Sí.

PACO. (Se mosqueó de vera.)

ROSA. Oye, Nicolás, qué tienes?
NIC. Yo? náa... (Tengamos pruencia.)
ROSA. Te esperaba con deseo
porque hay que llenar la cédula
del censo y han de venir
esta tarde á recogerla.
NIC. Es verdá; y no la has llenao?
ROSA. Esperaba á que vinieras
tú.
NIC. (Ya me saqué la espina.)
Pos mira, fué buena idea,
la voy á poner yo solo
allá adentro y tú te esperas
aquí.
ROSA. Pero...
NIC. (Con severidad.) Que te aguardes.
(Váse por la primera de la derecha.)
PACO. (Trae la tajáa!)
ROSA. (Trae las negras!)

ESCENA XVI.

ROSA, PACO.

ROSA. Señó Paco, Nicolás
tiene una mala sospecha
por oirle á usté sus pamplinas.
PACO. (Acercándose á Rosa.)
Si se me fué la chaveta
con esa cara...
ROSA. Otra ve?
Déjeme usté ya de fiesta!

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, MANUELA, despues PEPA, D. RAFAEL y NICOLÁS.

MAN. (Con pañuelo.) Tome usté quince reales
de este medio mes, casera:
luégo vendrán por mis muebles.
El recibo se lo entrega
usté al mandadero.

ROSA. Bueno.
PACO. Conque se va usté, Manuela?
MAN. Digo, no fartaba mas,
conmigo no se florea
nadie en este mundo, Paco.
PEPA. (Con la cédula por la segunda izquierda.)
Señá Rosa.
ROSA. Aquí está ella.
PEPA. Er padron. Yo bien decía,
no hay que quitarte una letra.
Mi hija me ha dicho que está
muy bien puesto tóo y en regla.
Don Rafael lo que quiso
fué ivertirse á costa nuestra.
RAFAEL. (Por el fondo.) (Hola, reunion de vecinos?
Allá va la pobre oveja.)
Doña Rosa, una palabra.
(Llamando aparte á Doña Rosa.)
Aquí tiene usted mi cédula
por sí del ayuntamiento
vinieran á recojerla.
Yo en este momento voy
á buscar alcoba nueva
en otra casa.
ROSA. Vecino!
Cómo? usté tambien nos deja?
RAFAEL. Sí señora, ya no puedo
resistir á esa caterva
de caníbales!
MAN. (Ap. á Pepa.) (Ve usté?
secretitos y reservas
con doña Rosa: argun chisme!)
PEPA. (Ó arguna cosa más fea
de ese viejo marrullero.)
(Sale Nicolás con capa y la cédula doblada en la mano.)
NIC. (Da principio la tragedia,
es preciso que tóo er mundo
se entere de quién es ella.)
Rosa. (Llamándola.)
ROSA. Qué quiés, hijo mio?
NIC. Toma er padron con las señas

tuyas y mias..

ROSA. Te vas?

NIC. Unos amigos me esperan;
vine sólo po la capa.

ROSA. Vás á volvé á la taberna?

NIC. Eso no te importa á tí.

MAN. (Argo pasa, señá Pepa.) (Ap. á Pepa.)

ROSA. Pero oye...

NIC. Muy buenas tardes,
vecinos, hasta la vuelta.

TODOS. Buenas tardes.

ROSA. Nicolás! (Queriendo detenerle.)

NIC. (Bien me has puesto la cabeza!)
(Váse por el fondo con mucha gravedad.)

ROSA. Que modo de despedírse!
no quea duda que argo lleva.

MAN. (Á Pepa.) (Aquí ha pasado algo gordo!)

RAFAEL. (Me parece que hay tormenta!)

ROSA. (Si se habrá el pobre enfadao
por causa de ese babieca,
ó le habrá hecho daño el vino?
Me ha dao tan serio la cédula!
Qué habrá puesto? Voy á ver.
(Empieza á repasar la cédula y dá un grito.)
Josús!

PEPA. Qué pasa?

RAFAEL. Casera,
qué sucede?

ROSA. Ay madre mia!
(Sin dejar de leer.)

PACO. Señá Rosa!

ROSA. Qué vergüenza!

TODOS. Qué es eso?

ROSA. Qué atrocidad!
(Tira la cédula al suelo con coraje.)
Nicolás! Ya estará fuera.
Nicolás! (Llamándole.)

PEPA. Se ha vuelto loca?

ROSA. Aunque esté debajo é tierra
no paro hasta dar con él.
(Entra despavórida en su habitacion.)

RAFAEL (Cogiendo la cédula del suelo.)

Señor, qué dice esta cédula?
(Se pone á repasarla y todos le rodean con gran curiosidad.)
«Rosa María de la Cruz
hija de... la cuna.»

MAN. Aprieta!

RAFAEL. «Edad: cincuenta y dos años!»
«Estado civil: soltera
con seis niños.»

PEPA. (Santiguándose.) Dios nos libre!

RAFAEL. «Instruccion: burra completa.»

PACO. Ya va escampando.

RAFAEL. «Defectos...»
(Curiosidad general.)
(Despues de una pausa.) Paso la casilla esta.

MAN. Pero qué defectos tiene?
Lea usté.

RAFAEL. Señora... Manuela...
LO QUE NO PUEDE DECIRSE!

ROSA. (Que sale con pañuelo puesto.)
Vecinos, cuántas ofensas
sin razon!

MAN. Pues todo eso
quiso usté poné en mi cédula
pa darme á mí otro mal rato.

ROSA. No me busque usté la lengua,
vecina! (Encolerizada.)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, LOLA y JUANA, ésta por el fondo.

LOLA. Qué pasa aquí?

JUANA. (Dirigiéndose á Paco.)
Pues, Pe... Periquito entre ellas!

MAN. (Pasando al lado de Rosa con rabia.)
De mí quiso usté burlarse
y Dios castiga sin piedra!...

PEPA. (Pasando al lado de D. Rafael con amenazas.)
Á mí tambien este tio
me quiso poné unas señas
muy raras en el padron!

RAFAEL. (Incomodándose.)
Otra vez, doña Josefa!
ROSA. Mi Nicolás se ha encelao
por Paco.
JUANA. ¿Cómo?
ROSA. No deja
de seguirme y requebrarme!
JUANA. (Corriendo detras de Paco.)
Pi... Pillo!
PACO. Yo? qué embustera! (Confusion.)
MAN. (Levantando su cédula.)
Desde que trajeron esto
anda la casa revuelta.
PEPA. (Á D. Rafael con furia.)
No crea usté que se me olvida
á mí lo de la guiyera!
RAFAEL. Por vida!

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, UN MUNICIPAL, por el fondo con varias cédulas en la mano. El municipal avanza dos pasos y á su voz todos vuelven la cara.

MUNIC. Muy buenas tardes!
Vengo á recoger las cédulas.
de inscripcion, para formar
el censo.
RAFAEL. (Á buen tiempo llega!)
ROSA. (Dirigiéndose al Municipal.)
Sí? pues espéreme usté
sentado, que voy por ella;
(maldito padron!) (Váse.)
MAN. (Yendo al Municipal con descaro.)
Y á mí...
á mí, me busca usté fuera. (Váse.)
PACO. Y á mí! (Echa á correr.)
JUAN. Pa... Paco! Pa... Paco!
(Le sigue por el foro.)
MUNIC. Dónde va la gente esta.
(Deteniendo á Pepa y Lola, que tambien quieren

escurrirse.)
Á ver, alto!

PEPA. Cuidadito,
semos súbitas inglesas
y no vivimos aquí.

MUNIC. Ah, ya!

PEPA. (Á Lola.) (Niña, po la puerta!)

LOLA. (Sin manto!)

PEPA. (De cualquier modo,
que nos van á llevá presas.) (Vánse.)

MUNIC. Pero aquí, qué es lo que pasa?

RAFAEL. Que es mas fácil que una estrella
se caiga, que averiguar
quién vive en la casa esta.

MUNIC. Pero y el censo?

RAFAEL. Amiguito,
mientras por desgracia nuestra
los gobiernos nos olviden,
y haya gente como esta
que, en deplorable abandono
desatendida, no piensa,
ni razona, ni se instruye,
ni trabaja, ni progresa,
no tiene España mal censo;
ojalá lo redimiera!
Y aquí termina el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

FIN.

NOTA.

—

Como las actrices que hagan esta obra pueden hacer tipos de manolas, andaluzas, ó de otras provincias en la escena primera, puede decir Manuela en vez de *Chiclanera, Madrileña*, ó *de Valencia*, etc., etc.

LOS TEMPLARIOS

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR M.R RAUNOUARD,

TRADUCIDA AL CASTELLANO,

Y ARREGLADA Á NUESTRO TEATRO.

La escena es en París en el Palacio de los Templarios.

MADRID:

En la Imprenta de la VIUDA É HIJO de AZNAR, calle de las Huertas. Año de 1813.

ADVERTENCIA.

Una impensada casualidad puso en mis manos, bien lejos de Madrid, la traduccion anónima de la Tragedia de los Templarios, en ocasion en que estaba escribiendo su Historia. Solo pone el traductor á el autor francés Raunouard, y segun las noticias que he podido adquirir acerca de esto, no es una traduccion literal, sino arreglada á nuestro Teatro, pues la representada en París, fué siendo interlocutores el Papa y los Cardenales que entendieron en esta ruidosa causa: acompañaba á dicho original un discurso, en el qual pone en compendio su autor la Historia de la fundacion, progresos y estincion de la desgraciada Religion de los Templarios, sobre la qual funda su poema.

Parecía regular que los autores franceses no debian presentar á la faz del mundo unos hechos que ellos mismos debian sepultar en las tinieblas del olvido, porque, á la verdad, son mas para callados por ellos, que para referidos, pues no pueden negar que los primeros acusadores contra los Templarios, fueron los principales personages de la Francia; y si el autor no tuvo este inconveniente, menos debe tenerle qualquiera otro, sea de la nacion que fuere.

PERSONAS.

FELIPE EL HERMOSO, *Rey de Francia.*
JUANA DE NAVARRA, *Reyna.*
M.r DE CHUULLON, *Condestable.*
M.r DE MARIÑI, *Primer Ministro.*
M.r DE NOGANET, *Canciller.*
M.r DE MARIÑI, *Hijo del Ministro.*
JACOVO DE NOLAI, *Gran Maestre del Orden.*
LEÑEVILE Y MONMORENCI, *Templarios.*
BOFREMON Y BILENEVE, *otros Templarios.*
OTROS QUATRO TEMPLARIOS MAS.
UN AYUDANTE.
GUARDIA Y ACOMPAÑAMIENTO.

DECORACION.

El Teatro representa un magnifico salon del Palacio de los Templarios, en donde se verán muchos trofeos de armas, quadros de las batallas de los Caballeros, y las estatuas de los ocho grandes Maestres siguientes: 5. *Beltran de Blanquifort:* 6. *Felipe de Nafiluse:* 7. *Odon de S. Amardo:* 11. *Roberto de Savele:* 12. *Guillermo de Chartores:* 15. *Pedro de Mortaivo:* 16. *Armando de Perigod:* 20. *Guillermo Bufo.*

La accion pasó en París en octubre del año de 1307.





TEMPLARIO

con el Trage de guerra.

MARIÑ. O Dios! que luz celeste me ilumina.
Vuestra boca pronuncia mi sentencia,
Yo recibo el honor de morir juntos
Pues unos mismos votos nos estrechan.
[illegible] Felipe en mi vuestras virtudes.
Y una mi suerte y vuestra suerte sea.
Yo soi Templario.

MAESTRE.

Yá yo la sabia.

[illegible]

LOS TEMPLARIOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El Ministro. El Canciller.

MINISTRO.

Ilustre Canciller, nuestro Monarca
á llegar vá, tú sabes sus designios:
un suceso terrible se prepara,
que admirarán los venideros siglos.

CANCILLER.

Uno y otro Ministros de Felipe,
debemos estorbar con zelo activo,
que el ultrage mas leve manchar pueda
de su persona augusta el alto brillo.
Los Templarios, á quienes el oriente
mandando á la victoria siempre ha visto
iguales á los Reyes en su pompa,
fausto, grandezas y poder altivo,
no pueden ya evitar el duro golpe
que el Rey prepara á su fatal destino.
Yo los acusaré si es necesario,
mi ley es solo el bien de estos dominios.

MINISTRO.

Casi la Francia entera se halla unida

á su poder, su nombre y beneficios:
el Condestable y muchos cortesanos
forman en su favor un gran partido;
y hasta la misma Reyna les prodiga,
con rostro afable y corazon benigno,
su poderoso crédito y cuidados,
y altamente defiende á su caudillo.
Acaso, acaso la fortuna adversa
nos conduce cruel al precipicio.
Pero no importa, no: ya me conoces,
en tan grave ocasion cuenta conmigo.
Acabemos con alma generosa
con estos peligrosos enemigos
del Rey y del Estado, no ya impunes
mas se gocen, amigo, en sus delitos;
vasallos siempre pérfidos, formaron
mil veces los proyectos mas impios.
Es cierto que en los campos de la gloria
con valor por la Francia han combatido;
pero toda esta gloria en el aumento
de su poder y fama han convertido.

CANCILLER.

Hace ya tiempo que Felipe ayrado,
el tenebroso caos ha previsto
que meditan sus almas criminales;
y de sus negras miras convencido,
ha descubierto que las santas leyes
de la Caballeria han convertido
en pactos horrorosos: que blasfeman
del Santo nombre del poder divino.
Que atacando al altar con mano impía
derribar quieren hasta el trono mismo.
La venganza del Rey será terrible:
mas como son franceses, aun benigno

quiere estinguir un órden peligroso,
y ser piadoso, si los vé sumisos.

MINISTRO.

No mas Templarios, para siempre acaben,
fuera de que de un vencedor altivo
ya experimentan el pesado yugo,
y en continuos reveses han perdido
Jerusalen, el Templo y el Sepulcro.

CANCILLER.

Infelices si fuesen atrevidos
resistir de Felipe al justo cetro.

MINISTRO.

Resistirán, no hay duda; pero, amigo,
en trance tal, nosotros vengarémos
de la sacra diadema el honor limpio.
¿Mas quién será capaz de dar el golpe?

CANCILLER.

El Nuncio, á quien el Papa ha cometido
para tan ardua empresa sus poderes.
Escucha del Monarca los designios,
pues estoy para ello autorizado,
y aun mas de tu prudencia convencido.
El gran Felipe levantó sus quejas
del Vicario de Dios á los oídos
que vela sin cesar, Pastor celoso,
sobre el rebaño que le encarga Cristo.
Ya formado el proceso, está aprobado
el horroroso plan de sus delitos.
Y el baticano pronto á dar el golpe
que estremezca y asombre á los iniquos.
Un Sacerdote santo, sabio y justo,
es de tan grave causa el juez activo,
y prontamente admirará la Europa

de estos guerreros el fatal destino.
Pero al gran Maestre aguardo, y aquí llega.

ESCENA SEGUNDA.

Los mismos, el gran Maestre y Leñevile.

Justo manda Felipe preveniros,
que desde hoy en los pórticos soberbios
de este vasto y magnifico edificio,
los orgullosos titulos se borren
por la ambicion y la altivez escritos:
que vistan como simples ciudadanos
todos vuestros guerreros, y vos mismo.
Este es vuestro destino.

GRAN MAESTRE.

Ya lo escucho. (*Sin turbacion.*)

CANCILLER.

Tambien se ha decidido
que no sois gran Maestre.

MAESTRE.

Quién lo manda?

CANCILLER.

El Rey.

MAESTRE.

Y todo el órden?

CANCILLER.

Se ha proscripto.

MAESTRE.

Será creible? ::::

CANCILLER.

Quando el Rey lo manda
obedecer es solo vuestro arbitrio.

MAESTRE.

Qué titulo ó derechos le autorizan?
¿Quando mis Caballeros y yo mismo
hemos jurado defender el Templo,
y el sagrado estandarte hacer invicto,
hemos hecho los votos á los Reyes?
No, que solo el gran Dios ha presidido,
y autorizado nuestro noble empeño:
si el Rey lo ignora, hacer por instruirlo;
solo destruir puede aquel que crea:
voy á su alteza, y le espondré sumiso::::

MINISTRO.

Deteneos, hoy viene á este palacio.

MAESTRE.

Antes le buscaré.

MINISTRO.

Yo os lo prohibo.

MAESTRE.

Pues cómo, vos!:::

MINISTRO.

Ninguno de aquí salga.

MAESTRE.

Y vos podeis?

MINISTRO.

Si puedo, yo os lo afirmo,
tengo ordenes espresas para hacerlo.

MAESTRE.

Bien puede el Rey armar su brazo invicto
contra nosotros, pero juntarémos
á los derechos propios conocidos
otros mayores, los de la inocencia.
Al Rey importa como á sus ministros,
sean qual fueren todos sus proyectos,

no trastornar de un modo tan iniquo
nuestra órden y derechos.
El Rey puede humillarnos, no lo niego;
pero vos, que hablais conmigo,
que soy el gran Maestre, y sabré serlo.
Entendido lo habeis?

CANCILLER.

Á gran peligro os esponeis
con vuestra resistencia.

MAESTRE.

Llevarle mi respuesta, es vuestro oficio,
y no juzgarla. (*Se retira.*)

ESCENA TERCERA.

Canciller. Ministro.

CANCILLER.

Contener no pueden
su furor, y su odio envegecido,
perdidos somos, si ellos no perecen.

MINISTRO.

De su cólera el blanco yo ya he sido:
bien os acordaréis de aquellos tiempos
en que la vida y el honor mas limpio
del que á su Rey amaba y á su patria,
no estaba libre de ellos, ni sus tiros.
Ellos guardaban todos los tesoros
del Rey y la nacion en este sitio,
y de esta vergonzosa dependencia,
el Rey por mis consejos ha salido.
Resentidos de mí profundamente,
mil calumniosas voces han vertido

contra mi honor, que ya desvanecidas,
á su pesar, gracias al Cielo, miro;
pero con estos prósperos sucesos
en su venganza toman nuevo giro,
y en secreto se oponen al enlace
de la hermosa Adelayda, y de mi hijo:
á un enlace que tanto protegia
la Reyna que les tiene un fiel cariño.
Mi hijo amable, jóven, valeroso,
viendo que el Rey no aprueba sus designios,
avergonzado dexa estos paises;
y apenas vuelve, el Rey ha consentido
en el feliz enlace que estorbaron
estos malvados con sus artificios;
pero pronto la Francia, el Rey, el mundo
vengados se verán con su exterminio.
Solo el bien general debe movernos,
pues mis resentimientos hoy olvido.

CANCILLER.

Mas ellos su implacable ira fomentan
contra nosotros en su pecho altivo.

MINISTRO.

De mi poder celosos y rivales,
quanto su Magestad me honra benigno,
tanto descubren su implacable encono.
Si la corte me aplaude, es un delito:
y mis felices prósperos sucesos
los hacen mis mayores enemigos;
pero, ya descubiertas sus maldades,
teman por vuestro celo su castigo.

CANCILLER.

Los Jueces velan sobre su conducta,

y sus proyectos bárbaros han visto:
pronto caerá de su terrible mano,
el rayo vengador; pero qué miro,
el Rey.

ESCENA QUARTA.

El Rey, los mismos, Mariñi hijo, y acompañamiento.

EL REY AL MINISTRO.
Á mi corte anunciad que desde ahora,
como su dueño, este palacio habito.

MINISTRO.
Todos se honran estar á vuestro lado,
y aplaudirá la corte:::::

EL REY AL CANCILLER.
El gran Maestre
obediente subscribe á su destino?

CANCILLER.
Señor, estoy confuso de su orgullo,
pues se opone á tus órdenes altivo.

MINISTRO.
Y si pudieran, sus rebeldes armas
tomáran por vengarse de vos mismo;
pero ya este palacio rodeado
de tus mejores guardias, no hay arbitrio.

REY.
Mucho tiempo he dudado, lo confieso,
que estos guerreros, siempre distinguidos,
émulos de la gloria de los Reyes,
se hayan de tal manera envilecido,
que osasen maquinar tan negras tramas

contra la Iglesia y el Estado impios:
nunca osé desmentir su noble fama;
pero supuesto llega vuestro hijo
de los gloriosos campos de Iduméa,
é intrépido á se lado ha combatido,
que diga lo que sepa.

MARIÑI.

Sus virtudes
siempre publicaré, perdon os pido
de mi sinceridad; pero estoy cierto
que este lenguage nunca os ha ofendido.

MINISTRO.

Qué dices, hijo, quando los acusa
el mismo Rey?

REY.

Que hable, yo lo exîjo.

MARIÑI.

Pues así lo mandais, cumpliré humilde,
pintandoos su virtud y hechos invictos.
Siempre admiré en los campos de batalla
su religion, valor, fé y heroismo.
Solo á los Musulmanes implacables,
de todo desgraciado eran asilo:
nunca la paz quisieron ó la vida
contra su honor en todos los peligros;
y si no siempre hallaron las victorias,
una gloria inmortal han obtenido,
muriendo por su Dios, su Rey y patria:
quando la suerte abandonó su brio,
en los muros de Jafa atrincherados,
hallándose en el último conflicto,
se rinden, pero fué al enorme peso
de un poderoso exército enemigo.

El vencedor colérico, irritado,
feróz les amenaza con suplicios,
sin respeto al derecho de las gentes,
porque abandonen sus sagrados ritos.
En vano sus verdugos inhumanos
los ultrajan del modo mas iniquo.
Firmes á vista de la horrible muerte,
la esperan con el ánimo tranquilo:
todos, todos murieron: tres mil eran!
En los tiempos tambien de Saladino,
vencedor del oriente, un gran Maestre,
á orillas del Jordan quedó cautivo.
De sus grandes virtudes admirado
piensa cangearle el vencedor benigno,
y al tiempo de firmar sus Caballeros
gustosos el tratado, " no, les dixo,
» ya consagré mi vida al cautiverio,
» el fatal dia que la suerte quiso
» de nuestras armas arrancar el triunfo:
» quise morir, pero quedé cautivo.
» Yo me castigaré de mi desgracia,
» yo tomaré venganza del destino,
» conservando los yerros que me afligen,
» para enseñaros que en qualquier peligro
» habeis de preferir la ilustre gloria
» de morir libres, antes que rendidos."
Este, gran Señor, es su fiel retrato,
juzgar ahora de lo que son dignos.

REY.

Mucho ponderas su valor guerrero;
pero todos los dias hemos visto
millares de soldados en la guerra
por su patria morir en sacrificio.
¿Y quántas veces un guerrero ilustre,

que en los campos de Marte se ha ceñido
de una gloria inmortal, solo su orgullo
ambicioso á las cortes le ha traído,
dexando otras virtudes mas gloriosas
sepultadas allá en el campo mismo?
Así estos Caballeros temerarios,
con sus grandes hazañas engreidos,
si defienden la patria, al mismo tiempo
meditan sus desgracias atrevidos.

MINISTRO.

No creais, gran Señor, que él los defiende:
tambien ha de ayudar á su castigo.

REY.

Se trata de vengar Altar y Trono,
no nos precipitemos: antes pido,
que mireis fieles por mi ilustre nombre.

CANCILLER.

Por vuestra gloria fieles os servimos.

REY.

Que la Francia y los siglos venideros
digan: su muerte fué justo castigo,
no quiero que se manche mi memoria
con algun hecho de mi fama indigno:
desde que el cetro empuño, mis ideas,
son el bien general de mis dominios;
por esta causa, y mis valientes hechos,
me teme y me respeta el enemigo;
los franceses me adoran desde el tiempo
que en la gran asamblea al pueblo admito
para que delibere en los negocios,
antes solo á los grandes privativos.
El britano orgulloso, ya arrojado
de toda Francia, luego acometido

por mis esquadras en su propio Reyno,
vasallo de mi gloria, se hace amigo;
y si en Curtre vencieron los flamencos
mis exércitos fuertes y aguerridos,
en los campos de Mons lavé esta afrenta,
accion que siempre un monumento pío
mandará á la memoria de las gentes.
Ya mis triunfos acaso han merecido
de la inmortalidad una mirada;
y si de esta manera he conseguido
vengar de la diadema los derechos,
no quiero verme en los futuros siglos
de injusticia ó de cólera acusado:
en este caso, noblemente activo,
prefiero provocar de los Templarios
á singular combate el fuerte brio,
que castigando como Rey, vengarme:
así de mis ideas instruidos
id, y de nuevo el parlamento vea
con la imparcialidad de su alto oficio
esta gran causa: tiemblen los culpados
si él les descubre todos sus delitos;
el rayo vengador de mi justicia
les hará ver:::: aun no se ha despedido:
ojalá que mi pecho generoso
para absolverlos halle algun arbitrio.

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MARIÑI HIJO.

Sí, Adelayda, los cielos me permiten
que vuelva á ver tu imagen adorada;
pero en qué estado, ¡ah! en el mas terrible
que jamás vieron las sensibles almas:
amándome, tú esperas inocente,
ser siempre mia por la union mas santa;
pero esto ya es un crimen, ah! secreto,
que ni callar ni hablar puedo sin ansia!
hagamos un esfuerzo generoso,
así el deber, así el honor lo manda:
la Reyna que protege este himenéo,
piadosa en este instante á sí me llama,
sin duda para darme una noticia
feliz en otro tiempo, y ahora amarga.

ESCENA SEGUNDA.

La Reyna, el dicho y acompañamiento.

REYNA.

Ya há tiempo, Mariñi, que yo deseo
dar una recompensa señalada
á tu fidelidad, valor y celo.
Ya eres feliz esposo de Adelayda,

y yo misma he querido en este caso
hacerte sabedor de tanta gracia.
Quando por himenéo el mas dichoso
mi diadema se unió con la de Francia;
en vano pretendieron que á esta gloria
sujetase el destino de Navarra.
Celosa de la suerte de mis pueblos,
jamás partí el poder de Soberana,
ni el explendor del cetro de mi esposo
alcanzó á mi corona hereditaria:
sola he reynado, y la ventura sola
de los Navarros promoviendo sábia,
ellos leales siempre en mí respetan
de sus antiguos Reyes la hija amada:
su bien hace mi bien, éste te fio,
vé con tu esposa, y en mis Reynos manda;
pero manda de modo que conozcan,
que este es el mayor bien que hice á Navarra.

MARIÑI.

Reyna ilustre, en la corte, en todo el mundo
vuestros hechos anuncia ya la fama.
El francés vencedor, el enemigo
vuestras virtudes, vuestras glorias cantan:
el pueblo que por Reyna os obedece
hecho feliz, adora á quien le manda.
Vuestro sexô por vos enseña el arte
dificil de reynar, y en la campaña
y el gabinete desplegais sublime
todo el resorte de las grandes almas;
y en tal grandeza, y desde el alto solio,
brillante asiento de la gloria humana,
donde os admiran todas las naciones
de magestad y pompa rodeada,
sobre el mas infeliz de los mortales

os dignais arrojar una mirada!
Yo no soy digno de tan altos bienes,
¡ojalá, al lado de una esposa amada
pudiera executar vuestros designios,
y que por vos, virtud y honor reynáran!
Pero ah! Señora! Qué imposible miro:::

REYNA.

Qué dices Mariñi? Tu voz me espanta!
pues quando yo acercarte quiero al trono
para que mis deseos satisfagas,
rehusas tanto bien!

MARIÑI.

No, gran Señora.

REYNA.

Pues qué motivo?:::

MARIÑI.

Un imposible.

REYNA.

Habla.

MARIÑI.

No puedo, es un secreto, el mas terrible.

REYNA.

Descúbrelo, tu Reyna te lo manda.

MARIÑI.

Pues os diré mi lamentable estado,
ya que hablando se alivian las desgracias.
Bien sabeis como amaba tiernamente
á la hija de un Príncipe de Francia:
que ella correspondia, y que su padre
condescendia en nuestra union sagrada;
pero el Rey (perdonad si á vos me quejo)
á otro ofreció la mano de Adelayda:::
¿y pudiera sufrir mi pecho amante

ver en poder ageno á la que amaba?
La idea de sus males me extremece,
y desertando de la corte y patria
huyo de estos paises presuroso,
y á los campos corrí que el Jordan baña.
Allí busco la muerte entre mil riesgos,
y la victoria siempre me acompaña:
mi desesperacion en todas partes
era quien mi fortuna aseguraba:
y enmedio del furor de los combates
siempre guié la tropa afortunada
de estos franceses, que á Sion vengando
eterna guerra al Musulman juraban;
pero estos Caballeros por honrarme
en vano mi cabeza coronaban
del inmortal laurel del fiero Marte,
quando de luto se cubria el alma.
Desesperado, lejos de mi padre,
llorando por mi amante y por mi patria,
no atreviéndome á hablar entre mis penas,
coloqué en solo Dios mis esperanzas.
Es notorio que todos los Templarios
su honor y vida por la fé consagran:
yo que contaba entre ellos mil amigos
me sujetó el destino de sus armas,
y un juramento santo, irrevocable:::

REYNA.

Irrevocable? O Dios! ah! qué mudanza!

MARIÑI.

Perdonad, gran Señora, soy culpable,
y el resto oid de mi cruel desgracia.
Ante las aras siempre prosternado,
que mi amor estinguiese á Dios rogaba;
pero quando anegaba con mi llanto

del Santuario la devota estancia,
dudaba que mi voz llegase al Cielo.
En este estado el Musulman prepara
á nuestro noble ardor nuevos peligros,
bien auxîliado de extrangeras armas:
colérico acomete á sangre y fuego
hasta los muros de la Ciudad Santa:
nosotros oponemos á sus fuerzas
nuestro valor, el pecho, y la constancia:
todo fué en vano, y todos perecieron
por no rendirse á su furiosa rabia.
Ah! dia desgraciado! aunque glorioso,
como ya al mundo lo anunció la fama.
Casi yo solo sobrevivo á tantos
que vertieron su sangre en la batalla;
pero al punto se muda mi destino.
Viendo que todos mis amigos faltan,
testigos de mis santos juramentos,
y que los libros consumió la llama,
fieles depositarios de mis votos,
este secreto solo está en mi alma:
Adelayda aun conserva su fé pura,
segun mil veces lo juró en sus cartas.
En alas de mi amor dexo al instante
tierra en que corre tanta sangre humana,
y desertor del Templo sacrosanto,
pérfido Caballero me entregaba
de amor á los transportes mas insanos,
por la hermosa y bellisima Adelayda:
todo favorecia mis proyectos,
los Templarios proscriptos en la Francia:
este secreto solo á Dios notorio:
el amor, los favores del Monarca;
pero un remordimiento generoso
disipó las tinieblas de mi alma.

Yo seré fiel, y haré que mi amor ceda
á la virtud y obligacion tan santa.

REYNA.

Todo lo apruebo, sí, y veo que el cielo
por su inocencia en su favor te habla.
Con tu ayuda librarlos me prometo,
del inminente riesgo en que se hallan.

MARIÑI.

Vos Señora? qué exemplo tan sublime!

REYNA.

Siempre mi pecho al oprimido ampara;
ayuda mis proyectos; pero sea
con el valor que la prudencia manda,
y ese fatal secreto no reveles
á nadie en tan funestas circunstancias;
ni á Adelayda, ni al Rey, ni aun á tu padre,
porque cuentan con toda tu eficacia.
Yo sé que hoy á los Templarios todos
y al gran Maestre la prision preparan;
y sé tambien que al mismo tiempo temen
su desesperacion, furor y audacia;
pero en este peligro te han nombrado
executor del órden del Monarca.

MARIÑI.

Á mí, Señora!

REYNA.

Sí, tu padre mismo,
por ensalzar tus prendas fué la causa.

MARIÑI.

Pues mi padre y el príncipe perdonen:
no lo haré aunque la vida me costára.

REYNA.

¿Y tú permitirás abandonarlos
de tantos enemigos á la saña?

MARIÑI.

Otro sea el instrumento.

REYNA.

No: yo temo
de tantos inocentes las desgracias;
y si el golpe primero no evitamos,
vano es ya mi poder, que los ampara.
Qué, ¿tú permitirás que la inocencia
victima sea de una vil canalla?
Dichosos los que doblan sus esfuerzos
con los que oprime el odio ó la venganza,
y al infeliz magnánimo consuela,
quando una ley cruel los amenaza.

MARIÑI.

Que los ayude un deber lo inspira
á la union fraternal que nos enlaza,
mas no exîjais el triste sacrificio
de que parezca cómplice en la causa.

REYNA.

Es el único medio de salvarlos.
Tú solo puedes darles la esperanza,
que ofrece mi poder, otro qualquiera
los llevará á una muerte desdichada.
Con tu ayuda, mi pecho generoso
desplegará con ánimo y constancia
toda su fuerza, y á los pies del trono
haré que triunfe la verdad sagrada.
Cede, yo te lo mando; ¿qué otro empleo
puedes tener jamás de esta importancia?
Abogar siempre por los infelices

es el caracter de las grandes almas.
Voy á desengañar al Rey mi esposo,
que no es poco en tan graves circunstancias.
Y tú entretanto disipa los temores
de que se empañe el lustre de tu fama.
Sé el alto precio que los grandes hombres
ponen á su opinion pura y sin mancha:
mas sé tambien, que una virtud sublime
exîge que espongamos nuestra fama
por bien del inocente perseguido.
Obedece, y mis órdenes aguarda.

ESCENA TERCERA.

MARIÑI SOLO.

Siendo comun la causa, qué haré Cielos!
Qué? imitar su virtud y su constancia:
si somos compañeros en la gloria,
lo serémos tambien en la desgracia.
Pero la Reyna!::: no me queda duda,
los protege, su heroyca virtud habla:
ea pues sirvamos á estos infelices:
espondré mi opinion, mi ilustre fama,
y aun la vida, si sirve á su defensa,
pues el cruel destino me lo manda:
todo hoy por tí, virtud, lo sacrifico,
el amor, la gloria, y la esperanza.

ESCENA QUARTA.

Primer Ministro, el dicho.

MINISTRO.
Todo está pronto para tu himenéo,

y el favor es tan grande del Monarca,
que para hacer la fiesta mas gloriosa,
con su presencia quiere autorizarla:
hazte digno, hijo mio, de estos bienes,
muestrate agradecido á tantas gracias.
Hoy el Rey te confia sus proyectos
contra los enemigos de la Francia;
y aunque tuviste débil la imprudencia
de hablar en su favor con eficacia,
ya he reparado con el Rey tu culpa,
y te hace digno de su confianza.
Al Condestable temo, y su partido,
que sin cesar en su favor trabaja;
pero tiemble París, la corte y todos,
quando en esta prision se satisfagan,
que está en tus manos solas de Felipe
el favor, la justicia y la venganza.

MARIÑI.

Ah! padre.

MINISTRO.

No repliques: nos perdemos
si del Rey la justicia se retarda.

ESCENA QUINTA.

El Rey y los dichos.

REY.

Decidme, los Templarios obedecen
sumisos mi justicia soberana?
ó quieren con soberbia resistencia
acabar al rigor de mis venganzas.

MINISTRO.

Yo mismo les llevé vuestro mensage,

gran Señor, y les dixe estas palabras:
ya vivis desterrados para siempre
de la Ciudad y de la Tierra Santa.
Vuestros triunfos y glorias fenecieron
quando os vencieron las infieles armas;
desde aquel dia el órden ya no exîste,
pues de los votos os faltó la causa:
ademas, acusados de traydores
á nuestra Religion, el Rey y patria,
solo os justificais obedeciendo,
resignados, las leyes del Monarca.
Será un nuevo delito el resistirlas...
No os hablaré, Señor, de su arrogancia,
de su altiva respuesta, y de su orgullo:
un castigo exemplar solo les falta.

REY.

Ya me resuelvo, sí, son delincuentes,
y su castigo mi justicia clama.

MINISTRO.

Harto vuestra bondad la ha retardado.

REY.

Lo admirarán la Europa, Roma y Francia:
ellos por todas partes atrevidos
á vasallos y á Reyes amenazan.
Ellos al viejo Alfonso sobornaron
en Aragon con inaudita audacia,
para ser herederos de sus Reynos;
y el mundo hubiera visto su arrogancia
sentada sobre el trono de los Reyes,
si los magnates, y la nacion sábia,
no opone un Rey legítimo á sus miras,
hijas de su ambicion desmesurada.

Que mil bienes les diesen las naciones
quando con los infieles peleaban,
era muy justo: sus gloriosos triunfos
de un torrente furioso eran muralla,
pues contenia al Musulman terrible,
que pensaba inundarnos con sus armas;
pero vencidos ya! quando el oriente
los vió escapar con las banderas sacras,
y de un conquistador la ley concede!
de qué nos sirven? ah! que en su desgracia
vienen buscando un generoso asilo
con una sumision disimulada;
pero despues, siguiendo sus proyectos,
atizarán la destructura llama
de una total y horrible independiencia.

MINISTRO.

Ellos tambien movieron la Tiara
con todos sus tesoros en secreto,
en las terribles quejas con la Francia;
y al mismo tiempo, hipócritas astutos,
en público su zelo aparentaban
por el Rey que vendian al Capitolio.

REY.

No solo, no, sus criminales tramas
mueven para derribar los altos tronos;
pero en el seno de su obscura estancia
blasfeman del Eterno y sus ministros,
y en sus ritos secretos se consagran
á una prostitucion la mas infame.
La Europa entera una señal aguarda.
Yo se la doy: aprendan con mi exemplo
á vengar sus afrentas los Monarcas:
tu hijo está ya pronto?

MINISTRO.

Él os dará las pruebas mas exâctas:
yo respondo.

ESCENA SEXTA.

Los dichos y un oficial.

OFICIAL.

Señor, el Condestable
quiere besar vuestras augustas plantas.

REY.

Que entre.

ESCENA SEPTIMA.

Los dichos menos el oficial.

MINISTRO.

Gran Señor, sin duda alguna
por los Templarios viene á pedir gracia,
lo mismo harán amigos y parientes;
pero aunque el rayo en nuestros hijos cayga,
los debeis castigar.

MARIÑI.

Ah! padre mio.

MINISTRO.

Así imperioso, el bien comun lo manda,
y el que por ellos ruega, es sospechoso:
ven hacer tu deber, que es lo que falta.

ESCENA OCTAVA.

Rey, Canciller y Condestable.

CONDESTABLE.

Permitirme, Señor, que en tu presencia
mi acendrada lealtad del pecho salga.

REY.

Dí, qué quieres?

CONDESTABLE.

Clamar por la justicia,
y ante vos defender la vida y fama
de los Templarios, pues si todos ellos
siguen del gran Maestre las pisadas,
ni pueden ser, ni han sido criminales;
el que no hable este idioma, ese os engaña.
He visto muchas veces á su Xefe
á mi lado lidiando en las batallas,
y hasta los enemigos le conceden
intrepidez, valor, virtud, constancia:
un rencor implacable le persigue,
pero él es inocente.

REY.

Tus palabras
me sorpreenden, por ser la vez primera
que con elogios al gran Maestre ensalzas.

CONDESTABLE.

Señor, demasiado sus acciones
en tiempo mas feliz lo acreditaban;
pero hoy que es desdichado, y le abandonan,
pues no me escucha, le defiende el alma.
Quando ví su valor en los combates,
émulo de sus glorias, procuraba
imitar sus acciones, no adularle;

y si fuera feliz, aun me callára;
pero en la triste situacion que tiene,
y quando mis oficios le hacen falta,
las leyes del honor, de Caballero,
que le defienda yo imperiosas mandan;
y con quánta razon! en vuestras tropas
no hay quien mas ame al Príncipe y la patria:
sus acciones, sus triunfos, sus victorias
lo manifiestan bien.

ESCENA NOVENA.

Rey, Ministro, Condestable y Canciller.

MINISTRO.

Mi hijo marcha
á prender los culpables, y entregarlos
podeis, Señor, al juez que los aguarda:
muchos de ellos sus crímenes enormes,
ademas de otras pruebas, ya declaran.

CONDESTABLE.

¿Cómo podrá, Señor, un hombre solo,
aunque posea la virtud mas alta,
exâminar tan escabroso asunto,
y que obscurece el ódio y la venganza?
Si quereis la justicia, muchos hombres
de eminente virtud hay en la Francia,
que reuniendo sus luces y talentos,
juzguen severos tan dificil causa.
Vuestra opinion y vuestro augusto nombre
esta atencion exîge, pues se trata
del fin funesto de un ilustre cuerpo,
ó de salvar su vida, honor y fama.

REY.

Tiene el Sagrado Juez que esto dirige
las prendas, Condestable, necesarias
para premiar si salen inocentes,
y para castigar si tienen causa.
Estos guerreros con osado aliento,
del mismo Dios hollaron la ley santa,
y la Iglesia que vela cuidadosa
sobre la Fé que ha sido revelada,
castiga con la mano de un Ministro
los crimenes horrendos que la manchan.
Esto exîge la ley, esto mis pueblos,
cuya voz hace tiempo que reclama
el castigo de tantos delincuentes.
Solo de un modo pueden hallar gracia,
si confiesan humildes sus delitos. (*Vase.*)

ESCENA DECIMA.

Canciller, Ministro, Condestable.

CONDESTABLE.

Puede haber crimen en tan nobles almas!
vuestros designios quieren que el Rey sea
instrumento infeliz de la venganza;
pero temblad haceros responsables
á los hombres, y á Dios de su desgracia.

MINISTRO.

El bien de la nacion es nuestro objeto;
el vuestro no es menor mandar las armas;
pero jamás sospecha los delitos
un corazon criado en las batallas.

CONDESTABLE.

Con sobrada razon hoy le sospecho,

temed el triste fin de vuestras tramas:
todo el valor lo puede en los combates,
y aquí en las cortes el valor no basta:
y el que intrépido allí busca la muerte,
lleno aquí de temor la verdad calla;
yo la diré sin miedo. (*Vase.*)

ESCENA UNDECIMA.

Ministro, Canciller.

CANCILLER

En vano quiere
hoy aterrarnos con sus amenazas.

MINISTRO.

Demos prisa, y que los vea el mundo
por nuestro altivo celo y vigilancia
en un dia acusados entre yerros,
y condenados á una eterna infamia.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Gran Maestre, Leñevile, Monmorenci, y otros Templarios.

MAESTRE.

Ya que soy vuestro xefe ante el Eterno,
oidme acaso por la vez postrera.
Criados entre el ruido de las armas,
y envejecidos en la dura guerra,
como á soldados del Omnipotente
el mundo y las naciones nos veneran:
de Marte el rayo estuvo en nuestras manos,
la fama publicó nuestras proezas,
mas hoy, quán al contrario! perseguidos,
una afrentosa muerte nos espera!
pero humillémos la cerviz sumisos
al furor de los grandes de la tierra,
porque jamás el sabio y el cristiano
mayor grandeza de alma manifiesta
que quando vé sujetas sus virtudes
de los delitos de la enorme pena.
Suframos noblemente estas injurias,
yo os lo mando, y prohibo toda queja.
En vano anonadar nuestros derechos
quieren hoy los magnates de la tierra.
Jamás arrancarán de vuestros pechos
el zelo, las virtudes y obediencia:

y si rompen el yugo religioso,
no lo harán con los votos que os estrechan,
que están escritos en los altos cielos
con caractéres de una mano eterna:
nuestro escudo en borrascas tan enormes
sea la constancia, pues que Dios nos prueba:
yo os daré exemplo, yo seré el primero
que en los peligros víctima me ofrezca;
pero si en ellos la virtud me falta,
no me imiteis, y consultad la vuestra.
Pareced grandes por vosotros mismos,
yo os vuelvo vuestros votos y obediencia.
Lo prometeis así?

LEÑEVILE.

Quién será digno
de imitar vuestra gloria y fortaleza!
La fé que á Dios y á vos hemos jurado,
aun en las circunstancias mas funestas
nunca abandonarán vuestros Templarios.

MONMORENCI.

Todos, ó padre, el alto honor desean
de seguir vuestros pasos, contad siempre
con la fidelidad de sus promesas.

MAESTRE.

Ó dignos Caballeros, no lo dudo,
de vuestra sumision tengo mil pruebas.
Yo ofendiera del honor las leyes,
y faltaría á la amistad mas tierna,
si quisiera ocultaros por mas tiempo
el horroroso fin que nos espera:
nuestros crueles enemigos triunfan,
y serémos sus víctimas sangrientas.
Morirémos.

LEÑEVILE.

Cruel destino, ó cielos!

MAESTRE.

Vuestro noble semblante veo se altera
con la infausta noticia, que he tenido
por conveniente haceros manifiesta:
no es lo peor la muerte, un suplicio:::

Todos se asustan y horrorizan.

MONMORENCI Y LEÑEVILE.

Qué ignominia, qué horror, el pecho tiembla!

MAESTRE, *con entereza y valor.*

He!::: qué haréis á la vista de la muerte!

LEÑEVILE.

Pero antes de sufrir tan grande afrenta,
atacar no podemos la injusticia?

MONMORENCI.

Nuestros amigos, nuestra parentela,
en favor nuestro tomarán las armas.

MAESTRE.

La virtud sufre, nunca se revela.
Quién nos dá facultades de oponernos
á las autoridades de la tierra?
Una traycion! qué harán los criminales?
Suframos sin terror y sin vergüenza
un infame suplicio: su horror mismo
ilustrará la muerte que nos cerca;
y la posteridad, los hombres todos,
nos vengarán de tan injusta afrenta.

ESCENA SEGUNDA.

Los mismos, y Mariñi hijo y soldados.

MARIÑI.

Ah! con quánto dolor á cumplir vengo
del Monarca las órdenes supremas.
Creed me compadece vuestra suerte.

MAESTRE.

Pues hay quién tome parte en nuestras penas?
decid la comision que aquí os conduce:
executad las órdenes severas
que os hayan dado, todo lo esperamos,
y creed, que nada nos altera.
Qué exîgís de nosotros, yo os perdono.

MARIÑI.

Vuestra prision: no puede hablar la lengua.

MAESTRE.

Aunque nos dá derecho á resistirnos
el valor, la virtud y la inocencia,
pues no dudo sabrais que mis Templarios
jamás á vista del peligro tiemblan,
ya estamos entregados: dónde vamos?

Entregan todos las espadas á los soldados, y el Maestre á Mariñi.

Nada oculteis: quál es la suerte nuestra?
es destierro, prision, yerros ó muerte?

MARIÑI.

Oh virtud! ó admirable fortaleza!

MAESTRE.

Alabad á los cielos que la inspiran.

MARIÑI.

Quánto me compadecen vuestras penas.

MAESTRE.

Compadeceos de esos cortesanos
que abusan del poder que les encomiendan,
y atizando del Rey el crudo enojo,
nos causan este abismo de miserias.
Ellos tambien tendrán muerte infelice.

MARIÑI.

Aun en vuestro favor amigos quedan
que generosos hablen al Monarca.

MAESTRE.

Quién son esos ?

MARIÑI.

Yo : que la inocencia
siempre defenderé á los pies del trono.
Y si ahora manifiesto la obediencia
debida al Rey , por vos estoy dispuesto:
¡ojalá vuestra gloria salvar pueda!

MAESTRE.

Y á quién tanto favor le merecemos ?
Quién sois vos para hacer nuestra defensa ?

MARIÑI.

Mariñi , el hijo del primer Ministro.

MAESTRE.

Mariñi ! Justo Dios , y qué sorpresa ! (*admirado.*)

MARIÑI.

Vuestro semblante : : : Sí : yo soy el mismo.

MAESTRE.

Pues bien , breve , decid qué nos espera.

MARIÑI.

Voy á llevaros presos á palacio.

MAESTRE.

Vamos, y que nos carguen de cadenas;
y al mismo tiempo al Principe decidle,
que voluntariamente, y sin resistencia,
nos hemos entregado á las prisiones;
bien se puede oprimir á la inocencia;
pero el justo, apoyado en su constancia,
no se abate del yerro á la dureza,
éste solo le pesa al delincuente,
á la virtud ni oprime, ni sujeta:
vengan los yerros, pues, vengan los yerros.

MARIÑI.

Qué confusion, ó Dios! ah! qué vergüenza!

MAESTRE.

Cumplir vuestro deber.

MARIÑI.

Yo soy culpable.

MAESTRE.

Del Rey no executais la órden suprema?

MARIÑI.

Desde este instante ya no la obedezco.

MAESTRE.

Ah! que encendeis su cólera funesta.

MARIÑI.

Demasiado he hecho, y mas sabiendo
que vuestra muerte sin remedio es cierta.

MAESTRE.

Obedecer es justo: bien conozco
que en estas circunstancias no hay quien pueda

desarmar el rigor que nos persigue;
y no exîstiendo el órden, no desea
ningun Templario una infelice vida,
de menosprecios y de calumnias llena.
Si está pronto el suplicio, vamos luego,
con muerte tan gloriosa, todos mueran.

MARIÑI.

Todos mueran!...

MAESTRE.

Sí: á todos se lo mando:
y honor no tiene el que librarse quiera:
es pérfido, traydor á las virtudes,
y en vano se gloría en su carrera
de haber lidiado, y conseguido triunfos.
Solo muriendo su alto honor conserva:
lo vuelvo á repetir: venga el suplicio,
y con tan noble muerte, todos mueran.

MARIÑI.

Ó Dios! qué luz celeste me ilumina!
Vuestra boca pronuncia mi sentencia.
Yo reclamo el honor de morir juntos,
pues unos mismos votos nos estrechan.
Vengue Felipe en mí vuestras virtudes,
y una mi suerte y vuestra suerte sea.
Yo soy Templario.

MAESTRE.

Ya yo lo sabia.

MARIÑI.

Qué escucho! de mi fé buscabais pruebas?

MAESTRE.

No: que al cielo pedia te salvase.

MARIÑI.

Pues yo tengo derecho á vuestras penas.

MAESTRE.

Así lo creo, hijo, y que este triunfo
con nosotros partir tambien deseas.

MARIÑI.

Estoy pronto.

MAESTRE.

Yo quiero que tú vivas,
para que heroyco nuestro honor defiendas:
éste con nuestra gloria te confio,
y esta esperanza nuestro mal consuela.
Nadie revelará el fatal secreto:
vive, hijo, y de mi labio nada temas:
vive, y tendrán ese homicidio menos,
los que injustos oprimen la inocencia.
O Dios Eterno! juez inexôrable,
tú que del hombre el corazon penetras,
oye mis votos, y permite pío,
que mi sangre no mas los hombres viertan.
Yo os adoro, implorando vuestra gracia
por estos inocentes que me cercan.
Quando del yugo musulman libramos
vuestro Templo, Sepulcro y la idumea,
feliz dia, en que el humo del incienso
llegó del cielo á la morada excelsa
para purificar aquel recinto,
que consagraron vuestras sacras huellas;
dia en que vieron de Sión los muros,
destrozadas las armas agarenas,
y escucharon los cánticos gloriosos
que entonó á vuestro nombre nuestra lengua;
y dia, en fin, en que estos Caballeros

rindieron sus victorias por ofrenda
sobre el altar en que os adora el hombre:
nunca pidieron premio á sus proezas:
les basta haber vencido por vos solo.
Una gracia hoy de vos el alma espera,
aceptadme por víctima, Dios bueno:
vivan ellos, Señor, yo solo muera.

MONMORENCI.

Todos seguir la suerte hemos jurado.

MARIÑI.

No acepteis tan sublime y noble oferta.

ESCENA TERCERA.

Los mismos, el Ministro.

MINISTRO.

Qué os deteneis? obedeced soldados.

MARIÑI.

No acabeis, padre, tan horrible escena.

MAESTRE.

Vamos.

MARIÑI.

Y yo tambien he de seguiros.

MAESTRE.

Hijo, que ese es tu padre considera.
Los llevan los Soldados.

ESCENA QUARTA.

Ministro y Mariñi.

MARIÑI.

Por estos infelices :: :

MINISTRO.

Mi ira teme.
Aun en mi hijo un protector encuentran!
quando el Monarca:::

MARIÑI.

He de seguir su suerte.

MINISTRO.

Qué te importa su suerte?

MARIÑI.

En la idumea
testigo de sus hechos y virtudes,
báxo de juramento hice promesa
la mas solemne:::

MINISTRO.

Dí, de qué? yo tiemblo!
quál es la causa porque así te empeñas?

MARIÑI.

Porque yo soy Templario.

MINISTRO.

Ó Dios! qué rabia!
Tú Templario? y es cierto? y será fuerza
que yo maldiga en tí mi noble sangre,
y al enemigo de mi patria mesma?
no, no eres Templario, ni puedes serlo:
mi gloria y vida en esto se interesan.

MARIÑI.

Lo soy, lo he sido, y moriré Templario.

MINISTRO.

Como iré del Rey á la presencia,
que los acusa, y quiere su castigo,
siendo cómplice un hijo! ó Dios! qué afrenta!

MARIÑI.

Quanto de ellos se dice es calumnioso.

MINISTRO.

Y para asegurarlo tienes pruebas?
dí, cómo probarás?::::

MARIÑI.

Cómo? muriendo:
dando así testimonio á su inocencia.

MINISTRO.

Yo he dedicado al Rey mi vida toda
para que su favor en tí cayera.
El poder y el honor que ahora me ilustra,
era anuncio feliz de tu grandeza.
Y has de morir en un suplicio infame!
y tu ignominia heredaré y tu afrenta!
Tiemblas? te causa horror mi triste suerte?
aun tanto oprobio redimir pudieras:
huye con tu secreto de la Francia,
huye, y dexa á mi cargo tu imprudencia.

MARIÑI.

Querrais, Señor, que un dia de batalla
vil al aspecto de la muerte huyera?
No, me diriais, el puesto de la gloria
guarda y defiende con tu sangre mesma:
pues hoy de la virtud defiendo el puesto.

MINISTRO.

Insensato! qué error! fuerza es que sepas
quánto aborrecer debes los Templarios:
no tan solo mi honor manchó su lengua,
que tambien estorbaron tu himenéo.

MARIÑI.

Y aunque infinitos, Señor, contra mí sean,

son mis obligaciones menos grandes?
ah, Padre! vuestra suerte me dá pena,
mas nunca dexaré á los infelices.

ESCENA QUINTA.

Los mismos y el Canciller.

CANCILLER.

La Reyna misma atesta la inocencia
de los Templarios, y con riesgo nuestro
hoy en público toma su defensa.
Lejos de consentir que en sus estados
se indaguen sus trayciones manifiestas,
debil ofrece un generoso asilo
á esta tropa orgullosa y turbulenta.
Ademas, un partido numeroso
en todo el pueblo y en la corte entera,
compadecido ruegan por su suerte;
pero no importa, unamos la prudencia,
y pongamos silencio á todos ellos:
venid, el juez nos llama y nos espera.

MINISTRO.

Vuelvo al instante, advierte que tu padre
en tus manos su gloria y vida dexa.

ESCENA SEXTA.

MARIÑI SOLO.

Ó gran Dios! de tí espero la victoria,
y que mis santos votos fortalezcas:
dos grandes sentimientos me combaten,
el ciego amor, y la naturaleza.
Adelayda y mi padre, dignos ambos

de todo mi cariño y mi terneza.
Y no podré apagar estas pasiones?
Pero tú, padre, de afligirme cesa,
si renuncio á la vida por guardarle
á la virtud su cándida pureza:
tú temes la ignominia, hablas de honores,
obras que el hombre por su antojo inventa.
La virtud es de Dios, ésta prefiero:
Dios nunca falta, el hombre siempre yerra.

FIN DEL TERCER ACTO.



ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Reyna y Condestable.

CONDESTABLE.

¡Quánto temer debemos, gran Señora,
de mis amigos una suerte adversa!
con su desgracia el pecho enternecido
al Rey le he dicho la verdad sincera,
y no fué en vano, pues mandó al instante
que el gran Maestre á su presencia venga:
las órdenes se han dado, y el Rey mismo
quiere escuchar la voz de la inocencia.

REYNA.

Yo tambien quiero hablar al juez severo,
y á quantos tengan parte en la sentencia.

CONDESTABLE.

Y yo igualmente por deber de amigo,
de un guerrero olvidando la fiereza,
pues tambien sé humillarme hasta lo sumo
quando el honor y la amistad lo ordenan:
nada perdonaré para salvarlos,
lágrimas, ruegos, súplicas, paciencia.

REYNA.

Pero el Rey viene, yo uniré á tu celo
todo el favor que tengo, y mi presencia.

ESCENA SEGUNDA.

Rey y Reyna.

REYNA.

Quando nos estrechó el dulce himenéo,
pensé hallar mi ventura, y merecerla:
fiel desde entonces á vuestra alta gloria,
he aconsejado en los negocios cuerda,
y animado á las tropas con mi exemplo,
porque me llamen digna esposa vuestra:
de este modo, velando cuidadosa
sobre el destino de la Francia entera,
los sagrados derechos he alcanzado
de vuestras confianzas y ternezas.
Y viendo el pueblo que mi voz le anuncia
vuestras bondades, con su amor me premia;
pero qué mutacion es ésta, ó cielos!
con espantoso estruendo se despliega
de vuestro solio un rayo fulminante
que amenaza al valor y la nobleza
de unos guerreros, que sin duda han sido
gloria y honor de la nacion francesa:
y esto ocultais á vuestra tierna esposa!
Así abrigais una venganza horrenda
sin avisarme hasta que lo he sabido
por el dolor y pública tristeza!
Permitid que me queje hoy á mi esposo
del silencio del Rey, y que os advierta,
que si el poder supremo está engañado
me es lícito abogar por la inocencia.
Si favorezco á tantos infelices,
vuestra gloria mas que ellos me interesa.
¿Qué pensarán los siglos venideros
si vuestro cetro augusto se ladea

por proteger abominables odios,
que al justo escandalizan y atormentan?
En esta causa al inocente obligan
á que confiese culpas que no tenga:
aseguran que se halla convencido
por qualquier congetura, ó vil sospecha:
la verdad santa en el tormento buscan,
donde el dolor responde, no la lengua:
sobre todo, aun se ignoran sus delitos,
y ya se les castiga, y se condenan.
Oid, Señor, de la verdad los ecos,
sacad de las prisiones y la afrenta
à tantos miserables, yo en mis reynos
les ofrezco un asilo con clemencia.
Yo velaré sobre ellos, y entretanto
nombrarémos Ministros de experiencia
que exâminen prudentes sus delitos.
Si tienen culpa, nuestro pecho sea
inexôrable, como son las leyes;
pero si reconocen su inocencia,
si los absuelven, noble y generoso
devolvedles su honor, y preeminencias:
mi zelo perdonad; pero estad cierto
de que este error aun vuestra gloria aumenta:
pues quien su error magnánimo repara,
como Rey obra, y en su pecho reyna.

REY.

El bien de mis estados, y aun el vuestro,
me dictó esta severa providencia,
un momento faltaba, en tanto apuro
se expone aquel que mucho delibera.
Ya ofendian mi poder y mi respeto,
tiempo es que lo conozcan y lo teman:
mis mandatos desprecian, que piadosos

de mejor suerte el quadro les presenta:
y al Rey no obedecer es un delito,
cuyo castigo á nadie se dispensa.
El Rey severo, no es un Rey tirano:
yo debo castigar su inobédiencia,
sobre crímenes tantos, dirigidos
á profanar la autoridad suprema:
la Religion sacrílegos insultan,
que juran con su sangre defenderla:
muchos testigos declarado tienen
que es impostura el exterior que afectan:
que su zelo tan solo es aparente;
y que tanto en la paz, como en la guerra,
con su falsa piedad al mundo engañan,
y la fé santa en su interior desprecian.

REYNA.

Vuestra cólera :::

REY.

Yo no me quejo
porque tomeis piadosa su defensa:
todos pueden hacerlo libremente.
Yo no quiero su muerte, ni su afrenta,
y si el deber sagrado los acusa,
de perdonarlos el poder me queda.
Yo os juro por quien soy, que en su destino
aun verán, si confiesan, mi clemencia.
Al gran Maestre espero para oirle:
ojalá se indemnice ó se arrepienta!
y este será el gran dia de mi vida.
A solas debe ser la conferencia;
y creedme, Señora, que procuro
ser digno esposo de tan grande Reyna.

REYNA.

Del gran Maestre la inocencia afirmo,
y vos tambien le amasteis por sus prendas:
pues yo confio á vuestro noble pecho,
al que siempre venció por causa vuestra
juzgad ahora ::: él viene: el cielo os guarde.

ESCENA TERCERA.

Rey, gran Maestre.

REY.

Estoy pronto á escuchar vuestra defensa.

MAESTRE.

Quando vuestra bondad me distinguia
con mil honras, Señor, y preeminencias,
hasta tener en la sagrada fuente
á un hijo vuestro por mayor fineza,
cómo pude creer, que el gran Maestre,
como vil reo hoy ante vos se viera?
Terrible es, gran Señor, vuestra venganza!
y mi desgracia es ser objeto de ella.
Un ódio inextinguible nos persigue,
y contrarios nos pinta á vuestra Alteza;
¿pero serán traydores los que ponen
toda su gloria en aumentar la vuestra?
y que pudiendo conquistar imperios,
con ser vuestros soldados se contentan?
Por todas partes habla nuestra sangre,
por el Rey derramada y su defensa:
en los campos de Mons, quando fixasteis
la victoria, que hará la fama eterna,
nunca os desamparé, y mis Caballeros

todos se distinguieron en proezas.
Á su Rey y Señor siempre leales,
en el ardor de la mayor refriega,
no se olvidaban de servir de escudo
para librar vuestra persona excelsa.
En su pecho se vió clavado el yerro,
que os dirigia la enemiga diestra,
y de su sangre pródigos finaron,
con sumo honor, y con envidia nuestra:
intrépidos á vista del peligro,
fieles creemos, quando al Rey se venga,
que á otro Dios servimos: del Templario
siempre, Señor, las máxîmas son estas.
La Religion magnánimos nos hace,
y la lealtad nuestras acciones sella:
estos dos sentimientos generosos
nuestro código son, y nuestra regla.
Y nos tratan de impíos y traydores!
Ah! Señor, me anonada tanta afrenta.
Queréis testigos? preguntad la sangre
de tantos Caballeros, que aún humea.

REY.

Sé vuestros altos hechos, y no exceden
á los que el francés noble hace en la guerra.
Esta ilustre nacion valor y gloria
dexó siempre á sus hijos por herencia:
en toda edad las armas ilustraron:
el tiempo muere, y su valor aumenta.
Vuestra gloria es tan solo haber seguido
mis victorias, mis triunfos y banderas:
como guerreros, el vencer os toca;
como vasallos, solo la obediencia.
Quántos hay que combaten por nosotros,

y al mismo tiempo mil trayciones piensan ?
Ser útil es el plan del ambicioso,
siempre grandes virtudes aparenta,
hasta que vé el momento favorable,
y su proyecto criminal despliega.
De vuestros infortunios sois la causa,
y nadie mas; la culpa solo es vuestra,
que despreciais mi autoridad augusta:
hay mas: si yo ofendido solo fuera;
pero la Religion! la fé sagrada! : : :

MAESTRE.

No repitais, Señor, tan alta afrenta:
¿y es posible que vuestro augusto pecho
un momento tan solo pensar pueda
esta calumnia vil, atroz mentira,
sin castigar las atrevidas lenguas
que con tan negra injuria nos infama ?
Si es fuerza combatir esta sospecha,
no me quiero humillar hasta tal punto,
y la muerte prefiero á mi defensa.
Traydores á la fé ? quándo juramos
sacrificarnos, y morir por ella!
Quándo arrastró el hipócrita la muerte ?
nunca muere, Señor, y se contenta
con engañar y seducir al pueblo.
Ah, qué horror! calumniar nuestra creencia!
no disipa estas dudas nuestra sangre
mil veces derramada en su defensa ?
Ah! Villars, Monmorenci, Leñevile,
Bofremon, y Chevrus y Villanueva,
vuestros gloriosos nombres y virtudes
responderán mejor hoy por mi lengua.
Cómo podeis sufrir tanta injusticia ?

REY.

Y si esos mismos todo lo confiesan ?

MAESTRE.

Será posible ! y no han tenido aliento
para sobrellevar su suerte adversa !
lo confiesan ?

REY.

Dudaislo ? : : : mi palabra : : :

MAESTRE.

Quereis si se deshonran que lo crea ?
Oh , Dios ! y á nuestra enorme desventura
permitis que se agregue tambien esta.

REY.

Un Caballero de los mas famosos,
y que de vuestro amor se lisongea,
ha declarado ya vuestros delitos.
Se llama : : : :

MAESTRE.

No le nombre vuestra Alteza.

REY.

Por qué razon ?

MAESTRE.

Porque decis le estimo,
no lo quiero saber.

El Rey habla en secreto con un oficial.

REY.

Pues su presencia
confundirá ahora mismo vuestro orgullo.

MAESTRE.

Dispensadme , Señor : : : :

REY.

Quiero que venga,
y acordarle el perdon á vuestra vista:
su confesion excita mi clemencia,
lo mismo haré con quantos le imitaren.

ESCENA QUARTA.

Los mismos y Leñevile.

MAESTRE.

Leñevile es, ó Dios! Terrible pena!

REY.

Qué os asombrais?

MAESTRE.

Es cierto, ah! de ninguno,
mas de tí mucho menos lo creyera!
Pero no, no es posible que un Templario
la obligacion, honor, y verdad venda
por huir los trabajos momentaneos,
quando la muerte preferir debiera.

LEÑEVILE.

No hay duda: he declarado falsamente:
la lengua dixo lo que el alma niega;
y estas lágrimas puras que derramo
de mi arrepentimiento son la prueba:
vuestros ojos me instruyen de mi crimen,
¡ojalá vuestro pecho compadezca
la culpa de un momento, y no me niegue
su amor que es lo que mas me lisongea!
Si con la muerte se repara el daño,
quiero morir, y expiar la conciencia
de mi funesto exemplo, porque muchos

imitaron, al verme, mi flaqueza;
pero lo que es peor, un Caballero,
á impulsos del dolor que le atormenta,
al gran Maestre cómplice le nombra,
siendo un modelo puro de inocencia.
Pero apenas oimos vuestro nombre,
quando el remordimiento nos acuerda
nuestro deber, y todos exclamaron:
Seamos dignos de él, nuestro honor vuelva
á su antiguo explendor, sin él no hay vida;
y al tribunal al punto se presentan
á desmentir tan criminal ultrage:
contad con su virtud, y su firmeza.

MAESTRE.

Yo te alabo, oh gran Dios! pues convertida
en gloria veo nuestra negra afrenta:
ese remordimiento generoso
me admira mucho mas que la flaqueza:
ya lo habeis escuchado, mandad pronto
que doblen los tormentos y cadenas,
que preparen la muerte que esperamos.
Llevad al fin, gran Dios, nuestra firmeza.

REY.

Con viveza. *Á la tropa, ya contenido y pausado.*
Salid de mi presencia: ea, llevadlos.

ESCENA QUINTA.

EL REY.

La cólera sin duda me enagena:
ellos me han reducido al triste estado
de castigarlos: hasta dónde llega

de un falso zelo el fanatismo, ó Cielos!
del gran Maestre una señal ligera
intrépidos los guia hasta la muerte:
qué triste ceguedad! qué audacia es esta?
quando ya estaba pronto á perdonarlos,
pues su arrepentimiento manifiestan,
por solo una mirada de su xefe
prefieren el suplicio á mi clemencia:
qué poder tan terrible es el del Maestre!
que aun entre las prisiones y cadenas,
de un subterraneo en el obscuro seno
manda sobre ellos, y sobre ellos reyna!
Qué harán si alguna víctima les nombra
aun quando sea la Magestad Suprema?
aniquilar los respetables Tronos,
y asesinar los Reyes de la tierra.

ESCENA SEXTA.

Rey y Canciller.

CANCILLER.

Vengo á cumplir un triste ministerio
que decirlo, Señor, mi amor ordena:
del Tribunal el zelo riguroso,
por todas partes cómplices encuentra:
la trama criminal de los Templarios,
ha engañado aun á gentes de alta esfera:
y en el palacio mismo, á vuestros ojos,
cerca de vos, Señor, quién lo creyera!
hay un Templario oculto, que sin duda
del gran Maestre por la causa vela:
él mismo nos oculta este secreto.
Mariñi el jóven::::

REY.

Ah! fuerte sospecha!
que me aclara y me indigna á un mismo tiempo.

CANCILLER.

Pero si al hijo acusar aquí es fuerza,
le hago justicia al padre, que ignoraba
de su familia esta desgracia horrenda:
por su dolor vereis su pena amarga,
y por su zelo es digno de indulgencia.

ESCENA SEPTIMA.

Los mismos, el Ministro.

MINISTRO.

Salvad, Señor, mi hijo, á quien sin duda
la prision y el suplicio pronto espera:
quánto mi triste suerte me horroriza,
pues pronuncié yo mismo la sentencia,
aun quando el rayo en nuestros hijos cayga,
que se castigue el estado ordena!
Pero él no tiene parte en los delitos
de esas gentes que el mundo ya detesta:
vos sabeis sus virtudes y su zelo:
le han engañado, viendo su inocencia,
y un nuevo crimen á los suyos junta.

REY.

Mi corazon sensible en tí respeta
los derechos de padre y desgraciado:
tú sabes bien quánto el rigor me cuesta: : : :
del error ó del crimen que tu hijo,
como Templario, por sus votos tenga,
no te haces responsable, harto padeces
por verle parte en causa tan funesta!

Ni temas que el oprobio tu honor manche,
al culpable no mas la pena llega,
mi cariño será contigo el mismo:
mas como padre al hijo le aconseja
que repare su honor ó su delito:
y si ahora resiste su inobediencia,
no me valdré jamás de tus servicios,
aunque por tí mi corona lo sienta:
vamos á ver si habrá mas partidarios
que amenacen mi vida y mi diadema.
Yo por mí mismo indagaré sus pasos
por librarme del riesgo que me cerca.

FIN DEL QUARTO ACTO.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Mariñi, Leñevile, Monmorenci y otros muchos Templarios.

MARIÑI.

Ya sabeis que la Reyna generosa
con nuestra desventura conmovida,
mediando sus virtudes y eloqüencia
creo que del peligro nos retira:
ella nos visitó personalmente:
se extremecen los jueces con su vista,
y nuestros enemigos desmayaron.

LEÑEVILE.

Podremos apagar tan grande ira,
aunque inocentes somos?

MARIÑI.

Esperemos:
que acaso tendrán fin nuestras desdichas.
Si hubierais escuchado al gran Maestre
os animára una esperanza viva.
Luego que él y yo solos nos quedamos,
le manda el juez que se defienda, y diga
contra la acusacion quanto quisiere:
afable entonces, con la voz tranquila,
con dignidad, sin inmutarse en nada,
y con la paz que la virtud inspira,

refutó las calumnias é imposturas
que exâlaron las lenguas enemigas;
y les probó, que en todas las edades
la virtud sola el órden mantenia.
Entonces exclamó: " inocentes somos:
» Dios, la Europa, los hombres lo atestiguan,
» los siglos que han pasado, y el presente,
» de nuestros opresores nos vindican."
Morirémos, y enmedio del tormento,
con que el verdugo al hombre martiriza,
enmedio de las llamas mas voraces,
que la llama cruel el ódio atiza,
todos dirémos, somos inocentes.
Y aun desde el fondo de la tumba fria
saldrá esta voz::: morimos inocentes,
para aterrar al que obra la injusticia:
entonces la asamblea numerosa
parece que se turba á nuestra vista,
y dudando absolvernos ó culparnos,
qual si oyeran la cólera divina,
ó el acento de Dios, así quedaron.
Mas del xefe la voz dulce y tranquila
vuelve á escucharse, vuelve á hacer preguntas:
tal es de la virtud la fuerza activa,
que aunque preso, parece los juzgaba:
allí queda anhelando sus intrigas:
de la inocencia el triunfo cantarémos:
él llega.

ESCENA SEGUNDA.

Los mismos y el gran Maestre triste y pensativo.

LEÑEVILE.

Nuestra suerte es mas benigna?

MAESTRE.

No.

LEÑEVILE.

Pues todos, Señor, te seguirémos
hasta perder la miserable vida.
Qué hay de nuevo? decidnos.

MONMORENCI.

El suplicio?

MAESTRE.

El martirio que el Cielo nos envia:
vendigamos á Dios por tanta gracia:
prepare ya el verdugo su cuchilla,
enciendase la hoguera, yo estoy pronto,
y vosotros? ya veo que os anima
el mismo ardor, y que os infunde el Cielo
un ánimo mayor que las desdichas.
El Justo Dios, queriendo dar exemplo
del modo de sufrir las injusticias,
ha preferido los soldados fieles
que á defender su Templo se dedican.
Deber glorioso, é infortunio augusto
que tanto lustre al órden comunica!
Frecuentemente el que se vé oprimido
por el peso de alguna mano impia,
enmedio de sus males solo piensa
cómo ha de conservar su triste vida.
Nuestro pecho mas noble, mas heroyco,
á la virtud tan solamente aspira.
Esta nos basta, pues temprano ó tarde
del ser mortal fenecen las reliquias:
bendigamos, amigos, los peligros
que á la inmortalidad cierta nos guian:
desafiemos la cruel venganza
de nuestros enemigos; qué nos quitan?

el despojo mortal, no las virtudes,
que mas gloriosas en la tumba brillan:
hijos, Dios nos señala este camino,
y el suplicio que no nos intimida
nos acerca á los cielos: ea vamos.
(*Se ponen en marcha en órden.*)

ESCENA TERCERA.

Los mismos y el Condestable.

CONDESTABLE.
Deteneos: el Rey lo determina,
y á llegar vá, dispuesto á que de nuevo
imploreis la clemencia con que os brinda.
Todos vuestros amigos con la Reyna
por vuestra suerte humildes le suplican.
Revocará sin duda la sentencia,
con tal que el gran Maestre se lo pida:
vivid para la gloria de la patria,
y para los amigos que os estiman.
Ceded ya, pues, que todos lo exîgimos,
y sobre todos yo con ansias vivas
á acompañaros fiel dispuesto estaba,
á vista de la corte conmovida,
hasta el lugar horrendo del suplicio,
probando así con mi presencia misma,
vuestras virtudes, y que erais inocentes:
toda mi gloria en esta accion confia.
Mas la bondad del Rey y su clemencia
vuestro perdon os prometió benigna:
en vosotros consisten sus piedades,
harto sienten hacer esta justicia.

ESCENA QUARTA.

El Rey y los mismos.

REY.

Sabeis nuestra sentencia? ¿aun inocentes
juzgais estar de quanto os acriminan?

MAESTRE.

Señor, lo estamos.

REY.

Pero os condenan?

MAESTRE.

Quando nuestra conciencia está tranquila,
¿qué importa que los hombres nos condenen?

REY.

Aun podeis esperar: : : :

MAESTRE.

La muerte impía.

CONDESTABLE.

Implorad su clemencia, dón supremo,
de solo su poder prerogativa:
con admitiros á sus pies invictos
su corazon, vuestro perdon indica.

MAESTRE.

Á un culpable está bien se le perdone:
el inocente no lo necesita:
el que lo pide, aprueba sus delitos;
y tanta humillacion empañaría
nuestro mérito á vista de los buenos:
la inocencia no sufre esta ignominia:
venga la muerte, si la muerte sola
de nuestro deshonor nos justifica.

REY.

Yo te ofrezco la vida.

MAESTRE.

No la acepto
sin el honor, que tengo en mas estima:
mas si á pesar de la sentencia dada,
vuestra Alteza inocentes nos publica,
admitirémos sus augustos dones:
mas que la gracia, imploro la justicia.
Volvednos el honor, y aunque proscriptos,
arrojados de nuestra gerarquia,
hechos objetos de implacables ódios,
perseguidos, colmados de desdichas,
desde este instante á combatir iremos
por vuestra gloria hasta perder la vida.

CONDESTABLE. (*aparte.*)

Iré á la Reyna: su presencia importa. (*Vase.*)

ESCENA QUINTA.

Los mismos, menos el Condestable.

REY.

Vuestros parientes mi clemencia excitan;
y yo mismo, cediendo á los clamores
de mi piedad y mi amistad antigua,
penetrado de vuestros infortunios,
me resuelvo á no usar de mi justicia.
Que se humille á su Rey el gran Maestre,
y todo desde luego el Rey lo olvida.
Del trono y del Altar vengué la causa:
harto con la sentencia se os castiga:
pues si como Monarca os he acusado,
como humano me mueven las desdichas.

Arrepentios, y mi corte toda
os mirará como á los nobles mira;
pero no á mi piedad impongais leyes,
qué? aun quereis que yo mismo me desdiga,
y os proclame inocentes? vuestro orgullo
quizá tambien la muerte pediría
de los acusadores: yo lo he sido,
y nunca haré contra la gloria mia
que se humille á vosotros mi diadema.
Esto es mucho: no obstante, el Rey os brinda
con su piedad, si estais arrepentidos,
elegir, ó clemencia, ó mi justicia.

MAESTRE.

Ya elegimos, Señor.

REY.

Qué?

MAESTRE.

El cadalso.

REY A MARIÑI

Tu padre no hace mucho me pedia
con lágrimas amargas te salvase:
tú ves que mi clemencia á todos brinda:
su desesperacion: : : :

MARIÑI.

Vuestras palabras
mi tierno amante pecho martirizan.
Quánto le compadezco, ah! padre amado!
pero es fuerza morir: Dios me lo inspira.

REY.

En vano con vosotros he exercido
mis augustos derechos este dia:
he sido generoso, mas ya es tiempo

de ser justo: huid, ingratos, de mi vista.

MAESTRE.

Dios nos ha de juzgar que lee las almas.

Á los Templarios.

Vamos, hijos, á ver su faz divina:
nuestro triunfo se acerca.

Vanse en órden, y el Maestre se queda el último.

ESCENA SEXTA.

EL REY. (*Viendo entrar á la Reyna.*)

Deteneos: : : : (*Al gran Maestre.*)

El Maestre se acerca al Rey.

REY.

Mas que vosotros siento estas desdichas:
no decis nada á vuestro amigo antiguo? } *Con ternura.*

MAESTRE.

Ah! Señor: : : :

REYNA.

Proseguid.

REY.

Decid que pida.

MAESTRE.

Pues me atrevo á decir que yo os perdono;
y que desde el suplicio, que horroriza
solo al culpable, pediré al Eterno
os perdone tambien tanta injusticia:
mirad que mil peligros os rodean,

que el resplandor del trono se marchita
con la sangre de tantos inocentes:
que un pesar, pero inutil, algun dia::::

REYNA.

No prosigas, callad, yo me horrorizo.

MAESTRE.

Jamás nos vengue, ó Dios, vuestra justicia.

ESCENA SEPTIMA.

Rey y Reyna.

REY.

Mi clemencia los hace mas audaces,
y un delito cruel los precipita.

REYNA.

Qué turbacion del alma se apodera!
aun su terrible voz mi pecho agita:
tiemblo! escuchad mis súplicas humildes:
siempre es tiempo, Señor, de hacer justicia:
son todos delincuentes? pues á todos
con un cruel suplicio se castiga!
no habrá un solo inocente? ha! meditarlo:
y éste no será digno de la vida?

REY.

Á todos los condenan, mil testigos
sus delitos unánimes afirman.
Ya lo sabeis.

REYNA.

Lo sé, mas muchas veces
el ódio, el rencor, y la mentira
cubre con una negra espesa nube

la razon del que exerce la justicia.

REY.

Muchos de ellos confiesan.

REYNA.

Á la muerte
que les amenazaba obedecian:
luego se desdixeron; mas yo opongo
á los que por salvar su triste vida
sus propias ignominias despreciaron:
á aquel número de almas escogidas,
que por su honor arrastran los peligros,
se dicen inocentes, y caminan
para probarlo á la horrorosa muerte.
La verdad solo quiero y la justicia.
No le ofreceis vuestra clemencia augusta?
Dadles el tiempo que ellos necesitan
para que su alto precio reconozcan,
y que no hay otro medio que admitirla:
si esto no basta, yo os suplico humilde
se retarde su muerte algunos dias:
qué decis?

REY.

Que sin ódio los acuso,
y sin cólera exerzo la justicia:
quando los grandes por culpable orgullo
al poder soberano no se humillan,
ó ha de dexar el Rey su trono excelso,
ó ha de hacer respetar su frente altiva;
pero esperais aún que se arrepientan,
pues seré generoso con sus vidas.

REYNA.

Ah! gran Señor!:::: *con alegria.*

REY.

Sí, á todos los perdono
si á mi poder supremo antes se humillan.

El Rey á un Oficial.

Corre, y dí que suspendan el suplicio.

Sale el oficial apresurado.

Ya ves como el cadalso se derriba
que levanté á su orgullo: si no ceden,
verán inexôrable mi justicia:
si ellos son inocentes, yo culpable;
no quiero que una duda, ó vil malicia
manche la gloria de mi ilustre nombre.

REYNA.

Ellos enmendarán, Señor, su vida,
la faz habiendo visto de la muerte:
vos, consultando vuestra fama misma,
podeis ser noblemente generoso,
perdonando qual Rey, que nunca exîja
mas que la gratitud por su clemencia:
dexad, Señor, una memoria digna
á la posteridad de accion tan grande:
que las naciones, y la fama digan,
los perdonó, pudiendo castigarlos.

ESCENA OCTAVA.

Los mismos, Condestable.

REYNA.

Llega: aún conservan su preciosa vida?
Se salvaron?

CONDESTABLE.

Su triste fin he visto.

REYNA.

Sus enemigos pérfidos temian
un perdon generoso del Monarca!
O Dios! murieron?

CONDESTABLE.

Sí: dignos de envidia,
su vida justifican con su muerte.

REYNA.

Los bárbaros Ministros, y la intriga
que tramaron crueles enemigos!::::
Ah! que sobre ellos cayga esta injusticia!

CONDESTABLE.

Una hoguera terrible levantaron
para suplicio de su ilustre vida,
y el alto honor de ser primera ofrenda
cada Templario merecer queria:
entonces llega, y sube el gran Maestre:
su noble frente pareció vestida
con mil rayos de gloria y esperanza:
y como aquel mortal que el Cielo inspira
se pone á orar en ademan sublime,
y con terrible voz así se explica:
"Ninguno de nosotros hemos sido
»traydor á Dios, ni al Rey que nos castiga:
»franceses, acordaos de mis acentos,
»nuestra sentencia ha sido una injusticia:
»estamos y morimos inocentes:
»mas el Divino Juez, que el Cielo pisa,
»jamás el oprimido implora en vano:
»ante él mi voz, Pontifice, te cita:

»allá parecerás de esta sentencia
»á dar razon á los quarenta dias."
Todos se extremecieron á estas voces;
pero la admiracion y horror crecian,
quando dixo: " ó tú, Felipe, Rey amado,
»en vano te perdono, pues tu vida
»dentro de un año pagará el tributo,
»y ante Dios se verá nuestra justicia."
Entonces el concurso numeroso
lágrimas tristes sobre vos vertia,
y sobre los Templarios: conmovido
un terror fuerte á todos desanima:
se advierte un gran silencio, y la venganza
parece que del Cielo descendia.
Trémulos y pasmados los verdugos
ponen el fuego, y huyen de la vista:
un humo espeso al cadalso oculta,
y obscurece del sol la luz divina:
en fin, se vió la llama, y los Templarios
con sangre heroyca sus verdades firman.
Ya no se vieron mas; pero sus voces
magestuosas el concurso oía,
entonando alabanzas al Eterno,
que con la llama al Cielo se encaminan.
Vuestro oficial llegó, y un pueblo inmenso
corre del cadalso á las orillas,
vuestra augusta clemencia proclamando:
ya no era tiempo, el canto no se oía.

REYNA.

Quánto me vá á costar de amargo llanto
la funesta memoria de este dia!

Al Rey.

Lloro la muerte de esta heroyca gente;

mas no por eso os culpa el alma mia:
sus perfidos contrarios la tramaron,
y vos creisteis justa su ruina.

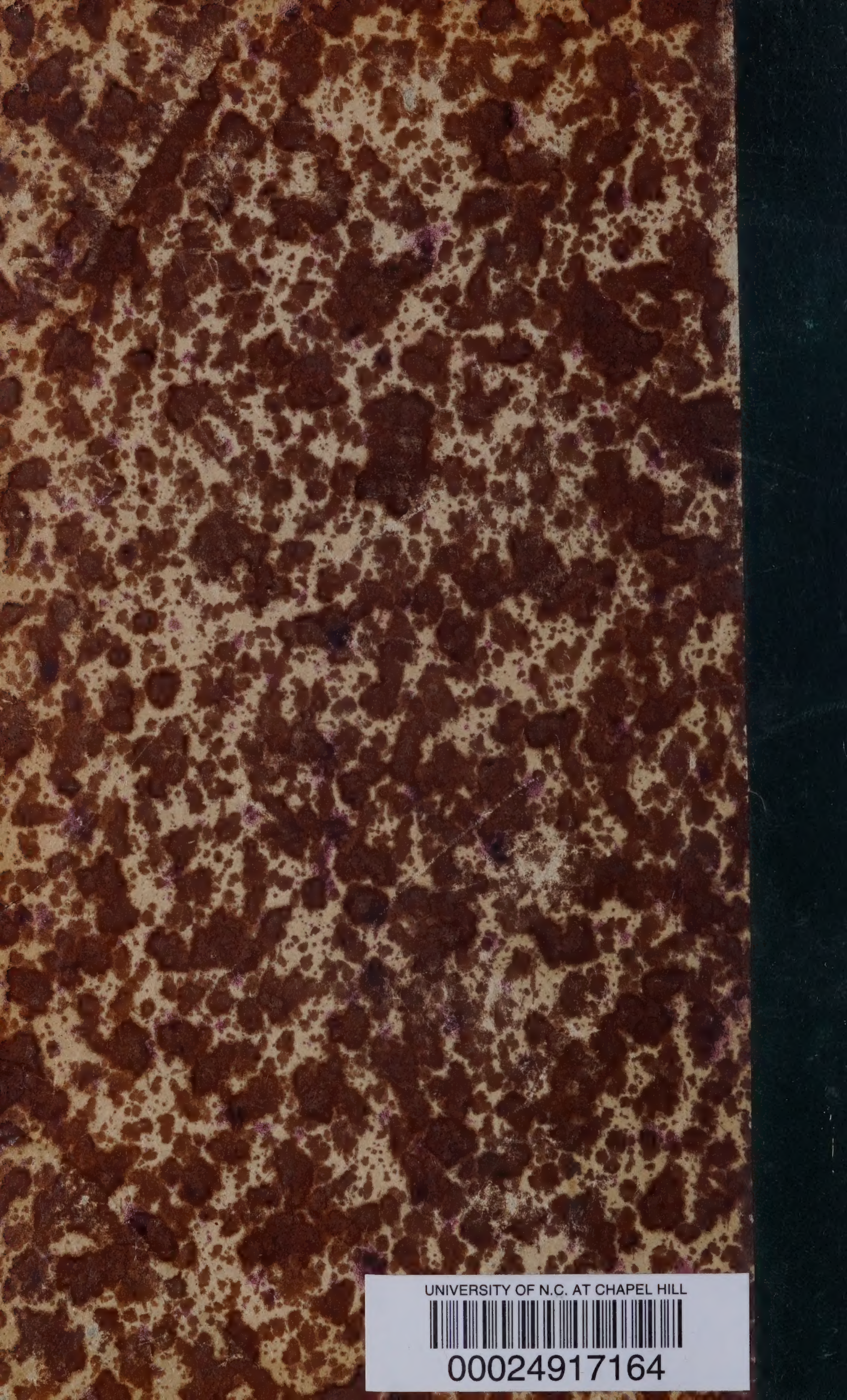
REY.

Si fueron inocentes! ah! qué dudas!
esta idea horrorosa, ó Dios! me abisma.
Castigame á mí solo, lo merezco;
y benigno mi pueblo y trono libra.

FIN.






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00024917164